Seix Barral

Santiago Roncagliolo

El año en que nació el demonio

Seix Barral Biblioteca Breve

Santiago Roncagliolo
El año en que nació el demonio

Prólogo y comentarios de Rodrigo Fresán

Traducción del inglés por
José Luis López Muñoz y María Campuzano

ÍNDICE

I. De la llegada del monstruo y lo que ocurrió con su madre

II. De la llegada del virrey emisario del infierno

III. De la guerra entre los mineros

IV. Del ataque de los piratas

V. De la Casa de las Divorciadas

VI. De las revueltas, guerras y muertes que siguieron

Bibliografía

Acerca del autor

Créditos

Planeta de libros

A mi abuelo
Guillermo Lohmann Villena
que vivió y entendió más
en el siglo XVII
que en el XX

Relación
que hace el tribunal de la Inquisición
de Lima, Ciudad de los Reyes,

al Consejo
Supremo de Su Majestad de la Santa y
General Inquisición

sobre Doña Rosa Flores de Oliva,
para esclarecer la naturaleza satánica
o divina de sus acciones.

En el año del Señor de 1623.

I. DE LA LLEGADA DEL MONSTRUO Y LO QUE OCURRIÓ CON SU MADRE

1

In Dei nomine amen. Sepan cuantos leyeren esto que yo, Alonso Morales, alguacil del tribunal del Santo Oficio, presencié el nacimiento del demonio en esta Ciudad de los Reyes, y sobre esos hechos, y todo lo que en torno a ellos acaeció, me propongo ofrecer testimonio en las siguientes páginas.

Creo firmemente en el misterio de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero. Tengo fe en todo aquello que sostiene nuestra Santa Madre Iglesia Católica Romana. Y venero por guía y abogada en todos mis hechos, dichos y pensamientos a la gloriosa Virgen María, Madre de Dios, Señora Nuestra. Por todo ello, hago y ordeno esta narración *ad perpetuam rei memoriam.*

Declaro, pues, que el hijo del Maligno se hizo carne entre nosotros una noche negra como ninguna otra, que confundía los caminos y nublaba el entendimiento.

A los mercaderes que se llegan a Lima siempre les llama la atención nuestro cielo brumoso y aburrido, como muerto. Dícese que en otras provincias del Imperio, por ejemplo en la isla La Española, el aire es caliente, los diluvios duran semanas y los huracanes se llevan pueblos enteros por los aires. En cambio, en nuestra Ciudad de los Reyes, el clima, aunque gris, es templado y benigno. No cae jamás lluvia del cielo. No agobian demasiado el frío ni el calor.

No obstante, en la noche referida, soplaba un viento del sur, helado y furioso, que apagaba las antorchas de los caminantes o, peor aún, extendía sus llamas amenazando con prender fuego a los hogares de los cristianos.

En medio de esa violenta tiniebla, sin velas ni lámparas de aceite para iluminar nuestra pequeña casa en la calle de Mantas, escuchaba yo a mi madre mientras pasaba las cuentas de su rosario de nácar y metal plateado, su más preciada posesión, alzando la voz de sus avemarías cada vez que un golpe de aire sacudía nuestros muros, como si pudiera acallar la cólera de los elementos.

Al final de cada plegaria, mi madre se detenía para anunciarme con voz trémula:

—Hoy se cae el cielo. Se derrumba. Y sus trozos hundirán nuestro techo.

A esos negros presagios yo solo podía responder, cubriéndome a la vez con el camisón y la manta, no tanto por frío como para no escuchar sus monsergas:

—Ya está bien, madre. No atraiga a la mala suerte, que de tanto llamarla, puede darle por venir.

—Esto no es mala suerte —replicaba ella, entrechocando las cuentas del rosario, o tal vez los dientes, como hacía cuando rumiaba sus penas—. Esto es castigo de Dios. Porque en esta ciudad, hay mucha gente mala. Hoy a todos nos tocará pagar. Justos o pecadores, no importa.

No eran nuevas esas palabras. Mi madre solía hablar de ese modo, sobre todo los domingos y fiestas de guardar, cuando le tocaba asistir al confesionario. Esos días, ya desde la mañana, se le agriaba el carácter, veía maldiciones y plagas caer sobre todo el mundo, y no importaba cuánto tratase yo de alegrarla con bromas y distracciones, ella se sumía en un humor espeso como un pantano, enumerando las calamidades que se abatirían sobre la humanidad.

Acostumbrado a esos arrebatos, la noche en cuestión, yo estaba dispuesto a ignorar su mal agüero. De no haber sido por el sonido atronador del viento, que silbaba entre las ventanas y colaba su lengua de hielo en mi lecho, habría caído rendido al sueño.

Pero algo de razón le cabía a esa mujer. Acaso fuese una intuición mística. O solo casualidad. Sea como fuere, entrada ya la madrugada, cuando ella rezaba el enésimo padrenuestro con voz de angustia, varios golpes resonaron en nuestra puerta, como arietes intentando arrancarla de las bisagras. Y una voz desde el exterior llamó:

—¡Abrid!

Mi madre detuvo su oración. Se persignó una y otra vez, como para ahuyentar a un espíritu. Pero, aunque las cuentas de su rosario brillaban como luces en sus manos, esta vez no acompañó de rezos sus terrores. Guardó silencio, deseando que nuestro visitante pensara que no había nadie en nuestra casa. Como si tuviésemos a dónde ir en esa noche inhóspita, o en cualquier otra. Fui yo quien tuvo que responder:

—¿Quién vive en esta hora innoble?

—¡Es la guardia! —me respondió una voz desde el exterior, apenas audible entre el vibrar del aire. Al escucharla, habría parecido que un ejército viril desfilaba por la calle, armado con arcabuces, escudos y alabardas en formación de combate. Sabía yo, sin embargo, que afuera me esperarían apenas dos jovencitos ateridos, con las espadas colgadas de cinturones que se les resbalaban hasta las rodillas, con el miedo pegado al cuerpo como un mal olor.

Me puse en pie, me enfundé las calzas y los borceguíes, escogí mi jubón más imponente, por no decir el único, y limpié mi espada antes de cargarla, como si alguien fuese a notar el brillo de su hoja en la cueva profunda de la noche. Confieso al Consejo Supremo, y a quien posare sus ojos sobre estas palabras que escribo, que me producía placer armarme y empuñar la vara del Santo Oficio,

pues era sensible al vano espectáculo que me permitía mi autoridad. Humildemente, sin embargo, someto a consideración de Vuestras Mercedes que, aunque la vanidad sea pecado capital, se trataba en mi caso de una manifestación venial, insignificante, que será perdonada el día del Juicio Final por deberse a la mayor gloria de Dios.

En esa ocasión, de todos modos, pocas razones tenía para ufanarme. Porque en tanto yo intentaba asumir la dignidad de mi posición inquisitorial, mi madre se me colgaba del cuello para impedirme abrir. Parecía ella como esos monos que traen de las selvas y exhiben en las plazas, unas bestezuelas que no son más que remedos de las personas y se prenden de los transeúntes para arrancarles limosnas. Y mientras tiraba de mi brazo, me insistía:

—No abráis la puerta. ¿Qué no veis que la desgracia quiere entrar?

—Quitad de en medio, madre. Solo faltaría que me acabasen apresando a mí.

Nada más salir, comprendí que no me había equivocado: los muchachitos que me esperaban en el exterior eran poco menores que yo mismo. Tenían el bigote limitado todavía a una rala pelusa, y, sobre todo, unos ojos de ternero llenos de pavor. Como para confirmar mis deducciones, más allá de algunos titubeos y balbuceos, ni siquiera eran capaces de explicar con claridad a dónde nos dirigíamos o por qué exactamente.

—Se han abierto las puertas del infierno —dijeron sin más— y han dejado salir a sus criaturas.

—Llevadme.

Nos pusimos en marcha azotados por el viento, de modo que cada paso era una lucha. Mis dos escoltas iluminaban el camino con teas ardientes que daban un aspecto fantasmal a las calles. Más allá del alcance de su luz, la ciudad asemejaba una inmensa caverna, sin duda, albergue de todas las conductas que no se atreven a exhibirse a la luz del día. Las sombras de pecadores, criminales y otras aves nocturnas se adivinaban por las esquinas y los callejones.

Atravesamos la Plaza Mayor, y luego la de Santa Ana, donde doblamos la izquierda hacia la zona conocida como Barrios Altos. Pensé que nos dirigíamos hacia los campos de cultivo antes de las murallas, quizá para arrestar a algún judío prófugo, a algún indio idólatra que se escondiese entre los olivos o, peor aún, a algún inocente bebedor de chicha. Pues yo sé bien que los guardias son supersticiosos, y a menudo toman por maldiciones sobrenaturales lo que no son más que alharacas de borrachos.

Para mi gran sorpresa, nos detuvimos antes de llegar a los campos, en el último lugar donde se podía reclamar nuestro trabajo: frente al convento de Santa Clara, edificio bendito y consagrado al Altísimo, hogar de monjas dedicadas a loar su creación.

Bajo la luz estrecha de nuestras antorchas, la fachada del convento parecía extenderse hasta el cielo, ya que en la oscuridad no se veía su final, ni la imagen sagrada sobre el portal, ni el remate de sus campanarios.

—¿Aquí? —pregunté, seguro de que se trataba de un error de juicio de mis imberbes guías.

Ellos asintieron sin pronunciar palabra, y miraron fijamente hacia el muro, como si ahí mismo hubiese ya razones para temer. Ya que ninguno de los dos se movió, golpeé yo mismo las aldabas. Y con la voz más potente que pude, intenté imponer respeto:

—¡Alguacil del Santo Oficio! ¡Abrid en nombre de Nuestro Señor!

Nadie respondió a nuestro llamado. Yo conté hasta cien, tal y como parecía prudencial, y al no hallar réplica alguna, di el siguiente paso en la escala de las advertencias:

—¡Abrid o quemamos la puerta!

Poco habría podido quemar en realidad. Mis guardias tenían más ganas de volver a sus casas que de cualquier otra cosa, y no les resultaba para nada reconfortante presentarse con amenazas en un santo lugar, pues eran imberbes, pero no tontos, y sabían que se arriesgaban al mismo castigo por actuar que por no hacerlo. Sin embargo, la autoridad de la Inquisición no puede andarse con remilgos, ni pedir perdón por llevar a cabo su sagrada tarea. Y formaba parte de nuestro deber ostentar firmeza, aunque no la tuviésemos en verdad.

Por fortuna, mientras trataba de ingeniar un modo de proceder, se abrió una ventanilla en medio del portón, y un rostro enmarcado por un velo de clarisa asomó ante nuestras antorchas. Tenía esa mujer una voz tan portentosa como la que yo intentaba fingir, y aunque no debía ser mayor que ninguno de nosotros, la dureza de su mirada no se correspondía con la frescura de su juventud. Sin duda, ahí todos teníamos la obligación de parecer mayores y más juiciosos de lo que nuestras edades nos permitían.

—¿Un alguacil? —Me despreció ella nada más verme—. ¿Dónde está el inquisidor? ¿Y el arzobispo?

—Si vinieran ellos, lo harían con más armas. Soy yo el enviado. Daos por bien servida, señora, y no interfiráis con la labor del tribunal. Sabéis las penas que eso conlleva.

La ventanilla volvió a cerrarse ante mis narices, y durante un minuto me pregunté a cuánta fuerza tendría que recurrir para irrumpir en el convento, y cuáles serían las consecuencias de tales actos. Quiso el cielo que no fuese necesario darles más vueltas a esos pensamientos, pues en el tiempo en que un gato se lame el cuerpo, el portón se abrió ante nosotros, y la monja, que ahora llevaba un candelabro en la mano izquierda, nos invitó a pasar con un gesto de la derecha.

—No hay tiempo para cavilaciones —anunció—. Pasad, pero sed prudentes. No podéis guiaros por vuestra experiencia. Lo que ha pasado aquí no se había visto antes.

Nos llevó esa mujer a través del templo, hacia el coro bajo. Recorrimos varios pasillos estrechos. Y finalmente, ya al aire libre, la seguimos por confusos laberintos cuyo trazado no pudimos entender con claridad.

El revuelo se extendía por todo el convento. Aquí y allá, a lo largo del camino, las clarisas vestidas con hábitos negros, que son los de las monjas más principales, y hábitos blancos, que son los de las menos, se nos cruzaban y se daban vuelta, sin duda ahuyentadas por la presencia de hombres desconocidos, armados y presurosos en esas horas sin luz. Comprendí que la monja que nos guiaba llevaba el hábito de las que llaman «donadas», las más bajas de entre las monjas, que mandan aún menos que las de velo blanco. Admito a Vuestras Mercedes del Consejo Supremo que, en mi vanidad, yo mismo me decepcioné de ser atendido casi por una criada, lo que solo podía significar que nuestra tarea no era tan importante al fin y al cabo.

Pero en esto, como en muchas otras cosas de esa noche, me equivocaba.

Por fin llegamos a un salón muy grande, que debía servir como dormitorio de las novicias, ya que en la puerta se amontonaban decenas de muchachas, todas de la misma edad inocente de mis dos guardias. Vestían todas camisón y llevaban el pelo inusualmente descubierto, lo que demostraba que se hallaban en un gran apuro, porque las reglas de la clausura les prohibían exhibirse de aquella manera. En efecto, todas daban voces y se persignaban, con lágrimas en los ojos, mientras el viento amenazaba con arrancarles los ropajes.

No me cabe duda de que, en circunstancias diferentes, mis inexpertos escoltas habrían desperdiciado su tiempo en galanteos con esas mozas, sin considerar siquiera su consagración a la vida religiosa, pues ese es el peligro que tienen las mujeres: que su sola vista despierta la parte animal de los caballeros y les hace perder el sentido moral.

Cómo estarían de asustados mis hombres, sin embargo, que no repararon apenas en tentaciones, sino que se detuvieron ante la puerta del dormitorio, como dos caballos ante un barranco. Y mirando hacia el interior como si se hubiesen encarado con el abismo, se negaron a dar un paso más.

—¡Adentro! —exclamé, aunque yo mismo albergaba dudas, viendo el terror de las novicias. Sordos a mis órdenes, mis guardias bajaron la mirada y, sin abrir la boca, juntaron los pies, diciendo de ese modo que no pensaban moverse de su sitio. Y entonces, para mi sorpresa, y para mi deshonra también, fue la voz de la monja que nos había recibido, y que aún llevaba en la mano el candelabro, la que se alzó entre los llantos, los lamentos y la zozobra general:

—¿Y vosotros sois nuestro tribunal de la Inquisición? ¡Si parecéis pollos de

gallinero! ¿Habéis venido a pasear acaso?

Se dio vuelta ella entonces y entró en el aposento, con más valor y decisión que esos dos incapaces. Por mi parte, humillado por su actitud, no encontré tiempo de pensar mis palabras ni mis actos. Estaba en cuestión el honor del Santo Oficio, y movidos por esa responsabilidad, mis manos y mis pies se adelantaron sin pedir permiso a mi cabeza. Arrebaté la antorcha de uno de mis guardias y avancé hacia la puerta.

Abrieron las novicias un pasillo para dejarme paso, y solo al llegar al umbral, trastabillé, dudoso de estar haciendo lo inteligente o lo cuerdo. Pero me dije que en todo caso hacía lo justo y correcto. Y, por último, que la vergüenza de dar marcha atrás en ese instante me habría impedido seguir haciendo mi trabajo ante Dios y ante mis subordinados. Así que entré.

2

Tenía el dormitorio forma de cruz: un ancho pasillo cortado por otro en el centro. Junto a las paredes, se extendían dos hileras de lechos, una frente a mí, otra a mi derecha, con las mantas revueltas y los colchones en el suelo, abandonados en medio del pánico y la angustia. Un olor extraño, como a vísceras de carnicería, flotaba en el aire. De pie en el cruce de los pasillos, la monja donada me esperaba para doblar la esquina. Había en su mirada algo de miedo, pero también un tanto de desafío.

Nos internamos en el pasillo cruzado. Desde las sombras del fondo, llegó a mis oídos el gemido de un animal herido, acaso un perro enfermo aullando de dolor. Caminamos hacia allá lentamente. Yo llevaba la vara de alguacil por delante, no tanto para iluminar la sala como para repeler cualquier ataque. Al gemido original se sumaron gorgoteos, como los de los gallinazos cuando mordisquean a los peces muertos a la orilla del mar. Conforme nos acercábamos al final, sentía yo que el calor aumentaba, el olor se volvía más punzante, y nuevos sonidos rodeaban a los anteriores: ronquidos, respiraciones, lloriqueos…

Al fin, llegamos al último lecho. Ahí encontramos a la fuente principal de los gemidos. Acostada sobre las mantas, en medio de un charco de lo que parecía sangre y agua, y quizá otros líquidos viscosos provenientes de su propio cuerpo, una mujer completamente desnuda lloraba. Su rostro, su cintura, sus pechos se veían manchados, como por una brocha gorda y descuidada. Cuando nos acercamos, los ojos de la mujer se posaron sobre nosotros, y yo entendí que era muy joven, sin duda, una novicia como las otras, aunque ella no dio señales de vernos. No montó en cólera. Tampoco pidió ayuda. Solo volvió a desviar la mirada hacia el lecho de al lado, de donde provenían los otros ruidos.

La monja y yo seguimos a esos ojos. Al principio, no creímos ver sobre esas mantas más que las almohadas, sin duda duras y ásperas de las novicias. Pero el bulto comenzó a moverse. Emitió toses y ronroneos, que subieron de tono hasta convertirse en un llanto agudo, como el de los cerdos durante las matanzas. Y luego ya no fue uno, sino dos llantos. Porque lo que yacía sobre esas mantas, también rodeado de manchas rojizas y marrones, estaba vivo. O acaso debo decir que «estaban vivos».

Dos monstruos pegados. O un monstruo con dos cabezas. Y cuatro brazos.

Y también cuatro piernas. Sus extremidades repugnantes se movían más conforme sus dos voces sonaban más altas, hasta hacernos temblar los oídos con sus quejidos espeluznantes. Su único tronco se sacudía, y por un instante temí que saliese volando como un murciélago y se arrojase sobre nosotros.

Háblase mucho en estos reinos sobre todo tipo de monstruos, demonios y apariciones. En las tabernas, los marineros del Callao pagan sus vasos de vino con historias alucinantes sobre serpientes de mar gigantes y calamares que pueden atrapar a un barco entre sus tentáculos. En San Juan de la Frontera de Chachapoyas, donde terminan las tierras encomendadas a cristianos y comienza la jungla más tupida, los frailes aseguran haber visto hombres peludos y enormes, como monos gigantes, que roban comida y mujeres para luego desaparecer en la espesura. Mi propia madre asegura que los espíritus de sus parientes muertos le hablan en sueños y merodean por nuestra calle. Pero mis ojos jamás han visto tales alimañas y, hasta la noche del convento, tomaba todas esas historias por trampas para engatusar a bobos e ignorantes. Solo en ese dormitorio de novicias, de pie frente a esa deformidad contrahecha, entendí que el Mal sí puede presentarse ante nosotros encarnado en un cuerpo, y así como es repelente su naturaleza inmaterial, su cuerpo escoge la apariencia física de un engendro para manifestarse a la vista humana.

A punto estuve de darme la vuelta ahí mismo y marcharme lejos de esa siniestra criatura. Solo me retuvo la certeza de que correspondía a mi vara de alguacil mantener la dignidad y el aplomo. La monja, al parecer inmune al temor, no se movió una pulgada de su lugar. Muy por el contrario, con la voz llena de autoridad, exigió:

—Ahora lleváoslos.

Mientras me reponía del estupor, solo conseguí preguntar:

—¿A dónde?

—A donde os plazca. Este es un lugar consagrado a Dios. Está claro que esta bruja nos ha engañado y ha tenido trato carnal con el Maligno. No podemos mantenerla con nosotras. Ni a ella ni al fruto de su vientre.

Al responderme, la donada se santiguó una y otra vez, tratando de borrar con la cruz sus menciones al demonio.

Aún acostada sobre su lecho, con el cuerpo en apariencia inmóvil de agotamiento y espanto, la otra mujer dejó escapar un largo lamento:

—Nooo… no es verdad…

Pero la donada la cortó sin miramientos, con una voz que sonó como el golpe de una piedra:

—Vos no deberíais alzar la voz. Vuestras explicaciones ya no son para nosotras. Ahora estáis sola. O con vuestro amante, el íncubo.

Hablaba esa mujer con demasiada autoridad para tratarse de una simple

donada y, aun así, debía tener el permiso de sus superioras. Difícilmente podría actuar de espaldas a las autoridades del convento en medio de semejante escándalo.

Como algo tenía que hacer, me volví hacia la mujer acostada:

—¿Cómo os llamáis? —quise saber.

Sin dejar de surcarle las lágrimas entre los otros líquidos que sudaban de su piel, la novicia declaró:

—Ignacia de San Juan…

Pero la otra, con la misma severidad de antes, la corrigió:

—¡Ignacia Prieto! El otro es su nombre entre estas paredes. Pero nuestra puerta no volverá a abrirse para ella.

Por toda respuesta, la novicia soltó un bramido de dolor y vergüenza. En la cama de al lado, el pequeño demonio la acompañó en su grito.

—La llevaremos a nuestras mazmorras —concedí—. La interrogaremos ahí.

Como si me hubiera oído confirmar el arresto de su madre, el monstruo dejó escapar un ruido animal con una de sus bocas. Bajo la tenue luz de mi antorcha, me pareció percibir que tenía una lengua bífida como las de las serpientes. La donada lo señaló con su candelabro:

—¿Y eso?

Resoplé. Alcé las cejas. Me aclaré la garganta. Por fin, resolví:

—Viene también.

Hube de salir y meter a los guardias a rastras al dormitorio. Uno de ellos intentó salir corriendo y tuve que cogerlo del pescuezo. Advertí por el olor que emanaba que se había hecho sus necesidades líquidas encima, a tal descontrol lo había llevado el miedo. Decidí que reportaría sus faltas al inquisidor a la mañana siguiente, pero que, de momento, necesitaba sus brazos para llevarme a la bestia y a su madre endemoniada. Al fin y al cabo, a mí también me producía espanto tocarlos y, más aún, acompañarlos.

Los guardias cubrieron a la dicha Ignacia con una manta, porque la donada se negó a permitirle vestir un hábito y un velo de clarisa. Ni siquiera le pasaron un trapo con agua para limpiarle las manchas.

Metieron al engendro en un costal de yute, de los que se usaban para cargar los víveres. No paró de berrear y chillar, más fuerte si cabe.

Antes de abandonar el dormitorio con nuestros extraños prisioneros, pedí a la monja:

—Que las monjas se encierren. No queremos que rompan de nuevo sus votos de clausura.

Accedió la dicha mujer, y con la misma autoridad que hasta ahora había mostrado, desapareció en el laberinto, seguida por las novicias llorosas. Después de un rato, vino a decirnos que todo estaba listo. Entonces salimos de nuevo.

Atravesamos de vuelta los laberintos, ahora silenciosos como sepulcros. También el viento había amainado, seguro que aplacado por nuestra captura. Su soplido furioso había quedado transformado en una brisa suave.

Al final, cuando salimos a la calle por el mismo portal por donde habíamos ingresado, nos recibieron los trinos de los primeros pájaros del alba. Habríase creído esa una madrugada agradable, y hasta apacible, de no haberse oído los sollozos de la novicia semidesnuda. Ni los forcejeos y gritos del demonio, que intentaba liberarse de su costal como un gato salvaje.

—Ahora es vuestro —sentenció nuestra anfitriona. Y ya iba a cerrar el portal y a despedirse de esa noche aciaga cuando la detuvo mi pregunta:

—¿Cómo os llamáis vos? Nos preguntarán quién nos recibió en el convento. He de decir un nombre.

Por primera vez en nuestro encuentro, la donada dudó. Miró a un lado y otro, como buscando una salida.

—Yo no soy nadie —murmuró, como si a su voz se le hubiese escapado el don de mando—. Solo una sierva de Dios.

—Sois quien nos ha entregado a Satanás —le discutí—. No es poco mérito.

Y entonces, mientras ella titubeaba, intuí por primera vez bajo el velo unos labios gruesos, unos ojos muy redondos. Menos la nariz, delgada y respingada hacia el cielo, en ese rostro todo parecía demasiado grande. Incluso diría que demasiado provocador para tratarse de una monja.

—Jerónima de San Francisco —soltó por fin, y rápidamente, mientras cerraba el portón, se despidió—. Id con Dios.

Apenas unos minutos nos separaban del edificio del tribunal, que se encuentra junto a la universidad y el hospital de mujeres españolas. Emprendimos el camino aún alerta, porque uno nunca debe creer que ha vencido ya al Mal. El diablo guarda siempre nuevas tretas para confundir nuestros sentidos.

Volvíamos por la calle que lleva hacia Desamparados, cuando percibimos a nuestras espaldas la luz de nuevas antorchas. Sospechamos que debía tratarse de un sereno en su ronda nocturna, y nos detuvimos, para no despertar sus sospechas ni propiciar un altercado. Acaso podríamos pedirle que se sumara a nosotros como refuerzo hasta entregar nuestra carga maldita en destino.

Cuando la lumbre aún se hallaba lejos, se añadió a ella el sonido de una carroza: las ruedas rebotando sobre los adoquines, los cascos de sus caballos acercándose a todo correr entre las fachadas. Al principio, se trataba de un rumor lejano pero, aun así, extraño a esas horas. En cuestión de instantes, quedó claro que el vehículo venía por la misma calle que nosotros, quizá en dirección a la Plaza Mayor. Levanté la mano para advertirle al conductor de nuestra presencia. Sin embargo, no dio señas de importarle. Ni siquiera bajó un poco la velocidad. Parecía que se nos echaba encima.

—¡Quietos! ¡Es la autoridad!

Alcé en el aire la vara que me identificaba como alguacil. Al ver que los caballos no reducían la velocidad, salté hacia un lado, hasta una pared, tratando de esquivar el golpe, por si no llegaban a ver, o les traía sin cuidado, el símbolo de este sagrado tribunal.

Cuando ya parecía que nada la detendría, la carroza se detuvo apenas a un paso de nosotros. Tan cerca, que me salpicaban las babas que los caballos sacudían de sus hocicos. Los colores de la carroza se intuían oscuros, porque apenas se veía nada tras las teas de su frente. La mayor parte de la estructura, de hecho, parecía disolverse en la noche. Montado sobre uno de los caballos, el conductor, vestido todo de negro y con la cabeza cubierta por un sombrero, guardó silencio, sin disculparse ni ofrecer una explicación. Juraría que oí castañetear los dientes de los dos cobardes que venían conmigo. Yo, en cambio, muy enfadado, me enfrenté con ese bruto imprudente:

—¡Habéis estado a punto de arrollar a una patrulla del Santo Oficio! ¿Qué hacéis aquí a estas horas y con estas prisas si no es negocio que se deba llevar a oscuras? ¡Decidme! ¿En qué ofendéis a Nuestro Señor?

Solo el silencio me respondió. Y la penumbra. Y la incertidumbre. Incluso la novicia poseída se había quedado callada. Aparte de la bestia, que se revolvía y chillaba en su bolsa, el mundo a nuestro alrededor parecía muerto.

—¡Hablad! —insistí—. O bajad de ahí y entregaos prisionero.

Uno de los animales sacudió el cuello nervioso, haciendo llover sobre mí nuevos y espesos goterones. Su jinete lo contuvo, pero no pronunció palabra. Solo entonces acudió a mi mente que ese hombre no estaba ahí para decirnos nada. Se hallaba ahí esperando algo. Y si pretendía distraernos mientras aguardaba, ese algo debía llegar por el otro lado, a nuestras espaldas.

Pero entonces ya era tarde para dar la alarma o preparar una defensa.

Cuando me di vuelta para mirar al otro lado, ya se encontraban ahí dos soldados, o sicarios, o lo que fueran. Uno de ellos llevaba una espada, que atravesó de parte a parte a aquel de mis hombres que guiaba a la novicia. Al ver el metal brotar por el pecho de su custodio, dejó ella escapar un grito de espanto, pero el atacante no hizo gestos de escucharla. Sin apenas preocuparse por el cuerpo del hombre que se derrumbaba hacia el suelo, el criminal arrastró a la mujer tirando de su oreja hacia un lado de la carroza. Y como yo intentase acercarme a liberarla, llevando mi mano al sable, me apuntó con la punta de su arma al rostro.

—Somos demasiados para vos —advirtió, y de verdad parecía ser capaz de rebanarme el cuello como una hogaza de pan—. No os dejéis la vida por una perdida como esta mujer.

Ya habrían sido demasiadas vidas, porque mientras este se llevaba a la novicia Ignacia, otro más se llegaba con una daga hasta donde se encontraba mi

otro guardia, el que olía a meados. Este nuevo asesino se colocó a espalda de mi joven ayudante y, sin mediar siquiera amenaza, le cortó la garganta de un solo tajo, haciendo emerger un chorro de sangre hacia el suelo como si se tratase de una catarata. Y aunque mis hombres habían sido jóvenes y asustadizos, juro al cielo que no quería yo verlos muertos, y que habría hecho todo lo que en mi mano estuviese para salvarlos de tan cruel destino.

Menos luz quedó en la calle después de la caída de mis hombres, pues una de sus antorchas se alejó rodando por el suelo y la otra se hundió en un charco, donde el agua y el lodo apagaron su fuego. Bastaba la que yo empuñaba, sin embargo, para distinguir las puertas de la carroza, que se abrieron y recibieron a bordo a esos esbirros con sus siniestras cargas.

—¡A la guardia! —llamé dando voces en busca de alguna ayuda—. ¡Al sereno! ¡Aquí hay ladrones que roban a la misma Iglesia!

Como despertando de un largo sueño, el conductor de la carroza se agitó y estrelló su látigo contra los lomos de los caballos, que se echaron al galope. A poco estuvieron de pasar por encima de mí una vez más, y esta vez sí, de no haberme apartado del camino, habría acabado entre sus cascos con la cabeza rota o el pecho hundido.

Mientras salvaba la vida, pude ver, sin embargo, tras las espaldas del silencioso conductor, un fragmento de escudo familiar tallado en la madera de la carroza, en el que figuraba un león, aunque ni un ápice más de dicho emblema se dejaba ver entre la tiniebla y el espanto.

El episodio todo tomó apenas unos momentos, no más de lo que toman las gaviotas de la catedral en descender a robarles migas de pan a las palomas. Después, la carroza se alejó, a tal velocidad que el suelo rugoso de la ciudad la empujaba a veces a golpearse contra las paredes de las casas.

Caí de rodillas sobre un charco, para dejar escapar el miedo de mi pecho, y contemplé lleno de rabia la obra de los criminales, mientras intentaba recuperar el aliento y detener el golpeo incesante de mi pulso.

Los serenos llegaron poco después, para preguntar qué había pasado y recoger los cuerpos. Las primeras luces del alba nos pillaron a todos aún ahí. Y cuando los primeros mercaderes salieron de sus casas a faenar, mancharon sus suelas en la sangre, toda mezclada ya con el barro y la desgracia, y la muerte, y la pesadilla, y las mil maldiciones que se cernían de repente sobre nuestra Ciudad de los Reyes.

3

Vuestras Ilustres Mercedes del Consejo Supremo, a quienes dirijo este reporte, sin duda viven más cerca de Dios que yo.

Allá, en la Metrópoli española, brilla en todo su esplendor la majestad de nuestro Rey y la tradición de nuestras letras. El primado de nuestra Iglesia se halla tan cerca que su voz resuena poderosa en templos y palacios. Vuestras Mercedes disfrutan de la gloria del Imperio y la civilización.

En cambio acá, en estas provincias allende los mares, alejadas de la mirada del Todopoderoso, los cristianos luchamos cada día contra la barbarie y la idolatría. Por más que intentamos educar en la Biblia a las poblaciones de indios que hasta ahora han vivido ciegos a la luz, sus mitos se contagian a nuestros conocimientos y los deforman. Las palabras de sus lenguas se cuelan entre las nuestras, sobre todo en los temas más indecentes, y así acabamos llamando «calato» al que está desnudo, o «poto» a la parte final de la espalda. Las palabras arrastran a las ideas, de modo que las de estos pobres indígenas acaban confundiendo también la razón de los españoles y los criollos. Lo verdadero y lo falso se enredan como dos serpientes, que al final parecen una sola con dos cabezas. Y las creencias de los salvajes se mezclan con los dogmas de nuestra fe, hasta volverlos irreconocibles.

Es labor de este Santo Tribunal separar la cáscara del grano: discernir los dichos blasfemos de los rectos, los comportamientos licenciosos de los virtuosos, las verdades reveladas de las supercherías y supersticiones. Y aunque parece labor sencilla, nosotros también somos hijos de Dios y por tanto pecadores, y a menudo tenemos dificultades para distinguir lo que nos manda la divinidad del burdo ardid de los herejes.

Lo cierto es que nos falta personal. Mientras en la Metrópoli florecen los colegios y las cátedras, entre nuestros ministros y prelados solo sobra la torpeza. No es raro el cura que ni siquiera sabe leer, pero que ha podido hacer los votos por la desesperación de los obispos, debido a la falta de vocaciones sacerdotales y el exceso de urgencias espirituales que atender. Con frecuencia, los puestos del reino se ofrecen en subasta al mejor postor, y se deciden a cambio de dineros o prebendas. Hasta los más altos cargos de la administración, que deberían repartirse a los hombres juiciosos y honestos, se entregan a los parientes y

entenados de los generales y oidores, muchos de ellos perezosos o impíos, por el único mérito de sus apellidos.

Vuestras Mercedes se preguntarán cómo entonces yo, un hombre sin relaciones con personajes encumbrados ni amigos nobles, un humilde hijo de una vendedora de paños y un capataz de indios, he sido designado para sostener la vara de alguacil. Qué puedo haber ofrecido a mis superiores sino favores ilícitos o dineros mal habidos. La respuesta es que precisamente mi pequeñez insulsa me valió la confianza del tribunal. En un mundo de intrigantes y conspiradores, mi insignificancia se convirtió en una cualidad apreciable a ojos del inquisidor. Y así, por esas extrañas venturas de la providencia, los mismos defectos que a otros apartan de mandos y dignidades me convirtieron a mí en un soldado de Cristo.

Ante todo, fue cosa de mi madre. Como ya he dicho, en algunas cosas, mi madre puede parecer simple. Diríase a veces que su cabeza navega en los límites entre lo sagrado y lo fantasioso o falaz. Cree que Dios le habla en cada detalle del día, y, sobre todo, en los que salen mal: una pizca de sal caída en la mesa es a sus ojos una maldición eterna. Si la alforja donde lleva las monedas toca el suelo, entiende que ese mal augurio le puede hacer perder cada peso de sus ganancias. En cierta ocasión creyó ver una aparición de la Virgen donde solo estaba nuestra vieja vecina en paños menores.

En temas terrenales, sin embargo, mi madre resulta más sagaz. Sobre todo, en lo referente al carácter de las personas, hace gala de una sabiduría digna de las mayores eminencias. Entiende las debilidades, las fortalezas y los vicios de cada quien. Sabe cómo convencer a las personas más insospechadas, y consigue regalos y beneficios en los momentos más sorprendentes.

Fue así como un domingo, después de la misa en El Sagrario, se quedó mi madre hablando con el párroco Melchor de Amusco. Muchas veces había pasado ella ratos de conversación con el padre, tanto en el confesionario como en la escalera de la iglesia. Con frecuencia, yo mismo participaba en sus cortesías y en los consejos morales de él, que solía regalarme con mandarinas e higos. Pero esta vez, mi madre me ordenó alejarme de ellos y arrodillarme a rezar bajo la imagen de la Virgen de la Inmaculada.

—Anda, di una oración para ver si a tu padre lo destinan a Lima de una vez —me ordenó.

Ella, por su parte, se llevó al susodicho párroco a un rincón detrás del púlpito. Entre oración y oración, que fueron varios avemarías, yo me giraba a ver si su charla había terminado para marcharnos a casa. Ahí, desde la distancia, contemplé a mi madre exigir y demandar alguna cosa con gestos serios y mirada adusta, mientras el clérigo se rascaba la cabeza, como dudando.

Tal disputa duró más que la misa, y me hizo preguntarme si no estaría mi madre dándose demasiados aires ante un sacerdote. La Biblia nos exige humildad

ante los representantes de Cristo en la Tierra, y el padre Melchor sin duda tendría presentes las faltas de mi madre durante sus oraciones al Altísimo. De todos modos, el hombre debía haberse visto persuadido, porque al final entró en la sacristía, y al salir le entregó a mi madre unos papeles con palabras escritas. Luego la despidió de mala gana, con advertencias y ruegos. Aun así, ella aplaudió y sonrió, y cerca estuvo de darle un abrazo al clérigo, lo que habría sido por demás escandaloso.

Abandonamos el templo, ella con sus papeles en mano. Se veía contenta como unas Pascuas. Tomándome del brazo con una gran sonrisa en los labios, echó a andar conmigo hacia la calle de Mantas mientras tarareaba una cancioncilla de misa. Y en cuanto se vio lejos de los oídos del párroco, me anunció:

—Mañana te vas al palacio del Santo Oficio. Vas a ser fiscal.

—¿Qué decís, madre? ¿Cómo van a darme un cargo de esos? Esas dignidades son para gentes principales, y para doctores con estudios, y yo ni siquiera llevo bien las cuentas de los brocados.

Trabajaba yo entonces ayudándola a ella en la tienda, que era como decir que trabajaba en mi propia casa, y aunque nunca nos faltaba el pan en la mesa, y peores ocupaciones había, mi madre insistía con ilusión en que yo estaba llamado a grandes misiones en la vida. Solía decir que yo me estaba desperdiciando en ese trabajo, que era cosa de mercaderes. Pensaba que yo merecía prestigio social. Y con su mejor intención, como corresponde a una madre, se sentía obligada a ayudarme a ascender por los estrechos peldaños de la escalera de la vida, incluso si yo no mostraba interés por hacerlo.

—¡Calla! —respondió sin más, dándome un palmazo en el cogote, como hacía para silenciar mis impertinencias desde que yo era un niño—. Que ya te he conseguido la audiencia.

No me dijo más, pero para esa cena cocinó el arroz con leche y ají que tanto me gusta, e incluso me mandó traer de la taberna una botella de vino, en vez de la de chicha, esa bebida de indios, más fea pero más barata, que tomábamos a escondidas para calmar la sed. Y tanto bebimos que ella olvidó por una noche sus rosarios y jaculatorias, y hasta contó bromas e historias muy ingeniosas, cosa rara en ella, sobre todo de noche, y más aún en domingo. Solo se entristeció la velada cuando habló de mi padre, que seguía sin venir a vernos, y aunque yo ya estaba acostumbrado a no saber de él, a ella se le inundaron los ojos de recordarlo, y así llorando, se fue a dormir sin rezar.

Nada más cantar los gallos a la mañana siguiente, ya estaba mi madre en pie. Tras vigilar que yo me vistiese con mis mejores galas, que para eso mercadea con telas, me despidió en la puerta. Ahí me entregó dos papeles que tenía guardados, los mismos que reconocí como los que le había entregado el párroco.

El primero de ellos era una copia recién firmada de mi partida de bautismo, cuyo original descansaba en la misma parroquia. El segundo también llevaba la firma del padre Melchor, y era una solicitud que yo debía enseñar en el tribunal, y que decía lo siguiente:

> Ilustrísimo licenciado Andrés Juan Gaitán, inquisidor general apostólico del tribunal de Lima, natural de Tordesillas, doctor en derecho civil y eclesiástico por la universidad de Salamanca: ruego a vuestra merced que reciba al joven Alonso Morales, por ser de familia legítima y devota, y muy trabajador y honrado, y que, en recompensa a su linaje y fidelidad al Rey, le ayude a encontrar su camino en nuestra Iglesia, para que así pueda honrar mejor a Nuestro Señor Jesucristo. Amén.

Eché a andar hacia el palacio del tribunal con mis papeles en una alforja, adivinando qué podría decirme el tal inquisidor Gaitán, y qué podría yo decirle de vuelta, visto que las palabras no son mi punto fuerte, y que ante personajes de lustre tiendo a quedarme mustio, como avergonzado de mí mismo, sin saber estar a la altura de su autoridad.

Lo mismo se debe haber preguntado el guardia de la puerta, porque nada más verme, me envió de vuelta a casa señalando el camino con su lanza:

—Fuera de acá, que en este lugar solo entran hombres de fe —dijo.

Yo habría obedecido su orden, pero más que sus armas, me espantaba lo que haría mi madre de verme regresar a casa con las manos vacías. Pensé en sus lamentos y quejidos repitiéndome lo que pensaría mi padre de mí cuando me viese. Imaginé los rosarios que rezaría por mi alma incorregible, empeñada en descarriarse. Así que no tuve más remedio que contestar:

—Vengo a ver al inquisidor general.

—¿Qué vas a venir a eso, pelafustán? Aquí, la gente como tú no entra más que con grilletes en las muñecas.

Le enseñé entonces mi carta, firmada por el párroco. El Sagrario es la parroquia más grande entre las murallas de la ciudad, así que incluso los guardias abusivos de las puertas conocen al padre Melchor. Lo que los guardias no saben es leer, sin embargo. El dicho vigilante tuvo que abandonar su puesto y entrar a pedirle a un notario que le dijese lo que ahí estaba escrito. Y solo cuando tuvo confirmación de mis recomendaciones, volvió a recogerme, con el humor muy agrio, y me guio por el interior del edificio.

Andando a sus espaldas, recorrí largos túneles, frecuentados por frailes con hábitos, hombres armados y funcionarios, todos con aspecto de dirigirse con prisas hacia algún lugar. Y traté de sentirme como uno de ellos, un hombre agobiado por el peso de sus responsabilidades, aunque por mucho que lo intenté,

no conseguí dejar de verme a mí mismo como un vendedor de paños.

Frente a la puerta de las mazmorras, llegaron a mis oídos los gritos de un penitenciado. Chillaba como si le arrancasen la piel. Pero yo, aunque en verdad era tonto e ignorante, sabía ya del Santo Oficio lo suficiente para comprender que a ese prisionero solo le estaban arrancando las ofensas contra Dios y la Virgen y que, por lo tanto, debía mostrarse agradecido, ya que le estaban ahorrando eternos sufrimientos después de su muerte. De todos modos, aceleré el paso en ese tramo, para dejar atrás esos alaridos cuanto antes.

4

Hallé al inquisidor Gaitán en su celda, perdido entre torres de folios cosidos o encuadernados, unos de piel de cordero, otros tan viejos que llenaban de polvo las narices y hacían estornudar.

A espaldas del inquisidor, colgaba un crucifijo de ébano y marfil, tan grande que el Cristo parecía pedirle piedad al visitante. Al verlo, como si de verdad me estuviese hablando esa figura, me santigüé.

—¿Os santiguáis ante mí? —preguntó mi anfitrión.

—Lo hago ante Cristo, padre.

—No me digáis «padre». Llamadme «licenciado». Aquí somos hombres de leyes. De las leyes de Dios y de los hombres.

—Sí, licenciado.

Por encima de su larga barba blanca, el hombre posó sobre mí una mirada como un castigo de latigazos. Y extendió su mano para recibir mi legajo de papeles.

Me inspiraba temor su autoridad y quise una vez más levantarme ahí mismo, marcharme de vuelta a casa y decirle a mi madre que no había encontrado a nadie en ese lugar, y que siguiésemos vendiendo tafetanes, que con esa vida, y verla sonreír un poco a ella, ya me conformaría yo.

—Me habían dicho que vendríais —me informó el inquisidor sin más comentario.

Después, tardó en hablarme un rato que se prolongó como todo un invierno, poniéndome a cada momento más nervioso. Revisó mis documentos y me dio por pensar que buscaba en ellos mensajes ocultos. Cuando finalmente se dirigió a mí, su voz parecía venir desde el fondo de una cueva llena de lobos:

—¿Sabéis leer, hijo?

—Estoy formado en Gramática, Latinidad y Artes.

El licenciado Gaitán pareció sorprendido. Era ese otro mérito de mi madre, que merced a sus talentos sociales, y a otra carta del párroco Melchor, había conseguido una beca para mí en el Colegio Real de San Martín de los jesuitas, entre compañeros que luego serían consejeros de virreyes, oidores y obispos. Ella misma me había bordado el uniforme. Y aunque mi poco entendimiento no había alcanzado para grandes honores académicos, sí que había aprendido yo a leer y

escribir con holgura, y a comulgar todos los domingos.

—¿Y leéis? —prosiguió el inquisidor.

—No más que misales y catecismos, que hay mucho libro por ahí que hace daño al buen juicio.

Pensé que aprobaría Gaitán mi respuesta, ya que él mismo censuraba y perseguía los textos herejes, judíos o blasfemos. Bajo su mandato, se dejaban ver sus esbirros armados en el puerto, retirando los manuscritos en baúles, o se quemaban tales infamias en los autos de fe, ante el fervor del público. Me sorprendió por eso su respuesta, que encerraba un reproche:

—La labor que aquí hacemos no se puede entender sin leer los tratados sobre materias heréticas como *Theoria et praxis haereseos* o *De agnoscendis assertionibus catholicis et haereticis* del teólogo Albertino. Eso por no hablar de los documentos canónicos como los de la arquidiócesis de Colonia o los decretos de San Pío V…

Nada sabía yo de tales volúmenes. Por suerte, sí andaba en cambio versado en las artes de mi madre, y sabía qué replicar ante cualquier opinión contraria a mi juicio por parte de un doctor de la Iglesia:

—Yo tendré como verdad absoluta todo lo que me deis a bien conocer, licenciado.

Vuestras Mercedes del Consejo Supremo sabrán que la humildad es una virtud, y que cada quien conoce la honra que le corresponde. Pero en estos reinos de confusión e incertidumbre, siempre es conveniente decir a los superiores muchas veces la importancia que tienen, y halagar sus oídos con dichos, para que sean conscientes del respeto que se les profesa. Así, mientras más adulaba yo al inquisidor, más cerca me veía del puesto de fiscal que mi madre deseaba para mí.

El licenciado saboreó mis palabras como un dulce y leyó mi partida de bautismo:

—Escríbese aquí que sois hijo en matrimonio de un tal Pedro Morales. Pero conozco a todo el mundo en esta ciudad, pues es mi deber saber incluso de sus pecados, y no he sabido nunca de nadie con ese nombre.

—Su trabajo como capataz lo mantiene lejos de mi madre y de mí.

—¿Y dónde puede ser?

—Atiende una encomienda de dos mil indios que siembran yuca en Quives. No sé más.

Entre la espesa barba, pude adivinar una mueca de disgusto en la boca del licenciado. Sospeché que acababa de fallar mi primera respuesta, porque eso que estábamos haciendo tenía la forma de los exámenes que me exigían en el colegio. Tal y como yo temía, él volvió a reconvenirme:

—El lugar de una familia está al lado del padre.

—Él así lo piensa —respondí, como si me lo hubiese dicho él

personalmente, porque no era cuestión de contar en detalle quién decía las cosas —. Pero dice que en Lima puedo recibir una educación y mantenerme cerca de la gente de bien, mucho más que entre salvajes y bestias. También piensa que ya los conquistadores del Perú, nuestros ancestros, se alejaban de sus mujeres e hijos para gloria del Imperio. Y él desea seguir ese ejemplo y ofrecer ese sacrificio al cielo.

Asomó un gesto de alivio a la barba de Gaitán, y a tenor de sus siguientes palabras, yo creí que había pasado esa prueba también, porque abandonó la charla sobre de mis antecedentes para comentar mis posibles:

—¿Y qué queréis de mí exactamente? ¿A qué habéis venido?

—Con vuestra venia, mi madre cree que yo, merced a mi fe y a mi preparación, podría ser un fiscal digno de este tribunal.

Se abrió por primera vez la barba como un tupido bosque ante los machetes de los exploradores, y dejó ver una boca en la que solo faltaban las muelas de los extremos. De ella salieron sonidos ásperos como barullos de un animal agresivo. Tardé en comprender que el inquisidor se estaba echando a reír.

—¡Fiscal! Necesitáis ser clérigo para ese puesto. Y tener estudios de derecho. ¿Qué dicen vuestros misales y catecismos sobre jurisprudencia?

Se nubló mi mente entonces, y no supe qué responder. Pues ni siquiera tenía claro cuáles eran las atribuciones del dicho fiscal, ya que yo solo repetía las palabras de mi madre sin entenderlas del todo. Debe haberse puesto mi cara muy roja entonces, mientras buscaba una respuesta, pero ninguna idea acudió en mi ayuda, y la burla del licenciado continuó resonando sola entre los papeles, y metiéndose por mis oídos, como una pócima. Murmuré:

—Yo solo sé que quiero ser un digno servidor del Señor.

—Pues id a misa todos los días —replicó con más sarcasmo aún—. Pero no esperéis ganaros la vida con eso.

Extendió sobre su mesa la copia de mi partida de bautismo y mi carta del párroco, y de repente, entre esos informes llenos de sabiduría sobre los hombres, sus almas y sus debilidades, mis folios adquirieron el tono gris de la ceniza, la fragilidad de las hojas que el viento se lleva hacia la acequia. Era tal mi vergüenza que no pude ni siquiera levantar la vista de nuevo y sostenerla en sus ojos, los cuales adiviné más fríos que la madrugada.

Solo me quedó devolver a mi alforja todos esos documentos, más por no dejar basura que porque tuviesen alguna utilidad. Con la frente sumisa, me despedí cortésmente y dirigí mis pasos hacia su puerta, sintiendo que el Cristo de la pared reprobaba mis pretensiones de posición, y las de mi madre.

Cuando ya trataba de inventar alguna explicación que ofrecer de vuelta en casa, escuché de nuevo la voz del inquisidor:

—Lo que sí puedo necesitar es un alguacil —dijo.

Ya había alcanzado yo el umbral y, desde ahí mismo, volví la cabeza hacia el viejo barbado, que ahora me dirigía, por vez primera en nuestro encuentro, una mirada de interés.

—Yo he venido aquí a serviros, licenciado, en lo que halléis menester —manifesté.

—Sentaos entonces.

Señaló una silla, la única de la habitación, y con un gesto me hizo acercarla hasta el borde de su mesa, y luego acercar mi cabeza a él, tanto que me pincharon algunos pelos de su barba y pude sentir el olor a carne de su aliento.

—¿Habéis visto a los funcionarios allá afuera? ¿Frailes, juristas, oficiales? ¿Os habéis fijado bien en ellos?

Asentí con la cabeza, extrañado porque no era posible dejar de verlos. Pensé que preparaba un elogio a la fiabilidad de los miembros del Santo Oficio. Pero era la suya una pregunta retórica, que solo pretendía apuntalar su siguiente afirmación:

—Son todos unos traidores.

—¿Licenciado?

—Este tribunal es una olla de grillos —continuó, y el olor a carne se sintió aún más fuerte—. Intrigantes, espías, corruptos que no trabajan para la Inquisición, sino para el virrey de turno, o para algún mercader que los soborna, o para un señor de tres al cuarto. Eso por no hablar de los ineptos: burócratas que tardan seis meses en firmar un documento, o lo pierden, o trastornan el sentido de las sentencias. No puedo fiarme de nadie, Alonso. Necesito alguien de quien fiarme.

—Y eso es un alguacil —adiviné porque, aunque no quería pasar por ignorante, era la primera vez en mi vida que escuchaba esa palabra.

Miró el inquisidor a un lado y otro, como temiendo que alguno de sus propios tomos pudiese escucharnos, que es lo que temen los indios, porque los pobres son iletrados y creen que los libros hablan. No creía eso el inquisidor, por supuesto, sino acaso que alguien pudiera espiarnos por el ventanuco de su celda o desde el exterior. Confirmó que nadie se asomaba a nuestras confidencias, y continuó explicando, casi para sí mismo, ya que rumiaba las palabras como masticándolas:

—Un alguacil mayor lleva a cabo las pesquisas, y se nombra desde la metrópoli. Pero lo cierto es que los alguaciles nombrados nunca vienen. Para cobrar sus dietas siempre están listos, eso sí. No dejan pasar ni una. Solo que son sepulcros blanqueados. Cuando llega la hora de embarcarse a las Américas, esos fariseos caen víctimas de repentinas enfermedades, o se ven requeridos a otros menesteres, o se arrepienten. De modo que, en el tribunal de Lima, todos los alguaciles mayores son suplentes, y por lo mismo, unos irresponsables, más

ocupados de su hacienda personal que del servicio al reino.

Calló entonces, y yo imaginé que esperaba una respuesta por mi parte, así que le ofrecí una:

—Ajá…

—Luego tenemos a los comisarios, que sí elegimos entre los clérigos criollos. Pero apenas hay clérigos que no estén metidos en alguna inmoralidad. Los que escogemos terminan comerciando con el puesto, medrando a cambio de resoluciones favorables o investigaciones enclenques. En muchos puntos del virreinato, ni siquiera hay candidatos que cumplan los requisitos morales…

Se detuvo un instante el inquisidor, para luego añadir, ya mirándome a mí de frente, anunciando que llegaba mi parte:

—Y luego están los alguaciles de distrito. Que no cobran.

No ocultaré a Vuestras Mercedes que esas últimas palabras inhibieron mi buena disposición, que ya bastante tengo yo con los esfuerzos del trabajo por dinero para sumarle trabajo sin dinero. Y no es por menospreciar los cargos de los familiares del Santo Oficio, que todos se desempeñan por el gusto de servir mejor a Dios, sino sobre todo por tener en cuenta que los hombres somos pecadores, y que la pereza está en nuestra naturaleza desde la expulsión del paraíso de Adán y Eva, por lo tanto, cualquier oficio sin recompensa se hace a disgusto y termina por constituir un mal servicio al reino.

Notó mi contrariedad el inquisidor, y antes de que yo alejase mi rostro de sus barbas, levantó el dedo hacia lo alto, como dando una lección:

—Pero un alguacil goza de prestigio y reconocimiento. Los señores principales lo invitan a sus mesas. Y en las ceremonias se puede sentar cerca del palco de autoridades, todo lo cual termina por beneficiar su dignidad y también su peculio.

No me aliviaron sus palabras, que seguían prometiendo recompensas inmateriales e inseguras, muy lejos de los quinientos pesos que yo esperaba por mi encargo. Y debe haberlo comprendido así el licenciado Gaitán, porque de inmediato aumentó sus explicaciones:

—Yo necesito a alguien como vos, puro e inocente, que aún no se halle contaminado por las intrigas del virreinato, ajeno a sus familias y a sus confabulaciones. Confío en vuestras referencias y vuestra formación. Y vos, debido a la falta de funcionarios intermedios, tendríais trato directo con el inquisidor, que soy yo mismo. Quizá, precisamente debido a vuestra pureza, seáis aún incapaz de entender los beneficios de esta posición. Pero eso me habla bien de vos.

—Hablar bien está bien. Pero más necesitaré para llenar el estómago.

Se me escapó la lengua, y voto al diablo que soy imprudente. Quise tragarme esos dichos nada más oírlos de mi boca. Pero al final, bien dichos

estuvieron, porque lejos de causar enfado en el licenciado, le surtieron una sonrisa entre los pelos del rostro. Y recostándose hacia atrás en su silla, me confortó diciendo:

—Creedme: si actuáis siempre en puridad de espíritu, Dios os recompensará.

Habría preferido yo que lo recompensase el erario. No por inquina hacia Dios, de la que Él mismo me libre, sino por tener algo que entregarle a mi madre para verla satisfecha y que no se pusiese a rezar de nuevo escapularios y novenas en mi nombre. Pero bien sabe la Virgen, y sabe todo el mundo en la Ciudad de los Reyes, que no se puede negar el pedido de un hombre notable. Además, al fin y al cabo, si las cosas se torcían, yo siempre podría volver a vender paños.

Y así acepté el ofrecimiento del licenciado Gaitán, ingresé como alguacil en el Santo Oficio y me sumé a la noble misión de vigilar el orden espiritual del reino de Dios. Y en esa condición fue que supe de la bruja que es materia de este informe, de sus hechizos diabólicos y de su nefasta influencia sobre el juicio de los hombres.

5

He de volver ahora a donde este informe empezó: al parto de la bestia y al rapto de los endemoniados, aquella noche de vientos huracanados.

Después de entregar para su sepultura los cuerpos de mis ayudantes, esos inocentes que apenas habían alcanzado la vida adulta antes de ser tasajeados, volví a la calle de Mantas a intentar reposar. Afortunado fui de que mi madre no estuviera ya en casa. Debía haber salido a atender labores de costura donde alguna señora de buena familia, de aquellas que pagan al contado, las cuales, para no mezclarse con el vulgo, exigen ser atendidas en sus residencias.

Pero el silencio no me bastaba para dormir, pues asomaron a mis pesadillas las garras y las pezuñas del monstruo bicéfalo, que eran ocho en total, como las de una araña repulsiva. También me atormentaron el recuerdo de los gorgoteos animales, y los lamentos de la novicia poseída Ignacia Prieto, con fuerza tal que ella misma parecía encontrarse a mi lado en el lecho. Y entre unas cosas y otras, pespuntaba el león de madera que vi tallado en aquella carroza nocturna, como si fuese el escudo de armas del mismo Satanás.

Como quiera que ya el sol bañaba las calles y el ruido de los mercaderes se colaba por las ventanas, lo real y lo soñado se confundían, dando tanto terror al sueño como pesadilla a la vigilia. Hasta que no pude permanecer más acostado. Y pensé que volver a mis labores relajaría mi ánimo y disiparía mis turbaciones.

Carecía de ningún apetito que calmar, de modo que no desayuné ni siquiera un trozo de pan. Simplemente, me vestí con las mismas ropas de la noche y me eché a las calles camino del tribunal. Al salir de nuevo a las calles que había hollado la noche anterior, las encontré muy distintas, llenas de vida y alharaca, como están cuando brilla el sol: las pulperías olían a vino picado y a ajo frito. Los mercaderes espantaban las moscas de los aguacates, de los plátanos y de los culos de las cabras. Los comerciantes callejeros ofrecían pájaros multicolores o serpientes que llevaban en jaulas. Las lavanderas acarreaban ropajes con perfumes de especias, todos ocultos bajo el persistente aroma del culantro. Se detenían los esclavos en las esquinas a perder el tiempo de sus recados esparciendo chismorreos sobre sus amos. Boqueaba incienso la catedral. Los vecinos echaban a la vereda las aguas de sus fregados, y a sus charcos se sumaban los meados de los niños. En suma, el paisaje familiar de todos los días entre los muros de nuestra

ciudad.

Vuestras Mercedes no lo sabrán, porque están a salvo de nuestras pequeñas miserias de ultramar, pero Lima hiede. Tan punzante es su presencia en las fosas nasales que ya ni se percibe cada cosa por separado, y se juntan todos esos humores en un aire de muladar húmedo y espeso.

Con lo malo que es el aire de la ciudad, casi sentí alivio de entrar en el palacio del tribunal y bajar a las mazmorras. Eran estas tan pestíferas como el exterior, pero más frescas. Además, por suerte, ya por entonces, el aire viciado de los sótanos no me afectaba tanto de toses y gargajos como en mis primeros días de frecuentarlos. Sobre todo, he de admitir que, después de la tenebrosa noche anterior, incluso ese lugar habitado por apóstatas, pecadores y desviados asemejaba un tranquilo remanso y daba paz a mis sentidos.

Mientras avanzaba entre túneles sacudidos de gritos y chasquidos de flagelaciones, mi alma sentía que regresaba a la seguridad del trabajo y al cobijo divino. Y más se sintió reconfortada cuando llegué donde el alcaide, un hombre gordo con pelo en el pecho, pero no en la cabeza, del que me fiaba yo por saberlo leal y devoto.

El dicho alcaide me saludó con el respeto debido:

—Dios os guarde, alguacil. ¿Seguimos con el reo de la otra vez?

Asentí.

Había un legajo sobre su mesa: el cuaderno donde el alcaide llevaba las cuentas de las viandas que comían los reos, viandas que al salir debían pagar ellos mismos, a menos que fuesen condenados a la hoguera. En ese caso no se les cobraban, por ser ya bastante pena la que les había caído. En fin, que puse mi mano sobre esos papeles y solicité:

—Prestadme el legajo, alcaide. Os lo devolveré al salir.

El carcelero se encogió de hombros y me permitió llevar el cuaderno conmigo, como ya había hecho otras veces, porque conocía mi truco de interrogar.

A continuación, sacó su manojo de llaves y avanzamos los dos por un estrecho pasillo lleno de goteras y moho hasta la última puerta, la cual era tan minúscula que apenas podía entrar por ahí una persona, y con dificultad encajaba en su marco.

Golpeó el alcaide la puerta para anunciarnos, y luego la abrió de modo que el sonido quejumbroso de la herrumbre nos hirió los oídos. Me invitó a entrar entonces. Aunque hizo gesto de quedarse vigilando la salida, lo animé yo a volver a sus labores. Ya tenía yo consciencia de a qué me exponía y a qué no. De todos modos, advirtió el alcaide:

—Tened cuidado, alguacil, que con esta gente nunca se sabe.

Se marchó y yo me quedé, encerrado en soledad con el ocupante de aquel

roñoso calabozo sin ventanas.

Era el cautivo un indio, sentado en cuclillas, vestido con su traje de salvaje y un desvencijado tocado de plumas. Su tez oscura se había quedado pálida por la falta de luz del encierro, y tenía la piel flojiza llena de sarpullidos. Se veía ausente y distraído, y en verdad, teniendo un cuerpo así de magullado, yo también habría preferido encontrarme en otra parte, al menos en espíritu.

—Hernando Páucar —le dije a modo de saludo, tratando de sonar atento y no autoritario ni agresivo, mientras mis hombros se aplastaban contra el techo del diminuto calabozo—. ¿Habéis reflexionado sobre vuestra situación?

—¿Y qué más hago en esta catacumba? Sepultado en vida estoy —respondió el otro en tono de recriminarme, como si fuesen culpa mía sus faltas, cuando mi única responsabilidad era, muy por el contrario, tratar de limpiar su alma.

Yo sabía cómo actuar en tales circunstancias. Nada más comenzar en el Santo Oficio, el primer libro que me había dado a leer el licenciado Gaitán era el *Manual de Inquisidores* de Nicolao Eymerico, estimado con el mayor esmero por todos los doctores en cánones y teología.

Se explican en dicho manual las tretas de los herejes para engañar a los inquisidores, y una de ellas es la de fingir ignorancia o inocencia. Para contrarrestarla, el inquisidor debe fingir que hará un viaje muy largo y dejar preso al reo diciéndole: *Ego compatiebar tibi, et volebam quod mihi diceres veritatem, ut expedirem te, quia delicatus est, et posses breviter incurrere in agritudinem…* y otras palabras así. En efecto, yo había dejado al indio entre esas paredes ya seis días, sin más compañía que las cucarachas y las ratas de los subterráneos. Por eso, pasado ya ese tiempo, me esperaba encontrarlo blando y apaciguado, arrepentido de sus pecados y listo para abjurar de ellos.

—Mirad lo que tengo aquí —le ordené, enseñando el legajo que había tomado prestado del alcaide—. Son las declaraciones de los testigos que os acusan.

Era una mentira, pero una mentira permitida por el manual de inquisidores, una argucia para replicar las astucias de los acusados, *ut clavum clavo retundat.* No conviene olvidar que los miembros del Santo Oficio tratamos con infames tratantes de la mentira y la impostura, de modo que no podemos ser ingenuos y caer en sus trampas. Siguiendo este principio, fingí que leía una declaración que llevaba escrita, aunque ante mis ojos solo se extendía una lista de beterragas y cebollas:

—Dos testigos os han acusado de blasfemia —le informé—. Denuncian que afirmasteis durante una reunión y ante más personas que «el Sumo Pontífice de la Iglesia vive demasiado bien y con excesivas riquezas, y por eso no entiende a sus siervos, que son casi todos pobres. El mismo Jesucristo ha de haber gozado de lujos y mujeres si así viven sus representantes, que solo nos mienten para

mantener sus placeres».

Guardé silencio mientras las supuestas delaciones resonaban en sus oídos, y después, como para aclarar lo que significaban, concluí:

—Todo eso que habéis dicho se opone a los dogmas de fe.

No era falso que dos testigos habían declarado contra el indio. Dos blasfemos españoles que yo había interrogado antes, después de negarlo muchas veces, habían admitido bajo tormento que todas sus ideas torcidas provenían de él que, además, era conocido porque otros indios le consultaban el futuro, los matrimonios y las cosas de su salud.

Aunque esos mismos testigos renegaron de tal declaración numerosas veces, dice Eymerico en su manual que el inquisidor solo debe usar la declaración inculpatoria contra un reo, porque las demás pueden decirlas de mentira sus cómplices, para protegerlo. Por la misma razón, los testimonios de herejes no valen para defender a otros herejes, pero sí para acusarlos.

El problema era que los testigos, cuando dejaron de sufrir latigazos y quemaduras, se habían negado a firmar sus propias delaciones. Por eso, ahora yo necesitaba hacer ver que sí las habían firmado, y que las llevaba yo ahí escritas, con el fin de arrancarle la confesión al reo.

—¿Os empeñáis en negar los cargos? —insistí, cerrando el legajo en actitud solemne.

A pesar de su actitud distante, Hernando Páucar respondió a mi interrogación. Aunque lo hizo sin mirarme de frente, como hablando con el suelo:

—¿Os empeñáis vos en repetirlos, taita?

Otra maña que emplean los reos es retorcer las preguntas de los inquisidores, como hacía este, con otra pregunta, para así eludir la obligación de contestar. Pero también para eso había aprendido yo una contrarréplica, que era fingir blandura y genuino afecto por el descarriado, y de ese modo conminarlo a admitir sus culpas sin excesivas violencias. Así lo hice:

—No temáis confesarlo todo. Está claro que habéis sido engañado por algún hereje que os ha conducido al error, y que habéis pensado que era hombre de bien. Pero no tenéis malicia. Otros más hábiles que vos habrían podido caer en la trampa.

Propone esta fórmula el manual de inquisidores para que, a la vez que se libra del temor de confesar, el reo se anime a delatar a los secuaces de sus malas acciones, en la creencia de que solo ellos recibirán castigo. Porque el hombre es en esencia cobarde y no le importa que paguen otros por sus faltas si se ahorra el castigo él.

Así y todo, a pesar de mis palabras atentas, callaba el indio, de modo que me hizo falta buscar otros caminos para soltar su lengua que, sin embargo, tan libre se había mostrado antes para ofender la majestad divina. Con esa finalidad en

mente, le recordé:

—Figura en nuestros archivos que ya habéis sido condenado antes en este tribunal. Una vez. Por negar a Cristo y venerar en su lugar figuras de piedra o de madera.

Se rebeló él contra tal información, y por primera vez, se arrebató de cólera:

—¿Y no veneráis vosotros cruces de piedra o madera? ¿Y figuritas de santos hechas de papel mojado y tela? ¿Eso no llamáis Dios en España?

—Sí, pero las nuestras representan a la divinidad y sus ejemplos de vida. Las vuestras son un disfraz de los demonios. Es responsabilidad del Imperio salvar vuestras almas del infierno.

Volvió sus ojos el indio hacia mí. Coloreó la sangre su rostro, y su explicación se alzó imperiosa entre las paredes mojadas:

—¡Su Cristo no nos ayuda! Ya le hemos rezado, taita, pero es sordo a nuestras oraciones. ¡Mi gente muere de enfermedades que no había antes! Necesitan la ayuda de nuestras huacas. ¿O tengo que dejarlos morir?

Se quebró su garganta al recordar, al hablar de sus muertos. Yo me alegré porque es esa señal de que el interrogador gana terreno al acusado: cuando este pierde los cabales y grita, mientras el inquisidor mantiene la calma y su voz apenas es audible, de tan tranquilo que tiene el ánimo. Con la misma voz queda de aplomo, continué mi alegato:

—El tribunal os perdonó esa vez. Apenas os cayó una reprimenda y una multa. Ni siquiera recibisteis público castigo. El Santo Oficio es misericordioso. Y respeta la nobleza y calidad de las personas como vos. Pero ahora, si persistís en negar la evidencia, seréis hallado reincidente. Se juzgará falso vuestro arrepentimiento anterior. Y falsa también vuestra negativa de ahora a confesar vuestra blasfemia.

—¡No he proferido ninguna blasfemia!

Levantó el cuerpo, y a punto estuvo de arrojarse sobre mí. Hasta que comprendió que nada bueno podía conseguir de lastimarme, y regresó a su rincón, como un ratón volviendo a su guarida tras ver que, detrás de su queso, lo espera un gato.

Yo bajé los ojos hacia el suelo y moví la cabeza de un lado a otro, para mostrarle mi contrariedad:

—Insistís entonces…

—¿Qué más puedo hacer si digo verdad?

Entonces me senté yo mismo en ese suelo mugroso, a riesgo de manchar de barro mi jubón favorito, para así mostrarme compasivo y amigo del acusado, de tal modo que le diese confianza admitir sus maldades. Bajé la voz tanto como una serpiente al silbar, y acerqué mi boca a su oído para instarlo de buenas maneras:

—Acusar al Papa de avaricia… es lo que hacen los luteranos. ¿Sabíais eso? Y

negar a Cristo es de judíos. Vuestras blasfemias coinciden con las herejías más peligrosas contra la fe cristiana. Habéis repetido los argumentos de los peores enemigos de Dios.

Él solo sacudió la cabeza, como negando sin palabras. Y yo continué dirigiéndole advertencias en tono suave para hacerle ver que me preocupaba su destino:

—Os sacarán en auto de fe frente a toda la ciudad, para vergüenza pública. Os harán recorrer las calles hasta la Plaza Mayor, con una vela verde en la mano, una soga al cuello y una mordaza en la boca, mientras los paseantes os escupen e insultan. Ya en la plaza, el verdugo os dará cien azotes en la espalda. Finalmente, seréis desterrado. U os enviarán a galeras. Nunca más veréis a vuestros seres queridos, ni seréis aceptado en la ciudad. Moriréis en esa soledad, pero ni siquiera entonces se acabarán vuestros problemas. Se os denegará la sepultura en tierra santa. Quizá vuestro cuerpo sea entregado a los gallinazos, para que nada de él quede en pie el día del Juicio Final.

—El Santo Oficio no puede proceder contra indios —respondió, conocedor de las leyes escritas. Seguramente, el propio Lucifer le había informado de ellas.

—El virrey ya lo ha aceptado. Ha sido una de sus últimas decisiones antes de marcharse. Ha comprendido que no sois inocentes. Que vuestras deidades son trasuntos demoniacos. Y que conspiráis para acabar con la fe.

Escuché entonces el gemir de un perro o un gato. Como no había ventanas, pensé que algún animal se había colado en las mazmorras. Pero no era ninguna mascota, sino el acusado, que había comenzado a sollozar amargamente con el rostro hundido entre las manos.

—¿Cómo puedo confesar si no he hecho eso? —murmuró, tratando por última vez de engañarme. Y era muy convincente porque las lágrimas se derramaban entre sus dedos sucios—. ¿Me pedís que mienta? ¿Pues no es pecado la mentira?

Ahora fui yo quien quiso llorar. Deseaba fervientemente que la humillación del indio recayese en manos ajenas a las mías. No quería hacerle daño, pues quizá no fuese más que un infeliz con mal carácter, dispuesto a creer supercherías o a decir barbaridades en un arranque de inconsciencia. Aunque su rigor es infinito para los enemigos de la fe, Dios es misericordioso, y siguiendo su ejemplo, yo también me apeno ante la vecindad del dolor.

Vuestras Mercedes del Consejo Supremo, sabios doctores que habéis enfrentado ya todas las tentaciones y situaciones de nuestro Santo Oficio, me encontrarán acaso demasiado indulgente. Reconozco mi debilidad. Sin embargo, jamás me he negado a cumplir mis obligaciones, y esa vez no fue la excepción. Sin dejar que se notase mi pena, llamé:

—¡Alcaide!

Al instante, abrió el carcelero la puerta y empujó al reo hasta la cámara de tormentos, lo que Páucar aceptó mansamente, con más resignación que voluntad. Yo me detuve por el camino en la mesa del alcaide, para cambiar su lista de viandas por otros folios y tinta para escribir las declaraciones del acusado. Luego, los seguí a la sala de tormentos. Mientras avanzaba hacia allá, la imagen del hijo de Satanás, ese monstruo de dos cabezas, volvió a formarse en mi cabeza, como un oscuro augurio de lo que estaba por venir.

6

Los penitentes ya ocupaban sus máquinas de dolor, y los lamentos formaban un coro de aullidos dolorosos. Quedaba libre el potro, que siempre produce el efecto de hacer hablar a los reos. Cuando llegué, el alcaide había atado ya a Páucar a ese instrumento por las muñecas y los tobillos, dejando su cuerpo acostado sobre las tablas y muy estirado, como si se estuviera desperezando. Mientras se le ajustaban las sogas, el cautivo protestó, ahora sí mirándome fijamente:

—Os han engañado para perjudicarme. Pensad que os podría ocurrir a vos también. Algún día.

No me dejé enredar yo en sus mentiras, y solo hice el trabajo que Dios me había encomendado:

—¿Admitís vuestros insultos a Dios?

—No sabéis lo que decís…

Comenzó el alcaide a enroscar las sogas alrededor de un rodillo, con lo que se estiraron los huesos de sus extremidades y su espalda, hasta que el indio pareció más alto de lo que era. Algunas partes de su esqueleto comenzaron a crujir.

—¡Aaaahhh!

Debí admitir a Vuestras Mercedes que me desagradaba profundamente este momento de mi trabajo. Aspiraba yo a que la tortura terminase rápido. A veces incluso sentía el impulso de correr fuera de la cámara. Esta vez, además, el cuerpo contuso ante mí se mezclaba con mis recuerdos de la noche anterior, de un modo que me producía verdaderas náuseas. Para apurar ese trago, mediante gestos, apremié al alcaide a estirar el potro más rápido de lo normal y exigí al reo:

—Confesad y redimiros, que no habrá paz para los que mientan al tribunal...

—¡Bastaaaaaaa!

Como se seguía negando el indio a hablar, pedí al alcaide que le acercase antorchas a la piel de los costados, de modo que la ampollase e hiriese sin terminar de incendiarla. Y aquella técnica dio resultado porque los chillidos se redoblaron.

—¡Aaaaaaahhh!

—¿Admitís vuestras herejías?

—¡Sssíííííí! ¡Sí, pero parad, por favor!

Al fin se avenía el reo a confesar sus culpas, y yo escribí en un folio que así lo declaraba, para luego hacerlo firmar por él mismo. Pero una vez que él comenzaba a admitir, no podía detenerse el proceso. Porque bien me decía la experiencia que, luego de abandonar el tormento, muchos acusados se retractaban de lo dicho antes, y afirmaban haberlo confesado de mentira para cesar el dolor. Por tales peligros, era importante aprovechar el momento de debilidad para extraer toda la información que tuviese el acusado.

Con un ademán de la cara, hice que el alcaide estirase más el potro, y una vez que tuvo al reo al límite antes de romperlo en dos, que le acercase de nuevo la antorcha, esta vez a la cara, hasta que el aura de la flama le deshizo las pestañas.

—¡Noooooooooo!

—¿Quién os hizo creer en herejías?

—¡Nadie! ¡Lo juro!

Nuevos huesos sonaron, como rajándose o partiéndose por la mitad. Sus lágrimas se evaporaron por la cercanía del fuego.

—¿Quién os hizo creer esas blasfemias?

—Nadie…

—¿Quién?

Y entonces al fin se abrió el sello de sus labios, como el de un sobre que llevara secretos:

—¡La bruja! ¡Fue la bruja Rosa!

Lloró más. Yo sabía que ya no solo lloraba por el castigo físico, sino también por arrepentimiento de sus malas obras. Pregunté:

—¿Quién es esa Rosa?

—¡Una mujer que habla igual con Dios que con el diablo! ¡Se me apareció en sueños!

—¿Cómo sabéis que habla con el diablo?

—Lo dice ella misma. Afirma que el Maligno la persigue para tentarla…

—¿Y sabiendo que el diablo hablaba por su boca, vos repetisteis sus blasfemias?

—¡Ella las hizo pasar por mensajes de Dios, taita! Ahora sé que así me engañó, como dijisteis vos. Ya sabéis que, desde Eva en el Génesis, la mujer tienta al hombre a burlarse del Creador y es la culpable de sus pecados…

—¿Decís verdad?

—¡Juro que es verdad! ¡Lo firmaré! ¡Pero sacadme de aquí!

Esa fue, Vuestras Mercedes, la primera vez que escuché el nombre de la bruja, y comoquiera que se decía que ella hablaba con el diablo, relacioné su brujería con los sucesos acaecidos la noche anterior, que seguían volviendo a mi cabeza de instante en instante. Tenía que haber una unión entre la dicha Rosa, que

se comunicaba con Satanás, y los espíritus tenebrosos que habían robado a la bestia y a la concubina, Ignacia Prieto, sin duda para rescatarlos a ambos de las manos de Dios. Y por esa unión apreté al reo:

—¿Y le ha dicho el diablo que engendraría un hijo en estas tierras? ¿Y que ese hijo lo llevaría en el mismo cuerpo a él y a su Maldad, así como Cristo es Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo a la vez?

—¡Así es! ¡Eso también dijo, señor!

Hasta el alcaide se asustó de oír hablar así de estas cosas, acostumbrado como estaba a pecados más banales y confesiones menos graves. No por eso dejó de tirar del potro, tanto que llegó al límite, de modo que hubo de soltar un poco la cuerda y tirar de nuevo, haciendo del reo un acordeón de huesos.

—¿Y dijo que el diablo engendraría a su hijo en una novicia?

—¿Cómo decís?

—No mintáis más. Ya no vale la pena.

Tiró el alcaide de golpe, más que hasta entonces, y el torso del indio se desencajó. Dejó escapar un ruido como de rama quebradiza, y un alarido largo y agudo.

—¡Síii! ¡En una novicia! ¡Dijo que lo haría así para humillar a Nuestro Señor robándole a una de sus mujeres! ¡Lo juro!

Todo eso habló el acusado, al fin liberado de sus mentiras y engaños merced al dolor, y cuando hubo respondido a todas mis preguntas, y yo lo hube escrito todo para que constase en el procedimiento inquisitorial, comprendí la magnitud de la amenaza y mandé soltarlo del potro.

—Solo tenéis que firmar esta declaración —le dije entonces para aliviarlo—. Y todo habrá terminado.

Le costó trabajo al indio poner su nombre, con los huesos doloridos como los tenía, y ardiéndole la cara por las llagas. Pero con ayuda mía, que sostuve su mano, certificó por escrito todo lo dicho en el potro. Luego, acompañado del alcaide, pudo marcharse a reposar con mi venia.

No me encontraba yo mucho mejor que él, a decir verdad. Con cada revelación de sus labios, golpeaba mi cabeza por dentro con un latido feroz. Tenía los sobacos y la espalda empapados de sudor. Me temblaban las piernas.

Nada más terminar el interrogatorio, abandoné las mazmorras y salí de vuelta a la calle con prisas, como perseguido por fieras hambrientas. Al abandonar la plaza por el colegio de San Ildefonso, seguro de que ningún conocido me veía ya, me arrodillé en el suelo. Así colocado, devolvió mi estómago lo poco que llevaba dentro desde la noche anterior, formando un batiburrillo de alimentos mascados junto a la pared de una casa.

Sentía en ese instante, Vuestras Mercedes, que los mismísimos demonios se revolvían en mi vientre. La cercanía de los emisarios del Anticristo me producía

un pánico siniestro.

Ahora tenía claro que fuerzas nunca antes vistas, más poderosas que ningún humano, acechaban en el horizonte.

7

De noche y de día, el convento de Santa Clara era tan diferente como el infierno del cielo. De madrugada, durante mi primera visita, me había impresionado cómo la oscuridad se tragaba sus contornos y sus muros. En cambio, a la hora Nona, el sol iluminaba las cruces sobre sus torres, así como la imagen de la Virgen María sobre el portal, y el convento recuperaba su aspecto acogedor.

Esta vez no ingresé por la iglesia, sino por la puerta lateral que da al locutorio, ese punto de encuentro entre el interior y el exterior de la clausura, donde las monjas reciben las visitas de sus familiares o negocian los productos que necesitan para subsistir.

Esperaba yo un ambiente de recogimiento y oración en ese lugar, por lo cual me sorprendió mucho lo que hallé: en vez de comunicarme a través de una rejilla, pude pasar directamente al largo salón que se suponía reservado para las monjas. Se hallaban ahí muchas otras personas, algunas de muy mala apariencia, con pinta de artistas y esclavos, que reían y daban voces, como si eso fuese una fiesta de borrachos y no un lugar sagrado. En un rincón, una monja cantaba una canción profana que hablaba con picardía de amores carnales. La rodeaban otras cinco siervas de Dios, todas dando palmas y soltando carcajadas indecentes. Toda esta romería se completaba con aguardientes, en tal cantidad que una tufarada de alcohol flotaba en el aire.

Entre tanto desorden, tardé un rato en encontrar a una monja de velo blanco que hacía las veces de guardiana del locutorio y que, a todas luces, dejaba mucho que desear en el desempeño de su función. Le pregunté:

—¿Sois la encargada aquí? Quiero hablar con la abadesa.

—¿Y quién sois vos si puede saberse? —respondió ella, altanera.

Me enfadé ante su ignorancia. Una mujer de su condición debía saber la respuesta a esa pregunta antes de formularla. Mal irá la Santa Iglesia si sus servidores no nos reconocemos entre nosotros.

—Mirad mis insignias. Soy alguacil del Santo Oficio.

Me miró con el desprecio con que se mira a un inferior. Como si el diablo hubiese nacido en mi casa y no en la suya.

—La abadesa no habla con simples alguaciles. Que venga el inquisidor si quiere verla.

A todos los cristianos les inspiran respeto los distintivos de mi autoridad. No ha nacido aún el hombre que no tiemble ante la presencia del Santo Oficio y el rigor de nuestras mazmorras. Pero esa mujer no titubeaba siquiera. Tampoco mi espada le imponía una pizca de preocupación. Como si ya me hubiese dicho todo lo necesario, me dio la espalda y, dejándome de una pieza, continuó de cháchara con otras de sus hermanas, tan divertidas como todos los demás.

Dudé entonces si me hallaba investido del poder para obligarla. Aunque las circunstancias eran graves, y constituía un grave pecado la alegría que ahí reinaba, no tenía yo claro poder aplicar el mismo rigor que en una plaza o una calle. No dejaba de ser esa una casa de Dios, por mucho jolgorio que albergase, y correspondía a instancias más altas aprobar o condenar lo que ahí ocurriese. Por más confianza que me ofrecía el licenciado Gaitán, no era yo más que un subalterno sin sueldo siquiera.

Solo entonces recordé que sí conocía a alguien ahí de mi nivel. Vinieron a mi mente su presencia llena de coraje y la fuerza de su voluntad. Y me descubrí incluso unas ganas inesperadas de encontrarla.

—Llamad entonces a Jerónima de San Francisco —solicité—. Ella sabrá guiarme. Que no parezca que queréis ocultar lo que ocurrió anoche.

Se mostró molesta esta monja por mi insistencia. Pero también alzó la oreja ante el ingrato recuerdo del parto diabólico. Llamó a una esclava que ahí tenía, una negra retinta que parecía un carbón. Le cuchicheó un buen rato al oído, y cuando se hubo asegurado de que la esclava entendía su largo mensaje, la mandó entrar en el convento.

Yo me quedé esperando junto a la misma puerta que ella había usado, prestando atención a los posibles excesos de la multitud que llenaba el locutorio, y anotándolo todo en mi memoria para explicárselo después al licenciado, que no se mostraría muy contento al saber de ese ambiente festivo impropio de los santos lugares.

Volvió la esclava al poco rato. Para mi enfado, no venía con ella la donada Jerónima. La negra solo traía unas palabras, que murmuró junto al velo blanco de la monja. Esta no me dijo nada. Tan solo, visiblemente malhumorada, se dedicó a observar a los asistentes.

Poco después, otra mujer de piel oscura se puso a bailar sus danzas paganas traídas de África, lo que todos en el locutorio recibieron con gran diversión y aplausos. Imaginé que la guardiana reprobaría semejante comportamiento. Muy lejos de hacerlo, aprovechó la monja que todos posaban sus miradas en la bailarina, y contraviniendo una vez más las reglas de la clausura, me empujó a través de la puerta interior del convento, hacia la vida invisible de sus hermanas.

En esta ciudad, Vuestras Mercedes, todos estamos presos. De entrada, vivimos dentro de los muros de Lima, temerosos de una rebelión de los indios,

una invasión extranjera o un saqueo de corsarios. Pero en el interior, se multiplican otros muros: los de las mazmorras, los de los conventos, los de los palacios. Algunos protegen a los de dentro, otros a los de fuera. Pero todas esas paredes nos separan a unos de otros, y grande es el poder de los vigilantes de sus puertas. Esos guardianes manejan las llaves de la libertad y del libertinaje.

Esta vez no hube de correr en medio de la noche, sino que la esclava me guio andando lentamente. Pude entonces apreciar el convento en todo su esplendor. Era este casi una ciudad por sus dimensiones y estructura, pues tenía verdaderas calles atestadas, aunque por ellas solo circulaban mujeres. También me maravillaron las celdas de las monjas, algunas del tamaño de viviendas pequeñas, e incluso conté tiendas, donde las habitantes de esa ciudadela podían consumir dulces y estampas religiosas. Una acequia recorría el lugar, conduciendo a una zona de lavandería. Y de la gigantesca cocina emanaban los vapores de cocidos especiados.

Mucha más rica era esta ciudadela que la ciudad de afuera, y mucho más limpia también. Brillaban sus baldosas de tan pulidas que estaban, y en los adoquines de sus suelos no se acumulaba la mugre ni los excrementos. Eso sí, quien pensase que allá adentro terminaría la decadencia que yo había atestiguado en el locutorio, se equivocaría de cabo a rabo. Muy por el contrario, las mujeres del convento prescindían del velo reglamentario, y muchas incluso dejaban ver sus cabelleras o sus pantorrillas bajo los ropajes.

Se trataban las monjas entre ellas con tal familiaridad y júbilo que parecían pulperas y no siervas de Cristo. E incluso llegué a ver al fondo de las calles a un par de varones, de aspecto nada sacerdotal, que de algún modo se habían colado entre los muros de Santa Clara y caminaban relajadamente, sin que nadie reprochase su presencia o los reconviniese.

Hacía yo estos reproches para mis adentros, cuando un estruendo llamó mi atención. Era una visión repentina y violenta, como una tormenta corriendo a ras del suelo, conducida con esfuerzos por un hombre y cuatro monjas. Tratábase de un monstruo encabritado que ahuyentaba a las señoras con que se cruzaba, y que a mí mismo me hizo retroceder al cruzarse en mi camino.

—¡Bbrrrfffffgghhj!

Al principio, pensé encontrarme ante un error de mi vista, o ante el engaño vil de algún mal espíritu. Acaso se tratase de otro hijo del diablo, mucho más grande del que yo había visto la noche anterior, y más peligroso. Pero al fijarme bien, hube de admitir que se trataba de algo más imprevisto aún: un ternero negro y rabioso, que se negaba a dejarse domar y estrellaba su cornamenta contra los azulejos.

—¿Tenéis vacas? —pregunté asombrado.

La esclava rio dejando ver unos dientes blanquísimos en su hocico oscuro:

—Hoy toca fiesta —me informó—. Y han traído un novillo para celebrar una corrida en el patio mayor. Ese señor es el torero.

Con aquella facilidad lo dijo. Como si fuese normal matar toros o recibir hombres en el convento.

Pero no era mi deber regañar a una simple esclava, que no tendría ni arte ni parte en las conductas licenciosas de ese lugar, ni sabría tal vez que estaban prohibidas. Dejando atrás al novillo y sus amaestradores, seguimos nuestro camino a través de nuevas callejuelas y fachadas hasta llegar al coro bajo.

Antes de entrar en el templo, llegó a mis oídos un canto de mujer. Pero bien podía haber sido el de un ave canora. O el de un ángel. Se elevaba su voz prístina y delicada con facilidad sobre las notas más agudas y acariciaba las graves. Sin duda, una música similar debía recibir a las almas buenas en las puertas del paraíso.

Solita estoy aquí
si queréis que os vaya a abrir…
ahora, que es hora
si queréis venir…

Me llevó ese sonido celestial hacia el ábside del templo. Ahí, en el retablo mayor, bajo la imagen misma de Santa Clara, patrona del convento, cantaba una monja mientras decoraba las figuras de pan de oro con arreglos florales, y tan bellamente hacía todo que se habría dicho que acababa de descender del cielo en ese mismo instante para ello:

Mi marido está fuera
¿dónde? En Montalvá
mañana bien a medio día
antes no volverá.

Supuse que se trataría de una monja de velo negro, las más importantes del convento, que, aunque suelen provenir de familias principales, a veces son seleccionadas por su hermosa voz. Por tanto, deduje que, al mencionar en el locutorio que iba yo a investigar los misteriosos hechos de la noche, habrían cambiado de opinión las señoras y me habrían llevado directamente donde la abadesa, pues solo a ella podía pertenecerle un timbre así de aterciopelado y puro.

Y, sin embargo, al girarse ella para recibirme, todas mis certezas se derrumbaron. El hábito correspondía a las donadas, y la dueña de la voz era una mulata, casi tan negra como la esclava miserable que me había llevado hasta ella, por lo que resultaba imposible que llevase un hábito religioso, aunque fuese el más bajo.

O quizá fuese esa una señal más de la barbarie en que se había sumido ese

convento.

8

—Id con Dios, hermana —despidió la monja mulata a mi guía, a lo que esta se persignó y se marchó.

La monja terminó de colocar sus arreglos florales, bajó hasta uno de los bancos y se sentó. A pesar del color incorrecto de su piel, me sentí extrañamente atraído hacia ella, lo que atribuí en el momento a la curiosidad por una monja de sus características.

Me invitó a acompañarla en el asiento con una seña, a la cual obedecí. Frente a nosotros se elevaban las imágenes de santos talladas en madera. Sus colores eran tan naturales que las figuras parecían vivir y hablar entre ellas. Señaló la monja a una de esas imágenes, la de la Virgen con el niño en brazos, y comentó:

—Un niño es siempre tan hermoso, ¿verdad? Es increíble que pueda asumir una forma contranatural y horrenda.

Reconocí entonces su voz como la de Jerónima de San Francisco, e incluso sus facciones me recordaron a las que me habían recibido en mi primera visita al convento. Pero es que en la oscuridad todos los gatos son pardos, y tampoco el color de las personas se entiende con claridad. Yo, simplemente, al verla monja, había asumido que tendría piel blanca, pues la raza africana carece de las virtudes y los requisitos que exige el Altísimo a sus esposas. Aunque, por lo que ahora veía, a donadas sí que podían llegar las mujeres de origen esclavo, por ser esta la categoría más baja de la clausura.

—¿Traéis espada a la casa de Dios? —me dijo ahora, y comprendí que incluso sabía de las cortesías de los funcionarios, lo cual continuó sorprendiéndome. Obedientemente, me levanté, llevé mi arma a la puerta y ahí la dejé, porque es lo correcto de hacer, aunque la indisciplina que había visto en ese convento no me inspiraba la menor confianza. Después, regresé y me senté de nuevo a su lado.

—Se está haciendo costumbre del Santo Oficio venir a hacernos visitas… —dijo ella.

—Lo de ayer lo amerita. Y lo de hoy no se queda atrás.

—¿No os gusta nuestro hogar?

—No me gustan las ofensas a la ley. Y vuestras amigas andan sobradas de eso.

—No soy yo quién para juzgarlo.

—Ya encontraré yo quién lo juzgue.

—¿A qué habéis venido entonces?

Por primera vez, miré a esa mujer de cerca a la cara, y comprendí por qué nunca las de su raza se entregaban a la clausura. Era el tamaño de sus ojos, como hechos para el hechizo, y el de sus labios, propensos claramente a la carnalidad. También la frescura de esa piel, que por poco que se dejara ver, invitaba a la lujuria. Los cuerpos de los negros y mulatos mantienen aún algo de lo animal de la persona, de lo anterior al pecado original y, por eso, resultan menos propicios para la vida espiritual y más para las labores domésticas, como las que realizan los esclavos. De hecho, apenas posados mis ojos en la monja, tuve que desviarlos, por miedo a que se notasen los encendidos pensamientos que esa mujer me estaba inspirando.

—Tengo que hacer algunas preguntas sobre la novicia Ignacia Prieto —regresé al tema que ahí me llevaba—, y el fruto abominable de sus entrañas.

—Tampoco de eso puedo deciros gran cosa. Vi lo mismo que vos.

—Entonces llevadme a sus lugares de trabajo y ocio. Ya miraré yo lo que me pueda servir.

—No puedo mostrar a un extraño las intimidades de mis hermanas…

Una cara muy dura había que tener para decirme eso, dadas las circunstancias. Y muy poca vergüenza.

—No seré el primero que las contemple. En cambio, si os negáis, seré el que denuncie al arzobispo de Lima todo lo que aquí ocurre.

Sin apenas alterarse, ni responder a mi amenaza, se arrodilló Jerónima en el reclinatorio, y pronunciaron sus labios un avemaría con las manos entrecruzadas. Debía estar pidiendo permiso a la Virgen, y supongo que lo consiguió, porque después de esa oración, se volvió hacia mí y me invitó:

—Venid conmigo.

Tras recoger mi espada, salimos del templo por estrechos laberintos, más alejados de la vista de la gente. Rodeamos el claustro, y por detrás de los almacenes y el huerto, nos acercamos a un edificio arrinconado en un extremo del convento. Comprendí que no nos acercábamos al dormitorio que yo conocía, y así lo hice saber:

—¿Por qué no vamos donde anoche? ¿Tratáis de engañarme?

Jerónima me dirigió una mirada socarrona, como burlándose de mí. Debía haber yo protestado por ese gesto, y, sin embargo, sus ojos eran tan luminosos como su canción de antes, y apenas pude decir nada. Ella me explicó:

—Queríais ver los lugares de la novicia Ignacia. El dormitorio de las novicias ya no era uno de ellos. A ella la habían trasladado a una celda propia.

—¿Y por qué no parió en ella?

—Cuando se vio en labores de parto, recurrió a las otras novicias. Y ellas se la llevaron a su dormitorio para hacer de comadronas. No estaban muy preparadas para ello, de todos modos. Ni para lo que les tocaría ver.

Reemprendió el camino dando por sentado que yo la seguiría, como en efecto hice. No por eso dejé de preguntar:

—¿La habíais trasladado a una celda por encontrarse preñada?

—Nadie sabía que esperaba un hijo. Los hábitos monacales esconden el cuerpo.

A nuestro lado pasó una joven sonriente, que salía del huerto. Flores blancas le adornaban el pelo suelto. Sus sandalias dejaban ver unos pies pequeños y rosados.

—No todos —mascullé, más para mí mismo que por discutir con la donada. Pero, aunque atónito por todo lo que veía de sorprendente en ese lugar, era mi deber concentrarme en lo que ahí me llevaba, y seguí inquiriendo de mi tema:

—¿Qué pensaban hacer con el niño después de traerlo al mundo? Es obligación mandarlo al hospital de niños huérfanos de Atocha, que ahí reciben a todos los niños blancos abandonados de sus padres…

Se detuvo ella en seco, y me clavó ahora una mirada que parecía un cuchillo filoso:

—¿Y cómo podía saberse que el niño iba a ser blanco?

Pocas conversaciones he tenido yo en mi vida con gente de color, y las más han tratado sobre asuntos domésticos o carcelarios. Jamás había conocido tan siquiera mulatos con estudios, y mucho menos con la actitud de la donada, que más parecía a veces una superiora que una simple monja de lo más bajo del escalafón. Por eso, erraba yo en qué cosas decirle, y no sabía tampoco qué esperar de sus respuestas.

—Os voy a enseñar otra cosa —anunció ella de repente y, sin escuchar mis protestas, cambió de camino, como volviendo al claustro. Pasamos ahora junto a un grupo de monjas que al parecer recitaban una obra teatral, y que no repararon apenas en nuestra presencia, lo que me hizo preguntarme cómo estarían de acostumbradas a la presencia de varones. Pero duró poco en mi cabeza ese pensamiento, ya que aún más sorprendente era lo que me esperaba al cruzar la siguiente puerta.

—Contemplad estas bellezas. —Me invitó a pasar Jerónima.

Del otro lado, en una habitación tan grande como un refectorio, se agrupaba una docena de infantes, cuyas edades calculé entre los nueve años y los recién nacidos. Por todas partes regaban el suelo caballos de madera y muñecas de trapo, que los pequeños se arrebataban unos a otros. Cuidaban del lugar dos monjas donadas, como Jerónima, que, en ese momento, se esforzaban en entonar una canción con los niños. Pero su voz quedaba apagada por el desmadre general

de travesuras y lloros.

—¿Tenéis un colegio aquí? —me asombré de nuevo—. ¿Para niños abandonados?

Solo de ver a esos pequeños corretear entre los juguetes, a Jerónima se le formaba una sonrisa entre los labios carnosos. Daba ternura ver el brillo de sus ojos, negros como lunas nuevas.

—No es un colegio —respondió—. Es un hogar. Y no están abandonados. Estos niños tienen más madres que nadie.

Percibí en un rincón a una monja de velo blanco, que se había abierto el hábito hasta soltar un pecho, el cual aplicaba en la boca de un recién nacido. Fue la única que se espantó al verme e intentó quitar el alimento a su hijo para volver a cubrirse, a lo que el neonato reaccionó con chillidos altísimos, como de gato al que tirasen de cola.

—¿Todos estos son hijos de monjas? —me horroricé.

Al oír el tono de mi voz, las religiosas del salón elevaron una mirada de enfado hacia Jerónima, que me sacó de ahí tirando de mi manga, aunque no consiguió contener mi enfado. Mientras retomábamos el camino, seguí recriminando sus costumbres, de modo que ahora era yo quien escandalizaba a las habitantes del convento:

—¡Todos esos niños son bastardos, peor aún, sacrílegos!

—No son bastardos. Son hijos de Dios y de sus esposas, nosotras. Y no todos han sido paridos por monjas. A algunos los han abandonado al nacer, para salvarlos a ellos y a sus padres, porque traían deshonra a sus familias.

—¡Tenéis un colegio lleno de hijos del pecado!

—¿Qué queréis que hagamos con ellos? ¿Arrojarlos al río? No tienen culpa de nada, los pobrecitos.

—Son producto de cópula carnal ilícita…

—Sí. Como yo.

Se plantó entonces la donada Jerónima frente a mí, clavando fijamente la mirada en mis ojos con un aire de desafío que me hizo remecer las entrañas. Pude sentir su olor de jazmines. Pero sus palabras sonaron más a pedradas que a flores:

—A mí también me educaron las hermanas. No sé quiénes son mis padres. Solo sé que me abandonaron en la puerta de Santa Clara al nacer. Nunca he salido de este convento. Jamás he visto las casas de la gente, ni el mar, ni siquiera el desierto amarillo que dicen que se extiende por todo lo largo de la costa. Y aun así, dedico todos mis días a orar y celebrar la creación divina. ¿Habríais preferido que me arrojasen al río a mí también? ¿Habríais ganado algo con eso? ¿Lo habría ganado alguien?

Aunque mulata y mujer, algo de razón tenía la donada o, al menos, suficiente presencia de ánimo para hacerme callar. Y en silencio seguí el camino

que ella me indicó, hasta más allá del pozo, donde los terrenos del convento llegaban a su fin.

Al lado de un jardín muy bien cuidado, me señaló una especie de cabaña de adobe adosada al muro, que creí un depósito de leña o de utensilios. Junto a la cabaña, precisamente en la esquina, distinguí un agujero en la muralla, tan ancho que dos perros muy grandes habrían pasado por él al mismo tiempo.

—Pueden entrar ladrones por aquí —advertí.

Jerónima me ofreció una sonrisa enigmática, de las que pueden ser de amabilidad o de pura burla.

—También pueden salir.

No nos detuvimos en el hueco. Seguimos hasta llegar a la cabaña, cuya verdadera naturaleza se reveló solo al empujar la puerta.

En el interior, no encontramos utensilios, sino una celda de monja, diminuta pero digna, con un catre bajo el arco del techo y un mueble lleno de pequeños cajones. Sobre el altar de la pared, descansaba una figura de San Pedro de Alcántara que llevaba en la mano una calavera. Doblado a los pies del catre se hallaba un hábito de novicia y un ejemplar del libro del Apocalipsis, marcado en muchas de sus páginas con hojas de árboles y trozos de tela.

—¿Y aquí dormía Ignacia Prieto?

—Nosotras la llamábamos Ignacia de San Juan.

—Vos, Jerónima, tenéis también apellido de santo. ¿Lo cambiasteis de nombre al llegar aquí?

—No cambié. Yo nunca había tenido un nombre en otro lugar.

Poco que ver había en ese lugar pequeñísimo y, en apenas dos miradas, ya lo había abarcado entero. Siguiendo una corazonada, me senté en el catre en espera de una señal divina de hacia dónde mirar. Entonces, como si me hubiese llegado tal señal, abrí el libro.

—Es de nuestra biblioteca —explicó la donada.

En efecto, llevaba el sello de la biblioteca de Santa Clara en cera, y ricas ilustraciones, hechas por manos hábiles, quizá las de la propia Jerónima. Sin embargo, me fijé yo en las páginas que la novicia había marcado. Una de ellas decía:

> *Y fue arrojado el gran dragón, la serpiente antigua que se llama el diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la Tierra y sus ángeles fueron arrojados con él.*

Otra rezaba:

> *Hubo guerra en el cielo: Miguel y sus ángeles combatieron contra el dragón. Y*

el dragón y sus ángeles lucharon.

Y una tercera:

El dragón se paró sobre la arena del mar. Y vi que subía del mar una bestia que tenía diez cuernos y siete cabezas: en sus cuernos había diez diademas, y en sus cabezas había nombres blasfemos.

Esta última cita se hallaba marcada con un retazo de tela, la cual llevaba bordada la figura descrita. Tenía el bordado la forma de un escudo de armas dividido en tres, aunque toscamente dibujado con hilo rojo sobre el fondo blanco. Y en el escudo figuraban la bestia, o al menos un animal con aspecto de fiera. Un cuerno con una diadema. Y una cabeza, cubierta por un yelmo de combate.

No habría sido más que una anécdota todo ello, de no ser por la figura de la bestia. Y es que en ese dibujo reconocí al mismo animal que había visto la madrugada anterior, tallado en la carroza nocturna, al que en la oscuridad de la calle había tomado por un león.

—Satanás ha estado aquí —dije en voz alta.

La donada se persignó.

—No mencionéis su nombre en este convento. Ya hemos tenido bastante de él.

Recogí el trozo de tela bordado y lo guardé en mi alforja.

—¿Conocíais vos a esta Ignacia?

—Soy instructora. Le enseñaba a cantar.

—¿Os habló alguna vez de una bruja llamada Rosa?

—¿La beata?

—Una que dice tener trato directo con Dios.

La monja me hizo otro de sus gestos de burla, como si supiera más que yo de las cosas de la vida, aunque ella no hubiese salido jamás de las cuatro paredes de Santa Clara.

—Todas las novicias hablan de ella. Algunas la han visto con sus propios ojos antes de venir. ¡Algunas han venido inspiradas por ella!

—¿Y qué cuentan de esa… beata?

—Le piden milagros. Y dicen que ella los cumple.

Aunque ya tenía claro que nada bueno podía esperar de esas mujeres, no dejaba de enfadarme ante cada nueva desviación de su comportamiento. Y lo dejé claro:

—¿No saben las novicias que solo a Dios y a los santos de la Iglesia se les piden los milagros? ¿Qué blasfemias enseñáis a vuestras monjas aquí?

Se encogió de hombros la monja, como si esas cosas no se pudiesen

controlar, aunque precisamente fuese su labor poner coto a las habladurías y supersticiones. Dijo:

—Ya sabéis cómo son las jóvenes. Todas quieren ser santas por la gracia de Dios. Y en la dicha Rosa, encuentran un ejemplo a seguir.

—¿Y si es una hechicera?

Tenía respuestas para todo la donada, y también para esto, porque con una sonrisa sarcástica, desdeñó mi preocupación respondiendo:

—En ese caso, sin duda el Santo Oficio nos lo hará saber, para prohibir que nuestras hermanas recen por ella.

Y sin decir más, me sacó de esa celda y me guio de vuelta a la salida.

Mientras seguía los pasos de Jerónima, volví a sentirme extraño. Un intenso calor invadió mis entrañas y llenó mi cabeza, de tal modo que sudé copiosamente por la frente y el cuello. Temblaron mis rodillas, y al ritmo de ellas se aceleró mi pecho. Sin dudarlo, atribuí mi malestar, como el de antes, a una presencia poderosa que intentaba controlarme. Pero, esta vez, me resultó imposible saber si tales emanaciones provenían del bordado diabólico que llevaba en la alforja. O acaso del cuerpo, oscuro como las tinieblas, de la mujer que me acompañaba.

Cuando abandoné el convento, el locutorio se encontraba menos concurrido.

Las visitas se habían marchado.

Reunidas en el patio mayor, las monjas aplaudían los envites del torero.

9

—La pregunta que debéis haceros, Alonso, es: ¿qué trampas está urdiendo ahora el Diablo para perjudicar a los hombres?

El licenciado Gaitán había desplegado sobre su mesa numerosos legajos, folios y libros cosidos, todos los cuales versaban sobre demonología y otras artes oscuras. Por supuesto, su conocimiento era mucho mayor que el mío, y sus estudios, tan amplios como las esferas celestes. A mí solo me tocaba narrarle las cosas que había visto y oído en ese día, las mismas que he contado a Vuestras Mercedes, de modo tal que él pudiese explicarme a mí su sentido verdadero. Aun así, gustaba él de devolverme las preguntas, para que yo intentase descubrir en mi interior la esencia de las cosas.

Generalmente, como ahora mismo, yo no era capaz de hacerlo.

—Licenciado, en mi cabeza, que tiene poco espacio para las verdades más grandes, nunca ha cabido una explicación para los actos satánicos. He leído que el Demonio es un ángel caído, que fue expulsado de los cielos por rebelarse contra la divinidad. Por eso me extraña que se dedique a poner en aprietos a los habitantes de la Tierra. ¿Por qué Dios, en su infinito poder, no acabó con él, como se acaba con una cucaracha o un insecto molesto? ¿Por qué el Bien, si es omnipotente, permite actuar al Mal?

Dos años había ya pasado yo dedicados al servicio de la fe y, en ese tiempo, me había convertido en el discípulo más querido para el inquisidor. Nuestras conversaciones sobre teología y derecho canónico se prolongaban a veces durante horas, sentados cada uno en una silla de su celda, bajo el crucifijo, cuya mirada ya no me parecía tan severa, sino más bien paternal. Tal confianza me tenía el licenciado Gaitán que, a pesar de mi ignorancia, con frecuencia me encomendaba misiones correspondientes a funcionarios más elevados que yo.

Lejos de beneficiarme, su preferencia me granjeaba celos y envidias en el tribunal. Muchos funcionarios habían hecho llegar a sus oídos maledicencias e injurias sobre mi persona. Sin embargo, el inquisidor jamás había prestado atención a tales infundios, ni se había mostrado decepcionado con mi proceder. Muy por el contrario, me había tomado cariño, como al hijo que sus votos sacerdotales le impedían tener. Al punto de que mi propia madre se presentaba a veces en su celda a llevarle dulces de almendra y, de paso, a agradecerle el trato

con que me honraba.

Incluía ese trato, como ahora mismo, iluminarme en asuntos de doctrina. Así pues, ante mi duda sobre la posibilidad de la maldad en nuestro mundo, sonrió Gaitán, y con la actitud de un maestro paciente, expuso:

—Lo explica Santo Tomás en el *Comentario a las sentencias.* Y también en la *Suma contra los gentiles*: que Dios le permite al Diablo algunas cosas y otras no, para así manifestar su gloria. Porque sin el Mal, el Bien no sería nada tampoco. Y si los hombres no conociesen el pecado y el error, tampoco les sería posible actuar del modo correcto.

Eran para mí extraños todos esos razonamientos, y mi pensamiento no dejaba de producir interrogantes igual de raros y confusos. Si mi entendimiento resultaba demasiado limitado para entender los designios de Dios, mucho menos podía seguir los de su Enemigo. Quise saber entonces:

—Pero ¿cómo puede actuar el demonio entre nosotros? ¿Acaso tiene un cuerpo como los hombres? ¿Tiene una voz para darnos órdenes? ¿Unas manos para empujarnos a seguir su voluntad?

Alzó mi maestro sus manos, largas y huesudas, que a continuación cerró en dos sólidos puños, con los cuales golpeó su propia mesa, como si cayese un relámpago:

—Tampoco los tiene Dios, y, sin embargo, mandó las siete plagas a los egipcios. ¡O destruyó Sodoma y Gomorra!

A continuación, más tranquilo, añadió:

—Pero tienes razón en que el Diablo no es tan poderoso como Dios, y por eso suele necesitar el auxilio de las brujas.

Me extrañó que las mencionase así, en femenino, pues suponía yo que también habría en el mundo hechiceros varones, así como hay santos y santas, o pecadores y pecadoras. De hecho, pensé en mi madre y los rosarios que rezaba sin parar. O en la monja Jerónima y su voz angelical. Me resultaba difícil imaginar a mujeres como ella socorriendo al demonio.

—¿Brujas? —quise saber—. ¿Son siempre mujeres?

Sacó entonces otro libro el licenciado, y este tenía en la cubierta un dibujo de dos viejas que alimentaban una gran olla sobre el fuego, como si en ella hicieran una pócima. Se titulaba el libro *Malleus maleficarum*, que viene a significar *El martillo de las brujas*, y tenía por subtítulo *Para golpear a las brujas y sus herejías con poderosa maza*. Señalando sus páginas con énfasis, me dijo el licenciado:

—La hechicería se da más en las mujeres, porque no saben mantener el justo medio. Cuando se encuentran dirigidas por un espíritu bueno, son excelentes. Pero cuando las rige uno malo, son las peores. Ya dicen las Escrituras que toda malicia es nada comparada con la malicia de una mujer. Por eso intentan

ellas venganzas fáciles por medio de maleficios. Además, la razón natural explica que son más carnales y mentirosas que los varones, lo que las hace más propicias a albergar y extender el pecado.

Comprendí que tenía sentido que las mujeres fuesen así, pues eso había visto al entrar en su reino, el convento de Santa Clara. Comprendía ahora que las mujeres eran dadas a fingir devoción y pureza mientras, a escondidas, se entregan a fiestas y jolgorios. De todos modos, no podía creer que las monjas se convirtiesen en emisarias del infierno. Me resultaba un salto demasiado grande, difícil de practicar estando todas en la casa de Dios. Por eso, pregunté:

—¿Y puede ser bruja una novicia del convento? ¿Era Ignacia Prieto una?

Hojeó el dicho libro el licenciado, frunciendo los labios mientras decía:

—Eso es más difícil, porque las novicias comulgan todos los días, y de ser brujas, la hostia consagrada las quemaría por dentro. Lo que sí puede ocurrir es que una bruja haya engañado a la novicia Ignacia y haya enviado a un demonio, de los que llaman «íncubos», a tener comercio carnal con esa pobre infeliz. Sin duda, como os dijo Hernando Páucar en su interrogatorio, eso haría una bruja que quisiera humillar a Dios arrebatándole a una de sus esposas.

Encontró entre los folios la frase que buscaba. Alzó su mano en el aire para convocar mi atención, y leyó en voz alta:

—Testimonios fiables dejan claro que los íncubos se presentan con impudicia a algunas mujeres, las provocan y consuman su unión con ellas. El nombre de los íncubos quiere decir «acostarse sobre», es decir, violar. A menudo, efectivamente, se enamoran de las mujeres, se acuestan sobre ellas y cometen todo género de desvergüenzas. Incluso transfieren su semen al vientre de ellas para procrear. Normalmente, cometen estas fechorías ocultos en el cuerpo de un hombre, que es como un recipiente al que han poseído. Los íncubos suelen escoger hombres borrachos, de mal comportamiento y peor aspecto, para llenar su cuerpo de espíritu dañino. En esos casos, el hijo resultante es hijo de ese hombre y debe llevar su apellido, aunque lo sea de modo ilegítimo.

Ahora, levantó la vista para asegurar mi atención, y cuando vio que la tenía, leyó con voz más firme y alta:

—Sin embargo, si el niño nace con forma bestial, es claro que ha sido procreado por un demonio en su forma original de monstruo y, por lo tanto, ese demonio solo puede haber sido convocado por una bruja.

Me miró ahora, satisfecho de tener una cita de sabios para responder a todas las dudas de mi ignorancia, aunque cada una de sus respuestas me producía nuevas preguntas, como la que le formulé entonces:

—¿Puede hacer eso una hechicera?

—¡Y tanto más! Pueden hacer todo tipo de daños, como impedir la potencia genital de los caballeros, hurtar su miembro viril, hacer adoptar a los hombres

formas bestiales, matar a los niños u ofrendarlos a los demonios, incluso fulminar con rayos a hombres y animales. Por eso debemos estar atentos a sus maleficios, y actuar con todo el rigor del Santo Oficio.

Debo explicar aquí que, a diferencia del Viejo Continente, donde la peste brujeril había sido purificada mediante el fuego durante siglos, nosotros nunca habíamos quemado a una bruja en el tribunal de Lima. Los casos que habíamos recibido se referían a mujeres que preparaban filtros de amor, o bien para sí mismas o a pedido de sus amigas, cuando querían retener a maridos o amantes, o conseguir matrimonios prósperos. Solían fabricar esos filtros las esclavas usando huesos machacados, sesos de animales y sangre menstrual, que aderezaban con oraciones y conjuros demoníacos, para luego dárselo de comer o beber al hombre escogido. E incluso las españolas más devotas podían recurrir a ellos de hallarse necesitadas de amores. La mayoría de las fabricantes terminaban condenadas a penas de destierro de entre uno y diez años, según su posición y reincidencia.

También algunos hombres habían sido procesados en el Santo Oficio por leer el futuro, ofrecer pactos a Lucifer o hallarse en posesión de libros de hechicerías. Sin embargo, la mayoría de ellos eran solo embusteros, que admitían burlarse de quienes pedían sus servicios, y decirles lo primero que se les venía a la cabeza para cobrarles unas monedas por sus consejos. Para estos falsarios, las penas oscilaban entre los cien y los quinientos pesos de multa, y en caso de ser frailes o curas, se les condenaba también a reclusión y vergüenza pública. Sin embargo, muchas veces quedaban absueltos los acusados, pues la mayoría de esas denuncias no eran más que un montón de supersticiones y tonterías del populacho.

No obstante, esta vez, los indicios de poder diabólico se podían contar por decenas: yo mismo había visto al demonio de las dos cabezas, concebido por aquella aspirante a monja, sin duda como castigo por la conducta licenciosa de las mujeres de Santa Clara, que habían abierto la puerta a la influencia del Mal. Después de ello, Satanás y sus secuaces en persona se habían enfrentado armados contra nosotros para rescatar a su hijo. Porque ¿quién más osaría degollar de aquel modo miserable a la guardia del tribunal? Por último, estaba el escudo del Apocalipsis que aquella carroza llevaba estampado, y que la propia novicia Ignacia había bordado a imagen y semejanza de la bestia anunciada en la profecía. Y como si fuera poca tanta evidencia de la llegada del Anticristo, contábamos con el testimonio del indio hereje Hernando Páucar, firmado de su puño y letra.

Por mi parte, después de que el licenciado Gaitán acomodase las cosas en mi cabeza según las enseñanzas de los sabios, solo quedaba por responder una duda:

—¿Por qué ahora? ¿Por qué no ocurrió todo esto hace un año… o dentro de tres?

Se mesó las barbas blancas el inquisidor, como si de ellas fuese a sacar la respuesta, y me dirigió una mirada llena de angustia.

—Mucho he rezado para pedir al cielo una respuesta a esa pregunta, Alonso. Ahora mismo, yo diría que Satán sabe que vienen tiempos propicios para él. Porque pronto tendrá carta blanca… y acaso un aliado poderoso.

Tal idea me causó tal indignación que a punto estuve de levantarme de mi asiento.

—¡Nadie podría apoyarlo sin riesgo de que caiga sobre él nuestro puño!

—Hay uno que sí. —Movió el viejo la cabeza, con aire triste—. Solo uno, en verdad. Pero no hacen falta más. Porque me refiero al mismísimo virrey que vendrá el mes que viene.

Era cierto que se esperaba la llegada del nuevo virrey pronto: Francisco de Borja y Aragón, II conde de Mayalde, caballero de la Orden de Montesa y de la de Santiago, gentilhombre de cámara del rey Felipe III y príncipe de Esquilache. Tan grave acusación dirigida contra hombre tan encumbrado me produjo inquietud.

—¿El príncipe de Esquilache? ¿No es blasfemia lo que decís, licenciado? ¿Acaso podría el mismo rey Felipe III mandar a un hereje en su representación?

Sabía el inquisidor del peligro que guardaban sus palabras, y por eso bajó la voz ahora para que solo mis oídos pudieran alcanzarlas:

—Me temo que el Imperio se ha vuelto demasiado grande para el rey Felipe. Su Majestad no da abasto. Dicen que apenas se ocupa personalmente de las labores de gobierno, y ha abandonado las obligaciones militares. A diferencia de su padre, que era austero y religioso, este prefiere ocuparse del teatro y de la caza. Y nos ha enviado de virrey a lo peor que halló disponible: un poeta.

—Los poetas suelen tener un carácter disipado…

—Ojalá fuera lo único. El príncipe de Esquilache nació en un barco, de lo que se colige que no tiene tierra ni bandera. Además, es príncipe por matrimonio, que no por nacimiento, así que alcanza posición social no por méritos ni por sangre, sino por la alcoba. Sé de buena tinta que solo en el lecho ha librado gestas heroicas, y si ha conquistado plazas, se debe únicamente a la gloria de su entrepierna.

Jamás había escuchado hablar así de tan alta autoridad. Y tuve miedo de que nos oyesen, ya no los funcionarios del tribunal, sino los ángeles y el mismo Dios. Sin embargo, no era yo más que un alguacil. Ni tenía más respuesta posible que la humildad.

—Sabéis más que yo de escudos y honores… —reconocí.

—Y de deshonras también, Alonso.

Se acercó entonces a mi cara el inquisidor, casi hasta rodearme con sus barbas, como hacía siempre que quería decir algo con énfasis. Y me explicó:

—España se hunde en la decadencia. Y Lucifer ve llegado su momento. Se

frota las manos en su trono de fuego y lava mientras piensa en el botín que se llevará de nuestra ciudad. Acaso una legión de demonios esté esperando sus nombramientos en Nueva Granada, en Flandes, en Nueva España, para hacerse con el imperio donde nunca se pone el sol.

Como enviadas por un ángel para aclarar mi pobre cabeza, aparecieron en ella imágenes proféticas. En apenas unos instantes vi, como si lo hiciera con mis ojos, a nuestros reinos gobernados por una legión del infierno, para escarnio de Dios. Percibí los cuernos de sus frentes coloradas atravesando las coronas de mando. Las colas viscosas de sus culos derramándose por las escalinatas de los palacios. Las orgías en las catedrales, entre las imágenes de la Virgen y los santos. Y comprendí la gravedad de la situación, que debía contribuir a enfrentar.

—¿Qué podemos hacer entonces?

El inquisidor se había puesto de pie, y ahora daba vueltas por la celda, hojeando libros aquí y allá, y soltando latinajos por la boca, como si fuesen escupitajos a media voz. Solo al final, se aclaró la garganta y resolvió:

—Lo primero es detener a esa bruja de la que todos hablan: la tal Rosa. Es peligrosa porque se está haciendo pasar por una beata, para engañarlos mejor. Debe ser ella la que envió al íncubo donde la novicia y, por tanto, quien prepara el advenimiento de los demonios.

Me puse de pie con tal ímpetu que casi se cae la silla de espaldas. Llevé mi mano derecha a la empuñadura de mi espada, y alcé la izquierda en dirección al cielo.

—Puedo arrestarla ahora mismo y traerla de rodillas frente a vos. Puedo arrancarle una confesión en la cámara de tormentos. Y atravesar su pecho con mi espada en vuestra presencia si es necesario. No me temblará la mano para salvar al reino del Señor.

—No digáis tonterías, Alonso.

Tal era nuestro estado de ánimo que yo habría esperado una felicitación en vez de esa reprimenda. Pero ya digo que yo soy hombre de pocas luces. Quien sí sabía de las cosas de los hombres y de Dios era el inquisidor, como tocaba a su cargo. A su entendimiento debía yo someterme.

Después de bajarme los humos con su respuesta, estudió él nuevos legajos, y mientras los examinaba, me explicó:

—Hay normas que cumplir. Ya sabéis, las reglas. Sobre todo, las que vienen de Madrid, donde mucho se preocupan por judíos y mahometanos, pero no lo suficiente por estas amenazas. Es esa otra señal de la barbarie que se avecina.

—Pero si sabemos con claridad que la tal Rosa es una hechicera, ¿no es eso suficiente para detener sus sortilegios?

Sacudió él la blanca cabeza.

—No. Debemos pillarla en flagrante delito. Por ejemplo, si adora a una

calavera, o invoca al demonio dibujando una figura mágica, o embruja a un niño para volverlo tonto, entonces podemos arrestarla sin más. También si al invocar al demonio usa palabras que indiquen que lo trata como a Dios. Si le dice «te ordeno» o «te mando» no podemos hacer nada. Pero si, al pedirle favores, le dice «te pido» o «te ruego», como quiera que eso ya contiene implícita la adoración, la podemos condenar por herejía…

Di con el pie en el suelo, cargado de frustración, puesto que las condiciones que el Estado nos imponía hacían imposible proteger al propio Estado.

—Difícil será pillarla de ese modo, puesto que los actos del diablo son actos secretos. No va la gente por ahí invitando a los vecinos a sus misas negras, como si estas fueran corrales de comedias.

Alzó entonces su largo dedo el inquisidor, como gustaba de hacer para anunciar cada idea nueva:

—La segunda posibilidad es recurrir a testigos. Necesitamos al menos dos. No importa que uno la acuse de embrujar a un niño y otro de embrujar a una vaca. Lo esencial es que ambos testigos coincidan en el embrujo.

—¿Y con dos testigos bastará para crimen tan grave?

Meneó la barba el ilustre inquisidor, meditando nuevas formas y evidencias para detener a la mensajera de los infiernos. Luego dijo:

—También hace falta considerar su reputación que, si es mala, ayuda a la condena. Porque es evidente que hay pecado donde está el demonio, y mientras peor hablen de ella sus conocidos, más claros tendremos sus pecados. Hay que saber dónde ha vivido la dicha Rosa, porque algunas personas tienen acusaciones en ciudades diferentes…

—Puedo preguntar a los alguaciles de distrito de otras ciudades —confirmé, admirado por los sólidos razonamientos del licenciado, y seguro de poder usar mis influencias para llevarlos a la práctica.

Inspirado por esta alternativa, que parecía prometedora, él continuó desgranando sus ideas:

—Y por último, lo más importante: recopilar los indicios incriminatorios alrededor de esa mujer, como pueden ser animales enfermos, niños privados de leche o mujeres estériles en su vecindario. Esas desgracias suelen anunciar brujerías y malas artes.

Considerando los argumentos de mi maestro, caí en la cuenta de que tomaría un tiempo largo conseguir todas las evidencias necesarias. Además, cabía dar cada paso con cuidado, visto que contaba la bruja con poderosos guerreros y maleficios, y en caso de enfrentarnos a ella, podría destruirnos sin gran esfuerzo. Por fortuna, mucha era mi experiencia en conseguir testigos y buscar denuncias, cosas que podían hacerse con discreción y silencio. De modo que ahí mismo diseñé una estrategia para asegurar que no se nos escapase la pieza, y la expuse al

inquisidor:

—No asistiré a ver a la bruja en actitud de autoridad. No llevaré guardias. Ni siquiera manifestaré mi intención de arrestarla. Al contrario. Me presentaré ante ella como un seguidor que cree en sus milagros. Preguntaré con devoción por sus historias y sus costumbres. Así podré saber todo lo que haya ocurrido a su alrededor. Y me acercaré a todos quienes la hayan conocido y quieran testificar en su contra. Tardaremos más en prenderla. Pero cuando lo hagamos, nadie podrá separar de su cuello el férreo guante de la Inquisición.

El licenciado Gaitán me dirigió una mirada llena de admiración, pero también de preocupación por lo que pudiera pasarme, pues ya no era yo para él un funcionario cualquiera, sino un aliado y cómplice que lo ayudaba en la infatigable lucha contra los enemigos de la verdad. Y por eso mismo, se me acercó, puso su mano sobre mi hombro y, con cierto temblor en los labios, me advirtió:

—Id con cuidado, Alonso, que el Diablo tiene muy malas artes. Y el que cree engañarlo, termina siempre engañado y ardiendo en el infierno.

—Solo arderá su mensajera en las hogueras del Santo Oficio. Sacaremos a la dicha Rosa en un auto de fe y la quemaremos para escarnio público, y para que el propio Lucifer sepa que somos más fuertes que él, con la gracia de Dios.

Se humedecieron sus ojos, como a veces hacían por la edad. Pero ahora supe yo que se anegaban de emoción.

—Id, hijo mío —me despidió—. Cumplid vuestra misión. *In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

10

Vivía la tal Rosa casi en el confín de la ciudad, junto al muro que separaba las casas del río que llaman Rímac. En su calle se amontonaban los mosquitos, y los olores pútridos de todas las basuras que los vecinos arrojaban al agua. Hernando Páucar no había indicado en su declaración el lugar de la casa, pues solo había conocido en sueños a la hechicera. Pero se había hecho ella tan popular en la ciudad que se podía llegar con solo preguntar a los vecinos:

—¡La bendita! —respondían—. Siga por ahí y doble a la izquierda…

Entendí que todos esos vecinos, en su ignorancia, imaginaban a la bruja como una enviada de Dios que obraba directamente inspirada desde el cielo. Y es que el licenciado Gaitán tenía razón: el demonio se disfraza de bueno para convencer a los hombres y, por eso, dicen que el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones. Si el Diablo mostrase su verdadero rostro, nadie querría tener trato con él. Por eso, debe seducir a sus víctimas mediante embustes, el mayor de los cuales es fingir que viene de parte de Nuestro Señor.

Por fin, a la hora del crepúsculo, di con la casa y golpeé una puerta de madera verde tras la cual se adivinaban los ruidos de una familia numerosa. Me abrió la puerta una mujer que debía tener los mismos años que mi madre. Vestía con decoro, aunque tenía la ropa muy remendada de tanto uso, y olía a cebolla y pimientos recién pelados. Por su actitud, debía tener prisa. Nada más verme, y antes de saludar, me dijo de un modo muy tosco:

—¿Flores o bordados?

—Perdonadme que no os entiendo.

—¿Venís vos a pedir arreglos florales o bordados de punto? Que los primeros valen un peso. Y los segundos, dos.

—Yo vengo a conocer a la bendita Rosa… Me han dicho de ella muchas cosas maravillosas que gustaría de comprobar con mis propios ojos.

Cambió la cara de mi anfitriona entonces, y se puso gris, con el gesto agrio, como si le hubiese echado yo una maldición nada más por presentarme en su puerta. Después de mirarme de arriba abajo, preguntó:

—¿Estáis enfermo?

—¿Yo?

—¿Fiebres tercianas? ¿Tiña? ¿Verruga? Porque os veis sano.

—Estoy sano…

Un nuevo gesto de cansancio arrugó el rostro de esa mujer. Sin esconder su contrariedad, me reprochó:

—Si solo venís a hacer perder el tiempo a mi hija, podéis marcharos de una vez. Aquí vive gente que debe trabajar.

No supe qué contestar a tan inesperado recibimiento. Acaso había visto esa mujer mis insignias del Santo Oficio y mi espada, de modo que, sabedora de la naturaleza diabólica de su hija, quería mantenerla fuera de mi vista, lo cual habría resultado del todo natural. Para contrarrestar esa idea, quise dar a entender que iba en son de amistad, y que no me guiaba el celo del inquisidor tanto como la esperanza del cristiano. Y con dicho fin, me presenté de modo más formal:

—Me llamo Alonso Morales. Sea usted con Dios.

—María de Oliva, esposa de Flores, para mayor gloria del Señor…

—Creedme si os digo que soy persona de bien…

—¿Oidor? ¿O militar?

Descubrí entonces que recién acababa de percibir mis insignias, y que no entendía su significado. Con el mayor respeto, pasé a revelarle mi posición:

—Alguacil del Santo Oficio.

Se llevó ella las manos al rostro entonces, avergonzada por su actitud, como hacían muchos acusados al comprender que se avecinaba su captura. A diferencia de estos, sin embargo, la tal María de Oliva no intentó escapar. Por el contrario, abrió la puerta y se apartó para no estorbar mi paso. Se deshizo en reverencias y genuflexiones. Me acompañó a través de la casa sin dejar de repetir disculpas con el tono afligido de una mártir:

—Ave María Purísima… No quería yo impedir la entrada a una alta autoridad como vos… Pero es que vienen todo el día gentes diferentes a pedirle favores a mi hija… La mayoría desea que les cure los achaques o les alivie las dolencias… Creedme que no les deseo mal. El problema es que no solo toca nuestra puerta gente blanca y de estima, sino también pobres negros e indios, de quienes no se puede sacar provecho ninguno…

No se me escapó que Rosa recibía gentes de mal vivir, lo que abundaba en su fama de andar en tratos oscuros, o incluso criminales. Y de ellos quise saber un poco más:

—¿Y pasa mucho tiempo Rosa con pordioseros y esclavos?

—No lo sabéis vos bien. ¡A veces el día entero!… Y mientras atiende a los enfermos, ni trabaja ni ayuda a sus padres ni hermanos, de modo que nuestra familia se resiente por su distracción…

Mientras cruzábamos la casa, pude observar a la dicha familia: había ahí cerca de diez hermanos entre adultos y niños, y un padre muy anciano ya, con un raro acento como de Nueva Granada, al que la madre me presentó como

«Gaspar», y que apenas se movió de su sitio para recibirme o siquiera hablarme.

Debían los parientes practicar todos los oficios a la vez, puesto que, mientras una tejía cestos de paja, otro daba forma a una vasija en un torno, otra se encargaba de la limpieza del hogar, otro de los niños más pequeños, y así. Se repartía esa multitud familiar entre un largo salón y no más de tres dormitorios, en un solar que sin duda había sido costoso tiempo atrás, pero que ahora se descascaraba por paredes y techos.

—¿Queréis unas migas? —me ofreció doña María, que continuaba dedicándome sus atenciones—. Las hace mi hija muy sabrosas, con sobras de gallina hervida.

—No he venido a comer, señora, sino a conocer a la beata de la que tanto me hablan. ¿Es alguna de estas hijas suyas?

Al preguntar, señalé a tres doncellas que podrían coincidir en su aspecto con lo que yo había oído de la tal Rosa, aunque todas ellas se veían comunes y corrientes, para nada místicas ni demoníacas, más bien al contrario, ocupadas en los menesteres del hogar, como corresponde a la naturaleza de su sexo.

La doña negó con la cabeza, y contestó con un suspiro de pesar:

—Ojalá mi Rosa fuese como una de estas, discreta y prudente, y ayudase un poco a su padre, que ya sufre los males de la edad, y a su familia, que pasa sufrimientos para traer el pan a la mesa. Rosa tiene un don para los adornos florales y para el hilo, con lo que podría trabajar para las señoras de alcurnia, e incluso conseguir un marido bien colocado, pero regala todo su tiempo a los pobres y a las iglesias de la ciudad.

Me sorprendí de oír esto último, porque mostraba una capacidad de engaño sobrenatural en las hechiceras, que por lo general repelen los lugares sagrados. Como eso podía ser señal de un poder único y gigante, y de una gran capacidad para la mentira, quise confirmarlo:

—¿Trabaja para muchas iglesias?

Asintió la señora, pero, rápidamente, recuperó su desconfianza y frunció el ceño.

—A eso os manda el tribunal, ¿verdad? Se ha corrido la voz de las ofrendas de mi Rosa. Me lo imaginaba ya. Ahora pediréis una corona o una bandera, y me temo que le diréis a ella, como todos los curas, que ya se lo pagará Dios en el cielo.

—No soy cura. Ni vengo a pedirle nada. Solo quisiera conocerla y llevarme su bendición.

Alivió mucho a mi anfitriona saber que no iba yo a hacer trabajar a su hija. Pero diríase que fue mi confesión de no ser cura lo que más la animó. Al saber por mis palabras de mi estado laico y soltero, su rostro se iluminó de un modo que conozco bien, por haberlo conocido muchas veces: la luz de las madres que creen haber encontrado un buen partido para sus hijas.

—Estoy segura de que mi Rosa se mostrará encantada de conoceros —canturreó, repentinamente feliz como unas castañuelas—. Solo debéis mostraros un poco paciente al principio, que no tiene ella mucho don de gentes, ni se le hace fácil comenzar amistades. Es dueña de un carácter un tanto arisco, por tanta penitencia y tanto rosario. Pero con solo un poco de buena voluntad, veréis el gran corazón que posee…

En su poca conciencia, esa pobre mujer desconocía que mi cargo de alguacil no conllevaba un sueldo, y que mi propia posición no mejoraba en mucho a la suya, o incluso la empeoraba. No obstante, no sería yo quien sacase a doña María de su error, pues esa misma equivocación me daba un interés especial ante sus ojos. Fingí, pues, cierto interés viril, sin en ningún caso faltar al respeto de la familia, y con un guiño cómplice quise saber:

—Y… ¿dónde puedo encontrarla?

Señaló entonces la mujer una puerta al otro lado de la casa, hacia el jardín interior, pero no hizo esfuerzo alguno por acompañarme a cruzarla. Muy al contrario, su sonrisa me animaba a salir solo y tratar de entablar relación con la beata sin la presencia atemorizante de una madre, la cual siempre se interpreta como una vigilancia de la virtud de una joven, para que no se deslicen entre ella y sus pretendientes palabras lascivas o tactos impúdicos.

—Pasad, pasad… Que estará ahí afuera, rezando en su cuartito.

Parecía doña María muy evidente en su intención, y muy clara en querer casar a su hija conmigo, o con quien fuere. Tanto reconocí esos modales, esas zalamerías, esas adulaciones, que dudé que estuviese al tanto de los malos espíritus que animaban a su hija. Por lo menos, hube de creer que Rosa no podía haber heredado sus malas artes de su madre, sino que debía haber sido tentada por Lucifer a espaldas de su familia. Para más indicio de inocencia, lejos de mostrarse inquietos con mi presencia, todos los hermanos presentes se habían ya olvidado de mí, y se hallaban perdidos en sus oficios o en sus disputas.

—Volveré pronto —aseguré al salir—, para no fomentar habladurías.

—Tomad el tiempo que necesitéis —respondió doña María—, que sois hombre de Dios.

11

Salí, pues, encargado de seducir a la bruja que venía a investigar. Aunque me perturbaba algo esa doble moral, me repetí que todas las argucias son válidas contra el poder del Enemigo, ya que también él recurrirá a todas sus mañas para engañar a la Iglesia. Y confortado por ese pensamiento, me aventuré al exterior.

—¿Rosa? Me llamo Alonso Morales…

Parecía un pequeño bosque ese jardín, sembrado con palmeras y espinas, que en su desorden se veían asilvestradas. La luz horizontal de la hora última daba al conjunto un aire mortecino. La mala hierba crecía por muchas partes, y en otras, el césped había dejado calvicies sobre la tierra arenosa. Avistaron mis ojos un par de ratones correteando entre las raíces, y mis oídos me advirtieron que los mosquitos zumbaban a mi alrededor, lo que rápidamente quedó confirmado por los pinchazos inclementes de al menos una decena de ellos. Apestaba a algo indefinible, parecido al olor de un perro enfermo.

—¿Rosa? Me ha dicho vuestra madre que os encontraría aquí… Ella desea que os conozca y trabemos relación…

En el centro del jardín, se alzaba un extraño cubo de adobe que tomé por un vertedero de basuras y excrementos. Pero al acercarme, aunque ya se proyectaban sobre él las sombras de los muros, pude verlo mejor: era en realidad una pequeñísima celda: medía cinco pies de largo y cuatro de ancho, de modo que apenas cabía una persona en cuclillas. Creí ahora que se trataba de un palomar o gallinero, pues tenía a ras del suelo una puerta, como para dejar pasar a un animal, y más arriba, una ventanita aún más pequeña.

Iba ya a volver sobre mis pasos, seguro de que en ese jardín no había nadie. Hasta que escuché un chasquido, como el chapoteo de los niños saltando al río. Callé para saber de dónde venía tan extraño sonido. Y unos instantes después, como si quisiera conducirme a su origen, el chasquido se repitió. Después de ello, siguió sonando a intervalos regulares, de forma tal que pensé que alguien golpeaba un estanque.

Me acerqué al cubo y me agaché para asomarme por la ventanita. No se hallaba en el interior ni animal ni humano. Sobre el suelo de tierra cruda yacía un crucifijo, apoyado contra un rincón. Y junto a él, la imagen de una mujer con el hábito de las monjas dominicas, una corona de espinas y una azucena. Llevaba la

mujer dibujada los estigmas de Cristo en las manos, como si ella misma hubiese sido crucificada, y sus extremidades atravesadas por clavos. La reconocí de inmediato como Santa Catalina de Siena.

El chasquido venía sin duda de más lejos, pues detrás del cubo se alzaban unas palmeras, espesamente tupidas con lianas y enredaderas. Hube de poner mucha atención, pero al final percibí entre el follaje, más allá de las palmeras, un movimiento regular, similar en su ritmo a los brazos de los galeotes. Tan misterioso me pareció todo que llevé mi mano a la espada, aunque sin desenvainarla.

—¿Estáis bien, Rosa? ¿Sois vos?

Solo después de atravesar esa breve espesura, llegué a un claro que se extendía hasta el límite de la propiedad. Y ahí pude ver, por primera vez, a la dicha Rosa. O más bien, su espalda.

Llevaba una túnica de estameña, y abajo de ella, un sayal muy basto. Como hijo de vendedora que soy, reconocí que esos tejidos se usan para cargar camotes o zanahorias, y no para vestir, pues pueden raspar la piel hasta causar heridas. Pero toda esa mantelería tosca solo cubría medio cuerpo. Por encima de la cintura, casi tan delgada como un tronco de eucalipto, Rosa se había quitado la ropa. También se había apartado el pelo tirándolo hacia delante, con lo cual dejaba ver una piel pálida, traslúcida. Y así había liberado de coberturas su parte posterior.

De esa guisa, azotaba sus carnes con algo similar a un silicio con varios remates de púas metálicas, que le dejaban marcas rojas y sangrantes desde los hombros hasta la cadera. Gotas de sangre se derramaban desde sus hombros hasta su cintura. Y su brazo seguía flagelándola con ritmo constante, como si no sintiese nada.

—Pero ¿qué hacéis? —me alarmé.

Solo entonces reparó en mi presencia Rosa, pues, al parecer, hasta entonces se había abstraído en un éxtasis que la mantenía como en otro mundo. Mi voz angustiada le hizo volver en sí y voltear el rostro en dirección a donde yo estaba. Al descubrir que unos ojos de varón la contemplaban entre las palmeras, como si se rompiese su hechizo, ella tiró al suelo el silicio y volvió a subirse la ropa, muy enfadada.

—¿Quién sois? ¿Quién os ha dejado entrar?

—No os deseo mal… Yo solo…

Se negó a escucharme o tan siquiera a mirarme. Sospeché que la había sorprendido en pleno rito satánico. En ese caso, quizá intuyese con sus poderes de magia siniestra la guerra que iba yo a declarar contra sus aquelarres. Por la razón que fuera, ella echó a andar de regreso, muy disgustada, y pasó junto a mí, golpeando mi hombro con el suyo.

Intenté detenerla fingiendo falsas amabilidades:

—¿Me daríais vuestra bend…?

Pero antes de terminar la frase, ya no estaba ella donde mis palabras pudiesen llegarle.

Volví sobre mis pasos y miré a mi alrededor. No se hallaba Rosa por ninguna parte, y no había tenido tiempo suficiente para entrar otra vez en su casa, junto a su familia. El único lugar que le quedaba para refugiarse era aquella celda en medio del jardín. Eso, claro, a menos que algún demonio la hubiese convertido en murciélago para hacerla escapar de mí volando por los aires.

Regresé a la extraña choza. Al agacharme frente a la ventanita, tal como imaginaba, encontré a la mujer ahí metida, como una alimaña en su guarida, abrazada a sus rodillas frente al crucifijo. Temblaba mientras murmuraba plegarias en latín y se persignaba, una y otra vez, con ánimo febril. De no haber estado al tanto yo de su naturaleza malévola, de verdad habría creído estar frente a una cristiana devota y virtuosa. O ante una mujer decente y sencilla, asustada por haber sido descubierta semidesnuda por un desconocido.

—… *Pater noster, qui es in caelis; sanctificetur Nomen Tuum; adveniat Regnum Tuum*…

—¿No es demasiado pequeña esta celda? —la interrumpí.

Intentaba recurrir a conversación más tranquila y ganar su confianza, aunque también me picaba la más sincera curiosidad.

—… *Fiat voluntas Tua, sicut in caelo, et in terra. Panem nostrum cotidianum da nobis hodie*…

—¿Cómo podéis rezar ahí adentro?

Solo me respondió el silencio al principio, pero luego, acaso cuando Rosa se sintió segura entre sus cuatro minúsculas paredes, y protegida por sus oraciones, se animó a dirigirme la palabra, aunque fuese de muy mala gana. Dijo:

—De noche, cuando el cielo está muy claro y sereno, miro por esa misma ventanita y alabo a Dios en cada estrella de su creación. Pero ahora, solo os veo a vos.

Medité esas palabras. Encontré sospechoso que elevase sus alabanzas al cielo a esas horas tardías, cuando la oscuridad se adueña del universo y por las calles se aventuran pecados sin nombre. La noche de las oraciones de Rosa era el reino de los demonios. Eso, sin duda, confirmaba mis temores sobre el verdadero receptor de sus alabanzas.

Me fijé ahora en su rostro, ya que lo tenía más cerca que antes. Era este tan delgado como su cuerpo, y con la misma blanca tez, aunque sus mejillas ardían de color como dos soles en el crepúsculo. Una diadema le rodeaba el cráneo. Pero al mirarla con atención, resultó no ser un adorno, sino una corona de espinas, como la de Cristo. Estaba muy apretada esta corona, y cuajada de puntas muy agudas

que mortificaban la carne de la cabeza, y que debían estar hechas de lata torcida o de plata. En ese atavío interpreté yo una burla del sufrimiento de Dios en la cruz, como si la pasión de Cristo no fuese más que una gala en el vestir de una mujer frívola.

—Dice vuestra madre que sanáis enfermedades… —dije con suavidad, intentando llevarla al tema de mi investigación.

Esperaba que ella me ofreciese alguno de sus rituales de nigromante, quizá a cambio de dinero, o de favores innobles, como a cualquier cliente de Satanás. Sin embargo, Rosa no quebró su mutismo.

El sol comenzó a caer en el cielo. Con la noche, llegaba la hora de marcharme.

Intenté resistir un poco más, por ver si se le soltaba la lengua. Cuando ya me dolía la espalda de agacharme, me levanté para volver sobre mis pasos. Solo entonces, finalmente, me sorprendió Rosa haciendo una declaración.

Pero las cosas que dijo fueron las últimas que yo esperaba oír.

Cosas que, más adelante, llegaría yo a interpretar como una amenaza salida directamente del infierno:

—Conozco a vuestro padre —anunció—. Él no es lo que creéis.

Primero, me entró la risa, pues era del todo imposible que esta joven extravagante, perdida en los laberintos morales del submundo, hubiera podido acercarse a un hombre hecho y derecho como mi señor padre. Volví a asomarme a su ventanilla, aunque en la penumbra de la celda, ya apenas notaba las líneas de su contorno.

—¿Y de dónde podríais conocerlo? —pregunté, en pos de revelar la primera de sus mentiras.

—Pronto os lo dirá él mismo.

—Habláis con enigmas, como los charlatanes de las plazas. ¿Qué queréis decir?

No obtuve respuesta de sus labios. Al contrario, se sumió la bruja en sus murmullos, y en ellos se mantuvo sin hablarme, dejándome ya no risueño, sino más bien inquieto.

—… *Et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris*…

—¡Eh! ¿Me oís? ¿Qué sabéis de mi padre?

—… *Et ne nos inducas in tentationem; sed libera nos a Malo*…

Siguió a lo suyo la mujer, y solo su pinturita de Catalina de Siena, desde el suelo, pareció devolverme una mirada de lástima, como si ella fuese también consciente del secreto. Pero la mención de mi padre me había acelerado el pecho a tal punto que incluso puse en riesgo mi ardid, confesando mis verdaderas intenciones. Porque tenía razón el licenciado Gaitán: el Diablo siempre es más

listo que los mortales.

—Confesad, bruja con lengua de serpiente, o te meteré en una mazmorra y te arrancaré los brazos. ¿Qué sabéis de mi padre?

Ella detuvo sus oraciones. Sus ojos parecían las llamas de dos velas en la negrura de la celda.

—Ya va a llegar el momento —dijo de repente, pero después de eso, se encerró en el mutismo más abyecto.

Le habría dado yo un par de bofetadas, de haber podido colarme en esa celda inmunda y minúscula.

—¿Qué momento? ¿De qué habláis?

Como a pesar de hablar poco cada cosa que decía era más misteriosa que la anterior, me propuse tumbar esa construcción con golpes de mis botas y mi espada, hasta sacar a su ocupante a rastras de ahí. Y ya iba yo a comenzar a golpear, ciego a los riesgos y a la venganza de los demonios, cuando una voz proveniente de la casa me arrancó de estos conflictos para meterme en otros.

—¡Alguacil! —gritó esa voz a mis espaldas, y en ella reconocí a doña María, la madre de Rosa, que me llamaba asomada a la puerta de su jardín.

—¿Es a mí?

—¡Os han venido a buscar! —añadió la señora, y ahora pude sentir en su voz un tono de agonía que me recordó a mi propia madre cuando luchaba contra sus fantasmas, reales o imaginarios. Por un momento, al levantarme y volverme hacia ella, incluso creí hallarme frente a mi madre rezando sus rosarios presa de la angustia. Tuve que recordarme a mí mismo que eso era imposible.

—¿Aquí?

Me encaminé hacia la casa, cruzando el jardín entre las picaduras de los mosquitos. De un momento a otro, esos bichos parecían atacarme en formación de ejército, llenando de aguijones y zumbidos mis ojos y mis oídos, como si no quisieran dejarme partir.

A pesar de la lucha contra los insectos, conforme me acercaba a doña María, iba percibiendo nuevos detalles de su angustia: los ojos desorbitados, el gesto blanquecino, el sudor de su frente. Pero, sobre todo, debo admitir que me espantó su anuncio firme, sin sombra de duda, casi clarividente, de lo que estaba por venir:

—Han hallado algo horrible… —dijo—. Espantoso…

12

Los que cruzan el mar desde España para venir a evangelizar estas tierras me han contado un prodigio que solo puede tener origen divino: en las ciudades de la Metrópoli, los días de calor son más largos. Y los de frío, más cortos.

En cambio aquí, en nuestra triste y pestilente Ciudad de los Reyes, todos los días del año duran más o menos lo mismo.

Sin duda, se debe ese fenómeno a que los peninsulares y, por tanto, Vuestras Mercedes del Consejo Supremo de la Santa y General Inquisición, viven más cerca de Dios. El Altísimo premia su virtud y sabiduría ofreciéndoles más luz en los días buenos, y acortando los malos, aquellos del invierno, en los que no apetece más que cobijarse entre las mantas y cerrar los ojos. Mientras que aquí, en este territorio de idolatría y desorden, aún debemos ganarnos ese privilegio merced a nuestras buenas acciones y nuestro temor de Dios.

Sin lugar a dudas, de haber habitado en un lugar civilizado, aquel día, al salir de la casa de Rosa después de escuchar las misteriosas palabras de esa bruja, habría tenido aún tiempo para gozar de la luz celestial. En cambio, por ser un poblador de este pozo de barbarie, al recorrer la calle junto a los guardias, nos encontramos con que las sombras inundaban ya nuestra ciudad. La gente de bien se encerraba en sus casas, a salvo de las tentaciones nocturnas. Y solo los serenos merodeaban con sus lámparas de aceite entre las fachadas, vigilando que la depravación no se apoderase de los vecinos aprovechando la tiniebla.

Tan cerrada era la oscuridad que, de haber soplado un viento helado y atroz, yo habría pensado que seguíamos viviendo la misma madrugada anterior, y que todo lo acontecido durante ese día aciago no había sido más que un sueño, una ilusión producida por las legiones de Satanás para engañarme mientras se extendía la noche eterna.

—¿Quién os manda? —pregunté a mis acompañantes.

—El inquisidor Gaitán. Nos ha dicho que solo podíamos buscaros a vos. Que no confiemos en nadie más.

Hasta los rostros de pánico de los guardias eran iguales a los que me habían arrancado del lecho la vez anterior, en paz descansen sus pobres almas. También iguales eran sus antorchas y las pelusas inocentes de sus rostros, al punto en que temí que esa bruja Rosa me hubiese hecho caer en un sortilegio en que el tiempo

se repetía, y yo volvía a vivir la misma aventura para siempre.

—Pero ¿qué ha pasado? —quise saber.

—Dice el inquisidor que la batalla ha comenzado. Que vos comprenderéis.

Nos dirigimos hacia el palacio del virrey. Recordé que el licenciado Gaitán recelaba de su próximo ocupante, el príncipe de Esquilache, al cual pronosticaba como un esbirro del Mal. Por un momento, pensé que entraríamos en esa morada infernal. Acaso se había adelantado nuestro enemigo, y había llegado la hora del combate. Se me secó la boca. Batió mi pecho como un tambor antes de entrar en lucha. Temblaron mis rodillas. Pero en vez de llamar a las puertas del palacio, nos desviamos en un lado, en dirección al río.

—¿A dónde vamos?

—Afuera, alguacil… Más allá de la muralla.

—Ya no son horas de salir… —protesté.

—Tenemos órdenes del inquisidor de no esperar. Debemos llegar antes de los gallinazos.

—¿Antes de qué?

—Creedme, alguacil. Yo también preferiría no ir.

Se hallaba a espaldas del palacio el puesto de control, una guarnición pequeña, pero con su propia armería de arcabuces y pólvora. Como era de esperar, hallamos las puertas ya cerradas. Dos lanceros cuidaban la salida. Y era su misión que nadie la cruzase si no era bajo la luz del sol.

—Tendréis que esperar a mañana —dijo uno de ellos, el que mandaba. Y luego, nos dio la espalda, dando por terminada la conversación.

No tenían autoridad mis guardias para responder a estos soldados. Comprendí que me correspondía la labor de persuadirlos, con ayuda de mi ingenio y mis insignias.

—Me manda el inquisidor. ¿Negaréis sus órdenes?

El lancero se enfadó:

—¿Cómo sé yo que no encontraré del otro lado una rebelión de indios? ¿O una invasión pirata?

—Porque esos son todos herejes. Y a nosotros nos manda Cristo.

Desde el exterior, nos llegó un graznido. Acaso el eco de un cuervo. O de un mal espíritu. El centinela masculló:

—Pues si eso no es verdad, a lo mejor, cuando se descubra el engaño, ya estoy muerto…

Conocía yo bien a esta calaña de hombres, que cuando ostentan un pequeño poder, gustan de exprimirlo hasta la última gota, como harían con un vaso de buen licor. También sabía yo bien que siempre hay un vaso más grande, con un licor más exquisito. Y no temí en convocarlo, aunque solo fuese de nombre:

—¿Haréis venir al inquisidor personalmente? Porque entonces, cuando

abráis la puerta, lo que encontraréis del otro lado serán las galeras y la excomunión, como toca a los enemigos de la Iglesia. Haced como queráis.

Eran frecuentes estas discusiones, porque los guardias, así como los funcionarios, suelen confundirse, y creen más importante el reino de los hombres que la autoridad de Dios. Pero saben también que el castigo terrenal por una equivocación se prolonga, a lo sumo, un par de lunas en el calabozo. En cambio, enfurecer a la divinidad cuesta una eternidad entre las llamas. Así debe haber reflexionado el lancero, porque finalmente, aunque a regañadientes, mandó abrir las puertas para nosotros.

—Id, pues —nos despidió—. Ahora quedáis a merced de la noche.

Tan oscuro se hallaba el exterior que parecíamos bucear en un mar de carbón. Mientras avanzábamos por el puente, nuestras antorchas iluminaban apenas la piedra bajo nuestros pies. Y en la inmensidad de la negrura, oíamos el rugido del agua allá abajo, como si tratase de arrasarnos con furia y odio.

—¿Dónde está lo que buscamos? —quise saber, impaciente ya por tanto secreto y tanto silencio.

El guardia que más había hablado hasta entonces, que debía ser quien había hecho el hallazgo en persona, respondió:

—Justo al final del puente. Dijo el licenciado Gaitán que la han dejado ahí como una maldición a la ciudad.

Avanzamos hacia la otra orilla, donde ya no se levantaba ciudad propiamente dicha, sino apenas poblaciones furtivas de bandoleros, delincuentes y desterrados, la mayoría de ellos dedicados a acechar a los viajeros cuando intentaban llegar a la ciudad después de la puesta del sol, o incluso antes.

Conforme nos acercábamos al final del puente, se comenzaron a formar figuras en los contornos de la luz de las antorchas: cuerpos sin forma se desplazaban de un lado a otro. Troncos pelados con aspecto de esqueletos alzaban las manos hacia el cielo. A la furia del agua, se sumó el aullido de los perros salvajes que peleaban en algún lugar, quizá por alimento, quizá por yacer con sus hembras, de un modo no muy diferente al que empleaban los hombres de esa orilla. Porque el límite que cruzábamos en ese momento separaba lo conocido de lo incierto, el orden del caos, la humanidad de lo animal.

—¡Ahí está! —gritó el guardia.

Miramos en la dirección que él señalaba y, siguiendo ese camino, alumbraron nuestras antorchas a donde comenzaba a bajar el cauce, justo al lado derecho del puente.

Lo primero que vieron mis ojos fue una bandada de murciélagos gigantes sacudiéndose alrededor de un enorme algarrobo. Ofrecían una imagen extraña, como gatos voladores, lanzándose a devorar con ansias un árbol.

Al acercarnos más, comprendí mi error. No eran murciélagos, sino esos

buitres, pequeños pero repugnantes, que aquí se llaman gallinazos, y que viven de la carne muerta de otros animales, lo cual explica las advertencias del inquisidor. Se amontonaban todos esos pajarracos de mal agüero en torno al dicho algarrobo, pero no realmente junto al tronco, sino en algún punto bajo las ramas. Y tenían tanta hambre que hizo falta acercarles mucho el fuego, casi hasta quemarles las plumas, para ahuyentarlos.

Aun entonces, nos tomó unos instantes saber a qué nos enfrentábamos. Y desearía yo que nunca lo hubiésemos sabido, de tan horrible que era.

Colgaba frente a nosotros un cuerpo, atado a la rama más gruesa del árbol, pero se veía todo picoteado, con los órganos del estómago medio desparramados sobre el vientre, tan irreconocible que a primera vista podía tratarse tanto de un ciervo como de un mono. La lengua, que emergía fuera de la boca, tan larga que casi le tocaba el cuello, tenía el aspecto de una serpiente que escapaba de su interior.

Los dos guardias retrocedieron asustados ante esa visión pútrida, pero desde la noche anterior ya llevaba yo introducido entre las peores artes maléficas, y no me asusté tanto como ellos.

De hecho, tuve la presencia de espíritu para plantarme frente al cuerpo y comprender que no había sido muerto por acción de los buitres, sino que llevaba ahí más tiempo, ahorcado de una rama del árbol. Y que no pertenecía a animal alguno, sino a un ser humano.

Para ser más precisos, a una mujer; porque, aunque llevaba el pelo corto como un varón, tenía los pechos abultados y la talla reducida de las féminas.

Después de discernir a qué especie pertenecía la muerta colgante, fue más fácil deducir sus otros rasgos; por ejemplo, la ropa que llevaba hecha jirones, la cual había sido antes una simple manta. La manta de una novicia clarisa.

De golpe, reconocí con horror a la dueña del cuerpo y del hábito. Porque ese rostro picado y mordido, apenas reconocible, coincidía en los contornos con el que yo había visto vivir y respirar no mucho antes, llorando sobre una cama de un dormitorio del convento, junto a un monstruo de dos cabezas.

Las monjas habían llamado a esa mujer Ignacia de San Juan. Aunque después de salir conmigo a la calle, durante nuestro breve trayecto juntos, y después de su secuestro a manos de los demonios, la pobre había recibido el nombre de Ignacia Prieto, y bajo dicha designación habría de recibir sepultura, en algún lugar no consagrado, lejos, muy lejos, del camposanto y de la bendición divina.

II. DE LA LLEGADA DEL VIRREY EMISARIO DEL INFIERNO

1

Yo nunca había visto el mar.

Apenas distaba Lima del puerto del Callao el mismo tiempo que tarda un almuerzo copioso o una siesta larga. Y mucho del género que vendía mi madre llegaba al puerto, sobre todo, confieso a Vuestras Mercedes, el que venía de contrabando desde China, el cual ofrecía mi madre como lujoso paño veneciano a cambio de un beneficio que duplicaba al normal. Ni siquiera por eso había hecho falta nunca ir a recoger esas telas hasta los barcos. Nos las llevaban a la tienda, siempre en horas de la noche y con prisas, comerciantes desconfiados y ariscos.

Tampoco la curiosidad me había llevado a la bahía de La Punta. Aunque hijo de un trotamundos, se ve que no llevaba en mi sangre esa inquietud. Pero, como saben Vuestras Mercedes, el hombre apenas tiene mano en su propio destino. Solo Dios escoge el momento de mandarnos los retos, las virtudes y la muerte. Y así, en su infinita sabiduría, Él eligió también el día en que yo habría de conocer la orilla costera.

El día en que viajé al mar, antes de la salida del sol, se agruparon en la Plaza Mayor todos los infantes, caballeros y gentes más principales del reino. Frente al palacio y alrededor de la fuente reinaba una agitación digna del día de mercado: los mercaderes ofrecían fruta y bizcochos. Jugueteaban los perros entre las ruedas de las carrozas. Hasta los caballos sacudían las crines y los belfos, azuzados por la expectativa, bañándonos a todos con salivazos.

Mi madre se acercó a despedirme a la Plaza Mayor, y aprovechó para obsequiar al inquisidor con un par de tamales. Más que nada, ella disfrutaba de verme rodeado de todos esos nobles apellidos, y sentir que, aunque seguía dándome comida y techo como a un crío, al menos me encontraba yo en el camino social correcto. Y con esa preocupación en mente, abordó al inquisidor:

—Espero que mi Alonso se comporte a la altura de sus responsabilidades.

—Siempre es posible mejorar en el servicio a Nuestro Señor —refunfuñó el licenciado—. Él pide de nosotros estar siempre listos al sacrificio.

No gozaba yo entonces de la mejor consideración del licenciado. Desde la aparición de la novicia ahorcada, y sobre todo desde el desastroso episodio de la vieja de las gallinas, Gaitán me culpaba del ridículo público. En verdad, la gente se había comenzado a reír sin disimulo de nuestro tribunal. Incluso circulaban

libelos llenos de burlas y sátiras sobre el desempeño del Santo Oficio. El inquisidor atribuía esa deshonra a mi descuido y a mi inexperiencia. En castigo, me había retirado su confianza. Nuestras conversaciones se habían espaciado, y su amabilidad paternal hacia mí se había enfriado.

Seguramente mi madre, con su intuición para los pensamientos de las personas, había percibido ese cambio en nuestro trato, y se había presentado esa madrugada para intentar suavizar el ánimo del inquisidor. Aunque si era ese el caso, estaba claro que no había funcionado. Al despedirme, me tiró ella de la oreja y me riñó:

—Al menos os ha dejado acompañarlo en la carroza. Eso significa que aún os tiene en consideración. Portaos bien con vuestro mentor, que no tenéis otro.

—Sí, madre —accedí, subiendo a la carroza, para que ninguno de los grandes hombres de la ciudad me viese en esas circunstancias, regañado por una mujer como un niño de pecho.

Con la luz del sol, nuestra caravana salió de la ciudad y avanzó bordeando el río en dirección a la desembocadura. A lo largo de la ruta, los cerros secos iban reduciendo su tamaño, como quien se inclina respetuosamente ante el océano.

En la carroza del Santo Oficio, íbamos sin cruzar palabra el licenciado Gaitán y yo. Él tenía planeado un gran evento para más adelante, con el que esperaba ganar apoyos en su lucha contra el Maligno y, sin duda, rezaba en silencio por el éxito de su misión.

Yo, sin atreverme a hablar, aspiraba con cada vez más fuerza el aire salado e intenso, casi alimenticio, que llegaba desde el oeste. A medio camino, recordé el consejo de mi madre e intenté ofrecerle al inquisidor un comentario lleno de admiración, algo que me devolviese su buena voluntad:

—Y vos, licenciado, cruzasteis el océano en pleno para llegar al Perú. ¡Debe haber sido una experiencia gloriosa!

Gaitán gruñó más que responder:

—Solo si te parecen gloriosos la sed, el escorbuto, los mareos y los sodomitas, que aplacaban sus calores en cualquier rincón del barco.

—Fuisteis valiente al dejar vuestro mundo conocido. Valiente y generoso de hacerlo por la cristiandad.

—La verdad, a veces echo de menos el sol de Sevilla, el paisaje de Cuenca, la luz del conocimiento de Salamanca… Pero sacrificaría todo eso con tal de ahorrarme el camino de vuelta.

En verdad, mi inocencia juvenil a menudo cubría de honor y belleza cosas que en la realidad eran toscas y desagradables. Pocos años han pasado desde los hechos que aquí cuento a Vuestras Mercedes, pero han bastado para saber que la vida suele ser más fea, más basta y más ordinaria que las fantasías que nos hacemos de ella. Por entonces, aunque lo iba entendiendo, me resultaba difícil

admitirlo.

—¿Y el virrey también viaja entre sodomitas y enfermedades? —pregunté.

—No digas tonterías, Alonso…

Y para no decir tonterías, no dije más. Ni siquiera cuando el licenciado se comió los tamales de mi madre sin ofrecerme siquiera las migajas.

Al llegar al puerto y bajar a tierra, de inmediato se formaron los corrillos de obispos y oidores, habituales en los eventos oficiales. Pero yo me mantuve alejado de la vida social, asombrado ante la gran llanura plateada del agua. Me pareció encontrarme ante el revés del cielo. Sobre esa superficie móvil, que destellaba y cambiaba de color, una flota de galeones, verdaderos castillos acuáticos, infestaban la bahía con sus torres y sus velas. Guardo entre mis memorias más dulces ese momento de fulgor, que acabaría siendo el único realmente majestuoso de ese día.

—Parecéis embobado, alguacil. —Oí la voz del cochero que nos había llevado, burlona, a mis espaldas—. Cerrad la boca que se os meterá el mar.

—De mucho verlo, lo sorprendente deja de sorprender. Seguro que sois de aquí, del Callao.

—El trabajo me trae con frecuencia. Pero soy de Quives. Ya sabéis lo que dicen: «Esquive vivir en Quives». Cualquier lugar es mejor que ese pozo infecto.

—De Quives… ¿Conocéis a Pedro Morales?

—Jamás he escuchado ese nombre.

Desde uno de los barcos, nos interrumpieron veinte cañonazos, señal de que daba comienzo la ceremonia. Formaron una fila los funcionarios reunidos en la orilla, acercándose a la vera del embarcadero en orden de importancia. Noté que el licenciado se colocaba entre los diez primeros, aunque entre codazos y empujones propios y ajenos, iba cambiando de posición por momentos. Por mi parte, demasiado insignificante para pretender estrechar la mano de un virrey, permanecí más atrás, con los cocheros y los guardias.

De los galeones, como abejas de un panal, salieron decenas de botes en dirección al puerto, tantos que apenas se veía el mar entre ellos.

Siguiendo el orden de la etiqueta, llegó a la orilla el primer bote, donde venían el nuevo virrey, príncipe de Esquilache, junto a su esposa y prima Ana de Borja y Aragón Pignatelli, y sus dos hijas. Su Excelencia, como manda la etiqueta, descendió primero. Iba ricamente vestido y enjoyado, con incrustaciones de piedras preciosas en el calzado y la capa, jaeces de martillo con perlas y pedrería y caparazones bordados en aljófar. De hecho, lucía igual de decorado que su señora. Pero se distinguía de ella en que apenas se elevaba del suelo lo mismo que una silla alta. Quizá justamente se cubría tanto de alhajas para disimular su estatura. En nuestras tierras, jamás se había visto a tan alta autoridad en frasco tan pequeño.

Mientras avanzaba Su Excelencia por el muelle, un ujier anunció al homenajeado:

—Don Francisco de Borja y Aragón, V príncipe de Esquilache, II conde de Mayalde y conde de Simarí en el reino de Nápoles, comendador mayor de la orden de Montesa, caballero y trece de Santiago, gentilhombre de cámara de Felipe III. ¡Virrey del Perú!

Se prepararon entonces todos los que hacían fila para recibir entre reverencias al nuevo representante del rey. Se renovaron los empujones y codazos, aunque más disimulados, para no dejarse en evidencia ante el recién llegado. Pero habría dado igual que se agarrasen los funcionarios a bofetadas. El susodicho príncipe de Esquilache ni siquiera los miró.

Lejos de agradecer el recibimiento, el virrey se mostró enfurecido. Sin detenerse a recibir los saludos y las alegrías, señaló a un costado de su rico atuendo, donde al parecer, tenía un agujero:

—¡Las calzas! Ese remero inepto me ha rasgado las calzas. ¡No puedo presentarme ante todo el mundo vestido como un payaso!

Dirigió estas palabras a su esposa, que se acercó pronta a atenderlo e intentó brindarle consuelo:

—Apenas se nota…

—¡Se nota a leguas! Lo nota cualquiera que sepa vestirse…

—¿Qué sabrán de eso acá? Si son todos unos provincianos. ¿No te han dicho que aquí se vuelven asalvajados hasta los cardenales?

—No me extraña nada. Acabo de pisar esta tierra y ya me estoy asalvajando yo. ¡Yo!

En esta discusión pasaron de largo ante su comité de bienvenida, y antes de que nadie se atreviese a advertirles de los requerimientos del protocolo, montaron los dos en su carroza, que con naturalidad adivinaron correctamente al ver la más suntuosa del puerto. Hasta ahí los siguieron las hijas, las cuales apenas podían caminar bajo el peso de los collares y pulseras que llevaban encima. Y todos desaparecieron ahí dentro, sin percatarse de los que afuera pretendían homenajearlos.

Tras la familia principal, descendieron de sus botes los validos, mayordomos, primos, ayudas de cámara, gentilhombres, y una larga lista de cortesanos, tantos que el comité de recepción no daba abasto para reconocerlos, ni tenía suficientes manos para saludarlos. Estos, de todos modos, tampoco andaban muy sobrados de protocolos. Apenas salidos del mar, montaron con el mayor desorden en las primeras carrozas que encontraron, y a menudo despojaron a las altas autoridades locales de su transporte de regreso a Lima.

En medio del caos, temerosos de no encontrar vehículo para volver, los funcionarios se abalanzaron sobre sus coches, y se produjo un rifirrafe de muy

dudosa elegancia entre los que pretendían montar al mismo tiempo. El licenciado Gaitán y yo nos disputamos el puesto con dos oficiales reales y un jurisconsulto, que habían sido apeados de sus respectivos vehículos, y a los que el inquisidor hubo de amenazar con todas las plagas bíblicas para garantizarnos el regreso a la ciudad.

Ya en el camino de vuelta, mi superior se mostró indignado ante la primera impresión que le había dado el virrey:

—¡Ciento setenta y cuatro! ¡Ha traído un séquito de casi doscientas personas!

—Pensé que estaba prohibido exceder las cien…

—Solo trae cien oficialmente. Pero sus criados traen a sus propios criados. Y sus primos, a sus propios primos. Y estos primos traen pajes, que a su vez traen lacayos. Y luego están los confesores...

—Que sea al menos por el bien del Reino…

—¿Del Reino? Alonso, me dé Dios tu fe, y a ti un poco de inteligencia.

—Perdón, señor…

Crispó el rostro el inquisidor para expresar lo que más alarma le causaba.

—Me he enterado de que, por su naturaleza diletante, este virrey ha traído un cuerpo de músicos, y otro de comediantes. ¡Incluso uno de escritores! Dios nos guarde, Alonso, de haber caído en manos de un vicioso.

—Dios nos guarde y nos agarre confesados.

—Por suerte, lo que he organizado para su llegada le hará ver que ha llegado a un lugar de fe y devoción… Si no es él mismo un cómplice de Lucifer, esta misma tarde quedará conmovido y dispuesto a limpiar la tierra.

Noté yo que se había referido a lo que él había organizado, sin mención alguna de mi participación en el evento. Pero de nuevo, para no soltar tonterías por la boca, la mantuve cerrada.

En la salida del puerto, al menos se logró ordenar un poco la comitiva: lanceros y arcabuceros por delante del virrey, lacayos por detrás, y las principales instituciones del virreinato una tras otra según su cercanía al palacio, desde la Real Audiencia hasta la Infantería de Indios. Flanqueaban el desfile timbales y trompetas, anunciando al Perú la llegada de un nuevo representante del rey.

Así llegamos a la ciudad, en cuyas puertas se había erigido un arco triunfal adornado por nueve esculturas y coronado por un lienzo del nuevo virrey y la virreina. Los susodichos ingresaron en las murallas bajo palio, un honor reservado por ley solo a ellos, entre los vítores de la población. Tal era el derroche de lujo y galas que escuché a un indio al lado del camino preguntar:

—¿Será que este es Dios, que al fin ha llegado?

No se mostraron los virreyes especialmente halagados, sin embargo. Su rostro reflejaba más bien insatisfacción, como si todos estos fastos, con ser los

mayores que Lima había visto jamás, no colmasen sus aspiraciones. En la Plaza Mayor se había colocado un escenario para ellos, al que treparon con aire de resignación. La ceremonia del juramento resultó deslucida porque, debido a su reducida estatura, apenas se veía a Su Excelencia. Por fin llegó el momento del discurso. Todos esperábamos unas sentidas palabras de saludo, como es costumbre. Pero el príncipe de Esquilache se limitó a proclamar:

—Obedecedme, pues no soy un criado del rey. ¡Yo soy el rey vivo en carnes!

Ante lo cual, los pobladores de la ciudad nos mostramos atónitos, y solo los recién llegados del séquito aplaudieron.

Vuestras Ilustres Mercedes de la Santa y General Inquisición son, sin duda, más sabios que este humilde alguacil. Sus espíritus preclaros han visto lo mejor y lo peor de la Creación, y sobre esa experiencia total forman sus juicios con la profundidad que cada cosa requiere. Pero en algo estaremos todos de acuerdo: siempre, por muy malas que parezcan las situaciones, aún pueden empeorar.

Después de su lacónico discurso, descendió el breve virrey del escenario. Y en medio de los oidores, obispos y capitanes que se acercaban a complacerlo y adularlo, preguntó con la voz potente de quien ha tomado ya el poder:

—¿Dónde están los toros?

La pregunta parecía dirigida al capitán de la guardia, que balbuceó:

—¿Los toros? Ah, los toros…

Miró el capitán hacia el cabildo de Lima, el cual retomó las mismas dudas:

—¡Los toros! Eeeeh… Tenemos toros…

Un rumor de sorpresa corrió entre las autoridades que, de repente, parecían hacerse entre ellos la misma pregunta, y contradecirse en sus respuestas. Aunque llevaban toda la primavera preparando la ocasión, no habían previsto corridas de toros. Solo misas, rezos, procesiones y paradas militares, de todo lo cual, ahora nadie se atrevía a hacerse responsable.

El virrey volvió a hacer ostentación de su poca paciencia para con sus nuevos súbditos:

—¿Recibís a un virrey sin una corrida de toros? ¿Pero qué clase de gentes tengo a mi cargo? ¿No teníais nada pensado para divertirme?

Ante el estupor general, y las contradicciones, reproches y lamentos entre nuestros caballeros principales, tomó la palabra el licenciado Gaitán, que parecía el único que llevaba preparada una respuesta, y la pronunció con el tono de admiración que sin duda aplacaría al virrey:

—Los toros son una vulgaridad. Su Excelencia puede verlos todos los días si así lo manda. Para tan soberbia ocasión como esta, hemos preparado algo mucho mejor. Un evento inolvidable que os dará testimonio de la naturaleza única de estas tierras que venís a gobernar.

Se dejó seducir el virrey por esas palabras, tras las cuales creyó adivinar la

promesa de un buen espectáculo. Y sin duda, lo que llevaba tiempo preparando el inquisidor entraba dentro de esa categoría. Al menos para ciertos gustos.

2

Volvió a formarse una comitiva para dirigirse a la plaza de Santa Ana, pero esta vez, los inquisidores tomaron la posición principal junto al virrey, y nuestro estandarte de la fe, con sus múltiples cruces, presidió la marcha, por delante del cabildo eclesiástico y el rector de la universidad. Estos últimos se pusieron verdes de envidia al ver que el licenciado Gaitán lograba colocarse como un igual de nuestro gobernante, o al menos, como su principal asesor, y concentraba toda su atención:

—Ahora, Su Excelencia verá actuar el poder de Dios.

—¡Que se manifieste entonces!

A nuestro alrededor se aglomeró la población, ansiosa por contemplar a su nuevo gobernante más de cerca. Los devotos rezaban salves, los sahumerios echaban sus vapores al aire. Los mercaderes ofrecían rosarios y falsas reliquias de padres de la Iglesia. Y justo delante de mí, se colocó un escandaloso grupo de tapadas.

Quizá Vuestras Mercedes, ahí en la capital del reino, desconozcan la figura de las tapadas, que encarnan la decadencia moral de las colonias: se trata de mujeres, a menudo casadas, e incluso de noble posición, que van por la calle con el rostro cubierto por una mantilla, para así poder actuar al margen de la voluntad de sus maridos. Con frecuencia, estas mujeres dan ejemplo de promiscuidad y falta de decoro, atrayendo a los hombres hacia sus dormitorios y entregándose a las más abyectas formas de pecado. Aunque el cabildo ha emitido numerosas ordenanzas para prohibirlas, resulta muy difícil controlarlas, puesto que, si son requeridas por las autoridades en la calle, les basta quitarse la mantilla para volver a transformarse en señoras de alcurnia. A lo mejor, las que yo veía habían echado mano de esas mismas artes tramposas para colarse hasta las primeras filas de la multitud, casi en las mismísimas narices del virrey. Iba yo a reprenderlas y exigir que mostrasen su rostro, cuando me interrumpió la voz de un soldado:

—¡Abrid paso! ¡Que traen al reo!

Ante los gritos de la turba, los guardias acercaron al indio Hernando Páucar, aquel que yo había interrogado en las mazmorras del tribunal, y al que ahora debía escoltar personalmente. Llevaba Páucar la soga atada en el cuello y la vela de rigor en la mano, pero también sus trajes tradicionales, e incluso su tocado de

plumas de sacerdote pagano, aunque todo ello se encontraba en tan mal estado que ya inspiraba más lástima que miedo. Sus ojos apenas se despegaban del suelo, y parecía más ausente que de carne y hueso.

En cuanto me vio, el indio sacudió la cabeza, sin duda recordando las falsas promesas de perdón que yo le había hecho durante el interrogatorio. Y debo admitir que, aunque yo había obrado según las normas escritas por los sabios, su mirada me inspiró terribles remordimientos. Tuve que recordarme mentalmente las trampas del demonio para recuperar el aplomo y la certeza de actuar en nombre del Señor.

Al ver a Páucar el virrey, por primera vez, sonrió. Acercándose el indio, le abrió la boca. Revisó sus encías, como se hace para conocer la edad de los caballos. Y comentó:

—Admito que parece exótico… Muy tropical, aunque se le ha estropeado el disfraz. ¿Y hace malabares? ¿O canta con gracia?

—No es por eso que está aquí… —intenté explicar, pero mi esfuerzo provocó en Su Excelencia un arrebato de indignación:

—¿Me estáis hablando a mí? ¿Así? ¿Sin pedir permiso? ¿Como si fuera yo vuestro igual?

No supe qué responder, pues cualquier respuesta habría repetido mi falta. Se volvió el virrey hacia el inquisidor, y le endilgó a él sus quejas:

—¿Qué pasa? ¿Vuestros alguaciles no saben cuál es su lugar?

—Perdón, Su Excelencia —se excusó el licenciado, dirigiéndome una mirada que me atravesó como una daga. Desde luego, ese día, yo parecía incapaz de acertar.

Continuamos la marcha muy lentamente, luchando contra la multitud para terminar cada paso, y llegamos a la plaza de Santa Ana, donde nos esperaba el tablado para las autoridades. El inquisidor y el virrey tenían su lugar en la parte más alta del primero, bajo un dosel, rodeados por las demás autoridades. Los preparativos del protocolo habían tomado semanas de delicadas negociaciones. Y ni siquiera así se habían resuelto, puesto que ahí mismo, cuando todos fueron ubicados en sus lugares, comenzaron las discusiones entre los invitados.

—¿Por qué no tengo yo dosel? —protestó el oidor—. Mi cargo tiene tanta dignidad como el del inquisidor.

—Y corresponde al cabildo eclesiástico ir a la izquierda de la audiencia —apuntó el representante de dicha institución.

—¡Pero el cabildo civil tiene preferencia sobre el eclesiástico! —reclamó, evidentemente, el cabildo civil—. No es que lo diga yo. Así se hace en Madrid…

Mientras los lacayos se esmeraban por acomodar a su gusto a las quisquillosas autoridades, yo intenté cumplir mi deber y exigí las espadas de los invitados, pues se manda en los actos inquisitoriales aparecer desarmado. Era mi

intención actuar del modo más competente y correcto para no exaltar más en mi contra los ánimos del licenciado Gaitán.

El primero del séquito al que me dirigí era el secretario de gobernación del virrey, también recién llegado:

—Señor, debéis entregarme vuestra espada…

Debía yo ser invisible para los españoles porque, al igual que el virrey, este tampoco se dirigió a mí directamente. Su voz atronó el tablado, pero se diría que su grito iba destinado al mundo en general:

—¡Eh! Que nos quieren quitar las armas…

A su alrededor, se alzaron las espadas. Pero no para ofrecerse dócilmente, sino para atacar.

—No se llevan armas en los autos de fe… —insistí.

A lo que el aludido contestó:

—¿Y si hay una rebelión de negros? ¿O de enemigos de la Corona? ¿Cómo protegeremos al virrey?

—Eso es imaginar lo imposible… —intenté calmarlo. Pero cada una de mis palabras alimentaba un nuevo incendio. Y este extendió sus llamas al mismísimo gobernante:

—¿Un auto de fe? —terció el virrey, que había recuperado la expresión de asco de su rostro—. ¿A eso hemos venido? ¿No va a haber una comedia? ¿Ni un desfile de indios?

Siguió lamentando Su Excelencia el programa de la tarde. Su gente me mostró el filo de sus armas. Pelearon los asistentes sobre el lugar que debían ocupar en altura y posición. Debatieron todos quién debía llevar cojín en su asiento, y a quién le correspondía alfombra. Tras un rato de peleas, el inquisidor se vio obligado a abandonar su lugar para aplacar los ánimos, para lo cual no dudó en empujarme a un lado del tablado, furioso, con tanta fuerza que estuve a punto de caer entre el público.

Ahora, era el reo Hernando Páucar quien asistía con interés al espectáculo de sus propios ajusticiadores.

—¿Y estos son los representantes de vuestro Dios? —me preguntó, remplazando su melancolía por asombro durante un instante.

Incluso el grupo de señoras tapadas, que seguían al pie del escenario, contemplaban la escena con el único ojo que su mantilla permitía ver, y se reían sin pudor alguno de la vanidad de los hombres. Pero a ellas, al menos, sí pude decirles:

—¡Silencio, señoras! Que este no es lugar para fiestitas.

Al fin, logró imponerse cierto orden entre los invitados. Lamentablemente, para entonces, el séquito virreinal había desplazado a las autoridades de sus lugares, y nuestros más venerables dignatarios se asaban bajo el sol, empapando

de sudor sus sotanas y uniformes, mientras el virrey soltaba carcajadas rodeado de sus esbirros. Muchos de estos esbirros eran muy altos, de modo que Su Excelencia desaparecía por momentos entre ellos, haciéndose invisible para sus nuevos súbditos.

—¿Ese es el príncipe de Esquilache? —se burló una de las tapadas, en voz tan alta que llegué a escucharla—. ¿O nadie quiere venir a gobernarnos y nos han mandado un muñeco?

—¡Señoras, por favor, respeto! —grité, pero otro problema con las mujeres es que, por su misma condición, está mal visto golpearlas o amenazarlas con la espada, lo cual les da carta blanca para todo tipo de impertinencias y escarnios.

Para evitar más inconvenientes, el licenciado Gaitán vio llegado el momento de comenzar la ceremonia, y subió al tablado de los penitentes a imponer cierta solemnidad y pronunciar su discurso: su sola presencia y dignidad ya dotaron a la ceremonia de una seriedad a la altura de las circunstancias. A la sombra de su gravedad, los demás intentamos componernos de modo más o menos digno.

—¡El demonio nos acecha! —Fueron las primeras palabras del inquisidor, y acertó con ellas, pues hasta los más indisciplinados miembros del séquito, hasta las tapadas, callaron por fin y prestaron atención, mientras él continuaba argumentando con poderosa actitud—. Suele pensarse que los indios son inocentes, almas puras que debemos formar para nuestra Iglesia. Pero tal consideración ignora que sus ídolos no son más que disfraces de los demonios, de los cuales debemos rescatarlos.

Yo estaba de pie junto a Hernando Páucar, a quien los guardias habían encadenado a un poste. Frente a nosotros, algunos guardias comenzaron a amontonar ramas y maderos para encender una hoguera. Noté en el indio el temblor de piernas, la palidez de su rostro a la vista del fuego, el sudor que perlaba su frente. Debía haberle dicho «que tus dioses te salven ahora», pero no fui capaz de mirarlo a los ojos.

Continuó mientras tanto el inquisidor su pregón, explicando ante los asistentes que Páucar había sido hallado culpable de contactar a los otros indios con los demonios, para pedirles favores y conocer el futuro. Añadió que después de haber conocido la misericordia de la Iglesia, el reo había reincidido, lo que demostraba que incluso su arrepentimiento formaba parte de sus embustes satánicos. Y advirtió que Páucar se veía en sueños incluso con gentes blancas y de apellidos españoles que se hacían pasar por emisarios divinos ante los incautos con el fin de extender el Mal por la ciudad. Sin duda, eso representaba una advertencia velada a la bruja Rosa, cuyos poderes había percibido yo con mis propios ojos. Sospechaba yo que era la culpable del incidente con la vieja de las gallinas. Y seguramente, en ese mismo momento nos contemplaba, con las pupilas enrojecidas por el poder diabólico, desde algún lugar entre los asistentes.

A continuación, el licenciado Gaitán repitió el mismo discurso en latín y en quechua, la lengua de los indios, para así asegurarse de que todos en la Tierra y en el Cielo recibieran el mensaje. En ese momento, el virrey, que no debía de entender ninguno de los dos idiomas, se distrajo y retomó las conversaciones y bromas con sus criados. Y como autorizadas por la Corona en persona, también retomaron sus chanzas y bromas las tapadas de abajo, que ya me tenían bastante cansado.

Finalmente, el inquisidor anunció:

—Ahora, ha llegado el momento de la penitencia…

Solo volvió a prestar atención Su Excelencia cuando me adelanté yo mismo, con una antorcha en la mano, y encendí la hoguera. De golpe, las llamas salieron tan altas que parecían a punto de quemar el tablado y el mismo cielo. Entonces, se hizo un silencio entre todos los habitantes de la ciudad. Ni sus respiraciones se sentían en el aire tenso de la ceremonia.

El licenciado Gaitán lo había planeado así porque conocía las bajas pasiones de las personas, y porque nada disfrutaba más que escribir el libreto de los autos de fe. Pero cuando ya teníamos la máxima atención que podía tenerse, no hizo quemar a Hernando Páucar.

Hizo traer un saco.

—¡Mirad a estos ídolos, enemigos del bien!

Guardaba el saco cientos de muñecos diabólicos, de los que adoraba el indio en sus malignos rituales: figuras de piedra, sobre todo, pero también de madera, que representaban pumas y llamas. Hojas de coca. Pelos de animales, o quizá de demonios. Telares bordados con representaciones de bestias voladoras. Todos ellos fueron arrojados a la hoguera y devorados por el fuego unificador, como advertencia a los adoradores de Satanás.

—Hernando Páucar —anunció el licenciado, cuando ya el tablado parecía el mismo infierno—, este tribunal te condena a doscientos latigazos, y a servir en el Colegio Jesuita de Santiago de Chile, de donde nunca podrás volver a estas tierras.

El alcaide de las mazmorras, aquel que me ayudaba en los interrogatorios, subió entonces al tablado. Se ocupó personalmente de desnudar la espalda del condenado y sacudir sobre ella el látigo. El reo gemía de dolor con cada golpe.

Mi labor, al mismo tiempo, consistía en cortarle los larguísimos pelos de la cabeza. No tenía que dejarlo calvo, sino todo lo contrario. Debía quedar la cabeza del indio tan desordenada y desaliñada que cualquiera, al verlo, supiese que había cumplido penitencia por pecados gravísimos.

Mientras cumplíamos nuestras tareas, algunos pobladores de la Ciudad de los Reyes iban insultando a Páucar. Los más osados incluso se acercaban a escupirle, o le arrojaban alguna piedra en la espalda, que se añadía a los golpes del verdugo.

Debido a mi naturaleza imperfecta, a mí me seguía desagradando esta parte de mi trabajo. Comprendía su necesidad: estábamos dejando una lección para quien en el futuro tuviese la tentación de abandonar al Dios verdadero para seguir a falsos ídolos. Pero habría preferido no dejar esa lección yo mismo. Otros menesteres de alguacil me agradaban más, sobre todo los que reclamaban menos estómago y más intelecto.

Por lo visto, no era yo el único descontento, porque en ese momento, se pronunció el virrey con palabras que nadie esperaba:

—Bueno, ya es suficiente para mí.

El príncipe de Esquilache ya había puesto muy mala cara durante las palabras del inquisidor y el tormento. Se había mostrado incómodo, e incluso había llegado a cerrar los ojos para no presenciar el auto de fe. Ahora, repentinamente, sin esperar al final de la ceremonia, se levantó de su asiento con dosel y, con ostentosas muestras de desagrado, se marchó.

—Estoy cansado —se justificó—. Ha sido un viaje largo.

Un murmullo de sorpresa siguió a Su Excelencia mientras se dirigía, rodeado por la guardia de lanceros, de regreso a su palacio. Lo siguieron numerosos miembros del séquito, que dejaron prácticamente vacía la tribuna de autoridades por la que tanto habían peleado. Su partida expresaba una clara desaprobación de lo que estábamos haciendo, quién sabe si por una diferente interpretación de la doctrina o por puro aburrimiento, al que el virrey parecía especialmente propenso. Era tan pequeña la espalda de nuestro nuevo gobernante que apenas tardó en desaparecer entre la gente, dejando vacío mucho más que su asiento con cojín.

Los que seguíamos encima del tablado, el inquisidor, el verdugo y yo mismo, nos sentimos de repente como personajes de una comedia teatral. Y no solo porque, sin la aceptación del virrey, nuestros actos perdían realidad y peso. También, y, sobre todo, porque entre las autoridades presentes se elevó de repente una risa sorda y cruel, una burla dirigida sin disimulo contra mi superior, el licenciado Gaitán, maestro de esa frustrada ceremonia de recepción. Era esa risa el gesto de triunfo de los enemigos del inquisidor, que veían a su rival despeñarse por el abismo de la gracia de la Corona, hasta hundirse en un mar de desprecio y miserias, mucho más grande y profundo que el que yo había conocido esa mañana.

—¡Bonita fiesta, inquisidor! ¡Seguro que hemos dejado satisfecho al virrey!

Animado por las burlas, se apoderó de nosotros el desánimo. Se relajaron los latigazos sobre la espalda del indio. Di por terminado el corte de pelo. El propio licenciado Gaitán, que con tanto brío había tomado el escenario, dudó de continuar con el auto de fe, pues parecía contravenir la voluntad del virrey.

Entre tanta distracción, nadie reparó en que el enorme conjunto de objetos

de la hoguera, con ser demasiados, se derramaron hacia un costado y quemaron la base del tablado. De repente, una parte de la madera cedió, y cayó el fuego hacia el público, como un líquido naranja.

—¡Cuidado, fuego! —gritó el inquisidor hacia mí, como si fuese yo el único culpable de todo ese desastre. Y ni siquiera se trataba del último desastre.

Un tronco ardiendo fue a caer directamente sobre las tapadas que habían incordiado la ceremonia desde el principio, lo cual se habría podido considerar justicia divina, de no ser porque prendió las mantillas de dos de ellas. Fuertes llamaradas brotaron de sus hombros y cabezas, y las obligaron a descubrirse y arrojar lejos sus máscaras.

Y quizá fue ese el momento más perturbador de ese día lleno de calamidades.

No contento con el caos, los malos presagios, mi sentimiento de culpa, las diferencias entre autoridades eclesiásticas y terrenales, las burlas contra lo sagrado, Dios aún me enviaba otra prueba antes de la puesta del sol.

Porque una de las tapadas resultó nada menos que Jerónima de San Francisco, la monja mulata. Y sin duda, quienes la acompañaban no eran mujeres de posición acaudalada o nobles apellidos escondiéndose de sus maridos, sino otras monjas del convento de Santa Clara, así disfrazadas para eludir los controles mientras se escapaban de la clausura con el fin ilegítimo de ir a divertirse a la ciudad.

—¡Vos no podéis estar aquí! —grité.

No sé si me escuchó Jerónima, entre el ruido de la gente y la confusión de las escoltas. Pero sí ocurrió que sus ojos se cruzaron con los míos. Y comprendió ella que yo la había descubierto. Quizá sus compañeras, que me habrían visto en mis visitas al convento, se sintiesen descubiertas también. El caso es que todas ellas echaron a correr como almas que lleva el diablo, y nunca ha sido mejor empleada esa expresión.

Yo quizá debía quedarme donde estaba, pero perdí el mando sobre mí mismo, aferré mi vara de alguacil y, bajando del tablado, me lancé a correr tras ellas.

Si no había sido capaz de mantener el protocolo o evitar el incendio, al menos podría entregarle al inquisidor a unas monjas escapadas del rigor de la clausura. Y en ese momento, de verdad, me hacían falta muchos méritos.

3

Atravesamos la ciudad corriendo. Las cinco mujeres, tres de ellas con la cabeza aún tapada, se mantuvieron juntas durante las primeras calles. Les sirvió de escondite la multitud que había asistido a recibir al virrey. En dos puntos, se me cruzaron un vendedor de dulces en mula y una pequeña procesión, cortándome la vista de las monjas rebeldes, y di por terminada la caza. Por suerte, tras librarme de los obstáculos, volví a ver sus coloridas mantillas en la distancia, brotando entre las cabezas, y retomé la persecución.

—¡Alto en nombre de Dios!

Llegamos así hasta los barrios de mal vivir situados más allá del hospital de Santa Ana. No se recomendaba a mujeres de bien merodear por esos tugurios y, menos aún, cuando el sol comenzaba a declinar. Por cierto, dado lo rápido que andaban, supuse que tampoco andarían descalzas o con sandalias delgadas, tal y como mandaba su régimen. Pero a esas alturas, esa violación de las reglas resultaba hasta perdonable.

—¡Alto, señoras! —advertía yo mientras daba zancadas tras ellas—. ¡Os jugáis la excomunión!

Las perdí en los callejones más mugrosos, entre vagabundos malencarados y niños que correteaban medio desnudos, con las caras sucias de mocos. En esa zona, nadie parecía haber ido a celebrar al nuevo virrey. A nadie parecía importarle nada gran cosa.

Al llegar a una encrucijada, de repente, no sabía qué camino tomar. Miré a todas partes, sin que nadie me ofreciese más que miradas desconfiadas y gargajos escupidos al suelo.

Ya creía fracasada mi empresa, cuando se acercó en mi dirección un soldado borracho, haciendo eses al caminar y recitando unos versos que se habían hecho muy populares en esos días:

Cuántas doncellas pasean
Para conocer las calles
Después que las madres duermen
¡Si no las llevan las madres!
Y cuántos les aconsejan

Que sigan sus liviandades
¡Qué quejosos los maridos!
¡Qué contentos los galanes!

Entre verso y verso de su canción soez, lanzaba el hombre loas al nuevo virrey y al Imperio español, aunque la verdad, no inspiraba especial orgullo hispano oírlo balbucear su admiración entre groserías y eructos. Para colmo de distracciones, el soldado me interpeló:

—¿Tenéis una moneda para un guardia del orden?

—¿Qué orden vais a tener vos? Si no estuviera a otra cosa, ahora mismo os entregaría yo a vos a los guardias, para que os castiguen por deshonrar el uniforme.

—Me cago en la estampa —blasfemó el hombre, ahogada ya en alcohol toda su disciplina—. Primero las mujeres de alcurnia y ahora los alguaciles del Santo Oficio. Está claro que ya no se puede confiar en nadie…

—¿Qué mujeres de alcurnia? —Sospeché yo de sus palabras.

Él se rio. Me señaló con su dedo moviéndolo de arriba abajo con actitud acusadora.

—¡Ah, pillo! ¿Queréis que os presente a mis amigas, eh, tunante? ¿Y dónde está mi moneda?

Miré en la dirección que señalaba el borrachín. El callejón parecía vacío y silencioso. Apenas un par de gatos pulguientos salieron corriendo de un portal. Y fueron ellos, más que mi interlocutor embrutecido, los que me animaron a sacar mi espada y acercarme hacia allá.

Siguió el soldado con sus canciones sucias sobre rameras y bastardos, aunque ahora dirigidas a mí, mientras yo avanzaba. Berreaba ese hombre una mezcla de insultos y rimas en voz tan alta, que sin duda advirtió de mi presencia a mis perseguidas. Porque antes de alcanzar yo la altura del portal, salieron las cinco corriendo, y se reanudó la correteadera.

Entre gritos y prisas, llegamos hasta donde comenzaban los campos de cultivo, la mayoría propiedad de los conventos o de otras instituciones de caridad, aunque prestos para alimentar a la ciudad entera si fuese sitiada por piratas o indios.

En esta zona, no había ya callejones ni portales donde esconderse. Solo surcos, repollos y árboles frutales. Deben haberlo previsto las monjas antes de llegar, pues se separaron, cada una en una dirección, sabedoras de que solo yo les iba detrás, y que así quedarían salvadas con seguridad la mayoría de ellas. Me pregunté entonces si no serían todas brujas, duchas en el arte de la huida, capaces de comunicarse sin palabras.

Yo, por supuesto, seguí a la mulata, cuyo pelo negro y rizado, con esa ropa

de señora bien, la volvía tan visible como un tigre en una plaza:

—¡Dejadlo, Jerónima! ¡Os he reconocido! ¡Os encontraré, aunque escapéis!

—¡Idos al infierno! —respondió la donada.

No le quedaba mucho para llegar hasta las murallas de la ciudad, que sirven tanto para proteger a los de dentro como para encerrarlos. Y una vez ahí, no tendría escapatoria, al menos, si no me reventaba el cuerpo antes de tanto correr. Pero una vez más, dio la mulata un giro inesperado, y volteó entre las tomateras y los paltos hacia la última zona habitada de la ciudad: el Cercado de Indios.

Vuestras Mercedes, allá en la Metrópoli, viven en un mundo donde todos los hombres son del mismo color. Las de calidad se distinguen de las miserables por su atuendo, por su grado de fe o su influencia. Pero en el fondo, todos son blancos y cristianos. Por eso, el Dios verdadero reina en toda Su gloria. En los reinos de ultramar, las cosas no son tan sencillas. Ya he dicho que aquí se mezcla lo verdadero con lo falso, el bien con el mal, lo legítimo con lo nefando. Afortunadamente, según me ha instruido el licenciado Gaitán, para ayudarnos a caminar entre toda esa confusión, la divinidad, en su infinita sabiduría, hizo más oscuras a las especies más lejanas del cielo. Y así, los indios tienen una tez amarillenta, y los negros, que son los menos civilizados de todos, se ven del color del carbón. Eso nos permite separar el trigo de la paja, y poner a la paja indígena a vivir separada, pues sus costumbres amenazan con contagiarse a los espíritus más débiles de entre nosotros.

Vivían —y viven— en el Cercado los indios que trabajaban en la ciudad, los cuales, al no ser esclavos como los de raza africana, estaban autorizados a tener familias e hijos libremente, siempre que respondiesen a un amo español, fuese este peninsular o criollo. Por esa causa, si ya era poco recomendable para una dama ser vista por los barrios de blancos pobres que señalé un poco más arriba, mucho más penoso y preocupante aún era ser descubierta en el Cercado, tan alejada de la protección de la gente de provecho. Yo jamás había sabido de ninguna mujer que ahí entrase y, probablemente, ni siquiera se les permitía la entrada, pues los indios, aunque menos iluminados que las razas europeas, tampoco eran tontos, y preferían ahorrarse problemas.

Sin embargo, confusa era en ese momento la posición social de Jerónima: mulata pero bien vestida, monja pero sin velo, parecía encarnar a todas y a la vez a ninguna de las mujeres de la Ciudad de los Reyes. Nadie le impidió, pues, el paso al Cercado. De hecho, lo tuvo más fácil que yo, pues si bien mis insignias, mi vara y mi espada me granjeaban respeto y temor, también hacían a los habitantes del barrio desconfiar de mi presencia.

Por eso, minutos después de entrar en ese laberinto de chozas a medio construir y calles sin empedrado, bajo la apretada sombra de techos de paja, topé con un muro de vecinos que salieron a impedirme el paso. Tuvieron cuidado de

no tocarme ni amenazarme, pero avanzaron sin dudarlo, como obedeciendo a una orden superior, y en cuestión de instantes, me hicieron retroceder hasta una especie de plaza central, sin catedral ni monumentos, pero con espacio abierto.

De repente, me vi rodeado de indios, salidos de todas las esquinas y llegados todos para cercarme. Por ser fiesta en el virreinato, no trabajaban ese día, y formaron un círculo hostil a mi alrededor, como protegiendo a sus cholas mientras daban el pecho a sus oscuros bebés. La hostilidad pesaba a mi alrededor más que la humedad del aire, que ahí arrastraba un aroma, si cabe, aún más hediondo que en el resto de la ciudad, a orines y cebollas podridas.

Uno de los nativos, que llevaba un traje similar al de Hernando Páucar, pero sin el tocado de plumas ni las elegancias, se adelantó a los demás. Se colocó de pie frente a mí, aunque no pronunció palabra. Ante él, que tenía actitud de jefe, me presenté:

—Vengo del tribunal del Santo Oficio buscando a una mulata que ha roto la clausura del convento. No os ha pasado desapercibida, desde luego. Es mejor que me la entreguéis. Nada más se me ha perdido en estas calles.

—Mulatas no son monjas —respondió secamente mi interlocutor.

—Esta sí. Quién sabe en realidad si es mulata de verdad. Es huérfana. A lo mejor solo era negro su abuelo o su bisabuelo, pero se le ha quedado toda la tez tiznada. Eso pasa a veces.

Ahí debían saber bien lo de las mezclas, y lo complicado que se iba volviendo clasificar a la gente por su decencia genealógica, porque a mi alrededor vislumbré a varios hijos de indio con africana, de los que llaman «zambos». Y esos cruces de zambo con mestizo, que llaman «cuarterones». Y esas mezclas de cuarterones con otras razas, que ya ni nombre tienen. Porque este país, Vuestras Mercedes, en vez de arreglarse, parece degenerar más con cada parto.

Se acercó el indio a un grupo de los suyos, que parecían más bien de raza pura. Un par de ellos, los más viejos, mascaban hojas de coca sentados en una puerta, y todos deliberaron durante el tiempo que toman en mascar y escupir todo un puñado. Después, el primer indio regresó hacia mí, y en medio del silencio del barrio, anunció:

—No hemos visto, taita. No sabemos.

Taimados son los indios, Vuestras Mercedes. Suelen ir por la vida sigilosos y desconfiados. Apenas dicen lo que piensan, y reservan para ello su idioma incomprensible, acuñado en alguna reunión de idólatras. En nuestra lengua, en cambio, se abren paso con mentiras y medias verdades, diciéndonos a los demás lo que queremos oír, o no diciendo nada, como ahora. Aunque debo admitir que acaso saben lo que hacen, porque al que sí nos dijo lo que pensaba de verdad, Hernando Páucar, a punto estuvimos de quemarlo en un tablado. Y seguramente, todos ahí habían visto a su sacerdote, flagelado y despelucado apenas un rato

antes, humillado por la misma mano que ahora blandía su vara ante ellos.

De todos modos, no estaba yo ahí para ser comprensivo si esos indígenas desafiaban mi autoridad. Al contrario, mi dignidad estaba reforzada por el espectáculo de la plaza de Santa Ana, por mal que hubiera salido todo en términos generales.

—Si no me decís dónde está la prófuga, volveré con más guardias. Entraré casa por casa. Y como encuentre a esa mujer, o cualquier indicio de su presencia, me llevaré a los sospechosos a las mazmorras.

Se miraron entre sí los que habían deliberado antes. El supuesto jefe me discutió:

—Mulatas son monjas… Inquisición detiene indios… Esas reglas no nos habían dicho. ¿Cómo así pues todo cambia?

Sabido era ese indio. Sin duda, el diablo los había informado a todos ellos de las maneras, incluso legales, de esquivar la ira de Dios. Pero yo tenía mis propias respuestas.

—El virrey ha aceptado nuestra nueva jurisdicción.

—Pero ahora hay nuevo virrey… ¿Él ha aceptado también?

Difícil pregunta. Debían haber percibido ellos la reacción del príncipe de Esquilache ante el auto de fe, y se sentían seguros de volver a las normas que los protegían de nuestro brazo. Imaginé lo furioso que se pondría el licenciado Gaitán al saberlo.

—¡No me toca a mí daros explicaciones a vosotros! —rezongué, alzando mi espada para dejar claro que estaba dispuesto a usarla—. Obedeced. O ateneos a las consecuencias.

El olor punzante de los indios me alertó de que el círculo humano se iba cerrando a mi alrededor. No obstante, el jefe no se movió. Ni siquiera abandonó la expresión, sumisa pero astuta, que había mantenido durante toda nuestra conversación.

—Ya te he dicho, taita. No sabemos. Nada hemos visto. ¿Qué mulata va a venir por acá? Tienen sus amos, ellas.

—Y vosotros los vuestros. Todos ellos sabrán que os negáis a colaborar con Dios y la Corona.

Algunos indios comenzaban a acercarse hasta donde podría haberlos tocado extendiendo la mano. Noté que un par de ellos llevaba escondidas hondas, como las que usan para cazar pájaros o cuyes. O mazas de piedra, capaces de abrir una cabeza de golpe. Empuñé mi espada, seguro de que esta escena solo podía acabar en una pelea en que llevaba las de perder, pero también, de que todo daño en mi contra repercutiría más adelante contra todos esos indios rebeldes.

Y entonces, la voz que yo conocía tan bien, la que cantaba delicias en los altares y se negaba a sí misma al huir, emergió desde algún lugar, dándome la

razón.

—No me escondáis más. Dejadlo. Gracias. Pero si no me entrego ahora, os perjudicaré a todos. Y al final, también me haré daño a mí misma. Y a mis hermanas.

De entre todas esas cabezas de cabellos negros y lisos como mantas caídas, asomó la de Jerónima, igual de negra, pero no tan lustrosa. Desprovista de velo con el cual cubrirse, sus pelos como tirabuzones saltaban hacia todas partes, como si intentaran huir de su cabeza. Y su rostro refulgía como un sol oscuro, pero aun así, más brillante que el del cielo, que ya se perdía tras las murallas, enmarcando su silueta de destellos rojos y naranjas.

—Jerónima de San Francisco —anuncié, conteniendo el impacto de su aparición—, habéis violado las reglas del convento. Habéis inducido al mismo pecado a vuestras hermanas en la fe. Habéis faltado el respeto a la autoridad virreinal y escapado de la autoridad del Santo Oficio. ¿Qué podéis decir en vuestra defensa?

—Que ya me tenéis —respondió la mulata con gran desparpajo—. No hace falta que atormentéis más a estos hijos de Dios.

Y con esa autoridad, como si fuese ella quien me prendiese a mí, echó a andar hacia la salida, tan segura que tardé en darme cuenta de que se estaba entregando sin resistencia. Lo que no pude dejar de notar, mientras apretaba el paso para ponerme a su lado, era la mirada de admiración con que esos indios la escoltaban.

Como si de ella emanase un poder trascendental.

O como si yo, sencillamente, no estuviese ahí.

4

—¿Y entonces? —me desafió Jerónima—. ¿Vais a azotarme como al pobre Páucar? ¿O preferís cortarme el pelo?

Al fondo, más allá de los cultivos, se vislumbraban los fuegos artificiales de la recepción del virrey, que iluminaban la noche y mantenían a la gente en la calle hasta más tarde de lo habitual. En el centro de la ciudad, la gente mantenía la alegría y el desenfreno. En cambio, la monja tenía el carácter marcado por el desafío y la impertinencia.

—¡Más respeto, Jerónima!

—Ya lo sé. Me haréis lo que hicisteis con la vieja de las gallinas, ¿verdad?

No lo decía por casualidad. Sabía del ridículo que la vieja en cuestión había representado para mí y el tribunal. Y sin duda, estaba al corriente de cómo eso había afectado mis relaciones con el licenciado Gaitán. La Ciudad de los Reyes es chismosa, y las historias bochornosas de sus habitantes circulan con más éxito que el pan y el agua.

—No sabéis lo que decís…

—Lo sé mejor yo que vos.

Su insumisión la volvía a mis ojos valiente, y hasta admirable en su coraje, pues nunca había conocido yo mujer capaz de enfrentarse a la autoridad sin temblar. Pero tales ínfulas también bordeaban la herejía de sentirse superior a Dios, herejía aún más grave por cuanto se trataba de una mulata sin apellido conocido. Y así se lo hice saber:

—Cuidad vuestra lengua, Jerónima. Todos debemos guardar nuestro lugar.

—¿Y dónde está el mío? ¿En un auto de fe?

La imaginé encadenada a un poste, con la espalda desnuda y abierta a latigazos y los pelos arrancados de la cabeza entre llagas, como los de un perro sarnoso. Horrorizado, aparté de mi imaginación esa estampa. Hube de admitir para mis adentros que, por mucho que lo mereciese, y que necesitase yo algún mérito en ese día aciago, no tenía deseos de conducir a esa mujer al tablado de los penitentes.

—Solo digo que desperdiciáis vuestra caridad con esbirros del demonio.

Soltó una carcajada mi prisionera. Y su risa estalló como un espejo al estrellarse contra el suelo.

—¿Qué van a ser esos dos miserables esbirros de nada? Y menos Páucar, que solo es un pobre crédulo, con todos esos juguetes de animalitos.

—Se llaman «huacas» y son falsos ídolos que engañan a la multitud ignorante.

—¿Eso os ha dicho vuestro jefe, el licenciado Gaitán? Muy poderoso debe sentirse el inquisidor desterrando indios que no pueden hacerle frente, haciendo el ridículo.

Diciendo esto, se apostó frente a mí la mulata, y clavó sus ojos en los míos. Habría tenido yo que obligarla a avanzar, como era mi deber, pero me contuvo un extraño magnetismo. Quizá provenía de esos ojos, similares a dos lunas nuevas. O tal vez, del olor inédito de su cuerpo, un perfume intenso, como correspondía a su raza, pero para nada desagradable, más bien contrario, paralizante como un sortilegio.

Una nueva consideración pasó por mi cabeza: si llegaba yo a ponerla frente al inquisidor, Gaitán sería capaz de cualquier cosa. En el humor ácido en que se hallaba, y siendo ella tan chúcara e ingobernable como una cabra de monte, podría él acusarla de ser discípula de Páucar, de asistir al auto de fe en calidad de hechicera, incluso de ser cómplice en el alumbramiento del hijo del diablo. Me intenté imaginar a mí mismo interrogándola en el potro, y comprendí que no conseguiría someterla al tormento. Advertí que, por eso, hasta corría el riesgo de acabar como ella.

—¿Sabéis qué? Esta vez, solo os llevaré de vuelta al convento. Pero si volvéis a desafiar al virrey, al Santo Oficio, o incluso a las normas conventuales, os arrastraré de los pelos hasta el tribunal. Quedáis advertida.

—¿También torturáis mujeres?

—Solo si son brujas.

—¿Y os parezco yo una de ellas?

A punto estuve de responder que sí, pues sin duda había rasgos de esa mujer que yo no había percibido jamás, y que solo podían ser causados por una magia desconocida. En vez de eso, reemprendí la marcha eludiendo su mirada y respondí:

—Quién sabe. Tenéis amigos muy extraños…

—¿Los del Cercado? Esos indios necesitan caridad: les falta comida. Y atención espiritual. ¿O qué creéis que hacemos las monjas?

—Salir por la calle no, eso es seguro…

Al menos ese reproche debió sonarle contundente, pues al fin conseguí callarla y respirar un poco de paz. Por primera vez, andamos juntos y serenos, ambos resignados a nuestras diferencias, disfrutando de los fuegos que subían más alto en el cielo. En un tramo del camino, nos rodeó la fragancia nocturna de unos jazmines. Por un momento, en la penumbra que igualaba nuestros tonos de

piel, incluso habríamos podido parecer una pareja de esposos dando un paseo.

Aprovechando ese raro remanso de su carácter, quise saber más sobre ella, sobre su extraña naturaleza, y su inusual condición de religiosa:

—¿Cómo es que habéis sido aceptada en la congregación?

Ella se encogió de hombros, sin despegar la vista del suelo.

—Lo sé todo sobre ser clarisa. No he visto otra cosa en mi vida. Conozco cada rincón del convento, cada rezo de maitines y cada flor del claustro…

—Ya. Pero también las esclavas pasan la vida entre esas paredes. Y no dejan nunca de ser esclavas. Para ingresar en la orden, hace falta dinero. Dicen que, con menos de dos mil pesos de dote, ninguna mujer lleva un velo.

Jerónima frunció su nariz fina y sus cejas delgadas:

—Con una buena herencia familiar, yo habría llegado a abadesa. Pero la gente como yo nunca pisa esas cumbres. Esto es lo más lejos que he llegado y llegaré en mi vida.

—Aún sois joven…

—Tanto como vos… pero ya he llegado al final del camino.

—Mala consejera es la ambición…

Ella volvió a reír, pero ahora, su risa sonó como agua de la fuente rompiendo contra un cántaro.

—¿Y vos no queréis más? —me preguntó—. ¿Seréis alguacil para siempre? ¿Una vara es todo lo que pedís de la vida?

Nos comenzábamos a acercar a los edificios, y al doblar hacia el convento, algunas luces y fuegos quedaron a nuestras espaldas. Proyectada por todo eso, vi una sombra moverse furtivamente. Por instinto, llevé mi mano a la espada. Me di vuelta.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Alguien nos sigue. Uno de vuestros indios, seguro.

Ella miró hacia atrás. Una mueca de burla se dibujó en su rostro.

—Imagináis cosas. No todo el mundo es un «esbirro del demonio».

Me tomó del brazo y me empujó suavemente a continuar. Me pregunté si ese contacto estaba prohibido. Sin duda, debía haber normas en contra. Pero me sorprendí a mí mismo tratando de ignorarlas, y disfrutando del calor de sus dedos en mi brazo.

No mentiré a Vuestras Mercedes, fingiendo que jamás había tocado mujer. He jurado ante Dios decir verdad en este informe, y para que el Consejo tome sus decisiones con buen juicio, es menester que conozca cada uno de los hechos relevantes. Admito que, a menudo, sobre todo acompañado por miembros de la guardia o antiguos compañeros de estudio, me había aventurado yo por los lupanares de la ciudad, cediendo a la tentación de la carne. Argumento en mi defensa que yacer con mujeres de pago es pecado venial muy leve, pues carecen

las rameras de virtud que dañar. Además, el pago por el servicio redime el pecado. Confieso, no obstante, haber sido débil ante el placer que las señoras guardan en sus muslos, y el calor de sus pechos.

Justamente por conocer bien los apetitos del hombre, no les atribuyo a ellos el efecto que Jerónima causaba en mi espíritu. Lejos de excitar mi condición animal, como la hembra al macho de cualquier especie, ella revolvía mis entrañas y pensamientos de un modo totalmente nuevo y desconocido.

En todo caso, evidentemente, oculté yo esos turbios pensamientos. Por fortuna, la donada no callaba. Y llevó nuestra conversación por caminos nuevos:

—¿Cómo es tener padres?

—¿Qué?

—Yo solo tuve muchas madres. ¿Cómo es tener un padre y una madre? ¿Os quieren? ¿Se ocupan de vos?

Debía ser inadecuado sostener una conversación de esa naturaleza con una monja prófuga y, sin embargo, no quería yo dejar de hacerlo. Las palabras de Jerónima me acariciaban como una mañana soleada. Me aseguré a mí mismo que ningún acercamiento amical me haría faltar a mis deberes. Y en atención a mi historial de disciplina y fe, me consideré autorizado para continuar. Al fin y al cabo, podía poner ante ella un ejemplo de mujer virtuosa:

—Mi madre intenta que yo progrese. Se preocupa de mi salud y mis asuntos. También eleva oraciones por mí. Incluso más de las que hacen falta.

—¿Y vuestro padre?

—Eso no es asunto de vuestra incumbencia —rumié, porque no sabía cómo hablar de ese tema sin desnudar mis vergüenzas más ocultas. Más allá de las pocas cosas que solía comentar sobre su trabajo y su destino lejano, se me anudaba la lengua al referirme a él, y amenazaba con desviarse hacia caminos indeseados.

En vez de insistir en el tema, que adivinaba espinoso, confesó Jerónima:

—A mí me gustaría ser madre. Cuando veo pinturas de la Virgen con el Niño Jesús, deseo ser yo misma quien le dé de comer al pequeño y lo vea crecer. Soy un poco madre de los pequeños que criamos en Santa Clara, como todas mis hermanas. Pero no me importaría tener uno solo para mí.

—Para vos y para el padre —corregí, porque tampoco quería olvidar mi lugar en ese encuentro, y mi obligación de reconducir las almas—, unidos en matrimonio ante Dios.

Solo sonrió la monja, y sus blancos dientes iluminaron como linternas su piel retinta. Pero no pronunció palabra. Yo encontré sospechoso su silencio.

—Ahora me diréis que tampoco os gusta el matrimonio.

—No os diré nada, en realidad…

Sospeché que ella no disfrutaba con sus provocaciones, sino que se estaba burlando de mí. Y no pude contener mi enfado:

—Ave María Purísima: una monja que se escapa de la clausura y quiere ser madre de un ilegítimo… ¿Os dais cuenta de que estáis descarriada?

—A mí no me molestaría el matrimonio. Pero ¿quién querría casarse conmigo? Los hombres libres no quieren manchar su linaje con una piel africana. Y los esclavos no pueden pagar mi libertad.

—Me permito recordaros que estás casada ya, nada menos que con Dios Nuestro Señor. Es ese un marido al que no podéis abandonar.

—Cierto. Todo esto es una cháchara inútil…

Hizo ella la señal de la cruz, como encomendándose al Señor, y continuó la marcha.

Una vez más, la sombra de antes se proyectó hacia nuestro lado, para de inmediato escabullirse entre los muros de la ciudad. Bordeábamos ya la parte edificada, donde se multiplicaban los escondites para todo tipo de asaltantes. Y yo sentí el acecho de la sombra desde una esquina con una amenaza inminente.

Intenté acercarme a nuestro perseguidor, pero me contuvo la mano de la donada, que me tomó de la muñeca. Esta vez, la piel de nuestras manos se tocó sin intermedios de telas ni ninguna otra barrera.

—¿Dónde vais?

—Hay alguien ahí…

—No me dejéis sola en la oscuridad.

—Os habéis aventurado sola en los tugurios de peor reputación. ¿Y ahora teméis quedaros un instante a solas?

—Ahora es de noche.

Intuí a la sombra que reptaba para alejarse de mí sin llamar la atención. Del otro lado del muro, sonó el río con una corriente rocosa y espesa. Entre la monja y yo, aleteó un murciélago. Por lo demás, ya no se oía nada en la calle.

—¿Entonces? ¿Venís?

Sin duda, por peculiar que fuese Jerónima, era mi deber devolverla a su convento para protegerla de los peligros de la noche, como a cualquier dama. Además, tenía ella muchas explicaciones que ofrecerme a mí y a sus superioras. De modo que abandoné mis sospechas. Volví mis pasos en dirección a Santa Clara. Y hacia ahí nos dirigimos en silencio, antes de que el camino desapareciese por completo en la tiniebla.

5

Estaba ya cerrado el locutorio, y el convento de Santa Clara había recuperado la apariencia inmóvil de mi primera visita. Las monjas debían hallarse aún reunidas para el rezo de las vísperas, y no había jolgorios a la vista, ni canciones, ni varones interrumpiendo la paz de la oración. Sin embargo, por eso mismo, me hizo falta golpear con mucha fuerza las aldabas, en espera de que alguien me oyese. Desde luego, en ese momento, el mundo podía haberse venido abajo, o el reino perecido bajo una invasión de judíos, y ahí adentro nadie lo habría notado.

—¿Qué queréis a estas horas? —respondió por fin una criada abriendo la puerta y sacando medio cuerpo gordo y contrahecho.

Tenía muy mala leche la mujer, como se dice que tienen las mujeres que no alegran al cuerpo con un marido ni al espíritu con Dios. Parecía dispuesta a mandarme de vuelta sin miramientos, hasta que descubrió junto a mí a Jerónima. Su cara se transformó en una mueca de preocupación, y su voz mudó en el llanto de una hermana:

—¿Qué hacéis vos ahí afuera? —le dijo—. ¡Pasad, pasad!

La mulata dio un paso adelante, pero mi vara se interpuso en su camino, a la altura de su cintura. Y con el carácter de quien ha pasado un día de perros, y está hasta las narices de obstáculos, informé:

—Solo se la entregaré a la abadesa.

Aunque librase a Jerónima del tribunal, tenía maneras de aprovechar su captura. Mi madre siempre recomendaba mostrarles a las gentes de importancia que pueden contar con uno. Y la abadesa era una de las mujeres más importantes, si no la más importante del virreinato. Pues aparte de su buena posición en el Cielo, gozaba ella de la administración de las numerosas propiedades del convento en la Tierra. Y con ese respaldo, prestaba dinero a muchos señores, incluso alguna vez a virreyes, para algunas obras pías y otras que no tanto, de modo que todos los poderosos querían estar en buenos tratos con ella.

Entregarle a la abadesa a su monja rebelde me haría quedar bien ante sus ojos. Además, así aprovecharía yo para informarle de todos los excesos que había atestiguado entre sus hermanas. Ella sabría que podía acudir a mí para defender sus intereses, lo que siempre trae beneficios. Por último, quién sabe, a lo mejor me ofrecía la abadesa nuevas pistas sobre la novicia Ignacia, cuya desaparición, a fin

de cuentas, representaba el inicio de todos mis problemas.

Pero antes, era menester cruzar el obstáculo de la criada de la puerta, que seguía pretendiendo tomar decisiones:

—¿Quién sois vos para poner condiciones en esta casa de Dios?

—Decidle a vuestra superiora que me reciba en persona, o reclamad a esta señora mañana en las mazmorras del tribunal. Que no estoy yo ya para perder el tiempo.

—La hermana Jerónima no puede estar afuera…

—¡Habérselo dicho antes, que no fui yo quien la sacó!

Comprendió la criada que no tenía sentido discutirme, y volvió a meterse en el convento. Esta vez, tardó tanto rato en regresar, que estuve a punto de llevarme a Jerónima conmigo. La propia mulata me confesó que temía que nadie saliese a recibirla.

—No vendrá nadie —murmuró, sin lágrimas ni pesar, como quien recita el precio de los espárragos—. La abadesa no expondrá al convento ante al Santo Oficio por una monja escapada. Y menos por una mulata. Me dejarán aquí para que vos decidáis qué hacer conmigo.

Eso podía ser peor que un castigo. De perder su dignidad como monja, ella misma se convertiría en una esclava. O peor aún: en nada. Una persona sin un apellido, una comunidad o un título, ni siquiera sabe dónde puede comer o dormir. Solo existimos en la medida en que los demás nos reconocen. Y desaparecemos cuando ellos no saben a qué grupo adscribirnos. Comprendí que tenía en mis manos el futuro de la donada, y que, a pesar de su carácter intransigente, su vida era frágil, como una figura de porcelana abandonada en medio de la calle, por donde pasa la gente, los perros y los cerdos.

Por fortuna para Jerónima, volvió a abrirse la puerta. Ahora, la criada seguía del humor hosco de antes, pero al menos, sus palabras sonaban más amables:

—Venid conmigo. Y guardad silencio. Este es un lugar de recogimiento.

—Ojalá lo fuera todo el tiempo —mascullé, echando a andar tras ella.

Nos internamos esta vez por calles y plazas angostas, similares a las de un pueblo. El rezo había acabado ya, y apenas nos cruzamos con otra criada que llevaba ropa seca hacia alguna parte. Siendo ya la tercera visita que hacía al convento, y encontrando aún rincones inexplorados, me maravillé del tamaño que debía tener ese recinto. Debido a algún milagro, parecía más grande por dentro que por fuera.

Llegados a lo que parecía una casa de fachada grande, la criada nos hizo pasar por la puerta y se quedó en el exterior. Jerónima y yo nos encontramos entonces en una acogedora sala alfombrada con paredes de piedra. A los lados, continuaban otras habitaciones. Y al fondo, se veía una cocina con utensilios de bronce. Tan grande era el espacio que no pude evitar comentar:

—Parece más la casa de un hacendado que de una monja…

Los muebles también hacían gala de gusto por lo caro. Dos asientos de madera y cuero flanqueaban un mueble lleno de cajones, y sobre él, en la pared, se extendía la única señal de encontrarnos en un lugar consagrado: una pintura del episodio del Nuevo Testamento en que San Pedro niega tres veces a Cristo. En el lienzo, el santo miraba hacia arriba, con los dedos entrelazados en oración. Y Jesús, con las manos atadas y un cilicio entre los pies, sangraba por cada poro de su cuerpo, tan profusamente que dolía la piel entera de solo verlo. Conmovido por esa imagen de sufrimiento atroz, hice la señal de la cruz.

—¿Os gusta? —preguntó una voz nueva, salida de la habitación de al lado—. Lo tengo aquí para recordar que incluso los santos pueden cometer el error de negar a Dios. Pero Él no deja existir por mucho que se le niegue. Ni de dolerse por nuestros pecados. Ni de vigilar cada uno de nuestros actos.

A la recién llegada, le sobraba edad para ser la abuela de Jerónima o la mía. Pero no le faltaba carisma ni vigor. Su velo de lustroso negro hacía ver pálida a la misma noche. Su rosario iluminaba la habitación con piedras preciosas de muchos colores. Su porte, casi tan alta como un hombre y más gruesa, la sugería más fuerte e imponente que la propia Jerónima.

—Mencia de Sosa, abadesa de Santa Clara por la gracia de Dios —se presentó—. Vos lleváis tiempo pidiendo verme. Y aquí estoy.

Me presenté yo también, con el mayor de los respetos, y le anuncié mi carga con orgullo, como quien entrega un regalo:

—Alonso Morales, alguacil del Santo Oficio. Como prueba de mi buena fe, he preferido traeros a esta monja que llevármela al tribunal. Pensé que os gustaría más reconvenirla aquí que frente al inquisidor Gaitán. No tenéis que darme las gracias.

A cambio de todo lo que Jerónima me había despreciado por el camino, esperaba yo una pequeña venganza. Preveía que ella recibiría una buena reprimenda de su superiora en mi presencia. Imaginaba que la madre Mencia le exigiría disculparse, le impondría el correspondiente castigo y la obligaría a recuperar el buen juicio. En mi egoísmo, admito que me relamía imaginando que vería a la mulata bajar la cabeza y reducir su altivez.

En cambio, para mi asombro, la madre tomó de las manos a Jerónima y la examinó de arriba abajo, con la actitud comprensiva de una vieja amiga:

—¿Estáis bien, querida? Estaba asustada por vos…

A Jerónima se le humedecieron los ojos. Se dejó abrazar, como si fuese la víctima y no la revoltosa, mientras la monja le daba palmaditas en la nuca. Para colmo, la superiora no tardó en culparme a mí de los desmanes de su donada.

—¿Te ha tratado con respeto este petimetre o quieres que ponga una queja por su conducta ante el inquisidor?

Yo ya había dejado de entender muchas cosas de este mundo en solo un día, y más se me enrevesó el ánimo al oír eso. Temí que, para meterme en líos, inventase la mulata cargos en mi contra. Por fortuna ella, obediente, arrepentida, por completo diferente a que yo había conocido hasta entonces, solo dejó oír una voz llorosa, suplicante:

—Lamento haber salido, madre. Yo solo quería…

—Ya hablaremos después de eso, pequeña —la consoló la madre, y para confortarla más, la abrazó y besó en las dos mejillas—. Vete a tu habitación. Descansa. Debes haber pasado un rato muy difícil.

Si ya entonces estaba yo sorprendido, mayor aún fue mi aturdimiento al notar que la habitación de Jerónima no se encontraba fuera, sino en el interior de la inmensa celda que ocupaba la superiora. En vez de salir por la puerta, la mulata ingresó hacia la cocina y se perdió dentro de esa vivienda, en la que se movía con el conocimiento de una inquilina. Estuve a punto de expresar entonces mi estupor. Y si no lo hice, fue solo porque la superiora habló antes:

—Gracias por traerla. Habéis hecho bien. Id con Dios.

Se acercó a la puerta y me la abrió, dando por terminado nuestro encuentro.

No estaba yo dispuesto a marcharme sin exigir algunas explicaciones sobre los usos anormales de ese lugar. Pregunté:

—¿No vais a enfadaros con Jerónima?

—Ese asunto solo nos incumbe a nosotras y a Dios Nuestro Señor.

—¿Y con las monjas que organizan corridas de toros? ¿Os enfadáis con esas?

—No entiendo vuestro interés en…

—¿Y con las que bailan y montan fiestas en los locutorios? ¿Y las que reciben hombres? ¿O con la novicia que se acostaba con el mismísimo Satanás? ¿Con ninguna de esas os enfadáis? ¡Porque la clausura de este convento parece diseñada para escupir al cielo!

No parecía atinado dirigirme en ese tono a una mujer de la importancia de la superiora. Y, sin embargo, no lo hacía yo por torpeza, sino con una intención. Pues si su agradecimiento por mi favor resultaba tan mezquino, quizá la culpa de sus errores se portase más generosa. He ahí otra cosa útil que me ha enseñado mi madre: conocer los pecados de la gente ayuda mucho a ganarse su apoyo. O como dice ella: «Más ayuda la gente por vergüenza que por amabilidad».

De algo sirvió mi enfado, pues la monja dejó de enseñarme la salida. Cerró la puerta. Cruzó lentamente la estancia y se sentó en una de sus sillas, invitándome con un gesto a ocupar la otra.

Y es que, Vuestras Mercedes, Dios perdona el pecado, pero no el escándalo. Así que, para recibir la divina gracia, a menudo sirve más una boca cerrada que un corazón arrepentido.

6

Una sonrisa maliciosa se dibujó en los labios delgados de la abadesa:

—Vos sois el perseguidor de gallinas, ¿verdad? ¿Ya las habéis interrogado a todas? ¿Las habéis quemado en un auto de fe?

Fueron esas palabras y no su invitación las que me obligaron a sentarme en la silla libre, como dos bofetadas en la cara, tan fuertes que se llenaron de color mis mejillas y sentí calentarse mis orejas. Sus burlas me trajeron a la memoria todo lo que llevaba semanas intentando olvidar: el hallazgo de la novicia colgada junto al río, y el posterior interrogatorio a los sospechosos de herejía en busca de una respuesta.

—Lo de las gallinas fue un error —expliqué—. Un reo interrogado nos dijo que en esa casa vivía una bruja.

—¿Interrogado? ¿Y dijo todo eso mientras lo colgabais boca abajo o mientras lo sentabais sobre pinchos?

Pensé en dicho reo, un mercader de vasijas criollo al que apenas había yo visto antes. De hecho, las acusaciones en su contra no revestían mayor gravedad: después de perder su mercancía en una inundación, y al calor del pecado capital de la ira, había maldecido al Señor diciendo repetidas veces «me cago en Dios y en la Virgen, que solo me mandan problemas». Seis testigos daban fe de esa herejía, que se habría podido expiar con unos sencillos azotes. Y, sin embargo, había costado mucho hacer confesar al mercader. Tuve que echar mano de más de una forma de dolor hasta dar con la correcta, que expliqué ahora a la abadesa:

—Le pusimos una capucha y le echamos agua encima para simular un ahogamiento. Si no se los ablanda un poco, se niegan a hablar.

Los dedos rollizos de la abadesa acariciaron las cuentas de su rosario, y pude distinguir en él rubíes, zafiros y esmeraldas, unidos todos por piezas de oro. Con cierto tono de sarcasmo, comentó ella:

—Y si se los ablanda demasiado, dicen cualquier cosa para que los dejéis en paz. ¿Os dijo vuestro reo que esa pobre vieja tenía tratos con el demonio?

No tuve más remedio que asentir con la cabeza. Decir otra cosa habría sido mentir, lo cual, además de pecado, era imposible en esa ciudad llena de chismes y dimes y diretes. Lo cierto es que, al notar cuánto falseaba la verdad el mercader y cómo eludía la acusación de blasfemo, que tan acreditada estaba, sospeché que

escondía algo más. Y viniendo de los macabros sucesos relacionados con la novicia Ignacia, quise saber si el reo había sido influido por la famosa Rosa de Oliva, de la que tenía ya sospechas de confabulación demoníaca. Le pregunté, pues, si alguna hechicera lo había movido a la herejía, y como es costumbre, le aseguré que, de confesar su inspiración maligna, reduciría en modo significativo su condena. Pero él, en vez de mencionar a la dicha Rosa, delató a una tal Juana Carranza, cuyos poderes relató con lujo de detalles. Y así se lo transmití yo a la abadesa Mencia:

—El atormentado mercader nos informó de que la vieja Juana Carranza vivía en una casa llena murciélagos, siniestras ratas voladoras a las que enviaba a hablar con los demonios, y luego a hacerle recados de magia negra.

—Entiendo. Y uno de esos murciélagos lo había poseído a él…

—Según su confesión, la mujer misma se había puesto las alas membranosas de uno de esos animales, y había volado hasta la ventana del reo de madrugada. Y suspendida en medio del aire le había aconsejado que, si le ocurría a él cualquier desgracia, maldijese a Dios y la Virgen, y ella le repararía el daño con el poder de Satanás.

—¡Y menudo batallón le mandasteis a la tal Juana! ¿Eran diez, quince guardias?

No pude sostener ahora la mirada de la monja, que escarbaba en mi vergüenza como la garra de un buitre negro. Al responderle, los recuerdos de la escena de marras cayeron sobre mi cabeza con el peso de martillos arrojados desde el cielo.

—Veinte. Armados con lanzas y arcabuces. El licenciado Gaitán los pidió expresamente y los puso bajo mis órdenes.

—¡Ni siquiera entrarían todos esos hombres en una casa tan pequeña!

Se divertía la superiora, y se rio ahora tanto que la silla de madera crujió bajo su peso. Yo en cambio, conforme recitaba mi historia, me volvía más pequeño, diminuto, hasta alcanzar el tamaño de una pulga:

—No hizo falta. Cuando entramos los primeros con violencia, rompimos sin querer la puerta de un corral. Las gallinas que ahí dormían se asustaron y echaron todas a correr. Como los soldados temían a una poderosa bruja, se asustaron ellos también y reaccionaron sin pensar en lo que veían. Algunos dispararon sus armas contra pollos del tamaño de un puño. Otros persiguieron al gallo con lanzas por toda la ciudad. La vieja se entregó sin resistencia. Pero los soldados casi ni lo notaron, distraídos como estaban en la matanza de esos pajarracos.

—Pero al menos detuvieron a la bruja…

—Bueno, al principio sí. Pero esa misma tarde, antes de someterla al interrogatorio, el arzobispo en persona vino al tribunal a rescatarla y nos dio un

buen rapapolvo a todos… Porque las gallinas eran suyas.

—¡Así que es verdad! —celebró la abadesa, hundiéndome más con cada una de sus carcajadas—. ¡Mandasteis un ejército a conquistar el gallinero del arzobispo!

Por un instante, dejé a la abadesa regodearse en su sorna. Tenía razón en avergonzarme, pues la historia de las gallinas pesaba y pesaría por mucho tiempo en mi reputación. Pero a continuación, comprendí su juego: poseía esa mujer tanta inteligencia como es posible en las de su género, e intentaba humillarme, para así tenerme controlado antes de verse obligada a admitir sus faltas. Nuestra conversación escondía una pequeña guerra, y cada uno tomaba posiciones para luchar con ventaja. Pensando de esa manera, recuperé el aplomo y la seguridad que corresponden a un soldado de Dios. Al fin y al cabo, no dejaba de tener algo de culpa ella misma en el bochorno de las gallinas, y así se lo hice saber:

—Fuimos crédulos y torpes, sin duda. Pero es que yo mismo había visto nacer al hijo del diablo entre las supuestas mujeres consagradas a Dios. Yo encontré el agujero del muro por donde el íncubo entraba para yacer con una novicia. Y me enfrenté a los demonios que se la llevaron, la mataron y la dejaron para ser pasto de los gallinazos. Quizá si vos, Señora, hubieseis visto algo de eso antes, no habríamos cometido semejante imprudencia.

Su rostro rollizo no perdió la calma por mis recriminaciones. Ni siquiera se marcaron las arrugas que rodeaban su boca y surcaban su frente. Sin responderme, se levantó y marchó a la cocina, de donde regresó llevando una bota de piel de vaca cosida, y dos vasos de cerámica.

—¿Queréis vino?

La sola propuesta encendió aún más mi indignación:

—¿Pero bebéis también? ¿Qué vicios me falta por descubrir en esta cueva que llamáis convento?

—Es la Sangre de Cristo, ¿no? Y habladme con más respeto. Pensad que, si me enojo en serio, puedo aplastaros con un meñique.

Callé para no pasarme de la raya, y permití con mi silencio que escanciase la bebida en mi vaso. Ella olió el suyo antes de llevárselo a la boca, y tras aprobarlo con un gesto, bebió un sorbo. Antes de pasarlo, lo paladeó con gusto.

—Son uvas de viñedos del sur —explicó, como si me importase, y dio un sorbo más con aspecto de hacerlo a consciencia. Dedicó a toda la operación más tiempo del que yo dedico a la cena entera. Al terminar, me preguntó:

—¿Conocéis a mi familia?

Negué con la cabeza, y ella comenzó su historia. Aunque no entendía yo bien por qué venía al caso, no encontré razones para interrumpirla.

—Mi abuelo llegó al Perú con los conquistadores. Estuvo en la partida de Diego de Almagro, que conquistó las tierras del sur, de donde viene este vino. Y

cuando Almagro fue ejecutado por los suyos, mi abuelo se unió a los rebeldes. Formó parte del grupo que dio muerte al tirano Francisco Pizarro. Por su valor, recibió títulos, honores y una encomienda de dos mil indios, que mi padre amplió casándose con otra hija de propietarios.

Pensé en mis padres, y en lo lejos que estábamos de una genealogía de héroes y propietarios. Para paliar el poco lustre de nuestro origen, nos arrimábamos a cuanto cura o funcionario se nos pusiese a tiro, con el fin de hacernos más blancos, más españoles, más cristianos, por contagio de los ciudadanos ejemplares. Comprendí que trabajaríamos toda la vida sin llegar a tener lo que esa abadesa había mamado en la cuna. Y yo mismo sentí la envidia que teñía mis palabras:

—Entiendo que tenéis un linaje impecable.

—Linaje sí, pero no patrimonio. A pesar de ser hija legítima en sagrado matrimonio, ninguna de las propiedades me pertenece a mí. Mi hermano, el primogénito, administra en solitario la fortuna familiar. Además, tuvo mala suerte y le tocaron dos hermanas hembras. Eso solo trae gastos. Las familias tienen que pagar para deshacerse de las mujeres, como sabéis.

No lo sabía, o al menos, no por experiencia propia. Ni siquiera conocía a mis abuelos, a los que mi madre había dejado atrás en Cali, y no tenía hermanas ni hermanos. Mi linaje se remontaba a dos personas. Mi árbol de antepasados tenía el tamaño de un geranio. Pero no me apetecía explicar mi falta de blasones. Decidí beber y dejar que la abadesa se explayase.

—Mi hermana mayor casó con el conde de Casa Dávalos, presidente del gremio de navegantes, y tuvo que aportar una dote de veinte mulas con sus arneses, una casa de quinientos pesos con su mobiliario, el ajuar y poderes para cobrar deudas de la familia. A mí me tocó vestir los hábitos. El precio fue parecido, solo que se entregó a las clarisas.

Mientras así hablaba, probaba yo su vino, y vive Dios que disfrutaba al hacerlo. Su sabor estallaba en matices y sutilezas mientras recorría la boca, para luego deslizarse suavemente por la garganta. No me parecía un desperdicio el tiempo que le dedicaba la monja al paladeo. Valía la pena pasarse un largo rato saboreando ese néctar, tan diferente del brebaje áspero que compraba mi madre en la pulpería, el cual, en vez de una placentera distensión, raspaba la garganta y producía un persistente dolor de cabeza.

—A mi hermana la casaron a los doce años —continuó la superiora—. El conde representaba una oportunidad comercial demasiado buena para esperar. El confesor de la familia advirtió que mi hermana no era aún *apta viro*, que su cuerpo no estaba preparado para las relaciones físicas con un varón. Pero mi padre llamó a su médico. Y a cambio de un buen honorario, el galeno certificó la idoneidad de las caderas de mi hermana para el parto, y de sus pechos para la

lactancia. Ella aún no presentaba sangre menstrual. Pero insistió el médico en que eso no tenía nada que ver. A lo mejor, eso costó cincuenta pesos más.

Mientras narraba, iba llenándome vaso tras vaso. El vino llevó una racha de buen humor a todos los rincones de mi alma. En consecuencia, yo trataba de encontrar el lado positivo de la historia. En directo punto, incluso defendí el matrimonio concertado.

—Lo importante es que vuestra hermana encontrase al hombre adecuado…

—¡¡Adecuadísimo!! —chilló la monja, tan alto que temí que estuviese borracha ya—. Todos los domingos, después de la misa, me la llevaba yo a casa a curarle las heridas y los golpes que le había propinado su conde. A veces, no había cura para esos morados y esos cardenales, pero las llagas podían maquillarse un poco. O al menos, taparse con ropas y joyas, que no remedian nada, pero dejan todo más hermoso.

—Tendría sus razones el señor —dije, pues he aprendido que un conde es una persona noble por naturaleza, y que pensar lo contrario es indicio de discutir el orden divino y, por tanto, una forma débil de blasfemia. En su respuesta, por primera vez, la superiora bajó los ojos hacia sus faldas y adquirió un semblante melancólico.

—Al principio, él la atizaba porque ella se negaba a consumar el matrimonio. El acto de la cópula le producía dolor. Y ese hombre, le inspiraba repulsión. Acabó forzándola, claro. Y a partir de entonces, empezó a pegarle porque no le daba un hijo. Tras el primer parto, ya no necesitó ninguna razón. La machacaba por pura costumbre. Mi pobre hermana se pasó la vida recibiendo golpizas. Una vida corta, por suerte. Murió antes de cumplir veinte años. Tenía prisa por marcharse a la vera de Dios.

La conversación fue más larga, aunque no recuerdo sus detalles, y vino acompañada por cuatro o cinco vasos. Al final, tras contar la muerte de su hermana, la superiora hundió la mirada en el suyo, y guardó un pesado silencio. Del exterior, tan solo nos llegaba el murmullo del agua corriendo por los ductos del convento.

—La clausura de verdad no está aquí adentro, alguacil —sentenció finalmente la abadesa—, sino allá afuera. En el exterior, las mujeres son presas de los hombres. Acá viven con Dios. ¿Y acaso aprobaría Dios la infelicidad? ¿Aprobó el sufrimiento de mi hermana? He pensado en ello durante décadas, alguacil. He leído los libros de los sabios. Y rechazo la creencia de que Dios se reconforta solo en nuestro dolor. Dios debe querer la libertad. Dios *es* la libertad.

Por buena que estuviese su bebida, me sentí en el deber de discutir esta afirmación:

—¿Decís entonces que hacen bien las monjas en comportarse como bataclanas? ¿No deberían dedicarse a una vida de contemplación y rezo?

—Digo que seré yo quien juzgue sus actos en la tierra. Y Nuestro Señor en el cielo. Un vulgar alguacil carece de jurisdicción aquí. Ni siquiera el inquisidor la tiene. Mis hermanas responden ante mí. Y yo, ante las superioras de la congregación en Roma. Así que no pretendáis conocer lo que os es ajeno. Y no opinéis sobre lo que no conocéis.

Me sublevaron estas declaraciones de la monja, y tuve intención de contrariarlas y discutirlas. Quería decirle que el Santo Oficio tiene autoridad para conocer de todo lo que ocurre bajo los cielos, y que no podían las monjas, ni ningún siervo de Dios, resistirse a ese mandato.

Antes que pudiese intentarlo siquiera, se ponía de pie la madre Mencia y volvía a abrir la puerta.

—Es hora del rezo de Completas —anunció—. Mis hermanas me requieren en el coro. Que Dios os bendiga, alguacil Alonso, y os inspire para resolver con tino vuestros asuntos.

Aún sentía yo el impulso de replicar a sus palabras. Pero, quizá por efecto del vino, me pareció de repente que el Cristo de la pared abandonaba su lugar en el lienzo para descender hasta mi altura. Acercaba a mi rostro su mano ensangrentada. Y cubría mis ojos con ella. Yo no oponía resistencia. Tan solo, a través del estigma que perforaba la Palma de Nuestro Señor, creí ver a la monja rodeada de un aura de fuego, mientras un coro de ángeles rojos volaba sobre ella con alas de murciélago.

—¿Alguacil? ¿Estáis bien?

—¿Eh? Sí, claro… Bien…

Ahora todo había vuelto a ser normal: el velo negro, el rosario, la alfombra. Todo menos mi lengua, que se anudó bajo el paladar, incapaz de pronunciar palabra, y mis piernas, que se enredaron entre ellas durante todo mi camino de regreso a casa.

7

Desde que el licenciado Gaitán había perdido la confianza en mí, tras el incidente de las gallinas, los interrogatorios a mi cargo habían cambiado. No se me asignaba ya a los hechiceros, blasfemos, judíos y luteranos, cuyo reconocimiento requería percibir con claridad las desviaciones de la fe y sus disfraces. Tampoco se me confiaban los delitos propios del clero, pues todos los curas hacían bromas sobre mi persona, de un modo que menoscababa mi autoridad ante ellos. No podía interrogar a un sacerdote sin provocar su risa.

En tales circunstancias, me quedaba solo investigar lo más bajo en la escala de la ofensa contra Dios, o lo que viene siendo, la fornicación.

Como es de conocimiento de Vuestras Mercedes, existe un debate respecto al carácter herético del contacto carnal entre personas humanas. Es generalmente aceptado que fornicar con gallinas, perros o tigres constituye una afrenta al orden natural y, por lo tanto, herejía. Por esa razón, los adoradores satánicos con frecuencia consuman este tipo de actos durante sus celebraciones orgiásticas. Sin embargo, algunos inconscientes afirman que, practicado de buen grado entre humanos, aunque no estén casados, el acto de la cópula carece de malicia, apenas adolece de excesiva inclinación al placer, y no está prohibido por el derecho natural.

A esos irresponsables cabe responder citando el tratado *Quaestiones criminales tangentes iudicem, accusatorem, reum, probationem, punitionemque delictorum*, donde se establece que «a aquellos que dicen que la fornicación no es pecado, se les puede flagelar y desterrar». Es decir, que el acto carnal fuera del matrimonio sí constituye pecado mortal. Y debo añadir: un pecado atrozmente extendido por el Imperio, que ha resistido cual plaga de langostas a todos los intentos de la curia por extirparlo, y se transmite con la rapidez de la peste, incluso entre los sacerdotes, a los que frecuentemente debemos abrir procesos por solicitar los favores carnales de las feligresas en el confesionario.

Si el acto es pecado, afirmar que está permitido contradice los dogmas de la Iglesia. En concreto, constituye herejía definida como *naturalis concubitus illicitus soluti cum soluta*. Con regularidad, el fornicador sin escrúpulos engaña a la mujer incauta asegurándole que no terminará en el infierno por yacer en su lecho. Por eso, en muchos casos, el pecado viene acompañado de la herejía y, en

consecuencia, corresponde al Santo Oficio su castigo.

Aclaradas estas cuestiones técnicas, paso a enumerar los casos que yo había atendido en las últimas semanas, a saber: dos fornicaciones simples, entre adultos solteros, y otras dos fornicaciones cualificadas, una en forma de adulterio, y la otra por estupro. Las tres primeras se habían saldado con multas y azotes, y la última, por su naturaleza especialmente vil, con vergüenza pública. En todos los casos, los acusados habían abjurado de sus perversiones y prometido corregir sus apetitos, lo cual demostraba sin lugar a dudas mi buen hacer.

La mañana siguiente a mi encuentro con la abadesa de Santa Clara, me tocaba interrogar a mi quinto reo en esta materia. Tratábase de un caso nuevo, de un tipo que yo nunca había conocido bajo circunstancia alguna, y por eso, mi curiosidad marchaba a la par de mi asco. Debía interrogar a un sodomita.

No me resultaba fácil comprender la capacidad de estos varones para hallar placer en otro varón, como si fuese aquel una mujer. Cuando intentaba encontrar razón o motivación para tal conducta, mis razonamientos se perdían en un laberinto de repulsión y desagrado.

Así pues, con el fin de cumplir mi tarea a cabalidad, había estudiado con atención la figura legal de la sodomía. Había leído, por ejemplo, el libro de Luis de Páramo, *De origine et progressu Officii Sanctoe Inquisitionis.* Afirma Páramo ahí que el primer inquisidor de la Historia fue el mismo Dios, en el principio de los tiempos, cuando interrogó a Adán sobre sus pecados, lo vistió con ropajes afrentosos y lo desterró del Paraíso. Hasta hoy, todos los oficiales del tribunal siguen al pie de la letra ese modelo en sus causas. También establece el autor que son reos de herejía «los sodomitas, porque cada uno se afana en persuadir a los otros de que todo género de deleites son lícitos. Por eso, los castigó Dios con las penas que se imponen a los herejes: la confiscación de sus bienes y una lluvia de fuego». Este era, pues, el ejemplo que se me ofrecía a seguir en los libros del oficio. Y con él en mente, acudí al tribunal aquella mañana en busca de una confesión.

Mi reo respondía al nombre de Esteban Salcedo. Mestizo de condición. De oficio, criado de la casa del corregidor de Cajamarca. Precisamente ahí, los otros criados lo habían sorprendido en el lecho, pecando con gusto y sin medida. La víctima de este degenerado había sido nada menos que el mismísimo hijo del corregidor, al que habían tenido que arrancar de sus garras desnudo y lloroso. Siendo el reo Salcedo hijo de una india, como todo mestizo, haber corrompido al heredero de una familia intachable agravaba su pecado y ofendía aún más a Dios.

Prefería yo no tocar a semejante pervertido ni tener ningún tipo de contacto con su cuerpo contaminado. Visto que su condición se transmitía a través de la piel desnuda, prefería no arriesgarme. De modo que, en vez de encontrarlo en la celda, mandé llevarlo a la cámara de los tormentos y le di el encuentro ahí.

—Esteban Salcedo —lo conminé nada más llegar—, estoy aquí para que

confeséis vuestro nefando pecado, y para administrar el castigo estipulado en la ley natural. ¿Tenéis algo que decir en vuestra defensa?

Tenía yo la opinión de que los sodomitas deseaban parecerse a las mujeres y que, con ese fin, lucían vestidos femeninos, se colocaban pelucas y se pintaban los rostros. Me sorprendió por eso encontrar a un hombre normal, cuyas apariencias no reflejaban su putrefacción interior. Ni siquiera su voz sonaba cantarina y engolada como yo esperaba, sino masculina, incluso gruesa.

—Todo lo que cuentan es solo para perjudicarme, señor. Son envidias de los otros criados, porque el hijo del corregidor me prefiere antes que a ellos. Ahora ya tienen lo que querían esos comechados. Pero mi único pecado ha sido deberme a mi patrón.

El alcaide se había adelantado a mi llegada y escogido para el reo el instrumento que llaman la cuna de Judas, el cual, por su mecánica, resulta muy apropiado para sodomitas. Consiste dicho tormento en amarrar las manos del penitente, y alzarlo hasta el techo tirando de ellas a través de una polea. Cuando el cuerpo ya ha llegado a lo más alto, se le deja caer de golpe sobre un asiento en forma de pirámide, cuya punta se entierra en sus testículos o en su ano. De ese modo, queda castigado el pecado por el mismo sitio por donde se cometió. Con tal fin, en ese preciso momento, el alcaide sujetaba la cuerda a las muñecas del penitente.

—Deberíais avergonzaros de mancillar el buen nombre de vuestra víctima —le recriminé—. Como si no os bastase con su cuerpo.

—¡Preguntadle a él! ¡Os dirá que no hice nada contra su voluntad!

—El hijo del corregidor ya tiene bastante con darle explicaciones a su padre.

A una seña mía, el alcaide tiró de la cuerda para probar la polea. Los brazos del reo se movieron hacia arriba, como los de una marioneta. Sus músculos se tensaron.

—¡Señor, no me hagáis daño! —suplicó—. ¡Os juro que yo no quería!

—¿Veis cómo funciona de bien el tormento? Ni siquiera hemos comenzado y ya admitís que algo hicisteis. En menos de lo que canta un gallo estaréis confesando hasta los detalles. La verdad, no es que yo quiera escucharlos.

Echó a llorar el bujarrón con un llanto sordo, como masticado. Una vez más, esta maldita debilidad de mi espíritu se conmovió con él. Para mis adentros, tuve que admitir que sería más fácil mi trabajo si los reos no mostrasen sus sentimientos. Incluso ahorcarlos o decapitarlos, siempre que fuese de un solo golpe, me resultaría una labor más grata que soportar sus gritos y gemidos. Pero ya estaba yo donde estaba, y lo único que podía hacer era acelerar el trámite para ponerle fin cuanto antes.

A una nueva señal de mi parte, el alcaide hizo girar la rueda que enroscaba la soga. Las piernas del reo, que también estaban atadas entre sí, se estiraron hacia

arriba. Sus pies dejaron de tocar el suelo.

—¡No, no, no, no, no, no! ¡Haré lo que digáis!

—Confesad. Admitid vuestra corrupción y vuestra perversidad.

—¡Soy un hombre casado ante un altar, señor! ¡Tengo dos hijos!

—¿A quién más habéis convertido en mujer? ¿Quién os convirtió a vos? ¡Voto a Judas! ¡Decidlo todo de una vez! Yo también prefiero marcharme de aquí cuanto antes.

Tirando de la soga, alzó el alcaide a Esteban Salcedo hasta que sus manos casi tocaban la polea del techo. Mientras ascendía, el reo sacudió las piernas, que atadas como estaban, se movieron como una única extremidad a un lado y otro.

—¡Nadie, señor! ¡Esto nunca había pasado!

Asentí con la cabeza. El alcaide empujó la pirámide, que era como una silla, pero tan alta como un hombre, hasta que la punta quedó colocada justo debajo del reo. Soltando una carcajada, le gritó:

—No os aflijáis demasiado. Esto os va a gustar…

El alcaide sí disfrutaba con su trabajo y, por un momento, me pregunté si era él más perverso aún que el sodomita, o por lo menos, que los otros fornicadores, cuyo deseo al menos había sido puesto por Dios en todas sus criaturas, a diferencia del ansia por hacer daño. Estos sombríos pensamientos siempre me habían inquietado, pero me invadían con más fuerza desde que el licenciado Gaitán me había retirado su confianza y, con ella, el faro moral de mis actos. Traté de disiparlos concentrándome en mi trabajo. Pregunté al reo:

—¿Y cómo es que nunca os había pasado y de repente os pasó?

—Me poseyó un demonio, señor, un demonio que me tuvo fuera de mí… Tomó control de mi cuerpo y me empujó. Yo traté de rechazarlo… Pero fue más fuerte que yo.

Sin aviso, el alcaide arrancó la traba de la cuerda, que se soltó de golpe. El cuerpo del reo cayó sobre la pirámide. Gritó él al sentir la proximidad del golpe en sus partes pudendas. Y yo mismo aparté la mirada, temeroso de que me salpicase la sangre de su entrepierna los ojos. Sin embargo, no alcanzo mis oídos golpe alguno. Solo un sollozo jadeante.

Cuando volví a mirar, el reo había logrado interponer los pies entre su tronco y la cuna de Judas, de modo tal que pisaba la punta de la pirámide, manteniendo con trabajos el equilibrio, pero poniendo a salvo lo que más débil tenía.

—¡Me cago en vuestros muertos! —gritó el alcaide.

—En los muertos no, que son sagrados —le recordé.

—Perdón, alguacil —y volviéndose al acusado, alzó el tono de su voz—: ¡Vos! ¡Malnacido! ¡Quitad la pierna de ahí!

El sodomita, sin dejar de gimotear, advirtió:

—Matadme si queréis. Pero dadme un tajo en el cuello o una puñalada en el corazón. Os lo suplico.

Tomó el alguacil una lanza que tenía apoyada contra la pared. Y con ella en la mano, se acercó al penitente.

—Puedo hacer las dos cosas…

Diciendo así, comenzó a buscar los pies del reo con la punta de lanza, mientras este intentaba esquivar sus pinchazos alzando las piernas. Clavó dos veces la lanza en un lado de la pirámide, y una tercera en la pared, hasta que consiguió arañar en el tobillo al mestizo y arrancarle una capa de piel.

—¡Aaaah!

Devolvió el alcaide la lanza a su lugar. Regresó a la rueda y enroscó la soga. Conforme lo hacía, el reo fue subiendo una vez más hasta el techo, mientras un hilo de sangre corría por su empeine. Siguió suplicando:

—Os juro que no era dueño de mí, señor. Ese demonio puso la imagen del hijo del corregidor en mi cabeza, y no pude quitármela de encima. Día y noche, queriéndolo o sin querer, imaginaba yo al joven, sus labios al hablar, su pelo al revolverse, sus brazos al entrenar con la espada…

En verdad, se parecía esa descripción a lo que a mí mismo me ocurría con la mulata Jerónima, cuya imagen sin velo llevaba toda la noche acosándome en el lecho, y toda la mañana golpeando detrás de mis párpados. No dije nada de eso, por supuesto, y él, ya fijo junto a la polea, continuó su explicación:

—Y esa voz, señor… Cada vez que lo escuchaba hablar, mis piernas temblaban, mi voluntad flaqueaba. Me parecían todos sus dichos dulces y sensuales, incluso los más banales. Y para recompensar su melodía, quería yo pegar mi piel a la de él y meter mis dedos entre sus cabellos… Todo eso me inspiraba ese mal espíritu.

Para impedir que volviese a escabullirse, el alcaide enganchó la atadura de sus pies a una segunda cuerda, que pasaba por otra polea del techo, y amarró el otro extremo a un aro de la pared. Se alzaron las piernas del reo hasta la altura del estómago, y el agujero de su culo se ofreció en línea recta y sin obstáculos a la cuna de Judas.

Yo, sin embargo, me distraje, pues todo lo que decía ese pervertido se asemejaba tanto a mis propias sensaciones, que me pregunté si no me encontraría yo mismo poseído por un demonio. No uno de los que empuja hacia la carne de los sodomitas, claro, pero sí a la de las africanas, lo que acaso sea un pecado equivalente.

—Al final —seguía lloriqueando el alzado—, fue el demonio quien me empujó a satisfacer mis apetitos… y al hijo del corregidor a aceptarlos. Porque no hizo falta ni decirnos nada ni pactar nuestro pecado. Solo en nuestros ojos ya se reflejaba la concupiscencia. Y en cuanto nos vimos solos, nos arrojamos uno

contra otro, señor, como si fuéramos a comernos vivos… ¿Por qué habría hecho yo algo así de encontrarme en mis cabales, sabiendo la afrenta que eso representa y los riesgos que corría? La única explicación es la posesión demoniaca, señor…

Sus palabras me hicieron imaginar escenas similares con la donada, lo cual, dada su condición de monja, representaba una ofensa aún mayor. La visión de mi lengua sobre su cuello se incrustó en mi frente, así como inapropiadas fantasías sobre su cuerpo, que aunque no había visto, adivinaba turgente y carnoso.

Por mucho que intenté apartar esos malos pensamientos, ellos se enquistaron en mi imaginación negándose a salir. Asemejaban mis deseos torcidos a una bandada de cuervos encerrada en una cueva. Y temí que Dios, que todo lo ve, los estuviese contemplando. De hecho, eran tan fuertes esas ideas torcidas que temí que cualquiera pudiese verlas ahí mismo, entre los instrumentos de tortura.

—¿Lo suelto, señor? —pidió autorización el alcaide.

Volví a la realidad. El alcaide tenía al reo preparado para el momento definitivo, formando con su cuerpo una U en lo más alto del lugar. Recién entonces percibí que la pirámide tenía un pincho metálico oxidado en la punta. Me preparé para dar la orden de dejarlo caer. Es cierto que ya había confesado el reo, pero ahora su confesión me hacía sentir a mí mismo, un alguacil del Santo Oficio, que tenía culpas que confesar. Evidentemente, el demonio de su deseo intentaba confundirme para salvarse y cegar la vigilancia de la fe. Consideré adecuado silenciarlo por el bien de nuestro tribunal. Llegué a separar los labios llevando su condena en la punta de la lengua.

Y entonces el penitente, o su demonio, supo encontrar las únicas palabras que lo separaban del infinito dolor, las únicas que podían salvar sus partes pudendas:

—Estoy seguro de que fue el demonio de las dos cabezas, señor… En cuanto lo vi, supe que era la Bestia encarnada, y que usaría de mí para su placer egoísta…

—Entonces lo suelto, ¿verdad?

El alcaide paladeaba el momento con evidente placer.

El reo cerró los ojos, en espera de mi permiso para su sufrimiento. Apretó los dientes. Sus lágrimas y algunas gotas de la sangre de sus pies se mezclaron en la punta de la pirámide.

Yo pregunté:

—¿Dónde habéis visto un demonio de dos cabezas?

8

Dos veces había yo cruzado las puertas de la ciudad, y he contado las dos en este informe a Vuestras Mercedes: mi primera salida, nocturna y siniestra, me había llevado hasta el cuerpo de la novicia Ignacia, abierto en canal y ahorcado entre gallinazos. La segunda, al mar y al nuevo virrey, con el que había vuelto en olor de multitudes. Esta vez, el reo Esteban Salcedo me condujo en dirección opuesta a la costa, hacia donde los cerros comenzaban a crecer.

Diríase que ahí afuera, más allá de los muros de la Ciudad de Reyes, existían tantos universos como momentos diferentes. Que en cada salida uno hallaba un mundo nuevo. Y el de hoy, sin duda, era el peor. Siguiendo por la orilla del río hasta más allá de donde terminaba la ciudad, en las faldas del cerro San Cristóbal, se extendía un vasto terreno de basurales y chozas construidas con troncos y frazadas. No encontramos ahí un cadáver humano esta vez, pero sí uno de burro, cuyos huesos aún sangrantes seguían dando de comer a una nube de moscas y a dos perros salvajes. Y más peligrosas que los perros parecían las personas con las que nos cruzábamos. A cada paso, nos internábamos en el territorio de los prófugos y el ostracismo, hogar de asaltantes de caminos, condenados y leprosos. Detrás de cada árbol, en cada recodo, salían a recibirnos nuevos rostros desencajados, rotos por la miseria, el vicio y el destierro. En ese desierto abandonado de la mano de Dios sin duda se daban cita las peores ignominias y los más tenebrosos secretos.

—¿Cómo es que conocéis este horrible lugar?

El reo estuvo a punto de tropezar. Cojeaba un poco por la herida del pie, y el bastón que le habíamos conseguido le quedaba pequeño.

—Lo descubrí de venir a Lima acompañando al corregidor.

—¿El corregidor os traía aquí?

—No. Con él solo pasábamos por aquí, sin apartarnos del camino. Luego, ya instalados en Lima, yo venía solo.

No dejó claro en su respuesta si merodeaba en ese purgatorio por orden de su patrón, encargado de buscar vicios que la ciudad no podía ofrecerle. O lo hacía *motu proprio*, para satisfacer sus apetitos nefandos. Quizá, el demonio que lo había llevado a frotar sus partes contra las del hijo del corregidor ya se había manifestado antes, solo que había saciado sus ímpetus lejos de la vista de los

cristianos. En cualquier caso, nuestro trato implicaba que el tribunal haría la vista gorda ante la perversión del mestizo, a cambio de cincuenta padrenuestros y la promesa de contener sus bajos instintos en adelante.

—De haber sabido que sería así, habría traído escolta —me quejé.

Yo ni siquiera llevaba mi espada, o mi vara de alguacil, pues había advertido el mestizo que en ese lugar no regían las normas de Dios y del Imperio, y que no convenía llamar la atención como guardianes del orden. Él replicó:

—De tener escolta, no podríamos llegar a donde vamos.

Para sacar de las mazmorras a un acusado, yo había tenido que rogar permiso al inquisidor en persona. El licenciado Gaitán había bufado y refunfuñado ante el atrevimiento de mi pedido. Sin embargo, al saber que podíamos hallarnos en la pista del hijo del diablo, él también se había dejado ganar por la curiosidad. El orgullo herido de haber dejado marchar nada menos que al Anticristo le había hecho prestar oídos a tan inusual solicitud. Había abrigado yo la esperanza de recuperar su favor con mi afán. Por eso, me lastimaron sus palabras de despedida. Al conocer las condiciones y el lugar de la expedición, había dicho mi superior que, si no volvía el reo, seguro que tampoco volvería yo. Y se había quedado tan tranquilo al decirlo, tan indiferente por mi destino, que había dejado en mi espíritu un poso de tristeza.

Como si me hubiese abandonado mi propio padre.

Como si me hubiese abandonado otra vez.

—¿Es necesario pasar de aquí? —pregunté ahora alarmado.

Habíamos cruzado un terreno especialmente denso en su población de despojos humanos y fenómenos contrahechos. Pero lejos de llegar a un remanso de tranquilidad, ahora nos hallábamos frente al límite de la tierra de cimarrones, donde se reunían los esclavos fugados de sus amos.

Ante nosotros, todas las pieles eran negras como el pecado, y por la naturaleza física de sus trabajos originales, todos los negros eran de gran tamaño. Algunos casi doblaban en estatura al mestizo. Los que menos, me sacaban a mí una o dos cabezas. No faltaban algunas mujeres y niños que acarreaban agua desde el río y jugueteaban con las lagartijas. Sin embargo, la inmensa mayoría eran hombres. Su condición me preocupaba especialmente por cuanto el solo hecho de estar ahí ya representaba una confesión de vivir fuera de la ley. Si cualquiera de ellos descubría mi oficio, difícilmente me dejaría marchar entero.

Esteban Salcedo me susurró:

—No temáis. A estos los conozco.

Sus palabras pretendían calmarme, pero me hicieron sentir aún más asustado.

Nuestra presencia causó un alboroto entre los cimarrones. Como habían hecho los indios en el Cercado cuando llegué yo persiguiendo a Jerónima, los

negros nos miraron y se dijeron secretos entre ellos, aunque estos no dejaron sus actividades, ni se nos acercaron. Solo uno, saliendo de entre los demás, le habló a Esteban Salcedo, pero su tono sonó amistoso y acogedor.

—¿Traéis a un amigo?

Era un negro joven muy alto. Andaba desnudo de cintura para arriba, y los músculos se le marcaban como los de una estatua griega. Al hablarnos, se agarró de las ramas altas de un eucalipto, lo cual tensó aún más las líneas de su vientre y brazos.

—No venimos a divertirnos. —Bajó la mirada Esteban Salcedo, consciente de cuánto se incriminaba con esas palabras—. Él se llama Alonso. Y le he hablado del demonio de dos cabezas.

Me examinó el negro de arriba abajo lentamente, con una insolencia que los esclavos de la ciudad no se permiten.

Era la primera vez que veía yo un cimarrón, aunque había escuchado hablar mucho de ellos. Se decía entre las autoridades que los negros se volvían rebeldes cuando no recibían suficientes azotes, puesto que llegaban a creerse iguales que cualquier español, y entonces abandonaban a sus amos para ir a yacer con mujeres o fundar sus propios negocios. Para impedirlo, las normas de la ciudad les prohibían llevar armas y salir de noche. Los castigaban con la castración si desaparecían por seis días. Les cortaban el pie si se ausentaban durante diez. Y por veinte, los condenaban a muerte. Honestamente, Vuestras Mercedes, ni las peores penas terminaban de resolver el problema, porque es terca esa raza y dulce la tentación de la libertad, aunque vaya en contra de las normas de Dios. De modo que, una vez rebeldes, los negros ya no descansaban hasta fugarse del todo y agruparse en colonias como esa misma, dedicados a la delincuencia y entregados a sus ídolos primitivos.

Confirmando mis presagios, el negro que nos había recibido mascaba con insistencia una hoja de coca, como las que usan los indios en sus embrujos. Y la escupió al suelo antes de hablarme:

—¿De verdad queréis ver al demonio de dos cabezas?

—A eso he venido —admití.

Se rio el cimarrón, aunque no fui capaz de entender la razón de su buen humor. Quizá preveía que le esperaba un día de ganancias, porque a continuación, advirtió:

—Os costará un real.

No me fiaba yo de ese negro, el primero que no me llamaba «mi señor» ni me hablaba haciendo reverencias como a un virrey. En busca de consejo, miré a Esteban Salcedo y, con un gesto, él me pidió que accediese a su deseo. Llevé, pues, la mano a mi alforja, y entregué lo que se me pedía. Cuando se me acercó, noté que tenía una extraña cicatriz en la cara, al lado de la nariz, en forma de L.

—Vamos a ver si es de los buenos…

Mordió el rebelde la moneda para asegurarse de su autenticidad. Y tuve el pálpito de que el mundo se había vuelto de revés, pues en ese lugar, los criminales y gente de mal vivir desconfiaban de las autoridades cristianas.

Nuestro anfitrión dio por buena mi moneda con un encogimiento de hombros. A continuación, se volvió y echó a caminar. Fuimos tras él lentamente, pues el pie de Esteban Salcedo estaba ya muy maltrecho y sangraba.

—No sé si pueda seguir —se quejó, aferrándose al bastón.

—Si os quedáis aquí, lo hará vuestro cadáver —lo amenacé.

Se sobrepuso entonces al dolor y avanzó conmigo. A nuestro alrededor se elevaban cabañas rústicas hechas con troncos, palmas y telas, que solo debían mantenerse en pie gracias a que en nuestra costa no llovía ni soplaba el viento casi nunca. Entre las casuchas, los negros se tumbaban a descansar y las negras hervían papas en fogatas de leña. Muchas de esas personas hablaban entre sí en lenguas extrañas que sonaban como el canto de los cuculíes. Algunos nos miraban con aprehensión, pero nuestro guía calmaba alegremente sus recelos:

—¡Atención! ¡Atención! Que el jefe tiene visitas…

Al oír tal, temí que los cimarrones hubiesen elegido como líder al mismísimo Satanás. Y en verdad, los dominios del Maligno debían parecerse mucho a ese lugar de almas negras, miseria moral e ídolos de barro. Acaso había entrado yo en el mismo infierno.

Desde el principio de nuestro camino, había yo oído un murmullo cadencioso, como el cantar de los grillos al anochecer, pero más sonoro. Conforme andábamos, se sumaron a ese ruido golpes y gritos. Y el volumen de todo eso junto creció hasta invadir el aire por completo. Nadie parecía darle importancia a ese barullo infernal. Esteban Salcedo, que caminaba mustio y cabizbajo por el dolor de pie, ni siquiera parecía escucharlo. Pero al pasar detrás de la tercera fila de casas, se aclaró su origen.

Estaban dispuestas las viviendas en círculos concéntricos, y al centro de todas ellas se extendía una zona despejada, como una plaza. Ahí se aglomeraban decenas de cimarrones, casi tantas mujeres como hombres, entregados todos a danzas macabras. En un rincón, un hombre perseguía a una mujer con una vela encendida mientras ella meneaba las caderas, como deseosa de entregarse al fuego eterno. En otros, celebraban los negros bailes que incitaban sin la menor vergüenza al comercio carnal. Un público eufórico de cimarrones formaba círculos en torno a muchos de los danzantes, animándolos a pecar con palmas y gritos guturales.

—¿Qué ceremonia es esta? —quise saber—. ¿A qué ídolo dedican estos rituales?

Pero mi guía, el de la L en la cara, se encogió de hombros sin dejar de andar.

—Solo bailan.

Supe que mentía porque, para mi horror, junto a los danzantes descubrí a una vieja con un pañuelo en la cabeza y collares de piedras raras. La vieja recitaba ensalmos incomprensibles, innegablemente demoníacos, mientras pasaba un cuy por el cuerpo de un negro acostado. El cuy, como es natural a su especie, intentaba zafarse de las manos que lo aprisionaban. Luego de frotar bien al negro, como si acariciase su cuerpo con el pelaje del roedor, cogió ella un cuchillo y abrió en canal a ese animal. La sangre se derramó por todos sus costados, algo que la vieja recibió con algarabía. Incluso se manchó a sí misma y al que estaba en el suelo con ese líquido rojo y espeso, lo cual me revolvió el estómago y me acongojó el pecho.

Antes de atravesar la plaza, descubrí de dónde salían los ruidos que me habían impactado desde mi llegada a ese calvario. En el centro del todo, se reunía una orquesta espeluznante. Uno de los hombres llevaba solo dos huesos entre los dedos, que hacía sonar como tenebrosas castañuelas golpeándolos entre ellos. Otro remecía con las palmas y el puño una caja de madera que podría haber sido el ataúd de un recién nacido. Y el último golpeaba el cráneo de un caballo muerto, cuyos dientes se sacudían en las encías, produciendo ese sonido como de grillos. Aparte de aporrear esos restos mortales, los supuestos músicos solo gemían y jadeaban. Ningún instrumento musical ahí producía una melodía, pues esa gente se entregaba solo al embrujo del ritmo, que empujaba sus cuerpos a ese pecaminoso trance.

Al fin llegamos a una choza más grande que las demás, en cuya puerta colgaban huesos y plumas de aves, seguramente sacrificadas. A esas alturas, Esteban Salcedo ya no podía más, y se dejó caer en el suelo.

—¡Moveos! —le grité—. ¡Moveos u os moveré a patadas!

—Por favor…

El mestizo volvió a poner esa cara de dolor sumiso que sin duda había recibido por herencia materna, la que ponen los indios cuando ya no desean trabajar. Y estaba yo a punto de cumplir mi advertencia, cuando nuestro guía salió a salvarlo.

—¿Ya para qué? Es aquí. Podéis entrar.

Y señaló hacia el interior de la cabaña.

No me animaba la idea de entrar ahí solo. Pero comprendí que tampoco podía contar con amigos en ese lugar. Al salir de la ciudad, había subestimado lo cerca que rondaba el Mal, y sobreestimado mi propia capacidad de hacerle frente. Ahora, no tenía más remedio que aceptar la invitación. Era tan peligroso eso como rechazarla. Estaba tan desprotegido con Salcedo como sin él.

Se encaminaron mis pasos hacia la puerta, que era especialmente oscura, por hallarse más cubierta esa choza que todas las demás. No era, sin embargo,

demasiado grande. Y aun así, por un extraño efecto visual, la oscuridad en su interior parecía extenderse hacia el infinito. En el centro de la habitación, por fortuna, brillaba la lumbre de una vela, como la luna en medio de la noche. Hacia ella me dirigí.

Así como se apagaba el sol entre esas paredes, también se silenciaban los ruidos furiosos del exterior. Al internarme, sentí que me apartaba del todo del universo y entraba en una dimensión desconocida, acaso un círculo del infierno.

En un parpadeo, distinguí tras la vela a un nuevo negro. Debía ser una especie de jefe de esa tribu, pues lo rodeaba una solemnidad que nadie más ahí parecía ostentar. Se encontraba sentado de piernas cruzadas, vestido apenas con un taparrabos que cubría sus vergüenzas. En el torso, no llevaba más que un collar, similar al de la vieja del cuy, pero decorado también con plumas y otras extrañas figuras, entre las que pude distinguir el pico de una gallina. Lo más extraño era el sombrero que cubría su cabeza, no un sombrero en realidad, sino el cráneo de un toro negro forrado en su propia piel, con los cuernos aún puestos, como si asomase el animal por encima de su nuca.

—¿Quién sois? —pregunté.

—Esta es mi casa. Sois vos quien debe responder a eso.

Se sacudió su collar, entrechocando los huesos y las piedras que lo formaban. Los cuernos del toro apuntaron hacia mí, y los ojos vacíos de esa piel parecieron fijarse en los míos. Una risa desbocada llegó, desde algún lugar en el exterior.

—Mi nombre es Alonso Morales. Busco al demonio de las dos cabezas.

Ahora rio mi anfitrión, pero su risa sonaba amarga y seca:

—Lo habéis encontrado. Así me llaman. Robé este toro de la casa de mi amo al escapar. Me gustaba mucho. ¿Verdad que es bonito?

Señaló a su segunda «cabeza» y yo comprendí el tonto error que hasta ahí me había llevado. También percibí en su rostro una cicatriz similar a la del otro negro, solo que esta en forma de H. Decepcionado, resoplé:

—Entiendo. Pues me han engañado. O mi entendimiento me ha jugado una mala broma. Tendré que regresar ahora a la ciudad con mi amigo.

—Si os ha traído hasta acá, no es vuestro amigo —respondió el negro.

Iba yo a pedir una explicación de sus palabras, en las que adivinaba una amenaza, o quizá a exponer mi verdadera identidad, con el fin de amedrentarlo, pues comprendía que me había puesto a mí mismo en una situación comprometedora. Pero apenas tuve tiempo de digerir lo que él decía. En cuanto terminó su breve respuesta, como si se tratase de una señal diabólica, sentí que un soplo de viento remecía la cabaña por dentro. Se apagó la vela, y con ella la voz de mi anfitrión, incluso la imagen de su collar y sus cuernos.

En un mínimo destello lúcido, sin embargo, conseguí entender que esas

cosas seguían ahí. El hombre me miraba con calma. La pequeña luz, aunque temblorosa, aún brillaba. Era mi cabeza la que había recibido un golpe, desde algún lugar a mis espaldas, y era en su interior donde las cosas estaban desapareciendo en medio de un dolor insoportable. Se borró de un plumazo todo lo que mis sentidos podían captar, y ocuparon su lugar miles de luces en miniatura. Dejé, entre otras cosas, de sentir la tierra bajo mis pies. Perdí el control sobre mi cuerpo. Caí hacia un lado, hasta estrellarme contra el suelo, al mismo tiempo que el universo en pleno se sumergía en un pozo profundo y oscuro.

9

Pensé que nunca abriría los ojos. En mi oscuridad interior, se colaron danzantes desnudos, esqueletos de caballo y de ave, sangres de animales abiertos por la mitad, una cuna de Judas, sobre la que sobrevolaba Esteban Salcedo —pero luego no era él, sino yo mismo mirando con angustia hacia la punta de la pirámide—, leprosos que se acercaban a tocarme para contaminarme con su mal, humos de sahumerios. Todos a mi alrededor, bailando al son de ese ritmo satánico y cerrando el círculo hacia mí.

Entonces separé los párpados.

Una luz intensa me cegó y me quemó por dentro.

—¡Está despierto!

—Es muy feo…

—¿Ha venido del río? ¿Como un caimán?

Al fin me acostumbré a la luz. Se trataba simplemente del sol, que ya se ponía en el horizonte, colocándose de frente ante mis ojos. No podía moverme. Pero hasta donde alcanzaba a ver y oír, revoloteaba un grupo de niños negros observándome con curiosidad, como a un insecto.

—Creo que muerde…

—A uno que yo conozco lo mordió un guardia. Le pegó la rabia y todo…

—Son sucios. Tienen enfermedades.

Aún no me había repuesto del todo. En la parte de atrás de mi cabeza, zumbaba el dolor. Tenía el cuerpo agarrotado. Quise mover las manos. Pero comprendí que me hallaba atado, como en un potro, pero de pie.

—¿Dónde…? ¿Qué…?

Algo me golpeó la pierna. Un nuevo dolor se sumó al de la nuca.

—¡Callaos, demonio! ¡Callaos, sapo, demonio!

Quise llevarme la mano al golpe, pero un tirón lastimó mi muñeca. Fijé la mirada. Detrás de los niños, y apartándolos de mí, se hallaba un círculo de negros. Entre ellos, descubrí a la vieja del cuy, que se afanaba esculcando una alforja de cuentas y cachivaches. Y más allá, el negro con el toro sobre los hombros, el «demonio de las dos cabezas». De Esteban Salcedo no encontré ni rastro.

—¡Sapo! —volvió a gritar la voz, a la que ahora pude ponerle el rostro de mi

guía de antes, el negro con la L marcada en el rostro —. ¡Sapo espíritu!

Como para explicar sus palabras, la vieja habló:

—Sapo es. Dicen los espíritus que ha salido del agua y se ha disfrazado de gente para preñar a las mujeres.

Una nueva patada me dio ahora en el bajo vientre. El ardor se expandió en oleadas hacia todos mis rincones. De la gente que me rodeaba emergió un rumor continuo, que silenció el hombre toro, pues cuando empezó a hablar, todos callaron.

—Sapo es, pero no lo ha mandado el río. Lo han mandado los blancos.

Un nuevo rumor recibió esas palabras. El hombre toro se acercó a mí lentamente. Las piezas de su collar hacían el ruido de un sonajero.

—¿Os gusta vuestra cruz? —Se rio de mí—. ¡Es como la de Jesús!

Me fijé bien en el potro donde me tenían preso. Era un árbol cruzado por un madero, a imitación de la Santa Cruz. El tronco del árbol se torcía a un lado y otro, y el madero estaba inclinado hacia abajo, todo lo cual me doblaba malamente la espalda. Semejante remedo de la crucifixión de Cristo constituía una blasfemia en sí misma, pero no estaba yo en posición de poner orden.

Acercó el hombre toro su rostro al mío, y pude ver de cerca la H junto a su nariz, del tamaño de una araña.

—¿Habéis venido a castigarnos como vuestro Dios Padre?

—Yooo… Noooo… —gemí.

—Aquí no reina Dios Padre. Os vamos a castigar nosotros ahora.

—Por favor…

Llegué a entender que este negro tenía más educación que los demás por su tono de voz, como de mercader o funcionario, y por las cosas que decía, que revelaban cierto entendimiento. Y siguió expresándose con corrección, incluso para decir:

—Cuando lleguéis al infierno, decid que os mando yo. Sois mi regalo para ellos.

Echó a reír entonces mientras se apartaba. En algún momento debe haber hecho un guiño, o quizá todos esperaban que se apartase y esa era la señal, porque entonces comenzaron a caerme palos, golpes, piedras. Comprendí que alguien me había quitado la camisa, porque las piedras se me incrustaban en la carne viva. Incluso creí ver mi camisa puesta en alguno de mis agresores. Pero pronto tuve que cerrar los ojos de nuevo, pues caían objetos en ellos, tanto como en mi boca, en mi estómago y en mis pies. Dos guijarros gordos dieron en mi frente, y la sangre se derramó sobre mi rostro.

Pensé que en verdad se quedaría ahí mi cuerpo, y que como había predicho el negro, mi alma descendería al averno por morir sin confesión en un lugar como ese, rodeado de salvajes y criminales. Pensé en mi pobre madre, que no sabría a

dónde había ido yo a parar. Comprendí que ni siquiera recibiría mi cadáver sagrada sepultura, por lo que ya nunca podría descansar en paz. A lo mejor terminaba merodeando entre los vivos, convertido en uno de los fantasmas que mi madre decía ver cuando entraba en trances místicos. Recé un avemaría, con la esperanza de expiar en parte mis culpas en las puertas de la muerte. Y seguí con las oraciones del rosario, conforme mi consciencia se iba desvaneciendo.

—*Ave María, gratia plena, dominus tecum*…

—¡Muere, sapo!

—¡Muere!

—… *Benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui Iesus*…

Mis ruegos, que al fin y al cabo eran de un hombre de fe, deben haber llegado a oídos de la Virgen María. Porque cuando ya lo daba todo por perdido, se detuvo la lapidación.

Sospeché que ya estaba muerto, pues no sentía más golpes. Pensé hallarme ya frente a la legión de los diablos, todos deseando cobrarse venganza en la eternidad por mi labor contra ellos en vida. Sin embargo, mi nariz seguía recibiendo el olor a humanidad de la aldea cimarrona. Y mi piel, aunque magullada, seguía percibiendo el aire fresco del crepúsculo.

Por segunda vez esa tarde, abrí los ojos. Y por segunda vez, me sorprendió lo que encontré.

Se hallaba frente a mí Rosa Flores de Oliva, la bruja que yo había investigado ya, y cuya causa había abandonado después de la muerte de la novicia por no hallar más testigos de ella.

Se había colocado la dicha Rosa entre la gente, y todos la observaban con gran expectativa, como esperando su veredicto para terminar con mi lapidación. Incluso el hombre toro se había quedado de una pieza en su lugar, petrificado por la aparición de esa mujer que se vestía peor que todos ellos, pero que, entre tanta piel oscura, resplandecía de inesperada blancura. Su presencia ahí, junto a la vieja de los cuyes y todos esos idólatras asesinos de cristianos, confirmaba la naturaleza de hechicera que yo le había sospechado. Lástima que ese pequeño triunfo, en mi situación, ya no tuviese importancia.

10

—¿Qué es esto? —preguntó Rosa a nadie en particular, hacia la gente que me rodeaba—. Una parodia de la muerte de mi amado Jesús. ¿Cómo os atrevéis?

Los cimarrones bajaron la mirada, avergonzados, como si esa pequeña mujercilla fuese más fuerte que todos ellos juntos. Ni siquiera osó responderle el hombre toro. Ella continuó exigiendo una explicación:

—¿Hacéis esto para lastimar a Dios? ¿Eso queréis?

La vieja de los cuyes se adelantó hacia ella, sacudiendo en el aire una especie de plumero, como quien empuña un arma. Las plumas al moverse parecían un enjambre de víboras.

—¡Sapo es él! Así han dicho los espíritus… No te acerques o te dará su veneno que tiene en la piel…

El hombre toro se interpuso entre las dos mujeres. Sutilmente, otros dos negros tomaron del brazo a la vieja y comenzaron a llevársela de ahí. No paró ella de escupir maldiciones y conjuros. Pero nadie la escuchó. Mientras se alejaba, su jefe le habló de mí a la recién llegada:

—Ese vino a espiar. Quiere llevarnos a sus mazmorras para quemarnos y darnos tormento. Solo nos defendemos.

Los demás, que hasta entonces parecían estudiantes regañados por un maestro, asintieron en tropel a esas palabras y pronunciaron frases en sus lenguas. Algunos cerraron el puño y lo sacudieron amenazantes en el aire. Rosa se mostró inconmovible.

—¿No os ha dicho mi novio que debéis respetar la cruz? ¿Y a todas las criaturas que Él puso en la Tierra?

Ahora, incluso el altivo jefe de los cimarrones bajó la cabeza, en una reverencia de disculpa y arrepentimiento.

—No lo trajimos nosotros —dijo—. El blanco vino por su propio pie.

—Soltadlo.

Dio esa orden Rosa con tanta autoridad que creí encontrarme frente a la verdadera jefa de esa tribu satánica. Su poder diabólico debía ser enorme. No obstante, si así era, no me explicaba yo por qué insistía en salvarme. Tampoco me quedaba claro a quién se refería cuando hablaba de su «novio». Acaso hubiese un brujo aún más poderoso al que ella rendía pleitesía.

Me libró de mis amarras el negro de la L en el rostro, y noté que lo hacía con pocas ganas, pues ya se había hecho la ilusión de lapidarme hasta la muerte y arrojar mi cadáver a los animales. De todos modos, no chistó. Incluso me ayudó a sostenerme, pues los golpes y las ataduras me habían endurecido los huesos.

En cuanto me vi libre, me acerqué a Rosa para agradecerle. Fuese o no una hechicera, mi pellejo se hallaba a salvo gracias a ella. Bastante magullado, pero a salvo. Me coloqué frente a esa mujer, me arrodillé e intenté besar su mano, que ella arrancó de entre las mías.

—Alabado sea Dios —dijo—. Solo Él merece besamanos.

Se dio vuelta. Pareció prepararse para volver a la ciudad. Yo me dispuse a seguirla, muy pegado a su delgado cuerpo. Para mi espanto, el hombre toro se interpuso en nuestro camino. Temí que nos impidiese marcharnos, o que exigiese el pago de un rescate por mi libertad. Él no se mostró interesado en mí, afortunadamente. Ni siquiera me miró. Quería algo de ella:

—No podéis marchar aún. Os esperan.

Rosa asintió y permaneció en su lugar. De entre las cabañas, surgió una fila de negros, todos ellos con dolencias. Algunos caminaban con bastones, otros estaban cubiertos de llagas y pústulas, y a un par les faltaba un ojo o una mano.

Primeros en la fila iban un hombre y una mujer. Llevaban en brazos a un bebé que no paraba de llorar, todo bañado en mocos y lágrimas. Ellos también lloraban, entonaban lamentos y mascullaban padrenuestros mientras se arrodillaban y así avanzaban hacia Rosa.

—Fiebres tiene —gemían—… Quema como fuego.

Colocó las manos Rosa sobre el bebé, cuyos gritos me hacían temblar los oídos. Y con los ojos cerrados, susurró latinajos y palabras misteriosas, cuyo significado no fui capaz de discernir. Así permaneció durante dos o tres padrenuestros de los padres. Al cuarto, el niño bajó el tono de sus lloros, que terminaron por convertirse en un suave gimoteo.

—¡Gracias, madrecita! —celebró la pareja de negros—. ¡Gracias!

Y deshaciéndose en reverencias, se marcharon.

Los siguientes mantuvieron similar ceremonia. A todos, Rosa les impuso las manos en la frente o en el pecho, y ellos regresaron a sus casas más aliviados. Aunque no aprecié yo mejoría visible de sus males, los negros se mostraban satisfechos, y muchos de ellos intentaron regalarle a la milagrera hierbas, collares de piedras y hasta un pollo vivo, que ella rechazó repitiendo siempre las mismas palabras:

—No soy yo quien cura. Es Dios. Y el único regalo que anhela es vuestra honestidad y vuestra pureza.

Entre los suplicantes apareció el mestizo Esteban Salcedo, quien me había conducido con engaños a los cimarrones. Al llegar ante Rosa, Salcedo se descalzó

el pie herido en la cuna de Judas, pie que ella tomó entre sus manos y lavó con un barreño que había pedido, sin hacer ascos a la sangre ya encostrada ni a la hinchazón, mientras pronunciaba una plegaria.

Salcedo regresó a su escondrijo aun cojeando, pero cantando alabanzas a la supuesta sanación, y ni siquiera se atrevió a mirarme a los ojos. Me encontraba yo por vez primera más lastimado que él. Sin embargo, podía darme por buen servido: yo volvería después de todo a vivir entre los cristianos. En cambio, Salcedo terminaría sus días entre esos cimarrones, acaso usado por ellos para satisfacer sus apetitos lascivos, lo que podía considerarse una pena de destierro, equivalente a la que le tenía destinada el tribunal.

Conforme Rosa atendía a los enfermos, iba rodeándola un grupo de negros que la adoraban como a una santa, y cuando al fin emprendimos el camino de regreso, muchos de ellos nos siguieron, y otros se nos fueron sumando entre los enfermos, los bandoleros y los vagabundos de los extramuros. Era ya de noche y temí que alguno nos atacase para robarnos, o solo por rabia y odio, como era habitual entre los parias, pero todos esos despojos humanos formaban una escolta para Rosa, y la protegían de cualquier daño que pudiese sufrir.

—¿Por qué no me curáis a mí, así como curáis las heridas de todos esos malvivientes? —pregunté.

—Ya os he dicho que no curo yo.

—¿Por qué no me cura Dios entonces?

—Porque no creéis. Tenéis que creer.

Incluso la reconocieron los guardias de la ciudad, que abrieron la puerta para dejarnos pasar, como si fuese Rosa la mismísima virreina, y formaron a su paso una fila para recibir de sus manos bendiciones y señales de la cruz. Aunque sospechaba heréticas esas ceremonias, una vez más, no me encontraba yo en condiciones de protestar. Me limité a acompañarla en silencio, con la espalda adolorida, todo el camino a su casa.

En la puerta de madera verde nos recibió su madre, doña María, quien al ver el estado en que yo llegaba, hizo a las hermanas de Rosa traer agua y aguardiente de uva, además de un paño para limpiar y otro para vendar mis heridas. Por su actitud obsequiosa, entendí que seguía viéndome como un posible pretendiente de su hija. O quizá trataba la señora igual a todos los varones, en la esperanza de que alguno cualquiera se animase a hacerla suegra.

—Pero ¿qué os han hecho? —preguntó mientras se arrodillaba frente a mis lesiones.

—Me ha salvado vuestra hija de los cimarrones, que parecían reverenciarla como a su capitana. ¿Son esas sus amistades?

Un chorro de aguardiente cayó sobre las heridas de mi frente, que ardieron como dos antorchas.

—¡Aaaah!

—Ya le he dicho a Rosa que no se aventure por barrios peligrosos —dijo la señora María—, pero siempre anda ofreciendo caridad a los pobres y a los enfermos. A veces, vuelve a casa apestando a disentería. O a tugurio.

Miramos a un lado y otro en busca de Rosa, por si quería la hija terciar en nuestra conversación sobre ella misma. Ya no estaba por ninguna parte, sin embargo. Sin duda, se había marchado a flagelarse o, simplemente, a encerrarse en su celdita del jardín.

Sí estaba su padre, el anciano don Gaspar, que parecía dormir en una esquina, y dos de sus hermanas, que al verme llegar se apiñaron junto al viejo, quizá por pudor de atender a un extraño. Nadie más quedaba de la multitud que yo había conocido en esa casa. Sospeché que, siendo tantos los hermanos, quizá tuviesen otras casas donde dormir, sobre todo cuando se trataba de no molestar al padre. Con el mismo fin, dediqué hacia el pequeño grupo un discreto saludo con la mano, que nadie devolvió, y luego volví a conversar con doña María.

—Esos negros creen que Rosa hace milagros —comenté.

—Si no lo sabré yo. Lo creen también los indios. Y los mercaderes. Y las señoras que quieren casar a sus hijas. Todos vienen a pedir favores. Incluso los negros esclavos, los que guardan las espaldas de sus amos y los defienden de los bandoleros. Esos se aparecen de madrugada, después de sus peleas a cuchilladas, a pedirle a Rosa que les cosa las heridas con el tacto de su dedo.

—Los negros tienen prohibido llevar armas de noche.

—Nadie tiene prohibido nada de noche en esta ciudad. Y Rosa anda por ahí a las horas más inhóspitas. Por eso quisiera yo buscarle un matrimonio que la protegiese. Si no, alguien acabará haciéndole daño.

Echó agua la señora sobre una herida de mi brazo, y aunque no dolió como el aguardiente, el tacto de la tela mojada sí pareció abrirla de nuevo.

—¡Auch! Ella dice que ya tiene un novio…

—Dice que está enamorada de Jesús. Más vale que Él me la proteja. Hasta ahora solo la ha metido en problemas.

—Cuidad vuestra lengua, mujer, que decís blasfemias.

—Prendedme, pues. Y llevadme al tribunal. Pero si de verdad trabajáis con el Señor, pedidle piedad para mi familia. Que hemos entregado a la divinidad toda una hija. Y poco recibimos a cambio.

Por palabras más comedidas que esas han acabado en el potro varios lenguaraces. Pero atendiendo a la caridad que me ofrecía doña María y, por cierto, a mi propio agotamiento, pasé por alto sus dichos. De hecho, ni siquiera tenía claro si era hechicería lo que había visto hacer a su hija o, por el contrario, tenía la dicha Rosa madera de beata.

Ahora, doña María untó un ungüento verde sobre mis magulladuras.

—¿Qué es eso? —pregunté, pues nunca había visto yo menjunje similar.

—Cosas de los indios de Quives —respondió ella, sacando con la mano esa materia cremosa de una vasija de cerámica y extendiéndola con los dedos sobre mi piel—. Antes vivíamos ahí.

Quives. Ese nombre raro que mi madre había pronunciado tantas veces, a menudo entre lágrimas. Traté de pasarlo por alto, pues ya tenía suficientes inquietudes en ese momento. Además, me inquietaba la naturaleza del ungüento que empleaba doña María.

—No serán recetas de brujos, ¿no?

Por toda respuesta, se encogió de hombros. Ya iba yo conociéndola como mujer práctica, más apegada a las cosas de este mundo que a las del cielo.

—Si cura de verdad, supongo que será receta de Dios. —Me guiñó un ojo—. Pero sabréis vos más de eso que yo.

En verdad, la pomada esa aliviaba el dolor, y hasta parecía menos hinchado mi cuerpo en las partes cubiertas con ese pegote verde. Y como ya me iba sintiendo mejor, y no quería indagar en la naturaleza pagana de las medicinas de doña María, otros temas volaron a mi cabeza.

—¿Está muy lejos Quives?

—A lomo de mula son cuatro días —respondió la mujer—. Pero no hay muchas razones para ir. Los indios ahí son tercos. Mantienen sus ídolos y hasta ahuyentan a pedradas a los curas. Con deciros que Rosa, cuando niña, no quería jugar a las muñecas, pues decía que por su boca había oído hablar al diablo. Y eso era porque los indios hablaban con figuritas de piedra o de palo, que son como muñecos, donde se supone que viven sus dioses.

Abrieron esas declaraciones una rendija para mis pesquisas sobre las hechicerías de Rosa. Y por esa rendija intenté yo meter el cuerpo.

—¿Fue entonces que empezó a hacer cosas mágicas Rosa? ¿Y a hablar con gentes invisibles?

Doña María hizo un gesto de resignación, como si hablara de temas antiguos que ya no se podían remediar.

—Antes de ir a Quives ya era una niña muy espiritual. Desde los cinco años, mucho rezaba.

—¿Pero rezaba a Dios Padre? ¿O a las huacas de los indios?

—A Catalina de Siena, porque yo le contaba las historias de esa santa a la hora de dormir. Y como Santa Catalina se mortificaba para imitar a Jesús, Rosa quería mortificarse también. Comía casi nada: pepas de naranja y hierbas amargas. Otras cosas fingía comerlas y las tiraba a escondidas, o las guardaba para repartirlas entre los indios pobres.

—El ayuno y la caridad son de buenos cristianos —aprobé, sobre todo para escuchar más sobre las excentricidades de la dicha Rosa. Y más escuché, en efecto:

—Tampoco sentía el dolor. Una vez se rompió una uña con una puerta, de modo tal que se le enterró en la carne. Y por mucho que sangraba y se ponía el dedo morado, Rosa no lloró ni se quejó. Otra vez, por una tiña mal remediada, se le puso todo el cuello en carne viva, que parecía sangrar y despellejarse a la vez. Tampoco entonces pareció notarlo. Será por eso que no le molestaba la penitencia: se tumbaba sobre guijarros puntiagudos hasta que le sangraba la espalda. O cargaba los materiales con que construíamos la casa… Era capaz de cualquier cosa.

Tuve que admitir que, aparte de su ropa basta y su delgadez, nunca habría deducido por su aspecto tanto sacrificio.

—Pues no tiene mala cara para tanta desgracia…

Sonrió doña María y, por primera vez, la vi contenta de algo de su hija, que hasta entonces no me había parecido darle más que dolores de cabeza.

—Siempre ha tenido las mejillas sonrosadas y buena cara. Si hasta le habíamos puesto de nombre Isabel, como su abuela, pero se lo cambiamos porque sus cachetes parecían dos rosas encarnadas.

Había terminado la mujer sus curaciones y, sintiéndome mejor, vi llegada la hora de marcharme, pues debía atravesar la ciudad sin antorcha ni espada, a merced de lo que me mandase el diablo.

—Os agradezco vuestras atenciones, doña María. Me devolvéis a mi casa más digno de como llegué.

Me volví hacia el rincón de la familia. Una de las hermanas de Rosa hizo un gesto vago de despedida. Los demás, incluido el viejo, no parecían haber reparado en mi presencia. Doña María me instó:

—Vamos al jardín. Así os despedís de Rosa.

Obedecí, pues me enternecía el esfuerzo de esa madre por procurarle a su hija relaciones normales con las gentes de bien. Además, era gesto de cortesía elemental agradecerle a Rosa por su ayuda. Y aunque yo aún me movía con esfuerzo debido a mis aventuras afuera de los muros, seguí a doña María en su empeño.

La noche estaba clara y, aunque no brillaban luces en el exterior, la luna llena iluminaba el jardín como una farola de aceite. Esta vez, no hizo falta buscar a Rosa en su caseta, ni en las palmeras del fondo. Se encontraba justo frente a nosotros, pero vuelta de espaldas, arrodillada en posición de oración, como ofreciendo a la misma luna una ceremonia pagana.

—¿Me acerco? —pregunté cauteloso.

La madre no pudo ocultar un gesto de melancolía.

—No vale la pena —murmuró.

Pude ver, a pesar de la poca luz, que Rosa estiraba los brazos llevando en las manos gruesas rocas. Y que debajo de sus rodillas se extendía una tabla con

pinchos metálicos vueltos hacia arriba, para lastimarla con sus puntas. Tal y como su madre había señalado, su actitud de paz y silencio revelaba que ninguna de esas mortificaciones hacía mella en su ánimo. Al contrario, producirse esas heridas fortalecía su fe, aunque no tenía yo claro si tal fe se ofrecía al Bien o al Mal.

La visión de Rosa en el suplicio me recordó a la conversación durante nuestro primer encuentro. Entonces, ella había mencionado a mi padre. Ahora comprendía yo que debía conocerlo de Quives, quizá incluso saber de él más que yo mismo, lo que no resultaba muy difícil. Por eso, antes de marcharme, mientras atravesábamos la casa de vuelta hacia la puerta de salida, no pude más con mis ganas, y aunque me había prometido no hablar de eso, por no ser la razón de mi presencia en esa casa, fue la curiosidad más fuerte que yo, y me obligó a decir a doña María:

—Quizá conocéis vos a mi padre: Pedro Morales.

Las pupilas de la mujer se desplazaron hacia un lado, como revolviendo un baúl en su interior.

—No he escuchado ese nombre nunca.

—Es mi padre. Administra una encomienda de dos mil indios en Quives. Hace muchos años ya.

Frunció el ceño la mujer mientras me abría la puerta:

—No hay ninguno con ese nombre en Quives. Y puesto que son casi todos indios, los españoles y criollos nos conocemos todos. Para que os hagáis una idea, el día que Rosa se confirmó, solo había dos niñas más con ella. Y eso que oficiaba el arzobispo de Lima, que se había trasladado ahí para eso.

Afuera, me recibió la oscuridad. No me importó, pues ya me estaba acostumbrando yo a moverme entre sus pliegues.

—A lo mejor, la encomienda está en algún lugar cerca de Quives. Sé que siembran yuca ahí.

De nuevo, doña María arrugó la cara con expresión confusa:

—Imposible. En Quives hay minas. Las yucas ni siquiera crecen cerca de ahí.

—Entonces hay muchas cosas que no entiendo.

—Y que lo digáis vos. Dios nos manda tantos acertijos sin respuesta que es mejor no intentar resolverlos. Que guíe Él vuestros pasos, Alonso. Y gracias de nuevo por traer a mi hija.

Cerró la puerta, y tras ella quedó la luz de su hogar.

11

Encontré a mi madre sentada en su rueca, rodeada de telas que esperaban bordados y zurcidos, pero descuidada del trabajo, entregada, como tantas horas de sus días, a repasar las cuentas de su rosario de nácar, murmurando oraciones y mirando al cielo.

—¡Alonso! ¿Dónde os metéis? Cada día volvéis a casa en horas más tardías, como los maleantes…

Intenté seguir directamente a mi cama y cubrir mis magulladuras con las mantas, pero ella se volvió hacia mí justo cuando cruzaba a sus espaldas. La luz de las velas en esa noche clara bastó para que notase mis andares torcidos y mis moratones.

—Pero ¿qué os ha pasado?

—Nada, madre…

—¡Venid acá!

No tuve más remedio que obedecer. Avancé hacia ella lentamente, con la mirada en el suelo, resignado a su escrutinio. Cuando me tuvo a mano, ella acercó la vuelta y examinó los golpes de mi rostro.

—Os habéis metido en alguna pelea…

—Estuve en el poblado de los cimarrones…

—¡Los cimarrones! —Se persignó—. Nadie que sea siervo de Dios se aparece por esos lugares.

—No sabéis lo que decís…

—¡No sabéis lo que hacéis! —gritó tan fuerte que me asustó—. ¿Qué demonio os ha poseído, que después de ser siempre tan buen hijo os estáis convirtiendo en un vagabundo?

Se echó entonces a llorar un poco y a rezar otro poco, como hacía siempre que algo la escandalizaba, sobre todo si podía afectar su posición social. Y con esa inquietud en mente, quiso saber:

—¿Se ha enterado el licenciado Gaitán de vuestro paseo?

—Me ha enviado él, madre.

Sus dedos aferraron su rosario, como si fuese a flagelarme con él:

—Sin duda, como castigo. Me consta que lo habéis decepcionado. Él esperaba mucho de vos…

—¿Y cómo sabéis eso? ¿Habláis con el inquisidor acaso?

—Las madres lo sabemos todo de nuestros hijos. Venid acá: voy a curaros para que no vayáis por ahí como borracho de pulpería.

—Ya me han curado. Estaré bien.

—¿Quién os ha curado? ¿Quién puede hacerlo mejor que vuestra madre?

—Otra madre.

Di por terminada esa conversación y me acerqué a mi cama. Se me cerraban los ojos y quería dar ese día por terminado cuanto antes. Pero uno nunca da nada por terminado hasta que lo decida la mujer que lo tuvo en su vientre.

—He hecho grandes esfuerzos, Alonso, por educaros y daros una posición. He dedicado mi vida a ello. ¿Vais a estropearlo ahora?

En verdad, mi madre solo había dedicado la mitad de su vida a procurarme un lugar en la sociedad. La otra mitad la había dedicado a machacarme recordándomelo. Entre rezo y rezo, siempre se daba maña para freírme a reproches por mi poca gratitud, por mi falta de ambición o por lo mal que supuestamente aprovechaba yo sus cuidados debido a mi apatía y mi carácter reservado.

Tenía yo claro que, a fin de cuentas, no era mi posición la que buscaba mi madre, sino la suya propia, pues hacía suyos todos mis progresos. Por ejemplo, todo este tiempo mío sin sueldo ya lo había aprovechado ella para buscar clientes de la tienda entre las autoridades. Incluso alguna vez había confeccionado los horrendos trajes y capirotes que llevaban los penitentes en los autos de fe. Sin embargo, si en algo tenía ella razón, es que mi talante, más conformista que el suyo, me conduce a evitar conflictos y ahorrar discusiones. En vez de echarle en cara sus manejos y manipulaciones, por lo general prefería yo aplacar sus arrebatos y marcharme a dormir. Esa precisamente era mi intención en ese momento:

—Si seguís gritando, madre, no me dejaréis pronunciar mis oraciones al Ángel de la guarda…

—¿Qué ángel os va a guardar si no os guardáis ni siquiera vos? Ojalá estuviera aquí vuestro padre.

La mención a mi padre tuvo en mis entrañas el efecto de un huevo podrido. Algo dentro de mí se rebeló, se enredó, y buscó su camino hacia el exterior, quemando el suelo a su paso, como la erupción de un volcán.

—¿Por qué? —alcé la voz—. ¿Qué haría mi padre acá? ¡Decidme!

—¿Me estáis hablando a mí así?

Quedó ella atónita, ya que nunca me había escuchado hablarle con esa insolencia. Incluso quedé atónito yo, pues una vez liberada la estampida de mis dudas, nada podía hacer yo mismo para contenerla.

—Quiero saber qué haría mi padre de estar aquí. ¡De hecho, quiero saber

por qué demonios no está aquí!

Se dio vuelta mi madre, con el rostro constreñido de indignación, y dirigió sus pasos acelerados hacia la puerta. Pero ya entrados en la discusión, no pensaba yo dejar pasar la oportunidad de concluirla, puesto que quizá tal ocasión no se repitiese jamás. Me adelanté a mi madre y bruscamente me interpuse entre su cuerpo y la puerta.

—No saldréis hasta que tenga yo una respuesta.

Ella retrocedió, ahora más asustada que enfadada, mascullando la fórmula que solía empezar al hablar de mi padre:

—Mi Pedro se ha partido el lomo trabajando toda su vida para que nada falte a su familia…

—¡Me ha faltado él!

De tanto andar hacia atrás, su espalda dio contra la pared. No le quedaba ya más espacio por dónde escurrirse.

—Siempre ha querido encontrar una ocupación en Lima, pero ya sabéis que sus enemigos le complican la vida. Es muy envidiosa esta ciudad, sobre todo de los hombres justos y honrados.

—¿No manda sus yucas para acá? ¿No puede venir acompañándolas? ¿No puede pasar acaso unas noches con su mujer y su hijo? ¿O nosotros ir a buscarlo?

—¿Y con quién dejo yo la tienda entonces en esta ciudad de ladrones?

—¡No he visto nunca a mi padre! ¡No sé cómo es su rostro!

Ante esta explosión de ira, mi madre se hizo más pequeña. Resbaló su espalda por la pared. Sus piernas se hicieron un ovillo al derretirse en el suelo. Ahora, el sonido de su voz se hizo más lastimero que el de un cuculí herido:

—Claro que lo habéis visto. Durante años. ¿Cómo podéis mentir así? Jugabais con él a hacer carreras en el río. Os hacía cosquillas en la barriga y casi reventabais de la risa. Dibujabais…

—… monigotes con carbón en las paredes —completé su frase. Mi madre poseía un repertorio de recuerdos que repetía sin cesar. Frases hechas sobre un pasado feliz, que ponían en su boca una sonrisa blanda. De tanto escucharlas, daba yo por ciertas esas memorias. Durante mucho tiempo, incluso había creído guardar las imágenes visuales de ese pasado que, sin embargo, desde hacía un tiempo, sentía deshacerse en mis manos como arena seca, confundidas con otras imágenes, tomadas de lecturas escolares y conversaciones ajenas.

—Si eso es verdad, ¿por qué dejó de venir? ¿Por qué se aburrió de nosotros?

Se recogió mi madre del suelo, y con ella levantó los pedazos rotos de su ánimo.

—Los indios de Quives son chúcaros, ya sabéis. No se les puede dejar solos sin que monten una revuelta o un aquelarre. Pedro ahora está tratando de que lo transfieran a otra encomienda, en Cuzco. Acaso entonces podamos darle alcance,

pues sí es esa ciudad importante, donde yo pueda vender mis paños. Incluso hay una sede del tribunal para vos. En sus cartas me cuenta sus planes de encontrarnos todos allá…

Conocía yo aquellas cartas. Mi padre las había enviado durante toda mi vida. Mi madre, al recibirlas, me las leía sentada en la rueca, con lágrimas en los ojos, hasta que el invierno anterior yo había desertado de ese ritual melancólico.

Hablaban las cartas de lo bueno que era el clima de Quives, más soleado que el de Lima, y de lo mucho que apreciaban a mi padre sus superiores, debido a su buen hacer. También contaba lo difícil que era el trabajo, y lo solo que se sentía él con tan pocos españoles alrededor para entablar relación. Precisamente por haber escuchado a mi padre por boca de mi madre cada mes durante toda mi vida, por saber de sus rutinas, sus sudores y deseos, es que se me hizo muy difícil decir lo que a continuación dije:

—No hay ningún Pedro Morales en Quives.

Cambió por completo el rostro de mi madre ante esta declaración. Se congeló hasta parecerse a los bustos de mármol de los antiguos, esos que tienen los ojos sin vida.

—¿Qué decís?

—Me lo ha dicho hoy una señora que ha vivido ahí por años. Pero no es la primera. Hace tiempo que busco a todos los que hayan pasado por Quives. Pregunto en pulperías y a los conductores de carrozas. Nadie ha oído hablar del tal Pedro Morales.

—Cuando vuestro padre os vea, castigará vuestro atrevimiento con azotes…

—Tampoco hay parientes, ni padres ni hermanos que hablen de él. No figura en los registros mercantiles ni de la audiencia. ¿Qué es mi padre entonces? ¿Un fantasma? O peor aún. ¿Un desterrado, como los cimarrones?

Se levantó mi madre, y ahora sí, se dirigió hacia la puerta con tal ímpetu que no fui capaz de detenerla. Pues mis preguntas me habían dejado a mí sin resuello, y la habían cargado a ella con la energía de la rabia, que masticaba amargamente.

—Vos no sois así, hijo. Os ha poseído un demonio, eso está claro. El licenciado Gaitán tiene razón en preocuparse…

—¿Porque quiero saber quién es mi padre y dónde está?

Abrió la puerta ella, pero no para marcharse. Lo que hizo fue mostrarme la tiniebla del exterior para invitarme a regresar a ella. Pues no eran horas en que una mujer pudiese andar sola por la calle y, por último, no era nuestra casa más mía que suya.

—Fuera —me ordenó, ya no a gritos, sino más bien al contrario, poseída por una calma nueva y digna—. Idos a la oscuridad como os corresponde. Porque queréis iluminar lo que bien guardado está en las catacumbas del pasado. No entendéis que si alguna luz llega hasta ahí no vendrá del cielo, sino de las llamas

del infierno.

12

Como ya he dicho, era clara la noche. Con la sola guía de la luna y las estrellas, que formaban una cúpula de luces en la negrura, podría haber llegado a cualquier lugar en la ciudad. Mi problema era que no tenía a dónde ir.

Pensé en buscar cobijo en el edificio del tribunal, en alguna celda vacía o incluso, si podía hacerme de mantas para abrigarme, en una mazmorra. Por lo menos ahí me franquearían la entrada, lo que no podía decirse de ninguna otra parte. De modo que hacia ahí me llevaron mis pasos lastimeros.

Pero según avanzaban mis pies por el suelo, mi cabeza volaba en otra dirección. O en múltiples direcciones que chocaban entre sí. Pues el orden de mis esferas celestes había quedado dañado y el mundo parecía al revés: el inquisidor, un hombre sabio, me había mandado a la muerte. La hechicera me había salvado la vida. Los cimarrones, esos sicarios sin compasión, me habían perdonado. Y, por último, mi propio padre se había desvanecido en el aire.

Traté de dar forma a una imagen del rostro de mi padre. Quería rememorar un pedazo de su anatomía. Al menos una nariz o una barba, un suelo donde tocar fondo en el abismo de mis dudas. Ninguna visión acudió a mi llamado. Yo era hijo del viento, de la nada, de una negrura aún más acentuada que la que me rodeaba. Y como mis pensamientos correteaban con la dispersión de unos cachorros en el monte, la idea de negrura los llevó hacia otro lugar, aún más lejano.

Al llegar frente a la fachada del Santo Oficio, ya había descartado ese plan. No me detuve. Ni siquiera me dejé ver por los guardias. Más bien lo contrario: agaché la cabeza e intenté pasar desapercibido. Pues ya una nueva idea se concretaba en mi cabeza. O no una idea. Una intuición. Una locura. Un deseo.

Seguí avanzando, internándome en las callejuelas más laberínticas, refugiándome en las esquinas si sentía la cercanía de guardias y serenos, hasta llegar a Barrios Altos, y luego dar con el alto muro que buscaba. Al fin, me estrellé con él, y me aseguré de que nadie me había seguido. A partir de entonces, tuve que calcular la posición exacta de lo que buscaba. Debía hallarse doblando a mi derecha, en dirección hacia el monasterio de La Concepción. Palpando la muralla, tomé ese camino.

Dos veces me confundí y me metí entre arbustos llenos de espinas, pinchando dolorosamente mis heridas. Una tercera estuve a punto de abandonar

mi propósito, pensando que nunca sería capaz de encontrar el lugar. Y aún una más, los escrúpulos morales me tentaron a volver a casa, pedir perdón y seguir con mi vida. Pero se habían vuelto débiles esos escrúpulos, ahora que todo en mi vida parecía falsedad y disfraz.

Por fin, di con un nuevo arbusto, casi ya donde la esquina doblaba hacia el monasterio de los carmelitas. Carecía este de espinas, a diferencia de los anteriores, y el suelo bajo sus ramas parecía haber sido horadado ex profeso para trasplantarlo. Todo parecía indicar que al fin me encontraba en mi destino.

Cuando me agaché, en efecto, sentí que la pared cedía al empujarla, pues no era pared, sino una tabla de madera ahí apoyada. Aparté dicha tabla y metí el brazo. Tal como esperaba, nada obstruyó el paso de mi mano. Me acosté entonces en el suelo y avancé como un gusano, apoyándome en los hombros. El agujero atravesaba limpiamente el muro, y permitía el paso de una persona sin atascarse.

Ya en el interior, reconocí la celda apartada que había sido de la novicia Ignacia y, donde en su momento, había encontrado yo las citas del Apocalipsis y el escudo diabólico. Pasar por el agujero que usaba el mismo Satanás para entrar a copular con una sierva de Dios incomodó mi consciencia y me paralizó antes de continuar. No obstante, me impulsaba una fuerza más grande que yo. Acaso tenía razón mi madre, y la vieja bruja de los cimarrones me había metido un demonio en el cuerpo.

Continué de todos modos, sordo a las advertencias del buen sentido, y deambulé sigiloso por esa pequeña república de mujeres. Siguiendo los canales de desagüe, pasé el jardín y el claustro, hasta el ducto bajo que usaban las monjas para lavar sus hábitos. Entonces reconocí, entre las calles empedradas, la celda que buscaba.

Mucho era el riesgo de entrar en la celda de la superiora a medianoche y sin invitación. Pero recordaba yo grande ese lugar, al menos lo suficiente para ingresar sin ser oído. La abadesa Mencia dormía, según tenía yo entendido, en un aposento lateral. Y a mí me interesaba seguir hacia la cocina, como en efecto hice, pisando con el mayor cuidado sobre la alfombra.

La cocina tenía un lado abierto a un patio, por el cual llegaba la luz de luna. Las ollas y los otros utensilios, como cuchillos y atizadores, reflejaban esa iluminación, que enseñaba el camino hacia un último aposento, sin duda construido originalmente para las criadas. Me acerqué a ese aposento, y ahí encontré a Jerónima, tumbada entre mantas y jergones, pero despierta, con sus enormes ojos dirigidos hacia la puerta, es decir, hacia mí.

—¿Vos?

—¿Os asusta mi presencia?

La mulata miró a un lado y otro. Reconocí los tirabuzones rebeldes de sus cabellos rodeando su cabeza como el yelmo de un guerrero. No parecía asustada.

Me costaba imaginarla teniéndole miedo a nada.

—Pensé que sería la abadesa —dijo—. A veces viene. Cuando no puede conciliar el sueño.

—¿Por qué no dormís en el aposento de ella?

—Antes lo hacía. Ahora tiene una criada.

Noté un filo de resentimiento en estas palabras, el fastidio de quien ha sido destituido de un alto cargo. Pero de inmediato, cobró consciencia del momento y los riesgos:

—Tenéis que marcharos.

Interpreté su orden como una señal de preocupación, no de repudio ni de temor. Pues no era yo el primer hombre que cruzaba los muros de Santa Clara. Quizá ni siquiera el primer hombre que llegaba hasta ese aposento. Y tampoco era difícil gritar ante la llegada de un extraño indeseado. Así que dije lo que había ido ahí a decir:

—No tengo padre.

—¿Qué?

—No lo conozco. Me abandonó al nacer. Nunca volvió a buscarme.

—¿Habéis venido ahora para decirme eso?

Me di cuenta de que gritaba en silencio. Su voz sonaba alterada por la situación, pero sus cuerdas vocales no vibraban. No pude evitar una pequeña risa por lo absurdo de la conversación. Pero a continuación, intenté explicarme mejor:

—Vos me preguntasteis ayer cómo es tener padres. Yo necesito saber ahora cómo es no tenerlos.

—¿Estáis borracho?

—No. Estoy solo. Todas las ideas que me acompañaban me han abandonado.

Ella se sentó sin dejar de mirarme. Usaba para dormir un hábito muy holgado, y pude adivinar el nacimiento de sus pechos que colgaban en la oscuridad.

—Venid —dijo.

Me dejó sentarme a su lado, pero sin las mañas de las mujeres pagadas, que rápidamente tocan las partes de los hombres para acelerar su servicio y sacar más dinero por su tiempo. Tan solo me tomó una mano y susurró, ahora muy cerca de mi oído.

—No parecéis un alguacil. De hecho, ni siquiera parecéis un hombre.

—No he venido a que me insultéis.

—Quiero decir que parecéis algo mejor.

Nadie me había dicho jamás palabras tiernas. Nadie me había hablado siquiera tan cerca del oído. Lejos de enardecerme o presumir, sentí que un millón de lágrimas acudían a mis ojos. Intenté contenerlas, pero rompieron todos los

diques.

Jerónima no dijo nada. Solo acercó sus manos. Tenía las palmas más blancas que el resto del cuerpo, y las colocó a ambos lados de mi rostro, enjugando las aguas que corrían desde mis párpados. Después las retiró, y comenzó a barrer las lágrimas con su lengua. Su aliento olía a nueces, frutas y leche de oveja. Sus cabellos, espinas dulces, acariciaron mi piel.

Empujó suavemente mi cuerpo hacia atrás, hasta que los dos caímos recostados sobre la manta. Mientras ella me quitaba la ropa, la encontré demasiado diestra en esos menesteres como para que fuese la primera vez. No obstante, poco me importó esa deducción. Me dejé invadir por su aroma de sudor y cocina. Permití a sus manos recorrerme en libertad. Para cuando ella me encajó entre sus piernas, ya todas mis inquietudes parecían lejanas, todos los dogmas se habían derrumbado, todas mis angustias se pulverizaban, como antiguas construcciones abandonadas en un temblor de tierra.

III. DE LA GUERRA ENTRE LOS MINEROS

1

He hablado ya a Vuestras Mercedes sobre sodomitas, blasfemos, alumbrados, hechiceros y otros delincuentes que el Santo Oficio persigue en nombre de Dios. Todos ellos son conocidos también del tribunal de España. Pero aquí en los reinos de ultramar prolifera un delito en número mayor que en la Península, al punto que parece una peste que los hombres se contagian unos a otros. Me refiero a la bigamia.

Exige el sacramento matrimonial a los cónyuges mantenerse juntos «hasta que la muerte los separe». Sin embargo, la distancia debilita el juramento. Muchos son los españoles que, habiendo dejado legítima mujer en la Metrópoli, se llegan a estas tierras y fundan nuevo matrimonio, pues nadie aquí conoce de su pasado. Otros muchos, incluso criollos o mestizos, aprovechan que son estos territorios difíciles, llenos de escarpadas montañas o espesas junglas, y cambian de lugar para casarse de nuevo, abandonando sus hogares bendecidos en sacramento. Alguno hemos encontrado incluso en tercer o cuarto matrimonio. Los hay que se casan dos veces en la misma ciudad, durmiendo unas noches donde una esposa y las demás donde la otra.

Como dice el Concilio de Florencia: *poligamia seu pluralitas simultanea uxorum est iure divino prohibita*. En cumplimiento de este dogma, el Santo Oficio recibe e investiga las denuncias por multiplicar los casorios. Habitualmente tardan mucho estas pesquisas, sobre todo si el primer matrimonio se realizó allende los mares, pues es menester solicitar los documentos probatorios a la Península, y luego esperar que se tramite el pedido y crucen el océano dichos documentos, lo que toma al menos un año, si no es que se pierden o se mojan en el camino.

Otras veces, el supuesto bígamo no se casa en realidad, sino que, para conquistar los favores de una dama, soborna a un cómplice que se hace pasar por cura, y con su ayuda finge un matrimonio ante la Iglesia, que luego consuma en el lecho, eso sí sin fingimientos. Ese caso no se cuenta como delito de bigamia, pues no ha sido burlado Dios sino solo la dama en cuestión, lo cual se considera estafa y debe ser juzgado por los tribunales civiles ordinarios. Pero hasta saberlo, pueden pasar muchos años. Ha ocurrido más de una vez que el penitente fallece antes de sentarse en audiencia.

Por todo ello, aquella mañana húmeda y bochornosa, mientras golpeaba

unas aldabas del Portal de Botoneros, entre mercachifles y perros callejeros, yo sabía que podía dar comienzo un trámite más largo que mi propia vida. Aun así, no pensaba abandonar mis sagrados deberes.

—¡Abrid al Santo Oficio! —exigí.

Tras mucho aldabonazo, me abrió la puerta una esclava que apenas hablaba algo más que su lengua africana. Miró a todos lados para asegurarse de que venía yo solo. Y una vez que lo tuvo claro, me dejó entrar. Detrás de la puerta, otro esclavo blandía un machete, que llevaba preparado para descargar sobre mi cuello. Y no lo bajó ni siquiera mientras trataba yo de entenderme con la otra en su español deshuesado:

—No tiene visita. No sabe bueno…

—Vengo en cumplimiento de las leyes de Dios y del Imperio.

—No sabe bueno…

—¡No neguéis el paso al Santo Tribunal de la Inquisición!

—No tiene. No…

—¿Dónde está Juan de Urbieta?

En cuanto pronuncié dicho nombre, miró ella al del machete, que bajó su arma y dijo algo incomprensible. Debía haberme yo ganado su confianza, pues se pusieron en marcha conmigo hacia el interior de la casa.

Me condujeron por un largo pasillo alfombrado de terciopelo, a cuyos lados se adivinaban muebles de maderas exquisitas y retratos de prohombres. Finalmente llegamos a un patio central, que tenía su propio pozo en el centro, rodeado por todas partes de palmeras, helechos y geranios. De alzarse una rebelión de indios, los ocupantes de esa casa podrían guarecerse ocultos y apertrechados de agua en su propio patio.

Esperé solo junto al pozo lo que tarda un sermón en la misa, y cuando ya comenzaba a impacientarme, apareció el tal Juan de Urbieta. A primera vista, era el hombre completamente diferente de sus sirvientes. Andaba con seguridad, dueño tanto de sí como de sus alrededores, y vestía un sayo de seda y una ropilla de tafetán, todo en colores intensos y alegres, decorado con pasamanerías de oro y plata. Se habría podido alimentar a un ejército con lo que costaban sus prendas.

—Me sorprende la aparición del Santo Oficio en mi casa —dijo como frío saludo, con aspecto de tener prisas—. Soy hombre de fe. Pago mis tributos a Dios y al rey. Y no se me ha oído jamás palabra contra su autoridad.

—Don Juan de Urbieta, vengo a prenderos bajo la acusación de bigamia en la persona de Eugenia Castillo, a quien habéis desposado en la villa imperial de Potosí, teniendo como tenéis legítima mujer y dos hijos allende los mares en Álava.

No pude entender qué dijeron sus ojos entonces. No dejaba su rostro entrever si se sentía sorprendido o esperaba mi llegada.

—¿De dónde habéis sacado semejantes infundios? —preguntó. Tenía el acento de los vascongados que habitan en el norte de España, y también su apellido sonaba como de ese origen.

—La denuncia llega desde Potosí —expliqué—. Yo me limito a darle trámite.

—Han sido esos vicuñas, hijos del diablo, ¿verdad?

—No sé de qué habláis. Pero si la denuncia es falsa, no deberíais temer al tribunal. Incluso si es verdadera, vuestra posición social os garantizará una pena benigna… considerando la gravedad que implica el sentir mal de la fe del sacramento del matrimonio.

—¿Estáis conchabado con ellos? ¿Sois su mensajero? ¿Os han pagado para buscarme?

A mi alrededor, entre las plantas, cobraron forma tres o cuatro negros, incluido el mismo de antes, armados con dagas y espadas, que se acercaban con los ojos rojos y las mandíbulas apretadas. Todos sus movimientos eran muy lentos, tensos y expectantes, como gallos de pelea esperando que los suelten en el ruedo.

Desde mi caída en desgracia, no tenía yo el derecho de llevar guardias a mis detenciones, pues se suponía que mis nuevos deberes no requerían de mayores escoltas. Como si un fornicador no tuviese más armas que su miembro viril. Al ver a los custodios del bígamo, pensé que acaso fuese este encargo una nueva estratagema del licenciado Gaitán para librarse de mí por acción de otros. En todo caso, me convenía mantener el aplomo, como si las más altas esferas me apoyasen, y así lo hice.

—Os sugiero no oponer resistencia —advertí, llevando la mano a la empuñadura de mi espada—, so pena de agravar los cargos.

Y cuando ya me veía atravesado por las dagas de esos negros, llegaron de la boca de Juan de Urbieta las palabras salvadoras:

—Dejadlo —ordenó a sus sirvientes—. No necesito más enemigos.

Aunque nadie se movió en apariencia, vibró en el aire la sensación de que todos soltábamos nuestros músculos, abandonábamos nuestras armas y relajábamos nuestras miradas.

Se entregó así Juan de Urbieta, y en reconocimiento de su talante pacífico y posición social, no até sus manos ni exhibí su condición de penitente en modo alguno. Cuando bajamos al Portal de Botoneros, se habría dicho que éramos solo dos amigos, adinerado el uno, armado el otro, que salían de compras a la plaza.

Nos mezclamos entre los mercachifles y los perros callejeros, abriéndonos paso por la ciudad atestada y maloliente en dirección al tribunal. Debido a los lujosos ropajes de mi cautivo, a cada paso salía a nuestro encuentro un niño famélico y nos pedía unas monedas para comer, aunque bien sabía yo que muchos

de esos niños no eran tan pobres. Era frecuente que los padres usasen a los niños para ganarse un dinero que gastarse en bebidas y vicios.

A la altura del seminario, comencé a notar por la calle una cantidad inusual de sombreros grandes de lana, como los que se usan en las zonas altas para protegerse del sol, que en esos parajes queda más cerca y quema más que junto al mar. Nada de raro tenía ver dichos sombreros en la capital, pues con frecuencia los lucían los arrieros o mineros que transportaban el azogue o la plata hacia el puerto del Callao. Pero después de uno apareció otro, y luego tres más, y así, hasta que su cantidad comenzó a hacerse notoria a nuestro alrededor. Y Juan de Urbieta se fue poniendo más molesto a cada sombrero:

—Son ellos. Vienen a por mí. No han puesto la denuncia para irritarme, sino para sacarme de mi casa y tenerme a tiro.

No tuve siquiera tiempo para preguntar de qué o de quién hablaba, pues ya nos encontrábamos en medio de un remolino de dichos sombreros, y bajo cada uno de ellos, se desnudó el brillo de una espada. Una voz a mis espaldas proclamó:

—¡Juan de Urbieta! ¿Creíais que en la capital os salvarías de nuestra venganza? ¡Más largas son nuestras espadas que vuestra cobardía!

Sin decir más, una estocada nos interrumpió el paso. E iba dirigida al pecho de mi cautivo. Apenas tuve tiempo de detenerla con mi propia espada y reclamar la autoridad que me correspondía:

—¡Estáis interfiriendo con las labores del Santo Oficio! ¡Apartad!

—¡Apartaos vos o corred la misma suerte!

Se cruzó mi acero con el de dos atacantes, y mi prisionero retrocedió hasta chocar su espalda con una pared. Había empezado yo esa pelea sin consciencia de la cantidad de enemigos que debería enfrentar, y mientras la libraba, nuevos sombreros se fueron sumando a los primeros hasta ser más o menos unos diez. Me imaginé muerto ahí mismo por inferioridad en número. Pero en ese momento, nuevas espadas y machetes de campo se sumaron a mi lado y, en cuestión de instantes, ya no era un linchamiento, sino una batalla campal lo que ahí ocurría.

Por lo visto, los negros de Juan de Urbieta nos habían seguido. Y ahora, se enfrentaban a nuestros atacantes con tanto arrojo como torpeza, con lances feroces, pero poco certeros.

Los transeúntes que tenían la mala suerte de andar por esa calle escaparon corriendo, algunos de ellos con un buen tajo en la pierna, pero los más jóvenes formaron un círculo a nuestro alrededor, aunque no demasiado cerca, para no perderse una buena lucha. Y por instinto, apoyaron a los blancos, es decir, a nuestros rivales, que por su acento y aspecto debían tener orígenes españoles y criollos.

—¡Matadlos!

—¡Que no hay negro bueno sino el negro muerto!

—¡Ja, ja! ¡Un peso de a nueve a que hoy corre sangre oscura!

Con ser muchos los custodios de Urbieta, eran más nuestros agresores. Y fueron empujando por todos los lados, acercando sus puntas a nuestras frentes y nuestros pechos, hasta arrinconarnos contra una esquina, donde su patrón aguardaba la muerte en cuanto cayésemos sus defensores. Yo llegué a arrepentirme de haberme interpuesto entre el adinerado y sus asesinos, pues, al fin y al cabo, nada me jugaba yo en ese entuerto. Pero ya era tarde para escabullirme entre los filos sin salir pinchado y fileteado.

—¿Osaréis matar a un alguacil de la Inquisición?

—¡Y al mismo rey si hace falta! —respondió alguien entre la turba de asesinos.

Brotó la sangre del brazo de un negro, y otro cayó al suelo. Yo ataqué al espadachín que lo había tumbado, pues su arma había quedado enterrada en la carne del vencido. Pero entonces sentí un corte en la mano que tenía libre, como la mordedura de una serpiente, y por el lado que había dejado descubierto, se colaron nuevos mandobles y envites.

Cuando ya me daba por perdido y me encomendaba al cielo para que me abriese las puertas, sentí un murmullo de cascos entrechocar contra el empedrado del suelo. Se acercaba un grupo de jinetes que, al alcanzarnos, cercó nuestro zafarrancho. Si llegaban a ser compañeros de los sombreros, podía haberme yo despedido de toda esperanza. Pero constaté con alivio que los recién llegados llevaban el uniforme de los lanceros del palacio, y sus largas armas apuntaban a separarnos de nuestros enemigos, no a sumarse a la lucha.

—En nombre del virrey —gritó el capitán de los recién llegados—. ¿Os habéis vuelto locos?

—¡Nosotros solo nos defendemos! —expliqué sin dejar de pelear y, a continuación, grité mi nombre y mi cargo que, por si fuera poco, confirmaban mis insignias y mi vara, aunque esta última había rodado por el suelo hacía buen rato.

Al entender que se hallaban ante un funcionario del reino, y constatar que los otros no cejaban en su ataque, los lanceros tomaron posición de nuestro lado. La lucha invirtió ahora su desnivel y, poco a poco, fuimos dando pasos adelante, acorralando nosotros a quienes antes nos acorralaban. De gran ayuda fueron los caballos para cambiar las tornas, y comoquiera que podían llegarles refuerzos en cualquier momento, los de los sombreros comenzaron a amilanarse.

—¡Retirada! —gritó por fin uno, el que parecía liderar a la tropa.

Entonces, los dos más grandes de entre ellos se adelantaron y dieron la pelea solos, mientras los otros se escurrían hacia los curiosos que aplaudían la pelea.

Todo esto duró apenas unos instantes, hasta que los escoltas también retrocedieron para confundirse con la gente. Conforme se mezclaban entre la multitud, los guerreros se iban quitando sus sombreros y escondiéndolos bajos sus capas. Y de ese modo se hacían invisibles a nuestros ojos.

Como quiera que los lanceros preferían no arrojar sus caballos contra los transeúntes, los negros se encontraban al límite de sus fuerzas, y yo mismo no tenía por misión andar persiguiendo sicarios, sino cuidar de mi prisionero, tuvimos que dejar marchar a nuestros atacantes.

En respuesta, los testigos que se habían reunido para disfrutar del espectáculo profirieron exclamaciones de aburrimiento. Al ver que no les quedaba más diversión, se dispersaron, indiferentes a los actores de la función que ahí quedábamos, heridos y sangrados, pero sin más interés para el público que los vendedores de camote frito. Afortunadamente, al desplazarse todos ellos, quedó expuesta mi vara de alguacil entre el empedrado. Lo primero que hice fue recuperarla.

—Debo llevar a don Juan a interrogar —afirmé entonces, fiel a mi deber y aliviado al notar que el susodicho seguía a mi lado, de hecho, demasiado asustado para intentar escapar.

—Llevadme rápido —rogó él.

—Nosotros os acompañamos —terció el capitán de lanceros.

Para mi sorpresa, todos los presentes me escoltaron a mi destino. Formábamos una procesión lastimera, los despojos sanguinolentos de un combate. Paradójicamente, el único que mantenía la dignidad al andar era el prisionero, que aparte de ser el mejor vestido, se había librado de las heridas gracias a su improvisado ejército.

Al llegar a la puerta del tribunal, se volvió don Juan a sus fieles custodios:

—Volved a casa y que curen vuestras heridas. Y no tengáis miedo de decir que habéis sido heroicos en mi defensa. Os compensaré con creces a mi regreso.

Se hincaron los negros en reverencia a su amo, incluso los que tenían heridas en las piernas, y desaparecieron en dirección a la Plaza Mayor. El alcaide de la mazmorra salió a recibirme junto al reo. Tras dejar a don Juan en manos seguras, siempre con la advertencia de respetar su posición social, me acerqué a despedir a la guardia de lanceros.

—Habéis actuado bien —agradecí—, en defensa del interés de Dios.

Entonces el capitán, que mantenía un aspecto decoroso, aunque su cabalgadura tenía heridas en el costado, respondió:

—Aún no hemos terminado.

—No os preocupéis. El penitente queda en manos del tribunal.

Se miraron los lanceros entre ellos, según me pareció, con un matiz de burla. El capitán retomó la palabra:

—No somos los centinelas de vuestro reo.

—¿Y entonces? ¿Qué buscáis?

Mi pregunta fue servicial, en busca de una manera de corresponder al esfuerzo que ellos habían hecho. La respuesta, en cambio, fue seca, resolutiva, diríase por su tono que incluso condenatoria:

—A vos. Tenemos orden de llevaros a rendir cuentas.

2

De todos los edificios de la Ciudad de los Reyes, debe ser el palacio de gobierno el más conocido y menos visitado por los simples como yo. Pues, aunque todos tenemos sus fachadas a la vista con solo atravesar la Plaza Mayor o acudir a misa en la catedral, solo franquean sus puertas las personas de alcurnia, los generales y los obispos, que son quienes deliberan con el virrey para la mejor y más noble administración de sus dominios. Por eso, mientras me escoltaban los lanceros por las calles, dándome un aspecto de prisionero mucho mayor que el que había tenido mi prisionero Juan de Urbieta, era el palacio el último lugar a donde esperaba ser conducido.

Y sin embargo, hasta ahí nos dirigimos.

Si me había parecido lujosa la casa del Portal de Botoneros, mucho más me lo pareció la morada de nuestro gobernante. Aunque su exterior solía quedar cubierto por los mostradores de pescaderos, los puestos de los esclavistas y la mierda de los burros que todo eso transportaban, lo cierto es que su interior maravillaba por las ricas telas que cubrían sus muebles y los inmensos lienzos de imágenes bíblicas, así como los retratos de los reyes de España que hacían fila en sus muros. Si el patio del vascongado me había parecido un pequeño bosque, el del palacio virreinal asemejaba un jardín colgante, con rosales por todo el suelo y las paredes decoradas de macetas hasta arriba.

Durante mi recorrido por esas suntuosas salas, ya solo me acompañaba un lancero. Sus compañeros se habían quedado con mi vara y mi espada, y aunque no me habían encadenado, temía yo que me enviasen a interrogar donde algún militar. Mis visitas recientes al Cercado de Indios y a la tribu de los cimarrones o, Dios me perdone, mis constantes merodeos nocturnos por la celda de la donada Jerónima que, a pesar de mi voluntad, no conseguía yo detener, podían haber atraído las sospechas de la guardia en mi contra.

Como esperaba terminar en algún sótano de tormentos, fue una gran sorpresa recorrer cámaras cada vez más lujosas hasta el mismísimo salón de la corte del virrey, ante cuyas puertas de madera labrada, el lancero dijo algo en el oído de un lacayo.

—De aquí solo se sale mucho mejor o mucho peor de como se entra —me advirtió el guardia al despedirme—. Que Dios sea con vos.

Y sin darme tiempo a preguntar por el significado de aquellas palabras, el lacayo abrió las puertas y anunció:

—¡Alonso Morales, alguacil del Santo Oficio!

Entré entonces a una larga estancia, donde gentes de buena planta, ricamente ataviadas con brocados y tafetanes, formaban un pasillo humano que desembocaba en un estrado forrado de terciopelo rojo. Me quedé ahí de pie, en medio del silencio, observado fijamente por todos los presentes, hasta que el susodicho lacayo me susurró al oído:

—¡Avanzad!

Obedecí. Los primeros cortesanos estaban de pie, los siguientes sentados, y conforme me adelantaba yo por el pasillo, los asientos se iban haciendo más cómodos y amplios, con más cojines y alfombrillas, y sus dueños me dirigían miradas más despectivas y aburridas.

—Yo os conozco. —Me llegó una voz desde las alturas—. Nos hemos visto antes.

Encima del estrado, en el centro, frente a un tejido con el escudo heráldico de los Austrias, lleno de coronas, leones y castillos, se encontraba el trono virreinal, y era este tan alto que su ocupante parecía observarme desde el tejado de un edificio. A pesar de semejante parafernalia, no conseguía disimular el príncipe de Esquilache su estatura ridícula. Más bien al contrario, la enormidad del escenario realzaba la pequeñez de su protagonista.

Me sentí obligado a responder:

—Nos vimos brevemente el día de la llegada de Su Excelencia…

—Sssshhhtttt… —me silenciaron al unísono todos los presentes. Se extendió por la sala un rumor de desaprobación. Ante mi desconcierto, otra voz desde el estrado me explicó:

—Su Excelencia no os ha autorizado a hablar.

Era el secretario de gobernación, el mismo que, en contra del protocolo, se había negado a entregarme las armas semanas antes, durante el frustrado auto de fe de la recepción al virrey. Ahora, tomaba el secretario posición de pie a la diestra de su señor. Al oírlo, callé obedientemente. El secretario acercó su boca al oído del príncipe y musitó unas palabras.

Solo entonces me recordó el ocupante del trono. Se iluminó su rostro y abrió las manos a los lados de su cabeza mientras exclamaba:

—¡Ah, sí! Sois aquel petimetre impertinente de aquel acto de recepción infame… ¿Cómo está vuestro señor, el licenciado Gaitán? ¿Ha fallecido ya, por gracia divina?

Un nuevo murmullo, esta vez de risa, se extendió a mi alrededor, y llegó a sonar exageradamente atronador. Competían los cortesanos por mostrarse cada cual más complacido ante el ingenio del representante del rey. Tras el rumor,

sobrevino un nuevo silencio sepulcral.

El príncipe de Esquilache se miró nuevamente con su secretario de gobernación, y como si hubiera recibido una orden, me informó este último:

—Ahora podéis hablar.

—El inquisidor está bien —respondí, aunque no tenía la menor idea de cómo estaba él en realidad, pues llevaba el licenciado semanas sin hablarme.

—Qué lástima —respondió Su Excelencia. Y esta vez, en vez de contentos, los cortesanos pusieron caras de genuino pesar. Por no ser menos, los imité, aunque traté de no compungirme de más, no fuese alguien de ahí a comunicárselo a Gaitán, que ya bastantes problemas tenía yo con él.

Tampoco quise yo preguntar para qué había sido llamado a presencia del virrey, pues al parecer, era potestad de mi anfitrión comunicármelo en caso de considerarlo conveniente. Y de no considerarlo él, no tenía yo derecho a saberlo, como quedó claro por su siguiente apelación a mi persona:

—¿Queréis oír un poema?

—¿Señor?

Me miró con gesto de decepción.

—El otro día hablabais sin permiso. Hoy sois mudo y sordo. Os he preguntado si queréis oír un poema. Lo he escrito yo mismo.

—Eehh… ¿Escribís poemas?

—Y comedias teatrales. Sueño con poner una en el corral de San Agustín. No me pierdo un solo estreno. ¿Os imagináis encontrarme presente en el de mi propia pieza, mientras cobran vida los personajes que han poblado mis fantasías? Me hace ilusión.

—No soy quién para juzgar el arte —admití desde mi ignorancia.

—Pues deberíais. Pues alimenta el alma.

Suspiró el virrey, como pensando en cosas de gran tristeza, y continuó:

—A veces, me invade la melancolía, y me siento incapaz de ocuparme de las pequeñeces que me traen todos estos ordinarios. —Aquí hizo un gesto amplio, que podía señalar a todos los presentes o a todos los habitantes del reino—. Entonces, me consuelo escribiendo. Precisamente hoy, me he sentido inspirado. ¿Queréis que os lea?

No supe qué pensar ni qué decir. Temía cometer un error imperdonable que me costase el puesto o incluso el cuello. Tampoco me sentía capaz de girar la cabeza en busca de consejo. Por suerte, el secretario de gobernación se hallaba a espaldas del virrey, y asintió con la cabeza, dándome así la señal de hacer lo mismo.

—Sería un gran honor, señor…

—¡Su Excelencia! —me corrigió, ahora sí de viva voz, el dicho secretario.

—Sería un gran honor, Su Excelencia.

Sonrió el príncipe de Esquilache, visiblemente complacido por mi interés. De entre las sedas que lo cubrían, extrajo un folio, que abrió y aplanó con las manos. Ahora parecía sorprendentemente inseguro, como un niño intentando maravillar a sus mayores con alguna gracia. Y en su actitud hasta un punto tierna, no supe yo si interpretar una honda humanidad o una suprema chifladura. Como fuera, se aclaró su noble garganta, alzó el mentón, y con la voz engolada de un actor de comedia, comenzó a declamar:

Si a Filis por qué llora le pregunto,
que no es del alma su tristeza jura;
mas yo por la inquietud de su hermosura,
que son de amor las lágrimas barrunto.
Llorando niega y a sus penas junto
lo que ella siempre desmentir procura,
sin ver que encubre su infeliz cordura
en cuerpo alegre corazón difunto.
¡Qué pasos da su engaño tan perdidos!
¡Qué males tuerce una costumbre larga,
pues no la vencen máquinas ni ruegos!
¡Qué poco debe amor a los sentidos,
si al tiempo que el secreto les encarga,
juran los ojos contra el alma ciegos!

Al terminar de leer, se recogió sobre sí mismo el virrey, tembló su quijada por la emoción, y dos lágrimas descendieron por sus blancas mejillas hasta gotear blandamente sobre el trono. Los cortesanos entonces rompieron en aplausos emocionados y loas a su don poético, y no pocos de entre ellos se echaron a llorar a lágrima viva, profundamente conmovidos por lo que acaban de oír.

Había yo entendido muy poco del poema, de hecho, había perdido el hilo después de «pregunto». De todos modos, batí las palmas, suplicando en mi interior que nadie me pidiese interpretarlo u opinar sobre él. Por fortuna, mientras se secaba la cara, el virrey se limitó a hacer una pregunta más sencilla:

—¿Qué opináis del amor, alguacil Alonso?

Yo tiré de lo seguro: de las enseñanzas que había recibido desde la infancia, las cuales el reino aprobaba de manera oficial.

—Que está muy bien, Su Excelencia, siempre que se practique en el marco del sagrado matrimonio.

Con un sonoro empujón, vació el contenido de su nariz en un pañuelo, que luego entregó para su administración al secretario.

—Una respuesta muy correcta esa, alguacil. Sí, señor. Se nota que sois persona de fiar. Y de notable sensibilidad.

Continuaban aún los aplausos de algunos cortesanos, que no veían nunca el momento de terminar de adular a su señor. Solo cuando se terminó de apagar el entusiasmo general, el príncipe decidió entrar en materia:

—En fin, Alonso, que os he llamado por la reyerta de hace un rato.

Para mí, en ese momento, salió la luz del sol, pues por vez primera en ese salón de la corte, entendía yo el tema de una conversación. Animado por hallar una oportunidad de explayarme ante el virrey, expliqué:

—No he sido yo, señor…

—Su Excelencia —volvió a interrumpirme el secretario de gobernación.

—No he sido yo, Su Excelencia, quien ha tomado las armas. Mi única voluntad ha sido defender al vascongado para que responda ante el tribunal por los cargos en su contra. Ninguna otra consideración ha animado mi espada…

—Qué lástima —respondió melancólico el virrey, y entonces comprendí que yo no comprendía nada, ni siquiera cuando creía hacerlo—. Una verdadera lástima. Lástima, lástima, lástima, lástima…

En busca de ayuda, busqué con la mirada al secretario de gobernación. Pero mantuvo él la mirada en el frente, muy por encima de mi altura. Asumí que habría yo de conducirme sin ayuda por los laberintos del pensamiento del príncipe. Por fortuna, antes de que mi limitado entendimiento esbozase cualquier pensamiento erróneo, él mismo me invitó a hablar:

—¿Y cómo eran exactamente esos atacantes, Alonso?

—Poco puedo decir, Su Excelencia, cegado como estaba por la confusión y el susto. Pero alcancé a notar que llevaban enormes sombreros de lana de vicuña, como los chambergos que se usan en el altiplano.

—¡Oh, Dios! —suspiró el virrey, en un tono que atribuí por un instante a otro de sus poemas, pero terminó siendo el de un lamento verdadero—. Son ellos. ¿Ahora qué será de mí?

Y mientras él sollozaba, se lamentaba y se dolía, hizo una señal con su pañuelo al secretario que, por fin, aunque sin bajar la mirada a mi altura, más bien hablando para todos los presentes, explicó algo con cierta claridad:

—Los mineros de Potosí se han dividido en dos grupos que se hacen la guerra entre ellos por el control de los yacimientos. Ya han muerto mil personas y casi quinientos indios. Además, se han saqueado cincuenta casas. Uno de los bandos enfrentados es el de los vascongados, pues son todos oriundos de ese lugar. El otro se llama de los vicuñas, y en él se juntan extremeños, andaluces, castellanos y criollos, que se reconocen entre ellos porque todos llevan enormes sombreros fabricados con la lana de ese animal.

—¡Y quieren matarme! —concluyó el virrey, visiblemente afectado, abrazándose ahora al hombro de su secretario, como se aferran los infantes a sus madres cuando tienen pesadillas.

3

Sin expresar emoción alguna ante el abrazo, pues casi cualquier reacción habría resultado inadecuada, incluso delictiva, el secretario de gobernación continuó:

—Hemos detectado una conspiración de los vicuñas contra Su Excelencia. Está escrita en los mensajes que entre ellos intercambian. Además, hemos capturado a varios vicuñas que saquearon la casa del vascongado Francisco Oyanume, y de ahí robaron ocho mil marcos de plata e infinidad de alhajas y piedras preciosas, aparte de matar a más de cuarenta de sus contrarios. El caso es que, en la horca, antes de recibir castigo por esos crímenes, han gritado los vicuñas que pocos son hasta ahora sus desmanes, y que sus compañeros no cejarán hasta matar al virrey, quien a su entender, brinda apoyo a los vascongados.

—¡Es mentira! —chilló a todo esto el príncipe de Esquilache, como si tuviese que rendirme cuentas a mí—. ¡Es una burda patraña! En este reino endemoniado, se vuelven salvajes hasta los españoles de bien, e inventan cosas que no existen, y hasta se sacan los ojos por ellas. ¡Pero yo no tengo nada que ver con esos brutos! ¡Ni con unos ni con otros!

Una tensa calma se abatió sobre la corte mientras nuestro soberano recomponía sus ánimos. Yo, que seguía de pie, echaba de menos un lugar para sentarme, sobre todo después de la batalla matutina, y tuve que esconder en mis espaldas la mano, que aún goteaba sangre.

Cuando por fin cesaron los sollozos y moqueos, el secretario de gobernación recibió la orden gestual de continuar su discurso, y así lo hizo, esta vez sí, posando su mirada en mi confusa persona.

—Creemos que los vascongados van por ahí asegurando que tienen el apoyo de la Corona, lo que, como ha aclarado Su Excelencia, es una mentira flagrante.

—¡Muy flagrante! —añadió Su Excelencia.

—Y eso ha despertado las iras de los vicuñas —retomó el secretario—. Entendemos que vos, Alonso Morales, os aprestáis a interrogar a uno de esos vascongados, don Juan de Urbieta…

—¡Atizadle! —explotó el príncipe de Esquilache—. ¡Subidlo al potro hasta que confiese! ¡Metedle un hierro candente por el agujero del culo!

—O por lo menos, preguntadle al respecto —solicitó el secretario—. E informad a palacio de su respuesta.

Todos los ojos de la sala, e incluso los de Dios, la Corona española y la Casa Real de los Austrias, se posaron sobre mí, pues del mismo rey de España provenía la autoridad de quien me hablaba, y la del rey de España, a su vez, directamente desde el cielo.

—Por supuesto, Su Excelencia —comencé, pues ya había entendido que, aunque me hablase el secretario, por su voz hablaba el virrey, solo que pasado a limpio—. Es mi obligación y placer ponerme a sus pies y cumplir sus deseos. No tenga duda de que así lo haré.

Suspiró entonces el aludido, y solo replicó:

—Claro que sí.

—En cuanto regrese al tribunal —continué, cometiendo un error que aún no era capaz de contemplar en su vasta ingenuidad—, informaré a mi señor, el inquisidor Gaitán, y añadiré ese tema en el interrogatorio al reo.

Ante la mención del licenciado, el aire se hizo espeso en el salón. Aumentó el frío. Y una nube de disgusto atravesó el ceño de Su Excelencia, que refunfuñó:

—Oh, Gaitán, ese hombre horrible… No me digas que sentís algún respeto por ese brujo, ese rancio, ese… lagarto del siglo XII.

Toda respuesta a semejante comentario, a favor o en contra, podía acarrear mi perdición. Por eso intenté que mis palabras sonasen vagas y palaciegas:

—Yo siento el máximo respeto por la institución que represento…

En realidad, perdido en sus rabietas, el virrey apenas me escuchaba. Tan solo continuaba desgranando adjetivos:

—Viejo de las cavernas, pastor de perros de presa, obispo de bárbaros… ¿Y el auto de fe que organizó para mi llegada? Una monstruosidad. Luego van por ahí diciendo los flamencos y los franceses que los españoles somos una casta de jabalíes. Y alguna razón tienen. ¿Qué clase de bruto organiza semejante suplicio para un pobre indio ignorante de la ley de Dios, y hace con eso un espectáculo para el vulgo de la más baja calaña?

En tanto yo mismo había participado en la organización de tal evento e interrogado al indio Hernando Páucar, y como podía terminar atrapado en mis propias palabras, consideré necesario hacer en este punto un cuidadoso inciso:

—Lo aprobaba su antecesor en el trono virreinal. Su Excelencia el marqués de Montesclaros aceptó que la Inquisición…

—¿Cómo habéis dicho? —Me clavó el virrey una mirada de espanto y asco, mientras un nuevo rumor de escándalo se levantaba en el salón. Repetí:

—Su Excelencia el marqués de Montesclaros aceptó que procesase el tribunal de la Inquisición a indios si hallaba indicios de culto satánico y…

Se llevó la mano al rostro enardecido el soberano. Giró la cabeza, alejando de mí una expresión de congoja. A un nuevo alzamiento de su mano libre, su secretario retomó la palabra:

—El marqués de Montesclaros no puede ser llamado «Su Excelencia». Ese tratamiento se reserva para los virreyes.

Volvía a sentirme confuso, al grado que mi respuesta sonó impaciente, altisonante, casi al límite de lo permitido para un plebeyo de mi nivel:

—¡Pero también era virrey!

—Pero ya no lo es. —Fue la única respuesta.

Y antes de enredar más las cosas, tuve el tino de responder:

—Lo siento, Su Excelencia. Se ha tratado un error lamentable, debido a mi ignorancia bovina. Lo contaré a mi confesor y aceptaré la penitencia que él me imponga.

Se apaciguó entonces el virrey. Volvió a mirarme, y aunque me sentí como un gusano observado por el gorrión que se lo va a cenar, atisbé en esa mirada la clemencia de un hombre superior ante un guiñapo como yo, cuyo cuerpo ni siquiera es digno de tocar con su sombra al suyo.

Desde su estrado en las alturas, nuestro gobernante me anunció:

—Voy a dictar nuevas leyes en estos reinos, para que no se pueda abusar de los indios como hasta ahora. Nuestra obligación es conducirlos por el camino a la verdadera fe. Así está estipulado en las normas. Pero los encomenderos y corregidores los explotan por avaricia, se aprovechan de sus mujeres, incluso los compran y venden como a esclavos. Con frecuencia, los arrancan de sus tierras ancestrales, lo cual les acarrea daños en la salud y hasta la muerte. ¿No encontráis todo eso deplorable e injusto?

—Sí, Su Excelencia.

Volvieron a humedecerse los ojos del príncipe de Esquilache mientras continuaba:

—No me extraña que consideren esos indios que Cristo Nuestro Señor es solo una patraña para hacerlos trabajar. Pero para colmo, cuando vuelven la vista hacia sus propias creencias, los atormentamos, arrojamos sus objetos a hogueras y los desterramos. Gente como el inquisidor Gaitán, con sus ritos incivilizados, deja en mal sitio a la Corona y a la Iglesia. Nos hace parecer emisarios del diablo, no mensajeros de Dios.

—Sin duda, Su Excelencia.

Jamás había yo imaginado a un gobernante hablando con esas palabras, que más recordaban a ciertos misioneros jesuitas asilvestrados que a las autoridades de la Ciudad de los Reyes. Y, sin embargo, no me encontraba yo ahí para preguntar o discutir, sino para acatar. Pues la única autoridad superior que podría yo enfrentar algún día sería la del mismísimo rey Felipe, y tan posible era encontrarme con él como topar con la Virgen María o con San Antonio de Padua.

Se llevó la mano el virrey a su nobilísimo mentón principesco, y así caviló durante algunos segundos ante la expectación de toda su corte. Estaba esta

conformada por los mismos encomenderos y corregidores que acababa él de acusar, o al menos por sus parientes cercanos. No obstante, todos ahí mostraban la misma compasión que Su Excelencia, y se hacían ver compungidos por igual.

Tras su larga meditación, tomó el virrey una decisión y me la comunicó:

—En vez de informar a Gaitán de mis pedidos, me informaréis a mí de los suyos.

—¿Su Excelencia?

—Sí, sí. Quiero saber todo lo que haga ese fantoche. Qué planes tiene. Qué mañas se trae. Es menester detener a quienes mantienen las costumbres de nuestro pasado primitivo y abrir paso a las nuevas ideas…

—Quizá —intenté retrucar—, no sea tan reacio mi señor a vuestros cambios. Yo podría intentar explicarlos de un modo tal que…

—¿Os he contado que abriré colegios en Lima y Cuzco? Quiero que los hijos de los curacas indios estudien con los de nuestros conquistadores. ¿Os gustan los corrales de comedias? Porque también habrá. ¡Y una tertulia literaria aquí mismo en el palacio! Seguro que eso enfurecerá a vuestro repugnante señor.

Y como de eso no cabían dudas, tuve que deponer mi ánimo conciliador:

—Seguro, Su Excelencia.

—Quiero saberlo.

—Es lógico y comprensible, Su Excelencia.

Con la animación pintada en el rostro, el soberano se adelantó hacia mí:

—¿Me ayudaréis entonces? ¿Seréis mis ojos y mis oídos en el tribunal de la Inquisición? ¿Me traeréis noticias del licenciado? ¿Contaré con vos para traer la luz del conocimiento a estos reinos sumidos en la oscuridad?

Sonreía. La mayoría de los súbditos del Imperio habría pagado en pesos de oro por una sonrisa como aquella, que invitaba a participar de los entresijos del poder, a compartir las grandes decisiones del representante único del monarca.

Y, sin embargo, no era yo capaz de devolver la expresión, ni me resultaba fácil acceder a sus deseos. Pues lo que me pedía el virrey, a pesar de todas sus almibaradas intenciones, más allá de sus planes de gobierno, tenía entre los cristianos un nombre más breve y sencillo.

Se llamaba «traición».

4

Ideas contradictorias bailaban en mi cabeza mientras regresaba yo al tribunal. Lo dicho y lo dejado de decir en la corte virreinal se me enrevesaba, confundiendo mis lealtades y haciendo temblar mis juramentos de fidelidad.

No recuperé la concentración al llegar a las mazmorras y reintegrarme a mis labores. Ni siquiera al ordenar un acto que solía agudizar mis sentidos como ningún otro.

—Traed a tormento a Juan de Urbieta.

Seguía rumiando mis dudas mientras el alcaide cumplía la orden. Había conseguido salir del aprieto del palacio respondiendo al virrey con ambigüedades y vaguedades. Pero no sabía hasta qué punto era posible negarse a cumplir los deseos expresos de un soberano.

La aparición del dicho don Juan interrumpió estos sombríos pensamientos, pues me impactó de un modo inesperado. Iba bien vestido el reo al punto que iluminó la sala nada más entrar, y tanto verdugos como penitentes detuvieron sus fustigaciones y se volvieron a contemplar sus costosos paños y bordados. Nadie con ese aspecto entraba normalmente en ese lugar, pues a la gente con ropajes de calidad se le presumía la misma calidad moral.

—No podéis hacerme esto —se quejó el vascongado—. Hablaré con el corregidor de Potosí, con el obispo. ¡Con el virrey si hace falta!

No sabía, no habría podido creer, que ya había hablado yo con las más altas esferas del gobierno de estos reinos. Quizá mi recibimiento en palacio se me estaba subiendo a la cabeza. En todo caso, me sublevó la impertinencia de quien, en ese lugar, no era más que un penitente.

—Lo someteremos al agua —sentencié.

Ató el alcaide al reo en una larga mesa, cubrió sus ojos con una capucha que dejaba medio rostro al descubierto, y colocó sobre su boca un embudo. Necesitó a un ayudante para sostener el embudo firme con el tubo metido entre los labios, pues su extremo debía tocar la garganta. Cuando así lo tuvo colocado, vertió a través de él un largo chorro de agua de un barril, que corrió directamente hacia el estómago del vascongado. Este se infló por no poder rechazar el líquido.

—Glglglglglglgl… ggggg… ggg…

Solo al verlo sufrir de hartazgo, el alcaide retiró el embudo, dejando a Juan

de Urbieta entre toses y atoros.

Establecían los libros todo un procedimiento para el interrogatorio, que yo solía cumplir a cabalidad. Pero esta vez, merced a mis acuerdos con el príncipe de Esquilache, vi necesario hacer algunos ajustes en el plan acostumbrado, y comenzar por temas ajenos a la doctrina de la fe.

—Ahora vais a contarme por qué querían mataros esos vicuñas.

Por vez primera en toda mi experiencia, un reo mostró verdadera voluntad de hablar sin más necesidad de dolor. Siempre es más sencillo narrar las quejas que las blasfemias y las herejías.

—¡Pecan de envidia! —exclamó—. Porque somos los vascongados, por talante de nuestro pueblo, entendidos y conquistadores. El genio de nuestra gente ha brillado en la paz y en la guerra por toda Europa. Y ahora, en los criaderos de plata y azogue de la imperial villa de Potosí, somos los más hacendosos, los más enseñoreados. Vascongados son los alcaldes veedores del cerro de las minas. Y la mitad de los regidores del Cabildo. Y el corregidor Ortiz es nuestro gran aliado.

—Esos monopolios están prohibidos.

—Nada está muy prohibido en la imperial villa, que queda muy lejos de Dios.

—O sea que los vicuñas quieren vuestras prebendas y privilegios…

—Quieren todos los demás nuestras virtudes y nuestra industria, y por eso se han aliado para expulsarnos de la villa o matarnos, lo que primero ocurra.

Se había oscurecido su ropa, no solo por la misma mancha del agua, sino también por haberse tomado esta de una reserva enfangada y pestilente. Aun así, las piezas de metal precioso que adornaban al reo relucían como antorchas en la penumbra de la cámara.

—Algo más habréis hecho —lo desafié.

—¡Nada! ¡Por la Virgen lo juro! Más bien, los vicuñas atacaron la casa de mi amigo, casi hermano, Francisco Oyanume. Ocho asaltos necesitaron esos criminales para tomarla, pero cuando lo lograron, en mi presencia degollaron o atravesaron a muchos de los nuestros. Yo me escondí en un costal de lentejas hasta que terminase la batalla, y después me escurrí por los desagües en la noche. Así huyendo, he llegado hasta Lima. Pero han venido detrás de mí.

—También quieren matar al virrey.

Ahora sí, calló el penitente, trocando su entusiasta voluntad en un ominoso mutismo.

—De eso nada sé.

Hice una seña al alcaide y su asistente. El embudo volvió a encajarse en la boca del reo. Una nueva ola de agua se derramó en su cuerpo entre temblores y sacudidas. Hasta el volumen de un caballo en líquido había yo visto verter dentro de algún penitente, y más de uno había terminado por reventar cuando su cuerpo

veía colmada su capacidad. Este en particular, acostumbrado a la vida regalada del propietario de plata, me imaginaba yo que no duraría mucho.

—Glglglglglglgl…

—Dejadlo, a ver —ordené.

Retiraron el embudo de nuevo. Volvieron las toses y gargajos. Pero tal como yo preveía, a continuación devolvió el agua ingerida en forma de confesión:

—¡Eso fue cosa del corregidor Ortiz! El virrey príncipe de Esquilache pidió a Ortiz por carta poner fin a las turbulencias. Y que hubiese paz entre los dueños de las minas. Entendió pues Ortiz que, siendo los vicuñas quienes alteran el orden, lo autorizaba el virrey a castigarlos en modo ejemplar. Así que mandó ejecutar a diez de ellos y abandonar sus cabezas sobre las columnas de la ciudad como escarmiento. A quien preguntó, le dijo Ortiz que el soberano así lo deseaba. Por eso, los vicuñas le han jurado muerte. Pero muchos, incluso vascongados, le advertimos al corregidor que era demasiada su osadía. Pues también nosotros pagamos la venganza. Y si no, aquí estoy yo para demostrarlo.

Tenía yo ya con eso qué decirle al virrey sobre el tema que tanto lo angustiaba, el de los atentados contra su vida y su cuerpo. Sin embargo, me embargaba también la obligación de aclararle las verdades al vascongado, que se fingía víctima olvidando sus culpas. Pues cada quien ve la vida como una comedia en la que él mismo hace de héroe y los demás de villanos, olvidando siempre las villanías propias, y atribuyéndolas a la mala fe del prójimo. Más justo sería el valle de lágrimas de la vida si cada cristiano cargase con sus culpas hasta el confesionario, y se librase de ellas con la honestidad que exige la ley divina. Por eso, le expuse al penitente:

—Vos no estáis aquí por los errores del corregidor. Vos estáis aquí por bígamo.

Diciendo esas palabras, ordené una nueva carga de agua. Esta vez, llegó tan rápido que no fue capaz el reo de preverla, y tosió incluso mientras recibía, con lo que se pasó el líquido a su nariz y pulmones.

—Glglglglglglgl… Ghghghghghgh…

—¡Pensad en vuestra mujer e hijos allá en Álava! —lo conminé—. Decid la verdad por ellos, que son los únicos que rezarán por vuestra alma mugrienta.

No hube de esperar demasiado por la respuesta. Quizá por efecto de la capucha, que hacía al reo creerse ya llegado al reino de las tinieblas, acompañó a las toses una culpa infinita, un pozo ciego de remordimiento. O quizá, simplemente, me hallaba yo ante el reo más blando de mi historia en el tribunal, el que más fácilmente soltaba la lengua.

—¡No pude evitarlo! —lloró ahora Juan de Urbieta, lo que no es de extrañar, pues hasta el más cruel de los ladrones se vuelve como un niño cuando debe hacer frente a sus acciones—. No pude imponer mi voluntad. Más fuerte fue mi

sentimiento…

—Es blasfemia llamar sentimiento al deseo de la carne —acusé.

Por acto reflejo, los verdugos aplicaron un chorro nuevo a su gaznate, aunque esta vez, también dentro de mí se hincharon las costuras. No era yo quién para acusar a otro de ceder a sus instintos. Carecía de autoridad para juzgarlo y condenarlo, pues yo mismo visitaba a Jerónima tantas noches, y me refocilaba con esa mujer soltera, pero además mulata y además monja y además prohibida. De repente, me vi a mí mismo reflejado en el encapuchado con el embudo en la boca. Mis propios ojos cubiertos por la negrura de su velo. Mi propia lengua pronunciando la confesión que ahora él soltaba:

—Admito que me atrajo la suavidad de la piel de Eugenia, y la brillantez de su pelo. Que mucho antes de desposarla contra la ley, soñé con hundir el rostro entre sus senos generosos, y anudar sus piernas en mi torso. Me hinchaba las sienes la idea de esa mujer cabalgando mi cintura y apretando su vientre contra el mío…

Repetían sus deseos a los míos con tanta exactitud, con tanta enormidad, que mi miembro viril se alzó enhiesto bajo mis calzas. Hube de dar la espalda a los verdugos para no delatar mis apetitos y mi distracción. E intenté cortar sus disquisiciones con un grito enfadado:

—¿Os regocijáis recordando vuestros vicios?

El reo se espantó con mi reproche. Cerró la boca temiendo un nuevo trago líquido. Cuando entendió que yo esperaba una respuesta antes de retomar el tormento, se apresuró a darla:

—Al contrario, os intento decir que desposé a Eugenia por respeto. Quise honrar a su condición de dama, pues es eso lo que hace un caballero, para no convertir en vicios mis deseos, ni en deshonor su consentimiento.

—¡Admitís que ya estabais casado!

—¿Y de qué servía? ¿Quién puede amar lo que queda en el pasado, del otro lado del Imperio? ¿Quién puede ser esposo de quien no ve ni toca? Para todos los efectos era yo soltero, y más que soltero, solitario. La soledad me atormentaba más de lo que podéis hacer vos. Cuando salga de aquí, volveré donde Eugenia, pues no estoy entero sin ella, ni respiro lejos de su aire. Si me arrancáis la piel y me cortáis el cipote, aun así me llegaré a su lado, pues solo escuchar su risa y oír sus razonamientos da luz a mi existencia. Si me matáis, mi alma se detendrá junto a su rosario en el camino al infierno, y ahí tratará de quedarse. Pues ya no valoro en nada la plata y el azogue, que solo me han traído guerras y violencias. Eugenia es lo único bueno que me ha pasado.

Otra vez, pareció versar con sus palabras mis sentimientos por Jerónima, y quise marcharme de ahí como alma que lleva el diablo, pues efectivamente, eso debía ser yo en ese momento.

—¿Un chorro más, alguacil?

El alcaide se estaba aburriendo con tanta palabrería amorosa. Pero no tenía yo valor entonces para retomar el tormento. Intenté encontrar una excusa, una justificación, un resquicio moral para continuar con mi deber sin imaginarme sometiendo al rigor a mi propia conducta.

—Pero le mentisteis a ella —mascullé—. Si tanto la amáis, ¿acaso podéis mirarla a los ojos?

—No le mentí. Nunca falté a la verdad ante ella. Le confesé a Eugenia mi condición, que ella aceptó, pues nada podía hacerse ya para cambiar el pasado, y nada de ese pasado podía afectarnos en Potosí. Tampoco nadie tendría que haber conocido de mi vida anterior. Y así habría ocurrido de no estallar esta guerra con los vicuñas.

Solté una risa ante lo que creí un intento de engañarme.

—¿Qué tendrán que ver ahora vuestros negocios?

—Mucho. Pues es Eugenia hermana de uno de los jefes vicuñas, si no del más violento. Y han prohibido ellos a sus parientes femeninas desposar o siquiera hablar con vascongados como yo. Ciertamente son suyas casi todas las mujeres aceptables de los ciento cuarenta mil habitantes de la imperial villa, de modo que esa medida nos presiona para marcharnos. De todas maneras, yo amo a mi mujer. Y eso es lo que más les molesta. Para simplemente sacarme de mi casa, les habría valido a los vicuñas cualquier denuncia por agresiones, que las hay. Pero la familia de Eugenia quiere anular el matrimonio.

—Ya pueden tener paciencia —dije, casi en el tono de su defensor, no de su acusador—. Aunque hayáis confesado, ahora hace falta encargar a Álava las evidencias. Os pudriréis en una mazmorra hasta que el proceso siga su curso. Pero al menos, estaréis a salvo. En tres años, os darán cien azotes y una multa para mandaros a casa.

—Pues es prohibido mi amor, que me manden a la hoguera si hace falta, pero no renegaré de lo único que alegra mis días.

No tuve ánimo para encargar un nuevo chorro en la boca de ese infeliz. Más bien al contrario, lo habría soltado yo de sus ataduras con mis propias manos, a tal punto comprendía yo su tragedia y admiraba su valor para confesarla. De haber tenido yo el coraje de hablar de Jerónima, habría querido gritarlo en la Plaza Mayor, donde el reino entero pudiese escucharlo, y de buen grado me habría sometido incluso al potro, si con eso ganaba nuestra libertad.

—¿Entonces, alguacil, vuestras instrucciones…?

Me sacó el alguacil de estas vanas ensoñaciones. Juan de Urbieta descansaba sobre su mesa, entre jadeos que podían ser tanto de amor como de suplicio.

—Devolvedlo a la celda —ordené.

Soltó el aire el reo, aliviado de mi seguir con el interrogatorio. En cambio,

pude ver la decepción en el rostro del alcaide, a quien apetecía jugar más con el otro, del mismo modo que juega un gato con una cucaracha.

También percibí decepción en una nueva voz, que a continuación se dirigió hacia mí desde la puerta de la sala. Una voz que llevaba yo tiempo sin escuchar:

—Poco ha durado ese tormento. Dicen los sabios que, ya que se empieza, se debe continuar hasta exprimir el último pecado del reo, puesto que ya libres se arrepienten de sus confesiones y no las repiten más.

Con la barba más larga y revuelta que nunca, el hábito severo y riguroso de inquisidor, el licenciado Gaitán había entrado, y posaba en mí una mirada en la que creí notar superioridad y algo de desprecio.

—He venido a llevaros, Alonso —anunció secamente—. Tenemos que hablar.

Se volvieron hacia nosotros verdugos y reos, y todos pensaron, todos pensamos, que el penitente más atormentado de la sala era yo.

5

—Vuestra madre se ha presentado ante mí —dijo el inquisidor mientras avanzábamos por las calles, juntos y a solas por primera vez desde la llegada del virrey.

Ya me había advertido mi madre que me ayudaría a recuperar los favores del licenciado, con ese talento suyo para pedir favores. Estaba claro que se sentía ella muy culpable por las cosas que me escondía de mi padre, e intentaba resarcirme de algún modo por sus silencios. Pero a cambio de ese apoyo, también exigía un pago por mi parte. Un cambio en mi talante y en lo que ella llamaba «mis nuevas costumbres». Me había prohibido cualquier trifulca o excursión a tierras de gente de malvivir. Me había amenazado con que mi próximo error sería el último. Y no se trataba de una metáfora. De no reencontrar el recto camino, me había dicho tajante, con el dedo en alto muy tieso, mejor que no volviese a casa, pues ella no le abriría la puerta a ningún vago ni maleante, por muy hijo de sus entrañas que fuese. Yo tenía clarísimo que ella no mentía.

De todos modos, intenté disimular:

—¿Os ha llevado mandarinas, licenciado? Le gusta hacer regalos.

En cada esquina, alguien se nos acercaba y lo saludaba haciendo la señal de la cruz. El licenciado respondía con una bendición distraída mientras seguía hablándome:

—Me ha expresado su preocupación por vos. Dice que andáis metido en reyertas, e inquieto respecto a los designios de Nuestro Señor…

Me pregunté qué significaría esta última acusación. Experta en buscar eufemismos para no llamar a las cosas por su nombre, mi madre debía haber decidido que la desaparición de mi padre era un «designio de Nuestro Señor», y que mis preguntas al espectro desafiaban leyes divinas. Para ella, todos los problemas, incluso los que ella se buscaba, eran en realidad pruebas que le ponía Dios a su fe. Por lo tanto, de alguna manera blasfema, eran culpa de él.

—No he estado en «reyertas» —me defendí, y pensando en los cimarrones, expliqué—: He tenido que defender la fe de sus violentos enemigos. Y no he dudado en dejarme la piel en ese empeño.

—Ya sabéis: las madres se preocupan por los hijos, igual que la Virgen María se angustiaba ante el apostolado de Cristo. Yo mismo escogí una vida

dedicada al rigor. Sacrifiqué la posibilidad de una familia para dedicar mi vida a la fe. Por eso, vuestra madre me ha recordado a la mía. Y ha infundido en mí cierta melancolía por lo que habría podido ser mi vida. Ya no soy un hombre joven. Pienso en el pasado.

—Es comprensible, licenciado.

No sabía yo cómo reaccionaría el inquisidor a los pedidos de mi madre. Acaso le molestase que yo escondiese mi ineptitud bajo las faldas de una mujer. Al menos, eso me molestaba a mí mismo. Encontraba yo indigno de un alguacil mandar a su madre a proteger su puesto. Por fortuna, otra fue la reacción de mi señor.

—El caso es que me han conmovido sus ruegos.

Giramos a la altura del monasterio de las carmelitas descalzas. Y me dio un vuelco el corazón. Porque sospeché hacía dónde nos dirigíamos. Ajeno a mis angustias, el inquisidor hablaba ahora con tono tranquilo y paternal:

—Acaso no haya sido yo un buen mentor para vos. Soy exigente. Y os abandoné cuando cometisteis el primer error. Así que he ofrecido a vuestra madre daros otra oportunidad para volver bajo mi supervisión directa.

Si después de una travesía en el desierto hubiese yo llegado a un palacio, y me hubiesen recibido con agua, vino y uvas de la mejor calidad, además de un cerdo asado en el horno y una cama confortable, no habría sido menor mi contento que en ese mismo instante.

—Sois más generoso de lo que merezco, licenciado.

—No. —Se detuvo él para mirarme a los ojos—. Vos debéis ser tan vigilante, tan disciplinado, tan devoto como merece Dios. ¿Está claro?

—No os quede duda.

Poco duró mi alegría. Un alto muro echó de repente una sombra sobre ella. Y como ahí mismo nos detuvimos, se confirmaron mis sospechas sobre a dónde nos dirigíamos. Pues nos encontrábamos nada menos que frente a la puerta del convento de Santa Clara. Y resultaba poético que sus murallas me separasen del cielo.

—Ahora escuchad —pidió mi atención Gaitán—, os he traído porque ya conocéis este lugar.

Me pregunté a qué se refería. Temí que conociese mis paseos nocturnos y estuviese jugando a un perverso tormento con mi alma. Pero recordé que yo había sacado de ahí al hijo del diablo, y luego había regresado para investigar los hechos, y todo eso lo había hecho por orden y autoridad del mismo que ahora me hablaba. No tenía él por qué saber de mis otros merodeos por ese lugar.

—Espero vuestras instrucciones, licenciado.

—Algunas monjas de Santa Clara, escandalizadas por lo que ocurre ante sus propias narices, me han hecho llegar sus quejas.

Así es Lima, Ciudad de Reyes: un hervidero de chismorreos. Un enjambre de palomas mensajeras, donde todo el mundo acaba sabiendo lo que los demás quieren esconder. No dije nada, pues solo esperaba que Gaitán continuase su relato, como hizo a continuación:

—Ha llegado a mis oídos que las cosas en este convento han cruzado todos los límites. —Y bajando la voz, me informó—: Que entran hombres por las noches.

Dejó de latir mi corazón. Y como es el corazón el centro de las ideas, se me nubló el juicio. Fui incapaz de responder. Hasta que el inquisidor terminó de desgranar su acusación:

—Peor que hombres, Alonso. Entran negros.

Se difuminaron las nubes que oscurecían mi ánimo. Se apagaron los fuegos que encendían mis temores. Y hasta nació en mí un inesperado entusiasmo para unirme a la causa que se me proponía:

—Eso… parece imposible, licenciado. ¿Con qué fin entrarían ellos? ¿Y quién podría aceptarlos en el interior? ¿O acaso entran a robar objetos sagrados para fundir sus metales preciosos y falsificar monedas?

—No lo sabemos, Alonso. Pero sí conocemos que los deseos del demonio son retorcidos y sorprenden a las almas puras como las nuestras. Debemos tener los ojos bien abiertos en esta visita. Sobre todo tú, que ya conoces las mañas de estas monjas.

Y con esa consigna, nos llegamos a la puerta del locutorio y pedimos audiencia con la abadesa.

El encuentro se había arreglado previamente, y tratándose del inquisidor mayor en persona, la abadesa Mencia de Sosa no había puesto obstáculos a recibirlo en persona. Solo que, en un principio, nos atendió en el mismo locutorio, ella adentro y nosotros afuera, como a las visitas. Las rejillas la hacían invisible para nosotros, como si se encontrase en un gigantesco confesionario. Constituía eso mucha mayor limitación que la que se ponía en ese lugar a ciertos bailarines y festivos, como había yo descubierto en mi visita diurna.

—Ave María Purísima… —saludó ella. Y antes de protestar, guardamos las formas nosotros y contestamos:

—Sin pecado concebida…

—Comprenderá, licenciado, que la clausura me obliga a recibiros así —explicó la abadesa desde su escondite.

Pedí el permiso de mi superior, que me fue concedido con un gesto de la cabeza, e intervine para poner en su lugar las mentiras de la superiora:

—Ya sabe el tribunal que aquí se recibe con algarabías y fiestas a muchos pecadores que ni hábito llevan. El inquisidor mayor ha venido a realizar una inspección. De modo que exige ser recibido de manera personal, como se hace

con las autoridades, y hacer un recorrido por los terrenos del convento. Cualquier otra cosa será considerada una afrenta, que nos veremos en obligación de poner en conocimiento del arzobispo.

Me pregunté si reconocería mi voz a través de la rejilla. O si recordaba siquiera mi visita a su celda. Un largo silencio se extendió ante nosotros, hasta que la monja lo rompió:

—Con el mayor de los respetos, somos monjas clarisas. No respondemos al arzobispo ni a la Inquisición, sino a nuestra congregación en Roma.

Como si esperase esas palabras, el inquisidor, que al fin y al cabo tenía estudios de leyes terrenales y celestiales, tomó la iniciativa y pronunció su amenaza con actitud poderosa:

—Quizá el arzobispo no tenga mando aquí, señora, pero puede hacer vuestra vida muy complicada. Unas cartas de su puño y letra a Roma… otras al virrey. Acaso alguna al mismísimo rey Felipe… Yo, en vuestro lugar, consideraría la posibilidad de dejarnos entrar. No vaya a creer nadie que ocultáis algo.

Accedió la monja por fin, aunque de mala gana.

—Enviaré a alguien a buscaros…

Momentos después, venía a nuestro encuentro una donada, que resultó ser la misma Jerónima, quién sabe si por su cercanía natural a la superiora o con la intención oculta de atormentarme durante la visita. Al verla junto al inquisidor, no fui capaz de levantar la vista del suelo, pues me carcomía por dentro la culpa de mis faltas. Temí que mi lengua se escapase. Que me traicionase mi remordimiento empujándome a pronunciar una confesión.

—Pasad por aquí, por favor —nos pidió ella, y sentí en su voz la misma prisa y agobio que a mí me embargaban.

Nos guio Jerónima hasta la superiora, que esperaba en el primer patio con el semblante claramente disgustado por nuestra presencia. No olvidó la monja las fórmulas de cortesía obligadas por su investidura. Pero cuando comenzó a guiarnos por las instalaciones, tampoco escondió sus ansias de vernos marchar.

—Aquí velamos a las que fallecen. Y más allá está el claustro de novicias. Por allá, las celdas de las monjas de velo negro. Nosotros iremos por aquí…

—Queremos verlo todo —insistió el inquisidor.

La monja obedeció con el ceño fruncido, siempre atendida por Jerónima, a quien yo debía hacer malabares para no mirar directamente.

Aprovechando el paseo, intentó el inquisidor también conocer las debilidades más terrenales de nuestra anfitriona:

—¿Habéis recibido visita del nuevo virrey? —preguntó.

—Ni por asomo.

—No me extraña. Las cosas de Dios, al parecer, le tienen sin cuidado. ¿Sabéis que quiere que los hijos de los indios estudien junto con los descendientes

de los conquistadores? Es como dejar al demonio sentarse en la mesa con los apóstoles…

—Pero el demonio estuvo ahí sentado —retrucó la monja—. Se llamaba Judas. Y de no haber sido por él, Cristo no habría alcanzado a morir por todos nosotros.

El inquisidor dudó sobre el sentido de esas palabras.

—En verdad es oscuro vuestro razonamiento, señora —se limitó a señalar.

Como nuestra visita se había anunciado, todo en el recinto respiraba la paz de la contemplación. No se celebraban ese día corridas de toros ni comedias. Y se cuidó Mencia de Sosa de mostrarnos nada que sugiriese que las había habido alguna vez. Sin embargo, veía yo llegada la oportunidad de recuperar la gracia del licenciado, e intenté lucir ante él mis conocimientos:

—Vamos por aquí, por favor —dirigí de repente los pasos de los otros, tan rápido que a la abadesa le faltó tiempo para desviarnos. Pues había recordado el sitio donde guardaban las monjas a sus hijos sacrílegos.

Cuando comprendió a dónde me dirigía, la superiora trató de detenerme:

—Es mejor ir por otro lado…

—Lo que quiero yo ver se encuentra justo aquí —anuncié.

Efectivamente, al abrir una puerta que dejó entrar la luz del exterior, nos recibieron ahí los llantos de decenas de niños, una orquesta de sollozos capaz de reventar los oídos de un sordo.

—He aquí los hijos paridos por las hermanas —anuncié, seguro de que con eso me estaba ganando la confianza de mi señor, la tranquilidad de mi propia madre y acaso hasta un sueldo.

6

—¡Sssshhhtt! —se quejó una monja de velo blanco en el interior, entre esos pequeños que chillaban como gatos jalados del rabo—. Es la hora de la siesta, por favor…

—Por eso intentaba alejaros de aquí —explicó la abadesa mientras cerraba la puerta—. ¿No había otro lugar del convento donde pudieseis alterar menos la paz?

Pero el inquisidor no era tonto, y no dejó escapar el tema crucial.

—¿De dónde han salido esos niños?

La superiora apenas pareció turbada por el hallazgo.

—Las madres nos los entregan cuando no se pueden hacer cargo de ellos, bien sea por falta de dinero o por el perjuicio social que les acarrea. A muchos los dejan en el torno del locutorio, por donde entran los regalos de nuestros familiares y salen nuestras cartas para ellos. Y nos despiertan los pobres con sus llantos de madrugada. Aquí los cuidamos y protegemos hasta que llegan a la edad de marcharse a un colegio o casa de huérfanos. Y si son niñas, algunas se quedan más tiempo. Incluso se incorporan a la congregación. Como Jerónima.

Señaló a la mulata. Por primera vez, mis ojos se escaparon hacia sus ojos y sus mejillas, que se agacharon en sumisa reverencia. No me devolvió ella la mirada. Pero sí la superiora, en cuyos ojos había rencor y enfado.

—¿Entonces no son paridos por las mismas monjas? —pregunté—. ¿Hijos de sus amantes prohibidos?

Se persignó la superiora e hizo cara de asustarse mucho:

—Ave María Purísima. ¡Claro que no! ¿Sois vos un servidor del Santo Oficio? Porque lo que decís os costaría unos azotes en plaza pública en frente de toda la ciudad. ¿No es verdad, inquisidor?

Rumió una vaga respuesta el licenciado, pues no sabía cómo entender lo que acaba de ocurrir, ni habría sido prudente por mi parte explicar más. Así que nos apartamos definitivamente de la puerta de la guardería.

Después de aquel intento catastrófico por impresionar a mi señor, ya no me atreví a enseñarle más. Ni la celda de la novicia endemoniada ni el hueco en la pared del convento. De hecho, la prepotencia de mi entrada entre los niños dio pie a la abadesa para ofrecernos una bebida en su celda lo que, en la práctica, dio fin a

nuestro recorrido.

—¿Os puedo ofrecer del vino que produce mi familia? —preguntó Mencia de Sosa después de sentar al inquisidor en una de sus butacas de cuero y madera, mientras Jerónima y yo guardábamos de pie las espaldas de ambos.

Yo había probado ya ese brebaje y recordaba que me había inducido a confusión, pero esta vez no se me ofrecía a mí y, por suerte, era el licenciado demasiado riguroso para aceptarlo.

—Solo agua es lo que corresponde a mi investidura —rechazó la invitación —. Y, por cierto, a la vuestra también.

—¿Me recordáis mis deberes cuando os ofrezco cortesía? —Sonrió la abadesa.

Ahora, de pie el uno frente al otro, resultaba difícil esquivar la mirada de Jerónima, y la noté empapada de cólera por haber yo denunciado la guardería de los sacrílegos. Me habría gustado decirle que, si mi pasión chocaba contra mi deber, me obligaba Dios a escoger el deber. Y, sin embargo, aparte de imposible ante nuestros superiores, qué absurda sonaba esa conversación en nuestras circunstancias.

Por fortuna, fue el licenciado quien llenó el abismo de silencio entre los presentes:

—No podemos olvidar, abadesa, que en esta institución nació el hijo del diablo. Mi alguacil aquí presente lo vio con sus propios ojos. Eso compromete vuestro magisterio hasta sus cimientos.

—Lo que aquí nació, licenciado, fue un niño monstruoso. Sin duda, hijo de pecadores. Pero no creo que Dios, que ama a todos sus hijos, castigue a niños inocentes por las culpas de sus padres. Acaso precisamente lo mandó así para probar nuestra capacidad de amar a quien repele a nuestra vista. Y al ver cómo reaccionaba la humanidad, prendiendo a un recién nacido para llevarlo a una mazmorra, se decepcionó el Señor de nosotros, sus ovejas. Quién sabe si fue el mismo Dios el que se llevó después al niño, seguro de que la sociedad sería para él peor que el infierno.

—¿Pretendéis decirle a Dios lo que debe hacer?

—Yo no. ¿Y vos?

Presagiaba este diálogo que Jerónima y yo no solo viviríamos en los escondrijos de la iglesia, sino para colmo, en bandos enfrentados dentro de ella. Volvimos a bajar los ojos al suelo, sin duda incapaces de saber siquiera cómo mirarnos.

—Pero, señora —volvió a la carga Gaitán—, es que las sospechas sobre vuestros dominios no han amainado. Se dice poco menos que habéis creado una república de libertinas.

Puso los ojos en blanco la monja, escandalizada ante tales comentarios.

—Habladurías. Infamias. En esta ciudad, todo el mundo habla de lo que no conoce, pues todo lo que conocen es aburrido y fútil.

Se arrellanó en su asiento Gaitán, y procedió a un nuevo ataque. Trató de verse cómplice y no juez, y con lengua sibilina, contó:

—Lo último que ha llegado a oídos del tribunal es que se ha visto a negros entrar y circular por aquí de noche. Creedme que, de llegar esto a oídos del arzobispo, estáis abocada al escándalo y la ignominia. Me preocupo por vos. Y por la dignidad de vuestro cargo.

De repente y sin aviso, la abadesa alzó la voz. Por primera vez, perdió la compostura, incluso a riesgo de su posición ante la Santa Madre Iglesia, pues eran palabras como las suyas sospechosas de herejía:

—No es verdad: os preocupáis por vos. Y por vuestras supersticiones. Con esas mentiras y chismes queréis controlar todo lo que en este reino ocurre, manipulando y amenazando a la gente de bien.

Abrió mucho los ojos Jerónima, espantada por los riesgos que corría su señora. Y yo mismo recibí atónito esos poco diplomáticos reproches.

Sabía el inquisidor, merced a su amplia experiencia con las leyes y las personas, cuándo sonar omnipotente y cuándo insinuarse como un amigo, pues la política es como caminar sobre una cuerda tensa: requiere recurrir a ambas manos, a veces tirando a un lado, a veces a otro, para mantener el equilibrio. De modo que dulcificó su talante, en un esfuerzo por ganarse a su interlocutora:

—No comprendéis mi empeño…

—¡Lo comprendo perfectamente! —siguió airada la abadesa—. Y si os preocupa la virtud de este templo, debéis mirar menos la paja en el ojo ajeno y la viga en el propio.

Confieso a Vuestras Mercedes que encontré en esas palabras razones para la inquietud. Pero imaginé que se trataba de una inquietud abstracta, alegórica, como en la Biblia, donde se habla con parábolas y se descubre la verdad con historias inventadas. No obstante, la advertencia de esa mujer no tenía nada de alegórica, como estaba yo a punto de descubrir.

—No entiendo de qué habláis —se extrañó el inquisidor.

—Mirad a vuestras espaldas antes de mirarme a mí —respondió la otra, ahora tan fuerte que dos monjas que transitaban el exterior de la celda se asomaron con curiosidad a la ventana—. Pues es vuestro alguacil quien se cuela por las noches entre nuestros edificios, para satisfacer sabe Dios qué apetitos, o robar quién sabe qué objetos. ¡Decidle a él que no venga y no a nosotras que nos cuidemos de quien viene!

Se me cerró la garganta. Se me encogió la barriga. El corazón me dio vuelta en el pecho. Ya el inquisidor no articulaba palabra. Era la superiora quien había llenado con sus acusaciones toda la celda, el convento y la ciudad:

—¡Hablad, pues, con el dichoso arzobispo! —continuó—. ¡Y que venga cuando quiera a preguntar quién corrompe las virtudes de mis hermanas!

7

Toda mi vida había asistido yo a la parroquia de El Sagrario. Los sermones del padre Melchor de Amusco, pletóricos de caridad cristiana, y a la vez, duros al fustigar a toda suerte de viciosos, formaban parte de mi memoria más antigua. Y no concebiría yo mi vida sin la imagen de mi madre golpeándose el pecho durante la misa, como si a golpes fuesen a marcharse sus pecados.

Llegué al templo al final del rezo de Nona, y esperé a que el sacerdote despachase a los feligreses con el aprecio que solía dispensarles, como un padre a sus propios hijos. Se había pasado más años de los que yo tenía escuchando las penas y las culpas de media Ciudad de los Reyes, y ahora que ya peinaba canas y rebosaba su hábito franciscano con la acumulación de sus gorduras, rebosaba la sabiduría de los buenos pastores.

Ojalá hubiera yo podido ser así: invulnerable a las tentaciones de la carne, fiel a toda costa a mi sagrado ministerio, invencible como soldado de Dios ante el influjo de Satanás. Pero era débil mi voluntad, y solo me quedaba buscar el ejemplo de hombres santos como él.

—¡Alonso! —me saludó, poniéndome en la cabeza una mano regordeta y cariñosa, como había hecho desde mi niñez—. ¿Vos aquí fuera de las horas de misa? Será que os estáis volviendo espiritual.

—Vengo a confesarme, padre.

—Graves son los pecados que no pueden esperar al domingo —sospechó en voz alta—. Pero nobles las almas que anhelan librarse de ellos.

Sin decir más, me acompañó al confesionario, donde cada uno tomó su posición. A él le costó trabajo acomodar toda su humanidad en el interior de la cabina. Yo lo tuve más fácil para arrodillarme en el exterior ante la rejilla. Merced a los años que llevaba él conociendo todas mis faltas y las de mi madre, me dispensó de las fórmulas de inicio y pasó directamente al tema, que abordó con más aire de confidencia amistosa que de sacramento religioso:

—¿Qué te aflige, hijo?

—He traicionado a mi Iglesia, a mi señor y a mi madre. Y todo por entregar mi cuerpo al diablo de la fornicación. Merezco las peores penitencias, la imposición de azotes sin cuento, la humillación pública.

Del otro lado de la rejilla me llegó la suave risa del padre Melchor, pero no

en son de burla, sino con la cálida tolerancia que da la experiencia:

—Siempre os habéis tomado la vida muy en serio. Sois un joven aprehensivo, lo cual da fe de vuestra fortaleza de carácter. Pero no exageréis en culparos. Lo importante es hacer un buen examen de conciencia y acercarse a Dios con el corazón en la mano y genuino arrepentimiento.

—Lo siento, padre. Pero no sabéis lo que decís.

Le narré entonces mis amores sacrílegos con la monja mulata, y que la superiora de Santa Clara había descubierto mis incursiones en sus dominios. Expliqué que, aunque la abadesa no parecía conocer la razón exacta que motivaba tales allanamientos, me había delatado ante el licenciado Gaitán, lo que provocó su ira, seguida de terribles gritos e improperios contra mi persona, con el resultado final de mi expulsión fulminante del tribunal del Santo Oficio y, por lo tanto, mi caída en desgracia ante la sociedad.

Si no me había mandado el inquisidor a la sala de tormentos había sido solo para proteger el prestigio del tribunal. Sí me había llevado, no obstante, donde mi madre, que había comprometido su palabra en prenda de mi buen comportamiento. Al saber de mi desliz, se había desencantado de mí por completo, me había llamado mal hijo, miserable y perverso, se había echado a llorar como una magdalena y, finalmente, no había dudado en cerrarme las puertas de mi propio hogar, según dejó claro, para siempre.

—Ahora no tendré ni dónde dormir ni dónde trabajar —lamenté—. Tampoco a quién contar las alegrías o tristezas de mis días. Me he hundido en la miseria por mi propio pie.

—¿Y estáis arrepentido porque habéis actuado mal o porque os han pillado?

Decir otra cosa habría sido mentir y, por lo tanto, pecar de nuevo. Así que hube de admitir:

—Porque me han pillado.

Había yo leído la doctrina de los sabios y comprendía que el trato carnal todo lo mancha de mugre moral, pero en el fondo, mi corazón se negaba a aceptar que mis acciones ofendiesen a Dios. Y es que, en un mundo lleno de criminales que se degüellan mutuamente por unas monedas, de gobernantes diletantes o corrompidos, de ladrones de niños y asesinos de novicias, ¿qué daño podía hacer la compañía que me brindaba Jerónima? ¿Qué beneficio recibía Dios o la humanidad si en vez de yacer con ella por las noches me dedicaba yo a rumiar mis soledades en mi lecho? Acaso me estuviera contagiando de la indolencia de los fornicadores que atormentaba en las mazmorras. Pero es que no conseguía yo entender por qué me estaba vedado sencillamente tocar el cuerpo de la única persona que me hacía sentir una persona a mí mismo. Y así lo dije también.

Después de oírme, el padre Melchor suspiró hondamente.

—Hijo mío, a veces el amor se mete en el cuerpo como una fiebre, y no hay

quien lo cure hasta que el cuerpo lo rechace. O muera en el intento.

Sin saber a dónde me llevarían sus pensamientos, sentí en su tono un aliento de comprensión que me regocijó.

—Amén, padre.

—Sin embargo, este amor tuyo tiene muchos problemas. Como monja, esa mujer está casada con Dios y, por lo tanto, a Él mismo le estás poniendo los cuernos.

—Él, en Su magnificencia, lo entenderá.

—Ahora blasfemas —advirtió, sin querer sacar más filo de esa hoja.

Yo, como alguacil que había estado a cargo precisamente de castigar blasfemias, supe que tenía razón el franciscano. De haber seguido en mi cargo, ahí mismo habría tenido que entregarme a mi propia autoridad para reformarme en la cuna de Judas o en el potro.

—Pido perdón, padre.

—Además, no habéis pensado en lo que pasará al consumar ese amor: el fruto de su vientre será un hijo sacrílego, incapaz de encontrar sitio entre autoridades o cristianos decentes. Causaréis así gran sufrimiento a vuestro propio vástago. O tendréis que abandonarlo para que lo cuiden en una casa de huérfanos. ¿Eso queréis?

—Claro que no —reflexioné—, pues ya conocemos tanto Jerónima como yo similar sufrimiento, y no nos gustaría hacérselo vivir a nadie.

Me sumí en oscuras cavilaciones. Y tras dejarme meditar, con aire satisfecho por haberme hecho entrar en razón, el cura anunció:

—Ahora os absolveré, pero habéis de prometerme que reflexionaréis sobre cómo resolver esta delicada situación sin reincidir en vuestros yerros.

—Ya lo tengo. Tengo la solución.

En verdad, había llegado a mi cabeza de un momento a otro una idea salvadora, que me alejaría de mi vida arruinada sin arrojarme a un desierto social, e impediría que continuasen mis amores prohibidos. Todo con un solo movimiento.

—¿Qué decís, Alonso?

—Me iré con mi padre.

Del otro lado, me llegó un silencio hondo, como el de los sepulcros.

—Alonso, la prisa no es la mejor consejera para la reflexión…

—Marcharé a buscarlo en Quives. Y si no está ahí, preguntaré hasta encontrarlo. Empezaré con él una nueva vida. No quiero reprocharle nada. Tampoco pedirle compensación. Soy un hombre adulto y él quizá en su vejez. Lo ayudaré con mi trabajo para que nada le falte. Y a cambio, solo pediré saber quién es él. Y quién soy yo.

Mascó su reprobación el franciscano:

—Pero ¿cómo os reconocerá? Entiendo que lleva a mucho sin veros, desde que solo erais un niño…

En eso tenía razón el padre Melchor. Investigando casos de bigamia, había yo topado con numerosas historias de hijos falsos, que llegaban a las casas de hombres prósperos a reclamar dudosas paternidades. La mayoría de los acusados ni siquiera sabían si creer o no tales reclamos, cuya prueba resultaba imposible, sobre todo en los casos de vástagos producidos durante una borrachera lejana o una noche de debilidad.

Sin embargo, yo tenía algo de lo que carecían todos esos hijos perdidos. Y, suerte la mía, lo tenía precisamente en el mismo lugar donde me hallaba: la partida de nacimiento, de la que Melchor de Amusco había hecho copia meses antes para que yo la llevase donde el licenciado Gaitán. Ese papel demostraba sin lugar a dudas mi origen. Incluso con la firma de su puño y letra.

—Puedo probar quién soy —afirmé.

Le expliqué al franciscano mi plan, y él mismo, aunque primero puso de muchas vueltas y objeciones, acabó persuadido de que era el mejor y el único posible. Acabada la confesión, pues apenas cabía en mi pensamiento ninguna otra cuestión, me absolvió el cura con el mandato de rezar tres rosarios y encenderle una vela a la Virgen. Y saliendo del confesionario, dijo:

—Podéis volver en dos días a la hora sexta. Yo tendré lista la copia de vuestra partida de bautismo…

Sin embargo, no pensaba yo esperar tanto. Mi ánimo encendido no podía de repente apagarse hasta otro día.

—Deseo ver el original. Y deseo verlo ahora.

—Hijo, debéis comprender que en la parroquia hay más cosas que hacer que…

—Esos folios están llenos de cosas que ahora me interesa saber. Además, no tengo dónde ir.

Rumió sus dudas el padre. De la grasa de su cuello manaba un copioso sudor, acaso por el calor del confesionario. Quise mostrarme considerado hacia sus agobios y aplaqué un poco mi ímpetu:

—Puedo dormir acá hasta que tengáis la copia, sin prisa. Pero, por favor, dejadme verla.

Con desgana, pero como siempre, solícito ante un feligrés, el párroco asintió.

Me guio a la sacristía y más allá, hasta la sala de registros de la parroquia. Ostentaba El Sagrario con honor la condición de la parroquia más grande de la ciudad, así que coleccionaba miles de bautizos, matrimonios, defunciones, primeras comuniones, confirmaciones y ordenaciones sacerdotales. Todo lo que ocurría en los alrededores quedaba anotado y certificado en esa memoria de Dios:

gruesas estanterías que acumulaban papeles encuadernados por fechas y por nombres, por grados de legitimidad, por sacramentos, cubriendo paredes y pasillo sin fin.

—Debéis figurar por aquí —informó el cura señalando un rincón alto, del que bajamos los folios con la ayuda de una escalera.

Examinamos primero los archivos de la letra M, donde por lógica alfabética, debía encontrarse mi apellido. Pero nada hallamos en esas páginas más que estornudos causados por el polvo. A continuación, revisamos las fechas que correspondían al mes de mi bautismo. Tampoco sacamos nada en claro de ahí.

Cayó la noche e hizo falta encender velas, con el riesgo de causar un incendio que borraría a todos los súbditos de la parroquia de la memoria imperial y la vida civil. Ni aun así dejé de buscar entre los papeles, con los ojos rojos por la penumbra y la polvareda. Noté que el párroco buscaba el modo de aparcar la pesquisa hasta el día siguiente, pero viendo mis angustias y anhelos, no se atrevió.

—¡No puede ser! —protesté tras mucho buscar—. Cuando hicisteis la copia para Gaitán, salisteis mucho más rápido con ella. Lo recuerdo perfectamente.

El franciscano se encogió de hombros. Sus mofletes se inflaron en un silbido. Al final, noté el bochorno coloreando su respuesta:

—Porque entonces sabía dónde estaba exactamente esa partida.

—¿Y ahora no?

Se rascó la cabeza el padre. Su expresión mezclaba el estupor con la frustración.

—Ahora también. Siempre estuvo en el mismo lugar.

—¿Dónde? ¿Dónde está?

—«Estuvo» —enfatizó—. Pues me he negado yo a creer lo ocurrido en todo este rato. Vuestra partida siempre se halló en el mismo sitio, en su sitio, que es este.

Me señaló un espacio en uno de sus cuadernos, que tenía los bordes rotos, como si alguien hubiese arrancado precisamente esa página de ahí. No entendí, o no quise entender, lo que él quería decirme. Y como reflejé en mis ojos la incomprensión, aclaró él mismo lo que mi razón se negaba a admitir:

—Se la han llevado, Alonso. Han robado vuestra partida de bautismo.

Sus palabras se mezclaron con el polvo, enrojeciendo mis ojos aún más.

8

El agujero en el muro de Santa Clara seguía en su lugar, bien porque la abadesa Mencia aún no lo encontraba, o más probablemente, porque algún comercio ilícito realizaba ella misma a través de esa vía. Ya no me costaba ningún trabajo dar con el arbusto correcto, pues en los últimos meses, me había convertido en un conocedor de la noche limense, capaz de moverme por ella aún sin el auxilio de las antorchas, casi por olfato.

Aparté la tabla. Me aseguré de estar solo en la calle y me agaché para pasar. Mientras me arrastraba entre las piedras, y mis ropajes se impregnaban de la tierra del suelo, me preguntaba yo por qué, si la abadesa ya había sabido de mis merodeos, no me había denunciado o detenido antes. Solo encontré una posible razón: que la monja desease esconder la existencia del agujero para evitar ser descubierta ella misma en alguno de sus contubernios inconfesables. Al menos, de eso traté de convencerme a mí mismo, para animarme a seguir adelante.

Ya en el interior del convento, mientras avanzaba a gatas, escondiéndome por las esquinas, tuve un momento de lucidez. Lo cierto es que ahora mis actos entrañan más riesgo que nunca, recapacité. Ser hallado de nuevo entre las monjas me valdría una condena, en el mejor de los casos, por ladrón. Pero nada puede detener a quien ya no tiene nada que perder. Y con esa idea en mente, volví a acercarme hasta el preciso corazón de los peligros: la celda de la superiora.

Como tantas noches antes, volví a cruzar su salón sigilosamente, escuchando los ronquidos de la madre Mencia y la pesada respiración de la criada que con ella dormía.

Y volví a presentarme en los aposentos de mi deseada Jerónima, como cada vez, con la piel de gallina y el alma en un suspiro.

—¿Qué hacéis acá? —me recibió la mulata.

Había oído el rumor de mis pasos, o quizá sentido mi olor. Al menos, el suyo flotaba en al aire enardeciendo mis sentidos. En medio de la tiniebla, sus ojos se encendían como dos carbones, y emitían el mismo fuego anaranjado.

—Vengo a hablaros —dije.

—¿Cómo os atrevéis? ¿Después de haber informado a Gaitán sobre los niños de la guardería? ¿Y en mi presencia? ¡Bellaco sinvergüenza!

Aunque murmuraba para no despertar a sus hermanas, se notaba la furia en

su expresión. Se diría que gritaba con voz inaudible. Yo me defendí en tono más prudente:

—Eso habría sido problema de la abadesa. Vos no sois responsable por la dirección de este lugar.

—Pero vivo en él. Y le debo lealtad. No hablo con traidores. Ni con hipócritas.

—Jerónima, escuchadme. No sabéis lo que me ha pasado…

—Largaos o grito.

Vi llegada la hora de cambiar de estrategia, y dejar de pedir por las buenas lo que se podía conseguir por las malas con mayor facilidad. Alcé mi mano en el aire pidiendo contención. Advertí:

—Si me encuentran aquí, tendréis vos tantas cosas que explicar como yo mismo. Solo quiero hablar.

Ella miró a un lado y otro, como buscando un escape. Temí que en cualquier momento pegase un grito llamando a sus hermanas, lo que podía terminar con mis huesos en una mazmorra. Por fortuna, tras pensarlo un rato que se me hizo más largo que el purgatorio, tomó ella una decisión:

—Hablaremos. Pero no tan cerca de la abadesa. Marchad a la celda de la novicia Ignacia. Os daré el encuentro ahí.

Me inspiraron muchas dudas sus palabras, y se las hice saber:

—¿Y si no asistís? ¿Y si me mandáis a una guardia de monjas, o peor aún, de serenos?

—Tendréis que arriesgaros. Sois vos quien quiere hablar. Soy yo quien pone las condiciones.

Tan clara y segura vi a Jerónima que acepté su palabra. Al fin y al cabo, tenía margen de acción ante un engaño por su parte. Estando la celda al lado del agujero del muro, acaso tendría tiempo de escapar. Y, de todos modos, de traicionarme ella, incluso la horca sería una liberación, pues nada me quedaría en la vida digno de ser vivido.

Tan agachado y esquivo como había entrado, salí de la celda de la superiora, y volví a envolverme en la oscuridad, para regresar casi hasta el mismo lugar del que había partido.

La celda de Ignacia Prieto se mantenía en estado similar a la vez que yo la había visitado, aunque algo más polvorienta e invadida por las hojas de los árboles del exterior, señal de que nadie había pasado por ahí una escoba. Por lo demás, aún se hallaban en sus lugares el catre, el mueble y la imagen de San Pedro de Alcántara con la calavera. Por lo visto, ninguna otra habitante de Santa Clara se había animado a ocupar ese aposento de siniestro recuerdo. Tan solo habían desaparecido los objetos pequeños, como el hábito de novicia. O el ejemplar que yo recordaba el libro del Apocalipsis, con sus pasajes marcados y su tenebroso

escudo, que sin duda alguien habría llevado de regreso a la biblioteca del convento.

La única novedad que llamó mi atención fue un revoltillo negruzco en una esquina. Hasta ahí me fui y me agaché a curiosear. Tratábase de una especie de hornillo de piedra, más pequeño que un taburete, donde se habían quemado hojas e inciensos sobre leños secos. La esquina entera de la celda había quedado tiznada de cenizas, de ahí el color negruzco. Y también, tirados por ahí, se veían utensilios como velas, jarros y cigarros. Incluso huesos pequeños, como de roedores. De hecho, detrás del hornillo encontré una pequeña jaula con un ratón vivo. El animalito me miró con tanto espanto como yo a él. Pues él me veía como un gigante. Y yo sabía, por mi experiencia en las mazmorras, lo que significaba ese altarcillo.

Llegó entonces la mulata, con tal sigilo que no la sentí hasta que me llamó por mi nombre:

—Alonso, no podéis estar aquí. Es peligroso.

Aún en cuclillas, me giré hacia ella. Desde mi lugar en el suelo, la encontré imponente, con el talle delgado, la mandíbula recta, la mirada penetrante. La habría cogido ahí mismo para abrazarla y arrancarle el hábito de donada, de no haber quedado impactado por los hallazgos del rincón.

—Esto es brujería —expliqué—. Alguien ha estado aquí haciendo magia negra, invocando al demonio con sortilegios de herejes.

—Alonso, no me estáis escuchando.

Venía entrenado para detectar los atentados contra la fe como ese altar maligno. Sin embargo, hube de recapacitar: ya no era yo alguacil del Santo Oficio. Ya no era yo nada.

—Sí os he escuchado. Queréis que me marche. Pues he venido a pediros que marchéis conmigo.

—La primera noche que vinisteis a mi aposento os creí borracho. Ahora creo que estáis loco.

—Nada me queda en este reino. Venid conmigo. Busquemos otra vida.

Con un gesto de su mano delgada, despreció mi invitación:

—Acabaríamos entre los malvivientes de las afueras.

—¿Cómo sabéis que hay malvivientes en las afueras? ¿Hasta tan lejos os habéis aventurado?

Ella cambió de sentido el diálogo, que llevaba de un lado a otro como quien conduce un caballo dócil.

—¿Qué os ha pasado exactamente? —me preguntó—. ¿Por qué venís como un fantasma y habláis de marcharos para siempre?

Sentí cierta ternura en su gesto y en su tono. Acaso fuese eso lo único que buscaba en realidad.

—He perdido mi ocupación. Y mi casa. He perdido incluso al padre que nunca tuve.

Le expliqué lo que había ocurrido después de mi marcha del convento, cuando Gaitán me había arrancado las insignias y la vara de alguacil. Le conté la furia de mi madre. No callé tampoco el robo de mi partida de bautismo que, por cierto, achacaba a mi misma madre y su obsesión por esconderme mi origen. Acaso antes de terminar de perder la fe en mí, esa curiosidad de mi parte había engordado su deseo de apartarme de su lado.

Se conmovió Jerónima con esta última historia, pues la mención a los padres ausentes apelaba también a los misterios de su propio pasado, y le recordaba sus carencias de nacimiento. Entonces, con una voz que yo jamás le había oído, llena de poder y enigma a la vez, me informó:

—Hay otras maneras de descubrir la identidad de vuestro padre.

Pensé que me hablaría de sobornar funcionarios. O de contratar mercaderes que viajasen por los caminos de las montañas. Acaso de recurrir a algún obispo para que pidiese información a todas las parroquias del virreinato. Ya nada me habría sorprendido. O eso creía hasta ese momento.

—Hablad —le pedí.

Ella vaciló mordiéndose el labio inferior, que yo habría querido morder también. Preguntó:

—¿Podréis tener el corazón dispuesto a entender cosas que no salen en los libros del licenciado Gaitán?

No entendí lo que me decía. Mi ceño se arrugó ante la sospecha de que algo raro escondían esas palabras, algo que yo no había conocido antes, y que de repente, me estaba permitido.

—Haré lo que haga falta…

Se acercó entonces ella al altar del rincón y frente a él se arrodilló. Comenzó a manipular los objetos tirados por ahí. Sin saber yo cómo, pues me daba la espalda, encendió dos velas negras, y con ellas, pronunciando extraños ensalmos, prendió fuego a un enorme cigarro, cuyo humo aspiró por la boca y luego expulsó por la nariz, adquiriendo el aspecto de un dragón.

—¿Es vuestro todo esto? —me sorprendí.

Ella tomó del suelo un jarro, que iba lleno hasta la mitad de un líquido espeso y pestilente. Me lo ofreció a beber.

—Esta es la magia que hacían mis ancestros. Corre por mi cuerpo mezclada con mi sangre.

—Sois bruja… Una de esas brujas indias o cimarronas.

—¿Y qué haréis? ¿Llamaréis al licenciado Gaitán?

Callé y bebí lo que me ofrecía. El brebaje tenía un sabor hediondo y descendió por mi garganta a trompicones, como si estuviese yo tragando a un

animal vivo. Aun así, no quise vomitarlo. Pues si una parte de mí temía a esos ritos diabólicos, otra parte se sentía parte de ellos. Pues al arrojarme de su lado, tanto el licenciado como mi propia madre me habían entregado a las fuerzas que quisieran aceptarme.

Se acercó a mí Jerónima y arrojó su humo sobre mi rostro, produciéndome toses y enrojecimiento de ojos. Apestaba ese tabaco al punto que temí llamase la atención de alguien allá afuera, pero no duró mucho mi temor. Nos encontrábamos tan lejos de las celdas de las monjas que nadie más respiraría nuestros aires.

—Kuñeeéé… Kuñeeeeéé…

Jerónima repitió ese sonido varias veces, hasta que su voz dejó de sonar humana, al tiempo que me seguía echando el humo por todas partes de mi cuerpo. Entre una y otra cosa, pronunció lo que parecían plegarias en africano, de las que nada alcancé a entender.

Después de ahumarme entero, abandonó el cigarro sobre el hornillo y desanudó un pañuelo. Dentro de la tela, se hallaba un puñado de hojas de la planta de la coca, que tomó entre sus manos, alzó en el aire diciendo nuevos embrujos, y dejó caer en el suelo.

El brebaje que me había dado a beber me estaba produciendo un efecto de borrachera, similar al vino de su señora, pero más espumoso y mareante. Entre esa bruma, observé a Jerónima examinar las hojas caídas en el suelo.

—Las hojas saben quién es vuestro padre —sentenció—. Pero dicen que no os gustará saberlo a vos.

—Pamplinas. Nada he querido más en mi vida. ¿Me lo diréis?

—Vos mismo lo veréis.

Sacó entonces al ratón de su jaulita. El roedor debía sospechar que nada bueno le esperaba esa noche, y de su hocico brotaron agudos chillidos. A mí, que ahora yacía recostado en el suelo, me pareció que tales chillidos se convertían en graznidos de cuervo, y luego en ladridos de perro, para finalmente volverse graves, como gruñidos de un demonio grande. Me dije a mí mismo que no era eso posible. Pero igualmente imposible era todo lo que ocurrió después.

Salía humo de todos los rincones de la celda, como si el suelo fuese una parrilla sobre una enorme hoguera. Así se formó una bruma que todo lo cubría, y de ella brotaban de golpe imágenes de animales. Un jaguar me amenazó con un gruñido. Una fina pelusa me acarició los pies, y al dirigir hacia ella la vista, topé con varias ratas gigantescas, del tamaño de gatos grandes, que se frotaban contra mis pantorrillas. Luego, las ratas se adelgazaron y alargaron hasta cobrar la forma de serpientes. Y eran tantas que me cubrieron entero y me ataron las muñecas y tobillos, impidiéndome moverme.

Creo haber gritado o llorado entonces, llamando con desesperación a

Jerónima, que acudió en mi auxilio, desde algún lugar arriba de mí:

—Calma. Paz. Todo lo que ocurre es porque vos lo pedís.

Le acerqué la mano para acariciarla. Entonces percibí que la donada también había sufrido una transformación: en lugar de su tersa piel, mis dedos tocaron el cráneo de San Pedro de Alcántara, que se reía de mí en son de burla. Al instante siguiente, se pobló el cráneo de piel y pelos, que formaron el rostro de un hombre. Pero ahora, la niebla me impedía distinguir con claridad sus rasgos. Algo había familiar en ellos. Algo que una parte de mi alma reconocía.

—¿Padre?

Se acercó a mí el hombre, con la cara aún perdida entre la humareda. Reparé en que me hallaba de pie, aunque no sabía cómo me había levantado del suelo. De hecho, ni siquiera me hallaba sostenido por ningún suelo. Flotaba en el aire, del mismo modo que las figuras que bailaban a mi alrededor. En cambio, Jerónima ya no se encontraba por ninguna parte.

El hombre que tenía enfrente llevaba una capa y una capucha que ocultaban su rostro. Pero podía hablarme desde la sombra:

—¿No me recordáis acaso?

Me fijé en su cuerpo, que flotaba como el mío. Pero él lo tenía descoyuntado, roto por varias partes, como salían a veces los penitentes del potro de la Inquisición. Temí haber interrogado alguna vez a mi propio padre sin saberlo, y por eso estar sufriendo los castigos que me correspondían.

—¿Os he hecho daño? —quise saber—. ¿Os he roto yo?

No dijo nada, pero se echó a llorar con un llanto quedo y femenino.

En mi intento por descubrir su identidad, acerqué mi mano a él y aparté su capucha. Pero entonces, en vez de un rostro, asomó bajo la capucha una cabeza de cerdo. Un cerdo ensangrentado, con las orejas rotas y los ojos arrancados.

Ahora nos encontrábamos en las mazmorras del tribunal, y se nos acercaron más personas, formando un círculo que se cerraba a nuestro alrededor. Todos iban vestidos como españoles y criollos, con hábitos religiosos, con uniformes de la guardia, con ricos ropajes de gentilhombres. Pero sobre sus hombros se elevaban picos de aves, enormes ojos de insectos, rostros babosos de gusanos.

Cuando quise huir de todos ellos, bajo mis pies se abrió un agujero, similar en anchura al del muro del convento, pero en forma de pozo sin fin. Y por ese pozo caí, caí, caí sin tocar el suelo, pues ahora sí estaba seguro de dirigirme tan bajo como se podía caer, hasta el centro mismo del infierno.

9

Me gustaría afirmar que pasé una noche terrible en la celda de la novicia, junto al catre y la imagen de San Pedro de Alcántara. Y que me atormentaron ahí las peores pesadillas, como cuando se acuesta uno con mala digestión. Sin embargo, no tengo el sentimiento de haber dormido esa noche. Por el contrario, las imágenes que me sacudieron ocurrían en la vigilia. Eran reales y materiales, hasta donde mis sentidos atestiguan.

Ni siquiera podría asegurar que era una noche de verdad lo que ahí pasé, pues mientras me transportaba entre recuerdos y alucinaciones, la luz del sol se intercalaba con la oscuridad, sucediéndose sin orden ni concierto, haciendo del tiempo un revoltijo en vez de una línea recta. Sé que Vuestras Mercedes, cuyo pensamiento es claro y lógico como corresponde a vuestra investidura, encontrarán este relato confuso, absurdo, producto de bebidas espirituosas y de frenesíes sin sentido. Pero he hecho en este relato la promesa de contar todas las verdades, por extrañas que suenen o dañinas que resulten para mi reputación. Siguiendo ese principio, cuento de esa ocasión lo único que tengo para contar.

No terminaron, pues, mis visiones con un despertar. Si me empeño en narrar algo con sentido, solo podría decir que los monstruos y las gárgolas fueron dándome la espalda y marchándose uno a uno de la celda, y en algún momento, entre todos ellos se marchó Jerónima.

Cuando el mundo volvió a parecerse a la creación divina, aún estaba oscuro y yo me encontraba solo. Pero los cantos de los primeros pájaros en los árboles del jardín anunciaban la proximidad de un nuevo día. Temeroso de las monjas, que debían prepararse ya para el rezo de prima, abandoné la celda. Y antes del despertar de los gallos, regresé por el agujero de la pared a Barrios Altos.

Seguía sin tener claro dónde pasaría la siguiente noche, o qué podría comer. Las últimas monedas que obraban en mi poder no alcanzarían siquiera para pagar una posada. Por costumbre, o quizá debo decir que, por instinto de hijo, aunque sea de hijo rechazado, encaminé mis pasos hacia la calle de Mantas.

A esa hora, la ciudad abandonaba el pelaje de la noche y recuperaba sus ropas diurnas. Salían los mercaderes, algunos acompañados por sus perros. Los gatos correteaban a los pescaderos. Nubes de moscas planeaban sobre los vendedores de carne y los de plátanos. Había gozado de esa visión rutinaria miles

de mañanas, pero precisamente en esa, me pareció que los animales rodeaban a los cristianos, organizados entre sí, al acecho para arrancarnos nuestros bienes y nuestras vidas. Temblé al acoger esos pensamientos. Unas calles más adelante, temblé de frío. Y seguí temblando por momentos, sin saber exactamente de qué.

No me atreví a tocar la puerta de mi casa, que había dejado de ser mi casa, y me aposté frente a ella en espera de mi madre. Se había desvanecido mi coraje de la noche anterior, y ya no se me ocurría salir por la puerta de la ciudad en busca de mi desconocido progenitor. En cambio, pensaba que a mi madre se le podía haber pasado ya la furia, y que quizá me permitiría vivir de nuevo bajo su techo, como habíamos hecho antes de que todo se torciese, vendiendo paños y dejando transcurrir los días, sin mayores ambiciones ni disgustos.

Tonto de mí. Abrió mi madre la puerta para salir, quizá a la compra, o al encuentro de algún cliente, o en busca de un nuevo proveedor. Tan solo de verme, se le torció la expresión, se le agrió el gesto, y volvió a cerrar en mis narices. Era el único mensaje que deseaba transmitirme.

Abandonado de toda esperanza, vagué por la ciudad durante toda la mañana. Si hasta el día anterior, mis pasos resonaban firmes sobre los empedrados, cargados de mi autoridad de alguacil, ahora apenas andaba sin tropezar, y cualquier empujón casual podía tirarme al suelo. Si algún conocido veía, no me atrevía a acercármele, temeroso de llevar mi fracaso escrito en la cara. Mi único propósito: dejar que el tiempo se escurriese hasta que algo, acaso la muerte, lo detuviese.

Si volví a pensar en encontrar a mi padre, esta vez no fue al calor del despecho, ni por la esperanza de enrostrarle mis papeles de identidad. Algo debía hacer con mi vida para no acabar, como temía Jerónima, entre los malvivientes de la orilla del río. Y no me quedaba más relación con la humanidad que el hombre que me había procreado, pues por ley de la naturaleza, alguno había tenido que ser.

Quizá el hechizo de la donada no había sido bastante fuerte, y apenas me había procurado un carnaval de monstruos y deformes. Pero en todo caso, parecía haber en esos ceremoniales una manera de averiguar cosas, por diabólica que fuese. Acaso la única manera que me quedaba. Y sin duda, conocía yo a alguien que podía recurrir a esas artes, incluso con más poder y pericia que Jerónima.

O quizá no. Pero no se me ocurría más que hacer. Y, por último, a lo mejor en su casa encontraba algo de comer.

Al llegar a la puerta verde de Rosa, encontré frente a ella una larga cola de pedigüeños: tullidos y ciegos, afiebrados y heridos, o simples pobres, formaban fila en espera de un milagro que cambiase sus vidas desgraciadas. Ni me había imaginado yo que tendría que aguardar tras toda esa gente, pero la pérdida de mi cargo de alguacil tenía consecuencias que empezaba a comprender, entre ellas, la

pérdida de mis privilegios.

Tomé lugar al final de la cola, y rápidamente me siguieron dos ancianas que caminaban con bastones, apoyándose la una en la otra, mientras rezaban avemarías y se ilusionaban mutuamente con curaciones mágicas a sus cojeras. En una canasta llevaban hogazas de pan y fiambre, y entonces se me ocurrió que yo mismo debía haber llevado una ofrenda a Rosa y que, sin ella, quizá no sería aceptado tras la puerta. Me costaba acostumbrarme a mi nueva condición.

La hora Sexta me sorprendió entre esos mendigos de milagros. El sol comenzó a escalfarme la cabeza, pero la fila no se movía, y ninguno de los que esperaban conseguía entrar. Se impacientaron algunos, y comenzaron las peleas entre quienes creían haber sido atrasados por otros. Pronto, no solo mi cabeza sino la multitud en pleno estaba demasiado caliente. Finalmente, cuando el sol llegaba a lo más alto del cielo, salió la madre de Rosa, doña María, y comenzó a ahuyentar a la multitud:

—¡Idos ya! ¡Marchaos! Que mi hija no va a atender hoy…

Los asistentes mostraron su decepción con quejas y lamentos. Algunos se pusieron furiosos e increparon a la mujer:

—¡Vieja legañosa!

—¡Purulenta!

Doña María no reparó en ellos. Recorrió toda la fila para apartar a los pedigüeños, y fue así como me encontró, pegado a la pared:

—¡Vos! ¿Pero qué hacéis aquí? Vos en mi casa solo tenéis que anunciaros. ¡Pasad!

Las viejas a mis espaldas protestaron especialmente al verse desplazadas por un hombre sin ofrendas ni enfermedades a la vista. Por mi parte, yo imaginé que doña María no había notado la ausencia de mis insignias y mi vara. Quizá nunca había terminado de entender su significado. Y no sería yo quien se lo explicase, al menos en ese momento.

Como preveía y deseaba, doña María me ofreció una sopa de mondongo que me supo a gloria divina. Ese día solo estaba en casa su esposo, don Gaspar, pero en esa condición como de estatua que tenía, apenas saludó vagamente desde su silla y no volvió a abrir la boca. Y estaba también Rosa, aunque yo no la veía por ninguna parte.

—Guarda cama —explicó la madre—. Se pone así desde niña porque no come. Se guarda el almuerzo a escondidas en la alforja y luego se lo da a los pobres. ¿Cómo no se va a poner mala?

Con lo buena que estaba la sopa, me costaba creer que la despreciara Rosa, pero ya tenía claro que no se trataba de una persona como las otras, y precisamente por eso la buscábamos yo y todos los que hacían fila frente a su puerta. Al terminar de comer, doña María me llevó a una habitación que tenían

en esa casa separada del resto, donde había varios catres, y en uno de ellos vi a Rosa, más huesuda y con peor aspecto que nunca:

—¿Qué tenéis? —le pregunté.

—Una madre. Que no me deja levantarme porque dice que me pondré mal.

—¡Ya estáis mal! —le recriminó la aludida.

—Tengo trabajos que hacer.

—¡Pues comed! ¡Cuidaos! —Y volviéndose a mí, pues había perdido la esperanza de que la escuchase su hija, prosiguió su explicación—: No es solo que le falte alimentarse. Es que se maltrata. Se echa agua helada en el cuerpo para que se le quite el buen color. Y si algún hombre elogia la belleza de sus manos, las mete en cal viva para estropearlas. Si le pido yo que se ponga una guirnalda de flores para aderezarse la cabeza, esconde en ella agujas o espinas para mortificarse. ¿Cómo va a estar sana?

Tosió Rosa, como para confirmar las palabras de su madre, y al llevarse un pañuelo a la boca, lo manchó de sangre. Lo arrojó del otro lado de la cama y vi ahí una bacinica, en la que descasaban varios trozos de tela igualmente enrojecidos.

—¿Esa tos la ha tenido siempre? —pregunté.

—Le da con dolores de ijada. Eso y la tiña, desde que vivíamos en Quives. Pero ya le he puesto su remedio.

Se sacó del camisón Rosa un pedazo de lo que parecía otra tela, pero más grasienta y asquerosa, y me lo enseñó poniendo cara de hartazgo. Como yo no entendía de qué se trataba, la madre me explicó:

—Pellejo de buitre. Dicen que es mano de santo.

Me sonó más repulsivo el remedio que la enfermedad, pero preferí callar. No así Rosa, que arrojó al suelo el pellejo y se levantó de la cama:

—Ya estuvo bien —decretó—. Que la pereza es cosa del diablo y mi novio me está llamado.

—¡Y dale con lo del novio! —se escandalizó la señora, que corrió a la cámara para tratar de mantener a su hija en ella.

A mí, eso del noviazgo con Dios me dio una idea. Pero rápidamente me distrajeron de ella las dos mujeres, que se pusieron a discutir, la madre dando voces, la hija con más discreción.

—Hoy no he atendido a los enfermos…

—Los he mandado yo marcharse. ¡Hoy sois vos la enferma!

—No podéis hacer eso. ¿Qué no veis que os engaña el diablo para que le hagáis favores?

—¿No veis vos que no se puede hablar con los personajes bíblicos?

—Acaso deberíais intentarlos vos.

—¡Estáis loca! ¡Y me volveréis loca a mí!

Sin mediar aviso, se echó a llorar la madre, y las lágrimas rodaron sin

consuelo por sus mejillas, no tanto por el episodio que ahí vivían, sino por la suma de episodios, de días y enfermedades, de milagros, de dudas, de extravagancias, de mortificaciones y sacrificios, en suma, por no poder tener una hija como las hijas de los demás. Y aunque Rosa no lloró, tampoco intentó confortar a María. Más bien se la notaba turbada e impaciente por retomar sus actividades. Entonces, imaginando lo cansadas que debían sentirse la una de la otra, retomé mi idea anterior, y con una gran sonrisa, proclamé:

—Yo tengo la solución. A ese y a todos vuestros problemas.

10

Andar por la ciudad con Rosa era más lento que gatear. La vez anterior que habíamos caminado juntos, regresando del pueblo cimarrón, apenas nadie le había hablado. Ahora en cambio, aparte de los buhoneros, los mendigos y los comediantes que anunciaban el estreno de una nueva representación en el corral de San Agustín, nos enfrentábamos a un obstáculo peculiar: a cada momento se nos acercaban desconocidos para pedirle a Rosa todo tipo de favores.

—¡Santa, reza por mi abuela que ha muerto!

—¡Mamita, mi hijo tiene vómitos!

—¡Líbrame de mis deudas!

Atendía ella pacientemente a cada persona. A muchos les tocaba la frente y les hacía la señal de la cruz, gestos que eran recibidos con agradecimiento y alborozo, como si solo con ellos se arreglasen ya los problemas. A lo mejor así era, pues sin duda, la popularidad de esa mujer se extendía más rápido que el aceite en los manteles.

Comprendí que la reconocían por su pelo rubio y sus ropas muy bastas, como de mendiga, pues nadie combinaba ambos rasgos. En estos reinos, los pobres tienen piel oscura, sea india o africana, y ni siquiera ellos se visten con tanto descuido y con tan evidente voluntad de desagradar.

—Tomad mi capa —le ofrecí—. Y recogeos el pelo en un moño. Así podremos avanzar más ligeros.

Obedeció ella mis instrucciones, y aunque aún recibió algunos pedidos en adelante, de gente que ya la había visitado antes y la reconocía, al menos nos libramos de nuevos admiradores. Gracias a eso, fue posible entablar la conversación que yo deseaba, y que constituía la verdadera razón de mi visita y de nuestra salida:

—Vos me hablasteis una vez de mi padre —señalé—. ¿Lo recordáis?

Asintió ella sin decir nada. Avanzaba mirando el suelo y como escondiéndose. Su cuerpo expresaba la mayor modestia que han visto mis ojos.

—Dijisteis conocerlo. Y que él me hablaría. «Ya va a llegar el momento», dijisteis.

Murmuró ella algo, un ruido monótono y quedo. No tardé en distinguir que eran oraciones en latín. Aparte de eso, no se dignó contestarme. Como si hubiese

yo desaparecido de su lado. Como si nada de lo material, incluido yo mismo, tuviese la menor importancia para ella.

—*Salve, Regina, mater misericordiae; vita dulcendo et spes nostra, salve. Ad te clamamus, exules, filii Evae…*

—Es… importante para mí saberlo. Lo estoy buscando y…

—*Ad te suspiramus, gementes et flentes in hac lacrimarum valle…*

—He visto magias como las vuestras. Anoche. Se parecían también las que hacían vuestros amigos negros. No sé si son cosa de Dios, pero sé que son poderosas…

Se detuvo ella en seco. Por primera vez, alzó los ojos hasta que se cruzaron con los míos. Pensé que iba a responderme, que en su oración había hablado con la divinidad y que ella le había comunicado las respuestas que yo requería. Pero ella dijo:

—No sé si mi novio apruebe esto de Santa Clara.

Oírla hablar de Jesús como su novio me había recordado la situación de las monjas: casadas con Dios. De ahí la idea de llevarla al convento, donde sabía yo bien que muchas novicias tomaban a Rosa como ejemplo de virtud. Quizá estuviesen dispuestas a aceptarla en Santa Clara incluso sin el pago de la dote, que su madre nunca podría costear. En todo caso, eso aliviaría las aflicciones de doña María, que ya no podía cargar en casa con una santa o bruja o lo que fuera. Y le procuraría a Rosa un ambiente más espiritual, a pesar de sus constantes faltas y vicios, los cuales, de todos modos, ya no tenía yo autoridad para reprochar. Además, al llevar a Rosa al convento tendría excusa yo para llamar a Jerónima, preguntarle por sus magias, acaso pedirle posada algunas noches en alguna celda vacía. O hasta besarla.

Repetí los argumentos que había dicho en su casa, ante su madre:

—Estoy seguro de que complacerá a Cristo veros con el hábito religioso, rodeada de hermanas que, como vos, se dedican a cantar alabanzas a su gloria.

—No sé. No sé. No sé. No sé…

De repente, andaba ella en círculos, chocando con la gente que pasaba, mientras alternaba sus negativas con latinajos. También se mordía las uñas, deformándolas y rompiéndolas. Un arcabucero montado estuvo a punto de atropellarla con su caballo, y ni siquiera eso la distrajo. Solo una anciana consiguió interrumpir su meditación al acercarse a nosotros de golpe:

—¡Santa! Soy medio sorda, hacedme oír…

Casi sin mirarla apenas, Rosa estiró sus manos hasta las orejas de la anciana y las apartó. Luego, continuó con sus faros movimientos. En cambio, la recién llegada sonrió con el gesto ido, miró al cielo, juntó las manos como se hace para rezar y se puso a canturrear:

—Ahora oigo canciones celestiales. Un coro de monjas. Música sacra…

Y cantando se alejó de nosotros, dejándome la impresión de que el mundo entero se estaba saliendo de sus casillas, y al ser yo el único normal que quedaba, eso me convertía en el más chiflado de todos.

Traté de decir algo que devolviese a la realidad su solidez:

—Rosa, ¿queréis ir al convento? ¿O preferís que os devuelva a vuestra casa?

Empezaba a parecerme todo eso un despropósito. Después de todo, no me tocaba a mí decidir el destino de Rosa. Y visto que parecía imposible la conversación que me interesaba, tampoco hacía falta continuar el paseo. De todos modos, lo del convento era algo que debía pensarse con más detenimiento. A lo mejor, prefería ella tener su libertad. Además, su madre había aceptado mi propuesta de llevármela al calor de la discusión. Pero ¿y si ella también se arrepentía? ¿Y si no aceptaban a Rosa en Santa Clara? ¿Y si ni siquiera me abrían la puerta del convento?

—¿Rosa?

—¡Santo Domingo!

Señaló ella hacia mi espalda. Pensé que sería otra de sus locuras, y que ahora se le aparecían los santos en la vía pública. Luego entendí que, en efecto, por esa dirección, a seis varas de distancia, se encontraba la Iglesia de Santo Domingo. De otra cosa no, pero de templos, anda sobrada la ciudad de Lima, y hay casi uno por calle.

—¡Santo Domingo! —repitió ella. Y con expresión ausente, echó a andar en dirección a dicha iglesia, ya no dudosa y cabizbaja, sino resuelta y enérgica.

—¡Rosa, el convento es por el otro lado!

—Tengo que preguntarle a mi novio —respondió, y como me resultaba cada vez más difícil entender nada de lo que decía, yo me limité a seguirla por la calle atestada de gente, hasta el templo.

Estaban abiertas las puertas, para quien quisiera entrar a rezar y hacer ofrendas a los santos. Rosa cruzó entre las imágenes y las estaciones del calvario sin dejar de mirar la imagen de Jesucristo que presidía el templo. Al llegar a la primera de las bancas, sin apartar la mirada de la cruz, se quitó de encima mi capa y la arrojó a un costado. Se arrodilló con tal ímpetu que el golpe de sus rodillas en el reclinatorio se escuchó hasta la puerta. Juntó las manos frente al rostro. Cerró los ojos. Se puso a rezar.

Otros feligreses que habían acudido a encender velas o solo a refugiarse del calor se fijaron en Rosa. Durante el rato siguiente, sus cuchicheos remplazaron a las oraciones. Mientras tanto, en silencio, me pregunté yo hacia dónde se dirigía mi vida.

Era empresa imposible encontrar a mi padre, y más me habría valido dedicar ese tiempo a buscar ocupación. Al salir de ahí, tendría que darme prisa en llevar a Rosa a Barrios Altos y regresar al centro para ofrecerme como ayudante a

los pulperos. Sospechaba que se negarían a pagarme en moneda, pero al menos me darían dos comidas al día. Eché de menos mi existencia de tan solo un día antes, que ahora se me hacía lejana en una eternidad.

Dícese, Vuestras Mercedes, que la necesidad aguza el ingenio. En verdad, durante ese día de abandono ya se me había ocurrido la idea de recurrir a Rosa, aunque se revelaba como un plan fallido. Y mientras aguardaba que terminase su oración, una nueva idea se encendió en mi alma. Lo cierto es que sí tenía yo algo que vender, y podía vendérselo al mejor comprador de estos reinos, que había mostrado su interés por eso. Comprendí que aún me quedaba un recurso valioso para subsistir. Se iluminó mi corazón. Y decidí poner en marcha mi plan cuanto antes.

—Rosa, debemos marchar ya.

Calló ella. Me acerqué. Me senté a su lado.

—¿Os ha dicho algo vuestro novio?

—Nada. No me está escuchando.

Parecía tan despechada como si un verdadero novio la hubiese abandonado. Llevaba yo desde la noche anterior sumido en demasiadas fantasías y locuras. Me apetecía pisar tierra y pensar cosas ciertas.

—Hemos de irnos.

—Puesto que nada me responde Jesús, será que acepta que marche al convento.

—Eso será.

Habría preferido yo devolverla a su casa, que nos quedaba más cercana. Pero no iba a contradecirla. En la medida de lo posible, para evitar la confusión, no pensaba hablarle.

—Vamos allá —insistí.

—No puedo.

De verdad, resultaba esa mujer más difícil que remar en la arena. Sin embargo, dejarme llevar por la ira habría sido la peor opción. Acumulé toda la paciencia que podía, aunque ahora la mala noche estaba añadiendo a mis penas un intenso dolor en el centro de mi cabeza.

—¿Qué pasa ahora?

—No puedo levantarme.

—¿No queréis ir después de todo?

—Yo sí. Son mis rodillas las que no se mueven.

—No os entiendo.

—Estoy clavada.

—¡No entiendo!

No pude evitar alzar la voz, lo cual levantó nuevos cuchicheos de feligreses. Pero Rosa siguió diciendo:

—No puedo moverme del reclinatorio. Ayudadme, por favor.

Ni siquiera intenté ser delicado ante las perturbaciones de esta mujer, que ya habían llevado al límite mis cabales. Tomé entre mis manos su talle, a la altura de las axilas, y di un tirón hacia arriba.

Ella no se movió. Pero no por su propia voluntad, pues su cuerpecito esmirriado apenas habría podido oponerme resistencia. De verdad, sus rodillas parecían fijas en la madera.

—No es posible…

Volví a tirar, ahora más fuerte, y tampoco conseguí moverla. Ella actuaba con indiferencia al dolor, y no parecía sentir nada con mis tirones. Así que, en mi tercer intento, la jalé como a una puerta atascada. Ni por un instante se alzaron sus piernas, más bien el banco entero de la iglesia se separó del suelo y volvió a caer.

A estas alturas, habíamos hecho tal estruendo que los feligreses nos rodeaban, y ya eran audibles sus comentarios:

—¿Es la santa?

—¿Está hablando con Dios?

—¡Ayudadme! —grité, perdido ya todo control de mí mismo—. Tenemos que sacarla de aquí.

Dos, tres y hasta cuatro varones se ofrecieron sucesivamente, y luego todos a una. Tiramos de cada extremidad de Rosa. Empujamos su cuerpo. La atamos con una cuerda y jalamos, usando el respaldo del banco como polea. Lo más que logramos fue mover todo el largo mueble sin despegarlo de ella, tan fijamente adherido a su cuerpo que habríamos tenido que serrucharlo y dejarle dos pedazos como rodilleras.

—¿Pero de qué están hechos estos bancos? —pregunté al aire.

—De la bondad de Dios —me respondió alguien.

Ni siquiera era posible saber quién. Pues ya para ese momento, el párroco y los monaguillos se sumaban a la multitud, así como un par de artesanos que estaban arreglando las losetas, algunos niños y gentes varias que entraban desde el exterior para ver lo que ahí ocurría, pues en el exterior se corría la voz. A nuestro alrededor, mientras seguíamos intentando separar a Rosa del suelo, los murmullos se iban convirtiendo en exclamaciones, y las exclamaciones en gritos, y en todas las bocas, el grito era el mismo:

—¡Milagro!

11

Bajé por la callejuela que une el convento de La Merced con el Mesón Blanco y me detuve cerca de la portería falsa del convento de San Agustín. Se hallaba ahí el corral de comedias de San Agustín. A esa hora, comenzaba a formarse la fila para entrar, pero no tenía yo dinero con qué pagar la entrada, que costaba dos patacones en funciones inaugurales. De modo que me quedé esperando por las inmediaciones, entretenido en observar los vestidos de tafetán de las señoras. Confiaba en que el virrey sería fiel a su costumbre de no perderse ningún estreno.

Efectivamente, a poco del comienzo, apareció el príncipe de Esquilache rodeado por una nutrida comitiva, entre la cual distinguí al secretario de gobernación y a varios gentilhombres de acento italiano. Ninguna mujer los acompañaba. Llegaron todos andando, pues la estrechez de la calle no permitía acercarse en carroza. El público de la fila agachó la cabeza ante la presencia del virrey, quien no pareció notarlo, ocupado como estaba en reír junto a sus amigos. Y como ellos no tenían obligación de formar fila, sino que entraban directamente por el salvoconducto de su nobleza, casi se me escapan antes de poder llamar su atención:

—¡Su Excelencia! —grité, hallándose él a punto de cruzar la puerta—. ¡Su Excelencia, soy yo!

Caminaba el virrey pisando las nubes de su propio cielo y apenas atendía a plebeyos de mi catadura. Por suerte, su secretario sí que volteó a verme, y recordando mi audiencia en el palacio creyó apropiado detener a la comitiva para dejar que yo me acercase.

—Es Alonso Morales, Su Excelencia —me presentó—: el alguacil del Santo Oficio.

El gesto del aludido reflejó el mayor desinterés por mi persona, hasta que su ayudante le recordó:

—Es el que se enfrentó a los vicuñas.

Como si saliese el sol en sus ojos, el príncipe reaccionó entonces:

—¡Cierto! Teníais poco interés por el teatro y poesía. Veo que habéis cambiado de opinión. Me alegra. Venid con nosotros.

De inmediato, me olvidó y se volvió a hablar italiano con otros de los presentes. Al menos, ya estaba yo incorporado en el grupo. Y me había ahorrado

dos patacones.

En los reinos y provincias del Perú, todos sabían de la predilección del virrey por el teatro, y muchos no la aprobaban. Los sacerdotes más rigurosos consideraban que ese espectáculo decadente distraía a los hombres de Dios y los alejaba de la salvación, además de dar albergue entre sus practicantes a toda suerte de libertinos. De hecho, para reducir el puterío y los desmanes, se había prohibido que las representaciones terminasen entrada la noche. A pesar de las prevenciones, algunos sacerdotes sí frecuentaban el corral, aunque siempre sentados en los palcos, aislados por tabiques de madera y cubiertos por caladas celosías, que los mantenían a salvo de miradas indiscretas.

También había sido motivo de escándalo que el corral de San Agustín tuviese la misma puerta de entrada para hombres que para mujeres. Aunque ya en el interior del teatro se separaban unos de otras, esa promiscuidad en la entrada y la salida ofrecía el caldo de cultivo para todo tipo de ofensas a la virtud de las damas, incluso las promovidas por ellas mismas. El teatro había intentado remediar la situación abriendo un acceso aparte para caballeros en la plazuela de al lado, pero al final, los comediantes no se habían dado abasto para atender ambas taquillas y regresar a tiempo para subir al escenario, y habían vuelto a cerrar la lateral. Eso, por cierto, demostraba el poco aprecio que esa gente dispensaba a la moral y las buenas costumbres.

Precisamente la mescolanza entre hombres y mujeres por la puerta única favoreció las sorprendentes situaciones que ocurrirían esa noche.

La primera de ellas aconteció cuando me acerqué yo al virrey para transmitirle las informaciones que le llevaba. Sabía yo de las razones que motivaban la inquina de los vicuñas en su contra, referentes a la manipulación de las órdenes virreinales por parte del corregidor, tal como me había transmitido en su interrogatorio el infeliz Juan de Urbieta. Pero, además, y quizá aún más importante: era testigo de la enemistad jurada entre Mencia de Sosa, abadesa de Santa Clara, y el inquisidor Gaitán.

Esto había yo aprendido de los talentos sociales de mi madre: si bien resulta útil saber a quiénes quieren las personas, es mucho más provechoso tener claro a quiénes odian. Los enemigos de mis enemigos son mis mejores amigos. Si deseaba el príncipe perjudicar al licenciado Gaitán, nada mejor que tener situada a una de sus rivales más odiadas.

Puede parecer poco esto que tenía yo para ofrecerle al virrey. Pero no poseía nada más que dar a nadie, y estas informaciones constituían mi última esperanza de ganar los favores de una persona notable, lo que, a fin de cuentas, Vuestras Mercedes, es la única forma de prosperar en los reinos y provincias del Perú.

Con esos pensamientos, ya dentro del corral de comedias, intenté acercarme una y otra vez al príncipe de Esquilache, que una y otra vez se distrajo con alguno

de sus acompañantes.

Para mi fortuna, cuando estábamos a punto de subir al palco, juzgó el secretario que se nos había asignado una localidad demasiado modesta, y algunos de la comitiva se marcharon a pedirle al propietario del teatro otra de más altura. En la confusión, por fin, encontré un resquicio de la atención del gobernante. Y no lo desaproveché.

—Su Excelencia, estoy en posesión de informaciones de sumo interés…

—Mirad, Alonso, eso sí que tiene sumo interés.

Me fijé en lo que señalaba el virrey. Era una dama, elegantemente envuelta en muselinas de Calcuta y zarazas de Malabar. El corsé adelgazaba tanto su cuerpo que asemejaba una figura de porcelana china. Y la gargantilla enmarcaba su rostro destacando una expresión de galante interés destinada a nuestro virrey.

Ante esa imagen seductora, recitó Su Excelencia:

A la mar, por ser honda,
se van los ríos,
y detrás de esos ojos
se van los míos.

Acompañada por una esclava que le cargaba la alfombrilla, pero sin apartar la vista del príncipe ni un momento, caminó la dama con suavidad y mucha sugerencia en dirección a la cazuela, que era la parte posterior más arriba de la grada, donde se sentaban las mujeres. En el aire que respirábamos quedó su delicado perfume y el aire embobado del príncipe de Esquilache.

—Alonso, hacen gala las mujeres de estos reinos de una naturaleza más atrevida que en la Península.

—Son las nuestras tierras de bárbaros, Su Excelencia.

—Sí. Y me encanta. Vamos a celebrarlo.

—Yo quería informar de…

Volvieron en ese momento el secretario y los demás, acompañados del dueño del teatro, un andaluz gordo que se deshizo en reverencias y disculpas ante el soberano. Nos condujo él con sus andares rechonchos entre la fila de los palcos. Y fue entonces cuando ocurrió la segunda cosa sorprendente: entre el público de las mujeres, vi aparecer a mi madre.

Jamás había sabido que fuese ella aficionada a las comedias. No lo había mencionado en toda nuestra vida. Tampoco la creía de humor para entretenimientos frívolos, no justo ese día, cuando acababa de rechazar a su hijo de la misma casa donde lo había amamantado. Pero sin duda tratábase de ella, vestida con su mejor brocado, y bastante digna entre las gentes notables, más debido a su talento como costurera que al valor de sus telas. Por cierto, también

ella me descubrió a mí. Nuestras miradas incrédulas se cruzaron por un único instante y, de inmediato, ella desapareció en el interior de un palco. Solo entonces, volví a prestar atención a la situación en que me hallaba, como quien despierta de un sueño.

Guiados por el propietario, avanzábamos el virrey y sus acompañantes hasta el palco más central y amplio. Aunque su guardia era numerosa, solo cuatro personas cabían en dicho palco, y tan codiciado honor recaería sin duda en los más cercanos al príncipe. Veía ya perdido sin remedio mi afán de la noche, cuando el virrey, inexplicablemente, me incluyó en el grupo:

—El secretario, el contador Gonzalo, mi amigo Alonso y yo nos sentaremos ahí. Los demás, largaos.

Según indicaba el protocolo, el paje del virrey colocó en el asiento un cojinillo de terciopelo carmesí con flecadura de oro, para que nuestro soberano no tocase con el trasero los lugares que traseros plebeyos hubieren deshonrado. Mientras acomodaba encima sus reales posaderas, el soberano me mandó acercarme, lo que yo interpreté como la oportunidad de contarle todo lo que sabía. Pero cuando me tuvo al lado, ni siquiera me permitió abrir la boca. Más bien, acercó la suya a mi oído para hablarme en voz baja:

—Me venís muy bien, Alonso, pues necesito un Mercurio…

—¿Su Excelencia tiene frío? ¿O desea un chal por si refresca?

—Un Mercurio es un mensajero, Alonso. ¿Es que no recordáis la mitología romana?

Hube de admitir que no. Ni la recordaba ni la conocía ni jamás la había oído nombrar.

En su infinita magnanimidad, Su Excelencia dispensó mi ignorancia y continuó:

—Necesito alguien que se acerque con discreción a la dama de la gargantilla para averiguar su nombre. Y como ella ya me ha visto con vos, sabrá de parte de quién vais sin necesidad de pronunciar mi nombre. Es muy importante no pronunciar mi nombre. ¿Está claro? A saber en qué oídos malintencionados hacen luego sus nidos las palabras.

—Por supuesto, Su Excelencia… Pero deberé esperar a que abandone ella la cazuela, al final de la representación.

—Hasta entonces, disfrutad de la comedia.

—Mientras tanto, ahora que estamos en calma, yo deseaba…

—Silencio, Alonso, que ya comienza.

Subieron al escenario varios hombres y mujeres disfrazados como gentes de otros tiempos. Una de ellas hacía de madre de la Virgen María. Daba a luz a Nuestra Señora y luego la llevaba al templo para consagrarla a Dios. El tema parecía en general moralmente apropiado, aunque tenían los comediantes la mala

costumbre de decirlo todo en verso, con lo cual se enredaban los dichos y oscurecían los sentidos de mala manera.

—¿Os gusta Lope, Alonso?

—¿Es ese el nombre de alguno de los amigos de Su Excelencia?

—¡Es el autor de la pieza que veis! Lope de Vega. El mejor escritor de España.

—Entonces sí, Su Excelencia.

—Es amigo mío. Yo redacté el prólogo de uno de sus escritos. Y él me dedicó otra comedia.

—Qué honor para él, Su Excelencia.

—¡Esta parte es hermosa! Escuchad, Alonso, escuchad. Sentid su tono de égloga sacra, llena de delicadeza y finura.

Demasiado elevados sonaban los comentarios de nuestro gobernante para esta pobre alma de Dios, ignorante del todo en asuntos de las artes. Más difícil aún se me hacía entender sus palabras, pues el misterio de mi madre en el palco absorbía mis pensamientos con más intensidad que los actores. El virrey comentó el resto de la función sobre todo con el secretario y con el contador Gonzalo, que vestía de riguroso negro y parecía instruido, de seguro, al menos mucho más que yo.

En todo caso, tenía yo una misión que atender en nombre del virrey, más prosaica, pero por eso mismo, más concreta. En ella sí me esmeraría para no defraudarlo.

—Buscad a esa mujer —me ordenó mi soberano al final de la función, mientras los asistentes se prodigaban en aplausos—. Y traedme su respuesta al palacio. Daré orden de que os dejen entrar.

Abandoné los palcos en medio de los vítores, y me detuve en la puerta a esperar a la dama en cuestión, la cual salió de entre las últimas, cuando ya casi anochecía, mucho después que el propio virrey. Recién al verla, me pregunté con qué palabras aborda un plebeyo como yo a una mujer tan encumbrada. Relucía tanto su estampa que la mía parecía una mancha de barro en su falda. No sabía qué decir para no sonar impertinente o vulgar a sus oídos. Me acerqué a ella balbuceando disculpas, como si fuese a pedirle una moneda.

—Señora, perdonad mi atrevimiento. Yo solo quiero… es decir, no solo… Tampoco soy yo quien quiere, sino más bien…

Me maldije a mí mismo en silencio por mi torpeza. Creí desbaratada mi misión. Temí haberme acercado al virrey lleno de informaciones que él no me había pedido, y luego no poder llevarle las respuestas que sí. Me insulté. Me detesté.

De repente, la mujer sacó de entre sus lujosos paños un papel doblado y lacrado, del que manaba un perfume de sahumerio.

—Vuestro señor querrá leer esto —me explicó sin detener su camino.

Creo que ni siquiera su esclava, que la seguía casi respirándole en la nuca, alcanzó a ver este intercambio oculto de favores y deseos.

Iba yo a preguntarle su nombre.

Iba, si ella me lo permitía, a manifestarle el regocijo del soberano ante su visión en el corral.

Pero antes de que pudiese hacer nada de eso, la escurridiza dama había desaparecido por la callejuela, dejándome solo el mentado papel, y el recuerdo delicioso de su silueta de porcelana.

12

Aunque galán cortesano
y de un santo descendiente,
que tenga hambre es corriente
y le pasa a todo cristiano.
Pues besar quiere mi mano,
según su fina expresión,
le acuerdo tal pretensión,
si es que a más no se propasa,
y honrada estará mi casa
si viene a hacer colación.

El virrey terminó de leer la nota junto a una lamparilla. Volvió a doblarla. Con un profundo suspiro, saboreó su perfume y su música.

—¡Menudo billetico! Y en el lenguaje de Apolo, para impresionarme más. Minerva encarnada en Venus…

Ya me estaba acostumbrando a no entender una palabra de lo que el soberano decía, pero salí del aprieto con una sonrisa de aspecto inteligente, sin delatar mis ignorancias ni arriesgarme a fingir inexistentes conocimientos. Así lo hice, y a Su Excelencia le resultó suficiente. Volvió a mirar la carta, donde figuraban las señas de su pretendida.

—Doña Leonor de Vasconcelos, viuda de Yáñez —leyó—. Las viudas son mis favoritas. Poseen la libertad de solteras y la experiencia de las casadas. Acompañadme.

—¿Yo, Su Excelencia?

—¿Y qué queréis? ¿Que lleve a la compañía de lanceros para alertar de mi presencia a toda la ciudad? Vos sois alguacil. Seréis mi guardián.

—A los pies de Su Excelencia.

Nos pusimos capas negras de terciopelo para confundirnos con la noche y partimos raudos pero sigilosos.

Vivía la viuda en una soberbia casa pegada a la muralla de la ciudad, en la calle de Polvos Azules, a tiro de piedra del palacio. Nos abrió la puerta, sin siquiera preguntar nuestros nombres, la misma esclava que acompañaba a la señora en el corral de comedias. Aunque, una vez adentro, solo invitó al príncipe

a entrar en el salón. A mí me tocaba montar guardia en el patio.

Desde mi puesto, escuché el encuentro de los dos tórtolos:

—¡Revoltijo de frutas! —celebró el virrey al encontrar la colación en la mesa.

—Del que hacen las monjas de La Concepción. Y pan de dulce.

—Está llena de manjares esta casa…

—Aún no sabéis bien cuántos…

Eran todo risas y coqueterías esos dos. Desde afuera, es increíble lo tonta que parece la gente cuando intercambia arrumacos y monerías. Será por eso, y no solo para evitar ofender a Dios, que los amoríos son cosas de hacer en privado.

—Antes de pasar a la mesa, debéis probar un vino de Málaga que acaba de llegarme —propuso ella—. Necesito que alguien lo aprecie, pues ya sabéis que los naturales del Perú son zafios y toscos para las cosas de la mesa.

—Creedme que apreciaré yo todas las cosas de vos como nadie más.

Por ahí seguía el cortejo. Parecía irle muy bien al príncipe, algo que yo encontraba muy conveniente para mis planes. Pues si me hallaba él conveniente a sus placeres nocturnos, por ahí podría encontrar yo una colocación. E incluso si hacía falta procurarle dichos placeres, mi experiencia interrogando fornicadores podía ser de gran utilidad. Ya sé, Vuestras Mercedes, que estas palabras os sonarán inapropiadas y bajas de moral. Pero concederán que la rectitud de consciencia requiere la tranquilidad de bolsillo. Pues es muy difícil pensar en el cielo teniendo la barriga vacía aquí en la tierra. Además, ¿acaso no era el virrey príncipe un referente moral? ¿Iba yo, un pecador de medio pelo, a juzgar sus actos? ¿Y con qué autoridad, si ni siquiera ocupaba ya un cargo en el tribunal?

Estos cálculos ocupaban mi espera en el patio, hasta que llamaron mi atención ruidos extraños. Se trataba de sonidos poco adecuados a la intimidad de esa casa, como eran los de botas golpeando el suelo y aceros de espadas brotando de sus vainas, además del rumor de voces masculinas. Provenían del salón situado a la izquierda del patio. Hacia ese lugar me dirigí.

Al acercarme, cesaron los ruidos, como si un grupo de ratas hubiese escapado corriendo de mi cercanía. Lejos de calmar mis sospechas, el repentino silencio las aguzó. Y sin pedir permiso ni preguntar, abrí la puerta de dicho salón.

No había nadie ahí. La luz exterior me descubrió tan solo un escritorio de madera de pino y algunas sillas. De las paredes colgaban dos crucifijos y un cuadro de la Virgen con el arcángel Gabriel. Con la mano en la espada, husmeé por el interior. Una puerta conducía a lo que parecía un dormitorio, y sabía yo por experiencia que, en estas casas, solían estar comunicados todos los aposentos. De haber habido alguien ahí, produciendo los ruidos que me habían alertado, le habría resultado fácil escurrirse a otro lugar.

Fue al llegar al escritorio donde todas mis angustias despertaron. Porque ahí

detrás, abajo de la silla, emergía del suelo algo que parecía un perro o un gato, agazapado para saltar sobre mí. Le apunté con mi espada, y entonces descubrí que no se movía ni respiraba lo más mínimo. Al acercarme y observarlo desde más cerca, comprendí por fin de qué se trataba: de uno de esos sombreros de lana de vicuña que había visto llevar a los atacantes del vascongado Juan de Urbieta.

Vinieron a mi memoria las palabras del virrey.

«Quieren matarme.»

Tomé el sombrero del suelo y crucé el patio de regreso hacia el salón. Seguía ahí el virrey con la viuda Leonor de Vasconcelos, entre risitas y pavoneos. Ahora, él intentaba descorchar el famoso vino de Málaga, lo que sin duda le resultaba muy complicado, pues durante toda su vida, le habían abierto las botellas sus criados. Y los dos parecían encontrar la experiencia fascinante y divertida. Por fortuna, me daba ella la espalda y él la cara. Me coloqué frente a la ventana y sacudí el sombrero hasta llamar su atención. Cuando sus ojos se desviaron hacia mí, para dejar claro mi mensaje, atravesé el dedo por mi cuello, intentado expresar que nos jugábamos los dos el pellejo.

Era hombre perspicaz el virrey, después de todo, y lejos de asustarse o perder el control, pareció incluso más tranquilo que hasta entonces. Devolvió la botella sin abrir a la mesa y, sin perder el talante seductor, propuso:

—Quisiera, doña Leonor, honrar vuestra invitación poniendo algo de mi parte. Pues he venido con manos vacías a tan generoso convite. Y eso no es de caballeros. Sin ánimo de despreciar este Málaga, os quiero ofrecer un soberbio pajarete, producto de mis viñas en España. Es, digamos, un caldo que forma parte de mí.

Ella rio en el mismo tono disforzado que dominaba la noche.

—Por mí no se prive el señor virrey de satisfacer su gusto. Fácil es enviar uno de mis criados donde el mayordomo de Su Excelencia.

—Adivina, mi gentil amiga, el propósito que tengo.

El príncipe se sacó de la alforja una llave muy pequeñita, como de gaveta de tocador. Y volviéndose a la esclava de antes, que ahí seguía, le dijo:

—Llégate a palacio, pregunta por mi paje, dale esta llavecita y dile que me traiga las dos botellas de pajarete que encontrará en la alacena de mi dormitorio.

Salió ella haciendo una reverencia, y prosiguió el de Esquilache con aire festivo:

—Tan exquisito es mi vino, que debo encerrarlo en mi propio cuarto. El bellaco de mi secretario de gobernación es muy leal y honrado, pero me temo que tiene ciertas inclinaciones de borracho que no he podido arreglar.

Sus palabras volvieron a provocar las risas de la anfitriona, que invitó al distinguido huésped a sentarse a su lado. Él así lo hizo, cuidando de echarme rápidas miradas entre un coqueteo y otro.

—Qué alegre es la presencia de un caballero como vos en la triste casa de una viuda —celebró la mujer.

—Sois joven aún. ¿Cómo perdisteis a vuestro esposo?

—No quiere Su Excelencia hablar ahora de cosas tristes.

—Quiero hablar de vos. Y como vuestro esposo ya no disputa vuestros encantos conmigo, no es molestia.

Esta vez, la sonrisa de ella se tornó en un gesto triste:

—Su muerte fue horrible y cruel. Unos maleantes lo ejecutaron. Y como si la muerte no bastase, le arrancaron la cabeza y la colocaron sobre las columnas de la entrada de la ciudad, solo para mostrar su poder y su malevolencia.

Me sonaba familiar aquella historia, y qué no habría dado por encontrarme al lado del virrey para explicarla. Pues de ella precisamente había sido mi intención hablarle en el corral de comedias, antes de que el destino nos llevase por otros derroteros. De todos modos, el virrey se olía por dónde iban los tiros, y conducía la conversación hacia allá.

—Horrible, en verdad. Pero me extraña tanto ensañamiento. ¿Algo habría hecho quizá vuestro marido para provocar odios semejantes?

—Alonso Yáñez solo era un minero de Potosí que reclamaba igualdad para todos en el reparto de las propiedades y los privilegios. Podía actuar con vehemencia a veces. Pero rebosaba su corazón en nobleza y rectitud. Sus enemigos eran los guardianes de la injusticia, los corruptos.

—Impresentable. Esas cosas deben dejar de ocurrir en estos reinos. Pero para eso he venido yo: para detener abusos como esos, de salvajes y primitivos. Decidme, ¿y quién en concreto dio orden de matarlo?

Aquí el suspiro de esa mujer fue hondo y sincero. Hinchó su pecho en un lamento, y con la voz quebrada por el llanto, respondió:

—Fue Su Excelencia.

Soltó una risa el virrey, que se le congeló al notar que la dama no lo acompañaba en el humor. Más bien al contrario, apartándose con agilidad de su lado, llamó ella dando voces:

—¡Ahora, entrad!

Y antes de poder respirar siquiera, ingresaron en el salón cinco de los asesinos vicuñas, todos con su sombrero característicos menos uno, el que lo había perdido en el escritorio. Y todos armados hasta los dientes, con dagas sujetas al cinturón, pistolas en la espalda y filosas espadas apuntando al corazón del virrey.

13

Antes de que los asaltantes pudiesen saltar sobre el príncipe de Esquilache, ya estaba yo dentro del salón, sumando mi espada con la suya. Dos son menos que cinco, y el virrey no andaba sobrado de estatura, pero colocados los dos en una esquina, con las espaldas cubiertas por el muro, al menos podíamos resistir a los primeros embates. Las espadas cortaban el aire a nuestro lado, pero ninguna lograba atravesar nuestra piel.

—¡Soy el virrey, desgraciados!

—¡Pues ahora seréis el cadáver del virrey!

Tres veces me zumbó la espada de uno de ellos junto la cara. Este espadachín carecía de una técnica elegante, pero su fuerza era sobrehumana, y cada uno de sus mandobles parecía un mazazo. Me defendí como pude, y en uno de los rechazos, de tanta manía que le notaba conmigo, me fijé en su rostro. Precisamente era el que andaba sin sombrero de lana, así que se le podía ver con claridad. Tenía la tez negra retinta y una cicatriz en forma de H en medio del rostro, que no tardé en reconocer. Ante mí, tenía al cimarrón que había estado a punto de ordenar mi muerte en su aldea, el hombre toro, aunque ya no vestido como un animal, sino como los demás sicarios que lo acompañaban, con botas y ropa de cristiano.

—¿Vos? —se escapó de mis labios la atónita pregunta.

El otro no dijo nada. Solo tomó carrerilla y descargó un golpe de espada que a punto estuvo de descoyuntarme.

Para ese momento, ya eran tres los que daban caza al virrey, su presa apetecida, y solo dos los que me distraían a mí, un incómodo imprevisto. No obstante, se hacía pareja la lucha porque el virrey, a pesar de tanto galanteo y tanto arte, se reveló como un eximio esgrimista, sin duda ayudado por su juventud, y por el entrenamiento militar que correspondía a su linaje.

Con grandes trabajos, logró el negro avanzar abriendo una cuña e interponerse entre nosotros dos, un movimiento que nos separó y nos hizo más débiles. Entonces sí pareció que la batalla se perdía y, sin dejar de luchar, entoné para mis adentros una oración por mi alma.

Debió ser escuchada dicha oración, o la que sin duda había rezado el virrey, que por su alcurnia se encontraba más cerca del oído de Dios. Pues cuando ya

flaqueaban mis brazos, irrumpió de golpe en el salón el capitán de la escolta real. Venía tras él un piquete de alabarderos, todos dando voces y rompiendo muebles. Usaban estos guerreros de armas mucho más largas que nuestros atacantes, y los superaban en número, al punto que ni siquiera habrían necesitado luchar para atravesarlos sin defensa posible. Por si fuera poco, iban cubiertos por yelmos y armaduras que los volvían invulnerables.

—¡Alto, ladrones! —gritaron mientras rodeaban nuestra pelea.

—¿Pero de dónde salís vosotros? —protestó el negro que tenía yo casi encima, incapaz de creer lo que veían sus ojos.

Después sabría yo que el virrey había sido muy despierto minutos antes, cuando había pedido el cambio de vino. Y es que la alacena de su dormitorio, a donde había mandado buscar la bebida, no contenía el pajarete que prometía para acompañar la velada, sino dos pistolones con incrustaciones de oro, regalo personal de Su Majestad Felipe III. A ese gabinete correspondía la llavecita entregada por el virrey a la esclava. Y cuando el paje lo había abierto, había comprendido el mensaje de inmediato, arrestado a la mujer y alertado a la escolta.

En casa de la viuda, los vicuñas habían previsto un ataque sorpresivo y silencioso a una víctima sin posibilidad de resistencia. Por eso, seguían enfundadas sus pistolas en sus espaldas. En cambio, los recién llegados guardias encontraban a luchadores en combate, con las manos ocupadas, incapaces de cubrirse o darse vuelta a tiempo. Las alabardas cambiaron el equilibrio de la batalla y, con su sola presencia, forzaron la rendición de los hombres de los sombreros.

—Habéis intentado asesinar a la cabeza misma de este reino —jadeó el virrey.

Por agotamiento, había caído al suelo, igual que yo, y apoyaba su espalda en la pared, pero no por eso dejaba de brotar su furia, y concluyó:

—Eso se castiga con la muerte.

—Ya tenemos la muerte —le replicó una voz desde el fondo. Era Leonor de Vasconcelos, a la que habíamos olvidado entre tanto hombre de guerra, con los brazos sujetos por un alabardero—. La tuvo mi esposo y la tienen todos los suyos por una injusta orden vuestra.

—¿Pero de qué habláis? —preguntó el aludido levantándose del suelo—. Ni siquiera había escuchado yo el nombre de vuestro marido hasta que lo han pronunciado vuestros labios esta noche.

—¡Mentira!

—Cuidad vuestra lengua, que os la cortaré antes de ordenar vuestra ejecución.

Estaban ya los guardias retirando las armas de las manos y los cuerpos de los vicuñas, momento que yo aproveché para contar al virrey lo que había sacado

del interrogatorio al vascongado Juan de Urbieta. Referí que, allá en las minas de Potosí, el corregidor Ortiz reprimía a sangre y fuego a los vicuñas fingiendo cumplir órdenes del soberano. Y que aparte de la cabeza del marido de la viuda, había exhibido el corregidor en público las de otros nueve infelices. Al escuchar estas noticias, que hasta ese momento ignoraba, la furia del príncipe no se aplacó, pero cambió de destinatario.

—No he ordenado yo que se ejecute a nadie sin juicio. ¡Y menos que se le decapite! Ese corregidor falsea mi mandato y debilita mi autoridad.

Acongojado, uno de los capturados lamentó:

—Pues de haberlo sabido antes, habríamos salvado el pellejo. O le habríamos tendido la escaramuza al corregidor, sin tener que venir a Lima.

Los alabarderos ya amarraban las manos de los detenidos, y estos se despedían de las mullidas alfombras del salón, listos para terminar sus días en húmedos calabozos, cuando el virrey, después de murmurar un poco para sí mismo, anunció:

—Tendréis esa oportunidad.

Nos volvimos hacia él todos los presentes, inseguros de haber entendido sus palabras. Pero él las confirmó:

—No puedo cobrar venganza ni causar rencillas entre los propios funcionarios. Es inapropiado a mi investidura. Y podría acabar dividiendo el reino. Pero si una partida de asaltantes con sombreros de lana castigase de repente la repugnante violencia del corregidor Ortiz, seguro que el Imperio podría vivir sin él.

Se encendieron entonces los ojos de la viuda, que tenía la mandíbula apretada y rígida. Seguía siendo elegante en el vestir, pero la dulzura de su gesto se había diluido en bilis.

—No dudéis que ese criminal pagará. Como que me llamo Leonor de Vasconcelos.

Se acercó a ella el virrey, quien de repente, parecía más digno y viril que en ocasiones anteriores. Incluso más alto. Tocó el mentón de la viuda y le dejó una caricia en la mejilla, todo con un aire histriónico, como si se encontrase en el escenario de una comedia.

—No dejéis que os consuma el odio. Sois demasiado bella para eso.

Y volviéndose hacia sus escoltas, ordenó:

—Soltadlos a todos.

Un murmullo de alegría corrió entre los presentes. Dos de ellos se arrodillaron llorando a agradecer al soberano. A mí me resultó difícil decidir si el virrey hacia un gesto político bien calculado o solo actuaba un diálogo teatral, como los que tanto le gustaban. En todo caso, no pensaba ser igual de magnánimo con todos.

—Excepto a ese.

Y señaló al negro. Su dedo se dirigía en particular a la H que tenía junto a la nariz, como una mancha negruzca.

El aludido le sostuvo la mirada sin responder palabra. Se limitó a escuchar lo que el príncipe continuaba diciendo:

—Esa es la marca de los negros que huyen de sus amos. Sois un renegado. ¿De dónde habéis salido?

—Me habéis creado los blancos —contestó el hombre toro, que ahora de repente parecía mucho más grande, el doble o el triple que el soberano, como un verdadero toro ante su matador.

Fue otro de las vicuñas, uno que se había quitado el sombrero en señal de respeto, quien dio una explicación más clara:

—Se llama Nicomedes. Lo hemos contratado en el pueblo de los cimarrones porque sabemos de su dureza como peleador. Se dice que una vez se quitó de encima a seis guardias que lo perseguían, usando como única arma la quijada de un burro.

El virrey se acercó al negro y le abrió la boca, pero ya no con la delicadeza que le había dedicado a doña Leonor. Más bien, como se examina la dentadura de un caballo.

—No sé de dónde os habéis fugado, Nicomedes, pero os devolveremos a vuestro dueño para que os castigue como crea conveniente. Sois propiedad de un cristiano, y todo cristiano merece que se le restituya lo robado.

Callábamos ahora todos. Yo, porque no quería contar que había estado alguna vez entre cimarrones. Y todos los demás, porque sin duda tenían sus propios secretos que esconder.

Los alabarderos terminaron de soltar a quienes ya habían atado y se dirigieron hacia el negro Nicomedes. Pero como quiera que hubieran relajado sus talantes, y que la situación resultaba un tanto confusa, el cimarrón fue más rápido que ellos. Empujó al virrey sin miramientos, tan fuerte que lo estrelló contra una mesa y la derribó. La primera respuesta de todos fue atender a Su Excelencia, y aprovechó el negro esos segundos en su carrera hacia la puerta.

—¡A él! —ordenó el príncipe.

Era yo el principal interesado en pillarlo, para vengar el trato que me había dispensado en su aldea, cuando a punto había estado de crucificarme. Así que eché a correr antes que nadie. También, a diferencia de los escoltas, era el único que no llevaba armadura, lo que me permitía correr más ligero. Y buena falta hacía ir ligero, porque corría ese negro como si volase.

Tomó el camino paralelo al río. A la altura de la plaza de Armas, ya era yo el único que seguía su pista. Estuvo a punto de darme esquinazo en la iglesia de San Francisco, pero me desvié hacia la muralla y ahí lo encontré. Incluso estuve a

punto de cazarlo con la mano, en un momento en que hizo una curva a mi lado, pero se zafó de un tirón y siguió corriendo.

Minutos después, nos hallábamos en los Barrios Altos, donde es fácil seguir a alguien a lo largo de los muros de los conventos. Para mi mala fortuna, tropecé con un agujero del empedrado y rodé por el suelo. Al menos, la luna estaba gorda esa noche en el cielo, y pude ver al cimarrón mientras doblaba por Santa Clara. Tras él seguí, sin hacer caso de mis moretones.

Lo di por atrapado al girar en la esquina más cercana a los cultivos. De ahí no se podía salir más que a dos lados, y en ambos el camino era extendido y visible, sin laberintos.

Solo que al llegar a donde debía hallarlo, ya no estaba el negro ahí.

Había desaparecido en el aire, como un mal espíritu.

Tanta magia había visto yo ya en los últimos días, tanto milagro y sortilegio, que no me habría extrañado ver a Nicomedes convertido en murciélago o en gato negro. De haberse cruzado en mi camino cualquiera de esos animales, ahí mismo lo habría atrapado del pescuezo y llevado donde el virrey, para esperar a que recobrase la forma humana.

Sin embargo, mientras andaba lentamente por la calle, mirando a todos lados, olfateando el aire, tuve una intuición, a la vez trágica y terrorífica.

Habría preferido que Nicomedes fuese un hechicero convertido en bestia antes que lo que ahora venía a mi mente.

Ahí estaba el arbusto de siempre, por donde entraba yo en el convento. Y al revolver entre sus hojas, vi retirada la tabla de madera que cubría el agujero del muro. Eso debía haber sido suficiente para confirmar mis más oscuros presagios. Y, sin embargo, me acerqué a la boca del muro y me agaché para mirar a través de él.

En efecto, del otro lado, la sombra de Nicomedes me observaba a mí, como un espejo.

Bajo la tenue luz de la noche, lo vi revolverse del susto ante mi presencia.

Apenas duró un instante esa visión, tras la cual, el cimarrón se alejó del agujero, desapareciendo en algún lugar de la república de las monjas.

IV. DEL ATAQUE DE LOS PIRATAS

1

Una mañana, volví a ver la carroza del diablo.

Llevaba ya varios días al servicio del virrey, durmiendo en la caballeriza de palacio, comiendo carne dos veces al día, vistiendo jubones y camisas de calidad, departiendo con las gentes más notables del reino. En premio a mi fidelidad y agudeza, demostradas en casa de la viuda de Yáñez, Su Excelencia me llevaba ahora en todas sus excursiones nocturnas. Y durante el día, me mandaba a averiguar la identidad y las costumbres de las damas que despertaban su interés.

Era este un trabajo bastante más agradecido que el anterior de alguacil, pues no hacía falta aplicar tormento a nadie, y en vez de castigar los comercios carnales, me ocupaba de procurarlos. De modo que podía considerar mis problemas terminados. Y lo más importante: había ascendido varios peldaños en la escala social. De no haberme odiado con mi madre en esos tiempos, por haberme echado de casa para meter en ella a su amigo del teatro, ella se habría sentido orgullosa de mí.

Precisamente esa mañana, volvía de una de las expediciones encargadas por mi señor: había determinado los días precisos en que una encopetada señora se quedaría sola en su hogar, por viaje del marido a cuidar sus negocios en Jauja. Y para mayores cuernos del dicho marido, había yo conseguido que aceptase ella una visita social del príncipe, con la excusa de admirar los geranios de su patio:

—Solo espero que no pretenda él pasar de la puerta del dormitorio —había dicho ella—, pues tiene fama de picaflor. Yo soy buena cristiana y española y, por eso mismo, leal súbdita pero también esposa virtuosa.

Esa era la advertencia inicial de todas las señoras que acababa arrastrando Su Excelencia al lecho. No parecía esta la excepción.

Venía, pues, felicitándome a mí mismo por el cabal cumplimiento de mis deberes, y pensando en las copas de vino con que se me pagarían mis labores. Hasta que, cruzando la Plaza Mayor, me reencontré con la dicha carroza, como si una nube de tormenta corriese frente a mí.

Reconocí sus caballos, que en la oscuridad me habían parecido espíritus nocturnos y, a la luz del día, brillaban por su negrura azabache. Reconocí también el escudo de armas tríptico, con la bestia, el cuerno de la diadema y el guerrero con yelmo de combate, aquellos emblemas tomados del libro del Apocalipsis.

Incluso seguían en su costado, como heridas de sangre, los golpes que había recibido la madera en su huida por las estrechas calles, aquella madrugada aciaga, mientras se llevaba al hijo del demonio y a su madre.

Esta vez, de ella no descendieron guerreros ni goteó sangre alguna. Circulaba con prisa, pero sin agredir a nadie. Parecía burlarse de mí diciendo «¿ya me has olvidado? Pues aquí sigo yo paseando mientras tú dejas de perseguir el pecado y te conviertes en su socio».

—¡Eh! ¡Eeeeh! —Traté de detenerla.

Siguió su ruta la carroza, sin notarme siquiera. Yo eché a andar, y luego a correr tras ella. De haber seguido por las calles atestadas de vendedores, ladronzuelos y predicadores, donde apenas se puede avanzar sin ser detenido por una aglomeración, la habría alcanzado con facilidad. En cambio, rodeó la carroza el palacio, con la suerte de no encontrar obstáculos, y se escurrió en dirección a las puertas de la ciudad.

—¡Detened a esa carroza! —grité mientras ella tomaba el puente sobre el río. Solo que, en esta ciudad, cada quien va a lo suyo. Nadie mira por el prójimo ni por el bien ajeno. Podrían haber estado matando a alguien en el vehículo, y quizá lo estuviesen haciendo, pero a nadie más que al muerto le importaría.

Crucé las puertas yo también, y seguí a la carroza, pero a la mitad del puente, no tuve más remedio que darme por vencido. Yo solo tenía dos piernas, y ninguna rueda ni animal de tiro, así que el corazón se me quería salir por la boca.

Miré a todas partes, en busca de algún testigo que pudiese informarme sobre la carroza. Pero otra característica de esta ciudad maldita es encontrarse siempre llena de gente por todos lados, hasta que uno de verdad necesita a esa gente, y entonces no encuentra a nadie.

Maldije mi suerte. La carroza se hizo más y más pequeña hasta desaparecer en el horizonte.

Mientras recuperaba el aliento, comprendí que su aparición representaba un presagio funesto, un terrible augurio.

No tardaría en confirmarlo.

2

Entrada la tarde, llegué a la iglesia de Santo Domingo, sudoroso por la carrera y angustiado por la visión del demonio. Mi ánimo se hallaba sumido en una repentina melancolía. Mi satisfacción matutina, trocada en incertidumbre. Sin embargo, tenía obligación de reponerme. Estaba invitado a compartir una ocasión de celebrar y, antes de llegar al templo, intenté moderar mis emociones. Al fin, me persigné e ingresé.

La ceremonia ya había comenzado. Rosa Flores de Oliva se hallaba de pie frente al altar, en el centro de la nave, mientras un fraile dominico proclamaba desde el púlpito:

—Aquí mismo está el banco donde Rosa hizo el milagro al que toda la ciudad asistió, hace apenas unos días, cuando su cuerpo se quedó clavado en plena adoración de Cristo. Y hoy gozamos de la maravilla de recibirla de nuevo en esta iglesia, que también es suya.

Me fui acercando al altar entre las bancas, recordando el día del milagro aquel. Aún no era capaz de explicar lo ocurrido entonces. Tan solo que, después de muchos esfuerzos por arrancar del reclinatorio a esa mujer, con la iglesia llena de curiosos, no habíamos conseguido moverla ni un ápice. Finalmente, cuando ya dábamos la empresa por imposible, había expresado Rosa su conclusión de lo que ahí ocurría: «Será que no quiere mi novio que vaya yo con las monjas», había dicho. Y ahí mismo, después de pronunciar esas sencillas palabras, sin otra razón aparente, se separaron sus rodillas de la madera, y pudo ella moverse sin dificultad, y hasta caminar de regreso a su casa, rodeada por una multitud que le regalaba vítores, aplausos y loas.

Ahora, el fraile continuó:

—Nos ha dicho Rosa que, al día siguiente de esa obra divina, mientras oraba en su jardín, una mariposa con las alas blancas y negras, colores de nuestro hábito de los dominicos, se posó en su pecho. En ese lugar permaneció durante largo rato. Y al marcharse volando, ahí dejó estampada la figura de un corazón. Esa fue la señal de Dios que la decidió a tomar nuestro hábito, una decisión que nos hace felices de todo corazón.

Encontré a doña María adelante del todo, sentada junto con don Gaspar y todos sus hijos e hijas. Ocupaba la familia dos filas y, en las siguientes dos,

tomaban ubicación varias mujeres de edad y condición diversa, que yo nunca había visto antes. Por lo demás, el templo se hallaba casi vacío, aparte de algunos dominicos, de modo que quedaba espacio para sentarse incluso al lado de la madre de la homenajeada. Ocupé ese sitio y pregunté en voz baja, para no interrumpir el sermón:

—¿Es verdad lo de la mariposa?

Se encogió de hombros doña María:

—Lo único que yo sé es que no han dejado de venir por la casa todos los curas: jesuitas, franciscanos y dominicos. Rosa ha tenido esta semana nueve confesores diferentes, y todos la han tratado de reclutar para sus respectivos monasterios.

Me pude imaginar a todos esos frailes suplicándole a Rosa que se integrase en sus filas. A fin de cuentas, cada templo se mantiene a cargo de las limosnas de los fieles. Sin duda, tener a una milagrera en las misas atraería más fieles. No dejan de ser humanos los religiosos. Y unos humanos muy tacaños, por cierto, con perdón de Vuestras Mercedes.

—¿Por qué ha escogido al final a los dominicos? —quise saber.

La mujer me dedicó un nuevo encogimiento de hombros, ahora acompañado por una mueca de cansancio:

—Dice Rosa que no cree en la Inmaculada Concepción de la Virgen María. Que todos llegamos al mundo con el pecado original y que la Virgen no fue la excepción. Según ella, eso entienden también los dominicos quienes, a diferencia de los otros frailes, sostienen que la madre de Cristo nació con esa mancha en su espíritu. Pero qué sabré yo de esas teologías. A mí no me quita el sueño cómo haya llegado al mundo una señora de hace mil años, por muy madre que sea de Cristo. Yo solo habría querido ver a mis hijas casadas y dándome nietos.

Se me ocurrió que al menos, llevando el hábito de los dominicos con su velo y su falda blanca, Rosa se vería un poco más digna que con sus desastrados vestidos de siempre, algunos de los cuales apestaban debido a su trato frecuente con enfermos y miserables. Ahora mismo, en el templo, llevaba puesto un hábito nuevo, y su blancura, sumada a la inocencia de su dueña, irradiaba luz como una pequeña estrella.

—Os recibimos, pues, Rosa —seguía el del púlpito, adornando sus frases con una larga sonrisa—, en nuestra orden, con el grado de terciaria, y es una dispensa especial la que os hacemos, pues tal distinción suele requerir los cuarenta años de edad cumplidos y un permiso de nuestros superiores en España. No obstante, en reconocimiento a vuestra especial relación con la divinidad…

Entendí entonces, merced a mi experiencia con la burocracia eclesiástica, por qué siendo Rosa tan popular, asistía tan poco público a su ceremonia. Era este un rito irregular, que la orden de Santo Domingo en el Perú no estaba en facultad

de autorizar y, por lo tanto, carente de validez ante la Iglesia Romana y ante Dios Nuestro Señor. Pero no quería arriesgarse la orden a que se le escapase la presa tan deseada, y por eso le había organizado un rito discreto, de cara a su familia, a sus seguidores más cercanos y, sobre todo, a las órdenes de franciscanos y jesuitas, que de buen grado les habrían robado a sus competidores el suculento botín de una aspirante a santa.

—… Y con el puesto de laica, Rosa querida, te ofrecemos el amor y la misericordia de Dios…

Ante esas últimas palabras del fraile, doña María frunció el ceño:

—Mucho amor y misericordia, pero ojalá le ofreciesen los dominicos un sueldo. Pues ni un real comporta tanto nombramiento. Y por mucho hábito que le pongan, Rosa seguirá viviendo en nuestra casa y comiendo de nuestro plato.

A nuestras espaldas, en la fila cuarta, una mujer cayó al suelo. Acostada en el mismo pasillo de la iglesia, echó a temblar, con espumarajos saliendo por su boca. A punto estuve de acercarme a atenderla, o de buscar un cirujano, pero nadie interrumpió la ceremonia ni pareció encontrar nada raro en su conducta. Cuando hubo balbuceado palabras incomprensibles y mojado de babas el reclinatorio durante un buen tiempo, otra mujer de su misma fila la recogió del suelo y la sentó en la banca. Mientras así hacía, notó que yo la miraba con curiosidad y me explicó:

—Luisa ha entrado en éxtasis. Dios se apodera de ella a veces y le produce estos arrobos…

Y las demás repusieron:

—¡Ojalá el Señor tomase así posesión de nosotras!

Y se persignaron, deseosas de echar espumarajos.

A mi lado, siempre con discreción, doña María chasqueó la lengua y comentó:

—Y además de Rosa, ahora tengo que mantener a estas locas, que son sus seguidoras, y la rodean día y noche.

—Ave María Purísima… —la compadecí.

Anduvo bastante accidentada la ceremonia, pues otras dos beatas seguidoras de Rosa sufrieron similares arrobos místicos, una poniéndose a rezar salves en voz muy alta, con los ojos en blanco, y otra que, un poco antes de la comunión, gritó:

—¡Bendita seas! ¡Bendita! ¡Te dé Dios lugar en su seno!

Por si fuera poco, los frailes dominicos empezaron a decirse secretos al oído. Durante los rezos, algunos de ellos se marchaban para volver poco más tarde, agitados e inquietos, y seguir rumoreando entre ellos. Apenas podían disimular que algo grave estaba ocurriendo en algún lugar. Quizá se quemaba la sacristía o se quebraba la campana, pero no se podía detener la ceremonia por ningún

motivo.

Indiferente a todo esto, pues vivía siempre ajena a la realidad terrenal, Rosa tenía las mejillas más coloradas que nunca, y un aura de beatitud la circundaba. Después de recibir la hostia consagrada, adquirió su expresión una paz contagiosa. Yo no comulgué, pues sospechaba que mi nueva ocupación al servicio del virrey tenía mi alma en pecado. Pero quienes tomaron el cuerpo de Cristo, volvieron del altar con la mirada limpia y la actitud más piadosa que de normal.

Doña María misma, al volver, se arrodilló a mi lado y oró fervientemente. Sospeché yo que pedía ella a Dios un milagro que pagase las deudas de la familia. Y por eso, con la voluntad de colaborar en sus aprietos, le comenté:

—Ahora yo tengo nuevas influencias. Quizá pueda ayudaros a vos y a Rosa, sobre todo ahora que ella atrae los favores de Cristo.

Lejos de responder a lo que yo había dicho, la señora alzó la vista hacia el altar y me preguntó:

—¿Lo estáis viendo?

—¿El qué?

—Es ella. No puedo creerlo.

Seguí la dirección de su mirada. El fraile oficiante intercambiaba gestos de preocupación con los otros dominicos. Llegué a escuchar que uno pronunciaba la palabra «piratas» seguida de otras que no entendí. Al mismo tiempo, dos de las seguidoras de Rosa se arrodillaban entre las bancas, con las manos alzadas y las palmas abiertas, y aspecto de llorar en silencio.

Pero en cuanto a la afirmación de doña María, nada encontré que la explicase.

—¿Quién es qué?

Doña María sonó enfadada:

—Pero ¿no veis a mi hija?

Eso hice. De pie en el mismo sitio de antes, Rosa cerraba los ojos, sin duda ofreciendo oraciones a la gracia divina.

—Está hermosa —constaté.

Solo que la mujer ya no me hablaba a mí. En vez de eso, murmuraba entre dientes mientras alzaba la mirada cada vez más.

—Dios mío, Rosa, perdonad mis irreverencias, y si he dicho algo que os ofendiese, sabed que solo guía mi lengua la ignorancia y el amor de madre. Dios te salve María, llena eres de gracia…

De repente, sonaba esa mujer henchida de arrepentimiento, embargada a su vez por visiones místicas, como una más de las beatas seguidoras de Rosa. Su familia, distraída en sus propias cosas, se preparaba para rezar la oración final.

—Doña María —pregunté—. ¿Qué os está ocurriendo?

—¡Por Dios, miradla! —alzó la voz, tanto que incluso las arrobadas y los

frailes detuvieron sus éxtasis y discusiones para volver sus ojos hacia ella.

Por mi parte, yo dije lo único que podía decir:

—La miro, doña María. Pero no entiendo a qué os referís con…

Abrió ella los ojos muy grandes. Tenía la frente sudorosa, y su quijada temblaba. Señaló hacia arriba del todo, a los arcos superiores del templo. A voz en cuello, exclamó:

—¿Estáis ciego? ¡Es Rosa! ¡Está subiendo al cielo! ¡Está volando!

3

Afuera de Santo Domingo, la ciudad estaba revuelta, muy diferente de la que yo había dejado una hora antes. Corrían los vendedores de un lado a otro, llevando sus mercaderías en costales. Las viejas se encomendaban a los santos. Las puertas de las casas se cerraban con sonoros golpes. Hasta los perros aullaban alterados, presas de un pánico repentino y general.

En el palacio del virrey, la situación era la misma. Al llegar a las caballerizas, había desaparecido la mitad de los animales, y la otra mitad relinchaba intranquila en sus establos. También los palafreneros habían reducido en número, quedando solo los más viejos. Ellos pudieron explicarme lo ocurrido, y aunque se atropellaban e interrumpían entre ellos, conseguí sacar en claro lo principal.

Según dijeron, el pirata flamenco Joris van Spilbergen, que por haber recibido del príncipe de Orange patente de corso se hacía llamar «corsario», se acercaba a nuestras costas subiendo desde el estrecho de Magallanes. Sus hombres habían desembarcado en la isla de Santa María, la cual habían saqueado e incendiado, habían atacado Concepción y Valparaíso, y ahora se preparaban para combatir a nuestra Armada del Mar del Sur frente a Cañete. Tal armada, que se encontraba débil por los recortes de presupuesto ordenados desde España, constituía la última barrera que el Imperio podía interponer en el mar. De vencerla, los saqueadores quedarían con camino libre para desembarcar en el Callao e invadir Lima. Podíamos tenerlos a las puertas de la ciudad en cualquier momento.

En previsión del ataque, el virrey y buena parte de la corte habían partido hacia el puerto para disponer las maniobras defensivas, y la guardia había recibido orden de reclutar a todos los varones de la ciudad hasta los cincuenta años como carne de cañón. También debían llevarse al litoral todas las mulas, caballos y burros disponibles. El miedo que había visto yo en la ciudad no lo inspiraban los piratas, sino nuestra propia infantería, y la posibilidad de que se llevase a la gente por la fuerza o les arrebatase a sus animales de carga.

Aunque nadie me lo dijo, entendí que yo mismo estaba llamado a sumarme al séquito del virrey. Pues, así como los méritos nos acercan a los poderosos, las cobardías nos apartan de ellos. De no aparecer yo junto a Su Excelencia, solo me quedarían dos posibilidades: su muerte o su regreso. Y en ambas, acabaría yo

expulsado de palacio cuando apenas me había mojado los labios con sus placeres.

No temía yo sumarme a la batalla. Como alguacil, había perseguido a los herejes luteranos, y me hervía la sangre su pretensión de conquistar nuestras tierras con sus mentiras sobre Dios. Además, sin duda, más expuesto me había hallado en la lucha cuerpo a cuerpo contra los vicuñas, de la que había salido ileso. Por último, acaso una muerte en el campo del honor lavase mis pecados y fuese premiada con el cielo. Lo malo era que, a esa hora, el sol ya comenzaba a apagarse en el horizonte, y el viaje hasta el Callao no era posible en la oscuridad. Tendría que esperar al amanecer siguiente para partir.

Pensé entonces que, si eran esos mis últimos días, también me requería otra misión: antes de morir, habría de saldar todas mis deudas y preguntar todas mis dudas. Y habiendo una persona en el mundo con la que tenía yo ambas cosas, necesitaba encontrarla antes de partir.

Hasta ese momento, había evitado buscarla. Después de ver al negro Nicomedes en el convento de Santa Clara, no había vuelto yo por ahí. Tanto el color como la magia del cimarrón se parecían a los de Jerónima, y temía yo encontrarme con sorpresas desagradables. Además, en mi nueva posición, cualquier desliz ponía en riesgo al mismísimo reino del Perú, y no quería yo pasar sustos por verme asociado en modo alguno con un asesino del virrey.

Lo único malo era que no conseguía arrancar de mis pensamientos a la donada, lo cual sin duda se debía a otro de sus sortilegios. Ni mis beneficios, ni mis nuevos amigos, ni las damas de alcurnia que yo acercaba al soberano —y cuyas criadas habrían sido presas fáciles de mi propio apetito carnal— conseguían hacerme olvidar el olor y el tacto de aquellas noches detrás de la cocina, bajo el jergón del aposento de Jerónima.

Además, si estaba destinado a morir bajo el acero invasor, de alguien en el mundo debía despedirme. Y a fe mía que no se me ocurría quién más. Ni a mi madre, ni a mis antiguos amigos del colegio, ni por supuesto al licenciado Gaitán, echaría de menos yo como a la mulata. Y de ninguno de ellos reclamaba yo que me explicase sus sentimientos. Pues si todos me habían lastimado últimamente, solo de ella anhelaba yo el arrepentimiento. Solo a ella deseaba destinar mi adiós.

Vuestras Mercedes, en su infinita sabiduría, tendrán fácil resistirse a hechizos malsanos. Los reconocerán sin dudarlo, y los conjurarán con palabras bíblicas. Yo en cambio, a pesar de mi progreso social, seguía siendo a fin de cuentas un tonto, cuya cabeza no conseguía distinguir los sentimientos de los maleficios, ni sustraerse al influjo pernicioso de estos últimos.

Así pues, fuese lo que fuese que me atraía a Jerónima, esa misma noche me llevó de vuelta a Barrios Altos, y luego a través del agujero de la pared, y entre las celdas de las monjas, hasta aquella que tantas noches me había recibido.

Esta vez, al entrar, no escuché roncar a la superiora ni a su criada. Sospeché

que, en el zafarrancho que vivía la ciudad debido a los piratas, la abadesa se habría puesto a salvo mudándose a Huamanga o a Arequipa, lejos de la costa, pues corría el rumor de que los corsarios luteranos, al saquear las ciudades, derribaban las puertas de los conventos para forzar carnalmente a las monjas en masa.

Esa deducción me hizo avanzar más tranquilo por la oscuridad de la casa. Ni siquiera me inquietó, como de costumbre, el Cristo ensangrentado frente a la puerta. Solo ocupaba mi mente Jerónima, y en realidad ya no su respuesta a mis preguntas, sino más bien el sabor ácido de sus orejas y su cuello.

—¿Estáis ahí? —le dije a la oscuridad de sus aposentos—. ¿Estáis pensando en mí?

—Precisamente. Pensaba en vos.

No era esa la voz que yo esperaba, sino más bien, la que nunca habría querido oír. Una voz más gruesa y antigua que la de mi mulata. Más temida también. Creí encontrarme ante un nuevo embrujo. Pero entonces, se encendió una lámpara de aceite ahí adentro. Y su tenue luz alumbró a la abadesa Mencia, las arrugas de su rostro, y la blanda papada bajo su mentón.

4

—Vais mejor vestido ahora —reconoció la superiora.

Aunque arrastrarme por el hueco de la pared siempre llenaba de polvo mi jubón, poco se veía a esas horas de la noche.

—Ahora estoy al servicio directo del virrey —respondí, no tanto para explicar mi vestimenta, sino para disuadirla de llamar a la guardia, pues es sabido de todos que los soldados nunca actúan con violencia contra los amigos de virreyes y corregidores.

—Progresáis rápido. —Sonrió ella—. Pero aun así, seguís viniendo. ¿Queréis un vino?

Negué con la cabeza. Ya había bebido bastante de su vino y de los brebajes de Jerónima. Esta vez, quería salir de ese lugar con la mente clara.

—¿Dónde está ella? —pregunté.

—La he mandado a dormir en otra celda. No esperéis que os indique el camino.

Echó a andar la monja, y me aparté de la puerta para dejarla pasar. Aunque no la apreciaba yo especialmente, algo en ella emanaba autoridad y movía a tratarla con reverencia. Pregunté:

—¿Es por mis visitas?

Esta vez, la monja no me llevó hasta el salón de las sillas de madera. Se detuvo en la cocina y se sentó sobre un taburete. Había una olla con agua sobre la leña, y se sirvió de ella en una taza de bronce.

—Es porque peleó con mi criada, Antonia. Pero sí: pelearon porque Antonia descubrió vuestra última visita a la celda de la novicia Ignacia.

—Creo haber entendido que no se llevan bien esas dos.

Rio la monja. Con la risa, se le atoró el agua y tosió un poco.

—No. Nada bien. Supongo que es mi culpa. Supongo que incluso vos y vuestras engorrosas visitas son culpa mía.

—No será porque me hayáis concedido vuestro permiso.

Entre el susto inicial y la penumbra, solo entonces reparé en que la monja no llevaba el hábito de velo negro. El camisón de dormir le cubría holgadamente el cuerpo, sin diferenciarse esencialmente de su ropa de día. Pero llevaba la cabeza descubierta, dejando al aire una cabellera muy recortada, como la pelusa craneal

de un recién nacido.

—¿Es lícito exhibiros así ante mí? —le pregunté, a lo que la monja soltó una larga carcajada.

—¿Debo temer por mi virtud? —repreguntó—. Soy una mujer vieja, Alonso. Tengo las carnes flojas. Ni siquiera me desearíais estando desnuda.

—Extraña es esta conversación con una mujer como vos…

—Pues la habéis provocado vos. Sentaos, Alonso. Es hora de dejar las cosas claras aquí.

Desconfiado, agarré un taburete cercano a ella, pero lo jalé de vuelta a mi lugar antes de sentarme. No me sentía tranquilo demasiado cerca de esa mujer. Tampoco intuía amable la conversación que me esperaba.

—Somos ambos víctimas de sus filtros de amor. ¿Lo sabéis? Jerónima prepara eso y toda suerte de brebajes con diversos fines, que luego mete en los lugares más inesperados: en el vino, en alguna comida, en el agua…

—No sé nada al respecto —mentí.

Ella volteó a verme. Tenía una sonrisa tenue pero burlona.

—Oh, sí que sabéis. Habéis probado el más venenoso. Porque su propio cuerpo es otra de sus pociones. Lo mueve de maneras que las mujeres corrientes no conocen, y lo usa para cautivar a sus elegidos…

—Creo que me marcharé…

Me levanté de mi taburete, pero las palabras de esa mujer tenían su propia magia y, aun de pie, no conseguí echar a andar.

—Jerónima me hizo muy feliz —continuó la abadesa, ahora con la pena pintada en la voz—. Yo no siquiera sabía que podía una mujer ser así de feliz. Pensaba que la vida consistía en azotarme y mortificar mi cuerpo. Ella me enseñó lo contrario: a aprovecharlo. A adorar a Dios a través del goce de su creación.

Horrorizado, mascullé:

—Los obispos prohíben que compartan cama las esposas de Dios…

—Claro, dadme vos a mí lecciones de voto de castidad —repitió ella esa sonrisa, y no me animé yo a defenderme de su sarcasmo—. El caso es que yo correspondí las atenciones de Jerónima: la defendí ante quienes la condenaban a esclavitud sin remedio. La puse como ejemplo. Era ella mucho más talentosa y devota que la mayoría de mis hermanas, de modo que merecía más. Luché contra todas las normas hasta que logré hacerla monja de pleno derecho. Y entonces…

Ahora, se quebró la voz de la monja, conteniendo un llanto en su garganta.

—Entonces… me temo que dejé de serle útil. Lejos de mostrarse agradecida, sus caprichos se volvieron cada día más insoportables. Quería ser monja de velo blanco, luego de velo negro. Fantaseaba con llegar a abadesa del convento, lo cual, dado su origen, es una pretensión inalcanzable. Si yo le explicaba sus límites, ella se rebelaba en mi contra. Me culpaba. Se negaba a

calentar mi lecho. Decía que yo le tenía celos, y no quería verla crecer. Imaginaos, por amor de Dios: yo, celosa de una esclava bastarda. Pero sus filtros de amor eran poderosos, y ella conseguía que no la echase de mi lado. Conseguía más: hacerme llorar. Y sufrir. Me decía insultos que no he tolerado a nadie más. Me abochornaba frente a nuestras hermanas. Me partía el alma en dos.

No me turbó la imagen de mi Jerónima atormentando a la superiora, sino la anterior: las dos mujeres en el lecho, frotando sus cuerpos, lamiéndose los pechos y entremezclando sus alientos. Quise negarme a creerla, pero ni siquiera el elixir de amor más poderoso podía cerrar mis ojos a tal grado. Así que, en vez de ignorar lo que escuchaba, intenté darle fin rápidamente, y de paso, devolver un poco de la crueldad de los dichos de la abadesa:

—Y entonces la cambiasteis por la criada Antonia… Al fin y al cabo, cualquier jovencita os hace el mismo servicio. ¿Verdad?

—No cualquiera —respondió secamente—. No el mismo.

Se levantó de su taburete, cogió su lámpara y se desplazó hacia el salón. La seguí.

Esta vez, no me invitó a sentarme. Nos quedamos de pie los dos frente al Cristo ensangrentado, que ahora nos miraba con furia. De haber podido bajar de la pintura, seguramente nos habría tirado a ambos de las orejas hasta el infierno.

—Vos no estaríais aquí si no estuviera Antonia —me soltó la monja, sin duda para hacerme sufrir—. Fuisteis la venganza de Jerónima contra mí.

—No me hizo beber ningún brebaje en nuestros primeros encuentros —la informé, en defensa de mi libre albedrío y mi capacidad de seducción. Pero ella despreció mi respuesta con un gesto de la palma.

—No seáis ingenuo. Ella no solo prepara pociones. Roba pelos de la gente para hacer conjuros a la luz de la luna. Pronuncia sortilegios en lenguas. Mezcla todo tipo de imágenes, santas y sacrílegas, para pedir a dioses y demonios satisfacción a sus apetitos.

—¿Qué queréis de mí, Mencia? ¿Por qué no me habéis echado simplemente? ¿Por qué me contáis estas cosas que perturban mi conciencia y la vuestra?

Los ojos de la superiora se endurecieron como dos pedernales. Sus labios se arrugaron en descontento. Los dichos temblaron en su boca:

—Desde que os eché del convento, Jerónima no es la misma. Lloriquea por los rincones. Anda distraída de sus tareas. Ha dejado de cantar, como los canarios en invierno. Y de comer. Ya ni siquiera me dirige la palabra. No me gusta verla así. Quiero que vuelva a ser una flor fresca. Quiero que volvamos, ella y yo, a formar un rosal.

Jamás había llegado a mis oídos tanto retorcimiento. A cada instante, nuevas sorpresas me salían al paso en el camino hacia la perdición de Santa Clara:

—¿Pretendéis que os ayude a recuperarla? ¿Os habéis aburrido de vuestra criada y me pedís que os entregue a mi mujer…?

—No es vuestra…

—… ¿Para satisfacer vuestra lujuria? ¿A eso ha llegado la decadencia de este convento?

—Es por el bien de Jerónima.

Esa frase me recordó a mi madre, que siempre atribuía a «mi bien» las decisiones que tomaba para su beneficio. Por las noches, antes de conciliar el sueño en mi caballeriza, siempre pensaba un rato en ella, en cómo me había expulsado de mi propia casa, en el hombre —porque sin duda era un hombre— con quien se había encontrado en el teatro. Me había llamado inmoral para luego amancebarse con quién sabe quién. Acaso ella y la superiora perteneciesen a la misma calaña de viejas. Acaso los años no enseñasen a la gente a ser mejor, sino a mentir más para esconder sus defectos.

—¿Cómo? ¿Cómo va a ser por su bien?

Había yo alzado la voz demasiado, perdido el control de mis aspavientos. La superiora se llevó el dedo a los labios pidiendo silencio. Salió a la puerta y se asomó al exterior para asegurar que nadie se acercase. A continuación, cerró y se volvió de nuevo hacia mí. Para poder hablar sin llamar la atención, se acercó demasiado, hasta que su olor a carne anciana inundó mi nariz.

—Si continúa encaprichada con vos, la mandaré a una misión que estamos fundando en el Alto Perú. El fin del mundo. Ahí, la clausura es rigurosa. Las labores, arduas. Y los hombres, pocos y muy duros. La mayoría, indios sin civilizar. Negros no hay, porque no resisten las penurias del clima. El frío los mata. También mata a muchos de otras razas. Imaginaos. Se hiela el agua. La comida escasea. Varias de mis hermanas han fallecido en los últimos años por las penurias, con las manos comidas por los sabañones, la cabeza dolorosa por la altura, el pecho reventado en toses y flemas. Por eso, ahí siempre se necesitan nuevas manos para el trabajo.

—¿Mandaréis a Jerónima a la muerte?

—La mandaré a unirse con Dios. ¿No es eso lo que hacen las monjas?

—No podéis ser tan mala…

Ella bajó la cabeza, pero no con remordimiento, sino con resignación.

—No soy yo. Son sus hechizos amorosos, que me han convertido en esto.

Con gusto habría levantado mi mano contra esa mujer corrompida, como había hecho su cuñado contra su hermana. Seguro que pertenecían las Sosa a una estirpe de pérfidas, por mucho que llevasen apellidos nobles. Una buena bofetada que la hiciese rodar por los suelos me habría procurado alivio, y a ella, castigo. Sin embargo, seguía yo en territorio ajeno. Las consecuencias de cualquier exabrupto ahí eran imprevisibles. Traté, pues, de contenerme.

—¿Y qué me pedís hacer?

—Simple: abandonarla.

—Para ello tendría que tenerla.

—Podéis verla. No os lo impediré. Pero no a medianoche en su alcoba, sino de día y en el locutorio. Y ahí, debéis decirle que ahora trabajáis para el virrey y que, por eso, no os está permitido relacionaros con mulatas ni monjas. Humilladla. Lastimadla. Que ella se convenza de que sus embrujos ya no funcionan con vos.

—Y esperáis que eso la lleve de vuelta a vuestra cama.

—Para ella solo hay dos caminos posibles. El de mi cama es uno.

A sus espaldas quedaba dicha cama, y el lujoso aposento donde esa mujer decidía las vidas de las que llamaba sus «hermanas». Los comparé mentalmente con el aposento de Jerónima y su jergón miserable. Aunque separadas por un par de metros, esas dos mujeres vivían en dos universos muy lejanos entre sí.

Miré su rostro por última vez, y en él vi superpuesto el de mi propia madre. Entonces lo vi claro: tanto Jerónima como yo éramos víctimas de nuestros mayores, del pasado, que quería impedirnos vivir. El tiempo de los muertos ansiaba prolongarse a costa de los vivos. Las tradiciones, los catecismos y hasta el propio Imperio español deseaban mantener en nosotros sus embustes y sus miserias. O acaso dichas estafas tenían vida propia y trataban de perpetuarse a sí mismas, repitiéndose en nosotros, y luego en nuestros hijos, en un intento de durar para siempre.

5

Al alba, eché a cabalgar furiosamente en dirección al Callao. No era yo experto jinete, y menos con los veloces alazanes españoles del palacio. Más de una vez, a punto estuve de rodar entre las dunas. Aun así, cada vez que recordaba mi encuentro con la abadesa, me embargaba la ira y pinchaba las espuelas hasta sangrar al caballo.

Vuestras Mercedes, he confesado aquí mi amor, acaso un amor ilegítimo, condenado al secreto y la prohibición, pero el único que tenía. Permitidme que defienda también mi voluntad de mantenerlo. Sé que puedo parecerles un despreciable buscador de bataclanas, reducido a dormir entre los caballos, repudiado por su madre, por su señor y por el mismo tribunal que Vuestras Mercedes encarnan. Pero por eso mismo, Jerónima era lo único bueno, lo único humano que quedaba de mí. La abadesa me obligaba a escoger entre perderla y perderla. Y con ella se perdería el último fondo de bondad que guardaba mi espíritu.

Conforme me acercaba a la costa, sin embargo, mis obligaciones apartaron mi atención de estas nefastas elucubraciones. Cerca del puerto, comencé a ver las hordas de hombres traídos desde la capital, de grado o por la fuerza, para la defensa del reino. Y me dejé guiar por ellos. Los había de todas las razas y condiciones sociales, incluso frailes y clérigos, armados con cuchillos, palos y piedras, formando un cerco alrededor de la bahía bajo las órdenes de los capitanes de artillería y los gentilhombres de lanzas. El aire olía a pólvora y a miedo.

Conduje a mi cabalgadura hacia donde se ensanchaba la masa humana, pensando que ahí se hallaría nuestro cuartel general, y en él, el virrey. Sobre una duna más rocosa que las demás se había instalado un abrevadero para los burros, y a su alrededor se amontonaba una banda de reclutas. Pero ningún infante los vigilaba, y más que soldados disciplinados, parecían todos borrachos en una pulpería, gritándose, soltando carcajadas y escupitajos, como si no hubiera una invasión en curso.

Descabalgué y di de beber al alazán. Un zambo que ahí paraba se acercó y acarició las crines del animal.

—Bonita bestia —dijo—, pero no es vuestra.

El freno y la silla del animal llevaban los emblemas del palacio. Y mi ropa,

aunque buena, no estaba a la altura del jinete que prometían.

—Soy hombre del virrey —expliqué—. Vengo a buscar a Su Excelencia.

El zambo rio. Tenía los brazos fuertes. Un vientre duro y peludo se adivinaba bajo su camisa hecha jirones.

—Vos… Al virrey… —Y volviéndose hacia los demás reclutas, gritó—: ¿Alguno de vosotros es el virrey?

Alrededor, se extendieron las risas. Una nube de mestizos y mulatos se apretó hacia mis lados.

—Yo soy —dijo un enano con aspecto de bufón.

—Yo soy capitán general de artillería —rio otro, blanco pero tan bárbaro como los demás, que llevaba un cuchillo en la mano.

Me vi acosado y tiré del caballo para marcharme, pero alguien lo retenía de la parte contraria, y al encontrarse entre tanta gente, mucha de ella agresiva, la bestia se encabritó y alzó sobre sus patas traseras. En la confusión, el del cuchillo tiró de mi alforja mientras varios de los suyos tumbaban al animal.

Para sacar la espada y defenderme, tuve que soltar la rienda. Y en cosa de instantes, me batía yo con tres de esos salvajes mientras mi cabalgadura rodaba por los suelos, arrastrada hacia un lado y otro por la multitud. Hizo falta que viniesen dos arcabuceros, que habían reconocido las insignias del animal. Uno de ellos tiró al aire. Solo el trueno de su disparo ahuyentó a la turba y me permitió conservar mi alforja, mi espada y mi pellejo.

Mientras me ayudaban a levantar al alazán, uno de los arcabuceros se lamentó:

—Y esta es la tropa con que contamos.

Me llevaron al cuartel general. Al llegar, no me hizo falta mucho esfuerzo para abrirme paso hasta el consejo de guerra, pues todos en ese séquito eran hombres, y ya conocían de la labor íntima que yo realizaba para Su Excelencia. De hecho, deben haberse alegrado con mi llegada, como con la de cualquiera que refrescase la atmósfera del consejo, pues precisamente en esos momentos, a la vista de sus principales lugartenientes, el príncipe sufría un ataque de terror bélico.

—¡Vamos a morir todos! —chillaba.

Llevaba nuestro soberano un espléndido yelmo y una coraza con incrustaciones de oro. Pero la majestuosidad de sus armas quedaba desmentida por su manifiesta incapacidad de presentar batalla. A pesar de su angustia, yo intenté presentarme manteniendo los usos de la corte.

—Su Excelencia, ya aquí estoy para serviros…

—No hace falta, Alonso. Te agradezco tus servicios, pero ya nada tiene sentido. La muerte navega hacia acá con su hoz en la mano, lista para segar las vidas de los justos. Caerá sobre mí sin que haya yo acabado mi obra literaria, mi

legado al mundo. ¿Quién me habrá mandado aceptar venir a estos reinos atiborrados de sicarios, piratas y putas?

Se hallaban especialmente cerca de él, como siempre, el secretario de gobernación, al que había traído desde la corte real, y el contador Gonzalo de la Maza quien, desde su llegada al Perú, se había convertido en su principal asesor para todo tipo de asuntos, tanto de la hacienda como del culto, la etiqueta, las leyes de indios o ahora el ejército. Y es que el príncipe no gustaba mucho de gobernar, prefiriendo a ello sus diversiones o las bellas artes, así que alguien debía ocuparse de la conducción del Perú. El contador, un hombre bastante austero y riguroso que vestía siempre de negro, a la usanza ya antigua de Felipe II, era sin duda la persona adecuada. Y con esa autoridad, trató de calmar los lloros del soberano:

—No todo está perdido, Su Excelencia. Se han integrado a la línea de defensa seiscientos negros y mulatos de Lima, además de seiscientos indios flecheros de pueblos aledaños…

—Por los clavos de Cristo, mi vida en manos de esos semimonos…

—También han llegado dos mil infantes, quinientos de ellos a caballo, incluyendo dos compañías de arcabuceros, bajo mando de los principales caballeros y vecinos de la ciudad…

—Pero ¿qué sabrán esos de dirigir ejércitos? Los principales de Lima son mejores para la mesa y el vino que para el combate. Spilbergen trae como mil doscientos hombres, según mis informes, todos bregados y expertos en la lucha. Solo en la nave almiranta lleva veintiocho cañones, ocho de ellos de bronce. Anoche, en alta mar y a oscuras, nos han hundido dos galeones.

Andaba Su Excelencia más versado en el drama que en la táctica de la guerra, sin duda. Pero temí que no le faltase razón. Desde nuestra posición se dominaba la bahía con nuestra artillería completa, cuyas piezas pude contar con los dedos de una mano: tres cañones, dos de ellos bajados de algún barco que se había hecho a la mar, todos demasiado pequeños y claramente inútiles, incluso para un ojo inexperto como el mío.

Aún más aterrador fue lo que vi a continuación: desde el horizonte se acercaban ya seis figuras, primero pequeñas y oscuras, luego cada vez más grandes e imponentes. Tratábase de cuatro buques y dos yates, según los describió el secretario de gobernación. El mayor de ellos, el Gran Sol, alcanzaba un peso de seiscientas toneladas. Conforme se acercaban las naves piratas a la orilla, nuestras ridículas embarcaciones —chalupas, pataches y chinchorros— asemejaban ratones amenazados por tigres.

—Quizá aún podamos huir —sollozó el virrey—. Tomemos los caballos y subamos por la costa, hacia el norte. Si lo hacemos en secreto, para cuando se conozca nuestra fuga, ya habremos llegado a Paita.

—Tened fe, Su Excelencia —rogó el contador Gonzalo de la Maza, mientras hacía la señal de la cruz.

Algunos de nuestros barcos trataban en ese momento de abandonar la bahía. En el afán de cerrarles el paso, los corsarios se desviaron de su ruta. Pero llevaban ya demasiada ventaja los nuestros y, de todos modos, otros treinta o más quedaban en el puerto. Así que pronto corrigieron el rumbo los flamencos, hasta que los tuvimos tan cerca que nos flameaban en la cara sus banderas negras. Fondearon a nueve o diez brazas. Solo uno de sus yates, llamado *Jager*, de cien toneladas y ocho cañones, continuó navegando entre nuestros mercantes que, por carecer de artillería, no pudieron repelerlo.

Los tres cañones de nuestra costa le dispararon al merodeador cosa de veinte o treinta veces sin tocarlo, lo cual demostró la pésima puntería de los artilleros. Por fin, el cañón más grande lanzó una bala que rebotó en el agua para luego darle al yate en las mesas por la cuadra de popa. El disparo cruzó al pirata de banda a banda, y el *Jager*, herido, regresó a hacer vela con los demás navíos. Entonces, todo en los barcos piratas se volvió tranquilidad y espera.

—Ahora desembarcarán —temió el virrey—. Llevan a bordo chalupas donde caben hasta setenta mosqueteros. Caerán sobre nosotros y nos abatirán como moscas.

Gonzalo de la Maza se mantenía impávido, como quien cuenta los impuestos cobrados en una encomienda:

—Nuestra línea defensiva es larga. Su Excelencia está al tanto de su inexperiencia y falta de armamento. Pero nada de eso se percibe desde el mar. Los vigías de los navíos creerán hallarse ante un poderoso ejército de tierra.

—¿Es eso todo lo que tenemos? ¿Solo podemos confiar en un error de sus catalejos?

Echó a llorar el virrey desconsolado. En respetuoso silencio, los presentes fingimos ignorar semejante indignidad. No era labor de nuestro soberano llorar como mujer, sino dar órdenes como hombre. Pero para eso, hacía falta determinar cuáles eran tales órdenes. Y carecíamos de personal para saberlo. La mayoría de nuestros jefes militares radicaban en Cuzco, pendientes de las revueltas de los indios, pues al parecer, a nadie se le había ocurrido que el enemigo pudiese llegar desde los mares. Menos aún, desde Flandes.

—Necesitaremos un milagro —gimoteó el virrey, llevándose las manos a la cara y golpeando el suelo repetidamente con los pies, calzados con botas de algún metal, tan brillante y pulido que, por supuesto, jamás había presentado batalla alguna. Si ya de por sí tenía un tamaño compacto, su actitud timorata parecía agrandarle la armadura, hasta hacerlo ver como un pajarillo dentro de una jaula.

Sin embargo, sus últimas palabras me dejaron pensando. Quizá tenía razón en lo del milagro, y si así era, a lo mejor podría yo echar una mano en eso. Al fin y

al cabo, dadas mis últimas experiencias, no me faltaba a mí conocer a hacedoras de cosas sobrenaturales. Me está convirtiendo en un experto en magias.

—Yo sé de una terciaria dominica que hace milagros —anuncié, comprendiendo que el nuevo nombramiento de Rosa daba garantías. Su poder, según la orden de Santo Domingo, era un don otorgado por Dios, y no un acto de hechicería o un atributo del diablo.

Para mi sorpresa, no fue el príncipe de Esquilache quien se interesó en mi propuesta, pues él se encontraba absorto en sus lamentos, sino Gonzalo de la Maza quien, sin duda gracias a sus amigos en todos los niveles, ya tenía noticias de los rumores que corrían por la ciudad. Por primera vez, dio el contador muestras de percatarse de mi presencia para preguntarme:

—¿Conocéis a Rosa Flores de Oliva, la beata?

—Algunos ya la llaman santa.

—¿De quién habláis? —quiso saber el virrey, mientras el secretario de gobernación secaba sus lágrimas con un pañuelo de seda.

El contador se adelantó a tomar la palabra. Su barba perfectamente recortada apenas se desplazaba cuando hablaba, como si quisiese evitar cualquier movimiento.

—La dicha Rosa es hija de un antiguo guardia de minas en Quives. La orden de Santo Domingo la ha tomado bajo su protección argumentando que tiene contacto directo con Dios.

—Supercherías —despreció el príncipe—. Solo el Papa tiene contacto directo con Dios.

—Es eminente e infalible el primado de la Iglesia, sucesor de Pedro —concedí—, pero han estado pasando cosas muy raras en estos reinos. Y esta Rosa ha participado de muchas de ellas.

—Por no mencionar, Su Excelencia, que el Papa está muy lejos —añadió Gonzalo de la Maza, que hablaba con la espalda recta y el mentón alzado, como un soldado en posición de firmes.

El soberano, por su parte, comenzó a animarse, o por lo menos, dejó de llorar. Tras una breve reflexión, que transcurrió ante nuestra ansiosa expectativa, habló:

—Si los dominicos la certifican, debe ser verdad. ¿Qué milagros ha hecho?

—Pegó sus rodillas a un reclinatorio en el templo —dije, recogiendo una experiencia de primera mano—. Y ha hecho creer a su madre que vuela.

Como milagros, resultaban ambos poco prácticos, así que, con gran tino, Gonzalo de la Maza completó la enumeración:

—Cura a los pobres. Tenemos decenas de testimonios de ello. No siente el dolor… Y los mosquitos del río, que devoran a cuanto cristiano pillan, a ella la respetan. Ni la tocan.

No sabía yo lo de los mosquitos. Desde luego, Gonzalo de la Maza tenía más informantes que el mismo tribunal de la Inquisición.

El virrey evaluó lo que acababa de escuchar:

—El vulgo se cree todo tipo de bobadas —sentenció—. ¿No pueden ser estas simples mentiras? ¿Embustes para engañar a espíritus simples?

Yo mismo me considero un espíritu simple, a menudo incapaz de entender los complejos designios del Altísimo. Sin embargo, el contador Gonzalo de la Maza se tenía a sí mismo en un concepto más elevado. Por añadidura, todos los presentes compartían esa opinión. Por eso, sus palabras de entonces fueron recibidas con respeto:

—Podrían serlo, Su Excelencia. Nada cunde en este pueblo de salvajes más que la superstición y la fábula. Pero puedo asegurarle que, de ser esa mujer una simple estafadora, el peso de mi espada caerá sobre su cuello.

El príncipe de Esquilache aún albergaba dudas:

—Aun si tuviese un poder para los milagros, no serían los ejemplos que decís demasiado contundentes. ¿Podrá la tal Rosa contra Spilbergen? ¿Podrá la hija de un guardia de minas derrotar a una flota de enemigos?

Nadie se atrevió a afirmarlo. Pero cuando ya se iba a abortar la propuesta, yo señalé hacia nuestra línea de defensa, llena de desharrapados, infelices y muertos de hambre, hombres que no habían librado más batallas que las reyertas de los borrachos, asaltantes, viciosos, folladores de cabras y gallinas, bujarrones, contrahechos, jorobados, ladronzuelos y hediondos.

—¿Podrán ellos? —pregunté.

El virrey miró en esa misma dirección, y luego se volvió hacia los buques piratas, que se mantenían fijos en sus lugares, acechando como buitres a las gaviotas.

—Hablad con esa mujer —sentenció.

6

Hicimos el camino de regreso en la carroza del propio virrey, que nos mandó usarla para dar lustre a nuestra misión. Normalmente tiraban de ella seis caballos, pero en atención a la dificultad del terreno, ahora mismo nos llevaban solo cuatro, con el conductor sentado sobre el más grande de ellos. Lucía la madera de la cabina colores rojos y negros, y en cada puerta llevaba pintado un escudo de armas: el de la casa de Austrias y el del príncipe de Esquilache. Su interior se hallaba forrado de ricas sedas y terciopelos, y tan mullidos eran los cojines, que los pasajeros no nos sentíamos transportados por tierra, sino volando por los aires.

Conforme nos alejábamos del puerto del Callao, nos observaba con codicia nuestro supuesto ejército de defensa, que como ya he expuesto, era menos de fiar que una banda de asaltantes de caminos. Rato antes, en el abrevadero, aquellos brutos habían estado a punto de comerse mi alazán, y ahora supuse que, de no haber habido guardias de verdad vigilándolos, habrían hecho con nuestra carroza una fogata para asar salchichas.

—En malas manos estamos con esta gente —comenté.

Sentado a mi lado, el contador Gonzalo de la Maza tardó un rato en pronunciar palabra, y cuando lo hizo, sonó enigmático y desconfiado:

—Hay muchas malas manos. Por todas partes.

Intenté dar un sentido a su respuesta. Pero ya he dicho aquí muchas veces que mis entendederas son cortas, sobre todo, según iba descubriendo, para los intrincados lenguajes palaciegos.

—Creo que no os entiendo.

—Me han llegado noticias de vuestros servicios al virrey…

Me hablaba ese hombre con el rostro hacia el frente. Tan rígido era de cuerpo que ni siquiera torcía el cuello para conversar.

—¿Señor?

—He dicho «servicios» por llamarlos de alguna manera digna. Pero no parece haber nada de digno en lo que me han contado. ¿Me equivoco?

—No sé qué os han contado, me temo.

El contador se limpió el sudor de la frente con un pañuelo tan blanco que hasta ese líquido transparente lo manchaba.

—Que acompañáis a Su Excelencia a hacer cornuda a la princesa, y vos mismo escogéis de los lupanares a las furcias con que se revuelca.

Todas esas palabras en sus distinguidos labios parecían fuera de lugar, como un excremento en los tapices de la carroza. Yo quise quitar hierro al asunto, tomándolo con ligereza, como solían hacer los varones de la corte, ninguno de los cuales se ufanaba demasiado de su castidad.

—Entonces podéis estar tranquilo. Las escoge él.

Tomamos el camino que corre a lo largo del río, más sinuoso, pero con suelo más firme para nuestras ruedas que las blandas dunas del desierto. A nuestro lado, corría el agua en dirección contraria a la nuestra, huyendo de las intrigas de la Ciudad de Reyes.

Al contador no le gustó mi respuesta. Poseía una elegante voz de tenor, que alzó para expresarme sus quejas:

—Acabamos de asistir en el consejo de guerra a un espectáculo penoso, que debemos a la falta de rigor espiritual que rodea a Su Excelencia. Para ayudarlo a superar esa carencia y endurecer su carácter, haría falta restarle distracciones frívolas. En las circunstancias que nos ocupan, no hace falta que os recuerde que ayudarlo a él es ayudar a estos reinos, al Imperio y a la mayor gloria de Dios.

Seguía él sin mirarme, ofreciéndome solo un perfil perfecto, que parecía recortado contra el fondo por el mismo carpintero que había construido la carroza, como si se tratase de uno más de sus suntuosos complementos. Del otro lado de su rostro, solo se veía la tierra seca del litoral. Del otro lado del mío, la corriente fluvial.

—Nada me haría más feliz que complaceros. Olvidáis, no obstante, que no entra en mi competencia decidir las diversiones de mi señor. Yo solo obedezco sus órdenes y allano el camino a sus deseos, como corresponde al humilde ayudante de caballerizas que soy.

—Podríais hacer peor vuestro trabajo —objetó.

—Lo cual no movería a Su Excelencia a abandonar sus placeres. Pero quizá sí a acabar muerto en una emboscada mientras se los busca.

Enrojeció el contador, lo que me hizo comprender por qué no me miraba al rostro. No se debía tanto al agarrotamiento de sus maneras, como a la vergüenza que le producía dirigirme su atención. Acaso jamás hubiese intercambiado palabras con nadie que tuviese mis recién descubiertos talentos, ni mis experiencias con el pecado. A ese hombre, para el que no guardaba secretos la administración virreinal, la vida de la noche le parecía, por el contrario, un misterio insondable, un oscuro pozo del alma. Y con ese miedo a lo que no conocía, volvió a la carga:

—Parece mentira que un alguacil del Santo Oficio haya terminado dedicado a la recolección de mujeres de la vida alegre. ¿No os avergüenza vuestra propia

decadencia? ¿No queréis algo mejor para vuestra vida y vuestro nombre?

—Muy mirado me tenéis, que hasta parece que habéis enviado espías a mi casa. Pero jugáis con ventaja. Vos, señor, ¿qué hacíais antes? ¿Habéis sido siempre un cristiano ejemplar? ¿No habéis pecado jamás?

La respuesta sonó como un padrenuestro recitado de carrerilla.

—Pasé doce años en El Escorial sirviendo al rey como funcionario de ordenanzas y disposición de cuentas. Con ese antecedente, fui enviado al Perú hace quince años a ordenar las cuentas de la contaduría de cruzada, trabajo que he repetido en Quito, Charcas, Tucumán y Cuzco, y por el cual he sido nombrado regidor de Lima. Yo pongo orden donde hay desorden, Alonso. Difumino el caos contable para convertirlo en claridad. Y lo mismo hago con todas las demás facetas del reino. A eso he dedicado toda mi vida.

Estaba claro que a moral cristiana no podría yo ganarle, pues no se había apartado ese hombre del recto camino ni un instante de su vida. La propia condición de su trabajo implicaba pasarse el día entre cuadernos de cuentas, atento a cifras y columnas, una actividad especialmente apta para quienes desprecian los placeres sensuales. Pero cada persona tiene inclinaciones diversas de su carácter, y atiende a las razones que la vida le pone por delante. A continuación, intenté explicar las mías:

—No creáis que siempre he sido un cínico. Yo creí con fe ciega en todas las doctrinas que están escritas. Actué en todo como me exigía nuestra Santa Madre Iglesia. Hasta que tuve que escoger entre mis experiencias y mis convicciones. Todas esas normas no conseguían darme razón de mi vida, ni se correspondían con los deseos de mi corazón.

—Preferisteis entonces la falacia de las apariencias que la verdad profunda de la fe.

Dijo eso el contador como quien describe una enfermedad, y no una fiebre terciana o una tiña, sino una disentería o una lepra. Al ver que yo prefería callar, se sintió ganador en esta justa y añadió:

—Y ahora queréis arrastrar al virrey a vuestro error. Al menos, no os falta ambición.

Las murallas de la ciudad emergieron en el horizonte, llenándome de alivio. Yo ya no quería más que llegar y librarme de ese hombre, pues sabía él demasiadas cosas de todos los temas, incluso de mí. El que conoce puede hacer daño. Si maneja dinero, doble daño. Y si tiene amigos poderosos, triple. Callar o alejarme de su influencia parecía mejor idea que discutirle.

De todos modos, aún nos quedaba un trecho, y mi lengua no supo amarrarse como habría debido. Se negaba ella a concederle la última palabra a ese cuello tieso. Así que le soltó:

—Parece muy fácil para vos distinguir lo correcto de lo malo. Sin duda,

tenéis más educación que yo, y de ahí vuestra seguridad. Pero decidme, ¿cómo saber, por ejemplo, si los milagros de Rosa, a la que vamos a buscar, los inspira Dios o el Diablo? ¿Cómo sabemos que nuestro consejo al virrey ha sido piadoso? ¿Y si solo hemos caído en una artimaña de Satanás para poner el reino a sus pies?

En respuesta, dijo el contador algo que al principio creí una ironía, aunque de inmediato caí en la cuenta de que carecía él de esa capacidad:

—Los hombres buenos saben reconocer el bien. A esa mujer la ha reconocido la orden de Santo Domingo.

—¿Y quién reconoce el bien de la orden de Santo Domingo?

—Yo. Porque también soy bueno. ¿Veis qué fácil?

No dije más, porque el temblor del empedrado bajo las ruedas me hizo notar que la carroza ya cruzaba el puente y entraba por la puerta de la ciudad.

Debido a la costumbre, los soldados nos recibieron con las reverencias destinadas al virrey.

Me pregunté yo si serían esos guardias hombres buenos.

Y en ese caso, si pueden los buenos equivocarse, igual que los malvados.

7

Lima nos recibió convertida en un gigantesco desfile de mujeres. Habiendo marchado todos los varones jóvenes para la defensa del Callao, solo ellas y los viejos quedaban dentro de los muros. La combinación entre esos dos grupos inundaba las calles de religiosidad. Desde la mañana, habían salido procesiones de las siete principales iglesias, para pedir protección a Dios ante todos los peligros.

Por eso, nada más llegar a la Plaza Mayor, se atascó nuestra carroza entre tres enormes andas con imágenes de Cristo, la Virgen y los santos. Decenas de feligresas cargaban cada una de ellas, y otras centenares las seguían, como si fuese la Semana Santa. Pero a diferencia de aquella fiesta, en esta ocasión, se enredaban los desfiles entre sí, y ya nadie sabía a ciencia cierta a qué imagen acompañaba.

—¡Señor, perdona nuestros pecados! —gimoteaban las damas.

—¡Dios mío, aplaca tu cólera!

Curiosa era la transformación que había sufrido nuestra ciudad, con los mercaderes remplazados por el humo de los inciensos, y las damas más encopetadas arrodilladas, llorando por las veredas junto a sus esclavas. Aunque no me apetecía bajar de la confortable carroza para mezclarme con esa fervorosa multitud ni, por cierto, dirigirle la palabra a mi compañero de viaje, hube de resignarme y proponer:

—No vamos a poder avanzar en medio de las procesiones. Será más rápido bajarnos y caminar.

Me fijé entonces que el contador Gonzalo de la Maza contemplaba con pavor a las mujeres de la calle, como si fuesen ellas fieras salvajes o indios violentos. Y por vez primera, me habló con más súplica que altivez:

—No me parece correcto que andemos dos caballeros entre todas las mujeres. Podría parecer que queremos aprovecharnos de ellas…

—También hay viejos ahí abajo, y creedme que no pienso refocilarme con ninguno de ellos.

—Vuestras bromas os pintan de cuerpo entero.

Se refundió en su asiento, ofendido. Y aguardó en silencio que amainase el tráfico de damas. Pero pasaba el tiempo y, más que avanzar, nuestra carroza retrocedía, empujada por el gentío de regreso hacia la puerta de la ciudad. En la escalinata de la catedral, se había formado un círculo de monjas que se azotaban

unas a otras. Intentaban pagar con la mortificación de sus cuerpos a Dios para que alejase a los piratas de las costas.

—¿Tenéis unos naipes? —pregunté—. Vamos a pasarnos aquí hasta la noche. O más, porque quién sabe cuándo regresen los hombres, de modo que las mujeres pueden circular libremente por la oscuridad. Deberíamos contar con alguna distracción.

No me respondió el contador De la Maza. Al contrario, el color negro de su ropa se contagió a su gesto y a su humor. Eso significaba que se mantenía él en sus trece.

—Lo bueno es que todavía no tenemos ganas de defecar —bromeé—. No le gustará al virrey cómo vamos a dejarle las sedas de la carroza, manchadas y pestilentes. Por fortuna, no vamos a comer gran cosa aquí metidos. Por mala fortuna, sí vamos a dormir. Y lo haremos revolviéndonos en nuestra propia bosta, por lo que parece.

Todavía resistió un poco más el contador, aunque ya lo veía yo llevarse el pañuelo a la cara con frecuencia, señal de que se asfixiaba, o bien de que se le escapaban los orines. Al fin, derrotado por la masa callejera, se vio obligado a preguntar:

—¿A dónde vamos a ir?

—A estas alturas, cualquier parte sería más cómoda que esta, contador. Pero es nuestra misión encontrar a Rosa. Y ella solo puede hallarse en su casa o en la iglesia de Santo Domingo.

Dirigió él al exterior una mirada lastimera. Y con la pena torciéndole el gesto, aceptó:

—Pues vamos allá.

Descendimos de la carroza, nos despedimos del conductor y nos sumergimos en el mar de mujeres. Ellas apenas repararon en nuestra existencia, como cabía esperar, entre sus oraciones y lamentos. Sin embargo, el contador avanzaba con las manos a los lados de los ojos, como las máscaras que se pone a los caballos para que no se distraigan del camino. Pretendía cruzar entre todas las féminas de la ciudad sin mirar a una sola de ellas, pues según parece, lo habría considerado una falta de caballerosidad insoportable. Para fortuna de ese buen cristiano, si algo sabía de memoria era la ubicación exacta de cada iglesia, y antes que yo cruzase la plaza entera, ya se encontraba él en el templo de Santo Domingo.

Tal y como yo preveía, ahí se encontraba Rosa, muy apacible ante una imagen de la Virgen María, podando las flores para el culto y tarareando una canción sagrada. Fuera de ella, sin embargo, el templo no era ajeno a la locura de las calles. La tranquilidad de la joven contrastaba con los dominicos ancianos, que corrían a su alrededor en pleno frenesí, recogiendo a toda velocidad cálices de

plata, patenas y copones, intentando salvar de un posible saqueo los objetos litúrgicos de valor. Para Rosa, en cambio, ningún objeto terrenal poseía el menor interés.

—¿Es ella? —preguntó el contador, recuperado el aplomo.

—La misma.

Nos acercamos los dos hasta su sitio, donde se nos contagió la calma que irradiaba. Ella, por su parte, nos saludó con una alegría por completo inadecuada:

—Dios os bendiga, Alonso.

—Y a vos os dé su gracia, Rosa. Os quiero presentar al contador Gonzalo de la Maza, consejero del virrey y hombre de fe.

Agachó ella la cabeza con tanta simpatía que hasta pareció cosa de broma.

—¿Y qué hace tan importante señor viniendo visitar a una pobre servidora de Dios?

—Os traigo un mensaje de Su Excelencia —respondió él, de nuevo completamente rígido, con voz marcial—. El príncipe de Esquilache ha sabido de vuestra relación especial con el cielo, y me ha enviado a veros porque el reino del Perú requiere de vuestros servicios.

Ella alzó las comisuras de los labios. Su sonrisa iluminó sus mejillas, luego la iglesia y finalmente el mundo.

—¿Qué más servicio puedo hacer que ayudar a los pobres y enfermos como nos pidió Jesús? Poco sé yo de las cosas de reyes y capitanes. Solo conozco y participo del dolor con que se glorifica la Creación.

Estaba claro que creía el contador haber sido enviado por el virrey él solo. Debía considerarme un socio indigno de su misión, o incluso un estorbo. Y aunque tal idea me ofendía, él seguía siendo un hombre notable, y yo un triste caballerizo putañero. De modo que no quise interrumpirlo ni importunarlo, y guardé silencio mientras él intentaba resolver la situación por sus propios medios. En ese esfuerzo, afirmó:

—Es creación de Dios nuestro Imperio español, hogar de la fe cristiana y reserva moral del mundo conocido. Hoy tenéis la oportunidad de colaborar en su salvación.

Ella reaccionó con un humor que se parecía peligrosamente a la felicidad:

—¿Hay que salvarlo de sus pecados? ¿Ha llegado el Juicio Final?

El contador desvió hacia mí un vistazo desconfiado. A juzgar por su gesto, empezaba a sospechar que esta Rosa no era más que una simple tonta, o incluso otra amante del virrey, que acaso debiese su importancia a un embuste mío. No dijo nada de eso en alto, pero tenía claro yo cómo me valoraba él, y qué laberintos podían recorrer sus razonamientos. Mantuve mi silencio, seguro de que nada de lo que yo dijese podría serme útil. Y él explicó a Rosa:

—De los piratas. Han venido con seis buques y amenazan nuestras costas.

Rosa terminó de formar un arreglo floral para la Virgen con margaritas y floripondios, que había trenzado con gran primor y una belleza única. Al verlo, comprendí bien la queja de su madre: empleado en beneficio de la familia, su oficio de florista habría podido sacarlos de apuros económicos. Por cierto, también compartí su enfado por que los dominicos se aprovecharan gratis de su talento, y ni siquiera les diesen a los Flores de Oliva una sobra de las limosnas.

—Se reirían de mí esos piratas si les saliese al paso —replicó ella.

—Solo os pido rezar —pidió el contador—. Rezad para que se marchen que, sin duda, os oirá el cielo.

—Si han venido es porque Dios lo acepta, pues nada se hace en el mundo sin su venia. Acaso los haya mandado para castigar los pecados de la ciudad, que son muchos, algunos de ellos muy feos.

En el silencio del contador leí que contenía la ira. Verse contradicho por una terciaria sin estudios sublevaba sus ánimos y humillaba su historial. Por diplomacia, mantuvo el tono de voz quedo, aunque una hinchazón de las venas de su rígido cuello delataba su ansiedad.

—¿Os estáis negando a una orden directa del virrey?

Sin perder un ápice de calma, Rosa colocó su ofrenda a los pies de la imagen de la Virgen.

—Solo me da órdenes mi novio. Y es Él mucho más poderoso que vuestro virrey.

—¿Tenéis un novio? ¿Y desafía dicho novio a la Corona?

Sospeché que ese diálogo de sordos desembocaría en una discusión, incluso en un arresto de Rosa, si quedaba en la ciudad un guardia para arrestarla. Ahora sí, vi llegado el momento de intervenir, merced a mi experiencia con ella, para salvarlos a ambos de sí mismos.

—Rosa, sierva de Cristo, permitidme que someta a vuestra consideración un simple detalle: no creo que Dios haya enviado a esos piratas, pues son herejes.

—¿Herejes?

Por primera vez desde nuestra llegada, una palabra llamaba su atención. Para profundizar en su convencimiento, repetí las cosas que había aprendido durante mi tiempo en el Santo Oficio y que, ante las dudas de la terciaria, resultaban de lo más útiles:

—Los flamencos suscriben la herejía luterana, que como sabéis, niega la autoridad del Papa y fomenta la vanidad y la soberbia. Sus miembros son enemigos de la fe, y en particular de la orden de Santo Domingo, a la que han perseguido y clausurado en tierras del norte de Europa. Yo mismo he perseguido a sus emisarios cuando han querido venir a envenenar a nuestra gente con sus nefastas doctrinas. Pero son muy poderosos y duraderos, ya que su fundador, el monje agustino Martín Lutero, se dejó poseer por Satanás para traicionar las

enseñanzas que él mismo había abrazado, y sus sucesores cuentan con la ayuda del Maligno. Es por eso que llevan ya un siglo entero intentando destruir a nuestra Santa Iglesia. De esa secta de demonios, estos piratas son solo una falange.

—¡Herejes! —repitió Rosa, como saboreando la hiel de esa palabra.

No queriendo quedarse fuera de la conversación, el contador hizo un apunte legal:

—En efecto, negaros a colaborar con el reino podría ser interpretado también como complicidad con herejía luterana. Os recuerdo que el luteranismo se castiga con la hoguera.

Su amenaza resultaba por completo innecesaria, más debida a una afición exagerada por la letra de las normas que a una estrategia para convencer. Me alegró notar, sin embargo, que Rosa no le prestaba atención, pues sus pensamientos ya vagaban, como de costumbre, por rumbos misteriosos.

—¡Mirad! —exclamó por sorpresa—. ¡El rostro de Nuestra Señora!

Miramos los dos a la imagen que señalaba, medio oculta ahora detrás de las flores.

—¿Qué le pasa? —pregunté.

—No le basta mi ofrenda. Está severa y enfadada.

No veía yo a esa muy diferente que otras imágenes de la Virgen, pero no era cosa de alterar a Rosa por esa nimiedad.

—Sí, sí —acepté—. Es evidente el enfado de la Virgen María.

—El reproche de su rostro refleja la cólera de Dios —siguió ella, con una voz sibilante y los ojos fuera de sus órbitas —. Jesús quiere que luchemos contra los piratas.

El contador y yo cambiamos una mirada de desconcierto. Dijo él:

—Pues exactamente de eso veníamos a hablar…

De repente, sin avisar, Rosa tomó la tijera con que había estado podando las flores y la alzó en el aire, de modo tal que parecía a punto de atacarnos. Me protegí yo detrás de una columna. El contador retrocedió. No obstante, lejos de saltar sobre nosotros, apuntó ella el filo de la herramienta contra sí misma. Llegué a pensar que quería clavarlo en sus propias carnes como forma de mortificación, para ofrecer su sangre a Dios. En vez de eso, se agachó y se abrió el hábito por ambos costados.

Apretó entonces los párpados el contador, temiendo que se desnudaría ella ahí mismo, ante todos nosotros, y que le tomaría a él decenas de rosarios limpiar esa imagen impúdica de su memoria. No llegó Rosa a tanto. Solamente, con unas aberturas largas en los bajos de la tela, ganaron movilidad sus piernas, y ella echó a correr por todo el templo gritando:

—¡Herejeeeees!

Justo entonces, uno de los frailes más viejos llevaba a esconder el Santísimo

Sacramento, que estaba hecho de oro con incrustaciones, y figuraba un sol radiante con muchos rayos y una cruz en la parte superior. Rosa le arrebató la magnífica pieza con tanta fuerza que el dominico cayó al suelo. Y corriendo con ella en la mano, trepó al altar, presa de la mayor excitación que yo he visto en una mujer.

—¡A mí, la guardia! ¡A mí, los clérigos!

El párroco se le acercó e intentó calmarla, pues entendía que subirse al altar como si fuese una lancha debía ser pecado, incluso para ella.

—Rosa, por favor, bajad de ahí…

Pero ya estaba la terciaria más allá de las palabras, del bien y del mal.

—¡Arremangaos los hábitos! ¡Venid todos a defender el Santísimo Sacramento de los enemigos de la fe! ¡Estamos llamados a ser soldados de Dios!

El desorden se extendió entre los frailes, que ahora no sabían si guardar sus tesoros, correr a refugiarse o subirse todos al altar. Discutían entre ellos. Algunos encontraban ofensiva la actitud de Rosa. Otros se arrodillaban frente a ella, presas del pánico, venerándola.

El contador torció el gesto, desaprobando la violenta extravagancia de esa mujer. Como para él todos los errores de la vida debían ser culpa mía, me increpó:

—¿Es esta vuestra mejor esperanza para nuestra defensa?

—Vos apoyasteis la propuesta.

—Basado en informes que ahora descarto.

—No eran míos tales informes.

—Estaban sin duda instigados por manipuladores como vos.

Rosa continuaba gritando ahí arriba:

—¡Venid, piratas! ¡Enfrentaos a mí si tenéis el valor!

Meneó la cabeza el contador de un lado a otro.

Y aunque pocas ganas tenía de estar de acuerdo con él, yo mismo me pregunté si no me había equivocado. Quizá había visto santidad y pureza donde en realidad no había más que estulticia y delirio.

8

Esa noche hube de volver a dormir al palacio, pues otra vez se había hecho tarde para partir hacia el puerto. Después de esa jornada agotadora, ardía en deseos de volver al lecho. Pero por más que di vueltas en él, se me hizo imposible conciliar el sueño. Me perturbaban las memorias de las naves corsarias, mezcladas con las de Rosa dando voces por la iglesia, y con las de nuestro ejército de medio pelo, todas premoniciones de males sin fin.

Me costó Dios y ayuda amansar a las fieras de mis pensamientos. Poco a poco, a fuerza de rezar, fui reemplazándolas por imágenes más dulces, que llevaron paz a mi espíritu. Para mi desgracia, cuando al fin creía que conseguiría dormirme, se levantó un inusual viento de poniente, que azotó las puertas de los establos, molestó a los caballos, y a mí me trajo pensamientos de Jerónima.

Qué duro es dormir a solas cuando se conoce el calor de una mujer. Se convierte el catre en un infinito desierto, en cuyas dunas se hunde el cuerpo hasta quedar sin respiración. Además de la asfixia de la soledad, asaltó mis recuerdos el desafío que me había lanzado la abadesa. Los sucesos del día me habían hecho olvidar nuestro último encuentro. Con o sin olvido, aún me encontraba abocado sin remedio a traicionar a la donada, la única persona que me hacía sentir persona a mí mismo.

También vino a mi mente mi madre, y las maldiciones con que me había echado de su casa, y el novio secreto que escondía en el teatro. Cuánta falsedad debíamos sufrir los cristianos jóvenes. Con qué falta de vergüenza los viejos nos mentían y manipulaban en su propio beneficio.

Y, sin embargo, qué poco sentido tenían ahora esas mentiras, esas amenazas. El reino se hallaba al borde de la invasión y la herejía. ¿Qué valor podía tener el futuro? Cuando los piratas nos pasasen por las armas o nos ahorcasen del palo mayor de sus yates. ¿Cómo podríamos cumplir nuestros propósitos, buenos o malos? Si se acercaba nuestro final, también se acercaba el momento de nuestra libertad.

Devanándome así los sesos, perdí definitivamente el sueño. La madrugada me ahogó en un lago de melancolía. Un golpe de viento sacudió el tejado de mis aposentos. Lloraron los animales en sus caballerizas, del otro lado del muro.

Y yo tomé una decisión.

Gonzalo de la Maza me había dejado claro que regresaría al Callao por sus propios medios. No necesitaba ni deseaba mi compañía. Su abandono me dejaba libertad en las primeras horas del día. Tiempo suficiente para emprender mi plan.

Al alba, a pesar del ventarrón, volvían a iniciarse las procesiones por toda la ciudad. Las plañideras recorrían las calles de rodillas, con sus mantillas agitadas por el aire, sus rosarios en la mano, recitando a coro sus plegarias entre el humo de los inciensos. Incluso si el contador andaba por ahí, en algún lugar, contaba ya él suficientes años para eludir el servicio militar obligatorio. Así que yo debía de ser el único varón joven de la ciudad. Si las mujeres decidiesen, por un azar del destino, cerrar las puertas de Lima después de mi partida, no volverían a concebirse niños en la Ciudad de los Reyes.

Tristemente, se me ocurrió que quizá fuese eso lo mejor. Acaso era la voluntad de Dios, y por eso nos había enviado a los corsarios. Para erradicar a este reino endemoniado, poseído ya sin remedio por las fuerzas del mal, sin más solución que la destrucción con que Él castigó a Sodoma y Gomorra.

Encontré cerrada la puerta de visitantes de Santa Clara. Rodeé el convento en busca de alguna entrada. Llegué a la iglesia, donde aún no terminaba el rezo de Prima. Debido a la situación, se hallaba el lugar muy concurrido de señoras. Por ahí, entré. Al verme, me recibieron con reprobación algunas de las asistentes, como si me hubiese escapado de la guerra, lo que, en cierto modo, sí había hecho. Ignoré sus cuchicheos. Detrás del muro, en el coro bajo, se oía a las monjas. Me acerqué. Y en cuanto acabó el rezo, acerqué mi cara al agujero por donde recibían la eucaristía.

—¡Jerónima! Tenemos que hablar.

Del otro lado, varias voces femeninas me regañaron:

—¡Marchaos, impertinente!

—¿Qué os habéis creído?

—¡El diablo está poseyendo a todos los hombres! ¡Se veía venir!

—¡Jerónima! —repetí, indiferente a sus comentarios—. ¿Estáis ahí?

Me interrumpió la voz de la abadesa y, al oírla, callaron todas las demás:

—Id al locutorio. Ahí os abrirán. ¡Y dejad de incordiar a mis hermanas!

Antes de salir del templo, me persigné frente al altar. Desde sus lugares en el retablo de la iglesia, Cristo, la Virgen y Santa Clara también me miraron con reprobación. Recé un rápido salve para pedir perdón por mis atrevimientos. Intenté explicarles con una plegaria que no me quedaban más opciones.

Después de haber entrado tantas veces al convento, recorrido sus rincones más escondidos y descubierto sus íntimos misterios, se me hizo extraño ingresar sin poder mirar hacia el interior. Para más anormalidad, ni siquiera el locutorio tenía la vida habitual que yo tanto había criticado alguna vez. El jolgorio que ahí solía celebrarse había desaparecido, ahuyentado por el pánico y el reclutamiento.

Lejos de fiestas y canciones, lo que ahí hallé fue un silencio de cementerio.

Una esclava me guio hasta el último panel de la fila, con tal mutismo que ella también parecía cumplir votos de clausura, y ahí me dejó. Me vi a solas conmigo mismo, frente a un tabique de madera con aspecto de confesionario gigante. Aún tuve que esperar lo que tarda un huevo en hervirse antes de escuchar a alguien del otro lado. Pero cuando comenzaba a impacientarme, se adivinaron movimientos tras el panel, y por fin, la voz que esperaba derramó sus mieles sobre mis oídos.

—No habéis debido entrar así al templo…

—¡Jerónima! ¿Cómo estáis? Os he echado de menos. ¿Os tratan bien?

Tardó ella en responder, tanto que llegué a pensar que se había marchado. Comprendí que se esmeraba en encontrar la respuesta adecuada. Y si tanto le costaba, a ella que solía llevar las réplicas en la punta de la lengua, eso solo podía significar que había alguien a su lado, vigilando sus dichos, observando que sus pensamientos no se apartasen de las normas.

—No podría ser de otro modo —dijo por fin—. Vivo entre mis hermanas.

La abadesa. Debía ser ella personalmente quien examinaba sus palabras. No se me ocurría nadie más ante quien Jerónima apocaría sus ímpetus.

—Creo en la buena fe de vuestras hermanas —asentí, pero por la pura voluntad de conseguir una pequeña venganza, añadí—: Excepto en la de la abadesa Mencia, esa mala pécora.

Reí para mis adentros. Estuve seguro de que Jerónima reiría también para sí misma, sin lucir al exterior su dentadura perlada y lunar, sin curvar sus labios aterciopelados del color del tabaco. Qué pérdida era para el mundo una menos de sus sonrisas.

—No habléis así —me rogó, confirmando mis sospechas—. La abadesa solo quiere nuestro bien.

Estaba yo seguro de que ella detestaba a su superiora tanto como yo. Si en el pasado había acariciado ese cuerpo ruinoso, lo había hecho solo por sobrevivir a los embates de una vida que la había creado esclava, bastarda y pobre. Comprendía yo a la perfección tales aprietos, y no albergaba en mi corazón juicios ni celos contra ella.

Más bien, esperaba yo preguntarle sobre el negro Nicomedes, sus hechizos y sus merodeos por el convento. Me reconcomía la duda de si tenía ella contacto con ese hombre, y si lo prefería a mí, acaso por ser de su mismo color, acaso por aprender de él sus sortilegios. Ahora bien, estando la abadesa a su lado, tales preguntas solo conseguirían cargar más problemas sobre la espalda de Jerónima. Y sus respuestas, fuesen las que fueran, más confusión sobre la mía.

—¿Pensáis en mí? —Fue todo lo que mis labios consiguieron articular.

Ojalá hubiese podido ella oír mis dientes rechinando de dolor. Mis puños

cerrados por la rabia de no verla. Mis tripas revueltas ante la injusticia de la superiora arpía. Mi corazón sacudido por la excitación de tenerla cerca. Pero las cosas más importantes de la vida son mudas, como la voz de Dios.

—Rezo por vos. —Escuché del otro lado del panel—. Porque encontréis la templanza. Y recuperéis el camino hacia el cielo.

Algo se me metió en el ojo. Más ligero que una basurilla, pero más grande que una legaña. Lo toqué con la yema de mis dedos. Era una lágrima.

—¿Recordáis nuestros encuentros? —pregunté, porque en ese momento ya no me importaba nada: ni la superiora, ni los piratas, ni el virrey ni el Imperio. De haber tenido que pagar con la hoguera un beso en el vientre de Jerónima, con gusto la habría lamido hasta los muslos, para luego entregarme gustoso a las llamas.

—Los recuerdo con pesar. Por haberme desviado de la recta intención.

Odié esas palabras, que negaban lo que su piel había afirmado sin lugar a duda, tantas veces, en tantas noches.

—¿Y qué os pesa más? Decidme. ¿La memoria de mi olor por las mañanas, después de mi partida? ¿El goce de nuestros cuerpos anudados? ¿Las conversaciones en susurros al oído, hablando de quienes somos de un modo que no podemos emplear con nadie más? ¿Qué de todo eso lastima más vuestra virtud?

Del otro lado del tabique, me llegó un temblor. Un nudo en la garganta. Un remordimiento. Si alguna vez esas cosas encontraron un sonido, fue esa mañana para cruzar el abismo que nos impedía tocarnos.

—Para la gente como yo, todo eso está mal. No podemos escoger lo que está bien.

Estas palabras me llegaron trémulas, rajadas de llanto, y su fragilidad me animó a intentar mi plan. Ante lo que iba a decir, deseé más que nunca que la abadesa estuviese ahí, bebiendo mis palabras como se bebe un veneno.

—Vuestra superiora me ha pedido que os abandone. Que venga aquí y os diga que ya no os quiero. Que os desprecio. De lo contrario, os enviará al altiplano, a morir de frío en el fin del mundo. Todo eso con tal de que no me veáis más. ¿Qué queréis vos que yo haga? ¿Obedezco esas órdenes? ¿Os rechazo y finjo que no quiero saber más de vos?

Algo raspó el tabique. Sonaba a uñas descendiendo por su superficie. Hería los oídos. En cambio, la melodía húmeda de la voz de Jerónima sonaba a caricia. Sin embargo, sus palabras se me clavaban como estiletes en el pecho.

—En mi vida, todo es obediencia —dijo—. He jurado actuar conforme a los deseos de mi superiora, a las reglas de la clausura y a las exigencias de Nuestro Señor. Por eso, no puedo responder a tal pregunta.

—Jerónima, vámonos. Huyamos juntos. He conocido gentes en Potosí que

podrían ayudarnos. O si preferís, nos marchamos del reino. A la Nueva España. A la Nueva Granada. Aquí vendrán los piratas y lo arrasarán todo. Quemarán las casas. Matarán a las gentes. Vos y yo podemos estar lejos cuando eso ocurra, donde nadie nos reconozca.

Ya estaba dicho mi propósito. Había salido de mí como un huracán. Solo faltaba saber qué quedaba en pie a su paso. Esta vez, el silencio se prolongó más que toda la conversación anterior. Y cuando Jerónima lo quebró, muchas otras cosas se quebraron con él:

—Alonso, a mí siempre me reconocerán. Yo llevo mi condición marcada en la piel. No habrá un lugar en el mundo donde pueda vivir sin piel.

Golpeé el tabique con los puños. Grité con la garganta en carne viva.

—¡Venid conmigo!

—Alonso, soy yo quien debe deciros a vos: no os quiero. No quiero que volváis a verme. Es hora de volver a la gracia. Y no puedo estar ahí con vos. Sois una buena persona. No os entreguéis a las llamas del infierno. Lo siento, Alonso. Es mejor así.

—¡Jerónima! ¡Jerónimaaaaa!

Volví a golpear el tabique, y más aún, lo pateé, lo escupí, lo empujé, hasta sentir que se rompía en la punta de mi bota. Cuatro esclavas se acercaron a contenerme, pero tal era mi rabia que no pudieron conmigo. Todas acabaron arrojadas contra la pared. Seguí en mi asalto hasta atravesar todo el tabique. Una vez roto, arranqué sus pedazos y pasé medio cuerpo al otro lado, ayudándome con los codos para cruzar.

Quería llegar hasta Jerónima.

Pero detrás del tabique solo quedaba una celda vacía, una ausencia, el espacio hueco que deja un corazón al ser arrancado del cuerpo.

9

El cielo que me recibió al salir era lo único más negro que mi propio ánimo. Los fuertes vientos comenzaban a levantar el polvo del cerro San Cristóbal, que ahora se me metía por los ojos y la nariz. A ello se había sumado un intenso goteo del cielo, esa lluvia tacaña que en el Perú llamamos garúa. El agua me picaba la cara y la cabeza como una columna de hormigas.

A pesar del clima desapacible, aún llenaban las calles las señoras. A esta hora, eso sí, ya no formaban un desorden humano, sino una larga marcha salida de todos los rincones en dirección a la Plaza Mayor. Supuse que se habría convocado a un rezo colectivo en la catedral, y hacia allá marchaban.

En honor a la verdad, no me sentía yo muy católico tras los sucesos del locutorio. Ahora me parecía que la apariencia de devoción, incluso entre frailes y monjas, podía mover a engaño, escondiendo la verdadera maldad. Sumido en ese humor sombrío, encontré en el espectáculo de la ciudad un teatro, un carnaval, una gran máscara para esconder la verdadera naturaleza mezquina de los seres humanos. Perdonarán Vuestras Mercedes que me exprese de este modo, pero es que, en ese momento, mi fe se hallaba en crisis, y mi vida carecía de guía moral.

De todos modos, también debía dirigirme yo hacia el centro para llegar al palacio. Lo único que podía hacerme olvidar a Jerónima era buscar un caballo, transportarme al puerto y reintegrarme a mis deberes. Así que me mezclé con la masa de mujeres que gemían al cielo y lloraban por nuestra salvación.

Entre la multitud, descubrí a la viuda Leonor de Vasconcelos. Apenas la reconocí, después de haberla visto la otra noche seduciendo a un virrey o planeando emboscadas y asesinatos. Ahora se mostraba sumisa, empequeñecida, espantada por el poder de Dios, lo que me hizo pensar que solo la cercanía del infierno enseña humildad a los arrogantes.

Andaba la viuda, como siempre, acompañada de su esclava. Las dos llevaban escapularios colgando del cuerpo: la viuda, el de la Pasión, rojo en los bordes, con la crucifixión de un lado y dos corazones en llamas del otro, coronados de espinas. La esclava, por su parte, llevaba el escapulario de la Virgen Dolorosa, con los siete puñales clavados en el corazón. Por primera vez, caminaban por la calle las dos mujeres a la misma altura, hombro con hombro, en vez de ir la negra detrás de la blanca. Comprendí al verlas que la amenaza del final

también nos iguala a todos, pues en este mundo nos separan nuestros ropajes y nuestras pieles. Pero a la Eternidad marcharemos en espíritu, tan hijos de Dios unos como otros.

En suma, que solo la muerte nos hace buenos cristianos, pues al asomar ella, nos arrepentimos de nuestros pecados. En cambio, la vida es el tiempo que pasamos entregados a nuestras bajas pasiones, las cuales nos distraen del cielo.

Ya sé yo que un espíritu ignorante como el mío debe confiar su salvación a las recomendaciones de los sabios, y no entregarse a filosofías. Las abstracciones corren el riesgo de confundir los pensamientos de los simples como yo. Pero en dichas circunstancias, no estaba en mí evitarlas, por mucho que lo intentase.

Al llegar a la Plaza Mayor, descubrí que no había convocado rezo alguno en la catedral. Todas esas mujeres se dirigían un poco más allá, por la calle que va paralela del río. Ya a la altura del palacio, la multitud se volvía tan densa que costaba dar un paso. A pesar de todo, aguijoneado por la curiosidad, seguí de largo, intentando llegar al final de la marcha, por si había algún problema de orden público del que cupiese informar al virrey o a la guardia.

No llevaba yo ninguna insignia oficial. Peor aún tenía la misma edad de muchos que habían sido arrastrados por la fuerza al puerto. Al verme tan joven, las madres de algunos reclutas se ofendieron por mi presencia e intentaron obstruirme el paso.

—¿Qué hace ese niño que no está luchando por el reino?

—¡Parece que algunos se han escapado de sus deberes!

—¡Si se salva de los piratas, que no se salve de las cristianas!

No tenía yo una autoridad que invocar, ahora que ya no era alguacil, ni argumento alguno para exigir respeto, más allá de mi espada, que desenvainé para abrirme paso. Con tan amenazante ayuda, se avanzaba más rápido sin duda, pero no se acallaban las críticas.

—¿Quién va con un arma entre las cristianas?

—¡Solo un malnacido, mal rayo lo parta!

—Debe ser un pirata él mismo.

Traté yo de defenderme:

—¡Señoras, que solo quiero pasar!

Pero las lenguas de las mujeres son más filosas e incansables que las lanzas, y con ellas me tuve que batir para seguir adelante. De todos modos, no faltaba mucho para descubrir en dónde desembocaba ese río de féminas. Y debo decir que una parte de mí se esperaba encontrar ese destino: la iglesia de Santo Domingo.

A empujones, logré entrar en el templo que, a diferencia del día anterior, se encontraba atestado de gente. Conté quince cuerpos por banca, además de los centenares que se aglomeraban en el pasillo central y en los lados. Las mujeres

rodeaban también el altar, pues se hallaba ahí el objeto de sus atenciones: la mismísima Rosa, que seguía casi en el punto exacto donde la habíamos dejado el día anterior.

Seguía la mística custodiando el Santísimo Sacramento, pero ya no gritaba. Hacía movimientos que en un principio no entendí, como una danza con los brazos en alto. Más bien, ahora eran las feligresas quienes hablaban al unísono. Eso sí, no repetían oraciones ni cantos sagrados. Nada de eso. Su coro sonaba rítmico, pero cada línea tenía una cadencia diferente.

Estaban contando.

—3157, 3158, 3159, 3160…

Al acercarme más, distinguí mejor los movimientos de Rosa. Un brazo primero, el otro después, subiendo y bajando como quien se echa baldes de agua en la espalda. A su alrededor, las voces mantenían el timbre:

—3161, 3162, 3163, 3164…

Se estaba flagelando. Sostenía en la mano izquierda una larga cadena, como de treinta eslabones. En la derecha, un látigo áspero de cerdas que le llegaba desde los hombros hasta más abajo de las rodillas. Y con ellos, por turnos, se hacía daño en la espalda desnuda.

—3165, 3166, 3167, 3168…

A mi lado, una anciana llevaba la cuenta, con las manos en alto y los ojos en blanco por el éxtasis. Le pregunté:

—¿Qué está pasando?

Le costó a la mujer abandonar su arrobo para volver a la realidad terrenal, desde la que yo la reclamaba. Me reconoció a su lado como despertando de un sueño antes de responder:

—La santa va a expulsar a los piratas.

No vi en manos de Rosa arcabuces, ni ante ella generales. No se hallaba a su alrededor ejército alguno, ni capitanes navales escuchaban sus órdenes para correr a cumplirlas. Era lo más sensato preguntar:

—¿Y cómo va a hacerlo?

—Ha pedido permiso a sus confesores para darse cinco mil azotes. Y se lo han concedido.

—¿Los dominicos han aceptado ese sacrificio?

—Tiene varios confesores. Jesuitas también. Así son las santas.

—¿Hace cuánto que se está golpeando?

—Lleva desde ayer haciendo esa disciplina. Tiene la espalda bañada en sangre. A veces, se derrumba. Pero después de un rato, animada por todas nosotras, se levanta y continúa. Cuando llegue a los cinco mil, Dios premiará su sacrificio llevándose a los piratas.

Esto último lo dijo la señora con una sonrisa que ella creyó beatífica, pero a

mí me pareció diabólica. Temí que la pobre Rosa cayese muerta en medio de su sacrificio. Y a la vez, escéptico como me sentía esa mañana de las cosas de la fe, monté en cólera. Pues solo con que las mujeres presentes se pegasen un azote cada una, ya habrían llegado a cinco mil, y no estarían todas esperando que una sola se mortificase hasta reventarse para salvarlas.

—3200, 3201, 3202, 3203…

Si ya venía yo rabioso por todos estos asuntos, lo que vi entonces me amargó aún más: entre las señoras que azuzaban a Rosa a matarse a latigazos, había una que gritaba los números con especial furor, cerrando los ojos, como si sintiese el dolor en sus propias carnes. Llevaba esta mujer escapulario de la Virgen del Carmen, y sostenía en sus manos un rosario de nácar con tanta fuerza que parecía a punto de clavárselo en la palma.

Reconocí el rosario. Reconocí a la mujer.

Y no pude menos que acercarme a ella para descargar mi rabia. Al fin y al cabo, en el fondo, todas mis rabias tenían que ver con ella, con sus misterios, sus errores y sus deseos, con sus aspiraciones, sus esfuerzos y sus miedos.

Por eso era mi madre.

10

—Pero ¿qué hacéis vos aquí? ¿Cómo os atrevéis?

Mi madre detuvo su trance. Calló sus padrenuestros. Abrió primero solo uno de sus ojos, acaso queriendo cerrarlo de inmediato, pero al verme ahí, de pie junto al púlpito, tuvo que resignarse a abrir el segundo.

—¿De qué habláis? —preguntó con frialdad.

—Echáis de vuestro lado a vuestro propio hijo y ahora venís aquí a fingiros piadosa. ¡Víbora!

Por sorpresiva que hubiese resultado mi aparición, ella no necesitó apenas un instante para digerirla. Como si tuviese la respuesta preparada, cargó la lengua y disparó:

—¿Y vos qué, cobarde? ¿Eh? ¿Vos qué? ¿Por qué no estáis en el puerto, con los defensores de la ciudad? ¿O es que ahora que asistís a los corrales de comedias con gente principal ya no tenéis las obligaciones de los demás?

—Silencio, por Dios —nos recriminó otra mujer, pues estábamos interrumpiendo el conteo de latigazos, que fuera de nuestro rincón y de nuestras broncas familiares, seguía marcando el ritmo sombrío del templo.

—3252, 3253, 3254, 3255…

Aunque yo desaprobaba lo que ahí estaba ocurriendo, carecía de intención de alterar los ritos de las asistentes. Sin embargo, no solo me daba mala sangre que los protectores de Rosa le permitiesen matarse a azotes. También animaba mi cólera, después del encuentro con Jerónima, que las mujeres abandonasen a los hombres, desdeñando sus palabras amorosas y escondiéndose detrás de embustes, como había hecho conmigo la mulata, incapaz de reunir el valor para rebelarse contra su señora, y como sin duda había hecho mi propia madre con mi padre, quizá incluso antes de saber que me llevaba en su vientre.

Lo cierto era que, en ese momento, aturdido de frustración, no tenía yo nadie más para desahogar mi furia que mi madre. Ni otro lugar que ese templo para echárselo en cara.

—Al menos voy yo a los corrales con gente que se deja ver —le escupí—. Ni siquiera sé con quién os ocultabais vos esa noche. Solo tengo claro que no estabais en la cazuela, donde se sientan las damas que se respetan a sí mismas.

Los azotes de Rosa producían chasquidos que rebotaban por todos los

rincones del templo, como suspiros de metal y cuero. Con uno de ellos se confundió la bofetada que me soltó mi madre, directo a la mejilla, dejando mi rostro entumecido de dolor. Alarmadas por esta violencia, las mujeres a nuestro alrededor se volvieron a observarnos. Pero ninguna se atrevió a detenernos.

Mi madre acusó:

—No me habléis vos de decencia, que os refociláis con monjas y frecuentáis sodomitas y cimarrones. Sois una vergüenza de hijo…

Dos o tres viejas hicieron la señal de la cruz ante esas palabras. Algunas todavía nos pidieron silencio, sobre todo las que estaban lejos. En cambio, la mayoría de las cercanas, chismosas redomadas, ahora tenían más interés en nuestra pelea que en la mortificación de Rosa. Después de la bofetada de mi madre, había llegado mi turno de soltar veneno, y lancé una buena dosis:

—Quizá si hubiese tenido un padre, habría estado mejor educado.

—Os di todo lo necesario para educaros. Y para comportaros en sociedad. Si habéis perdido el norte, ha sido solo por vuestra mala naturaleza.

Me dio la espalda entonces, y comenzó a alejarse, tratando de abrirse paso trabajosamente entre las devotas. Acaso debía yo tan solo dejarla marchar. Eso, desde luego, habría sido lo decoroso. Pero me devoraba la inquina, y las ganas de vomitar sobre alguien todo lo malo que yo mismo había recibido. Más aún, me apetecía hacerlo en público, para que le doliesen más mis reproches.

—¡Ni siquiera sabéis quién es mi padre! Tenéis mancebos por ahí a los que dais vuestros favores, y son tantos que no podéis discernir cuál os hizo un hijo.

Ya sonaba nuestra discusión más alto que el conteo de los azotes, al punto que los frailes dominicos vieron llegada la hora de intervenir. Los vi aproximarse desde los costados de la iglesia, turbados y molestos, pero a causa del gentío, y de ser todos de avanzada edad, iban demasiado lentos para detener nuestra batalla.

—Por los clavos de Cristo —clamaban—, que estáis en la casa del Señor…

—¡Miserable, sinvergüenza! —chilló mi madre—. No conocéis lo que yo he sufrido por vos. No tenéis una idea de todo lo que he debido aguantar intentando hacer de vos un hombre…

Sus dichos me recordaron a la abadesa Mencia diciendo «es por el bien de Jerónima». Por nuestro bien. Para hacerla a ella una buena sierva de Dios. Para hacerme a mí un hombre. Nuestras viejas titiriteras basaban sus falsedades siempre en nuestro beneficio. Pero sabía yo con certeza cuánto embuste encerraban esas palabras. Y así se lo dije:

—Por interés, sin duda. Para tener quién os mantenga en la vejez. No me engañáis. Por eso me habéis querido acercar a la gente de posición. Pero ahora, yo he conseguido un trabajo por mi propio ingenio. En cambio, vos…

—No sabéis nada de mí. Nunca lo habéis sabido.

—Ni quisiera saberlo tampoco. Así que aprovechad a vuestro mancebo lo

que os dure. ¡Porque os mandaré encerrar en la Casa de Divorciadas, que es donde merecéis estar! ¡Os haréis vieja encerrada y sola!

Llegaron por fin dos o tres curas, que intentaron conducirnos hacia la salida. En vez de sentirme más tranquilo después de soltar mis verdades, más ganas tenía yo cada vez de continuar en la refriega. Sin embargo, recapacité. Me invadió la vergüenza. Me dejé conducir unos pasos por esos domadores de pasiones. Y vi que mi madre hacía lo mismo, sobre todo por no convertirse en la comidilla de las demás viejas.

No obstante, cuando nuestra escena tocaba a su fin, una nueva voz lanzó sus propios gritos, haciendo que ya todo el evento asemejase una feria. Curiosamente, también era una voz conocida, por lo que, al principio, nos desconcertó.

—¡Basta ya! Dejad de participar en esta comedia. ¡Todo esto es una farsa montada por Satanás!

Pero no venía esa voz de nuestro costado, ni de los frailes que intentaban silenciarnos, sino del mismo altar, donde Rosa continuaba zurrándose la espalda, indiferente a toda realidad circundante, con los ojos vueltos de revés.

A pocos pies de la mística, se hallaba ahora el licenciado Gaitán, pegando alaridos como un desaforado. Por lo visto, sus advertencias a voz en cuello no iban dirigidas a mi madre y a mí, sino a todos los asistentes. Tampoco las hacía en calidad de conocedor de nuestra familia, sino desde su investidura como inquisidor general del tribunal de Lima.

—¡Detened a esta mujer! ¡Es una bruja y os está engañando!

—En el nombre de Dios —masculló el padre que me tenía a mí cogido del brazo—. Pero ¿qué está pasando?

Algunas de las mujeres mantenían el conteo:

—3311, 3312, 3313, 3314…

Pero entre mi riña familiar y la interrupción del licenciado, la iglesia entera se estaba distrayendo, y el rumor de voces perdió uniformidad para convertirse en un ruido inconsistente, como el del viento en el exterior.

—¡El demonio lleva tiempo anunciándose en nuestro reino! —continuaba Gaitán—. Se ha apoderado del palacio virreinal, y del convento de Santa Clara. ¡Ha tomado posesión de nuestros mares! ¡Y ahora os quiere confundir haciendo pasar por beata a esta bruja! ¡Todo forma parte de la misma conspiración! ¡No la escuchéis! ¡No la saludéis!

Apenas tardaron tres dominicos en acercarse al inquisidor y llevarlo aparte, para discutir sus afirmaciones fuera del templo. Otros curas me arrastraron a mí hacia la puerta de salida. Conforme ellos recuperaban el orden, retomaron su ritmo los conteos, y ganaron fuerza los azotes de Rosa que, de todos modos, ni siquiera se habían detenido un segundo.

Pero antes de terminar expectorando en la vereda, tuve tiempo de reconocer

que sí, que en algo tenía razón el inquisidor: el demonio se estaba anunciando en nuestras vidas, y se volvía cada vez más difícil distinguir sus señales de las de Dios.

11

Galopé, galopé, galopé.

Más rápido que el viento que se estrellaba contra mi rostro. Cabalgué como alma que huye del diablo, aunque en realidad me dirigía hacia él. Devoré leguas bajo las gotas, cada vez más gruesas, que me escupía el cielo. Salté charcos y estanques producidos por la lluvia. Mi inexperiencia como jinete había dejado de importar. No me animaba la destreza, sino la furia.

Ya en la bahía del Callao, entre las tropas convocadas por el virrey, topé con una cuadrilla de alabarderos que embestía contra una banda de hombres mal vestidos. Apiñados entre unos árboles, demasiado indisciplinados para ofrecer una resistencia en condiciones, dichos hombres se defendían arrojando piedras y palos contra los guardias. Me ilusioné creyendo que eran los piratas, que habían desembarcado ya y eran derrotados por nuestras huestes. Pero a continuación, percibí que ambos bandos hablaban español. Se trataba de una batalla de los nuestros contra los nuestros. Los uniformados contra los reclutas. Ni siquiera había comenzado el verdadero combate y ya estábamos perdiendo hombres en la retaguardia.

Seguí adelante hasta el cuartel general, y me acerqué al consejo de guerra, donde la desesperación reinante confirmó mis sospechas. Los generales caminaban en círculos. Los vecinos notables rumiaban oraciones y rogaban a la Virgen que mirase por ellos en la hora de su muerte. Los consejeros más ilustres se mordían las uñas. El virrey, resignado, recitaba poesías lánguidamente en una esquina.

—Su Excelencia —me hinqué ante este último—, he encontrado a la tropa inquieta. Hay motines y luchas internas.

—Los nuestros se están matando entre ellos, Alonso —respondió él, con un desinterés que me sorprendió—. Quieren ahorrarles el trabajo a los invasores. Cuánta cortesía, ¿verdad?

Mirando a sus espaldas descubrí varias botellas de vino vacías. Comprendí que el príncipe había perdido las esperanzas y solo esperaba el momento fatal.

Mucho antes que yo, al comenzar la mañana, había llegado el contador Gonzalo de la Maza, quien me saludó con frialdad:

—Habéis tardado mucho.

Sin duda, él consideraba la actitud del virrey una falta mía, por haber supuestamente introducido la decadencia en sus costumbres. No era ese momento ni lugar para explicarle que era Su Excelencia quien la había introducido en las mías.

Iba a contestarle al contador, pues no me encontraba yo ese día con la discreción necesaria para callar nada. Pero me interrumpió algo sorprendente, nunca antes visto: el cielo, sí, el cielo, se partió en dos con un fogonazo de luz. Y luego con otro. Dos rajaduras que me hicieron temer que cayese ahí mismo sobre nuestras cabezas.

—¡Ave María! —Salté aterrado—. ¿Qué es eso? Dios en persona baja a castigarnos. Ha llegado el Juicio Final…

El contador echó una carcajada. Lo siguieron en sus risas los españoles de nacimiento. Pues los criollos presentes, aunque silenciosos, se encontraban tan espantados como yo mismo. Por si fuera poco, las grietas del cielo fueron seguidas por un estruendo brutal, como el fragor de mil cañonazos, que marcó con más dureza el terror en nuestras caras.

—¡Los piratas! —exclamé—. ¡Han comenzado el bombardeo!

De repente, todas las desgracias y miserias de la vida, mi madre y su mancebo, la abadesa Mencia y su horrenda perversión, la distancia de Jerónima, la flagelación de Rosa por el pueblo hipócrita de Lima, todo perdió importancia, desplazado por las trompetas de la destrucción del reino.

No obstante, el contador volvió a soltar una risa burlona:

—¡Es una tormenta, ignorante! En esta costa, nunca las hay. Por eso es el paisaje un desierto, donde no crecen ni los gusanos. Pero en el valle de Ruesga, donde nací, los relámpagos y los truenos son lo más normal.

—¿Normal? ¿Es normal que se derrumben las nubes y se parta en dos la esfera celeste?

Señalé hacia el cielo sobre el mar. Iba adquiriendo este un color nocturno, a pesar de que apenas pasaba de medio día. Y conforme arreciaba la lluvia, parecía caerles encima a los piratas de la bahía, pero también a nuestros barcos, que temblaban y se entrechocaban, empujados por la marea.

Habría yo creído que los ángeles bajaban en tromba a repeler el ataque de los flamencos. En cambio, el contador se encogió de hombros:

—Cosas peores se han visto.

Comoquiera que los españoles se mostraban indiferentes a la tormenta, y ni siquiera el virrey le concedía importancia alguna, los criollos hubimos de calmarnos, mirándonos entre nosotros con estupor, pero sin estridencias. Otras preocupaciones eran más urgentes, y a ellas debíamos volver, como recordó el secretario de gobernación:

—Si las autoridades aquí nacidas entran en pánico, seguro que nuestros

reclutas ahí afuera, mojándose bajo los relámpagos, se pondrán peor. Ya se hallaban espantados e incontrolables por la mañana. Menos aún podemos confiar en ellos ahora.

Igual que los rayos se cruzaban en el horizonte, varios pensamientos se cruzaron entonces en mi cabeza. Desde luego, poca claridad tenía yo en ese día aciago. Pero no me faltaba ímpetu, y antes de reflexionar con calma, expresé una idea que nadie más había tenido ni habría podido tener hasta entonces. Quizá justamente porque dudaba de todo, buscaba propuestas nunca antes formuladas:

—Yo conozco guerreros fuertes. Valientes. Dispuestos a todo. Quizá se ofrezcan como mercenarios a cambio de una recompensa.

El virrey estaba cantando una canción marinera, pero en su borrachera, tuvo la suficiente curiosidad para callar y escuchar.

—¿Y dónde están esos guerreros?

—En la cara escondida del cerro San Cristóbal. Son los cimarrones.

Un rumor de desaprobación corrió por la sala. El contador se apresuró a concretar su oposición:

—Esos no son guerreros. ¡Son bandoleros! ¡Salteadores de caminos!

—Por eso mismo —contesté, repentinamente tranquilo, convencido de la inteligencia de mi proposición—, están mucho más acostumbrados a la pelea organizada que nuestros reclutas. No hace falta ni entrenarlos. Deben ser unos trescientos, agrupados todos en la misma aldea. Podrían hacer la diferencia entre nosotros y los piratas.

El secretario de gobernación también se indignó:

—¡Uno de ellos trató de matar al virrey!

—Y a fe mía que era tan fuerte que lo habría conseguido él solo, de no haber llegado la escolta esa noche. Pero no le importaba especialmente el virrey. Había cobrado por sus servicios. Y podría volver a cobrar esta vez.

Escandalizado, el contador alzó el mentón, pues su cuerpo inerte en vida apenas se permitía más expresiones de emoción:

—Va contra la ley divina emplear en la lucha por el Imperio a enemigos de Dios y del rey.

—No estoy seguro de ello —repliqué—, pero podremos preguntarlo a Nuestro Señor directamente. Sin la ayuda de los cimarrones, estaremos reunidos con él esta misma noche.

—¿Me estáis discutiendo vos, lagartija?

Se adelantó el contador hacia mí con gesto amenazante. Yo le sostuve la mirada y acerqué mi mano a la espada, pues visto que no me soportaba, esperaba de él cualquier cosa. Espontáneamente, se formaron a nuestro alrededor dos bandos, uno en apoyo de mi idea, otro oponiéndose a ella.

—¡Sería una deshonra contra nuestro estandarte! —discutían unos.

—De poca nos servirá la honra cuando nos atraviesen los cañonazos —respondían otros, los más apegados a la vida.

Interrumpió el desbarajuste el propio virrey, que hasta ese momento había asistido al enfrentamiento con aspecto de dormirse. Se aclaró la garganta para pedir silencio, que le fue concedido de inmediato. Y cuando todos lo escuchábamos, demostró con su pregunta que poseía la templanza necesaria para ocupar su cargo y que, a pesar de las bebidas espirituosas, aún era capaz de distinguir las prioridades de las nimiedades:

—Decidme, Alonso… y si aceptáramos pagarles a esos negros por sus servicios en combate, ¿exactamente qué creéis que pedirían?

12

Ahora galopé en la dirección contraria, hacia la ciudad y más allá, a través de los leprosos y los desterrados, bajo torrentes de agua que empapaban mis ropajes, entre los luminosos latigazos del cielo. El río venía crecido por la lluvia, y amenazaba con salirse del caudal y arrasar a los limenses, antes incluso que el ataque de los piratas.

—¡Parad! Ha caído uno de los nuestros…

Me había asignado el virrey una escolta de seis jinetes, para protegerme y para dar prestancia a mi misión. Gonzalo de la Maza había protestado tal oferta con vehemencia, pues ningún protocolo establecía semejante comitiva para un funcionario de mi rango, que equivalía al de un simple paje. Pero precisamente por no formar parte de las gentes principales, era que yo había conocido a Nicomedes y sus secuaces, lo cual me convertía en el candidato más apto para la misión. Y en todo caso, ninguno de los notables del reino se atrevía a meterse en ese poblado de criminales.

—¿Qué ha pasado?

—El caballo ha tropezado.

Apenas nos escuchábamos los siete de la cuadrilla, ensordecidas nuestras voces por el barullo del cielo y por las capuchas que cubrían nuestras cabezas. Pero sí llegábamos a oír los relinchos desesperados del animal, y los quejidos del jinete tirado en tierra. La tormenta estaba cambiando el suelo, haciéndolo resbaloso en la roca y hundidizo en la arena. El mundo entero a nuestro alrededor había dejado de ser el mismo que unas horas antes.

—Se ha roto —dijo uno de mis hombres, señalando la pata del animal. Y sin más preámbulo, sacó su espada y degolló al caballo, pues así le ahorraría sufrimiento inútil. Mientras la sangre de la bestia se mezclaba con la lluvia, montó el soldado al herido en su cabalgadura y echamos a andar de nuevo. Pero no podíamos avanzar a la misma velocidad con el pobre diablo mal agarrado a la silla.

—Tenéis que quedaros aquí —le advertí al herido, un joven raso—. No hay tiempo.

—¡No! ¡No me dejéis!

—No podemos hacer otra cosa.

Lloró mucho el herido cuando lo devolvimos al suelo. No era de extrañar. Desde donde estábamos, aún se veían los restos mortales de su cabalgadura, disputados por los perros, los gallinazos y los enfermos expulsados de la ciudad. Ni siquiera nos quedaba el rato suficiente para consolar un poco al pobre escolta. Prometimos recogerlo de regreso, caso de encontrarlo vivo. Mientras llegase ese momento, solo su espada podría ayudarlo.

Pinchamos las espuelas y dimos vuelta al cerro. Hubimos de vadear algunos brazos que se escapaban del río. Pero tras ellos, nos hallábamos ya en el poblado de los cimarrones, entre las tiendas inundadas, algunas de ellas enterradas ya bajo el lodo que caía del cerro.

Aunque los negros estaban enfrascados en salvar sus pocas pertenencias del desastre, al ver llegar a nuestros caballos, se pusieron en pie de guerra. Dos grupos de ellos, que sumaban unos sesenta hombres, salieron a cortarnos el paso, armados con machetes y guijarros. Tan rápido nos rodearon que mis escoltas desenvainaron las espadas, y hasta sus caballos se sacudieron y quisieron retroceder, presas del pánico.

—Tranquilos, que por eso estamos aquí —expliqué—. Queremos que esto mismo se lo haga esta gente a los piratas.

Los míos, desconfiados porque al fin y al cabo yo no era un oficial, se mantuvieron rezagados, asegurándose una salida por la retaguardia. Me tocaba a mí tomar la iniciativa. Me acerqué al grupo cimarrón que nos salía al paso, y reconocí entre ellos al que me había recibido la vez anterior, el joven que tenía una L en la cara. A él me dirigí:

—Venimos en paz.

—¡Sapo! —me reconoció él.

Seguía yo sin entender por qué me llamaba de ese modo. Se echó a reír como un niño y a hacer cruces con las manos, antes de decirme:

—¿Quieres que te pongamos de nuevo en la cruz?

—Quiero hablar con Nicomedes.

—¡El demonio de las dos cabezas!

Ahora, los demás rieron con él. Al parecer, muchas historias sobre mí habían corrido en ese pueblo.

—Nicomedes —repetí secamente.

—Te llevo. ¿Me das una moneda?

Recordé nuestro recorrido anterior. El ingreso en ese país de pesadilla. Los bailes. Los ritos. La quijada de burro.

—No. Tráelo a él aquí. Dile que me manda el virrey.

Hizo el joven un gesto burlón, como impresionado en broma por la importancia de mi misión. Pero no debía haber sido tan en broma, pues tardó poco en regresar, acompañado ahora por su jefe y por la bruja de la vez anterior.

Ella se sentó a un lado con las piernas cruzadas y el gesto intenso. Tenía una especie de tocado hecho con plumas de pavo, y múltiples collares de piedras y cuentas de vidrio.

Nicomedes, en cambio, permaneció de pie. Vestía como habría hecho un esclavo de la ciudad, con la camisa larga y los pantalones, todo de tela blanca, pero manchado de lodo de arriba abajo. La tormenta no parecía molestarle, pues miraba hacia arriba, directamente hacia mis ojos, mientras las gotas de lluvia se estrellaban contra los suyos.

—Si venís a matarme, traéis poca escolta. —Fue su saludo.

En ningún momento, los demás cimarrones habían bajado la guardia. Aún nos apuntaban con sus armas arrojadizas, y cuando uno de los nuestros se fijaba en alguno de ellos, a cambio recibía gestos de odio e insulto.

—No vengo por eso. Hay urgencias que atender. Los piratas han entrado en el puerto del Callao. Preparan la invasión de la ciudad.

—Y habéis venido a celebrar que seréis todos ahorcados en la Plaza Mayor… Nosotros también haremos una buena fiesta.

Rio el jefe cimarrón y miró a su alrededor. Al igual que los cortesanos del virrey, los suyos, aunque más pobres, más feos y más oscuros, rieron su gracia, incluso si no la entendían. También la bruja, sin levantarse de su lugar, se rio con la boca muy grande, dejando a la vista sus encías despobladas de dientes.

—No serán mejores para vosotros esos luteranos que nuestro virrey —le advertí—. También ellos comercian con vuestra raza. También flagelan africanos.

—Por eso no los ayudaremos. Dejaremos que los blancos os matéis entre vosotros.

Ahora no miró a los suyos, pero igual sonaron algunas risas, y la bruja se puso a chillar como una urraca:

—¡Blanco bueno, blanco muerto! ¡Blanco bueno, blanco muerto!

Traté de calmar los ánimos:

—Yo vengo a ofreceros un trato mejor. Y muy generoso, considerando vuestros antecedentes…

Un nuevo relámpago cortó las nubes. Fue especialmente virulento, y a mis espaldas, sentí que los caballos se ponían chúcaros. Pero no volteé, pues no quería retirar la mirada de los ojos de Nicomedes mientras le hacía mi ofrecimiento:

—Su Excelencia el príncipe de Esquilache os ofrece perdonar todas vuestras faltas si lucháis con nuestro ejército contra los piratas.

Reflexionó el negro. El cerro se derrumbaba a su alrededor. El río se acercaba cada vez más a su aldea. Pero él mantenía la calma, como si fuese a sobrevivirnos a todos.

—¿Todas nuestras faltas?

—Y las de los cimarrones que vengan con vos. Podréis caminar libres por

nuestras calles. Tendréis los mismos derechos que cualquier criollo.

Meditó un poco más Nicomedes, ahora bajando la mirada al suelo. Creí haberlo convencido. Pero cuando volvió a subir el rostro hacia mí, no se veía amable. En vez de negociar conmigo, como yo esperaba, se puso a explicar:

—Yo fui educado con los hijos de mis señores, en tierras azucareras de Chincha. Me enseñaron a leer y a escribir. Así, cuando llegué a adulto, yo mismo organizaba el trabajo de mis compañeros con la caña. Anotaba quién rendía mejor y calculaba a cuál de los trabajadores había que vender, por ser más provechoso su peso como mercancía que su esfuerzo en la zafra. Yo agradecía esa confianza de mis patrones, que me convertía en el mejor de entre los negros. Fui el siervo más leal. Enseñé a los otros esclavos a comportarse con sumisión. Perseguí con jaurías a los que intentaban fugarse, y azoté con mis propias manos a los que capturaba.

En algo nos parecíamos, pensé. Los dos habíamos sido guardianes de las normas del Imperio, alguaciles, capataces del orden, social o moral. Y siéndolo, nos habíamos decepcionado de lo que defendíamos. Pero yo vivía en un palacio, aunque fuese en sus pajares, y él malvivía en ese tugurio de renegados. Se me ocurrió que yo había sido el más listo de los dos, después de todo. Aunque, por supuesto, no dije nada de eso. Solo lo dejé seguir con su relato.

—Me casé con una mujer hermosa. Tuvimos dos hijos. Nunca discutí mi suerte. Hasta que uno de los patrones, uno que en su niñez había estudiado a mi lado y compartido juegos conmigo, se encaprichó de mi esposa. La forzó una y otra vez, llamándola por las mañanas a su propia habitación, donde nadie podía verlos, para tener comercio carnal con ella. Lo que ella quisiera daba igual. Nadie se lo había preguntado. Y ella calló, ante el patrón y ante mí, porque acusarlo tampoco habría servido de nada. No habría detenido a ese canalla. Solo habría servido para hacerme azotar. Al final, eso es justo lo que ocurrió. Cuando los descubrí en un granero, no me pude contener. Le pegué al amo tan fuerte que le rompí la cara y una muñeca. Quinientos azotes fueron el castigo por defender la honra de mi mujer. Y después, el patrón la llevó al mercado y la vendió. Dijo que ya nunca podría confiar en ella. No sé ni dónde habrá acabado, en qué manos.

Debía ser obra del diablo: cada vez me sentía más cercano a las palabras de los cimarrones y los fornicadores y, en cambio, despreciaba más lo que me decían autoridades y gentes de prestigio. Ojalá pudiese uno cerrar los oídos, como se cierran los ojos, para escuchar solo lo que conviene a su virtud. Pero no es el caso, y hube de seguir atendiendo a la narración:

—Después, el patrón vendió a mis dos hijos, pero eso no lo hizo como venganza. Ya se había vengado. De hecho, se le había olvidado lo ocurrido. Los vendió simplemente porque eran jóvenes fuertes, y él necesitaba dinero para sus fiestas y sus lujos. Ni siquiera me concedía la dignidad de odiarme como yo a él.

Al quedarme solo, viendo que ya a nadie afectaría mi conducta, traté de escapar del amo. Pero me pilló otro negro como yo, orgulloso de venerar a los jefes, ansioso por educarme en el respeto al orden natural. ¿Veis la H que adorna mi rostro? Me la escribieron con un hierro ardiente, como a todos los que trataban de huir. A los que robaban algo, un pan, una fruta para dar de comer a sus hijos, les ponían una L.

Miré al joven que me había recibido. Ya no reía él. Ni la bruja. Ni nadie. Las palabras de Nicomedes hechizaban incluso a mi escolta.

—Mientras me cicatrizaba la quemadura, decidí que no me importaba morir si la opción era permanecer en la hacienda. Me comporté con normalidad, sin llamar la atención. Hice mis labores incluso mejor que antes. Claro que ya no tenía bajo mi responsabilidad a otros esclavos. Solo me ocupaba de cortar caña con un machete. Día y noche. Sin parar. Cortaba sin descanso, porque sabía que cualquier pausa me costaría un castigo en azotes. En cambio, si trabajaba sin parar, nadie se fijaría en mí. Me olvidarían. Me convertirían en un objeto más de la hacienda, como las sillas o los árboles, esas cosas que uno pasa sin mirar. Así estuve un año. Otros negros se rebelaron durante ese lapso, y a ellos cayeron los castigos, y en ellos se fijaban los guardias. Por eso, cuando por azar el patrón pasó a mi lado una mañana, mirando el trabajo, corrigiendo a los esclavos y pellizcando los traseros de las mujeres, ya no había ningún guardia para contenerme.

Hizo una pausa. Me pareció que, en su rostro, las lágrimas se confundían con las gotas de lluvia, pero no lo habría podido asegurar.

—Todo ocurrió muy rápido. Yo cortaba caña, y de repente, estaba cortando al amo. Él gritaba, con mi machete cortándole los pies, las manos, el cuello… hasta que dejó de gritar. No recuerdo más. Solo que eché a correr. Hasta aquí.

Incluso el cielo parecía callar para escuchar esa historia. Seguía atronando y diluviando, pero en ese momento, ninguna de esas cosas parecía ocurrir cerca de nosotros.

Nicomedes concluyó:

—¿Decís que nos perdonará el virrey todas nuestras faltas? Nuestra falta fue nacer. Aunque fuésemos libres, no podríamos casarnos con las mujeres que deseamos, pues son esclavas ellas, y serán esclavos sus hijos. ¿Así pretendéis que luchemos a vuestro lado? ¿Para perpetuar este orden de cosas? Que libere el virrey a todos los negros del reino. A todos. Si lo hace, pelearemos con él hombro con hombro. Y ya pueden temblar esos piratas.

—Sabéis que eso es imposible —titubeé—. Ni siquiera depende de él, sino del rey de España.

—¡Sapo! —gritó la bruja, perdida, supongo, en su mundo de espíritus paganos, y luego canturreó—. Sapoooooo…

Nicomedes me dio la espalda. Antes de alejarse, murmuró:

—Entonces, largaos.

Ya iba a desparecer entre los suyos, que volvían a cerrar sus filas a nuestro alrededor, cuando hice un último esfuerzo, contrario a toda sensatez, y lo detuve:

—¡He venido por una cosa más!

No respondió el negro. Pero tampoco siguió avanzando. Su silencio me invitaba a continuar. Ya había dicho él todas sus palabras. Ahora me tocaba dejar salir las mías.

—Os vi en Santa Clara. He visto que Jerónima usa vuestra magia.

—Más os he visto yo a vos. Os he visto desde el día que llegó el virrey, en el Cercado de Indios, bajo los fuegos artificiales. Quería yo traer a Jerónima conmigo esa noche. Su lugar es aquí, con sus hermanos de raza, y no en ese encierro de mujeres. Pero ahí estabais vos para estropearlo. Si no os maté en ese mismo instante, fue porque ella lo impidió.

Seguía de espaldas a mí. Tenía la cabeza muy redonda, como un sol negro.

—Sé que ella os importa. Pero la abadesa la tiene secuestrada. Seguro que sabéis vos las cosas que Jerónima debe hacer para su superiora.

Silencio.

—Saquémosla de ahí. Os ofrezco mi ayuda. No me importa que se marche con vos. Solo quiero verla libre.

Nadie ahí entendía de qué hablábamos. La incertidumbre cundió entre todos los grupos. Miraban a su jefe los negros, en espera de alguna orden, y a mí los escoltas, ansiosos por marcharse. Recién entonces, el cimarrón pareció escucharme. Se dio vuelta lentamente hacia mí.

—¿Vos me ofrecéis ayuda?

—La que haga falta. Recordad que puedo mover influencias. Decidme qué hacer para sacar a Jerónima de ahí. Y contad conmigo.

Sus labios comenzaron a curvarse. Estaba sonriendo. Pero no con agradecimiento. Con burla.

—No la engañéis. Vos no podéis ofrecerme nada. Ni vos ni vuestro virrey adefesiero. Ni a mí ni a Jerónima. Vosotros sois el problema. Nunca lo entenderéis. Nosotros solos encontraremos la solución. De hecho, acaso ya la haya encontrado.

Miró a los suyos. Miró a los míos. Y volvió a darnos la espalda. La bruja se levantó, siempre riendo con su boca vacía, y se colocó al lado de Nicomedes, presta a marcharse con él. Él echó a andar, pero después de un par de pasos, habló:

—La solución es desaparecer a toda vuestra gente. ¿Y sabéis qué? A lo mejor podemos comenzar por vosotros mismos, ya que estáis aquí.

Al oír eso, sus hombres se tensaron. Sus miradas se endurecieron como la

piedra. En cambio, los míos se dieron vuelta. Comprendí que no pensaban esperarme antes de emprender la huida. Hacían bien. Aunque quizá ni siquiera volando como gallinazos tuviesen tiempo de esquivar las piedras y los machetes, que ya se alzaban en busca de nuestras cabezas.

13

Se abrieron los suelos. Tronó el cielo. Se alzó el agua sobre la tierra, arrastrando lo que hallaba a su paso, vivo o muerto. El Apocalipsis saltaba sobre nuestro reino, tal y como lo anunciaban los escritos. Solo que la bestia de diez cuernos y siete cabezas era nuestro propio hogar natural, tornado en catástrofe y muerte.

Nos dejamos dos guardias en la aldea cimarrona. Al primero, ni siquiera lo dejaron salir. La furia de los esclavos prófugos era tan agresiva como la de los elementos. Rodearon al soldado armados de cuchillos, cerrándole el escape, inmunes a las patadas de su caballo. Le saltaron encima y tiraron de él hasta bajarlo de la montura. Finalmente desapareció, el pobre, devorado por una masa de pieles negras, mojadas y violentas.

El segundo guardia sí salió al galope con todos nosotros, bajo una lluvia de agua y de rocas y de terrones. Pero intentando esquivar los proyectiles, se escoró demasiado hacia al río, donde el suelo se hallaba más húmedo, y el terreno cedió bajo las patas de su caballo. Rodaron hacia el agua jinete y cabalgadura, solo para ser pescados por los rebeldes que salían a perseguirnos. No alcanzamos a ver, en el frenesí de la fuga, qué hacían de ellos.

Debo contar una tercera baja, pues nunca encontramos al herido que habíamos dejado en el camino. Ni siquiera los huesos de su caballo seguían regados por la arena.

Yo habría querido buscarlo por los alrededores. Me remordía la consciencia haberlo abandonado. Pero no habría servido de nada. Apenas alcanzábamos a ver más allá de nuestras propias narices. La tormenta había llegado a su punto más destructor. Negras nubes se arremolinaban sobre nuestras espaldas, batiéndose con la noche ya próxima. El cielo castigaba el fracaso de nuestra misión. Y nosotros rezábamos a gritos para que nos perdonase.

Apenas conseguimos cruzar el puente, que el río había inundado en su crecida. Las patas de nuestros caballos resbalaron una y otra vez mientras intentábamos el paso, pues no solo era agua lo que hacía crujir el suelo, sino el barro sucio que bajaba de las montañas, y que los naturales de aquí llaman huayco, cuya fuerza al bajar puede arrancar de cuajo los muros de la ciudad.

Hubimos de gritar para que nos abriesen la puerta, y si accedieron los guardias, fue solo por ver los anagramas virreinales en nuestras monturas. Al

entrar en la ciudad, nos acompañó un chorro de agua y lodo. Y la derrota. Y la frustración. Y la lástima.

Las inclemencias del clima habían dispersado a la multitud de la Plaza Mayor. Pero las mujeres que ahí quedaban eran las más devotas, y suplicaban al cielo con la fuerza de una horda de místicas, gritando oraciones y rogando por el perdón divino. Aunque ya no se viese deambular andas procesionales, en verdad estaba el centro sembrado de vírgenes y santas.

—¡Enséñanos la luz, Señor!

—¡Llévanos contigo en el final!

Iba yo a entrar en el palacio por la puerta principal cuando atrajo mi atención otro movimiento: unos cien metros a mi izquierda, ocho guardias y alguaciles del Santo Oficio, como yo mismo había sido tiempo antes, se encaminaban hacia el templo de Santo Domingo. A la cabeza del pequeño escuadrón marchaba, con tanto orgullo como premura, el licenciado Gaitán.

Quería ignorar su presencia, olvidarme del mundo y tenderme en un lecho a descansar. Pero, aunque mi cuerpo no daba más, ni mi alma podía soportar nuevos sinsabores ese día, ni mi aspecto desastrado habría valido para inspirar ningún respeto, tras ellos fui, seguro de que se cocía algo malo bajo sus insignias.

A diferencia del exterior, el templo seguía atiborrado de feligresas, todas con velas y crucifijos en las manos. A cubierto de la lluvia y el viento, seguían ellas contando los latigazos de la santa. Tuve la impresión de que también las imágenes de Cristo y sus apóstoles coreaban a esa mujer desde las paredes.

—4981, 4982, 4983, 4984…

Tenía Rosa el rostro desencajado. Un hilo de saliva y sangre colgaba de sus labios. No se sostenía en pie, sino hincada de rodillas. Apenas le llegaban las fuerzas para continuar con su martirio mediante azotes muy leves sobre un cuerpo jadeante. Manchas rojas brotadas de su cuerpo cubrían los manteles y alfombras en torno al altar, así como los pedazos arrancados de su hábito.

—¡Rosa Flores de Oliva! —gritó el inquisidor—. Detened este aquelarre y entregaos al tribunal de la fe.

Nadie hizo caso de esa admonición. Como si fuese un fantasma el licenciado.

—4989, 4990, 4991, 4992…

Observé a los guardias. Todos, como no podía ser de otro modo, mayores de cincuenta años. A alguno lo reconocí, pues había sido expulsado del tribunal meses antes por robar piezas de orfebrería y una pintura.

Comprendí que el inquisidor había reclutado una patrulla que pudiese llevar consigo, pues le había quedado claro que, a solas, no conseguiría detener a Rosa. Pero, para ello, se había tenido que pasar el día entero buscando entre los guardias viejos, los rechazados y los pocos que se atreviesen a arrestar a una mujer

por todos considerada santa y, por lo tanto, capaz de echar sobre ellos poderosas maldiciones. De hecho, mientras Gaitán clamaba por el arrepentimiento de la mujer, el rostro de los alguaciles no reflejaba autoridad, sino pavor.

—¡Rosa, quedáis arrestada por el Santo Oficio, acusada de hechicería, herejía, alumbramiento y trato con el demonio!

La multitud continuaba sin hacer caso al recién llegado, todas a una, presas de un trance hipnótico e implacable.

—4996, 4997, 4998, 4999, ¡5000!

Entonces, repentinamente, Rosa se detuvo, llegada la cifra de su promesa.

Dio vuelta a sus ojos, que viraron hacia el interior. Las mujeres del templo, emocionadas, celebraron. Cantaron loas al Señor. Rezaron avemarías. Se abrazaron. Sin embargo, ninguna se acercó a la mártir. Ya había cumplido ella su servicio. Y nadie ahí parecía fijarse en el resultado.

Los guardias se habían abierto paso entre la multitud, y ahora rodeaban a la joven. No la apuntaban con armas, pero sí la amenazaban con sus enhiestas presencias. No albergaba ninguno de ellos piedad alguna, y mucho menos, Gaitán:

—Tenéis que venir con nosotros para ser interrogada. No nos obliguéis a usar la fuerza.

Rosa torció ligeramente el cuello, en busca de la voz que le hablaba. Por un instante, pareció que respondería. Todos esperamos una réplica heroica. Acaso la mismísima palabra de Dios brotando de sus labios lívidos. Pero finalmente, Rosa cayó al suelo. Rodó hasta el primer escalón que descendía hacia las bancas. Y ahí permaneció, inerte, con los ojos cerrados, como quien acaba de entregar la vida por el bien de los cristianos.

14

—Vos ya no sois bienvenido aquí.

—No todos piensan lo mismo.

Tantos días había pasado en el palacio del tribunal que ni los centinelas de la puerta, ni los comisarios, ni siquiera el alcaide, se habían atrevido esta vez a impedirme el paso. Sabían todos ellos de mi relación con el virrey, temían todo lo que estaba ocurriendo en esos días nefastos y, sobre todo, se espantaban ante la posibilidad de que el tribunal equivocase su misión. De modo que, con la venia silenciosa de esos funcionarios, había yo buscado al licenciado por todos los rincones, hasta llegar al sótano de las mazmorras, y al final lo había encontrado en la cámara de tormentos, reinando entre el potro y la cuna de Judas, como un murciélago en su cueva.

—No creáis que no estoy al tanto de vuestros servicios para el virrey —me acusó—. Os enseñé a defender la fe de sus enemigos. Y ahora vos difundís por el mundo la fornicación y el vicio.

Qué pequeña parecía esa ciudad. Qué difícil guardar ningún secreto: incluso los de alcoba, incluso los de Su Excelencia.

—Solo cumplo con lo que me reclama el Imperio.

A espaldas de Gaitán, ardía una estufa de leña. Contagiados por el fuego, sus ojos despedían un brillo intenso, hecho con una mezcla de delirio y profecía:

—Pues el Imperio se hundirá. Las señales del fin del mundo están por todas partes: el nacimiento del demonio. La llegada del virrey disoluto. Los asesinatos entre los mineros de Potosí. Los piratas. La tormenta…

—La tormenta ha amainado.

—Sí. En cuanto detuve a la bruja. En ese mismo instante, comenzó a escampar. Y mirad qué mañana tan preciosa tenemos ahora. ¡Gracias a mí!

Entonces la vi. En la esquina, abrazada a sus rodillas, ajena a nuestra conversación, Rosa se balanceaba sobre su lugar. Durante la noche, la habían lavado y vestido, pero aún se veía pálida. Sus mejillas, antes luminosas, habían perdido el color. Y colgaban bolsas moradas bajo sus ojos. Aún no recibía tormento, pero por su aspecto, se diría que llevaban toda la noche estirándole los huesos.

—Muchos la consideran santa —quise defenderla—. Incluso los dominicos

temen que os equivoquéis, y desatéis un castigo divino sobre la ciudad en forma de plagas sin fin.

El licenciado hizo un gesto de desprecio a esa idea:

—¡Los dominicos! Esos están tan podridos como las monjas de Santa Clara. Querían una atracción de feria, y bien llena que han tenido su iglesia en estos días. Han convertido el templo en una cueva de ladrones, como advertía Jesucristo. Por falsos profetas como ellos, quiere Dios arrasar este reino y empezar de nuevo.

En algo acertaba el inquisidor. Y es que, por mucho que les doliese su pérdida, los dominicos no habían movido un dedo para rescatar a Rosa. A mí me había mandado al tribunal su madre, doña María, entre súplicas y llantos, creyendo que yo era la última esperanza de su hija para evitar la hoguera.

Lo cierto es que ninguna autoridad tenía yo para cambiar nada. Pero compadecía a la santa, y me sublevaba el modo en que la habían usado y tirado sus supuestos protectores, en la misma medida en que despreciaba al licenciado y a sus fabulaciones. Así que había decidido que, al menos, podía intentarlo:

—¿Y cómo es que sois vos el único que ha escuchado ese mensaje del Señor? —pregunté, mientras intentaba ganar tiempo para buscar el modo de salvar a la beata—. ¿Será que vos también os creéis beato y elegido del cielo?

—Yo solo creo lo que escriben los sabios en los libros de la fe. Es la gente de la ciudad, por su naturaleza pecadora y su debilidad de razón, la que presta oídos a los embustes del Mal. Sobre todo, las mujeres.

—¿Y si aciertan? Son mujeres muy creyentes.

Negó él, con sacudidas frenéticas de su barba blanca:

—Las mentiras de Satanás son atractivas. Promete el milagro de la felicidad sin exigir a cambio la virtud. Ofrece riquezas y placeres en esta vida, que se cobrará después de la muerte con una eternidad entre las llamas. Esta vez, para que sigan todos a su hechicera mayor, el diablo la ha hecho pasar por santa. Y ahora los cristianos la adoran, como los israelitas adoraron al becerro de oro.

Volví a ver a Rosa. Ella murmuraba alguna oración. Quizá hablaba con seres imaginarios, o acaso con Dios. No me había olvidado yo del episodio del reclinatorio, del que no se había podido despegar aquella vez. No encontraba aún explicación para esa historia, aunque a la luz de las demás que le conocía a la beata, me costaba atribuirle la categoría de milagro. Como fuera, entre ese extremo y la categoría de emisaria satánica, mediaba un trecho demasiado largo.

—Probadlo —exigí.

El inquisidor se burló de mí con los ojos.

—¿Vos, un negociador de fornicaciones que duerme en una caballeriza, exigís una prueba al inquisidor mayor del tribunal de Lima? ¿Pero qué os habéis creído? Yo dirijo la congregación para la Sagrada Doctrina. La verdad es verdad

porque la digo yo.

Rosa comenzó a moverse en su sitio, incómoda como un gato amarrado. Alzó la vista al cielo. Pude entender que pronunciaba algunos salmos en latín. Gaitán la examinó con una sonrisa, como a una fiera que hubiese cazado con sus propias manos. Tan seguro se sentía de su diagnóstico que, a pesar de considerarme indigno, accedió a mi pedido.

—Aunque, si eso queréis, escuchad mis preguntas y sus respuestas. Serviréis como testigo, pues todos los bujarrones cobardes del tribunal se escabullen de ayudarme poniendo estúpidas excusas.

Solo entonces descubrí que los leños a sus espaldas no ardían para compensar la humedad de la cámara subterránea, sino para calentar el llamado toro de Falaris: una olla en forma de ternero, dentro de la cual se metía al reo para asarlo vivo, mientras sus gritos salían por la boca metálica del animal. Era esa la forma de tormento que había escogido para Rosa.

Al dar inicio al interrogatorio, Gaitán empujó la estufa hasta su posición bajo el vientre del toro. Luego, se volvió hacia la reo:

—Vamos a ver ahora, muchacha… Decidme: ¿os habla Dios? He oído que así es.

Rosa dejó de murmurar. Soltó una risotada exagerada y vulgar, como nunca antes le había oído yo.

—¿Cómo no me iba a hablar? ¿No hablan los novios con sus novias?

—Es vuestro novio, entonces…

El inquisidor iba tomando nota de lo que ella decía, y sin necesidad de verlo, supe que al lado de sus palabras escribía «hereje». Rosa ni siquiera parecía haber notado la presencia del toro. Tan solo decía lo que consideraba verdadero, haciendo el trabajo del interrogador muy sencillo.

—Y ese novio vuestro —continuó Gaitán—. ¿Se amanceba con vos, yaciendo en vuestro lecho?

Algo de color tiñó al fin el rostro de la beata. Se estaba sonrojando, como quien habla de amores juveniles:

—Él no haría eso. Eso lo hace el diablo, aunque a veces, se hace pasar por mi novio para pillarme desprevenida.

Estas palabras despertaron en el inquisidor un hondo interés.

—¿Es decir… que tenéis comercio carnal con el demonio?

—Él me tienta. Unas veces me ha tenido agarrada con un fuerte apretón, que no me dejaba ir. Otras, me encierra en mi celda y tranca la puerta por fuera, y me dice que mientras no ponga su verga en mí, no me soltará. Y hasta me ha asido por la espalda con tan grande fuerza que parecía quererme hacer pedazos.

Anotaba con pasión el licenciado. Yo sabía, merced a mi oficio antiguo, que clasificaba él lo que oía como adoración satánica, o como alumbramiento, que es

como se llama al pecado de transmitir los mensajes diabólicos haciéndolos pasar por divinos.

—¿Y qué le decís al diablo cuando os tienta de ese modo? —continuó.

—Que no consentirá mi novio que él me toque. Más otras veces se ha venido a mí el diablo, que yo llamo patón tiñoso, con el aspecto cambiado, disfrazado con un traje blanco, y con el rostro de Jesucristo. Y entonces, por creer que yo que cedía a los designios del cielo, le he dejado hacer. Pero luego me he dado cuenta.

Quiso detenerse aquí el interrogador, pues entendía la implicación de esas palabras, de la que Rosa no tenía consciencia alguna.

—O sea que a veces confundís al demonio con Dios —dedujo—… De modo que quizá vuestros supuestos milagros no tienen origen celestial, sino de otra naturaleza.

Deseaba yo callarla. Que viese ella lo que ese hombre hacía con sus pensamientos: los enredaba y les daba vuelta para que encajasen en una sentencia que llevaba ya firmada de antes.

—No digáis más, Rosa…

Ella, sin embargo, ponía la mayor cara de felicidad cuando hablaba de esos supuestos amores y requiebros.

—El patón tiñoso tiene celos. Me quiere para él. Y gusta de enfadar a mi novio.

Con tales declaraciones, que eran como regalos, la cara de felicidad del licenciado superaba la de la reo, mientras pasaba en tinta lo que ella le comunicaba.

—Bien. O sea que Dios y el diablo pelean por yacer con vos…

No hacía falta que él pusiese trampas a la joven. Ella se ponía las trampas sola para caer por su propio pie en todas ellas. Y en cada una, el licenciado me saludaba con un gesto de triunfo. No necesitaba mucho más. Cuando lo tuvo anotado todo esto que acabo de decir, enrolló el folio y dio la diligencia por terminada.

—Os habéis comportado muy bien Rosa, contándome toda la verdad. Os habéis ahorrado también enormes sufrimientos. Y Alonso, aquí presente, podrá ahora refrendar todo lo que yo he ido apuntando.

Ella sonreía como una niña aprobada por su maestro. Él apagó la estufa bajo el toro, de la que no había tenido al final ninguna necesidad. Mientras lo hacía, explicó:

—Después de haber engañado a toda la ciudad, Rosa, difícilmente os salvará nadie de la hoguera. Pero consolaos pensando que será un suplicio relativamente breve, antes de encontraros con vuestro verdadero novio.

Fue entonces, cuando ya todo lo daba yo por perdido, que nos llegó un

rumor desde el exterior. Sonaba como una multitud apostándose frente al edificio, y temí que los piratas hubiesen llegado ya para destruir las instituciones de la fe, y a quienes encontrasen en su interior, como nosotros. Temí que nada de los últimos días tuviese sentido, porque no nos hubiese sido concedido más tiempo por vivir.

—¿Qué está pasando ahí afuera? —quiso saber el inquisidor.

—Creo que todo ha terminado —sospeché—. Podréis ver a Rosa en la hoguera, aunque a lo mejor, la acompañaremos todos en ella.

Trató de ignorar mis palabras el licenciado. Pero el rumor creció hasta convertirse en ruido. El ruido se convirtió en bullicio. Y de repente, en medio de un estrépito, llegó corriendo el alcaide a darnos el encuentro:

—¡Inquisidor! ¡Señor! ¡Ha ocurrido!

—¿Pero a qué vienen estos gritos? —se enfadó Gaitán—. ¿No os acercasteis a ayudarme y os acercáis a interrumpirme?

Se detuvo ante nosotros el alcaide. Tenía la lengua afuera, y el aire no cabía en su pecho.

—Son los piratas, señor.

Arrugó la expresión el aludido, y su barba dejó entrever un gesto amargo, como de quien chupa limón.

—Ya imaginaba yo que no alcanzaría con detener a esta bruja para aplacar la cólera de Dios. ¿Han entrado ya en la ciudad?

Pero la respuesta del recién llegado estaba lejos de la que esperábamos.

—No me entiende, señor: se han retirado. Todas sus naves corsarias se han alejado de la costa, hacia el norte. Según dicen los mensajeros que llegan del puerto, la tormenta los ahuyentó.

A Rosa y a mí se nos llenó de luz el alma. El inquisidor, en cambio, oscureció, tragado por una noche del espíritu.

—¿Y cuándo ocurrió eso?

—En el crepúsculo de ayer, dicen. O sea, en el momento en que Rosa cumplía los cinco mil azotes ofrecidos a Dios. ¡Ha cumplido el milagro!

Dichas palabras fueron a clavarse en el pecho del licenciado, y se le atascaron en la garganta, impidiéndole responder nada, aunque hasta entonces se había mostrado tan locuaz.

En cambio, para Rosa, fueron una inyección de vida. Se levantó de su lugar y, muy lentamente, caminó hacia la puerta. Aún tenía el cuerpo magullado, cojeaba, y parecía medio ausente. Pero nada, ni siquiera el inquisidor le impidió continuar andando, sobre todo porque todos intuíamos ahora la verdadera razón del ruido.

Dejando al inquisidor atrás, avancé tras la joven y subí las escaleras. Ahora se escuchaba con mucha más fuerza el rugido de la multitud. Y su tono grave,

masculino, hacía ver que no se trataba ya solo de mujeres, como el día anterior.

A esa hora, en efecto, el sol había llegado alto en el cielo, y los hombres que tenían caballos ya habían vuelto de las trincheras y escuchado las noticias en boca de sus mujeres, de sus padres, de sus hijos. Eran ellos quienes más debían agradecer a la santa, pues el milagro, si eso había sido, había salvado sus vidas. Y por eso, eran ellos quienes más espacio ocupaban en la plaza de la Inquisición, cantando glorias y aleluyas, mientras Rosa regresaba lentamente a su humildad, a sus enfermos y a sus pobres.

Al verla, intentó la multitud acercarse a abrazarla, y los guardias, por instinto, la rodearon para protegerla. Así avanzó ella, en dirección a su casa, escoltada como una virreina, con la ciudad en pleno vitoreándola y llamándola salvadora de la cristiandad. Ella tan solo observaba con curiosidad a su alrededor. Según sabría yo después, durante todo ese camino, solo pronunció dos frases:

—No sé qué hace aquí toda esta gente. Deberían estar en la iglesia.

V. DE LA CASA DE LAS DIVORCIADAS

1

—Se abre la sesión de la Real Audiencia de Lima, depositaria del Sello Real, en acusación a Ángela Esquivel de Morales por mancebía, que es delito contrario a la honra de su legítimo esposo Pedro Morales y de su hijo, Alonso Morales, además de ofensa grave contra Dios, la Virgen y la Santa Madre Iglesia.

Nos pusimos todos de pie mientras entraba el oidor y tomaba asiento en la mesa frente a nosotros, flanqueado por otros dos funcionarios. Me llamó la atención la calva reluciente del oidor, y el blanco inmaculado de su gorguera, tan alta que parecía rodear el cuello de un caballo. Por lo demás, llevaba traje y capa negros, como se viste para asistir a las ceremonias fúnebres. Y es que, en verdad, presidía un funeral: el del honor y la libertad de mi madre.

—La acusada, de pie.

Obedeció ella. A sus espaldas, un lancero guardaba la puerta, otorgando a la sala un aspecto patibulario.

Tenía mi madre el rostro gris, tan mustio como en nuestras cenas de otros tiempos, cuando profetizaba en la mesa plagas y calamidades sin fin. Solo que, en aquellos tiempos, culpaba por los castigos de Dios a los habitantes del reino y sus pecados. Ahora, en cambio, debía justificar sus propias desviaciones.

El oidor y los otros dos revisaron varios folios en su mesa, murmurando entre ellos mientras vigilaban a mi madre con el rabillo del ojo. Finalmente, el oidor estableció en alta voz:

—Vuestro propio hijo os acusa de haberos amancebado con hombre desconocido, y haberle negado a dicho hijo el techo sobre su cabeza para yacer con vuestro enamorado en el lecho. También dice que habéis acompañado a ese hombre al corral de comedias en actitud de galantería, vestida de modo inadecuado para mujer honrada, y con el rostro abrillantado por el afeite de solimán, con la evidente intención de despertar sus deseos más bajos. Todo ello, además, mientras vuestro esposo se halla lejos del hogar, trabajando por el sustento de la familia, de modo que lo deshonráis y hacéis pública tal deshonra, provocando la burla de los cristianos. ¿Cómo os defendéis?

Tardó ella en contestar. Noté que llevaba la ropa remendada y sucia, incluso con un agujero visible en un zapato. Quizá ya no se preocupase tanto de su aspecto por distracción, por pasarse el día arrepintiéndose de sus faltas y sus

culpas. O quizá más bien fuese una estrategia, y pretendiese verse mal a propósito, para contrarrestar ante el oidor la acusación de querer atraer las miradas de los hombres.

—Su Señoría —dijo con altivez—, si fuese yo varón, no se considerarían delito mis acciones. Apenas con una multa bastaría para saldarlas.

El oidor recitó su respuesta de memoria, pues debía haberla repetido muchas veces:

—Señora, el hombre adquiere la honra por muchos títulos: unos por las armas, otros por las letras, otros por las riquezas, y finalmente la adquieren muchos por la nobleza de sus antepasados. Pero la mujer solo la adquiere por un título: ser casta, honesta y virtuosa. Aunque sea una mujer de humilde nacimiento, siendo virtuosa se le da el título de honrada, y los príncipes y señores la respetan y veneran. Pero de no serlo, pierde toda nuestra simpatía, así en la Tierra como en el Cielo.

Comprendió ella que por esa vía no progresaría su causa, acaso por ser varones todos los miembros del tribunal, y los guardias y en general los poderosos. No era tonta mi madre, así que cambió de actitud para mostrarse más sumisa, como una esposa abandonada sin protección de caballero alguno:

—Hace mucho que no veo a mi marido —masculló—. Lleva años sin venir por casa.

El oidor volvió a sus papeles. Después de revolverlos un poco, respondió malencarado y seco:

—No consta en las actas denuncia de abandono del hogar ni reclamación de divorcio. Hasta donde conoce la audiencia, vos habéis actuado como si vuestro marido siguiese cumpliendo sus deberes.

Ella se encogió de hombros:

—Porque nunca dejé de esperarlo, como le cuadra a una mujer honesta.

No pude evitar intervenir entonces:

—Sería más bien porque andabais muy entretenida con otros hombres…

—¡No estoy hablando con vos!

—¡Silencio! —me mandó callar el oidor—. Después escucharemos vuestra versión.

A sus espaldas, pintado en la parte superior del arco del techo, un fresco mural indicaba el camino del Bien. En su centro, un grupo de penitentes ascendía cargando enormes cruces por una montaña que llevaba a Dios, quien los esperaba con los brazos abiertos en el cielo. Lo rodeaban ahí las almas buenas que habían llegado antes. Pero quedaban a su lado algunos asientos vacíos bajo la leyenda: «Para los justos». Otra leyenda en la parte inferior ponía: «No te espante el grave peso que sentirás de la cruz, pues por él verás alegre eternamente a Jesús».

—No existe partida de mi matrimonio —dijo mi madre en su defensa—. No

puedo haber engañado a mi marido si no hay marido, ni evidencia de tenerlo.

El oidor se volvió hacia mí entonces, pues de no existir tal partida, no solo se derrumbaría la acusación, sino también me convertiría yo de repente en hijo bastardo, perdiendo por ello mi derecho a trabajar en el palacio, o en el Santo Oficio, o en cualquier institución de Dios y del rey, las cuales solo aceptan en sus filas a quienes pueden probar la limpieza de su origen.

—Os exponéis a ser el perdedor de vuestro propio litigio —me informó.

Sin embargo, ya había yo previsto esa defensa de mi madre. Y había calculado cómo anularla:

—Quiero llamar a testificar al padre Melchor de Amusco, párroco de El Sagrario.

—De pie el testigo —concedió el oidor.

El padre esperaba esa llamada en una banca lateral que crujía bajo su peso. Se levantó con esfuerzos, no solo debido a su grosor, sino también y, sobre todo, por el fastidio que le producía tener que intervenir en un conflicto entre mi madre y yo. Ya me había advertido que lo mejor sería resolver nuestras diferencias merced a la caridad y la reconciliación. También se había ofrecido a mediar entre nosotros, pues según dijo, conocía a nuestra familia desde su fundación, y le causaba pesar verla rota. Pero era tarde para eso, y ahora solo le correspondía contribuir con el oidor diciendo la verdad. Cualquiera otra actitud habría hurtado a la Audiencia el derecho y el deber de juzgar.

—Padre Melchor —pregunté, mirando a mi madre y no a él—, ¿es verdad que mi madre casó con mi padre Pedro Morales en su parroquia, y que así hicisteis constar en una partida, como es vuestra obligación?

Melchor de Amusco miró también a mi madre. Sus ojos, de normal empequeñecidos por la grasa de su rostro, se habían agrandado para abarcar una inmensa carga de pena. Mi madre, en vez de recibirlos en los suyos, los esquivó.

—Es verdad —admitió.

—¿Y no es también verdad que un año después, en otra partida, registrasteis mi nacimiento como hijo legítimo de esa unión?

Se sacudió mi madre en un temblor, sin duda lastimada por la que consideraba una traición del padre, la cual no era en realidad más que el cumplimiento de sus sagrados deberes como párroco y hombre de Dios. A él mismo le resultaba difícil cumplir a cabalidad tales deberes, y se veía transido de dolor al reconocer:

—También es cierto.

Mi madre saltó en su banca, ya definitivamente embarcada en la lucha contra mí:

—¡Ni siquiera de eso hay evidencia!

El oidor le hizo señas de sentarse en silencio. Ella obedeció. Él tomó notas

con una pluma que hundía en un bote de tinta. Encima de su cabeza, el fresco del muro representaba al diablo y la muerte preparando la soga para colgar a los pecadores del árbol de la vida.

Con su cabeza lisa y brillosa, el oidor me indicó que podía continuar.

Mi golpe de gracia aún estaba por llegar, y debo decir que esperaba el instante con ansias, y que disfruté de cada palabra mientras la pronunciaba ante los testigos de la audiencia, como se disfruta con cada bocado de un plato exquisito:

—¿Y por qué, padre, no se encuentran tales partidas a disposición de esta audiencia?

La cabeza de Melchor de Amusco se enterró entre sus hombros, como la de una tortuga gigante, y su réplica nos llegó desde lo más profundo de sus propias entrañas:

—Alguien las robó.

—¿Cómo? —preguntó el oidor—. ¿Por qué robaría alguien los registros de otro, que no sirven a nadie más?

Fui yo quien respondió a eso:

—Pues, por ejemplo, para eludir un juicio por adulterio. El robo de las partidas demuestra la culpabilidad de mi madre, que es su única beneficiaria.

—No os hablaba a vos —me regañó el inquisidor.

Mi madre se volvió hacia Melchor de Amusco. Una rabia húmeda hecha de lágrimas se le derramaba por el rostro, que había envejecido esa mañana lo menos veinte o treinta años. Por su parte, continuaba el párroco achatándose, convirtiéndose en una gran mancha negra que se extendía por el suelo, y desde algún punto ahí abajo, dijo:

—No puedo saberlo, Su Señoría. Solo puedo afirmar que alguien arrancó los folios de los legajos. Cuando fui a buscarlos, ya no estaban ahí.

Los funcionarios deslizaron secretos a las orejas del oidor, que se llevó la mano a la barba y se quedó un rato ahí, frotándose el mentón. Dio vueltas a una idea durante un rato, hasta que, al fin, concluyó:

—Hay otra persona beneficiada por la desaparición de los papeles. Vuestro mancebo, señora. Ese misterioso caballero con quien habéis avergonzado a vuestra familia. Decidme: ¿quién es él?

Los labios de mi madre se cerraron a cal y canto. Sus ojos se hundieron bajo la tierra. Pero el oidor no cesó en su empeño de arrancarle el nombre.

—Debe ser alguien de provecho, pues podía pagar un asiento oculto en el corral de comedias. De eso mismo se deduce que vuestro amorío perjudica su reputación. Acaso esté casado igual que vos. Si se trata de un hombre de posición y familia, él también debe ser traído ante este tribunal para responder de su falta de moral. Por supuesto que es menos grave el adulterio en varón, pero aun así, es

deber de esta audiencia velar por el cumplimiento de los preceptos morales y legales del reino.

Tanto quería esquivar mi madre al oidor que giró la cabeza. Casi podía mirar hacia sus propias espaldas de tanto que eludía verlo a él. Era eso señal de que el oidor no andaba desencaminado en sus sospechas, lo cual, lejos de desanimarlo, aumentó su interés.

—Os advierto que estáis negando expresamente a la real audiencia conocimientos necesarios para el ejercicio de nuestras funciones. ¿A quién protegéis con tanto ahínco? ¿A un corregidor? ¿A un minero acaudalado? No será al virrey, pues vuestro hijo estaría al corriente…

La malicia de este comentario, propio de esta ciudad donde los chismes corretean como las ratas de casa en casa, me hizo ver que el oidor extendía a toda mi familia la propensión a los líos de faldas. Atribuía a nuestro linaje una lascivia intrínseca, una facilidad para la intriga y la concupiscencia. Sin embargo, no le di importancia a su opinión, pues en general lo mismo piensan todos los notables de quienes llevamos apellidos comunes. Yo estaba ahí para ganar ese pleito y, en ese afán, tener relación con el virrey, cualquiera que fuese su tipo, solo podía beneficiarme.

—Señora, sigo esperando vuestra respuesta.

No teniendo más opción que decir algo, mi madre devolvió el rostro a su lugar, y alzó la vista hasta el mural de la pared. Del lado derecho, el fresco representaba dos colinas, cada una con un camino hacia la cima. El primer camino estaba sembrado de rosas, pero llevaba a la morada de unos diablos con colmillos, colas y cuernos, que despeñaban a quienes subían por ahí. El segundo estaba regado de espinas, pero en su cima, aguardaba el Espíritu Santo. Una leyenda ponía: «Dos caminos hallarás. Uno de flores. Otro de espinas. Mira bien a cuál te inclinas».

Yo también esperaba saber quién era el mancebo con el cual, en su infinita hipocresía, mi madre se había enredado a la vez que me juzgaba por mis supuestas inmoralidades. No descansaría hasta vengarme de ese canalla. Y albergaba la certeza de que mi puesto en el palacio me ayudaría a encontrar el modo. Por lo tanto, me decepcioné tanto como el mismo oidor cuando ella por fin afirmó:

—No puedo deciros ese nombre. Lo he jurado. Y cumplo mis juramentos.

Los funcionarios murmuraron. El lancero que guardaba la puerta, entretenido con estos acertijos, dejó escapar una sonrisa de malsana curiosidad. Melchor de Amusco estaba tan pálido que su color bordeaba el verde. Parecía una palta.

—Señora —amenazó el oidor—, de no obtener respuesta, la real audiencia entenderá que os burláis de su autoridad como representante del rey. Constituiría

ello una afrenta, ya no solo contra la moral ciudadana, sino directamente contra Su Majestad Felipe III. Y a causa de ello os será duplicada cualquier condena.

Estaba sentada mi madre, pero tan derrotada se veía, repantigada en el asiento, que uno habría pensado que acababa de morir, y solo su cuerpo inerte ocupaba ese lugar.

—Podéis quemarme si eso queréis. Condenadme al garrote vil. Ahorcadme. Sacaréis de mí lo mismo: el silencio.

—Optáis por vuestro mancebo en vez de vuestro rey, entonces —dijo el oidor.

—¡En vez de vuestro hijo! —añadí yo.

Mi madre recogió del suelo las piezas de su ánimo, y con ellas construyó una muñeca de aspecto digno.

—Opto por cumplir mi palabra, como hace una mujer honrada.

Echaron a reír los funcionarios y el lancero. A Melchor de Amusco y a mí, en cambio, dicho comentario no nos causó gracia. Más bien, lástima y frustración.

—Dictaré sentencia —anunció el oidor, a lo que todos hubimos de ponernos de pie—: Ángela Esquivel de Morales, no solo habéis quebrantado la ley, sino que lo habéis hecho repetidas veces, algunas en público. Y haciéndolo, habéis deshonrado a vuestro marido y a vuestro hijo. Por si fuera poco, os negáis a reconocer el poder de esta audiencia. Y para eludir vuestra responsabilidad, no habéis dudado en robar los registros de un lugar sagrado, despreciando así también el poder de Dios. No me dejáis más solución que condenaros a vivir en un lugar cerrado, donde queden morigerados vuestros instintos más nefastos.

Ni un ápice se movió esta vez el gesto de mi madre. No le caía por sorpresa la condena.

—En los altos de la cárcel de corte existe una Casa de Divorciadas —explicó el oidor— donde se guarda a las mujeres perniciosas e insolentes, de modo tal que se intimida a las demás para que se inhiban en sus desacatos. Y así se evitan muchos pecados que cometen las mujeres sueltas. Ahí viviréis hasta que vuestro marido o vuestro hijo consideren pagada vuestra deuda. Durante ese tiempo, vuestra tienda de paños quedará en manos de Alonso Morales, aquí presente, para su administración y usufructo. Reflexionad sobre vuestros actos, señora, y obrad mejor en el futuro.

Con estas palabras, se levantaron los funcionarios y abandonaron la sala. Melchor de Amusco se hizo un ovillo con toda su humanidad sobre el banquillo. No parecía tener fuerzas suficientes para salir de ese lugar. El lancero se llevó a mi madre de la sala, aunque tuvo la cortesía de no atar sus manos.

Mientras partía la mujer con quien había pasado yo toda mi vida, ni siquiera pude regocijarme en la sentencia. No tenía orgullo ni voluntad de celebrar. Había ganado, sí, y me veía satisfecho en mi honor y pudiente en mi

patrimonio. De todos modos, por algún motivo que escapaba a mi razón, mi alma rechazaba la alegría.

Antes de marchar, di un último vistazo a la sala y reparé en otra leyenda del fresco mural. Figuraba esta sobre una imagen de Jesucristo, que llamaba con una campana a los pecadores a arrepentirse. En la otra mano, tenía una manzana, como la que tentó a Eva en el Génesis. A ambos lados del Hijo de Dios, un hombre y una mujer se arrodillaban a rezarle. Y decía la leyenda: «Nunca olvides este aviso: el fiscal te va acusando, y del árbol de la vida, la fruta te está esperando».

2

Recorrí los Barrios Altos como un fantasma, bebiendo de una bota que llevaba aguardiente en vez de vino. A cada paso iba más borracho, rumiando maldiciones indistintamente contra mi madre, contra la superiora, contra Dios y el rey, cuyas imágenes se me confundían entre los vapores del alcohol. Cada trago me quemaba la garganta y los recuerdos.

Aunque nos hallábamos a plena luz del día, y los buhoneros anunciaban sus mercancías a gritos, y las señoras llevaban ropa a lavar, y los perros meaban por las esquinas, no tenía yo el ánimo prudente ese día. Ajeno a toda precaución, me acerqué al arbusto que ya tantas veces he mencionado en este informe, y que hasta poco antes había escondido la puerta de mi paraíso nocturno. Aún podía sentir entre sus hojas el aroma de las axilas de mi amada, y el tacto trinchudo de sus cabellos.

Debo haber parecido un loco a ojos de los paseantes, pues sin pensar en mi reputación, me dediqué a arrancar las ramas del arbusto como un animal rabioso. Ahora mismo, no puedo explicar qué pretensiones albergaba mi cabeza exactamente. Supongo que una parte de mí esperaba al menos contemplar de nuevo el camino hacia la única felicidad que había conocido hasta entonces.

Por eso, mi tristeza se hizo mayúscula al terminar de desbrozar el arbusto. Porque ya no encontré ahí la tapa de madera que disimulaba el hueco. De hecho, ya ni siquiera había agujero alguno en ese lugar. Alguien había tapiado el túnel, y donde yo había encontrado durante meses esperanza y consuelo, ahora solo hallaba piedra y pintura. De repente, la pared del convento llegaba hasta el cielo por arriba, hasta el infierno por debajo, y se extendía entre las Indias y España. El mundo en pleno era un largo, interminable muro.

Pateé con furia ese fin de la ruta, ese camino ciego. Lo escupí e insulté. Las señoras que llevaban a sus hijos por la calle cruzaron para alejarse del bárbaro que peleaba contra un convento, acaso poseído por delirios diabólicos. Al verlas, yo no pude menos que echarme a reír a carcajadas, mientras me desparramaba hacia el suelo con la espalda apoyada en dicho supuesto enemigo. Tal actitud no debe haber mejorado en nada las opiniones de esas señoras sobre mí.

Solo me repuse después de un rato, cuando sentí que me olisqueaba un perro. Temiendo que quisiese marcar su territorio en mis propias carnes, me alcé

sobre mis pies y seguí andando sin rumbo, o quizá debo decir, con el rumbo que me pusiese el destino. Debo admitir nunca había dejado la providencia de ofrecerme aventuras. Y tampoco en aquel momento me dejaría sin pasatiempos.

Frente a mí, una joven esclava del convento llevaba una caja de dulces de yema, de los que las monjas venden. Sin duda, gente distinguida había comprado tales dulces, pues la caja iba primorosamente envuelta con un lazo de seda. Pero más que en ellos, me fijé en la esclava. Primero, porque me recordaba a Jerónima, a pesar de tener la tez más oscura aún y no llevar hábito. Después, porque, aunque no fuese ella mi mulata adorada, creí reconocerla de algún lugar.

Eché a andar tras ella sin disimular un ápice que la seguía, hasta que se inquietó por mi insistencia. Debe haber pensado que intentaba asaltarla o forzar su cuerpo en algún portal. Pero es que después de andar dos calles, comprendí dónde la había visto: esa esclava me había guiado en mi primera visita de día al convento. Con ella había visto yo al novillo que llevaban a torear, y que a tal punto me había escandalizado. Y estaba ella a mi lado en la iglesia, la primera vez que yo había contemplado el rostro de Jerónima bajo la luz del día.

No me huía ella pues por creerme un loco desconocido, sino todo lo contrario: por saber exactamente quién era yo, y no querer problemas.

—¡Pssst! —la llamé.

Ella fingió que no me oía.

—¡Eh! —llamé más fuerte.

Ella apretó el paso, intentando perderse entre un grupo de mercaderes y sus burros.

Si en algo habían servido mis trabajos, había sido para conocer mi ciudad de cabo a rabo. No quedaba rincón ni escondite que no hubiese hollado yo, bien en busca de fornicadores que arrastrar hasta el tribunal, bien durante mis correrías lujuriosas junto al virrey, que no miraba ni clase ni condición ni origen si una mujer se le metía entre ceja y ceja. Merced a esas artes, sabía yo por dónde cortar el camino de quien intentase escurrirse. Sorprender a la esclava no tendría complicación.

Cuando le salí al paso, en la esquina de la calle del Matasiete, casi se le caen los dulces del espanto:

—¡Avemaría! ¿Por qué me estáis siguiendo?

—Bien sabéis por qué.

Trató de esquivarme y escabullirse por un callejón.

—No puedo hablar con vos.

—¿Y por tres patacones que os pague? ¿No me venderíais un poco de vuestro precioso tiempo?

Para una esclava, ese dinero era una fortuna, que podría gastar en dulces o en alhajas de vidrio, o incluso en hacerse leer el destino por alguna bruja india.

Así que ella cambió de actitud nada más escuchar mi propuesta. Aún se mostraba cortante para no llamar la atención, pero sus pocas palabras me emplazaban a reunirnos:

—En los naranjos, junto al Cercado de Indios. Después de que cumpla yo mis recados.

El Cercado era un lugar donde ningún blanco quería estar, de modo que resultaba muy privado para un encuentro. Ella zafó de mi mano, y yo la dejé marchar, seguro de que la promesa del dinero la atraería con más fuerza que cualquier obligación.

Subí pues, hasta los campos de cultivo, y de ahí a los dichos naranjos. Me incomodaba el recuerdo del Cercado de Indios, donde no había sido muy bien recibido la única vez que había entrado, persiguiendo a Jerónima. Pero muchas cosas habían pasado desde entonces, y si en aquel momento sus pobladores habían protegido a la mulata, imaginé que no me harían daño estando con una negra. Para cualquier sorpresa, aún llevaba mi espada, que al final es la única amiga segura que tiene uno.

Por fortuna, no hizo falta. Apenas me miró ningún indio, atareados como estaban en sus cosas. Y hasta pude robarme una naranja y refrescarme con ella mientras esperaba a la esclava, que al cabo de un rato apareció, presurosa y mirando a todos lados.

—¿Habéis terminado vuestros encargos? —saludé.

—Las cosas en su orden: primero, los patacones. Que me esperan de regreso en el convento. Y sé que no sois de fiar.

Cumplí mi oferta. Ya con las monedas en la mano, ella se vio más aliviada. Hasta de buen humor. Jugueteó con ellas un poco, mirándolas a trasluz y sopesándolas entre los dedos. A continuación, las guardó en una alforja que colgaba de su cintura. Comentó, no en tono de angustia, sino de travesura:

—No deberíais acercaros al convento, ni a ninguna de sus habitantes. La abadesa ha corrido la voz de que sois poco menos que el diablo en persona.

—¿Yo? ¿Y qué pasa con todos los hombres que entran de común al convento?

—Esos no se meten en la alcoba de su favorita.

—Ah, ¿no? ¿Y el negro cimarrón que se cuela por las noches? ¿Ese no busca también a Jerónima? ¿Seré yo peor que él acaso?

—Creo que de él no sabe nada. Habéis cargado vos con todas las sospechas.

—¿Y cómo es que vos sí sabéis entonces? ¿Estáis más informada que la superiora de Santa Clara?

Ella se rio. Aunque su piel tenía un color similar, su risa no era como la de Jerónima. No hacía sonar campanas. Ni aceleraba el pulso de mi pecho.

—Ese nos busca a todas las esclavas —afirmó.

—¿Para llevaros al lecho?

—Para reclutarnos. Siempre está hablando de guerras, como si él mismo fuese un general. Aunque a mí me parece más bien un charlatán.

—¿Qué guerras? ¿Contra quién quiere luchar?

—Dice que, si estamos todos los negros juntos, esclavos, rebeldes y libertos, terminaremos por expulsar a los españoles. Tiene un plan, o algo así, en el que quiere meternos a todos.

Me pregunté si era mi deber trasladar al virrey esa información. Pero comprendí rápidamente que no sabría justificar su origen. Acaso terminaría en las mazmorras yo mismo por andar mezclándome con cimarrones. Después de todo, nuestra expedición para pedirles ayuda contra los piratas había constituido ya un sospechoso fracaso. En la corte, circulaban contra mí acusaciones de actuar en connivencia con esos bandoleros, y haber organizado esa visita para que nos robasen los caballos. Eran chismes estúpidos, pero sonaban en boca de funcionarios creíbles, como el contador Gonzalo de la Maza. De la acusación de traidor me había librado solo mi otra expedición, la de Rosa, que al final, y literalmente de milagro, me había acreditado ante el virrey como siervo leal y buen cristiano. Así que, mientras más lejos me mantuviese de Nicomedes y sus esbirros, más tiempo mantendría mi buen nombre en el séquito virreinal.

Así las cosas, lo más seguro era asegurarme de que esa esclava no fuese una cómplice de los bandoleros.

—Pero vos no seguís a Nicomedes en sus fantasías…

La esclava encogió la cabeza entre los hombros.

—Yo no veo problema en quedarme como estoy. Tengo dos comidas al día y un techo sobre mi cabeza. Mi ama me trata bien. Se me permiten algunas salidas del convento, sobre todo para hacer sus recados. Más vale malo conocido…

—¿Crecisteis en el convento?

Ella negó con la cabeza.

—Crecí con una familia, la misma a la que servía mi madre, y formé parte de la dote de la primogénita. Pero mi ama enviudó hace unos años, y no queriendo aguantar de nuevo a ningún hombre, decidió tomar los hábitos. Yo me vine con ella, alabado sea Dios de que ahora me hallo más cerca de su gloria.

La vez que había andado yo por esos mismos campos junto a Jerónima, ella también me había contado su vida y misterios. Jerónima no se había quedado de esclava, como esta negra. Había llegado a monja, lo que, para las mujeres como ella, resultaba normalmente imposible. Y, sin embargo, vivía más insatisfecha, anhelando privilegios que ni las blancas tenían a su alcance con frecuencia. En verdad, Vuestras Mercedes, la felicidad no se adquiere por mucho tener, sino por poco esperar. Nuestros deseos son nuestras condenas. Y duran toda la vida.

—¿Habla de mí Jerónima? —quise saber—. ¿Al menos de vez en cuando?

—No sería eso prudente. Ni siquiera posible. Estas las últimas semanas, desde que la abadesa enfureció contra ella, apenas se la ve por ahí sola, realizando tareas de jardinería y arreglos florales. Ni siquiera asiste a las oraciones comunes.

—Esa superiora que tenéis es una mala arpía. Y no me digáis que peco de palabra. Peores pecados comete ella, y para seguir cometiéndolos, engaña y amenaza.

La esclava no se escandalizó por mis palabras. Para ella, todas estas discusiones resultaban lejanas, meros entretenimientos que no cambiaban su vida. No obstante, se las conocía bastante bien, ya que los amos suelen hablar de todas las cosas ante sus esclavos sin precaución, como si fuesen estos muebles o animales domésticos.

—Las hermanas tampoco están muy contentas con ella —admitió—. Algunas, mi ama entre ellas, lamentan que tiene el convento hecho un burdel, y que nada le importa más que sus placeres. Las descontentas prefieren una vida más contemplativa, sin corridas de toros ni comedias, sin hombres merodeando por las noches…

Al decir esto, me echó un vistazo acusador, pero rápidamente, retomó el hilo:

—Muchas cartas han corrido denunciando los excesos de la superiora ante el inquisidor y ante el obispo. A este, le ofende especialmente que se tolere a las monjas compartir cama. He oído que incluso le ha escrito al Papa lamentando las costumbres de Santa Clara. Pero Roma queda muy lejos. De nada han servido las advertencias ni las quejas de la jerarquía.

Esa sí que era una información útil para la corte. La guardé en mi memoria, reservando su utilidad para un momento que intuía cercano. Pero no me encontraba yo en ese lugar para intrigas palaciegas ni conspiraciones. Llegaba la hora de abandonar las distracciones y tocar el tema que ahí nos convocaba.

—¿Podéis enviarle a Jerónima un mensaje de mi parte? Os daré tres patacones más. Podréis compraros incluso un nuevo pañuelo para cubrir vuestra cabeza.

Vi que ella consideraba los riesgos, pero también, que se tocaba el viejo pañuelo, ya casi sin color por el uso y el tiempo. Aunque esclava y encerrada, esa mujer tenía vanidad. Y la vanidad siempre conduce a la decisión incorrecta a ojos de Dios.

—Que sean cuatro.

Por fortuna, en este caso, lo que Dios juzgaba incorrecto para mí era necesario.

En ese momento, salieron unos cinco indios del Cercado llevando costales de papas y, al pasar a nuestro lado, nos observaron con curiosidad. Había considerado la esclava que en ese lugar seríamos invisibles para los españoles y

para las monjas. No se le había ocurrido, sin embargo, que llamábamos mucho la atención de los propios habitantes del Cercado, y que muchos de esos cholos trabajaban para nuestros mismos patrones.

—Será mejor marcharnos —decidí—. De momento, solo quiero que le digáis a Jerónima que no dejo de pensar en ella. Y que mi última oferta sigue en pie. No me importa que haya metido a ese Nicomedes en su lecho, pues entiendo la dificultad de su situación, y la poca esperanza que tiene de que sea yo su esposo. Pero quiero que deje de verlo a él, y sobre todo a la superiora, y se venga conmigo. Que sepa que, cuando ella quiera, solo tendrá que decirlo, y me encontrará en la puerta de Santa Clara, listo para llevarla a mi casa.

Ella recitó sin voz mis palabras, como memorizando una lección de latín. A continuación, me avisó:

—Intentaré decírselo hoy mismo, para tener frescas vuestras palabras. Pero no será fácil.

Picó mi ansiedad su promesa, de modo que intenté asegurarla:

—Solo tenéis que acudir con alguna excusa a la alcoba de la superiora. Pasa mucha gente por ahí. Seguro que os pilla de camino a alguna de vuestras labores.

Se dio vuelta ella para marcharse, mirando de nuevo a todos lados, para decidirse por el camino más despoblado. Se acomodó el pañuelo de la cabeza. Algunos pelos duros como pinchos asomaron detrás de sus orejas.

—La celda de la abadesa, sí. Pero a Jerónima ya no la tienen ahí.

—¿Y dónde está entonces?

—En la celda del jardín. Donde antes habían puesto a la novicia Ignacia.

—¿Y eso por qué? Pensé que la quería Mencia para su alcoba.

Distraídamente, como si careciese de importancia, acaso creyendo que sabía yo lo mismo que ella, la esclava dejó caer sus últimas palabras antes de partir. Pero su despedida me golpeó como una lluvia de piedras arrojadas desde muy alto:

—Pues por la misma razón de siempre. Es donde mandan a las preñadas, para que se les note menos la hinchazón.

3

Una larga fila de cojos, mendigos y tullidos me anunció la casa mucho antes de llegar. Algunos de ellos se arrodillaban y juntaban sus manos en oración frente a su cuenco de limosnas. En la esquina, un ciego, sin duda además loco, amenazaba al mundo con plagas sin fin, que castigarían los pecados de los mortales.

—¡Arrepentíos! —gritaba, golpeándose contra las paredes, los ojos vacíos como cuentas de vidrio—. ¡Queda poco tiempo! ¡Arrodillaos ante su poder!

No era esta la calle de la puerta verde, donde vivía la familia de Rosa, sino la calle del Capón, por lo general mucho más decente y aristócrata, habitada por ricos mercaderes y gentes principales. Sin embargo, en ese momento, la acumulación de menesterosos la hacía parecer un hospicio al aire libre o, peor aún, el pueblo de apestados de la otra orilla del río. Las señoras con apellidos ilustres, que salían de sus casas forradas de alhajas y brocados, mandaban apartar a esos miserables del camino, para no impregnarse de su olor y su desgracia. Y a continuación, partían a la iglesia a rezar rosarios y darse golpes de pecho.

Me adelanté a todos esos despojos humanos y llamé a una puerta bellamente labrada, con aldabas doradas, enmarcada por la fachada más lujosa de la calle. Vino a abrirme un esclavo, con la cara toda fruncida de haberse pasado la mañana rechazando pordioseros.

—Buenos días os dé el señor…

—Busco al contador Gonzalo de la Maza. Me llamo Alonso Morales.

Mi aspecto debe haberle parecido al esclavo bastante decente, al menos después de lo que llevaba visto ese día, pues me hizo pasar de inmediato a un salón, y ahí me dejó aguardando.

Entretuve la espera estudiando una enorme pintura ahí colgada. Representaba un barco que tenía en su centro, junto a la vela, a Jesucristo clavado en la cruz, en posición de capitán. La tripulación de la nave la formaban mártires de la Iglesia: el Papa decapitado Sixto II, con la cabeza entre las manos y un chorro de sangre brotando del cuello. Otro Papa, San Clemente, que fue arrojado al mar con el cuello atado a un ancla, figuraba así amarrado. San Lorenzo, que murió quemado en una parrilla para asar carne, cargaba a sus espaldas dicho instrumento de su tortura. Santa Apolonia, a quien arrancaron los dientes para que renegase de su fe, aparecía con la tenaza en la mano derecha. E igual que ellos,

muchos más, algunos sobre la cubierta, otros colgados del barco con el cuerpo afuera. El mar estaba embravecido, y de él emergían esqueletos armados con arcos y flechas, monstruos alados que escupían fuego, demonios de cuernos y colmillos que tiraban con arcabuces. Pero desde el cielo, un coro de ángeles soplaba la vela de la nave. Significaba el conjunto que, sin importar nuestro sufrimiento en esta vida, aferrados al barco de Cristo hallaremos todos la salvación. En cambio, fuera de él, solo encontraremos perdición y tormento.

—¿Os interesa el arte, Alonso?

El contador Gonzalo de la Maza acababa de entrar en la habitación, seguido por una dama distinguida y ricamente vestida.

—Últimamente me llaman la atención algunas pinturas —confesé.

—Acaso entonces haya una esperanza para vuestra alma. Las pinturas revelan la realidad que la naturaleza oculta a nuestros ojos. Si es sensible a ella, incluso un pecador contumaz como vos puede hallar la salvación.

Iba a contestar como merecía semejante impertinencia, pero no estaba ahí para exigir, sino para solicitar, así que juzgué más prudente cambiar de tema.

—¿Y usted, señora, es…?

La señora no habló. El contador respondió por ella:

—Doña María de Uzátegui. Mi esposa ante Dios.

Saludé con una reverencia, que me fue devuelta, y procedí a explicar la razón de mi visita:

—En realidad, no vengo a visitaros a vos, sino a Rosa. He pasado por su casa. Pero me ha dicho su madre, a quien conozco bien, que ahora vive acá.

Dejé clara con toda voluntad mi relación con la familia Flores de Oliva, para dar autoridad a mi visita.

El contador iba vestido como siempre de negro, aunque ese día le apretaba el jubón más que de costumbre. O quizá se estaba hinchando de orgullo al pensar en sus conquistas, pues replicó.

—¡Así es! Mi esposa y yo hemos pensado que nuestra santa necesita un ambiente adecuado para ejercer sus dones divinos. Y en esta casa tenemos un oratorio, donde ella puede hablar con Dios todo el tiempo que quiera. Aquí no debe preocuparse más que por su espíritu, pues siete esclavos se ocupan de la manutención de su cuerpo. Es más de lo que necesita, de hecho, porque apenas come nada.

Había yo encontrado a su madre deshecha en lágrimas, pues en verdad, amaba a Rosa, pero vivir con ella le resultaba a la señora ya del todo imposible. Con un esposo enfermo e ido de la mente, y muchos nietos que alimentar, no podía seguir recibiendo pedigüeños en su jardín. Ni siquiera le alcanzaba la energía para ocuparse de la misma Rosa, sus extravagancias y las constantes enfermedades debidas a sus suplicios. Sabía esa mujer, como sabía yo, que

Gonzalo de la Maza usaría a la santa para aumentar su influencia en la corte, e incluso en la Iglesia, a través de los once confesores que la atendían. A pesar de ello, o quizá por ello mismo, podría ofrecerle bajo su techo más cuidados y mejor vida.

—La última vez que hablamos de Rosa, en el templo de Santo Domingo, no estabais vos tan convencido de sus virtudes.

Malicioso fue mi comentario, y me devolvió el veneno la respuesta del contador:

—No recuerdo eso. Hasta donde yo sostengo, fui yo quien la recomendé a Su Excelencia para salvar el reino. Vos solo os sumasteis a la expedición. Aunque sé que ahora exageráis ante el séquito vuestro papel en la misión, y recibís crédito de los más incautos. En fin, no os juzgo. Dios todo lo ve. Y será Él quien juzgue.

El contador alzó su mirada hasta el Cristo de la pintura, como en busca de aprobación. De seguro, se veía a sí mismo como los mártires ahí pintados, embarcado en la nave de Dios contra viento y marea. Yo, en cambio, lo encontraba más parecido al esqueleto del arco y la flecha. De nuevo, intenté reconducir la conversación:

—¿Y os hace algún milagrillo de vez en cuando, ya que la tenéis aquí?

Por primera vez, habló María de Uzátegui. Mientras lo hacía, se abrieron sus ojos como dos lunas llenas, y su gesto reflejó con deleite las maravillas que iba contando:

—El otro día hubo una procesión, a la que planeamos asistir juntas, con el grupo de beatas que acompaña nuestras oraciones. La noche anterior, Rosa nos pidió claveles para llevar a la estatua de Santa Catalina y sacarla bien adornada. Pero no teníamos flores de ningún tipo, pues en nuestra huerta, aún no se abren los botones. De todos modos, la santa dijo que tendríamos unas muy hermosas, las mejores de la procesión. Yo pensé que hablaba en poemas, y que se refería a mis dos hijas como flores, porque se ha encariñado con ellas y les enseña a orar. Pero por la mañana, al pasar por la huerta de camino a la capilla, encontré tres claveles preciosos, que no habían estado ahí antes. ¡Rosa las había hecho crecer durante la noche!

—¿Y no es posible que hayan estado dichas flores ahí desde antes pero no las hayáis visto vos?

A la mujer se le petrificó la mirada. La sonrisa de sus labios se convirtió en una mueca yerma. Miró a su marido como si confirmase los rumores sobre mi persona: que era yo vicioso y blasfemo, un peligro para la cristiandad.

—Rosa las puso ahí —respondió gravemente—. Ella tiene mano con la naturaleza.

Salió el contador en defensa de su esposa:

—Y a mí me sanó de un dolor de vientre que no remitía. Con solo

acercarme a ella, ya me sentía aliviado.

—¡Alabado sea Dios! —refrendó la mujer haciendo la señal de la cruz en su frente, en su boca y en su busto.

Yo intenté enderezar el posible malentendido de mi falta de fe:

—No dudo de los dones celestiales de Rosa. Al contrario: estoy aquí justamente por requerir de sus favores. Vuestro testimonio me alivia, pues ahora sé que podrá ella ayudarme en mi necesidad.

—¿Y qué necesitáis, si puede saberse?

Suspicaz estaba Gonzalo de la Maza, y tan descortés como siempre. Estaba claro que no podía yo decirle que necesitaba una revelación: saber si era hijo mío el que llevaba Jerónima en sus entrañas. Tampoco podía admitir que, de confirmarse tal cosa, sería menester un filtro de amor que la hiciese a ella olvidar al cimarrón y elegirme a mí para vivir a su lado. Y mucho menos que, con ese fin, me haría falta que se derrumbasen los muros del convento, para arrancar de él a la mulata. El amor, al menos el mío, era una fuente inagotable de necesidades, y también de secretos.

—Me permitirá que guarde para mí la razón de mis desvelos. —Fue todo lo que dije al contador.

Sin duda, mis pedidos eran bastante contrarios a la ley de Dios, plagados como estaban de fornicación, hijos ilegítimos y relaciones contranaturales. Sin embargo, después de asistir a su interrogatorio por el inquisidor Gaitán, yo mismo albergaba dudas sobre el origen del inmenso poder de Rosa. Acaso, a fin de cuentas, actuase ella bajo órdenes del diablo. En tal caso, su señor estaría encantado de ayudarme con mis propósitos. O acaso de verdad contasen sus actos con inspiración divina. Y en ese caso, al menos podría echarme una mano, para que Dios se apiadase de mí y no castigase mis deseos. Yo solo pensaba pedirle un poco de ayuda, que bastante me hacía falta. Ya decidiría ella qué hacer.

Para mi sorpresa, a pesar de mi mutismo, mi anfitrión sospechaba por dónde iban mis pensamientos:

—¿No tendrá que ver con el convento de Santa Clara, ese antro sacrílego?

—¿De dónde saca…?

—Ya me ha hablado vuestro antiguo señor, el licenciado Gaitán, de vuestra implicación en la vida licenciosa de esas monjas. Pero, además, ayer se os vio borracho, actuando con desvergüenza en las inmediaciones del convento. Sabed que trato de persuadir al virrey para que la guardia tome por la fuerza ese nido de víboras, y lo entregue al control del obispo, para devolver a sus ocupantes al recto camino.

He repetido varias veces aquí que los chismes corren por esta ciudad como cucarachas. Pero don Gonzalo de la Maza debía llevar en su frente la corona del rey de los insectos. Lo que ocurriese en la Ciudad de los Reyes llegaba a sus oídos

casi al tiempo que ocurría.

Me habría gustado decirle que lo que hiciese yo con mi vida era solo de mi incumbencia, y con perdón de Vuestras Mercedes, que podía él meterse por el agujero del culo sus espías y sus infidencias. Pero mucho me jugaba en esos días, y eran pocos los riesgos que podía correr. De modo que, una vez más, y a pesar de que bullían mis sentimientos como un caldo ardiente, primó en mí la contención.

—No tengo nada que ver con esas mujeres. Podéis hacer con ellas lo que queráis.

Por fortuna, dicha mentira, sumada a mi declaración de fe en Rosa, calmó las sospechas de doña María de Uzátegui que, como toda mujer, tenía ascendiente sobre su marido. Viéndome ella creyente, y habiendo entendido mi amistad con su tocaya María Oliva de Flores, su perspicacia femenina consideró útil ceder a mi pedido. De lo contrario, podía yo meter cizaña en la familia y, quién sabe, alejar de su lado a la santa. Debido a esas angustias, que yo había calculado e intentado animar, intervino la señora en nuestra conversación:

—Creo que es justo, Gonzalo, compartir a Rosa con quienes ya la conocían de antes. No queremos apartarla de los suyos.

Era un hombre duro el otro. Y al responder, puso el gesto riguroso que ya le conocía yo bien.

—Es que no sé, mujer, si traerá este hombre un pedido deshonesto. Visto lo visto, cualquier cosa puede esperarse…

Llegó entonces el momento de soltar mi última baza, la más fuerte de las que había llevado a esa casa:

—Lo único que vos podéis esperar de mí, don Gonzalo, es un firme elogio de vuestra generosidad en mis encuentros con el virrey.

Dicha promesa encerraba por supuesto una amenaza: más que la glosa de sus virtudes, debía temer el contador la denuncia de sus mezquindades. Por reprobable que fuese mi trabajo para Su Excelencia, era yo quien tenía al príncipe algunas noches bajo mi única compañía, del mismo modo que el contador tenía a Rosa bajo la suya. Lo que yo proponía era un intercambio de influencias.

Ahora, mis cartas estaban sobre la mesa, y tocaba a don Gonzalo decidir con cuál quería jugar.

4

La celda de la santa carecía del menor adorno. Ni siquiera un crucifijo o una imagen de su admirada Santa Catalina. Rosa, según me explicó María de Uzátegui por el camino, ya solo posaba sus ojos en los objetos celestiales, y carecía de interés por cualquier tipo de adorno terrenal, aunque fuese sagrado.

—Rosa, querida amiga, tenéis visita —canturreó mi anfitriona desde la puerta.

El contador se había quedado en el primer salón, despachando asuntos administrativos del reino. Su mujer le había sugerido hacerlo así, según dijo, para no distraer más a la santa y a él mismo. Pero yo percibía en ella las mismas artes de manipulación que había conocido en mi madre, y sospechaba que su verdadera intención era evitar las evidentes tensiones entre nosotros. En todo caso, merced a sus manejos, al cruzar el umbral de la celda, me encontraba yo solo entre tres mujeres: la propia Rosa, la dueña de casa y una mulata vieja, que en ese momento atendía a la santa.

—Ella es nuestra cocinera, Ana María Pérez —la presentó doña María al entrar.

Ni siquiera me miró la mulata, agachada como estaba junto a Rosa, que yacía en su lecho, único mueble de esa habitación. Comprendimos entonces con pudor que tenía ella el hábito dominico subido hasta más arriba de la cintura. Para que no me asomase yo a sus vergüenzas, María de Uzátegui me hizo dar vuelta y quedar de espaldas a todas ellas.

—Pero bueno, ¿qué está pasando aquí? —preguntó.

La cocinera respondió con evidente angustia:

—Ha sentido Rosa un dolor en el cuerpo. Y cuando le he pedido mirar, he encontrado esto.

—¡Santísimo Dios! Rosa, ¿dónde está la llave de esto?

La aludida respondió con voz tenue:

—La he tirado en un pozo para que nadie pueda encontrarla.

Se escandalizó la anfitriona. Por fortuna, estaba acostumbrada a mandar y, en vez de lamentarse de modo estéril, le dio por repartir órdenes:

—¡Alonso, por favor, traiga una roca grande!

No me atreví a preguntar qué le habían encontrado a Rosa. En vez de eso,

salí a cumplir mi encargo. No necesité llegar muy lejos. En el patio de la casa, encontré a dos esclavos reponiendo partes de la fuente, que se había caído por un lado. Les pedí una de sus piedras en nombre de su patrona y volví con ella a la celda.

—¡Daos vuelta! —me ordenaron de nuevo las mujeres a mi regreso.

Tuve que entregar mi carga de espaldas. A continuación, escuché golpes metálicos y quejidos de Rosa.

—¡No sale! —se angustiaba Ana María Pérez.

—Seguro quiere mi novio que se quede eso ahí… —musitó una débil Rosa.

—¡Rosa, que os podéis morir!

—No lo permitirá Él en su infinita gloria…

—Necesitamos a un hombre —resolvió la patrona—. Y hay aquí uno de su confianza. Ana María, tapad como podáis las partes pudendas. ¡Alonso, venid!

Me di vuelta justo a tiempo de ver a la mulata quitarse el chal para cubrir el bajo vientre de Rosa, sobre el cual vislumbré un cinturón rojo y marrón. Al acercarme, comprendí que se trataba de una cadena metálica oxidada, que Rosa había atado alrededor de su propio cuerpo dando tres vueltas, con tal fuerza que los eslabones se le habían enterrado en la carne. Olía a herrumbre y a pus.

—¡Vive Dios!

—Mi esposo le consiguió está cadena para sus azotes —explicó la dueña—. Pero le causaba demasiado dolor, así que uno de los confesores le prohibió usarla. En vez de tirarla, Rosa la ha anudado a su cintura.

Me encargó romper con la piedra el candado que mantenía el metal ceñido al cuerpo de Rosa. Obedecí. Hube de golpear más de diez veces, cuidando de no darle a ella por error. Finalmente, cedió el cerrojo y pudimos quitarle la cadena. Estaba ya pegada a la piel, y con ella salieron trozos de carne y sangre.

Nada de eso preocupaba a Rosa, sin embargo. Era su inquietud que Dios aprobase la retirada de la cadena, pues en su nombre se mortificaba.

—¿Ahora qué pensará él de mí? —se lamentó—. Tiene celos. El otro día arrancó mis matas de albahaca. Me dijo que yo no tenía que perder el tiempo con cosas de la tierra. Solo debía dedicarme a amarlo a él…

Mientras cocinera y patrona trataban de consolarla, observé yo el catre donde dormía. En el lugar de la cabeza, en vez de almohada, usaba un bodoque de arcilla, casi tan duro como la misma piedra con que la habíamos liberado. Además, carecía de colchón. En su lugar, había ahí colocados seis maderos nudosos, troncos sin pulir, que de tan irregulares que eran, ni siquiera habrían servido para una valla de huerto. Pero lo peor eran las tejas. Incrustadas en la madera, largas filas de ellas, punzantes como cuchillos, recibían el cuerpo de la joven cada vez que se acostaba.

—Este tormento es digno de las mazmorras del Santo Oficio —señalé.

—Don Gonzalo lo mandó hacer, siguiendo indicaciones de la misma Rosa —explicó la mulata, con la cabeza de la santa en su regazo. En actitud maternal, la cocinera acariciaba sus cabellos rubios. Más que adolorida, Rosa parecía ausente, con la cabeza en otro lugar.

—Gonzalo sigue al pie de la letra sus deseos —añadió la patrona—. Y ella quiere que cada minuto de su vida imite el sufrimiento de Cristo en la cruz.

—Ya veo.

Ya había vuelto el hábito a cubrir las piernas de Rosa y, ahora, la sangre formaba un círculo rojo en la tela blanca. Habría preferido yo marcharme y dejarla en paz, pero tenía demasiadas urgencias que atender. Habría querido entonces hablar con ella a solas y formularle mi pedido. Sin embargo, esas dos mujeres no se movían de su lado, como temiendo que se fuese a romper su juguete. Pues eso era Rosa para todos: un juguete de los deseos. Una fuente que cumplía los anhelos sin necesidad de arrojarle monedas. Y no era yo mejor que los demás.

Me arrodillé a su lado, y busqué modos de decir las cosas que no delatasen demasiado mis pecados secretos.

—Rosa, ¿cómo os sentís?

—Triste —dijo ella—. Hace tiempo que mi novio no viene a verme. Ni me habla. He hecho yo todo lo que me pide. Cuando lo noté celoso, ceñí la cadena al cuerpo para que ningún hombre pudiese ocupar su lugar. Pero él no se asoma. Ni siquiera en mis sueños.

De vez en cuando, Vuestras Mercedes, me preguntaba yo si no padecía Rosa de la más simple de las locuras. Al verla tan frágil, tan incapaz de valerse por sí misma, dudaba si una persona con tan grandes poderes podía padecer tan grande debilidad. Quizá, la famosa tormenta que ahuyentó a los piratas no había sido más que una casualidad. Falsas también podían ser las curaciones milagrosas. O acaso estuviésemos todos tan locos como ella, tan ansiosos por encontrar a Dios que no pudiésemos distinguirlo de las fantasías de una enferma. Sin embargo, gente más ilustre que yo, como los propios dueños de casa o los confesores, gente con estudios y altos cargos del reino, creía que esa mujer subía al cielo durante sus arrobos místicos. ¿Quién era yo, pues, para negarlo? ¿De qué autoridad me valdría para contradecir a las mentes más preclaras del reino?

—También yo sufro mal de amores —le confesé.

—Rezad —recomendó con expresión alunada—. Rezad mucho. Eso hago yo cuando no viene mi novio y, en su lugar, se me acerca el patón tiñoso…

—Así llama ella al diablo —explicó María de Unzátegui.

—… Pues insiste el Maligno en poseerme, en acosarme por las noches, en palparme los muslos con sus fríos dedos. Por mucho que destruyo mi cuerpo y lo afeo con llagas, él sigue viniendo. Y a veces, solo por ofender al cielo, se acuesta

sobre mí y me mete su miembro. Apesta a alcohol, sudor y blasfemia. Pero me obliga, y entonces cree Jesús que yo accedo por placer, y me abandona. Pero yo quiero decirle que no puedo impedirlo y que, si el patón tiñoso derrama su simiente sobre mí, es porque utiliza más poder que el que puede contrarrestar una pobre doncella…

Terribles palabras eran esas, que podían causarle a la santa la confinación en una mazmorra, el destierro y la excomunión. Temí que las hubiesen oído esas mujeres, y las denunciasen, por ejemplo, al riguroso contador. No obstante, ambas se persignaron múltiples veces y, con gestos de la mayor compasión, afirmaron:

—A mí también me ha pasado…

—… Rosa vive lo que viven todas las mujeres…

Parecía imposible llevar la conversación hacia donde me interesaba. Seguí intentándolo, cuidando de no ofender ni parecer desentendido de los sufrimientos de las ahí presentes. Muy por el contrario, traté de hilvanar una cosa con otra.

—Eso mismo es mi deseo: que una mujer no reciba en sus carnes al diablo. A un diablo negro. Y sí al hombre que la ama bien, que soy yo.

—Entonces tenemos que casarnos —sentenció ella y, al decirlo, pareció recuperar un tanto la vida en su rostro—. ¡Sí! Tengo que organizar unos esponsales con Jesús, para que nos juremos fidelidad eterna, y sepan tanto él como el diablo, como el mundo, quién es el único que acepta mi corazón. ¿Me ayudaréis, señoras?

Se volvió hacia las dos que la adoraban, y que asintieron con sus cabezas emocionadas:

—¡Unos esponsales divinos! —celebró la cocinera.

—¡Y en mi propia casa! —se emocionó su señora—. Podemos pedirlo ahora mismo, pues ya vienen las otras beatas para rezar con vos.

Rosa ahora se veía completamente reanimada. Se puso en pie de un salto y arengó:

—¡Sí! ¡Al oratorio!

—A lo mejor, podemos invitar a vuestra boda a la virreina. —Ya organizaba los festejos María de Unzátegui—. Sabéis cuánto os aprecia la princesa de Esquilache, y cómo disfruta de vuestra compañía y vuestros consejos…

Mientras todas se levantaban, vi yo alejarse la ocasión de mi pedido y, dándome prisa, quise formularlo ante la santa. Ante ella me planté sin dejarla salir, decidido a soltarlo de una vez:

—Rosa, lo que yo venía a suplicaros…

—No os preocupéis —me interrumpió ella, llevando su dedo a mi boca—. Sé lo que os inquieta. Podéis estar tranquilo.

—¿En verdad?

Ella asintió y, acercando su boca a mi oído, susurró:

—Vuestra madre abandonará pronto su prisión. Me lo ha dicho la Virgen. Y la Virgen nunca miente.

No supe cómo reaccionar. Ella pasó a mi lado y salió. La siguieron las otras, deshaciéndose en rezos y albricias, sin invitarme a acompañarlas.

Yo me quedé sin solución o, peor aún, con un nuevo enigma para resolver.

5

Cada vez que volvía al locutorio de Santa Clara lo encontraba diferente, ora festivo y jovial, ora fúnebre y silencioso. En esta ocasión, encontré la entrada del convento como en mi primera visita, bullendo de corrillos que intercambiaban confidencias. Pero lejos de aquel espíritu de jolgorio, ahora se respiraba un aire de conspiración. Nadie bailaba ni cantaba. En cambio, todos los presentes murmuraban o discutían con aspecto de negociar asuntos importantes.

Mi impresión se vio reforzada por el hecho de que no había ahí jóvenes. Ni negros o mulatos. Las gentes del locutorio, todas españolas con pureza de piel, iban vestidas con distinción. Sus sombreros, sus paños y zapatos eran propios de familias distinguidas. Sus maneras sugerían el hábito de tratar con las cumbres de nuestra sociedad.

Como rasgo característico, todos los asistentes, hombres y mujeres, llevaban brazaletes de colores rojos o verdes. Y la mayoría de ellos solo hablaban entre los de brazaletes de su mismo color. El mundo ahí adentro, al menos esa mañana, se parecía a la corte del virrey, pero segmentada en dos, sin razón aparente para tal división.

Mandaba en ese territorio la misma monja de velo blanco que ya había visto yo la primera vez, y que era tan amargada como todas las guardianas, monjas o criadas, de esas puertas. Esta mañana se había colocado un brazalete rojo en el hábito, y contemplaba a los grupos de verdes con evidente desconfianza y mala intención.

—Vengo a ver a Mencia de Sosa —expliqué.

—Ya no lleváis la vara de alguacil —me despreció ella, haciendo ver que me recordaba, y que desde nuestro primer encuentro aguardaba una oportunidad de vengarse de mí—. ¿Por qué habría de llamarla?

—Porque traigo una propuesta para ella. Hay pesos de por medio. Sé que a la superiora le gustan los pesos.

—¿Qué podríais darle a ella que no tuviese ya? Además, está muy ocupada. Se acerca la elección de la próxima abadesa.

—Pues yo trabajo cerca del virrey, así que puedo entrar por la fuerza si me lo propongo.

Me estudió con incredulidad la monja. Debe haberse convencido de mi

rango por mis ropas, que habían mejorado en calidad desde nuestra conversación primera. O tal vez, con la elección a la vista, no le pareció adecuado dejar escapar a un emisario del palacio, por baja que fuera su posición, pues corría el riesgo de ofender a alguien de mayor alcurnia. El caso es que, sin suavizar la voz apenas, me ordenó:

—Quedaos aquí.

Mientras ella se marchaba, estudié la extraña escena del locutorio. Finalmente, deduje que los encarnados y los verdes eran los dos partidos en disputa en la futura elección de la abadesa, cuyos miembros se identificaban mediante dichos brazaletes.

No sé, Vuestras Mercedes, cómo funcionarán tales eventos en la Metrópoli. En estos reinos, aunque solo votan las monjas de velo negro, toda la sociedad participa de la elección. Especialmente, mueven sus influencias las poderosas familias de las monjas. Ellas con frecuencia dan dinero a sus parientas para comprar el voto de sus hermanas. A cambio, piden para sus obrajes o haciendas la provisión de productos del convento. O el acceso a los negocios y créditos conventuales. O, simplemente, colocar a sus hijas más cerca de Dios.

Junto a esas familias pudientes, quedan involucrados en el proceso sus amigos, entenados, criados y esclavos. Trece conventos hay en la Ciudad de los Reyes, seis de ellos grandes. Y sus directoras cambian cada tres años, de modo que siempre hay en curso alguna elección, cuyo resultado altera los equilibrios de influencia en el reino. Podrán imaginar Vuestras Mercedes, pues, que esas disputas causan todo tipo de efectos extramuros, desde componendas políticas hasta feroces riñas callejeras.

—Tendréis que acompañarme. Poneos esto.

Era la monja de velo blanco, de vuelta en el locutorio, quien interrumpía mis pensamientos con el rostro constreñido por el enfado de dejarme pasar una vez más.

Me entregó ella un brazalete rojo encarnado, y así no me quedó duda de cuál era el partido de su señora, la abadesa. Asqueado de ayudar a esa mujer de cualquier manera, quise negarme a ponérmelo:

—Yo no voto en la elección. Ni tengo preferencia alguna.

—La abadesa quiere que se os vea con él. Que se vea con él a todo el reino, de ser posible.

Visto que no pasaría de esa puerta sin el dichoso brazalete, lo anudé bajo mi hombro derecho. La monja no ocultó su satisfacción por apuntarse al menos un pequeño triunfo en su guerra particular contra mí.

El interior del convento presentaba la misma agitación que el locutorio. Las esposas de Dios estaban identificadas todas con brazaletes, incluso las que no votaban. Donadas, esclavas y criadas ostentaban clamorosamente su pertenencia a

un partido.

Andando por los patios, fui topando con mesas donde las seguidoras de uno y otro bando ofrecían refrescos y panes a quienes quisieran oírlas. Al pasar junto a la de las verdes, escuché que su candidata a abadesa respondía al nombre de Beatriz de Jesús. Más adelante, al cruzar frente al puesto de las rojas, oí tachar a esa Beatriz de embustera, legañosa y hasta hija ilegítima.

Más allá de las preferencias personales, llegaron a mis oídos algunos argumentos para decidir el voto. La mayoría de ellos se basaban en la satisfacción o el rechazo al estilo de Mencia de Sosa. Quienes aprobaban su liberalidad votarían por ella. Las demás, en su contra. Por ejemplo, escuché a una de las verdes argumentar:

—Ha convertido el convento en un corral de comedias, y a nuestras hermanas en actrices de medio pelo.

Aunque llevaba el brazalete del otro color, no pude menos que estar de acuerdo con esas críticas.

De la puerta de la superiora colgaban tres lazos rojos y, junto a ellos, una donada entregaba brazaletes y bendiciones a los transeúntes. Inesperadamente, otra monja, del bando enemigo, se acercó a ella corriendo y le arrebató su carga, a lo que la primera respondió tirando del velo de su enemiga. Se trenzaron las dos en lucha. Rodaron por el suelo. Cada vez que una lograba sentarse sobre la otra, le propinaba sonoras bofetadas. Tardaron un buen rato en acercarse grupos de hermanas rojas y verdes a separar a las peleadoras. Hicieron falta tres de cada bando para tirar de la suya.

Aún recordaba yo mis manuales inquisitoriales. En ellos había leído que la elección debía celebrarse *secundum Spiritum*, esto es, bajo la inspiración del Espíritu Santo, en un ambiente de paz ajeno a cualquier motivación terrenal, guiado únicamente por la mayor gloria de Dios. A esas alturas, sin embargo, ya sabía que esos libros estaban llenos de mentiras escritas para beneficio de sus autores, no del Señor.

Ya en la celda de la abadesa, las monjas parecían avispas, revoloteando de un lado a otro, todas en actitud atareada. En cuanto entré, sin embargo, se paralizaron todas. Se me quedaron viendo con actitud hostil. Sentada en el centro de todas ellas, dando a su silla de siempre la apariencia de un trono, se hallaba Mencia. Llevaba en las manos el sello oficial y las llaves del convento, símbolos de su investidura y objetos de deseo para toda monja con aspiraciones.

—Dejadme sola con mi invitado —ordenó y, volviéndose a la del locutorio, añadió solo para ella—. Y vos, ya sabéis qué hacer.

Se deshicieron todas en reverencias y, en lo que canta un gallo, ya no había nadie con nosotros, más que el silencio y el Cristo ensangrentado de la pared.

—Menudo espectáculo habéis organizado —saludé con poco gusto.

—No lo he organizado yo. Se elige superiora cada tres años. Es la ley canónica.

—Conozco la ley canónica. Y dice que vos no podéis ser candidata de nuevo.

—Ha habido dispensas papales para reelecciones.

—Pero vos no tenéis una.

Comprimió la abadesa su cuerpo entrado en carnes. Su mirada me hacía pensar en una araña, expectante en el centro de su tela, lista para correr hacia una mosca capturada. Y la mosca era yo.

—¿Habéis venido a explicarme la ley, Alonso? Estoy segura de que tenéis asuntos más interesantes en qué emplear vuestro tiempo.

—Vos sabéis cuál es el único asunto que me puede traer a vuestra presencia. Y no tiene nada que ver con lo que hagáis del convento.

—Tiene que ver —replicó ella, sibilina—. Ya veréis cómo tiene que ver.

Antes de poder responderle yo, volvió a abrirse la puerta. Entró el ruido del exterior y, con él, la monja del locutorio. Junto a ella venía Jerónima, a la que no había visto yo desde aquella noche de los embrujos, ni oído desde nuestra conversación con un tabique de por medio. Su aspecto se me hizo más deseable que nunca. Sus labios, más húmedos. Sus ojos, más grandes. Su cuerpo, aunque oculto bajo los hábitos, más caliente y apetitoso.

Por su parte, la donada me miró con infinita sorpresa, y luego miró a su señora, sin saber cómo reaccionar o si se trataba nuestro encuentro de alguna especie de trampa, como todo parecía sugerir.

—¡Jerónima! —Me arrodillé ante ella, con mucha más sumisión de la que jamás mostraría ante su señora—. No he dejado de imaginaros ni un instante de este tiempo sin vos. Lo he intentado. Pero no consigo arrancaros de mis pensamientos.

—¡Ya empezaron las escenas pastoriles! —se burló la superiora—. Debéis saber que las novelas de amores y caballerías se hallan prohibidas en los reinos de ultramar, porque sus fantasías nublan la mente de los cristianos. Aunque acaso la vuestra ya estuviese nublada de antes.

—Dios os guarde, Alonso —respondió Jerónima, con todas sus emociones contenidas bajo el hábito. En su obediencia mansa, apenas podía sospechar uno a la mujer brava e indómita que me había recibido acogido tantas noches entre sus brazos. Me costó Dios y ayuda reprimir las ganas de tomar su rostro entre mis manos y enredar mi lengua con la suya.

Con la malicia de un gallinazo, cuando sobrevuela las peleas entre fieras esperando la carroña, la superiora deslizó:

—Vuestra querida tiene noticias que contaros. ¿No es así, Jerónima? ¿Por qué no le habláis ahora a vuestro amigo? Seguro que antes os liabais a charlar

hasta hartaros. Toda la noche de cháchara.

Soltó besos burlones en el aire, y los remató con una carcajada llena de veneno. A Jerónima se le inundaron los ojos, como dos diques a punto de reventar.

—Espero un hijo… —murmuró.

—¿Y quién habrá engendrado ese bastardo? —intervino una vez más Mencia—. ¿Tenemos claro quién es el padre?

Con gusto habría sacado ahí mismo mi espada y habría atravesado el pecho de la abadesa siete veces, como a la Virgen de los Dolores. La habría decapitado y colgado su cabeza en el campanario, para que se sacudiese cada vez que se llamaba a misa. No obstante, toda la escena parecía más un cuadro fijo que un diálogo. Nuestros cuerpos permanecían rígidos. Las palabras tardaban siglos en pronunciarse. De hecho, esta vez, la única respuesta de Jerónima fue el temblor, iracundo pero sutil, de ese cuerpo que yo tantas veces había mordido.

—Ya tuvimos bastante, Jerónima. Marchaos.

Como por arte de magia, volvió a aparecer la monja de velo blanco. Hizo una reverencia y volvió a llevarse a la donada, tirándole toscamente de su brazo. Recién mientras se marchaba, clavó Jerónima sus ojos en los míos, y en sus pupilas encontré yo súplica y lamento, nostalgia y derrota. La había mandado traer la superiora con el único fin de atormentarme y debilitarme. Y tras la partida de la mulata, hube de admitir que lo había conseguido.

—Los hombres sois todos igual de irresponsables —dijo esa mujer horrenda, para terminar de aplastarme con sus acusaciones—. Venís a regocijaros con las mujeres entre las mantas, corriendo todos los riesgos y faltando a todas las leyes para satisfacer vuestros instintos animales. Pero cuando al fin concebís un vástago fuera del matrimonio, os retiráis como un ejército derrotado y no se os vuelve a ver el pelo. Idos de una vez, Alonso, y dejad de lloriquear por una mujer que no tenéis el valor de cuidar. Sus hermanas nos ocuparemos de ella, como hacemos siempre.

—Quiero cuidarla —repliqué y, por primera vez, titubeó la superiora, que no esperaba tal respuesta—. Quiero ocuparme de Jerónima. Y de su hijo. Eso es lo que he venido a deciros.

Tintinearon las llaves del convento en sus manos. Desde la pared, Cristo y San Pedro me miraron por primera vez con simpatía, o eso creí.

—Qué desgraciado sois —Fue el primer comentario de la abadesa—. Ni siquiera sabéis si lo habéis engendrado vos. A lo mejor acabaréis con un hijo negro. Bastardo y negro. Os echarán del palacio, puede de que incluso de la ciudad. ¿Por qué ibais a exponeros así?

—Mi padre me abandonó —respondí, y de todas las respuestas de mi vida, esta es la más verdadera que ha salido de mis labios—. Nunca lo conocí. Mi madre

quedó sola y perdió la brújula moral. Yo, como vos decís, me convertí en un desagraciado. No he hecho en la vida nada que haya valido la pena. Tengo claro que al morir me recibirán en el infierno con una medalla. Pero mientras estoy vivo, quiero ser mejor. Y quiero ser feliz.

Algo movieron mis palabras en el interior de ese cuerpo grueso y arrugado, pues sonó su respuesta menos agresiva y más lastimera que nunca.

—No venimos para ser felices al valle de lágrimas que es la vida…

—«Jerónima me hizo feliz. Yo no siquiera sabía que podía un hombre ser así de feliz. Pensaba que la vida consistía en azotarme y mortificar mi cuerpo. Ella me enseñó lo contrario: a aprovecharlo.» ¿Recordáis quién me dijo eso?

Se sacudió la abadesa en su silla como una víbora gorda en una canasta:

—Os ha puesto un filtro de amor en la bebida. Os ha hecho uno de sus conjuros…

—Quiero a Jerónima.

—Incluso si dejase los hábitos, volvería por ley a ser una esclava.

—He enviado a mi madre a la casa de las divorciadas por su actitud licenciosa. Soy, pues, dueño de la tienda de paños. Estoy dispuesto a venderla. Y con ese dinero, comprar la libertad de Jerónima y de su hijo, para que vivan conmigo. Nos iremos a trabajar en las minas. O a donde sea lejos de aquí. Nada en esta ciudad nos retiene.

La propuesta de recibir dinero mejoró el ánimo de la monja, siempre dispuesta a cerrar un trato provechoso:

—Son dos esclavos, pues el hijo heredará su condición. Y ella aún está en edad de parir más veces, lo cual incrementa el precio…

—Pagaré lo que haga falta. Aunque enviaremos un tasador para que fije un precio justo. No pienso aceptar que decidáis su valor vos.

Miró a un lado la abadesa. Miró al otro. Parecía rezar, pero uno reza mirando al suelo o al cielo. En cambio, ella ponía la vista a la altura de las personas, que es donde se pone para comprar y vender cosas. Estaba claro que masticaba alguna de sus ideas perversas, y eso me confirmó lo que dijo después:

—Tengo una propuesta mejor. No necesito vuestro dinero. Pero creo que llegaremos a un arreglo.

6

Dulces eran las noches del virrey del Perú, sobre todo durante sus expediciones en busca de aventuras, mientras recorría bajo mi guía experta los barrios más lujosos y los más pobres, las casas más respetables y los lupanares menos recomendables. La noche que aquí me ocupa la pasamos en la calle que llaman «de la Manito», pues decían los vecinos que la mano de un fantasma se aparecía por las noches para invitar a los paseantes a entrar en uno de los locales. Para ser exactos: en la misma casa de putas donde ahora se refocilaba el príncipe de Esquilache.

Yo, como de costumbre, esperaba en la puerta, atento a la llegada de posibles guardias o maridos, cuando la doña que regentaba el negocio salió a ofrecerme un poco de vino de una bota. Era esta mujer una vieja conocida mía, de los tiempos en que yo perseguía fornicadores a cuenta de Santo Oficio, y desde entonces, dedicaba sus amplios conocimientos en la materia a informarme cumplidamente sobre los vicios de la ciudad, bien para yo detenerlos en nombre de Dios, bien para contratarlos en nombre de mi señor.

—¡Quién os ha visto y quién os ve ahora! —Sonrió muy coqueta esta mujer, y pegó su cuerpo al mío más de lo que hacía falta para darme de beber. Olía a perfumes vulgares y a los jazmines que adornaban su pelo. Pensé que, siendo ella vieja y yo joven, acaso planeaba alegrarse las carnes un rato conmigo. Y me aparté un poco, porque no tenía yo ojos más que para Jerónima, ni gozaba de la libertad de abandonar mi puesto en esos momentos.

—Han cambiado tantas cosas en estos últimos tiempos que apenas reconozco el mundo entero —respondí melancólico—. Menos aún a mí mismo.

—Y más cosas van a pasar —comentó ella, recuperando de un tirón su bota, visto ya que no iba a servirle para animarle la noche.

—¿De qué habláis?

—Todo se sabe en mi negocio. Por aquí pasan hombres de todos los barrios y orígenes, que no se juntan en lugar alguno fuera de estas paredes. Y creedme cuando os digo que se vienen tiempos difíciles.

—Si así fuera, nos salvaría Rosa. Ella echó a los piratas. Nos rescatará de toda plaga.

—Ella conoce los cielos. Pero nosotras conocemos los infiernos, que quedan más cerca del mundo terrenal. Os doy un consejo: entre los pronósticos de una

santa y los de una puta, haced caso a la puta. Acertaréis.

No llegó a decirme más, porque en ese preciso momento salió por la puerta Su Excelencia, entre los manoseos de dos fulanas que le hacían arrumacos y carantoñas, en un esfuerzo por sacarle las últimas monedas.

—¡Dejadme ya! —Reía él entre grandes disfuerzos—. ¡Que sois insaciables!

Me interpuse entre las mujeres y el soberano, pues ahora estábamos bajo cielo abierto, y no era cuestión de poner en riesgo su reputación ni su seguridad. Me despedí de las mujeres con firmeza militar. Él lo hizo con cancioncitas y silbidos, amenazando con despertar a toda la calle. Casi hube de arrastrar su principesca humanidad para ponerla en camino hacia el palacio.

Había pensado yo aprovechar el fin de la noche para cumplir el encargo de Mencia de Sosa. Pero la borrachera que llevaba puesta Su Excelencia no dejaba lugar para tratar temas serios. Tampoco es que hubiese lugar en otros momentos, a decir verdad. Desde el ataque pirata, Su Excelencia, ya antes amigo de los placeres sensuales, se había entregado a ellos con una dedicación fanática. Se pasaba semanas dedicado a escritura de comedias y poemas, sin aparecer por la corte. Celebraba en su alcoba fiestas con artistas, que a menudo acababan entre gritos y risotadas. Amanecía borracho y desayunaba vino. Me pedía llevarle mujeres incluso a sus aposentos, sin cuidarse de la mirada de su propia esposa o de sus hijas. Abandonaba los asuntos de Estado en manos de subalternos, sin requerirles más méritos que el ingenio de una buena charla o la capacidad para beber sin vomitar. Y estos subalternos, a su vez, saqueaban las arcas públicas o entregaban puestos de gobierno a sus propios compañeros de juerga.

La actitud disoluta del príncipe complicaba la posibilidad de conversar con él. Por otro lado, su viciosa decadencia me animaba más a cumplir el encargo de Mencia. Al oír el pedido de la abadesa, me había parecido a mí del todo inadecuado transmitirlo a un soberano. Pero viendo a ese mismo soberano dar tumbos por los callejones, e incluso caer de bruces en un charco de lodo, supuse que él ya no podía caer más bajo, y que no sería un pequeño favor el que derrumbase su moral por los suelos.

—Alonso, llevadme a mi cama —pidió llegando al palacio, visiblemente desmejorado.

—Sí, Su Excelencia…

Tenía nuestro gobernante, como he dicho ya, una estatura reducida. Sin embargo, acaso por su carga de joyas y coraza, pesaba lo mismo que todo el imperio.

—Decidme, Alonso, ¿por qué quise yo venir a este cuchitril infernal?

—¿Preferíais quedaros en el lupanar de la calle de la Manito, señor?

—Me refiero al Perú, atontado…

—Ser virrey es una gran distinción…

—Aquí solo hay piratas y cucarachas…

—Y sois el faro que ilumina de civilización estas provincias…

—La vida social es una basura. Ni rastro de distinción. Una corte llena de buscavidas y rameras… Me desperdicio aquí, Alonso, alejado del brillo del arte y la nobleza. Me marchito.

Di por perdida la ocasión para transmitir el mensaje de la monja, al menos esa noche. Bastante lograría, de hecho, con meter al príncipe entre las mantas y lograr que sobreviviese hasta encontrar una ocasión de hablarle.

Ingresé con él a cuestas en su enorme cámara, que por fortuna se encontraba razonablemente iluminada. Desde las paredes, temblorosos por las llamas de las velas, nos vigilaban sus antepasados, Su Majestad Felipe III y numerosos marqueses y condes. Tan vivos se veían todos ellos, que en su presencia me disculpé e hice la señal de la cruz.

Abrí el dosel que cubría el lecho virreinal y arrojé como pude ese cuerpo inerte sobre el colchón. Me dispuse a arrancarle las botas. Y en eso me hallaba concentrado, cuando una presencia se materializó a mis espaldas:

—Veo que no terminan jamás vuestras diversiones…

Parecía haber descendido de los muros el busto de algún duque para volar a nuestro alrededor como un espectro maligno. Solo en cuanto la figura se acercó a las velas, distinguí en ella al contador Gonzalo de la Maza, cuyo atuendo de inflexible negro se confundía con la oscuridad, dejando ver, como suspendida en el aire, su muy católica cabeza.

Lejos de aliviarme, me inquieté. Habría preferido yo al espectro maligno.

En cambio, el virrey, sin levantarse del lecho, celebró su aparición:

—¡Contador! Ya me habían dicho que no dormís de noche, como los murciélagos, para ocuparos del bien de estos reinos.

El aludido me perforó con la mirada, convencido como siempre de que era yo quien descarriaba a Su Excelencia, y no su propia inclinación a la lujuria y lo nocturno.

—Precisamente, Su Excelencia, a eso he venido.

—Bebed una copa a mi salud. Os la habéis ganado.

—Nada me haría más feliz. Pero me temo las noticias que traigo no ameritan alegrías. Han apuñalado por la espalda al corregidor de Potosí.

—¡Ortiz! —gritó el soberano, y más que preocuparse, pareció festejarlo—. Ya estaban tardando en destripar a ese hijo de puta…

Con la misma expresión impertérrita de siempre, fingiendo que no escuchaba las respuestas, el contador continuó su relato:

—Temo que se trate de una conspiración contra las autoridades virreinales. Deseo disponer el envío a Potosí de una compañía de infantería y un oidor de audiencia, para que sea investigado el caso y reciban castigo sus culpables…

—No haréis nada de eso —contestó el virrey, que al parecer comenzaba a animarse, pues se arrellanó en su lecho y apoyó la cabeza sobre la mano mientras bostezaba. En nada me extrañaron a mí esas palabras, pues yo había estado presente cuando la viuda del vicuña Yáñez había querido matar al virrey, y sabía que él personalmente había sugerido sacrificar al desleal corregidor. Pero el contador no se hallaba al tanto de tal historia, y un gesto de estupor rayó su impertérrito rostro, como un clavo atravesando una estatua tallada.

—Su Excelencia tiene previstas medidas más drásticas, quizá, para escarmentar a los potosinos —supuso.

—Debéis saber, contador, que ese corregidor era un bellaco y un traidor. Se ha ganado a pulso su destino, a fuerza de falsear mis órdenes para beneficiar sus negocios. Lo único que haremos será encontrarle un sucesor digno. Quizá, Alonso, la regenta del burdel de la calle de la Manito. A fin de cuentas, Potosí es un antro igual de infecto, solo que mucho más grande.

Celebró el virrey su ocurrencia con una larga risa, y con una expedición al mueble donde guardaba los licores. Se sirvió el líquido marrón claro de una botella. Iba tan mareado que derramaba gotas por la alfombra.

Solo entonces, con la vista más acostumbrada ya a la media luz, vi que llevaba Gonzalo de la Maza un grueso legajo en un costado, y comprendí la verdadera intención de tan tardía irrupción en la alcoba del soberano: planeaba el contador hacer firmar órdenes al virrey aprovechando su estado de semiinconsciencia. Seguramente, con ese vil método había acumulado todo el poder que poseía. Aunque debo admitir, en su defensa que, de esperar a encontrar al virrey sobrio, ninguno de sus ministros habría conseguido que firmase ni un pedido de bollos.

Ni aun ebrio se le podía discutir, sin embargo, pues era el virrey, al fin y al cabo, de modo que Gonzalo de la Maza pasó al siguiente punto en su orden del día:

—Hay… otro asunto que preocupa al consejo de gobierno, Su Excelencia.

—¿Han asesinado también al inquisidor Gaitán? Porque no estaría de más, ya puestos…

—De hecho, se trata precisamente de una denuncia puesta por el inquisidor, pero basada en la ley canónica: la abadesa de Santa Clara, Mencia de Sosa, pretende reelegirse en el cargo, contraviniendo las normas, los usos y las costumbres inherentes a los conventos de clausura.

Sirvió otro vaso el virrey, que acercó a su funcionario. Este lo recibió por cortesía con la mano libre, y tras mojarse apenas los labios con el brebaje marrón, lo abandonó en una mesa. Su único interés era la respuesta del virrey, que mientras tanto, trastabillaba por la alcoba, agarrándose del dosel para no caerse.

—Contador, ¿no es a vuestra casa adonde asiste mi mujer para encontrarse

con la santa?

Se hinchó de orgullo el funcionario para responder, alzando tanto la barba que amenazaba clavarla en el techo.

—Rosa nos ha hecho el honor de convertir nuestro hogar en una morada divina. Una y otra vez, nos sorprende con nuevas maravillas. Puede pasarse orando días enteros, y después del segundo día, comienza a alzarse en el aire. Yo mismo la he visto despegar hasta quedar suspendida a media altura entre el suelo y el cielo, más cerca de Dios que todos los pecadores.

—Qué me decís…

—Tenemos en el oratorio una imagen del Santo Rostro. Ayer mismo, la imagen se echó a llorar. Estaban todas las mujeres que siguen a Rosa y algunos criados y esclavos. Todos lo vieron. Y lo más increíble es por qué lloraba Jesús: porque ahí mismo había pedido a Rosa en matrimonio. Le había dicho «Rosa de mi corazón, sed mi esposa». ¡Y ella le había dicho que sí!

El virrey tenía la boca abierta. Hilos de baba se formaron en sus comisuras. Abrió los ojos muy grandes. Los tenía rojos.

—Fascinante. Entonces, contador, decidme una cosa: ¿qué me importan a mí las monjas esas de Santa Clara si tenemos en el reino a una verdadera esposa de Dios?

El contador no supo responder a esa pregunta que el Santo Oficio habría considerado blasfema de no haber salido de tan ilustres labios. Para su mayor confusión, dichos labios continuaron lanzando improperios:

—¿Para qué hace falta tanto cura y tanto obispo, que meten en todo sus faldas, como viejas chismosas con barbas? ¿Y quién necesita un virrey, ya puestos, si todo lo arregla la dichosa milagrera azotándose en un maldito altar? ¿Qué necesidad hay de todos nosotros? Decidme. ¡Decidme!

De repente, vimos tan desconsolado al virrey, que ni el contador ni yo nos atrevimos a responderle. Tan solo lo dejamos andar de un lado a otro, pateando los muebles, tirando los cuadros y rompiendo las botellas, hasta que bajo nuestros pies se formó un extenso charco nauseabundo. El príncipe tumbó incluso las velas, que prendieron el alcohol del suelo y a punto estuvieron de causar un incendio.

Los dos huéspedes de la alcoba pisamos los fuegos que brotaban en varios rincones, mientras el soberano caía de espaldas en una butaca, jadeando y sollozando. Cuando pareció que había terminado de gemir, o quizá que se había olvidado de nuestra presencia, el contador no se tomó la molestia de comentar sus confusas palabras. Simplemente, insistió en su tema. A la vista estaba que era hombre persistente:

—¿Sabe Su Excelencia cómo es el averno? Precisamente leí hace poco la descripción de un teólogo: es un lugar donde los demonios se gritan unos a otros:

«Martiriza, degüella, masacra y asesina sin descanso. Pon a este sobre las brasas incandescentes y arroja a aquel otro al horno». Ahí, las mujeres licenciosas llevan en brazos un demonio envuelto en llamas, cuya cola de serpiente se les enrosca entre las piernas, cuyas garras se les clavan en la carne, cuya boca fétida y babeante se les acerca a la cara para escupir lenguas de azufre y veneno, mientras aúllan: «¡Mirad a esa ramera!¡Bien merecido se tiene que la torturen!». Pues algo muy parecido a eso es el convento de Santa Clara, y su abadesa ansía acercarlo aún más al fuego negro del infierno. Nosotros los mortales, incluso Su Excelencia en su excelsa sabiduría, somos simples instrumentos, pasajeros pero necesarios para cumplir el plan de Dios en la tierra. Y esa monja Mencia, permítame decirlo, es un enemigo declarado de dicho plan.

Por mucho que estaba yo plenamente de acuerdo con tal descripción, tenía un recado que cumplir de la abadesa, del cual dependía mi futuro junto a Jerónima. De hecho, en ese mismo momento, el contador me servía sin saberlo la ocasión que llevaba buscando toda la noche para deslizar mi cometido ante el virrey. Y no la desaproveché:

—Cierto es que la tal Mencia tiene mala fama… —comencé.

—Vos lo sabéis bien —maldició Gonzalo de la Maza, lo que me animó más aún a desbaratar sus esfuerzos. Así que continué sin responderle:

—Pero Su Excelencia, pensad que la otra candidata a la elección es la favorita del licenciado Gaitán, a quien detestáis, y quien, como ha quedado claro, tiene en la actual abadesa a una poderosa enemiga. Pensando en vuestro interés, apoyar a Mencia de Sosa puede ayudaros a equilibrar la fuerza del inquisidor. Defenestrarla, en cambio, le hace un favor a vuestro peor rival.

De haber tenido un cuchillo a mano, sin duda el contador De la Maza me habría destripado ahí mismo. No se le habría ocurrido jamás encontrarme en ese lugar a esa hora oscura, y menos aún, que mis palabras pudiesen tener una influencia sobre nuestro soberano. Pero al final, el consejero más fiable es el que peca junto a uno, pues tiene tanto que perder como uno mismo, y eso lo sabía bien el virrey:

—No sois tonto, Alonso. Vuestro consejo expresa sabiduría y lealtad. Escribiré una carta apoyando a la abadesa, y eso hará que la apoyen también mis amigos. Pero no quiero por eso enemistarme con Gaitán. Precisamente por ser un viejo brujo y odioso, temo que pueda poner contra mí al arzobispo o, quién sabe, a alguna autoridad de la Metrópoli.

—Piensa con claridad, Su Excelencia…

En verdad, aunque seguía desparramado en su butaca con la mirada perdida, algo de lucidez debía de haber recobrado el príncipe después de su berrinche, seguramente debida a su educación cortesana, pues sus siguientes palabras lo mostraron más agudo aún:

—Alonso, vos habéis trabajado con Gaitán, y estabais ahí el día de mi llegada, cuando intentó ofrecerme aquel espectáculo horrendo del indio en fogata. Era insoportable, pero al licenciado le gustaba, así que… ¿Sabéis qué haréis? Iréis mañana al Santo Oficio de mi parte, y le diréis al licenciado que quiero organizar un auto de fe. Lo haremos para escarmiento del reino, por cuyos pecados nos ha enviado Dios avisos nefastos, como el ataque de los piratas. Que queme el inquisidor en la plaza pública a quien quiera: brujas, blasfemos, luteranos, lo que haga falta. Eso lo hará feliz. Y con él y la superiora felices, yo tendré menos problemas, que es lo que importa.

Soltó una carcajada Su Excelencia, y sin querer decir más, nos mandó a los dos a dormir, orden que obedecimos entre reverencias.

Yo me marché satisfecho, previendo que me visitarían los sueños más hermosos esa noche.

—Que Dios os guarde en vuestro lecho, contador —me despedí en la puerta del aposento.

Gonzalo de la Maza ni siquiera contestó. Supuse que, por mucho que tuviese a una santa en casa, él sabía que le esperaba una noche amargada de pesadillas.

7

Había acertado el virrey en su previsión: la mañana siguiente, en su celda del Santo Oficio, el licenciado Gaitán se alegró sobremanera con el permiso de castigar en ceremonia pública a los herejes, desobedientes y enemigos de la fe. Alzando los brazos al cielo, proclamó:

—Poco a poco, el príncipe de Esquilache cobra consciencia de que el demonio está invadiendo estos reinos. Porque ya las señales son imposibles de ignorar…

—Los autos de fe nos ayudarán a detener al Maligno —acepté sin creerlo en verdad, solo porque sabía que él aprobaría esas palabras—, y a sembrar el ejemplo entre la población ignorante, que vive bajo el influjo de hechicerías y sortilegios.

—Me pondré a preparar el primero ahora mismo. Tenemos un judío portugués que se niega a renegar de la fe. ¡De la fe de los que mataron a Cristo, nada menos! Ese marrano merece sin duda inaugurar esta nueva temporada de glorificación al Señor…

Mis ojos pasaron revista a la celda, como siempre llena de libros y legajos, presidida por el crucifijo de ébano y marfil que sangraba sobre la cabeza del inquisidor. Cuántas conversaciones habíamos tenido ahí, cuando yo aún consideraba a ese hombre mi maestro. Cuántas cosas me había enseñado sobre los designios de Nuestro Señor. Mi propio comentario sobre los autos de fe me había sonado al pronunciarlo como si recuperase un idioma olvidado.

No pude evitar los remordimientos: desde mis tiempos como alguacil, me había yo apartado del recto camino y convertido en un despojo moral. Había decepcionado al inquisidor, a Cristo, a mí mismo… Y a mi madre, por cierto, a la que había terminado por mandar a encerrar. ¿En qué momento había dejado yo de sentirme cómodo obedeciendo? ¿Cuándo había decidido abandonar las enseñanzas de la Biblia para embarcarme en el camino del infierno? Traté de recordarme a mí mismo mis ideas de los últimos tiempos, sobre que el catecismo era un embuste de virreyes y sacerdotes, un engañabobos para justificar su influjo sobre las almas de los pecadores. Pero aquellos pensamientos, que hasta entonces se habían hecho fuertes en mí, en la celda del licenciado se debilitaban y se deshacían, como azúcar en el agua.

Acaso adivinaba mis pensamientos Gaitán, bien por su conocimiento del

alma humana o bien porque mi rostro delataba mi vergüenza. El caso es que, justo mientras las dudas roían mi alma, sus ojos se enarcaron con sospecha y me inquirió:

—Debe haber cobrado consciencia el virrey de que sus actos depravados lo conducen a la condenación eterna. Pero ¿habéis cobrado consciencia vos, hijo mío?

—¿Qué sabéis vos de mí? —esquivé el tema que él proponía—. Ya hace mucho que no soy el que conocisteis.

—Eso me temo, hijo. Eso me temo. ¿Rezáis?

Negué con la cabeza.

La presencia de mi antiguo maestro tenía el efecto de los brebajes de Jerónima: confundía mi razonamiento. Lo llenaba de monstruos. Anulaba mi voluntad.

—Rezad conmigo —sugirió—. Un padrenuestro.

—Tengo obligaciones —me negué—. Ahora mismo debo volver al palacio…

—Ahora mismo, lo que debéis es volver a la Iglesia. A vuestra Iglesia: la casa que os acogió y os enseñó a caminar. La misma que, en vuestra voluntad de correr, habéis dejado atrás.

Intenté negarme, pero mi boca y mis piernas no quisieron obedecer. Antes de poder reaccionar, me arrodillaba ya frente a la mesa del licenciado, con él a mi lado dirigiendo la oración:

—*Pater noster, qui es in caelis…*

—*Sanctificetur Nomen Tuum…*

—*Adveniat Regnum Tuum…*

—*Fiat voluntas Tua, sicut in caelo, et in terra…*

Repetir esas palabras tras un largo tiempo hizo correr por mi cuerpo un calor que llevaba meses sin abrigarme. Fue como reencontrarme con una familia o volver a hallarme en el hogar del que había sido expulsado. Solo que no había sido expulsado. Me había marchado por mi propio pie, desconfiando de mis obligaciones y deberes, para descubrir en el exterior una intemperie solitaria y vacía.

Las dudas se amontonaban en mi pecho conforme transcurría la oración. Hasta que algo llamó mi atención desde el suelo, debajo de las estanterías de libros del inquisidor. Parecía una serpiente inmóvil, de un color brillante, aunque no tan deslumbrante como las piedras preciosas.

—¿Sabéis qué haría falta en nuestro auto de fe, Alonso?

La pregunta del inquisidor me distrajo del objeto ahí caído. Reparé en que ahora, de repente, hablaba de *nuestro* auto de fe. Del licenciado y mío, es decir. Sus palabras implicaban que Dios me estaba acogiendo en su seno ahí mismo, tan rápido que ni siquiera me dejaba tiempo de confesarme.

—¿Qué haría falta, señor?

—Llevar a la hoguera a la falsa santa. Por bruja.

—¿Queréis quemar a Rosa?

—Quiero que el pueblo distinga a las emisarias del demonio que usan la voz de Dios para disfrazarse…

—¿Y si habla de verdad con la voz de Dios?

—Vos mismo oísteis cómo la tentaba el demonio. Y cuánto le costaba diferenciarlo de Cristo. ¡Ella ha confesado! Tenéis que decírselo al príncipe de Esquilache. Solo él puede detener el trabajo demoníaco de Rosa…

Comprendí entonces la farsa que encerraba mi regreso al rebaño de la Iglesia. Lo que este hombre buscaba en realidad era mi influencia ante el virrey para insistir en la condenación de Rosa. Yo ni siquiera era para él ya su antiguo alguacil y discípulo, como había querido hacerme creer, sino tan solo un puente hacia Su Excelencia, quien por muy corrompido que estuviese, seguía siendo nuestro soberano.

Más mentiras, Vuestras Mercedes. Más fingimientos. Más intereses mezquinos disfrazados de moral sagrada.

Pero no los últimos. Ni siquiera los peores que estaba yo destinado a descubrir durante esa aciaga mañana. Pues entonces, como un relámpago de la tormenta de los piratas, se formó en mi mente una idea: que el objeto bajo esa estantería ya lo había visto yo antes, muchas veces… y muy cerca de mí.

Di la espalda al licenciado, me acerqué al rincón donde yacía esa culebrilla brillante y la levanté del suelo. Al momento, reconocí el rosario de nácar y metal plateado de mi madre, el que usaba ella para alejar las calamidades y conjurar las maldiciones, el mismo que ella había empuñado tantas veces como un arma contra la adversidad, por ejemplo, la noche del nacimiento del diablo, o ante los azotes de Rosa en el templo de Santo Domingo.

—¿Cómo ha llegado esto aquí? —quise saber.

El inquisidor palideció. Se puso en pie. Se llevó las manos a la cabeza:

—¡Lo ha traído el demonio! Es otro de sus ardides. ¿Veis cómo intenta separaros de mí? Tiene miedo de lo que podemos hacer juntos. Está protegiendo a Rosa y…

No pude contener la voluntad de empujar a ese hombre contra su escritorio. Por venerable y poderoso que resultase, tenía un cuerpo viejo y frágil, que se estrelló de espaldas contra la madera. Me resultó imposible saber si los crujidos que sonaron entonces correspondían al mueble o a sus huesos.

—¿Sois el mancebo de mi madre?

El inquisidor tosió. Su garganta se atascó de espumarajos, hasta que finalmente logró responder:

—No os dejéis engañar por Satanás…

—Sí lo sois. Y la envenenasteis en mi contra. ¡Por vuestra culpa me echó de mi casa!

Con una mano hacia mí, para intentar detener cualquier nuevo golpe, y la otra en la cintura, tratando de contener el dolor, se arrastró hasta su silla el licenciado.

—¡A mí la guardia!

Fuera de mis cabales, arranqué el crucifijo que colgaba de la pared y apunté su pie hacia el corazón del licenciado, como si de una lanza se tratase.

—Callad u os mato aquí mismo, bellaco, hijo de mala madre. Si tanto queréis hablar, decidme mejor cómo os habéis atrevido a hacerle esto a mi familia. Y después de decirlo, rezad para que no os mate de todos modos.

Su pecho se alzaba y descendía, como si fuese a estallar. Sudaba. Sus ojos suplicaban. Su voz tardó un rato en brotar de su garganta, cascada y llorosa:

—¿No os digo, Alonso, que el demonio está por todas partes en estos reinos? Él vino a mí y me tentó, y llevaba el rostro de vuestra madre, y me entregó ese cuerpo para mancillarme y quitarme mérito ante Dios…

—¿Me estáis diciendo que fue culpa de ella?

—Acaso fuese culpa de vos…

Esto último lo dijo en un tono tan quedo que se confundía con su respiración. Aun así, llegó a mis oídos e incendió más mi ánimo:

—Pero ¿cómo va a ser mi culpa, viejo sucio del demonio?

Por primera vez, sonó el inquisidor seguro y firme, como quien se sabe dueño de la razón:

—¿Por qué creéis que vino a mí vuestra madre? Ella quería conseguiros un trabajo de provecho. Y con ese fin, se ofreció a mí y despertó mi lascivia. Y cuando consiguió lo que pedía, solo lo usó como razón para venir más aún. Me hizo asistir al corral de comedias, como no cumple a buen cristiano. Me hizo beber y pecar de muchas maneras, de las que yo solo había oído hablar en los interrogatorios. No dejo de pedir perdón por todo ello en mis rezos, y aun así, no dejo de caer en el pecado cuando ella viene a mí. Aquí mismo estuvo la noche antes de ser confinada en la casa de las divorciadas. Su hechizo es poderoso…

—Le pregunté con quién yacía. Y ella calló vuestro nombre. A pesar de todo siente lealtad por vos…

—O miedo, quizá. De la Inquisición. Y del castigo que pueda corresponderle por haber arrastrado al pecado a un hombre de Dios…

—¡Ella no os arrastró a nada!

A punto estuve de atravesarle el crucifijo en la cabeza, entre esos ojos de pájaro de mal agüero. Solo en el último instante, precaviendo las consecuencias, se desvió mi mano. Hube de contentarme con dar a mi cólera un cauce inofensivo, al menos desde el punto de vista de la vida física del licenciado. Estrellé la cruz

contra el suelo y la pisoteé, como si fuera yo mismo un demonio. Salté sobre ella hasta dejarla convertida en un amasijo de astillas.

El inquisidor permanecía en su asiento, estirando la mano hacia mí en un vano esfuerzo por contener mi ímpetu. Con esa intención, ensayó una explicación a su barbarie:

—Desde Eva, es la mujer la que hace el trabajo de la serpiente, Alonso, y el hombre quien cae en sus redes. Lo sabéis bien.

—¡Mi madre os cree! —interrumpí en un grito—. Cree todas vuestras supersticiones y patrañas. Si vos le decís que Dios le manda yacer con vos, ella lo hará. Os habéis aprovechado de su devoción, y la devoción se parece demasiado a la estupidez…

—Blasfemáis, Alonso…

—¿Y quién me lo va a recriminar ahora? ¿Vos?

Volví a acercarme a él. Sentí el impulso de levantarlo por el pescuezo y arrojarlo contra la pared. Pero en ese momento, una nueva ocurrencia atravesó mi corazón. Antes de patearlo hasta verlo sangrar, como era mi deseo, lo tomé del hábito y acerqué su rostro al mío, tanto que su aliento fétido quedó flotando como una nube alrededor de mi cabeza.

—Tenéis que responderme algo, anciano miserable…

—Lo que digáis, pero dejadme vivir…

Lloraba, se arrugaba, se ahogaba en su propia cobardía. Mientras tanto, yo crecía en mi furia, y solo animado por ella, que me quemaba en el pecho, pude formular la pregunta que me devoraba por dentro:

—No seréis vos mi padre, ¿verdad?

8

La mañana de la elección de Santa Clara, el arzobispo de Lima, don Fernando Arias de Ugarte, se presentó en el convento para presidir la ocasión. Lo acompañaban dos clérigos de alto rango —un maestrescuela y un vicario— y, como muestra especial del interés del virrey, dos representantes del palacio.

Acaso con malicioso sentido del humor, el príncipe de Esquilache nos había escogido al contador Gonzalo de la Maza y a mí.

Un grupo de monjas de velo negro nos recibió y condujo hacia la iglesia, que había sido solemnemente decorada para la ocasión. Ahí se hallaban todas las hermanas de su categoría, que alcanzaban un número inusualmente alto. Calculé por la ocupación de las bancas que debía haber cerca de un centenar, cuando lo normal habrían sido unas cuarenta o cincuenta. Entre las presentes, por cierto, me extrañó reconocer a la monja que guardaba la portería apenas unas semanas antes. Ahora había cambiado su velo blanco por el oscuro de la élite de las monjas.

—La abadesa ha duplicado el número de monjas de velo negro para dar voto a sus aduladoras —me informó al oído el contador, reprobándome con su tono y su expresión—. Esas son las mañas de vuestra amiga, la que os permite meteros al convento por las noches.

Suspiré. No tenía sentido sacarlo de su error. No me habría creído. Probablemente fuese su informante el licenciado Gaitán, o algún otro bribón de la misma calaña, capaz de ahogar la realidad en el veneno de sus insidias. En todo caso, yo volví a concentrarme en la elección. El inquisidor se colaba entre mis ideas a la menor oportunidad, pero yo intentaba no pensar en él.

La liturgia incluyó oraciones e himnos. Debido a su precipitada inclusión en el coro, algunas de las monjas cantaban francamente mal. Pero no era momento de detenerse en esos detalles. Al fin y al cabo, cosas mucho peores estaban ocurriendo ahí, aunque nadie las pronunciase en voz alta.

Al terminar, el arzobispo ocupó el torno episcopal, situado ante el altar de la iglesia. Y desde ahí, llevando en la mano el sello y las llaves del convento, pronunció un breve sermón:

—Hermanas, ha llegado la hora de que rechacéis cualquier motivación terrenal y mundana. Fijad vuestra mirada solo en el Espíritu Santo. Y bajo su guía, elegid a la abadesa que mejor pueda conduciros hacia la vida eterna…

Todos ahí conocíamos de antemano el resultado de la elección, lo cual volvía esas palabras tan vacías como cáscaras de huevos rotos. Sin embargo, nos persignamos ante ellas, y elevamos un rezo común, pues todos ahí éramos igual de hipócritas.

Vuestras Mercedes perdonarán mis palabras. Imagino que, en la Metrópoli, tan cerca del camino de Santiago apóstol y del Sumo Pontífice, serán más verdaderas devociones como estas. Pero aquí, en los reinos de ultramar, se han corrompido incluso las más venerables ceremonias. Nuestros sacerdotes aparentan ofenderse ante las representaciones teatrales de los corrales, mientras actúan en sus propias comedias, usando como escenario la casa del Señor.

Ahora, las monjas se arrodillaron y rezaron un *Mea Culpa*. El arzobispo absolvió de una vez, y sin escucharlos, todos los pecados en que hubiesen incurrido durante los meses previos a la elección. De haber tenido que confesarlos uno por uno, no habría alcanzado el año entero.

Por fin, formaron fila las monjas en el pasillo central, y se fueron arrodillando una detrás de otra ante el trono. Los dos clérigos flanqueaban al arzobispo. El maestrescuela sostenía una bandeja de plata, donde las monjas depositaban los papeles en que llevaban escritos sus votos. Tres o cuatro de ellas, también recién ascendidas, eran tan inadecuadas para el velo negro que ni siquiera sabían leer. Ellas susurraron sus votos al oído del vicario, que los anotó y los sumó con los demás.

No pude evitar preguntarme si alguno de esos hombres sería mi padre. En realidad, me lo preguntaba por todas partes. En la calle. En el palacio. Aunque me esforzaba por alejar cualquier recuerdo del licenciado, había uno que no me dejaba en paz: Gaitán había negado ser el primer ni el único hombre al que mi madre había ofrecido sus favores. De acuerdo con su testimonio, no llevaba ni siquiera un año retozando con ella, de modo que cualquiera de los que mentían en ese altar, fingiendo caridad y compasión, podía haberse amancebado con mi madre previamente. Igual que el contador Gonzalo de la Maza. O, por decir algo, el palafrenero del reino. Quizá mi padre ni siquiera supiese que lo era. Y aunque lo supiese, ¿cómo plantear un interrogante de esa magnitud? ¿A quién hacerlo? Las mentiras no solo están hechas de dichos falsos, sino también, y, sobre todo, de dichos callados, de silencios.

Terminada la votación, y con las monjas aún de rodillas en sus reclinatorios, los clérigos contaron los votos en presencia del arzobispo. Mucho antes de terminar el conteo, ya estaba claro que Mencia dejaría muy atrás a su competidora. En el recuento final, obtuvo dos tercios de los votos. Desde mi lugar, vi despertar la ira de las verdes, que entre ellas refunfuñaron intercambiando enfados. Supe cuál era su candidata, Beatriz de Jesús, al notarla en medio de la agitación de las derrotadas, con el rostro congestionado por la decepción. Pensé

que la vería rebelarse ante la evidente injusticia que se acababa de cometer. No obstante, por respeto al arzobispo, la perdedora guardó el silencio preceptivo a pesar de su notorio descontento.

El arzobispo llamó a Mencia al trono y preguntó:

—¿Aceptáis libremente el encargo que se os confiere?

Ella se puso de rodillas, con las manos entrelazadas en oración.

—Sí. Acepto.

—¿Juráis desempeñar vuestras funciones con humildad a la mayor gloria de Dios?

—Sí. Juro.

Le devolvió el arzobispo a la monja su sello y sus llaves, que más le habría valido conservar consigo todo el tiempo, por mor de la honestidad. Se apartó él dejando el trono para la abadesa reelecta que, ahí sentada, recibió a sus hermanas. Tras las de velo negro, entraron todas las demás monjas del convento, incluso las de velo blanco y las donadas. Una por una, empezando por la candidata de las verdes, se arrodillaron ante Mencia y besaron su mano derecha.

Seguí con los ojos a Jerónima mientras llegaba su turno. Sin duda, ella había soñado con un cambio de guardia, pero ahora veía frente a sí al menos tres años más de sometimiento a su opresora. Apenada por esa perspectiva, ni siquiera levantó la vista del suelo, y sus pies se movieron hacia el trono con la pesadez de las columnas del templo. En cambio, cuando llegó al trono, Mencia extendió la mano hacia su beso con una sonrisa de triunfante y, por qué no decirlo, humillante satisfacción.

No sabía Jerónima, ni tenía cómo saber, que aún podía esperar una victoria de ese día. Me tocaba a mí llevársela en nuestra propia bandeja de plata. No se había percatado ella de mi presencia, ni ese día ni semanas antes, cuando había llevado al convento la carta del virrey que respaldaba a Mencia. Dicha carta, con la que yo cumplía mi promesa, sin duda había allanado la reelección de la abadesa. Pero no sin un precio justo a cambio. Aunque la mulata no pudiera imaginarlo, el triunfo de su superiora también era suyo.

Tras el besamanos, la reelecta recorrió sus extensos dominios saludando a todas las demás súbditas de su reino. Las cocineras en los fogones, las esclavas que hacían la lavandería, las niñas de la escuela la recibieron con cánticos y poemas, que ella aceptó haciendo gala de falsa modestia. Después, en el comedor, se sirvió la más copiosa y suculenta cena del año. Finalmente, la celebración se trasladó al locutorio, donde las criadas servían bebidas y un grupo de monjas tocaba melodías de fiesta.

Ahí, la homenajeada compartió su elección con familiares y amigos laicos, entre ellos, numerosas autoridades. Incluso el contador Gonzalo de la Maza felicitó a la ganadora a regañadientes, pues como ya he dicho, la farsa se debía

representar hasta su final. Pero si yo me mantuve merodeando por ahí, persiguiendo a la abadesa por los rincones del locutorio, no fue para transmitirle una felicitación que no sentía, sino para cobrar su deuda, la parte de nuestro trato que ahora le correspondía honrar.

—Me sorprende veros aquí —admitió ella, cuando ya no pudo eludirme más y le di alcance, cerca de la puerta que conducía al templo—. ¿Os alegráis tanto por mí?

—Me alegro por Jerónima —aclaré—, que ya no tendrá que someterse a vuestros caprichos.

Justo entonces, un militar se interpuso entre nosotros, distrayendo la atención de la superiora.

—Ninguna mujer fue más digna de su misión —dijo, recibido con profundo contento por nuestra anfitriona—. Ninguna misión fue tan digna de una mujer.

Mientras Mencia devolvía los cumplidos, yo paseé la mirada entre los asistentes hasta encontrar a Jerónima. La encontré junto a las que tocaban música, ella también husmeando en dirección a donde me encontraba, pues no perdía detalle de mí ni de su señora. Al cruzarse mi mirada con la suya, la apartó la mulata, y trabó conversación con otra monja. Comprendí que temía verse traicionada por sus deseos, o sorprendida en ellos.

Esperé al momento en que se despidió el militar y, aunque la superiora intentó escapar de nuevo, le di el alcance y retomé mi conversación:

—Tenéis una deuda de honor conmigo —le recordé—. Creo que es hoy un día tan bueno como cualquiera para pagarla.

—Supongo que Dios sabe de qué me habláis. Porque yo no tengo idea.

Ella repartía sonrisas y saludos, como quien arroja migas de pan a las palomas.

—No os hagáis la tonta. Pedí ayuda para vos al mismísimo virrey, y a él puedo denunciaros.

Cruzó la mujer sus manos en el regazo. Su cuerpo se movía como si sostuviera una conversación banal, sobre las bebidas o los invitados. Pero su lengua, a salvo de oídos indiscretos, disparaba dardos y flechas:

—¿Y qué vais a decirle? ¿Que os aprovechasteis de la autoridad de Su Excelencia para fugaros con una monja mulata? Me gustaría estar ahí cuando lo hagáis.

—No tenéis palabra… ¿Cómo os hacéis llamar sierva de Dios?

—Escuchad, insecto: no sé qué le dijisteis vos al príncipe de Esquilache. Pero tengo claro que fue un embuste. ¿Me exigiréis cumplir las normas que vos mismo pisoteáis? Aquí todos echamos mano de las armas que tenemos, Alonso. Y si queréis venir a por mí, sabed que yo tendré armas poderosas durante tres años más.

Cuando iba a responder, el arzobispo se acercó a saludar a la abadesa, trayendo con él a otro hombre, de reluciente calvicie, que se puso a sus pies. Reconocí en él a aquel juez de la audiencia que había condenado a mi madre. Estaba, pues, ahí lo más granado de nuestro virreinato, y la abadesa formaba parte de esa encopetada sociedad. Yo mismo había contribuido a ponerla ahí, para que pudiese ella ahora abandonarme entre sus invitados.

Habría deseado vengar su traición: arrastrarla ahí mismo por el suelo, abrirle el hábito con mis propias manos, patear su cuerpo con mis botas de montar. Pero todo eso, una vez más, no habría labrado su ruina, sino la mía.

Para animarme, busqué de nuevo con los ojos a Jerónima, que ya no se hallaba por ninguna parte. Mis ojos deambularon entre las señoras de corsé, los esclavos armados que cuidaban a sus amos, las monjas del partido verde derrotadas, las criadas que servían bebidas, sin reconocer a ninguna de esas personas ni entender sus risas y sus comentarios, tan confuso en mi contemplación de la escena como el que intenta leer un libro en la lengua bárbara de los quechuas. Nadie ahí formaba ya parte de nada que yo pudiese comprender.

Derrotado por mi propia torpeza, decidí emprender la marcha. Nada me quedaba por hacer en ese lugar.

Aunque sí. Una cosa me quedaba. Cuando ya cruzaba el portal, por fin reconocí a alguien a quien podía recurrir.

Era la esclava que ya antes había llevado mis mensajes a Jerónima. Despedía a los invitados entregándoles ramos de geranios y margaritas. Tenía la sonrisa astuta de los gatos, que siempre caen de pie, sin importar de qué altura.

Al verla, tuve una idea.

9

La Casa de Divorciadas —que algunos llamaban por eufemismo Casa de Amparadas— no era más que una cárcel para mujeres, con monjas en vez de guardias y crucifijos en vez de alabardas. Sus pobladoras la mantenían más limpia que las barracas de varones, lo que no era difícil, visto que los presos masculinos a menudo defecan en sus mismas instalaciones y fornican entre ellos. Por lo demás, la única diferencia entre ambos lugares era su sentido: los hombres eran recluidos para proteger a la sociedad de sus crímenes. Las mujeres, en cambio, para protegerlas a ellas del mundo exterior:

—Tenemos muchas huérfanas —me explicó la monja que me guiaba, una mujer maciza y ceñuda como un infante de guerra—. Las traemos aquí para que no se pierdan de la mano de Dios, no vayan a vender sus cuerpos para poder comer. También traemos concubinas y mujeres públicas, que andan por ahí descarriadas, para devolverlas al rebaño del Señor. Y, por último, divorciadas y viudas, que recogemos para proteger su virtud.

Comprendí que todas las mujeres que no tenían un hombre al lado eran encerradas, tanto las amparadas como las monjas, igual que animales peligrosos.

—¿Y si ellas mismas no desean proteger su virtud? —pregunté—. ¿Nunca vienen por su propio pie?

—El pecado de la carne no solo se halla en el exterior de los cuerpos, también en el interior de los corazones. No podemos confiar en que estas mujeres, que atraviesan situaciones difíciles, piensen con claridad. Por eso, es necesario traerlas por la fuerza. Pero cuando ya llevan aquí un tiempo, terminan por comprender que es lo mejor para ellas.

Miré a mi alrededor. Todas las reclusas llevaban hábitos toscos, parecidos a los que usaba Rosa antes de hacerse dominica terciaria, igual de grises que sus pieles y sus semblantes. Imaginé que, si cualquiera de sus guardianas lo preguntaba, ellas responderían que eran muy felices. También se miente por temor a las consecuencias de decir la verdad.

Atravesamos el patio de los trabajos, donde las amparadas tejían sentadas frente a grandes máquinas. El sonido de los golpes de la madera nos ensordeció. A continuación, recorrimos un largo dormitorio, con filas de lechos a ambos lados, cuya única decoración eran unas pinturas didácticas, torpemente acabadas, de las

estaciones de Cristo. Sobre cada catre, en la pared, Jesús cargaba su cruz hacia el calvario, era clavado en ella o perecía. Arriba de la puerta de salida quedaba la imagen, tan mal hecha como todas las demás, en que resucitaba.

Al final del largo edificio, llegamos a la capilla, que más parecía una gruta. Tras una simple mesa que hacía de altar, una sola imagen de la Virgen de las Mercedes —con hábito blanco, cadenas y grilletes— pretendía inspirar con su ejemplo moral a las internas. Seis de esas internas oraban arrodilladas en bancas dispersas, quizá por verdadera fe, quizá para escapar del trabajo manual. La que oraba más a la izquierda era mi madre.

—Siempre está aquí —explicó la monja—. Y es un desperdicio, porque sabe tejer muy bien. Pero no hace daño a nadie, así que se lo permitimos.

—Me gustaría hablar con ella.

—Os dejaré solos mientras paso revista al refectorio.

Así lo hizo. Según me había explicado, otras veces, no se permitían encuentros sin testigos. Se habían dado casos de visitantes ardientes de deseo, incluso mujeres, que aprovechaban la menor distracción para saciar sus apetitos con las internas. O parientes de reclusas, incluso hombres, que se vestían con el hábito de sus primas o hermanas mientras ellas abandonaban la reclusión en su lugar. Pero al parecer, la monja había juzgado que yo era un hombre honesto.

O al menos, que no copularía con mi madre, ni me le parecía lo suficiente para la treta del disfraz.

Me senté al lado de ella, que se mantuvo de rodillas, sin abandonar su oración. Pasé un rato ahí sentado. No sabía cómo abordarla. Nuestro último cruce de palabras había ocurrido en la audiencia. Cargar mi propia cruz al calvario habría sido más fácil que hablarle después de eso.

Desde una esquina de la capilla, una de las supuestas creyentes, una joven, casi una niña de unos trece años, me hizo gestos provocativos con los ojos. Aparté de ella mi mirada y me centré en mi madre.

—Al menos tenéis dónde rezar —la saludé.

—Me falta mi rosario de nácar, regalo de vuestro padre.

Su respuesta me heló con una ola de frío reproche, pero la mía debió hacerle sentir el latigazo del arrepentimiento:

—Yo lo encontré. En la celda del licenciado Gaitán. ¿Queréis que os lo mande de vuelta? ¿Acaso con una carta de amor?

No mostró ella ninguna reacción. Como si no estuviera ahí, continuó sus rezos en voz un poco más alta, con los ojos fijos en la Virgen de las Mercedes. Pero ahora que ya había comenzado yo a hablar, las palabras manaban de mi boca como una cascada de bilis:

—Me ha dicho que habéis tenido otros mancebos. Que siempre los habéis tenido.

Detuvo sus rezos, aunque no dejó de encarar a la Virgen, y solo a ella. No pensaba regalarme siquiera la gracia de una mirada. Dijo:

—Las mujeres debemos callar ante los jueces la identidad de los pecadores, para no perjudicarlos ni hacerlos caer en desgracia. Pero esos pecadores no callan ni siquiera ante nuestros hijos. Parece tan injusto que solo puede ser una nueva prueba que me manda Dios. El Señor desea medir mi fe.

Vestir así, con una tela rasposa y remendada, debía representar para ella más humillación que el propio encierro. Acostumbrada como estaba a paños de calidad y afeites, la fealdad que acarreaba su condición representaba una condena suplementaria. Sin duda, eso formaba parte del plan de las monjas. Una manera más de proteger la virtud de sus amparadas. En ese momento, sentía yo tanto desprecio por mi madre que incluso me alegré de verla así.

—Fingís fe y devoción mientras os revolcáis con cualquiera.

—Con cualquiera, no. Solo con quien puede ayudaros.

—¿A mí? —me burlé.

Por vez primera, volvió ella hacía mí su rostro. La cólera que reflejaba golpeó mis mejillas con la fuerza de una bofetada.

—¿De dónde creéis que salió vuestra educación? ¿Vuestro trabajó en el Santo Oficio? ¿Y la tienda de paños que os da de comer? No fui yo a grandes escuelas, ni nací en cuna de plata. No están destinadas las mujeres a puestos de gobierno ni títulos por gestas de conquista. Pagué todo eso con lo único que tiene una mujer para pagar.

—Callad, madre…

Atrás, en la esquina, la joven de antes volvió a hacerme gestos. Cerró el puño y lo sacudió ante su rostro, como si con él metiese mi verga en su boca, chupando adelante y atrás. Una sonrisa degenerada le cruzó la cara.

Mi madre continuó, con voz digna a pesar de todo:

—Si venís a reprocharme lo que hago por vos, no esperéis cariños de mi parte.

Ahora fue mi turno de suspirar. Y de confesar la razón de mi presencia en ese hospital de corazones:

—No he venido a eso. He venido a despedirme.

Ella resopló con sarcasmo.

—¿Despediros? No es que vengáis a visitarme con frecuencia.

—Me voy de la ciudad. Para siempre.

—¿Y el virrey?

—Me es igual. He encontrado la mujer por la que me apetece vivir. Y cualquier otra razón para hacerlo me resulta ajena e insulsa. Nos marchamos esta noche. Y aquí os quedáis vos para reflexionar sobre vuestros pecados.

—¿Qué pasa con la tienda?

—He dicho que nada me interesa fuera de mi mujer…

—La monja mulata —escupió mi madre—. Y tenéis el cuajo de acusarme a mí de inmoral.

De seguro, el licenciado Gaitán había tenido tiempo de informarle sobre mis aventuras mientras la poseía en su celda.

Tras su desplante, ella volvió a encerrarse en sus plegarias. Después de todo, no éramos tan diferentes. Tampoco a ella le sobraban razones para vivir.

—Ya no os acuso de nada —me defendí—. Todas nuestras deudas están saldadas… menos una.

El murmullo de sus rezos zumbaba como un mosquito revoloteando alrededor de mi oreja. Yo continué:

—Cuando el licenciado Gaitán me habló de vuestras variadas aventuras, yo comprendí que debo haber sido engendrado en alguna de ellas. Nunca tuvisteis un marido. Yo solo fui una noche de diversión, en el lecho de un tal Pedro Morales, o quizá de alguien más, alguien que haya aceptado registrarme en la parroquia, pero falseando su nombre…

Mi madre rezaba en voz demasiado alta. Los versos del Salve volaban como cuchillas a través del aire de la capilla. Exigí:

—Quiero el nombre verdadero.

Ahora, calló. Y con ella callaron las otras feligresas, el rumor de los telares, los pájaros del cielo, los transeúntes de la calle.

—Decidme su nombre, madre. Ya no necesitáis mantener las apariencias. Ni yo tendré ocasión de importunarlo cuando me marche. Necesito que lo digáis, como quien necesita que le arranquen una verruga. Pero a diferencia de eso, no vendrá después el dolor de una herida. Solo el silencio y la soledad.

En la esquina, la joven de antes se había bajado el hábito hasta descubrirse el pecho. Apenas emergían de él los brotes de dos tetas pubescentes, que ella se empezó a frotar con las manos, mientras su boca formaba gestos lascivos en dirección a mí. Me pregunté si esa mujer estaba ahí de verdad. Sería quizá una emboscada de las monjas, conocedoras de mi reputación. O solo una ilusión, que Dios enviaba para tentarme.

—Si nunca dije su nombre —admitió entonces mi madre— fue para protegeros a vos. A nadie más.

—Ya no necesito vuestra protección. Ahora me ocupo yo de mí mismo.

Rezó mi madre de nuevo, ahora un credo. De repente, se apoderó de mí una fuerza extraña y arrasadora, salida de quién sabe dónde, acaso del pasado, que me empujó hacia ella. Me arrodillé a su lado y recé también ante la Virgen de las Mercedes. Unidas, nuestras voces atravesaron las paredes de la prisión, corretearon entre los puestos de los mercaderes, y luego levantaron el vuelo vertical de los cernícalos, se convirtieron en una melodía celestial, juguetearon

con las nubes, hasta descender de vuelta a nosotros, para limpiarnos por dentro y pulir nuestras ánimas mugrosas.

Completamos un misterio: diez avemarías, un gloria y una jaculatoria.

No habíamos orado juntos desde mi niñez, y conforme avanzábamos, un temblor se extendió por mi cuerpo, como si fuese a abrirme por la mitad.

Después de eso, ella me dijo el nombre de mi padre.

10

Cuando abandoné la Casa de las Divorciadas, el aire de la calle se sentía espeso como una ciénaga. Al hedor habitual de la ciudad, se había sumado un calor ácido, a azufre, que emponzoñaba la nariz y hería los ojos. Debía ser el olor de la verdad, que apestaba aún peor que sus máscaras. Era lo que me traía el olfato ahora que había descubierto mi origen.

Tenía razón mi madre: me había ocultado el nombre para protegerme. Ahora que lo sabía, solo yo sufría el daño. Pero no por mucho tiempo. Estaba a punto de alejarme de todo pecado original, de cruzar un umbral hacia el lugar donde no podrían arañarme las uñas mugrosas del pasado.

Tal y como tenía planeado, me dirigí hacia el palacio mientras el sol culminaba su descenso. La oscuridad no solo caía sobre las casas, también sobre las personas, echando sobre ellas una mortaja siniestra. Los mercaderes que recogían sus puestos adquirieron un aspecto tenebroso, con los ojos vaciados en negro, como arrancados de sus cuencas. Las señoras que se encaminaban hacia el rezo de vísperas aparecían a mis ojos estranguladas con sus propios rosarios. Los serenos que comenzaban su ronda nocturna se veían cortados, con los rostros atravesados por sangrientas cicatrices.

Todo ello debía, por supuesto, ser imaginario. La noche que llevaba dentro se estaba proyectando hacia el exterior, devorando la esfera de las apariencias.

Sacudí la cabeza para despejarme. Crucé la Plaza Mayor. A esa hora, los mozos habían abandonado ya las caballerizas, y solo quedaban los dos guardias de la puerta. También a ellos los vi como heridos, mustios, con los pechos hundidos por los cascos de animales rabiosos. Tampoco hice caso a esa impresión.

Escogí al mismo alazán que me había llevado hasta el Callao cuando el ataque de los piratas, una bestia rojiza de patas muy largas. Si entonces había tenido brío y fuerza, ahora podría volver a demostrar sus cualidades. Buena falta que me haría. Lo saqué del palacio a pie, llevándolo de la brida, para no llamar demasiado la atención. Al guardia de la puerta, le expliqué con una sonrisa cómplice:

—El virrey lo necesitará esta noche… Ya sabéis cómo es Su Excelencia…

El guardia no dijo nada. Quizá de verdad estuviera muerto.

Quizá lo estuviesen todos. En el camino hacia Barrios Altos, me espantó el

espectáculo fúnebre de la gente. Un mendigo se acercó a pedirme monedas, pero en vez de manos, tenía dos muñones bulbosos, de los que salían huesos y una carne podrida. Un fraile con que me crucé llevaba su cabeza en las manos, como las imágenes del papa Sixto. Como era costumbre, la gente abría sus puertas y arrojaba por la calle sus meados y sus porquerías, pero ahora, en vez de excrementos, sus palanganas iban cargadas de vísceras y sangre. En una esquina, tres perros callejeros mordisqueaban como gallinazos el cadáver de un anciano. Hasta las monjas con que me cruzaba de camino al convento habían perdido la piel de las caras. Sus velos solo dejaban ver huesos de rostros desollados.

Si era eso un sortilegio de Rosa para hacernos conscientes de nuestros pecados, o un acto directo del demonio, o si siempre nos habíamos hallado en el infierno sin saberlo, no me importó. Pronto esa ciudad de muertos en vida, esos sepulcros blanqueados, ese reino endemoniado en pleno, habrían quedado atrás.

Me aposté cerca de la puerta del locutorio, pero no justo enfrente. La esclava del convento me había mandado esperar oculto en la esquina, para pasar desapercibido a los cotilleos monjiles. Diez pesos me había costado esta vez su ayuda, dinero con el que ella podría comprarse hasta un vestido de brocados, pero me daba igual. En el cofre de la tienda de mi madre había encontrado noventa pesos más, que debían alcanzar para llegar al Callao y tomar el primer barco hacia Panamá o Nueva España.

Al terminar de negociar mi plan con la esclava, le había dicho:

—¿Cómo os llamáis? No me lo habéis dicho.

Y ella había respondido, taimada como era su naturaleza:

—Si esto sale mal, mejor que no sepáis mi nombre. Cambiaré el pañuelo de mi cabeza, y no sabréis distinguirme entre las esclavas del convento, ni aunque os haga falta para salvar la vida. Para vosotros, los de mi color somos todos iguales.

Esperé, pues, donde ella había dicho. A mi lado pasó un burro despellejado, guiado por un mozo que llevaba una daga enterrada en el vientre. Pero cuando la esclava salió a hacer la señal convenida, ella estaba entera, sana, y al parecer, indiferente a los cuerpos sin vida que poblaban la ciudad.

Se plantó en medio de la calle y alzó los brazos bostezando. Era esa la señal.

Me adelanté, espada en mano. Teníamos prevista una pequeña comedia que alejaría las sospechas de esa negra. Ella intentó impedirme el paso entre gritos y lloros. Yo la aparté con un par de empujones muy fuertes, porque debían ser convincentes ante los testigos. Me pasé un poco y su cabeza golpeó contra el muro. Pero no le hice nada que no curasen diez pesos.

Mi siguiente obstáculo fue la monja de la puerta que la negra había dejado abierta. La pobre hermana ni siquiera atinó a gritar. Fue todo oraciones y cruces. Esperaba que Dios bajase a salvarla personalmente. Y para no estorbar al Señor, se apartó de mi camino sin chistar.

Ya estaba ahí Jerónima. La había llevado la esclava al locutorio para recibir una visita imaginaria. O no tan imaginaria. Era la visita de su libertad, que se abría paso por las buenas o por las malas. Al verme entrar, las demás monjas callaron y se persignaron. Ese día no habían dejado meter gente, y del otro lado de los tabiques, escuché las voces del mundo exterior, enfrentadas al repentino silencio.

—¿Qué está pasando?

—¿Estáis bien?

—¿Seguís ahí?

Sin decir palabra ella tampoco, Jerónima me abrazó. Recordé la presión de su cuerpo contra el mío. El calor de sus mejillas. El perfume de la piel bajo sus orejas. Habría entrado a capa y espada en mil conventos, Vuestras Mercedes, habría saqueado el mismísimo tribunal de la Inquisición, y me habría ofrecido en sacrificio a los sables de guerreros y piratas, solo por vivir ese momento de nuevo.

Pero no estábamos ahí para regodearnos. Lo importante de todo este plan era su velocidad. Humedecí mis labios en los suyos, como probando un licor de uvas dulces. Y partimos en busca de mi alazán.

Montamos sobre el animal. Ella iba a la manera de los hombres: con el hábito subido hasta la cintura y las piernas al aire. Se abrazaba a mi espalda con el rostro hundido en mi nuca. De haber tenido tiempo para caricias, sus manos habrían quedado al alcance de mis mejillas. De haber tenido ese tiempo, el mundo habría sido muy diferente.

Espoleé al animal tan fuerte que lo hice chillar. Echó a correr derribando todo lo que se le interponía, persona, animal o cosa, entre las maldiciones de los transeúntes, esa horda de leprosos, mutilados y enfermos.

—¿Vos lo veis? —pregunté a Jerónima mientras galopábamos—. ¿Veis a la gente?

—No me importa la gente —respondió ella en mi oído. Era lo mejor que podía contestarme.

A toda carrera, pasamos la iglesia de San Francisco y la esquina de la Plaza Mayor, ahuyentando a las palomas que se comen las sobras de los comercios. Como había calculado yo, llegamos a la puerta de la ciudad justo antes del cierre. Dejar la muralla atrás fue como encontrar la salida de una profunda cueva.

—Dicen que en Panamá siempre brilla el sol —grité—. Excepto cuando cae lluvia del cielo. ¡Despedíos de este cielo color panza de burro!

Sentí que me apretaba ella más fuerte, mientras rugía el río ahí abajo, arrastrando masas de piedra y lodo. En ese instante, mis emociones eran tan intensas que me parecía no haber sentido nada nunca antes.

Ya había caído la noche, la única hora para huir sin perseguidores. Pero vislumbramos antorchas del otro extremo del puente que, por su altura, debían

estar en manos de jinetes. Al acercarnos distinguimos, en efecto, cuatro o cinco cabalgaduras detenidas en la orilla, al parecer, en espera de alguien. Temí que fuese la guardia, convocada por las monjas para capturarnos, pero no habrían tenido tiempo de adelantársenos. Además, en lugar de cerrarnos el camino, los jinetes se abrieron para dejarnos pasar.

De todos modos, reduje un poco la velocidad para saber a quién dejábamos atrás. Tuve suerte de hacerlo, porque en ese preciso instante, un fantasma me tomó del pescuezo y me arrojó con violencia al suelo.

Rodé sobre el empedrado del puente. Relinchó el caballo, alzándose sobre las patas traseras, y con ese movimiento cayó también mi mujer.

—¡Jerónima!

—Ya me ocuparé yo de ella —anunció una voz.

Antes hacerse visible su dueño, supe que había más muertos en el mundo de los que yo creía, y que yo mismo me acababa de convertir en uno de ellos.

De entre las sombras se adelantó el negro Nicomedes. Montaba una de las bestias del palacio. Su lugarteniente, el de la L en la cara, ocupaba la otra que me habían robado los cimarrones en aquella fallida excursión de meses antes. Las demás monturas eran de peor calaña, alguna de ellas una simple mula. Pero les habían bastado a sus jinetes para tensar una soga entre ellas, a la altura de mi cuello. Ese era el fantasma que me había derrumbado. Y de haber ido yo más rápido, habría podido degollarme.

Nada de eso importaba ya de todos modos.

—¡Jerónimaaaaa!

Ella se levantó del suelo, magullada pero entera. Nicomedes puso pie en tierra y la ayudó. Sacudió el polvo de su hábito. Certificó que no tuviese más que una leve cojera.

—¿Podéis montar? —le preguntó con suavidad.

—Puedo —respondió ella, no como se responde a un atacante, sino cómo se habla con un amigo o un esposo. Entonces, para mí horror, los dos se fundieron en un abrazo más grande que la noche. Dicho gesto me produjo un bochorno infinito, la certeza de que las mentiras nunca terminarían para mí.

Después, dejándola a ella con sus hombres, se acercó a mí Nicomedes lentamente:

—Ahora es cuando debería mataros. Para que dejéis de incordiar. Pero os debo un favor. Nosotros no habríamos podido ni acercarnos al convento. Habríamos tenido a la infantería alrededor nada más cruzar el río.

Le escupí. Era lo único que podía hacer. Y mi escupitajo, lanzado desde el suelo, ni siquiera pasó de sus botas. Tan inútil fue mi gesto que solo le arrancó al negro una sonrisa.

—Es la cuarta vez que os libráis, si no cuento mal. Debéis tener a una bruja

de vuestra parte.

No me interesaba escuchar a ese criminal. No me interesaba escuchar a nadie más que a la traidora. Y de ella, solo una cosa:

—¡Jerónimaaaaa! ¿Por qué?

Los cimarrones la habían ayudado a montar sobre el caballo de su jefe. Desde ahí, escuché el temblor avergonzado de su voz. Percibí las lágrimas humedeciendo sus palabras.

—Quizá nunca os lo pueda explicar. Pero os quiero, Alonso, aunque sé que eso tampoco lo entenderéis. Y lo siento.

Ya habían trepado a sus monturas todos los secuaces de Nicomedes. En una de ellas ataron a mi alazán, que sumaban así a su botín nefasto. Se había llevado un buen susto el caballo, pero la compañía de sus antiguos amigos de cuadra debió calmarlo hasta volverlo dócil. También me había arrancado uno de los negros la bolsa con el dinero para la fuga. No me restaba nada más que ofrecerles. No me quedaba nada que perder.

Nicomedes fue el último en montar. Ahora, recibía él el abrazo que Jerónima, en su falsedad, antes me había prestado.

—Sois un buen hombre, Alonso —proclamó magnánimo mientras daba vuelta al caballo—. Quizá vuestra pureza de alma es la bruja que tenéis de vuestra parte. Cuando arrasemos a los españoles, a los criollos, a los curas y los virreyes y a toda esa ralea de canallas miserables, no os interpongáis. Me gustaría volver a perdonaros la vida. De verdad.

Conforme se marchaban, el polvo que levantaban se me pegó en los labios y la lengua. Era todo el legado que Jerónima me concedía.

Ni siquiera me quedaba tiempo para regodearme en mi pena. Si quería volver a la ciudad, debía hacerlo mientras las puertas se mantuviesen abiertas. De lo contrario, pasaría la noche a merced de bandoleros, salteadores, incluso de un regreso de los cimarrones. Tampoco parecía una mala perspectiva después de todo. Pero por mucho que nuestra alma se empeñe en la propia muerte, nuestro cuerpo lucha por sobrevivir. Y el mío, arañado, entumecido y adolorido, me arrastró de vuelta por el puente, con tanto apremio que oí la puerta cerrarse a mis espaldas.

Al palacio del virrey llegué cubierto de tierra y llagas. Ya ni siquiera me importaba el aspecto mortuorio que tuviese la gente alrededor. Estaba condenado a formar parte de ese infierno, a sumarme a esa muerte en vida.

Pensaba llegar a mi lecho y ahí tumbarme, sin más objeto que yacer hasta petrificarme. Pero al llegar a la puerta del palacio, encontré lo último que me faltaba encontrar.

La carroza del diablo.

El escudo de armas apocalíptico: la bestia, el cuerno de la diadema y el

guerrero con yelmo de combate.

La cabina de madera negra y abollada donde habían metido a la novicia Ignacia para llevarla a la muerte. Y acaso también al hijo del demonio, para llevarlo a su trono.

—¿De quién es esto? —pregunté al guardia, que en la oscuridad no había reparado en mi penoso aspecto, o quizá sí, pero le daba igual—. ¿Quién ha traído esta carroza?

—Su dueño está visitando al virrey. —Fue la respuesta perezosa y desinteresada.

A pesar del estado de mis huesos, permanecí junto al vehículo satánico, pues su aparición en la noche de los vientos había marcado el comienzo de todas las desgracias, la caída sobre mí y sobre mi reino de todas las plagas, los castigos infinitos del cielo por nuestra maldad, nuestra estulticia, nuestra vergüenza, nuestra falsedad y nuestros vicios. Quería saber quién nos había traído todas esas calamidades. Quién había abierto las puertas de los círculos del infierno en plena Ciudad de los Reyes.

Recién a medianoche, el visitante emergió del palacio y subió a su carroza. Y lo reconocí, porque incluso en la penumbra, incluso mientras su carroza se perdía entre las calles, su ocupante brillaba con el fulgor de un fuego negro.

VI. DE LAS REVUELTAS, GUERRAS Y MUERTES QUE SIGUIERON

1

El Jueves Santo, después de la misa crismal y el sermón del nuevo mandamiento, salieron las procesiones por toda la ciudad. Con la esperanza de encontrar en ellas alguna mujer placentera, el virrey me mandó llamar a su séquito. Primero acompañamos al anda de la Última Cena, la cual representaba a Jesús anunciando su pasión y muerte a los doce apóstoles. Más adelante, nos desviamos para caminar junto al Santísimo Cristo de la Agonía, que sufría en la cruz para la redención de todos los hombres. Entre los rezos, multitud de señoras tapadas con velos intentaron ofrecérsele al virrey. Pero él no cataba mercancías que antes no pudiera ver.

Antes de la misa mayor, el arzobispo Arias de Ugarte lavó los pies de doce mendigos. La mayoría de ellos apestaban, o padecían deformidades y jorobas. Una de las pordioseras tenía toda la piel picada de sarpullidos como viruelas. La pobre diabla, azuzada por la multitud, la pompa y los inciensos, echó a gritar mientras el arzobispo la lavaba, como si le hubiesen sumergido los pies en lava ardiente.

—¡Aaaahh! ¡Soltadme, Satanás! ¡Soltad mi cuerpo desnudo!

La escolta hubo de retirarla entre los abucheos de la multitud.

Durante la misa mayor de la catedral, el virrey recibió las llaves del sagrario para proceder a su apertura. Cuando sacó el Santísimo Sacramento, que relucía como un disco solar, la ciudad entera se arrodilló ante él. Entre el brillo de los objetos sagrados, sus lujosos ropajes y su posición en lo alto del templo, Su Excelencia había crecido en estatura, y lejos de verse ridículo, irradiaba un aura casi divina.

La noche del viernes, visitamos con el virrey las siete iglesias más importantes de la ciudad. En todas ellas, nos recibió la efigie de Jesucristo en ademán de enfermo tendido sobre una cama. Para velar a dichas efigies acudían feligreses de todos los rincones de Lima. Incluso habían viajado desde ciudades lejanas. Sin embargo, el ambiente en los templos distaba mucho de la solemnidad requerida: los asistentes bebían, hacían bromas y cantaban canciones profanas, como clientes de una pulpería.

También en la calle se mezclaba de un modo extraño la profunda devoción con el jolgorio más desbocado. Penitentes bañados en sangre se flagelaban unos a

otros por sus pecados entre vendedores de chicha y aguardiente. Las tapadas rezaban rosarios mientras coqueteaban a los caballeros con el ojo descubierto. Indios disfrazados con máscaras y plumas de pájaro danzaban la música de sus zampoñas alrededor de los frailes. Para muchos de estos danzantes, Dios había muerto, así que todo quedaba permitido hasta el domingo de su resurrección, como si de un carnaval se tratase. Pensaban, pues, exactamente lo contrario de lo que exigían estas fiestas de recogimiento. Sin embargo, nadie tenía la autoridad moral de regañarlos, pues el propio virrey hacía eses por la calle, de tan bebido que iba:

—Estos indios no aprenderán jamás —vociferaba—. ¡Y yo que quería civilizarlos!

—Su Excelencia es un pastor demasiado bueno para este rebaño de cabras —lo adulaba su secretario de gobernación, a lo que el príncipe reaccionaba entre carcajadas y gritos:

—¡Jesús, resucita de una vez y arráncame de este purgatorio!

El sábado, las campanas anunciaron la Resurrección batiendo toda la noche, con tanta fuerza que se habría dicho que un terremoto asolaba la ciudad. Lo que nadie habría podido decidir es si Dios enviaba dicho temblor para celebrar que Cristo volvía de entre los muertos o, por el contrario, para castigar el desenfreno de sus fieles.

Para mí, el evento más importante llegaba el domingo. Si algún día estaba destinado a encontrarme con Nuestro Señor, era en el día de su resurrección, el último de esa semana.

Al salir del palacio, me encontré con la procesión que llevaba el Santísimo Sacramento a los ancianos y enfermos que no habían podido salir de sus casas. Con ella, iba un grupo de negros disfrazados con máscaras de diablos cornudos, torso desnudo, pantalones de plumas y espuelas en los pies descalzos. Mientras bailaban, golpeaban al suelo con látigos y representaban duelos rituales con espadas y escudos. Igual que Dios es Uno y Trino, en esa festividad, todo parecía ser lo que es y su contrario a la vez.

La calle de Capón se hallaba inusualmente tranquila, seguramente por andar toda la ciudad agotada, descansando de las festividades. O porque la chusma ya había tenido su ración de milagros y visiones de esa semana, y podía dejar a la santa en paz, aunque fuese por un día.

A diferencia de los fastos de días anteriores, la ceremonia que me esperaba era muy pequeña e íntima. Cuando entré en la casa del contador, apenas estaban en ella los dueños, la madre de Rosa y las beatas que solían orar con ella. Reconocí entre dichas mujeres a la cocinera Ana María Pérez, la monja dominica Inés de Ubitarte y su tía, Luisa Melgarejo, entre otras respetables esposas de mercaderes y académicos, pero también a indias y doncellas, a las que había yo visto ya en la

iglesia de Santo Domingo.

Gonzalo de la Maza recibía a los invitados en puerta, dedicándoles gozosas reverencias, como si fuese el padre de una novia en una boda. Al verme a mí, en cambio, ni siquiera extendió la mano. Solo me saludó con un gesto de rechazo y unas palabras agrias:

—Para presentaros aquí, debéis tener mucha cara y poca vergüenza.

—Para recibirme con esos modales, debéis sentir mucha envidia de mí. Y os recuerdo que la envidia es pecado.

—Otro virrey os habría echado de su lado a patadas.

—Pues a este, le pareció muy divertido que yo le robase un caballo para robar una mujer. Y que luego me robasen a mí las dos cosas. Se ha reído tanto a costa de mis desventuras que no ha tenido corazón para despedirme.

—Si la abadesa de Santa Clara no tuviese que esconder sus propias faltas, os habría denunciado ella a la audiencia. Y hoy estaríais en las mazmorras, como os corresponde…

Interrumpió nuestro combate dialéctico la música nupcial que ejecutaron tres instrumentistas llevados para la ocasión. Ya todos los invitados habían ingresado a la capilla. Y Rosa en persona se vino a nuestra vera entonces, de modo que fuimos los primeros en contemplarla. Iba ataviada con hábito blanco, y con el rostro más angelical que nunca, pero a la vez lleno de pasión, como si la misma Virgen María cruzase el patio en el día del primer milagro de Jesús.

Me incliné ante ella y me aparté para dejarla pasar. El contador la llevó de la mano hasta el altar, donde nos esperaba uno de los confesores de Rosa, aunque no el principal. Ya había oído yo que ese padre se había negado a oficiar la ceremonia, por dudar de que fuese canónica, e incluso considerarla en cierto punto herética. Pero estaba obsesionada Rosa con su celebración, y todas las beatas decían haber visto en persona a la pintura del Santo Rostro de Cristo exigirla con vehemencia. De modo que al final habían convencido a un dominico, fray Alonso Velásquez. Y ahí estaba él:

—Hermanos y hermanas, nos reunimos aquí, bajo la mirada del cielo, para consagrar el vínculo de nuestra amiga Rosa con… con… Jesucristo Nuestro Señor.

Dudó al pronunciar tal cosa, así como dudó al tildar a Rosa de «amiga», pues no era ella santa a ojos de la Iglesia católica, sino solo ante la mirada crédula de los limeños, la mitad de los cuales, como había quedado claro durante la Semana Santa, vivían en un estado de semibarbarie. Tampoco se atrevió el fraile a llamar «matrimonio» a lo que ahí ocurría. Ni siquiera llevaba la indumentaria adecuada, ya que administrar un sacramento de modo tan irregular le podría valer a la larga la excomunión. Todo debía hacerse de un modo que persuadiese de su validez a los asistentes sin incurrir en ofensas a los procedimientos

eclesiales.

Continuando con esos equilibrios imposibles, tomó el fraile entre sus dedos un aro de aspecto matrimonial, se lo mostró a la novia y continuó:

—Este anillo que pone «Rosa de mi corazón, sed mi esposa» ha sido forjado según los deseos de Jesús, que vos, querida, nos habéis transmitido. Sabemos de vuestra comunicación especial con la divinidad, pues grandes pruebas nos habéis dado de ella, por las que el pueblo de Lima y el reino en pleno os agradecen. Y en esta especial ceremonia, queremos reconocerla. De pie, hermanos. Oremos.

Obedecimos todos. El rumor de nuestras voces se unió en un coro disonante, alterado por el chillido exagerado de algunas de las beatas. Al terminar el rezo, el sacerdote repitió las fórmulas esponsales intentando adaptarlas a la situación:

—Este es el símbolo de vuestra unión. Que lo que Dios une, no lo separe el hombre. Pues ni siquiera la muerte podrá interponerse en esta particular alianza.

Tomó el anillo, como solía hacerse para casar a las parejas, pero en lugar de meterlo en el dedo de Rosa, lo retuvo en sus manos sin saber cómo proceder. Comprendiendo su vacilación, Rosa lo animó:

—Padre, esta es la voluntad de Dios. Y no hay miedo de que lo vea nadie.

Un murmullo de descontento se extendió entre los asistentes. Todos mostraban su impaciencia ante las dudas del sacerdote, pues el público ahí reunido tenía la convicción de que Dios deseaba y exigía lo que estaba ocurriendo. Paradójicamente, era la madre de Rosa quien tenía el ceño más fruncido por la sospecha. Supuse que, aun conociendo a su hija, y habiendo visto sus milagros, no veía claro la señora que esto de casarse con el Señor fuese apropiado, o tan siquiera cristiano.

A pesar de todo, el fraile insertó el anillo en el dedo de la novia. En mi interior, sentí reventar un relámpago, como los de la tormenta que echó a los piratas. Incluso ahí afuera, en la calle, sonaron relinchos de caballos, gritos de parturientas, músicas ambulantes, latigazos contra el suelo de demonios enmascarados.

Después, el silencio.

Todos miramos a la santa, que ahora había caído en un nuevo arrobo y se mantenía ingrávida, etérea, en su lugar. A imagen y semejanza de ella, las beatas comenzaron a entrar también en arrobos, poniendo los ojos en blanco, cayendo de rodillas, alzando las manos.

—¡Está levitando! —dijo una de ellas.

—Es el Señor que la acerca a su regazo… —explicó otra.

Se alborotaron todas, admiradas ante el milagro. El contador De la Maza, aunque rígido como siempre, tenía los ojos cerrados, mirando hacia adentro, y temblaba ligeramente. El fraile juntaba las palmas bajo su nariz, sumido en una

visión trascendental. Yo me fijé en Rosa y la encontré más alta, incluso gigante, aunque el faldón de su hábito aún tocaba el suelo, de modo que no podía saberse si sus pies seguían posados sobre la tierra. Alzada o no en los aires, su voz pareció llegar desde algún lugar muy lejano cuando por fin habló:

—Lo veo. Mi marido ha venido a buscarme.

—¿Cómo es él? —preguntaban las beatas.

—Es una luz —contestó Rosa, extendiendo la mano hacia adelante, como queriendo acariciar el aire—. Una luz muy grande, que parece una cosa infinita. Y en medio de ella veo un arco lindo, muy grande, con muchas y diversas pinturas. Y sobre él, otro arco, tan hermoso como el primero, en el cual se ve una cruz. Y debajo del primero se halla Nuestro Señor Jesucristo, con tanta grandeza y majestad que no lo puedo explicar. Y ahora lo veo diferente que otras veces, porque antes le veía traslúcido, y ahora lo veo rostro a rostro, y de su cuerpo salen rayos y llamaradas de gloria que vienen al mío.

Muy deleitadas con dicha visión, las beatas quisieron saber más:

—¿Os sonríe? ¿Os ama? ¿Y a nosotras?

—Están viniendo muchos ángeles a nuestro alrededor, volando por todas partes como aves canoras. Y traen balanzas. Colocan en sus platillos los trabajos que hacemos en la tierra y las gracias que vienen del cielo. Y a los trabajos más pesados corresponde más gracia.

—¡Aahhhh! —celebraron al unísono las mujeres.

—Cristo no se fía de dichos ángeles, y ahora lleva las balanzas con su propia mano. A mí me ha entregado un trabajo muy pesado, muy duro. Pero tras él, viene mucha gracia. Y por haberlo cumplido con ganas y con fe, ahora me enseña mi esposo la escalera del cielo. Quiere que suba… Para estar con Él… Me llama a su lado…

Y diciendo esto, sin más aviso, la santa se derrumbó sobre el suelo.

Se lanzaron a socorrerla las beatas, y el mismo fraile se agachó para ver que estuviera bien. No se movía Rosa. Tenía el cuerpo laxo y los ojos cerrados. Su rostro se había puesto blanco como su hábito, y sus labios habían perdido la vida que traían al llegar. Pero respiraba. Y mientras se la llevaban en volandas a su celda, alcanzó a repetir en un susurro:

—Me llama a su lado…

En cosa de instantes, me quedé solo junto al contador De la Maza la imagen del santo rostro. Todos los demás habían desaparecido de la capilla, donde ahora reinaba el silencio.

El dueño de la casa se me acercó y comentó:

—Se ve que Dios no quiere ver al virrey perdiendo la moral como lo hace, aconsejado por malas amistades.

Incluso en ese momento tan confuso y delicado, se avenía ese canalla a

retarme. No tenía previsto que yo tuviese respuesta para sus ataques. Ni que ese día me hubiesen llevado a su casa más razones que la ceremonia de Rosa.

—Será eso —repliqué—. O acaso lo que le disgusta al Señor es saber que tiene el virrey por consejeros a asesinos y adoradores del demonio.

—¿También sois asesino? —Se rio.

—Hablo de vos, señor.

El santo rostro nos escrutaba con curiosidad. Era el único que sabía qué pensaba Dios en realidad, y también cada uno de nosotros dos. El contador bufó:

—Acaso una sífilis contraída en vuestras aventuras os ha dañado el entendimiento.

—He reconocido vuestra carroza, contador.

—¿Mi qué?

—Yo mismo me enfrenté a ella la noche en que nació el diablo. ¿Lo recordáis? Yo soy el hombre al que robasteis a ese engendro y a su madre poseída, mientras los conducía al Santo Oficio.

Si Rosa había estado pálida al caer al suelo minutos antes, ahora, en comparación con el rostro del contador, su tez parecía morena y coloreada por el sol. Como no podía hablar de lo sorprendido que se hallaba, hablé yo:

—Encontramos al día siguiente a la novicia. Esa pobre mujer debe haber sido usada por la simiente demoníaca y luego descartada como un odre viejo. ¿Pero dónde está el monstruo de las cabezas, contador? ¿Acaso debo pedir al virrey que lo busquemos aquí, en vuestra casa? ¿Entre las imágenes sacras? ¿Bajo el lecho de púas de Rosa?

Hasta ese día, Gonzalo de la Maza me había parecido arrogante y riguroso, henchido de superioridad y soberbia bajo su negra vestimenta. Ahora, de repente, lo hallé débil. Pajizo. Inerte como un espantapájaros arrancado por el viento.

2

En ese recodo, el río tenía un fondo pedregoso. Además, el agua iba cargada de barro de las montañas, arrastrado troncos, rocas, lodo. El fragor de la corriente hacía el ruido de un terremoto o un ejército.

—A veces, vengo aquí cuando necesito pensar.

Pero no estaba ahí para eso. Estaba ahí para esconderse. Para que no nos vieran. Me había sacado de la casa con la excusa de no hablar frente a su mujer, pero había querido alejarse también del palacio, de la ciudad y hasta del camino. Acaso fuese su intención cortarme la garganta y abandonar mi cuerpo ahí. En todo caso, yo no soltaba el mango de mi espada.

—Aquí no hay nada —respondí, pateando un guijarro de la orilla—. Solo lomas y agua.

—Por eso.

Habíamos llegado hasta ahí en su carroza, la cual lucía tan negra por dentro como por fuera. Supuse que el mudo cochero, a quien no le quitaba yo el ojo, seguía siendo el mismo de aquella fatídica noche. Y que las telas que forraban el interior de la cabina eran lo último que había visto en vida Ignacia de San Juan, justo después de cumplir su misión satánica, y justo antes de ser sacrificada a los demonios.

Imaginé los ojos de la novicia aún abiertos, mientras el cuchillo penetraba en su vientre.

—Os creéis que os detesto porque somos diferentes —dijo el contador—: vos ostentáis vuestra decadencia viciosa, y yo, mi férrea devoción a Dios. Os equivocáis. Os detesto porque somos iguales.

Escupí al suelo.

—No os atreváis ni a pensarlo. Vos sois un monstruo. Mis pecados son viejos conocidos del catecismo. Los vuestros ni siquiera tienen nombre.

Cerca de nosotros, merodeaba un pequeño zorro de color rojizo, olisqueando las plantas de la loma y jugueteando con palos y hojas. Nuestra presencia le resultaba por completo indiferente. En cambio, algo, en algún lugar de la orilla, llamó su atención. Se puso en guardia, con actitud de hambriento acecho. Gonzalo de la Maza hizo lo mismo.

—¿Para quién creéis que se hizo el agujero en el muro del convento, aquel

por donde os colabais vos? Si no hubiera yo cruzado por ahí antes, vos jamás habríais fornicado con vuestra mulata.

—Se llama Jerónima.

Ahora, el contador entristeció. Su rostro adquirió el tono gris turbio de los muros de la ciudad, que veíamos a lo lejos.

—La mía se llamaba Ignacia.

El zorro daba ahora lentos pasos hacia adelante, con el cuerpo tenso y el olfato crispado. A un par de varas de distancia, entre los helechos, distinguí a su presa: una vizcacha del tamaño de un conejo roía algún fruto, ignorante del peligro.

—¿Y ella hizo el dichoso agujero? —pregunté.

Suspiró el contador. Debía ser la primera vez que contaba su historia fuera de un confesionario. Y parte de ella, la peor parte, ni siquiera la debía haber narrado en sacramento:

—En ese tiempo, la abadesa Mencia de Sosa y yo teníamos muy buenas relaciones. Yo le solicitaba préstamos para el escuálido erario. Y ella los concedía a cambio de tierras y esclavos. Entre un negocio y otro, nos fuimos haciendo amigos al calor de su vino, esa poción que nubla el entendimiento, y que a veces nos servía una grácil novicia de ojos grandes, tímida y asustadiza como una ardilla. Mencia fue testigo de mi apetencia por ella desde el principio.

—Y no os la impidió. ¿Por qué no me causa sorpresa?

—La abadesa opinaba que las mujeres debían ser libres entre los muros de Santa Clara. Nada la espantaba, ni vicios ni perversiones, pues consideraba que el mundo exterior era en todo más corrupto que sus dominios. Y yo… yo era como el virrey. Disfrutaba de la carne de cualquier mujer pero, sobre todo, de las doncellas en flor.

—¿Os encaprichasteis con la novicia y la arrastrasteis al lecho de la superiora? ¿Y después habéis osado acusarme a mí de fornicador?

Ahí mismo habría atravesado con mi espada al contador, para castigar su desvergüenza, su hipocresía y sus intrigas. Pero encontraba ya algo de justicia, y no poca, en verlo bajar los humos y mostrar su arrepentimiento ante mí. Admitió:

—El demonio me poseyó, sin duda para burlarse de Dios mancillando a una de sus novias. Pero no forcé a Ignacia. Al principio, la cortejé después de cada misa, cuando ella salía a limpiar el templo. Esa chica apenas había visto nada del mundo. Mis historias de viajes le hacían sentir que volaba sobre los territorios del Imperio. Y a mí me hacían sentir que aún quedaba algo bello en mí, a pesar de que mi cuerpo se va ablandando con los años, mis brazos se hacen fofos, y mi piel se arruga.

Cerca de nosotros, el zorro comenzó a rodear el territorio de su presa, describiendo círculos cada vez más estrechos. La vizcacha se puso alerta por un

instante. Volteó a ambos lados. Pero cuando lo hacía, su depredador permanecía quieto como una piedra más, invisible.

Continuó el contador:

—Cuando al fin conquisté a Ignacia, y ella aceptó yacer conmigo, Mencia hizo la vista gorda. Me permitía pasar por el locutorio, ante los ojos de todo el mundo, y encontrarme con la novicia a la celda del jardín. Esperaba la abadesa que yo me aburriese rápido, y que Ignacia, tras conocer la tentación, confirmase su fe o abandonase los hábitos. Pero fue ocurriendo que no podía yo estar sin mi manceba. Una sola noche sin abrigarme bajo el manto de su piel se me hacía larga y árida como el litoral de estas costas. Entonces Mencia dijo que ya estaba bien, que Dios perdona el pecado, pero no el escándalo. E intentó cortar nuestra relación.

Un árbol entero caído pasó frente a nosotros, flotando sobre el agua marrón. Sus ramas emergían de la superficie, la garra seca y huesuda de un gigante ahogado. Por alguna razón, entonces noté que Gonzalo de la Maza se había dejado la espada en el interior del transporte. Pegados a la orilla como estábamos, a buena distancia de la carroza, ni el cochero ni ningún esbirro suyo podría acercase sin que yo lo viese. Tampoco sería nadie lo bastante rápido para salvar al contador de morir conmigo. De todos modos, mantuve la mano en el arma, seguro de que no le faltaban trucos a ese hombre.

—Yo, o más bien el demonio a través de mí, obligó a la superiora a aceptar mi presencia nocturna. Sabía yo que ella compartía el lecho con la mulata esa que después de convertiría en vuestra perdición. La bastarda de Jerónima debe haber nacido con el signo del infierno, porque lleva la maldición a donde va. Os hizo caer en desgracia a vos… Y a mí me sirvió para amenazar a Mencia. Le dije que revelaría sus secretos al arzobispo si no me permitía satisfacer mis apetitos.

—Vos contra Mencia de Sosa. Qué lucha de serpientes.

La vizcacha se distrajo en algún otro fruto. Aunque se hallaba lejos, el contador la asustó al golpear un tronco con brusquedad. No escapó el animalejo, sin embargo. Al contrario, se quedó mirando a mi interlocutor con una expresión similar a la curiosidad.

—¡Estúpido, loco de mí! No supe ver que mis pies se hundían cada vez más en una ciénaga a la que Satanás me conducía. El caso es que Ignacia quedó preñada.

—¿Qué más podría haber ocurrido? —me regodeé en su miseria—. ¿Qué otro premio podían recibir vuestros atrevimientos?

—Eso ni siquiera fue lo peor. Desde que Ignacia supo que llevaba mi vástago en sus entrañas, el demonio se le aparecía en sueños, y luego a plena luz del día, para atormentarla. Al principio, no era más que una voz en su cabeza, recordándole sus errores y jurándole la condenación eterna. Después, comenzó a

materializarse en su presencia, para hacer escarnio de ella. Finalmente, le enviaba dolores de vientre y de cabeza insoportables, solo para manifestarle su poder. Cuando yo me llegaba a Ignacia por las noches, ella me advertía de lo que estaba ocurriendo, me explicaba cómo el maligno jugaba con ella y se burlaba de su sufrimiento. Yo le pedía calma, pues había visto a mi propia esposa ponerse melancólica durante su preñez. Y a ello había que sumar la condición de novicia de Ignacia, que lo complicaba todo. Pero ella no estaba para escuchar argumentaciones. Se deshacía en lágrimas, me abofeteaba, y por momentos, el mismo diablo que la torturaba parecía poseerla para torturarme a mí.

—¿Y Mencia qué hizo?

—Trasladó a la novicia definitivamente a la celda. Ya no le quedaba más remedio que esconderla, pues ella también había sido cómplice de ese despropósito.

—Tampoco era tan grave, pues no faltan hijos de monjas en Santa Clara. Las esposas de Dios con frecuencia hacen cornudo a su marido, y entregan el fruto de sus engaños al cuidado de sus hermanas.

Me miró el contador fijamente. Había en sus ojos algo más que remordimientos. Había pánico:

—Hasta que parió…

Recordé aquella noche terrible en que el viento parecía arrancar las casas de cuajo. Los golpes de la guardia en mi puerta. Las antorchas por la calle, sugiriendo a nuestro alrededor las sombras de los habitantes de la oscuridad. La llegada al convento. La aparición de Jerónima. El nacimiento del Anticristo, anunciando todas las calamidades que nos esperaban. El contador sin duda rememoró las mismas cosas, pues un temblor recorrió su cuerpo.

—Si el demonio posee a un hombre y ese hombre engendra un hijo, ¿quién es el padre, Alonso? ¿Debe un hijo del Mal y la porquería moral llevar el apellido de un hombre honesto solo porque este cedió una vez a la tentación? ¿No equivaldría eso a permitir que el príncipe de las tinieblas se salga con la suya?

El zorro se escondió tras el tronco de un molle, con tanta precisión que se volvió invisible. Era más hábil que el contador en esconder sus intenciones, pues este trataba de escamotear su culpa detrás de los más banales argumentos.

—Era hijo vuestro —le recordé.

—Eso habría creído el mundo. La gente no habría entendido que yo solo había sido un instrumento.

No estaba yo ahí para discutir. Estaba para saber la verdad. Ya tendría tiempo de sacar mis conclusiones sobre ella. Pero antes, necesitaba conocerla entera.

—¿Qué pasó esa noche?

—Cuando entré por el agujero del muro y llegué hasta la celda, no encontré

en ella a Ignacia, sino a vuestra querida Jerónima. Había repartido por toda la habitación amuletos extraños, y fumaba, soplando el humo sobre todos ellos y pronunciando extraños ensalmos en una lengua desconocida. Ella me dijo lo que había pasado. Me explicó lo que había parido mi manceba. Y yo comprendí de inmediato que había sido usado. El Mal se había mofado de Dios a través de mí. Quedé tan aterrado que eché a correr, y no me detuve hasta llegar a casa. Una vez ahí, me arrodillé en el oratorio y azoté mis espaldas, suplicando por el perdón divino.

—¿Y lo conseguisteis?

—Nuestro Señor me habló. Su voz poderosa resonó en mis entrañas. Explicó que también Él me mandaba una prueba con toda esa situación. Ahora yo tenía el deber de borrar del mundo la evidencia de mis actos, y de salvar al reino del hijo del demonio.

—Solo que no podíais entrar con hombres y armas en el convento —concluí, atando su historia con la que ya conocía—. Y entonces llegué yo.

Por fin, el zorro abandonó su escondite. En tres saltos, se plantó donde antes se hallaba la vizcacha. Pero esta había reaccionado a tiempo y ya echaba a correr hacia el follaje de la loma. El zorro entonces corrió en diagonal, intentando adivinar su trayectoria y cortarle el paso.

—Esa mujer fue acuchillada y luego colgada de un árbol —acusé—, con las vísceras saliendo de su cuerpo, para alimento de las aves carroñeras. ¿No os dolió? ¿No os costó esfuerzo atravesar con el acero la carne que habíais mezclado con la vuestra?

Se persignó el contador.

—Era la voluntad de Dios. Y su mensaje era que castigaría sin piedad todas las desviaciones morales del reino. Desde entonces, he intentado borrar mis pecados recibiendo en mi casa a Rosa para mayor gloria divina, y actuando con la más implacable rectitud. He apartado de mí toda tentación, y si alguna mujer entra en mi casa, es solo para elevar oraciones junto a mi esposa. Sin embargo, Nuestro Señor sigue castigando nuestras faltas. Vos lo habéis visto: luchas internas, negros rebeldes, piratas. En su infinita misericordia, el cielo nos envía avisos de lo que nos espera si nos empecinamos en ignorar su ley. Ni siquiera el virrey se libra de su poder. Al contrario: como soberano de estos reinos, sus vicios proyectan su castigo hacia todos sus súbditos. Si repruebo vuestros actos es solo porque sé que los pagaremos todos.

Por un momento, pareció que la vizcacha esquivaría a su atacante. Pero antes de que alcanzase el follaje, el zorro describió una curva imposible en el aire, torciendo su cuerpo de una manera que parecía sobrenatural, y atenazó entre sus fauces el cuello del roedor. Un estallido de sangre regó las plantas cercanas. Después, en cuestión de instantes, los dos habían desparecido entre la flora.

No quería yo preguntarlo, pero necesitaba saberlo:

—Solo hay una cosa que no entiendo. ¿Qué hicisteis con el niño?

El contador no respondió con palabras. Se arrodilló ante el río. Juntó las manos en oración ante esa corriente que se estrellaba en las rocas formando remolinos. Comprendí que me estaba señalando el destino último de su hijo.

—Tuve que arrojarlo por pedazos —explicó—, no fueran a volver a reunirse. Toda una mañana trabajando como un carnicero aquí mismo…

Ante la imagen, hube de apoyarme en las ramas de un árbol. Mis piernas perdían fuerza. Mi cuerpo se negaba a sostenerse en pie.

—Esto lo sabrá el inquisidor —advertí—. Todas las plagas y calamidades que han azotado esta ciudad se deben a vos, que ahora aconsejáis al virrey y administráis el reino. ¡Vos, que habéis engendrado al Anticristo y cortado su cuerpo como un ternero!

Seguía de rodillas el contador. Mirando al río. O quizá mirando a algún punto del pasado, cuando él había teñido de rojo esas aguas. Se sentía avergonzado. Pero no derrotado. Como un gato, el contador tenía múltiples vidas. Y, sobre todo, múltiples informantes, por todos los tejados de la ciudad. De modo que ni siquiera me miró para responderme.

—Tenéis derecho a acusarme. Pero sabed que pronto habrá novedades: los cimarrones preparan una gran revuelta. Un baño de sangre. Los ayuda la monja a la que vos disteis libertad. Y sus jefes montan los excelentes caballos que vos, con ardides, les llevasteis. ¿Cómo es que siempre perdéis algo con ellos y siempre volvéis a visitarlos? ¿No os resultaría sospechoso? ¿Es posible actuar de modo más cómplice con aquellos que amenazan el Imperio?

Estuve a punto de responder, indignado, pero el contador no esperó a escuchar mis palabras.

—No me lo expliquéis a mí. A mí me da igual. Ya se lo explicaréis al virrey en persona, cuando esos negros hayan intentado cortarle la cabeza para exhibirla a las puertas de la ciudad.

Llegaron a mis oídos los mordiscos fervorosos del zorro, mezclados con el chasquido de las piedras al chocar entre ellas. A ellos se sumaron los recuerdos de las luchas perdidas contra los cimarrones. Los gemidos de alcoba de Jerónima. Los milagros esplendorosos de Rosa. Las risas ebrias del virrey. Los rezos mustios de mi madre.

El nombre de mi padre.

Todas las cosas que me habían llevado a la orilla de ese río, acaso solo para que terminase de entender que yo tampoco era inocente, que nadie lo es, que todas las faltas son colectivas, y todos los remordimientos son compartidos. Que, en este valle de lágrimas, solo estamos juntos para ultrajar el nombre de Dios.

—Os lo dije —reaccioné por fin—. Sois un monstruo.

—No. Solo soy un pecador. Igual que vos.

3

Hay hombres, Vuestras Mercedes, que abandonan a sus hijos en la puerta de los conventos, como quien echa a la calle sus excrementos, para que dejen de apestar sus vidas.

Otros hombres simplemente desaparecen hurtando los apellidos de sus vástagos, dejando a las madres con la carga de la maternidad y la deshonra, pues en estos reinos, las mismas aventuras que inflan de orgullo a los caballeros, arrojan vergüenza y oprobio sobre las damas.

Hay incluso hombres que despedazan a sus descendientes y arrojan los trozos al río, y luego, movidos por la culpa y la necesidad de esconderse, pretenden juzgar las vidas de los otros, apegándose con afán a las mismas normas que no supieron respetar.

Pero ¿qué clase de hombre sería mi padre?

El padre Melchor de Amusco me sorprendió una mañana en la parroquia de El Sagrario, pidiendo al Señor una respuesta en mis oraciones. Y se alegró de verme arrodillado frente a un crucifijo, como él mismo me había enseñado a hacer durante una infancia que ahora parecía demasiado lejana, incluso ajena:

—Llevabas mucho tiempo sin venir, Alonso.

Solo había dos ancianas más en el templo, ambas a varias bancas de distancia. Una estaba arrodillada como yo, y recitaba plegarias con las palmas en el aire, reclamando desesperada la atención del cielo. Otra, mucho más atrás, permanecía sentada en silencio, rumiando pecados que sin duda preferían pasar desapercibidos. Me pregunté con qué actitud debía ir uno al templo: ¿es mejor ostentar nuestro arrepentimiento ante una cruz? ¿O reservarlo solo para los ojos de Dios?

¿Y a qué pecados correspondía cada actitud? ¿Y cuáles eran más graves?

—Hoy he pensado en mi madre —respondí, sin abandonar mi posición contrita—. Ella cargó con la cruz de un hijo y lo sacó adelante a pesar de la soledad. A mí nunca me faltó pan ni techo.

—Hay mucha verdad en eso que dices. —Acomodó su enorme humanidad el párroco en la banca a mis espaldas—. Es de buenos cristianos reconocer los desvelos que nos han dedicado los demás.

—Ella cometió en silencio pecados que yo promuevo en el virrey, y de los

cuales gano mi sustento. Pero la he mandado a encerrar como si fuese mi alma más pura. No sé ya qué es lo justo. O si no me ha guiado el diablo creyendo yo que actuaba en el nombre del Señor.

La señora que rezaba con aspavientos detuvo su agitada oración, se levantó y se marchó del lugar. La otra, la que llevaba la procesión por dentro, se mantuvo en su lugar, sin mover una ceja.

—Fray Melchor, ¿cómo era mi padre?

Se arrugó el hábito del sacerdote ante mi pregunta. La mano fuerte de un gigante contrajo la esponja de su cuerpo.

—¿Vuestro padre?

—Nunca os lo he preguntado. Mi madre siempre lo describió como un hombre bueno, que mientras volvió a casa, jugó conmigo a soldados y castillos, y que nunca faltó a sus obligaciones económicas para con ella, aunque no cumpliese con el deber de la presencia…

—Se puede estar presente con los pensamientos. Y con el corazón.

Dada su gruesa complexión, fray Melchor respiraba con dificultad. Cada inhalación, un doloroso esfuerzo. Cada exhalación, el avance de un caballo viejo.

—Pero ¿cómo era? Vos lo casasteis. Y recibisteis su firma en mi partida bautismal. ¿Era alto? ¿Bajo? ¿Tenía buen humor o el temple arisco? ¿Me quería?

—Os quería. Sin duda, aún os quiere, donde quiera que esté. Os dio su apellido. Y al hacerlo, os permitió la educación, las influencias y el trabajo que no habría tenido un bastardo. Por mucho que la vida lo haya apartado de vos, ese hombre os dio todo lo que podía daros.

La mujer silenciosa abandonó su lugar. Ni siquiera al salir dejó oír sus pasos. Debía tratarse de un fantasma que asistía aún al templo para limpiar las culpas de su vida corporal.

—Pero entonces, ¿por qué robó los registros? Porque debe haber sido él, ¿verdad? ¿Quién más tendría interés en borrar mi origen? ¿Para qué si no para borrar su propio pasado ante los ojos de una nueva esposa? ¿O de unos hijos diferentes?

Sudaba ahora el fraile, tanto que temí que fuera a caer desmayado ahí mismo. El cuello de hábito se pegó a su piel. Su frente se mojó entera.

—Quizá no. Quizá tuviese miedo de no mereceros. Acaso hubiese hecho algo terrible, un crimen o una herejía sin perdón de Dios. Y lejos de querer salvarse de vos, os estuviera salvando a vos de veros emparentado con él. He visto pasar esas cosas. Aunque supongo que en este caso la verdad no se pronunciará en voz alta jamás.

—Sí se pronunciará —afirmé, con un tono más claro que antes.

—¿Y por qué estáis tan seguro?

—Porque vos sois mi padre. Vos perdisteis esos papeles. Y si no confesáis

ahora mismo, os rajaré el cuello como se hace con los cerdos antes de convertirlos en chorizos.

Me puse de pie. Lleva la espada en el cinto. Aunque no me hizo falta desenvainarla para que supiese el fraile que yo hablaba en serio.

—… Yo… Yo… No…

—He hablado con mi madre en su prisión. Ella os manda sus bendiciones.

Miró al cura a un lado y otro, como si esperara que alguien entrase y lo salvase de la muerte de los cochinos. Pero al parecer, esta vez, Dios estaba de mi lado. O el demonio. O la suerte. Ya no sabía yo bien de qué lado me encontraba. En cualquier caso, para dar fuerza a mis advertencias, cogí al gordo por el pecho del hábito y lo levanté, hasta que llegó su rostro al lado del mío.

—Vamos a la sacristía —murmuró, y ante su pedido de prudencia por mi parte, comprendí que le importaba más salvar su reputación que su cuello. Y a lo mejor acertaba, porque si lo pillaba la Inquisición por solicitar favores del lecho a una feligresa, y luego hacerle un hijo, y a continuación fraguar papeles de bodas y bautizos de la parroquia para esconder su mala consciencia, Melchor de Amusco acabaría recibiendo los peores tormentos, y desearía haber muerto de un tajo limpio.

Me tomó de la mano y tiró de mí más allá del altar. Yo lo seguí a regañadientes.

Se hallaba la sacristía desordenada como la vida misma de su párroco: copones, aguamaniles y cálices se amontonaban por todas partes, a veces sucios, entre las estolas y las capas con que vestía el sacerdote para celebrar la misa. Dejar esas cosas en su correcto lugar forma parte de la adoración divina, un acto que se realiza con gran ceremonia y solemnidad. En cambio, el estado caótico de esa habitación delataba a un hombre que había perdido la fe en sus actos. Sin mostrar mayor cuidado, Melchor de Amusco apartó una ruma de objetos litúrgicos de una mesa, y me invitó a sentarme ante ella.

—No he venido a tomar bizcochos, fray Melchor…

—Ya lo sé, hijo, ya lo sé. Pero por favor, dadme un poco de vuestro tiempo. Llevo toda vuestra vida amarrándome la lengua.

Entre las cosas que cambió de lugar, se hallaba una garrafa de vino de misa medio vacía. Comprendí que las marcas moradas en los bordes de los cálices no se habían producido en la consagración del cuerpo de Cristo, sino en las noches de soledad de mi anfitrión.

—Podríais haber dicho la verdad —le recriminé—. Podríais haber vivido en mi casa.

De modo totalmente inesperado, explotó él en un arranque de rabia:

—¡Vos no tendríais una casa si yo hubiera dicho la verdad! —Entristeció su semblante para continuar—. Y yo tampoco. La tienda de paños que ha sido

vuestro hogar fue la donación de una fallecida a esta parroquia. Yo falseé todos los papeles para entregárselo a vuestra madre y que ella tuviese con qué alimentaros. Y por esa misma causa habéis ido al colegio de los jesuitas, y habéis trabajado en el Santo Oficio y en el palacio. Los hijos sacrílegos tienen prohibidos los buenos colegios y oficios, y los curas solicitantes son sometidos a tormento y desterrados. ¿Habríais preferido eso? ¿Habría sido mejor que la vida que os hemos dado?

—Habría preferido tener un padre en casa, aunque fuese una casa pobre, sí.

Fray Melchor perdió la autoridad. Bajó la mirada. Su papada se apretó contra su cuello, formando un cilindro compacto, como un barril de grasa.

—Tu madre se iba a casar… con un arriero sevillano. No le apetecía, pero era la voluntad de su padre, y ella sabía que, siendo hija única, no podía discutir sus deseos. Yo estaba encargado de oficiar la boda, y en esa calidad, me convertí en su confesor. Han pasado más de veinte años de esto. Yo tenía un cuerpo más armonioso, facciones más finas. Y el confesionario, ya lo sabéis, es propicio para la intimidad: una mujer que os cuenta sus pecados al oído os puede producir imaginaciones impúdicas y deseos sucios…

—Cuando trabajaba yo en el tribunal, prendía personalmente y colocaba en el potro a los curas que cedían a la tentación…

—Me lo puedo imaginar.

Calló el cura. Y no pudiendo más con sus recuerdos, acudió a la garrafa y le dio un largo sorbo al vino.

—Aún no es la Sangre de Cristo —se justificó, como si mi mayor preocupación fuese ese sacrilegio de pulpería—. El caso es que vuestra madre quedó preñada de vos. Y a causa de su estado, se vio repudiada por su arriero y por su padre. Vuestro abuelo murió poco después y legó sus bienes a la parroquia, pues no quería conceder ni un peso a la hija que lo había deshonrado. Para él, ya no era su hija.

De repente, todos esos brillantes instrumentos de liturgia me resultaron solo pedazos de metal y tela, oropeles vacíos de sentido, juguetes de un carnaval. ¿Qué sentido tenía adorar a un dios cuya moral alejaba a los hijos de los padres? ¿No era eso acaso una labor del diablo?

—Puedo hablaros de vuestro abuelo. Era un buen hombre. Había venido a la capital tras enviudar a buscar un ambiente civilizado para su hija. Cuando todo esto ocurrió, acababan de llegar, y por eso, nadie los conocía en Lima. Me fue fácil entonces inventar un apellido para vos y un negocio para vuestra madre…

—No me interesa mi abuelo. Nunca tuve uno. Solo tuve un padre cobarde, que temeroso de las consecuencias de sus actos, compró el silencio de mi madre y pagó con bienes que robó de su propia iglesia.

Hundió el fraile el rostro entre sus rollizos dedos que parecían salchichas. Se tragó las lágrimas que querían saltarle de los ojos. Y cuando fue capaz de hablar,

su voz sonó por primera vez sólida, reforzada con el aplomo de la verdad:

—Os equivocáis. Yo amaba a vuestra madre más que a Dios. La sigo amando. La he querido sin descanso todos estos años.

—Y así la habéis tratado…

—¡Mejor que vos! ¡Vos habéis destrozado todos sus esfuerzos por colocaros en buena posición! ¡La habéis deshonrado con vuestros excesos! ¡Y para colmo, la habéis mandado a encerrar por muchos menos de lo que vos mismo hacíais!

—¡Con ayuda de vuestro testimonio, por si lo habéis olvidado!

Ahí estábamos, los dos hombres que habíamos hundido la vida de mi madre, compitiendo para ver quién la había arruinado menos, quién había hecho solo un poco de daño, quién apenas había contribuido de palabra a su encierro, o la había humillado con moderación, listos ambos para culpar al otro de todo lo demás.

—Con la ayuda de mi testimonio —admitió fray Melchor—. Ahora me arrepiento de él. Pero con gusto que lo di, pues en ese momento, solo la venganza animaba mis actos.

—¿Venganza? —me burlé—. ¿Y de qué teníais vos derecho a una venganza?

—¿Y de qué la teníais vos? De vuestro estúpido orgullo. ¿No? Pues lo mismo yo. Los varones usamos el orgullo como un antifaz de caballo, que nos ciega mientras corremos hacia el precipicio. Y vuestra madre yacía con otros, como el licenciado Gaitán, o los frailes de vuestro colegio, o los funcionarios de aduanas. Así pagaba vuestras necesidades y sacaba de apuros a su tienda. Pero yo no podía soportarlo. Quería lastimarla. Quería procurarle un dolor igual al mío, que consideraba insuperable…

No quise pensar en lo que eso significaba.

Pero la conclusión se abrió paso en mi razón con la fuerza de un ariete al romper una puerta.

Mi madre se ganaba el pan con sus, cada vez más escasos, encantos de mujer. No era más que una puta vieja, una mujer pública que vendía sus pecados al mejor postor y masajeaba cipotes para llevarse el pan a la boca.

Y mi padre y yo la habíamos convertido en tal cosa. Y en vez de arrepentirnos de nuestros pecados, los habíamos cargado sobre sus espaldas.

Nos tocaría a los tres arder juntos en el infierno.

4

Esta vez no fui a caballo. Hundí mis pies en la arena del cerro San Cristóbal, y mi cuerpo desafió el aire húmedo del río. Crucé andando la tierra de los apestados y los bandoleros, y si no se me acercó ninguno de ellos a arrebatarme la alforja o la salud, debió ser por el amargo enfado estampado en mi rostro, que habría asustado al más bravo guerrero.

No era solo yo quien reconocía el territorio. El propio territorio y sus habitantes me consideraban ya un visitante frecuente. Los cimarrones, al verme aparecer, fijaron en mí varios pares de ojos incrédulos y sacudieron sus negras cabezas. Algunos con lástima, otros con hartazgo, pensaban que era mi destino insistir en el suicidio.

—Sapo, ¿no os gusta nada vuestra cabeza, que venís a regalarla en estos lares?

Salió a saludarme el joven escudero de Nicomedes, aquel que tenía la l marcada en la cara, y llevaba un cuchillo oxidado, que alzó ante mí para detenerme. Yo no le respondí. Ni siquiera le devolví la mirada. Pasé a su lado y avancé, invitándolo a agujerearme si hacía falta, olvidado de mi propio miedo.

Crucé las covachas miserables de los esclavos renegados. A mi paso, la gente se iba quedando en silencio. Los niños eran apartados de mi camino. Los hombres adultos formaban una fila, y luego un cerco, que se fue cerrando a mi alrededor.

Cuando llegué al claro que dejaban sus miserias en el centro, ahí se hallaban ya Nicomedes y Jerónima, sin duda advertidos por sus mensajeros, esperándome de pie y con fuego en los ojos. Nicomedes tenía el torso desnudo, la cabeza cubierta por la piel de toro, y una lanza en la mano. A Jerónima la vi por primera vez sin el hábito. Su cuerpo suculento lucía brazos y rodillas bajo un velo raído, cuyos agujeros dejaban al aire trozos de piel del vientre y el costado.

—No sois bienvenido entre esta gente, Alonso. Si no os dais vuelta ahora mismo, no podré evitar que os maten.

—Poco importa mi vida ya...

Un grupo de los que atestiguaban nuestro encuentro reaccionó a mis palabras acercándose a mí para lincharme, como tratando de satisfacer un pedido mío.

—Parece importarme a mí más que a vos —intervino Nicomedes,

aplacando con gesto de la mano a la turba.

Seguía sosteniendo en la otra su lanza, con la base en el suelo y el filo apuntando hacia el cielo. Cuando volvió a dirigirse a mí, su voz se había impacientado:

—¿Queréis que la perdone de nuevo? ¿Os divierte ese juego?

En algún lugar de mi cabeza, que no razonaba con claridad en ese día aciago, había yo albergado la esperanza de verme a solas con la mulata y plantearle lo que había ido a decir. Como, evidentemente, tal encuentro no podía ni proponerse, no supe por dónde continuar. En cambio, Nicomedes, tocado por el don de la oratoria de un modo desacostumbrado en los de su raza, era capaz de seguir hablando durante horas:

—Hay cosas que no entendéis, Alonso. Fuerzas más allá de vuestra comprensión. Son ellas quienes han traído a Jerónima a mi lado. No busquéis una respuesta que se encuentra fuera de vuestro alcance.

—Idos, Alonso —suplicó Jerónima—. Por favor…

Un poco más tras de ella, descubrí a la bruja. Esta vez no desnudaba sus encías para reírse de mí. Llevaba un collar de plumas, pero no plumas de aves exóticas, sino pollos o palomas, bichos grises y cochinos. Tenía el semblante serio y altivo de quien irradia un poder diabólico.

Para recuperar mi atención, el jefe golpeó el suelo con la base de la lanza.

—No tenemos tiempo para esto, Alonso. Voy a contar hasta cinco. Y cuando acabe, espero ver en vuestro lugar solo el polvo que remuevan vuestros pies. Uno, dos…

Reparé en que a su alrededor se había estado moviendo algo, una especie de zafarrancho de combate: algunos súbditos de Nicomedes llevaban por la brida caballos ensillados, los caballos que me habían robado a mí mismo. Otros andaban descalzos pero armados con mazas talladas en piedra y metal, como las que usaban los indios en sus guerras. Los que podían, tenían atada al cinto algún arma blanca, con frecuencia un simple cuchillo de cocina. Una decena de arcabuces y pistolas viejas, repartidas entre esas manos callosas, completaban el misérrimo arsenal. Incluso Jerónima llevaba un arma de fuego, cruzada a su espalda con una correa de cuero.

—Tres, cuatro…

—No he venido a buscarla a ella —anuncié.

El cerco a mi alrededor calló como una tumba. La curiosidad era más fuerte que las ganas de degollarme de la multitud. Sobre ese mullido lecho de silencio, dejé caer mi demanda:

—He venido a buscarlo a él.

Señalé hacia el vientre de Jerónima, que ya comenzaba a hincharse para hacer sitio a su pequeño, o quizá pequeña, habitante. La mujer que había sido mía

se llevó las manos hacia la hinchazón, como para protegerla de mí. Nicomedes se sublevó:

—¿Cómo podéis saber que es vuestro? No sabéis nada de lo que hacía Jerónima a vuestras espaldas.

Por decir eso, sí habría sacado yo mi espada y atravesado ese pecho oscuro. Le habría dolido el lance menos que a mí.

—Yo sé que es mío.

Jerónima bajó los ojos hacia su vientre, hacia el suelo y aún más abajo, acaso a los muertos sepultados bajo nuestros pies.

—En todo caso —seguí diciendo—, lo sabremos cuando nazca. Si tiene la tez oscura, no seré yo quien lo reclame. Pero si la tiene más blanca, nadie más que yo lo querrá.

—El hijo de Jerónima siempre será uno de nosotros —aseguró el jefe.

En esto sí, por primera vez desde mi llegada a ese lugar, tenía yo fuerza para defender un argumento, aunque solo fuese uno. Me llené de razón, y con actitud resuelta, lancé las preguntas más incómodas, aquellas que carecían de respuesta:

—¿Sí? ¿Y para qué? ¿Para que viva aquí como un renegado? ¿Para que deba huir cada vez que crezca el río o venga la guardia? ¿Para que comparta con vosotros las pulgas y las chinches, y tenga que robar a los viajeros desprevenidos cuando quiera comer? ¿Eso queréis vosotros para el niño? ¿Eso queréis, Jerónima, para nuestro hijo?

Los negros dejaron escapar un murmullo de amenaza cuando le eché en cara las pulgas y las chinches que les mordían la piel. Aun así, debían admitir que yo tenía razón, y que nadie que pudiese vivir como un blanco desearía ser como ellos, y tener que escoger entre la esclavitud de los patrones o la inmundicia de los cimarrones. Astuto como era, Nicomedes sí entendió que debía rebatirme de algún modo para no poner en cuestión su autoridad. Y retrucó:

—¿Y qué le podéis dar vos, que dormís entre caballos? El niño seguirá siendo un muerto de hambre…

—Es verdad que duermo entre caballos, pero son los caballos de un palacio. Y, además, tengo una tienda de paños. No seremos ricos. Pero no ser pobres ya da suficiente para comer y vestir con decencia.

—Eso no quita lo mulato. Ni lo ilegítimo. Solo ofrecéis a vuestro hijo vivir bajo la burla y la humillación.

—Le ofrezco la libertad. De nacimiento. Sin tener que ganarla arriesgándose a que lo marquen con un hierro o lo encierren en una mazmorra. Podrá ir a los burdeles y a las misas de la ciudad. A los corrales de comedias y a las procesiones. Y nadie tendrá derecho a impedirle el paso.

—A las misas —se mofó de mí Nicomedes.

Pero esta vez, ninguno de los suyos se rio con él. Cuánto habrían dado los

suyos por una misa o un mercado.

—Le ofrezco un padre —dije entonces, porque esta era mi carta ganadora—. Yo no tuve uno y lo habría agradecido. Y lo mismo habrían hechos vuestros hijos. Y vos, Jerónima. Vos sabéis de qué hablo.

Nada dijeron los labios de la donada prófuga. Y sus ojos, después de saltar entre mí y Nicomedes y los negros ahí reunidos, volvieron a descender a las profundidades. Pero me respondió su cuerpo, que se dio vuelta, y apretó el paso de regreso hacia su choza, la misma donde había yo visto por primera vez a Nicomedes. Y con la misma cabeza de toro de aquella vez sobre sus hombros, el negro se lanzó tras ella, sin responderme ni dejar instrucciones a los suyos.

Cundió entonces el desconcierto entre los que ahí quedábamos. No estaba claro si debían escabecharme ahí mismo o esperar por nuevas órdenes. Un rumor de confusión se extendió a mi alrededor, mientras los negros se pasaban el dedo por el cuello y se tocaban la entrepierna señalándome, aunque sin atreverse a ponerme un dedo encima.

Esa gente no sabía estarse quieta, y la inercia les hacía bailar una suave danza que los acercaba a mi alrededor. Sus olores corporales ya lastimaban mi olfato. Sus pies gruesos ya rozaban los míos. Hasta que por fin salió el jefe de su tienda, aún con la cabeza de toro, esa que lo hacía ver tan enorme y animal, cual dios pagano. Un dios enfadado y violento, y, sin embargo, derrotado. Acabado. Incapaz de decir más que lo que dijo:

—Os llamaremos cuando nazca. ¡Pero ahora, marchaos al infierno de una vez!

Me di la vuelta con una sonrisa inamovible en la boca, sintiéndome el hombre más poderoso del mundo, seguro de estar limpiando mis culpas y las de mi padre mientras avanzaba.

A mis espaldas, la voz de Nicomedes mantenía sus advertencias:

—¡Si os encuentro antes del nacimiento, os arrancaré el miembro y os lo meteré por el rabo!

Pero hasta eso sonaba como música para mis oídos.

5

Otro zafarrancho como el de los cimarrones me esperaba en el palacio. Los mismos movimientos frenéticos de preparación para una batalla, como si un terremoto sacudiese a todos los habitantes del reino, de abajo arriba. Solo que ahora, en vez de mendigos y desharrapados, corrían de un lado a otro cortesanos vestidos con sedas. En vez de pieles oscuras, las tenían blancas como las nubes de verano. Y en vez de piedras y palos, acarreaban lujosos espejos, delicadas telas, botellas de licores exquisitos, en tal desorden que no pude distinguir si los guardaban o los saqueaban.

—¿Dónde está el príncipe?

—¡Quitaos de en medio!

Pasaron por mi lado el secretario de gobernación y las hijas de Su Excelencia, todos al parecer olvidados de los usos y de la etiqueta cortesana, así como se hallaban abandonados de su grandeza los salones desnudos de ornamentos, y los pasillos con sombras de polvo en el lugar de los cuadros. De la cámara donde despachaba el soberano no quedaban ni los tapices. Y los aposentos de los altos funcionarios se veían vacíos, cuando no de plano despanzurrados.

Topé entonces con la princesa de Esquilache, que cargaba una maleta con sus propias manos. La seguía una recua de negros que llevaba todo tipo de enseres y joyerías. A pesar de sus prisas, al verme, se quedó quieta en el sitio, atónita, como quien ve un fantasma.

—¿Han vuelto los piratas? —quise saber.

Ella dio dos pasos adelante, hasta tenerme al alcance de la mano que no llevaba maleta. Y con ella, me cruzó la cara de una bofetada:

—¿Cómo os atrevéis a hablarme siquiera? Ya no tenéis ningún poder en esta casa. Y si no anduviera yo atareada, ahora mismo os mandaría colgar de un palo en la Plaza Mayor.

Nunca me habían amenazado de muerte tantas veces en una sola mañana. Y nunca dichas amenazas habrían podido brotar de bocas más diferentes entre sí: de los gruesos labios de Nicomedes, negros como el fuego del infierno, a ese botón de flor que tenía la princesa en su delicado morro. Habríase dicho que en nada se hallaba de acuerdo toda la población del reino, salvo en lo de quitarme la vida a primera oportunidad.

Como en este caso no tenía un argumento para dar vuelta a la situación, y como de hecho, mi posición en ese palacio se basaba precisamente en la humillación sistemática de la virreina, esta vez amarré mi orgullo en corto y le calcé un bozal. Tan solo agaché la cabeza en reconocimiento de la autoridad de la señora, y me alejé caminando despacio de espaldas. Cuando aún no me había apartado lo suficiente, la princesa me escupió, y su saliva alcanzó el borde de mi chaqueta. Por último, dio una señal a su séquito de esclavos, y siguieron todos su camino.

Se mantenía a mi alrededor el caos. Y mantuve yo mi misión de encontrar al virrey. Por fortuna, entre tanto movimiento, nadie me impidió el paso hasta sus aposentos. En ellos encontré a mi señor, frente a los retratos de sus antepasados, que ahora tenía regados en descuido por el suelo, como cáscaras de frutas podridas. El resto de los objetos que decoraban su vida ya habían sido retirados.

Contra sus pulcros hábitos de vestir, apenas lucía el príncipe una camisa y las calzas sobre unos zapatos elegantes, pero viejos y sucios. Sus cabellos le caían revueltos sobre el rostro. Se veía tan desconsolado el soberano, tan despojado de su innata dignidad, que la más elemental cortesía sugería dejarlo a solas con su dolor. Pero en tan extrema y desconcertante situación, la cortesía tendría que aguantarse:

—¿Su Excelencia?

—¡Alonso! ¡Alonso, amigo mío! Venid conmigo. Acompañadme en este difícil trance…

Sus palabras me animaron a acercarme sin recibir una nueva bofetada. Debía ser él el único en el reino que se alegraba de verme, aunque fuese solo un poco.

—Su Excelencia, los criados se están llevando vuestros cuadros, vuestras armaduras. La corte abandona el palacio como si hubiese llegado la peste…

Suspiró hondamente mi señor. Y por fin soltó la noticia que, en todo el Imperio español, desde Filipinas hasta Madrid, era yo el último en escuchar:

—El rey Felipe ha muerto, Alonso…

—¡Su Excelencia! ¡No!

Intenté fingir algún interés por la suerte de Felipe III, cuya existencia, con ser muy importante y regir los destinos de medio mundo, a mí me quedaba demasiado lejos. Si algo había escuchado yo de Su Majestad era su tendencia a la bobería y su abandono de los asuntos del Estado para dedicarse a la danza, la cría de caballos y los juegos de naipes, inclinaciones a las que los funcionarios del palacio solían atribuir —con muy mala fe— la calidad del virrey que nos había mandado. Aun así, lloré junto a mi señor, y acompañé su sentimiento, no tanto por mi aprecio al monarca, como por la certeza de que el real deceso afectaría mis privilegios.

—Felipe era un amigo, Alonso, un amigo de verdad. Ya nunca lo acompañaré a cazar venados. ¡Ya nunca escucharé la cascada traslúcida de su risa mientras despelleja a un jabalí!

—Es terrible, Su Excelencia. Tiembla el Imperio español.

Por un instante muy breve, casi imperceptible, Su Excelencia abandonó su lamento para mostrarse alerta:

—Y se regocijan sus enemigos protestantes y judíos, Alonso, pues ahora la cabeza de España la ostenta un niñato de dieciséis años. ¡Qué sabrá ese pobre crío de defender nuestras fronteras y salvaguardar la fe!

—¿Cómo se produjo la muerte, señor? ¿Fue en glorioso acto de combate? ¿O acaso agotado por las exigencias de la corona?

El príncipe se limpió las lágrimas del rostro con un tosco pañuelo remendado, lo que en él significaba que se había abandonado por completo a la melancolía.

—Se ha sentado demasiado cerca de la chimenea. —Sollozó.

—¿Señor? Me parece que no…

—Según los informes que me llegan, Su Majestad se sentó ante una chimenea que ardía demasiado. Pero la etiqueta impide que cualquier pelagatos atienda directamente a tan encumbrado soberano, y eso incluye bajarle la temperatura. Ninguno de los gentilhombres disponibles tenía el rango suficiente para cumplir dicha labor. Apareció el marqués De Polar, pero al solicitarle Su Majestad que atenuase las llamas, se excusó diciendo que ese trabajo correspondía al duque De Uceda. Total, que el dicho duque tardó una eternidad en presentarse. Y a Su Majestad le hirvió la sangre y se le produjo una erisipela con altas fiebres. Al día siguiente, estaba muerto.

—Están los Habsburgo destinados a las muertes trágicas, pues dicen que a su padre lo mató un ejército de piojos.

Con actitud conspirativa, el príncipe compartió conmigo los secretos de la alta nobleza española:

—No os extrañe que haya sido una conspiración del duque De Uceda. Que esa corte es muy puñetera. Vuelan los cuchillos entre sus miembros… ¡Y Felipe era tan inocente! Nunca debí aceptar su encargo y abandonarlo con esa pandilla de ladrones y comechados… Y, sin embargo, qué tarde es ahora para lamentarse. Todo ese viaje ha sido un despropósito.

Esto último no pareció decírmelo a mí, sino a los rostros severos que lo escrutaban desde el suelo, esos semblantes de hombres notables cuyo linaje masculino terminaba en el príncipe, y cuyo legado al mundo sería medido por los logros de su último descendiente.

—¿Desea Su Excelencia que un criado recoja las pinturas? —pregunté.

—Deseo que les prendan fuego. —Se desesperó, tapándose los ojos con el

pañuelo mugroso—. No quiero verlas. No he estado a la altura de mis ancestros. Vine a esta pocilga de reino pensando en salvar a los pobres indios de la codicia de mis iguales, en traer las ideas más modernas, en llevar el teatro y la poesía a todos los rincones para iluminar las vidas de estos muertos de hambre. Y aquí me tenéis. Fracasado. Derrotado por un puñado de curas mojigatos y provincianos de colores humildes. Soy la vergüenza de mis apellidos.

Aparte de los cuadros que alfombraban la habitación, solo quedaba una pieza de mobiliario: una botella de amontillado, que el príncipe levantó del suelo y se llevó directo a la boca. Después de un largo trago, y sin ofrecerme una gota, añadió:

—¡Quien fuera como vos, Alonso! Un hombre sin la carga de la responsabilidad de sus antepasados. Capaz de moverse entre las siniestras mazmorras del Santo Oficio igual que entre los antros de vicio de las mujeres más codiciadas. ¡Qué libertad la vuestra, amigo! Echaré de menos la ligereza de vuestra compañía.

No quería yo la dicha ligereza. Habría dado una pierna a cambio de las esclavitudes del príncipe, pues con su patrimonio, habría podido adquirir otra. Me habría podido comprar siete piernas para andar como una araña, y aun así, habría andado por cortes y palacios, pues bien recibidas son las arañas con apellidos nobles. En cambio, toda la libertad que él —o más bien su borrachera— tanto envidiaba, solo me serviría después de su partida para volver a vender paños, y a esperar por la dote miserable de alguna familia venida a menos.

Visto que mi vida le importaría a mi interlocutor un comino, intenté que viese la suya propia con ojos más optimistas:

—Nadie ha tenido tiempo de pedir a Su Excelencia de vuelta en la metrópoli. Hasta que el nuevo soberano os releve, podéis permanecer uno o hasta dos años en estos reinos, y legar el recuerdo que vuestra alcurnia merece. Quién sabe, incluso os confirmen en el cargo.

Ahora, lejos de su ebria tristeza, el virrey alzó los brazos con indignada furia. La sola sugerencia de permanecer entre nosotros le resultaba insoportable.

—¿Qué decís, Alonso? ¿Y abandonar mi lugar en Madrid justo ahora? ¡No, no! Ese estrafalario de Luis de Aliaga debe estar conspirando ya para meter a todos sus amiguetes en el nuevo séquito. ¡Y el conde-duque de Olivares! Esos dos se van a levantar el Imperio en peso. Es el momento de regresar y hacer valer mis privilegios, forjar nuevas alianzas y mantener mi posición. Si tardo demasiado, no me dejarán sino las migajas de sus influencias, y habré de acabar mis días negociando prebendas con los porquerizos de la aristocracia…

Continuó el monólogo Su Excelencia mientras andaba de un lado a otro, fraguando planes y concertando citas desde ya para labrarse un lugar en el imperio por venir. Con cada paso tembloroso que daba, yo veía derrumbarse mi

propio lugar en ese futuro. A pesar de la certeza del fracaso, hice un último esfuerzo:

—Pero, Su Excelencia, ¿quién podrá ocupar sus funciones con la misma gallarda apostura? ¿Quién estará a la altura mientras se nos envía a un digno soberano? ¿Cómo evitar que caiga el reino en la más abyecta vileza, y que se convierta en una colonia de Satanás?

Aún tenía yo la esperanza de que el nuevo regente fuese hombre de costumbres licenciosas, que necesitase un escudero con mis peculiares talentos, un guía capaz de conducirlo por los complejos laberintos de la noche limense. Pero la mala fortuna me perseguía esa mañana, como había hecho desde el nacimiento del diablo, y la respuesta del príncipe apagaría de mi pecho toda esperanza. Enarcó él las cejas, obligado a otear un horizonte lejano para vislumbrar al fin la pequeñez de mi angustia. Y al descuido, como dejando caer su sucio pañuelo sobre un montículo de escombros, me concedió su descorazonadora respuesta:

—¡Oh! Eso es fácil. He dejado encargado al aburrido de Gonzalo de la Maza.

6

No me fue difícil seguir el rastro de Gonzalo de la Maza, pues la propia corriente humana llevaba hacia él. En la puerta del palacio topé con dos compañías de soldados acorazados en formación de combate. Apoyados en sus hombros, lanzas, alabardas y arcabuces apuntaban hacia el cielo. Pero sus pasos los conducían hacia el este, a los Barrios Altos. Y sus órdenes solo podían venir de un hombre.

Seguí a los guerreros con una mezcla de curiosidad e interés propio, pues si el contador dirigía a las huestes, debía él mismo encontrarse donde ellas llegasen. Y con él estaría mi única oportunidad de conservar algún trabajo en el palacio, alguna utilidad para el Imperio. No pocas veces, los señores más rectos y piadosos, al acaparar poder, han terminado contradiciendo sus antiguas prédicas, olvidados de su mortalidad, creyéndose por encima del bien y del mal. Y aunque Gonzalo de la Maza estaba destinado a volver a ser un simple administrador en cuestión de meses, yo albergaba la esperanza de que aprovechase ese tiempo para procurarse algunas diversiones, misión para la que podría requerir de mis comprobados talentos.

Fui tras los pasos de los soldados, que ocupaban en dos filas todo lo ancho de la calle, extendiendo por ellas el campaneo metálico de sus armaduras. No hacían el camino solos. Con ellos llevaban la más inesperada compañía: a la altura de la iglesia de los dominicos, un grupo de frailes se había unido a la comitiva con sus ropajes blanquinegros. Y en la de los franciscanos, una nueva banda se sumó, con las capuchas marrones de dicha orden. También los acompañaban sacerdotes de otras congregaciones, con andares tan decididos que ellos mismos parecían expedicionarios en conquista militar. Y no andaba lejos de la verdad la comparación, pues entre sus hábitos, en vez de escapularios y rosarios, se atisbaban filosas espadas y sólidos garrotes. Fuesen a donde fuesen, esos hombres marchaban para defender a Dios a porrazos.

Tan demencial ejército solo podía haberse formado siguiendo los designios del contador. Y solo podía dirigirse a un lugar. Tal y como adivinaba yo, en la puerta del convento de Santa Clara, las dos filas se separaron a un lado y otro para rodear el recinto, formando un cinturón detrás del cual se amontonaban los frailes iracundos coreando violentas consignas, semejantes al público de una plaza de toros. A su alrededor se iba sumando un tercer círculo con los curiosos que se

acercaban a disfrutar de este espectáculo que les ofrecía gratuitamente. Entre estos recién llegados, los caballeros discutían a favor o en contra del ejército, las señoras se persignaban angustiadas por la profanación de un centro de culto, y los niños admiraban las armas que preparaban el asalto.

Entre esa manada de limenses, descubrí junto a la puerta del convento a la esclava negra que había llevado mis mensajes para Jerónima. La pobre no había tenido la culpa al fin y al cabo de cómo habían terminado mis amores con la mulata. Al contrario, los había hecho posibles. Así que, en agradecimiento a sus servicios, traté de acercarme a ella para advertirle que se apartase de ahí, pues nada bueno auguraba la formación de cerco que ensayaban los soldados.

Me sorprendió descubrir, sin embargo, que la negra se movía entre esos hombres como pez en el agua. Tenía claro a dónde dirigir sus pasos, y pisaba con firmeza. Se acercó al capitán de una de las compañías, quien la atendió a pesar de sus ocupaciones, y tras cambiar con ella unas palabras, la escoltó más allá de la tropa, a la plazuela donde se reunían los verdaderos jefes de este emprendimiento.

En dicha plaza se hallaban el arzobispo de Lima, a quien había conocido yo durante la elección de la abadesa. El notario de la audiencia con gesto severo. Los superiores y provinciales de varias congregaciones, menos el de los jesuitas, confirmando que son estos unos viciosos subversivos. Y por supuesto, el hombre que yo buscaba, el contador Gonzalo de la Maza, actuando en calidad de gobernador civil del reino.

La negra se acercó directamente a conversar con este último, que a todas luces dirigía el cotarro, y que escuchó con atención lo que debían ser informes de ella sobre lo que acontecía tras los muros del convento.

Recién entonces, oculto entre la multitud, comprendí lo lista que era esa esclava. Ni siquiera sabía yo su nombre. De hecho, quizá tampoco lo sabía su interlocutor. Y, sin embargo, evidentemente había sido ella quien ofrecía información sobre mí al contador, a la vez que me ofrecía a mí información sobre Jerónima, con tanto talento para la intriga, que esa humilde servidora de convento tenía a dos funcionarios del mismísimo palacio virreinal comiendo de su mano, y podía lanzar a uno contra el otro.

Para más admiración de su inteligencia, caí en cuenta de que, mientras negociaba a un lado y a otro, la negra había beneficiado siempre a una misma causa. Según ahora podía yo deducir, trabajaba ella para el partido verde de Beatriz de Jesús, aquel de las enemigas de Mencia de Sosa. Yo, que pretendía protegerla del ataque, terminé entonces de descubrir que prácticamente había planeado el asalto ella misma.

Como ya había aprendido yo, Vuestras Mercedes, la picaresca y el ingenio son las únicas armas de los pobres. Y un disfraz de humildad puede dar a su dueño más poder que un bastón de mando. A menudo, las influencias definitivas

no provienen de los encumbrados, sino de aquellos titiriteros invisibles cuyos nombres desconocemos.

Intenté recordar esta lección mientras la esclava recibía de manos del contador una pequeña bolsa de tela, sin duda llena de monedas en pago por sus fieles servicios. La seguí con la mirada mientras se alejaba, confundiéndose entre la turba que, azuzada por algunos oficiales, comenzaba a corear estribillos contra las monjas. Y entonces consideré llegado el turno de acercarme a ofrecer mis propios servicios. Me deslicé entre escoltas y caballos, cuya atención se hallaba fija en el convento, hasta colocarme a una distancia donde mi voz alcanzara al contador:

—¿Es esta vuestra primera acción en el mando del reino? ¿Mandar soldados contra monjas?

Uno de sus escoltas percibió el reproche en mi tono, y considerándolo inadecuado para dirigirme a la nueva autoridad, acercó a mí su caballo, listo para librarse de mí con solo una patada. Pero el contador tenía secretos que yo conocía, secretos relacionados con lo que ahí estaba ocurriendo, y no quiso arriesgar la misión enfadando a quien pudiera revelarlos, acaso ahí mismo, a gritos. Con un único gesto de la mano, propio de quien ha tratado mucho tiempo con jefes antes de serlo él mismo, detuvo al guardia, y le ordenó que me llevase a su lado. Y cuando ahí me tuvo, no descabalgó, pero se agachó, como había hecho con la negra, para mantener nuestra conversación a salvo de oidores y frailes.

—Hoy cae vuestra amiga Mencia. Y vos podéis tomar nota de lo que ocurrirá bajo mi mando a todos los que se rebelen contra las leyes de los hombres y de Dios.

Era ese el momento que yo esperaba, la oportunidad que había ido a buscar, para ponerme al servicio de quien sería el nuevo hombre fuerte de estos reinos, al menos hasta que llegase el siguiente.

—No es Mencia mi amiga. Ni vos mi enemigo, contador. Al contrario. He venido a ayudaros. Conozco los rincones y los escapes del convento como pocos hombres.

—No tan pocos como me gustaría —malició el otro.

—En todo caso, puedo ser de gran ayuda. Y si vos así lo queréis, estaré a vuestro lado.

Alzó la espalda el contador. Lejos de una expresión de agradecimiento, la suya era de sarcasmo y triunfo:

—No es de extrañar —afirmó, casi celebró—. Hundido ya el barco del convento, las ratas son las primeras en marcharse. Y si pueden, se pasarán al galeón que ha disparado los cañonazos.

Como había alejado su rostro del mío, yo también me vi obligado a alzar la voz, de modo que podía oírme todo su séquito, todo su ejército, acaso todo el

reino.

—Recordad que soy también amigo de Rosa, vuestra santa. Y estoy al tanto de cosas sobre vos que a ella no le gustará descubrir. También sabré hacerlas llegar a sus oídos, aunque me matéis. Después de todo, ella puede hablar con los que estén junto a Dios y junto al diablo.

Lejos de angustiarse por mi amenaza, que ya esperaba, o de enfadarse por mi impertinencia y mandarme atravesar ahí mismo por una lanza, como tenía poder para ordenar, el contador apagó su ímpetu. El cansancio asomó a la piel sobre su barba. Las bolsas bajo sus ojos adquirieron un tono más oscuro que el de su sempiterna capa.

—¿Es que no lo sabéis? —preguntó.

—Lo que sé es lo que vos queréis ocultar…

Su actitud, lejos de la furia o el desprecio, se atisbó melancólica y angustiada.

—Me refiero a Rosa. Se está muriendo.

Azotó mi ánimo un golpe, asestado con una fuerza mayor que los garrotes de los curas. Entre todas mis actividades de las últimas semanas, no había vuelto a visitar a la santa, a la que tan dolida había dejado el día de su supuesto matrimonio con Jesús. Ni siquiera había pensado en ella, ocupado como estaba en mis propias pesquisas y desventuras, sin pensar que se hallaba Rosa peor, pues su problema, si no mentía el contador, era el que no tenía cura alguna.

—¿Cómo que muriendo?

El caballo del contador sacudió los belfos. Sin duda, hasta las bestias se compungían con la noticia.

—Ha predicho su fin —respondió su jinete—. Le dijo a mi mujer: «Ya pronto me he de morir». Y su cuerpo reafirma cada día sus palabras. Hace dos noches, la hallé postrada en el suelo, de suerte que no se podía mover, y gemía sin descanso. Me confesó que había sentido dolores como de infierno por todo el cuerpo, que parecía que los huesos se le hacían ceniza y llevaba la cabeza metida en un casco de fuego. Así y todo, me pidió que la dejase sola. Y cuando le dije si quería a un médico, solo respondió: «El del cielo». Ahí sigue, esperando que Dios la cure. Todas sus beatas y yo mismo hemos pasado estos días en el oratorio, rogando por su salud. Pero hasta ahora, no han surtido efecto nuestras plegarias.

—Quizá de verdad necesita un cirujano de carne y hueso.

Sacudió la cabeza el contador, y lo mismo hicieron los frailes a nuestro alrededor, que debían haber oído esta historia de labios de los confesores de Rosa, y ahora atendían a nuestro diálogo consternados. Para ellos, nada de lo que a Rosa ocurriese podía resolverse con los medios que usaban las personas ordinarias, sino que hacía falta acudir a instancias más elevadas.

—Si Dios no la salva —explicó Gonzalo de la Maza, esta vez airado y

solemne— es porque quiere castigar los pecados de esta ciudad. ¡Los de todos nosotros! Por eso, resulta menester golpear de una vez por todas esta guarida del demonio, y echar a las brujas que la controlan, para que vuelva a ser cuanto antes un lugar consagrado a la divinidad. Aún estamos a tiempo de dar al Señor una señal de nuestra fe.

Señaló al convento de Santa Clara mientras pronunciaba tan grave sentencia, que sus compañeros recibieron con señales de bendición y acuerdo. Seguramente, todos ellos llevaban tiempo escandalizados con la conducta de la abadesa, pero impotentes para oponerse a ella, ya sea por su sagrada investidura, por el apoyo del virrey, o por los préstamos de dinero con que los tenía sometidos. Ahora, Gonzalo de la Maza les ofrecía una oportunidad de acabar con todas esas limitaciones.

Yo calculé mis propias posibilidades. Me tenía sin cuidado la suerte de la abadesa. Me importaba en cambio agradar a las autoridades, en cuyas manos se hallaba mi futuro próximo. Era ese el momento de escoger las palabras adecuadas y usarlas como una escalerilla para trepar a la nave de los ganadores.

—Contad conmigo para esa gesta sagrada, contador. Os ofrezco mi conocimiento de la abadesa, a la que más de una vez traté como alguacil del Santo Oficio. Os prometo la máxima lealtad, basada en mi amistad con Rosa, a quien deseo salvar tanto como vos.

Tal exposición de mis méritos impedía al contador prescindir de mis servicios, al menos en presencia de los notables ahí reunidos, y de ese modo, me permitía ganar un poco de tiempo mientras se decidía qué me deparaba la suerte.

—Venid, pues —dijo secamente.

En ese preciso momento, se formaba la comitiva destinada a ingresar en el convento, y la fuerza de los acontecimientos me llevó a formar parte de ella.

La primera línea de ataque la formaba un escuadrón de soldados que llamó a la entrada del locutorio, la misma donde tantos comercios indignos había yo atestiguado, y tantas decepciones me había llevado.

—¡Abrid la puerta, señoras! ¡Dios y el Imperio exigen entrar!

Nadie respondió desde el interior, ni se abrió cerrojo alguno, como si tocáramos a las puertas de un gigantesco mausoleo. Entre los curiosos se habían mezclado ahora varios amigos y parientes de las monjas, que increparon a la tropa para que abandonase la misión.

—¡Blasfemos!

—¡Traidores a la Iglesia!

Los soldados hicieron caso omiso de los insultos. Repitieron la llamada dos veces, y a continuación, volvieron al vista hacia sus capitanes, que la volvieron a sus generales, que la volvieron a Gonzalo de la Maza. Un gesto de la cabeza de él recorrió el mismo camino de vuelta a la velocidad de una mecha encendida.

Recibida esa autorización, los soldados se armaron con un torneo sin ramas y, en fila de cinco, comenzaron a golpear con vehemencia el portal.

—Un, dos, tres… ¡Uno!… Un, dos, tres… ¡Dos!… Un, dos...

Tardó la madera cinco golpes en ceder y hundirse del todo, abriendo un agujero bordeado de astillas. Por ahí entró un grupo de soldados combinado de todas las armas. Y tras ellos, las autoridades a caballo con algunos asesores a pie, entre los cuales me contaba yo mismo. Cerraba nuestra expedición una nueva columna armada, aunque una compañía entera permaneció en el exterior, asegurando el perímetro.

Recorrimos las callejuelas vacías del convento, entre enseres y celdas que parecía abandonadas. Íbamos primero con la tensa cautela del batallón que puede caer en una emboscada. Y más adelante, con la prisa del perseguidor que teme perder a la presa. Pasamos por la lavandería. Cruzamos el patio mayor, aquel donde tenían lugar las corridas de novillos. Pero por más que revolvimos cocinas y pateamos puertas, no encontramos a nadie. Yo mismo conduje a la tropa hasta la celda de la abadesa. No quedaban ahí más que las ollas y los muebles, incluyendo el cuadro de Cristo, cuya sangre parecía derramarse por las paredes.

—Han desaparecido —sospechaba un capitán.

—Han abierto un agujero y bajado al infierno, que es su lugar —aventuraba un lancero, haciéndose la señal de la cruz.

Mientras los soldados revisaban los cajones y los vaciaban de joyas, sedas y hasta de baratijas, yo entré hasta la cocina. Crucé el patio y pasé al dormitorio de Jerónima, donde aún se mantenía el montículo de paja y el jergón que le servían de lecho. Había sido yo más feliz ahí que en ningún otro lugar del mundo. Aspiré hondo, deseando que algo del aire que ella había respirado siguiese presente entre esos muros. Si la puerta del infierno se hubiese hallado bajo ese suelo, gustoso habría saltado yo por ella. Aunque acaso ya lo había hecho Jerónima, y el lugar al que había llegado quedaba fuera de mi alcance. Ella misma me lo había advertido en nuestro último encuentro: «No sois bienvenido aquí».

—¡En el templo! ¡Están en el templo!

Me despertó de esos ensueños la voz de un soldado que corría por los laberintos del convento, asomándose a cada puerta y llamando a todos sus compañeros. Los de la celda de la abadesa abandonaron el saqueo, y marchamos hacia la iglesia, a la que entramos por el coro bajo.

Lo que buscábamos ahí se hallaba, solo que más imponente y espectacular de como esperábamos.

7

Las monjas nos aguardaban sentadas en todas las bancas, como quien oye una misa silenciosa pero multitudinaria. Todas juntaban las manos y movían los labios en oración. Por lo que se entendía de los murmullos, noté que rezaban un rosario. Las que no cabían sentadas, y con ellas, numerosas criadas y esclavas, se amontonaban de pie en los costados, y rodeaban el altar. Arriba, en el coro alto, nos esperaban las monjas de velo negro, que ahí encaramadas asemejaban una bandada de gallinazos en los árboles.

Los soldados rodearon las bancas, separando a las sentadas de las de a pie. Un grupo se apostó en las escalinatas que llevaban al altar. Cundía el nerviosismo entre ellos, pues jamás habían tenido una misión militar en una iglesia, y no sabían si ponerse en guardia o arrodillarse ante las imágenes de santos. Tampoco les parecía justo amenazar a esas señoras desarmadas como si fuesen ladronas y asesinas.

El contador y los provinciales se colocaron en el centro de la nave, con las miradas alzadas hacia el coro alto. Al hacer yo lo mismo, noté que faltaban ahí muchas monjas de velo negro, comparadas con la vez anterior, entre ellas la rival de la abadesa, Beatriz de Jesús. Sin duda, había sido advertida de este asalto, y autorizada para ausentarse junto a sus partidarias, como la esclava que ya mencioné antes.

Se adelantó entonces el notario de la audiencia, que extrajo de su alforja un folio. Lo desenrolló y procedió a leer un bando, que la acústica del lugar hizo resonar con potencia:

—En nombre de Su Majestad, Felipe iv, y de las instituciones del Imperio, la real audiencia de Lima ha sentenciado que la elección de la superiora de Santa Clara contravino las reglas del derecho civil y canónico y, por lo tanto, su mandato actual carece de validez. Mediante este acto, informamos de la revocación de dicho mandato, que haremos efectiva de grado o por la fuerza. Constan como testigos el arzobispo de Lima…

—¡No! —Sonó un aullido, que venía desde el centro de las monjas del coro alto. Era Mencia, que con dicho alarido afirmaba su autoridad, y continuó diciendo—: Vos no podéis mandarme, pues solo uno tiene poder sobre mí, y no es ninguno de vosotros.

El contador murmuró:

—¿Notáis que no ha dicho que sea Dios? Porque se refiere a Satanás…

En la parte posterior de la nave, se alzó de repente una mesa que habíamos creído fija. Parecía cosa de magia negra, hasta que entendimos lo que pasaba: un grupo de monjas de velo blanco leales a su superiora se levantaban, llevando entre ellas el anda de la cruz que sacaban en las procesiones, como si a ese templo, y solo a él, hubiese llegado en ese instante el Viernes Santo.

El notario pretendió ignorar esos movimientos y continuar su lectura:

—Mencia de Sosa, aceptad el poder de la Santa Madre Iglesia y la Corona Española, y estas serán clementes con vos…

Respondió a ello la abadesa con una carcajada que hizo retumbar el suelo, como si surgiese de las catacumbas:

—Ahora, saldremos de aquí en compañía de Cristo. El pueblo se nos unirá. Y en señal de misericordia, os invito también a vosotros, profanadores del templo, a arrepentiros de vuestro terrible pecado y orar con nosotras.

Sin decir más, comenzó a cantar. En verdad tenía una voz hermosa, aunque no tanto como la que me había cautivado a mí la primera vez que había oído a Jerónima, ahí mismo, mientras ella acomodaba las flores frente a las imágenes santas. Aquellos habían sido cantos de amor. Estos eran de guerra. Pero ambos transportaban a quien lo oía a algún lugar del cielo, o por lo menos, a uno mucho mejor que el ingrato valle de lágrimas que habitábamos.

Acompañaron las mujeres presentes el canto de la abadesa: primero las monjas, y luego, todas las demás. Unidas, sus voces formaron una fuerza, tan material como un golpe de viento huracanado, la cual se abrió paso entre los soldados, protegiendo a la cruz de sus armas, cual si se tratase de una bóveda santa. Tal era el poder de esos cantos que, en efecto, tanto los guerreros como los frailes se quedaron paralizados, derrotados por la majestad del anda. Y nadie movió un solo dedo del pie mientras las mujeres formaban una fila, abrían la puerta de la iglesia, y alcanzaban el exterior, donde la otra compañía las esperaba.

Fuera del templo, cuyas paredes hacían resonar las voces entre un panteón de santos y vírgenes, el efecto paralizante de los cantos fue cediendo y mezclándose con los gritos de la turba, a la que azuzaban los religiosos presentes. Algunos que esa misma mañana ni sabían que existía Santa Clara, ahora escupían a las monjas, rabiosos por las historias que acababan de oír sobre ellas, historias seguramente, deformadas y exageradas por la ignorancia y el odio. Pero también se hallaban en el exterior los defensores de la abadesa y los parientes de sus seguidoras, los cuales se habían dado cita ahí armados hasta los dientes, en previsión de lo que pudiera ocurrir.

Unos y otros se insultaron primero y se golpearon después, hasta que se formó una gresca junto a la puerta de la iglesia. Los frailes sacaron sus garrotes,

fueron y volvieron los mandobles del acero, y tras un rato de forcejeos, dos hombres cayeron apuñalados. Se exaltaron entonces los partidarios de ambos bandos, justo mientras los soldados intentaban impedir la salida de las monjas. Y se formó una salvaje batalla campal, en la que ya nadie podía distinguir quién llevaba ventaja, ni qué sangre corría.

Desde mi posición a media nave, pegado contra la pared para evitar cualquier cuchillada perdida, observé a un franciscano cortar el rostro de una esclava. A una monja golpear a un soldado con un palo cuajado de clavos metálicos. A la cruz procesional caer sobre la cabeza de un mendigo mientras este repartía porrazos sin ton ni son. Creí que de verdad se habían abierto las puertas del infierno, y eran las de ese mismo templo, el mismo que tiempo antes había yo cruzado para ver al hijo del diablo recién nacido.

Llegó a ser tan fuerte la presión exterior, que las monjas hubieron de devolverse a la iglesia, ya despojadas de su anda, con los hábitos ensangrentados y los rostros cuarteados. Cuando ya las tenían a todas acorraladas contra el fondo del templo, los soldados se volvieron hacia los violentos de la multitud, e incluso hacia los propios monjes, para echarlos e impedir que continuasen azotando a esas mujeres ya derrotadas.

Mientras tanto, una partida de espaderos se lanzó hacia las escaleras del coro alto, en pos de la caza mayor. A estos, los rechazaron tres monjas que se habían quedado en la puerta, armadas con antorchas. Y con dichas antorchas encendían fuegos artificiales, que arrojaban peldaños abajo, para que explotasen en los pies y los cuerpos de los invasores. Uno de ellos volvió a bajar con la piel del rostro chamuscada y un ojo reventado.

Derrotadas ya todas las monjas rebeldes, expulsados del templo los atacantes ajenos al ejército, solo quedaba por tomar la última posición, en la que Mencia seguía orando con los brazos extendidos hacia el cielo, rodeada de sus fieles.

—*Salve, Regina, Mater misericordiae. Vita, dulcedo et spes nostra, salve…*

Desde el lugar entre las bancas que nunca había abandonado, el contador lanzó un ultimátum:

—¡Mencia! Dios ha recuperado este convento. Bajad ya y detened vuestra conspiración con el demonio. No lo hagáis por vos, que ya estáis condenada, sino por vuestras seguidoras, a las que habéis engañado y condenáis con vos.

—*Ad te clamamus exsules filii Hevae. Ad te suspiramus gementes et flentes in hac lacrimarum valle…*

Lejos de aplacar al contador, las oraciones que llegaban desde el cielo del templo lo enfurecían más:

—¡Dejad de fingir! Ya nadie fuera de vuestro círculo cree en vuestra piedad.

Calló entonces la abadesa, o quizá no fuese ya la abadesa, sino una monja

más, o acaso ni eso, una mujer excomulgada, dueña del mismo valor ante Dios que una perdida. Por fin respondió a las invectivas, con el ánimo gris de la frustración y la impotencia, pero su lugar ahí en lo alto llevó su respuesta a todos los presentes, como si nos la dijese al oído.

—Sois vos quien engaña, contador, vos que habéis engendrado al mismísimo hijo del demonio. Ahora queréis expiar vuestras culpas en otra persona, igual que creen los ignorantes limpiar sus pecados sacrificando animales. Pero sabe Dios lo que lleváis en vuestra consciencia, y cuánto hacéis para ocultarlo, que hasta habéis conseguido un cura para oficiar un matrimonio sacrílego entre vuestra amiga y el propio Jesucristo. Podéis regir los destinos del reino y fingiros piadoso. Eso es lo que haría el maligno, y no lo que he hecho yo: liberar a las mujeres del yugo de los varones como vos, que se creen sus dueños.

—Vuestra lengua retuerce los hechos para confundir a los testigos…

—¡Vos sois el diablo! Os habéis librado del virrey y de mí, y ahora tenéis todo el poder sobre los cuerpos de este reino. Pero nuestras almas nos pertenecen: son libres de vos. Y desde el cielo verán a la vuestra consumirse en el fuego eterno.

—¡Guardias! ¡Prendedla!

—*Eia, ergo, advocata nostra, illos tuos misericordes oculos ad nos converte; et Iesum, benedictum fructum ventris tui, nobis post hoc exsilium ostende…*

Subieron de nuevo los espaderos, esta vez sin compasión alguna, y aunque otro más cayó quemado en el camino, al llegar arriba, cruzaron sus aceros los pechos de las monjas guardianas.

—*O clemens, O pia, O dulcis Virgo Maria…*

Saltaron luego los soldados en busca de las demás de velo negro. Ellas, viéndose derrotadas, se entregaron a los vencedores. Tan solo Mencia, como si habitase ya en otra esfera del universo, se mantuvo indiferente a cuanto ocurría a su alrededor. Pero tal era su aureola de autoridad que no se atrevieron los guerreros a prenderla.

—*Ora pro nobis, Sancta Dei Genitrix…*

El contador volvió a dar la orden:

—¡A ella, inútiles!

Se levantó entonces Mencia. Todavía su presencia imponía respeto a los guardias, aunque tres de ellos dieron lentos pasos hacia adelante, tratando de alcanzarla, mientras ella se acercaba a la baranda:

—*Ut digni efficiamur promissionibus Christi. Amen.*

—Señora... —llegó a intentar uno de los captores.

No tuvo tiempo de continuar. Porque en ese mismo instante, sin la menor vacilación, la monja se arrojó al vacío.

Nadie atinó a reaccionar. Nadie tuvo tiempo de gritar. Ni siquiera durante su caída, que duró apenas un momento, mientras el suelo se acercaba vertiginoso

a su rostro, antes del crujido final de los huesos de su cráneo, dejó ella escapar un suspiro de arrepentimiento.

8

El cuerpo inerte de la abadesa Mencia contagió su inmovilidad a los soldados, a las monjas que habían atestiguado su caída y al aire mismo, que se petrificó, congelando en su seno el tiempo y la rabia. Después de unos instantes de sorpresa, dejaron escapar un aullido las monjas, todas al unísono, un alarido de horror en el coro de los cantos sagrados.

Algunos guerreros hicieron el gesto de acallar a las de velo negro, pero habiendo entrado ahí para arrestar a la muerta, ya no tenían clara su nueva misión. La mayoría esperaron órdenes. Muchos simplemente se desbandaron, dando por terminada la misión, y salieron de la iglesia, donde partidarios y detractores de la superiora continuaban sus reyertas, pues ahí afuera, nadie había dado aún la noticia, y, por lo tanto, Mencia de Sosa seguía viva.

En el interior, apenas tuvimos tiempo de reparar en lo ocurrido. Impactado por la repentina llegada de la muerte, el contador y sus secuaces no llegaron a reconducir del sentido del asalto y nombrar a una sucesora para liberar el convento, como tenían previsto. Ni siquiera alcanzaron las hermanas de Mencia a cerrar los ojos de su antigua superiora. Pues con el cuerpo de ella aún caliente, llegaron a nuestros oídos nuevos gritos y alertas de batallas distintas.

Definitivamente, una plaga se sucedía a otra, como en la caída bíblica de Egipto. Acaso, tal y como temía yo desde encontrar aquel libro en la celda de la novicia Ignacia, se estaba desatando el Apocalipsis sobre nuestro reino.

Una gran confusión se formó en el exterior, donde todos los problemas se mezclaron en una orgía de violencia y lucha. Tras enredado combate callejero, consiguieron entrar en el templo de Santa Clara dos hombres: los portadores de las malas nuevas. Esta vez no eran personas asociadas al convento, sino centinelas que venían del puente de la ciudad, magullados y ensangrentados, de cuyas bocas, deshechas a mamporros, colgaban varios dientes y siempre la misma noticia:

—¡Los cimarrones! ¡Están entrando en la ciudad como un ejército!

Lo primero para el contador y sus generales fue entender lo que oían, pues más claro resultaba el aspecto de los mensajeros que sus palabras atropelladas y cargadas de miedo. Como segundo paso, retomaron los jefes la iniciativa y reagruparon a sus hombres. Solo después de todo ello, consiguieron subir a sus monturas y marchar a la cabeza de la tropa hacia el lugar amenazado, que era ni

más ni menos que el palacio del virrey.

Yo tuve que hacer el trayecto a pie, pero pocos obstáculos hallé en él: los mercaderes habían corrido a encerrarse en sus casas, echando cerrojos a puertas y ventanas, pues si la marcha de las compañías militares les resultaba una atracción digna de verse, en cambio, la irrupción de un batallón de negros les causaba alarma y desazón. Temían los hombres que forzasen a sus mujeres. Y las mujeres, que degollasen a los hombres, pues todos eran conscientes del peligro de esa raza, que nutría de escoltas a los ricos y a los peligrosos. Por esa misma condición, esos escoltas podrían pasarse al lado del enemigo, con lo cual nadie se sentía seguro.

A todo esto, se hallaba el palacio desguarnecido, pues los soldados regulares se habían desplazado al asalto de Santa Clara. Y en su interior, seguía residiendo el príncipe de Esquilache, que por mucho que preparase su marcha en el primer barco a Panamá, y hubiese abandonado —o terminado de abandonar— los asuntos de Estado, seguía siendo oficialmente el representante de Su Majestad, y había quedado a merced de sus atacantes.

Mientas se apresuraban de regreso a sus puestos, rumoreaban los soldados que no podía resultar grave el ataque de unos simples bandoleros al centro de poder imperial. Que esos cimarrones no serían más que salteadores de caminos con pretensiones. Acaso se habían dejado llevar por la rabia o, más probablemente, por la borrachera. Pero ni furiosos ni hartos de vino, resistirían a un solo asalto de los lanceros. Rogué al cielo que tuviesen razón.

Al llegar a la esquina de San Francisco, por fin pudimos ver la magnitud de lo que se avecinaba. Los cimarrones habían llegado al palacio cubiertos con un par de uniformes militares y montados en los mismos caballos que me habían robado a mí. Así disfrazados, habían logrado engañar a los vigilantes y se habían colado en las caballerizas. Ahora, varias decenas de ellos montaban los mejores animales del reino y habían formado un círculo para aislar el edificio, mientras los otros, desde el interior, le prendían fuego a las cortinas y las maderas, formando un humo negro que escapaba por las ventanas.

—¡Por Dios y por el rey! —Oí decir a los defensores dentro y fuera del palacio—. ¡Santiago y cierra España!

En cambio, los atacantes hacían su labor sin consignas. El arrojo de sus gestos bastaba para infundirles valor.

Los soldados se abalanzaron sobre los invasores, pero no los agarraron desprevenidos. Salían en columnas delgadas debido a las estrechas callejuelas que unían el centro con Barrios Altos. Y atacaban con mucho desorden, pues el asalto anterior había roto sus líneas de formación. Por si fuera poco, sabían los negros por dónde llegarían, y en el cuello de botella que accedía a la plaza, habían apostado a un nutrido grupo para defender la posición. De tal modo, conforme entraban los soldados, recibían los lanzazos de los atacantes, además de cubetazos

de un aceite que estaban hirviendo en un fuego en la plaza. A punto estuvo de caer el mismo Gonzalo de la Maza, que apenas consiguió retroceder a tiempo. En cambio, al arzobispo le quemaron el hábito y le atravesaron el hombro con una flecha.

La tropa hubo de reorganizarse y rodear la catedral para ingresar por el portal de Botoneros. Solo así consiguió plantar batalla en la plaza. Al verlos llegar por ese lado, los cimarrones tuvieron que desplazar a la mitad de sus hombres para contener a los soldados en la explanada, junto a la fuente. Ahí sí que se notó la superioridad de la disciplina y de las armaduras. Los soldados resistían los embates cuerpo a cuerpo con una solidez de la que sus rivales carecían, y cuando estos se agotaban de asestar golpes, un solo ataque de espada bastaba para abrirles el cuello de un tajo. De ese modo, tras un enfrentamiento que duró todo el atardecer, consiguieron los soldados del virrey exterminar el círculo exterior y franquear las puertas del palacio.

Yo, que sabía que ahí dentro hallaría a Nicomedes, entré con ellos, ansioso por vengarme de ese negro legañoso hijo de una puta, y por llevarle su cabeza a Gonzalo de la Maza en persona, para congraciarme de una vez con mi futuro.

Ya el fuego estaba muy avanzado por el palacio, y como había caído la noche, solo se alcanzaba a ver lo que iba quedando destruido. De las llamas brotaban a veces criados o soldados, que intentaban salir o entrar al lugar, los primeros llorando de miedo, los segundos cargando con ímpetu. Los cimarrones aguardaban agazapados en la penumbra, y saltaban sobre sus enemigos en cada puerta, en cada esquina, a menudo en un acto suicida, solo para ser rechazados y degollados ahí mismo. Uno de ellos fue el joven lugarteniente de Nicomedes, aquel que llevaba la l marcada en el rostro, que con gritos de guerra enloquecidos se enfrentó a un teniente. Llevaba el rostro pintado de rojo y naranja. Y no pude evitar cierta absurda piedad al ver lo inútil de su esfuerzo, que terminó con sus vísceras desparramadas por el suelo.

En la sala de la corte, las paredes estaban ahuecadas y las columnas, derruidas. Partes del techo comenzaban a hundirse. En el suelo, yacían varios cuerpos. Entre ellos, reconocí a la bruja desdentada de los cimarrones, desnuda de la cintura para arriba y tostada por el calor, con el rictus de la muerte cruzando su mandíbula. Incluso ella se había apuntado a esta misión suicida, escogiendo el fin antes que su vida ruin, esparciendo hechizos absurdos para proteger a sus negros del fuego de Dios.

Más allá, en la alcoba del virrey, ardían los cuadros de los antepasados del príncipe. Sus rostros se deformaban convirtiéndose en amenazadores espectros. Sus gestos serios se transformaban en rictus de dolor y maldición.

Por fin, en uno de los patios, encontré a Nicomedes, que en ese preciso instante se batía contra el príncipe de Esquilache. No era la primera vez, pues ya

habían luchado en casa de la viuda de Yáñez. El negro atacaba con la misma fuerza descomunal de aquella ocasión. Y como entonces, me puse yo del lado del soberano, que de nuevo se defendía con técnica sofisticada, pero sin la presencia física exigida.

—¡Alonso! —suspiró mi señor al verme—. ¡Gracias a Dios!

—¿Por qué defendéis a este hombre? —me espetó el cimarrón, lanzándome un golpe de espada que casi me estrella contra el muro—. ¡Si os ha convertido en un guía de lupanares! ¡Sois tan esclavo como era yo!

—Ya no seréis esclavo —mascullé—. Ahora sois hombre muerto.

Intercambiamos mandobles, pero en su frenesí, estaba claro que Nicomedes se bastaba para derrotarnos a los dos. Con una cólera implacable, nos arrinconó contra una esquina. Sentimos en las espaldas el calor del fuego que se acercaba. El humo atenazó nuestras gargantas y nos hizo toser. Pero no podíamos escapar de él sin caer rebanados por nuestro atacante.

Entre las nubes negras y las llamaradas que me cegaban, escuché una voz de mujer. Una voz que recordaba de momentos mejores que ese, un trino cuyo canto me había hecho temblar antes, pero no de pánico sino de emoción.

—¡Alonso!

Aunque no podía ver a Jerónima, su llamado detuvo el tiempo y paralizó mis músculos. ¿Podría encontrarse ella ahí, enfrentado al ejército virreinal como un rebelde más? ¿O podría haberla yo imaginado en mi desesperación? ¿Sería su fantasma el que se me acercaba para atraerme a la muerte? A lo mejor sí, pues funcionó como un arma de los bandoleros, distrayendo mi atención en ese momento crucial, lo que aprovechó Nicomedes para hacerme un tajo en el brazo.

—¡Rezad, sapo, que Dios viene a por vos!

La silueta etérea de Jerónima se escurría entre las bocanadas. El rostro sudoroso de Nicomedes se lanzaba a devorarnos. El virrey y yo nos debilitábamos, entregándonos a la resignación.

Ahí mismo habría abandonado nuestros cadáveres Nicomedes, de no haber entrado justo a tiempo el contador Gonzalo de la Maza al mando de una partida de espaderos.

—¡Resistid, Su Excelencia! ¡Llegan refuerzos!

Su vigorosa irrupción cambió el equilibrio de fuerzas en combate, aunque para contener al fiero cimarrón, hacían falta tres aparte de nosotros. Por lo menos, el virrey y yo conseguimos alejarnos del incendio. El fuego dejó de escocernos la piel y chamuscarnos los pelos de la nuca. Y, sobre todo, mi brazo herido pudo descansar del embate.

Pero no reposaría por mucho tiempo. Jerónima estaba cerca. Corrí en busca de la voz que me había distraído, pues llevaba ella consigo una atracción que ni siquiera en esos momentos podía contener. Y además, ahora iba cargada con mi

futuro, por llevar dentro de sí a mi hijo. La mitad de los soldados recién llegados se habían desviado hacia la alcoba de la virreina, y tras ellos corrí, pues sin duda, seguíamos todos a la misma persona.

En los aposentos de la princesa de Esquilache, la proyectada mudanza aún no había avanzado tanto. Entre el fuego de la cama se distinguía aún el elaborado dosel, y las paredes, aunque se iban ennegreciendo, seguían infestadas de imágenes religiosas. Una corona de espinas se extendía hacia el cielo con tonos naranja. Una virgen lloraba por nuestros pecados con tal intensidad que su rostro se derretía. Eso debía ser el infierno: un lugar donde figuras de todo lo sagrado se consumían para la eternidad.

Y en medio de todo ello, Jerónima.

Llevaba ella una espada en la mano, y se defendía de los guardias con una fuerza que solo podía haber aprendido de su cimarrón, y que yo jamás habría imaginado que pudiese esconderse bajo la delicada cobertura de su piel. Reconocí su disfraz: era el que había llevado el soldado que perdimos entre los negros cuando fuimos a pedirles ayuda contra los piratas. Y honraba ella sus atuendos con una destreza para la lucha inesperada… Pero insuficiente.

Tres hombres la rodeaban, y las puntas de sus espadas la picoteaban en hombros y pecho. Cualquier embate desviado atravesaría de lleno al niño que guardaba en sus entrañas, y que el uniforme escondía con habilidad.

En un arrebato incontenible, me uní a la lucha de su lado. Habría sido imposible decidir quién se sorprendió más por mi entrada: si ella o sus enemigos. Lo que sí puedo decir es que mi ardor defensivo compensó la herida de mi brazo, y que la lucha fue muy pareja mientras el fuego terminaba de arrasar la habitación.

Jerónima adquirió nuevos bríos en mi compañía. Derribó a uno de sus agresores con una frialdad que solo el odio produce. Y habríamos acabado juntos, igual que los otros atacantes, pero la caída de un muro nos obligó a regresar al patio. Ahí reencontramos al contador y los soldados que habíamos dejado atrás. Sin duda, eso significaba que habían acabado con Nicomedes y puesto a salvo al virrey. Tenían las manos libres para ocuparse de nosotros.

De los ojos de Jerónima brotaban lágrimas que surcaban la ceniza de su rostro, quién sabe si debidas a la cercanía del fuego o a la pérdida de Nicomedes.

—¡Alonso! ¿Qué hacéis? —Oí que gritaba el contador, con su negro traje de siempre rasgado a la altura del pecho.

Ya no podía pararme a dar explicaciones. Ni siquiera para eso me quedaban energías. Mis actos eran las únicas expresiones de lo que bullía en mi interior.

Tiznado de sangre y humo, sacudí mi espada a un lado y otro, pinchando la carne donde podía. Pero también recibí en el brazo nuevas heridas, muchas más que las que propiné, hasta que cayó mi acero al suelo. Extendí mi mano hacia

Jerónima, solo para tocar el yelmo de un soldado que ahora se interponía entre nosotros. Llegué a ver cómo la alejaban de mi lado. Y quise imaginar que gritaba mi nombre.

Después, todo se oscureció. El cielo y el suelo intercambiaron sus lugares. Se mezclaron el este y el oeste. Perdí el pie, y me pareció caer muy despacio, de espaldas, como si me hundiese en un mullido colchón. Vi a Jerónima, desarmada y rodeada de soldados, con el filo de uno de ellos bordeando su oloroso cuello. Contemplé la derrota en sus ojos. Sentí hundirse la tierra bajo sus pies, y el cielo desplomarse sobre su cabeza.

Luego, no vi más.

9

Un viernes, después del rezo de Laudes, se juntaron en la Inquisición todos los ministros y oficiales del Santo Oficio, y de su capilla salieron en procesión. Llevaba el estandarte el ilustrísimo licenciado Andrés Juan Gaitán, inquisidor general apostólico del tribunal de Lima, y lo seguían en dos coros las comunidades, los familiares, los comisarios y los calificadores. En medio de todos ellos, avanzaba el vicario general de Santo Domingo con una cruz verde de más de dos varas y media de alto, acompañado por veinticuatro religiosos de su orden con hachas encendidas en las manos.

Acompañaron los inquisidores la cruz hasta salir de la capilla de la Inquisición. Salió luego el coro de la iglesia mayor, el cual cantó el himno *Virilia Regis*, y después, el salmo *Deus laudem tuam,* y con esa música avanzaron todos hasta la Plaza Mayor.

Se había levantado ahí un tablado, arrimado a las casas del cabildo, tan grande que medía más de cuarenta varas en cuadro. Y otros tablados a su alrededor. El primero era el cadalso, donde estaban destinados a perecer entre las llamas quienes fuesen penitenciados en el auto de fe del día siguiente. Los demás, albergarían al público. Se esperaban unas ocho mil personas, casi la mitad de la población de la Ciudad de los Reyes. Y todo, incluso la leña con que arderían los condenados, había costado seiscientos reales a cargo del cabildo de la ciudad.

La procesión colocó la cruz verde en el altar de donde se dirigiría la ceremonia, y ahí la dejaron, flanqueada por dos candeleros y hachas encendidas. Con ella, quedaron velando esa noche muchos religiosos y cuatro caballeros, a quienes el Santo Tribunal había nombrado gobernadores y entregado bastones negros.

De vuelta en la Inquisición, a medianoche, fueron llamados a las mazmorras varios prelados para aconsejar a los que serían quemados a arrepentirse en esa última hora y confesar sus pecados. Con ese acto final de pureza, podrían al menos alcanzar el purgatorio después de una vida desviada del camino de Dios.

El primer condenado era Duarte Núñez de Cea, un portugués que se dedicaba a la trata de negros. Como se había negado a vender unos esclavos en sábado, había levantado sospechas de ser judío, y sus competidores lo habían delatado. Durante los interrogatorios había negado su herejía, pero tras el

tormento, había acabado por confesar que era judío y lo había sido, y que orgulloso moriría en la ley de Moisés, en la que habían muerto también sus padres. Luego se había retractado en lo de morir orgulloso y había delatado a otros treinta para pedir misericordia a cambio de dicha colaboración. Al final, había revocado su confesión y se había fingido loco. Por todo ello, bajo cargos de hereje judaizante negativo, ficto simulado y confitente revocante, el tribunal lo condenaba a la confiscación de todos sus bienes, y a la pena de relajación, que es como se llamaba a ser echado al fuego.

El segundo reo también era portugués: Juan Acuña de Loroña, corredor de lonja. Treinta testigos le acusaban de proposiciones heréticas, y de otros dichos y hechos que le hicieron sospechoso de judío, como hablar mal de los religiosos y llevar una vida escandalosa. Al principio, había acusado a los testigos de ser probados enemigos suyos, y al inquisidor de tenerle manía. Después de tormento moderado, confesó que su verdadero nombre era Manuel Tavares, y que había sido condenado ya por la misma herejía en el tribunal de México a hábito perpetuo, confiscación de bienes, doscientos azotes y ocho años de galeras. Por último, se había mostrado soberbio y pertinaz, predicando herejías a los inquisidores y tratando, con gran desparpajo, de convertirlos a ellos a la ley de Moisés.

La tercera condenada al fuego era Jerónima.

Mientras me conducía hacia ella a través de los húmedos pasadizos, el alcaide me siguió llamando «alguacil», un tanto por costumbre y otro tanto como homenaje a aquellos días, no tan lejanos, en que los dos nos confabulábamos para arrancar verdades a los reos, bien por mañas en los interrogatorios o bien por tormento. Al saludarme, me había dicho el alcaide que nadie después de mi partida había conseguido tantas confesiones como yo, lo cual, a esas alturas, me parecía más una vergüenza que un elogio.

Echaba él de menos mis trucos para conocer blasfemias y reconocer fornicadores. Yo, por mi parte, echaba de menos el tiempo en que había sido respetable y mi madre había pensado que podría casarme con dama de alcurnia. O quizá lo que extrañaba era la inocencia de ese Alonso, al que ahora encontraba pueril y un tanto estúpido, pero menos desencantado y más feliz.

Antes de abrirme la puerta, el alcaide añadió con una mezcla de curiosidad y complicidad:

—Me han dicho que de milagro no estáis vos en la mazmorra también, esperando vuestro final.

—Salvé al virrey del ataque de los cimarrones. Y algunos secretillos le guardo a él, al contador De la Maza y hasta al inquisidor Gaitán. Al final, mis silencios, más que mis méritos, me han salvado el cuello.

—Pero no el brazo. —Señaló con ironía al cabestrillo. La herida que me

habían dejado los soldados aún no cerraba, y decían los cirujanos que acaso no volviese a mover nunca el brazo como antes. Ya nada, Vuestras Mercedes, volvería a ser como antes.

Me dejó el alcaide con la mulata y cerró la puerta a mis espaldas. Tal privilegio contradecía los procedimientos a seguir previamente a un acto de fe. Pero lo cierto es que, en estos reinos, los procedimientos tienen menos importancia que los conocidos.

Hallé a Jerónima sentada y silenciosa, con la mirada en alto. Tan solo una vela iluminaba el cuarto, pero aun así, distinguí sobre sus harapos un collar de vistosas piedras y plumas que había visto usar a la bruja desdentada de su pueblo. Algo en esa mujer —mi mujer, pues seguiría pensando en ella como mía, incluso después de muerta— me recordó a la figura de Hernando de Páucar, el hechicero indio al que había acabado desterrando. Creo que fue su dignidad.

—Habíais prometido entregarme al niño. —Fueron mis primeras palabras, ya que se mezclaban en mí las emociones, la pasión con el disfrute de verla, y con la rabia de que no fuese a cumplir su promesa. Yo habría aceptado al niño, aunque hubiese nacido negro, por salvar a un hijo, por conservar algo de Jerónima, y porque, de todos modos, ya no podía esperar ningún trabajo que requiriese limpieza de sangre.

Ella se tocó la barriga que, aunque pequeña, seguía dura y firme, sugiriendo que guardaba en su interior a un futuro guerrero orgulloso, como su madre.

—Ahora será libre, igual que yo. La que alcanzaremos mañana es la única libertad que podemos alcanzar.

Traté de apoyarme en la pared de algún modo que no lastimase mi brazo. Habría querido abrazarla, pero mi cuerpo ni mi cobardía podían permitirse tanto.

—Nunca se condena a muerte a mujer preñada. Podríamos apelar. Conozco gente influyente…

Por vez primera en la visita, posó ella en mí sus ojos grandes y negros, como dos pozos.

—El contador y el inquisidor no lo dejarán nacer. Temen que sea otro hijo del diablo, como el que tuvo Ignacia. Supongo que creen que el diablo sois vos…

Algo similar a una sonrisa se movió en su rostro, por lo demás impávido como una máscara. Yo me enfadé, pues quería verla aferrarse a la existencia, más de lo que ella ansiaba sobrevivir.

—Acaso porque vos habéis respondido al interrogatorio con las herejías más altisonantes. Ha llegado a mis oídos que dijisteis que Dios no regía en este mundo sino el demonio, y que era representado por el rey Felipe y, por lo tanto, por el virrey y todos sus funcionarios, incluso los de la Inquisición. Que estos reinos estaban corruptos por sus acciones y que vuestro hijo sería el verdadero Mesías que viniese a liberarlos…

—Y que instauraría un orden en que reinasen los negros, los indios y las mujeres, que con ser más y más pobres de espíritu, estamos reprimidos, y por eso gobierna el vicio y la mentira —completó ella mi relato, confirmándolo así. Ahora, sus ojos iluminaban la mazmorra más que la triste vela.

—No seréis quemada por rebelde, sino por hereje. Os condenan como a los judíos y los protestantes…

—¿Y queréis vos que sea católica? Solo eso me faltaba. Ni siquiera me enterrarán en tierra consagrada. Arrojarán lo que quede de mí al río, por el puente de entrada a la ciudad. Pasad a verme algún atardecer. Siento que saldré a ver el crepúsculo.

—¡Quiero veros viva!

Tocó entonces la puerta el alcaide. Mi tiempo de gracia había terminado. Ella aún se dio tiempo de replicar:

—No puedo vivir. Todas mis razones para vivir han muerto.

Abrió la puerta mi anfitrión diciendo:

—Debéis marcharos o tendré problemas…

Pero no podían moverse mis pies. Ni mis labios temblorosos. Ni mis ojos inundados.

—¿Y no era yo una razón? ¿No os bastaba yo para vivir?

Ella no había movido más que el rostro desde mi llegada, sin embargo, su presencia creció hasta ocupar todo el espacio, empujándome hacia el exterior, robando el aire de mis pulmones.

—Hay cosas que nunca entenderéis, Alonso. Os las tendría que explicar una mujer de mi color. Y a mí ya no me queda tiempo.

Habría querido yo que lo tuviese, y prolongar ese instante durante toda la madrugada, todo el siglo, toda la eternidad. No obstante, la mano del alcaide ya tiraba de mi brazo sano, advirtiéndome que, de no obedecerlo, también yo acabaría en el cadalso. En una primera mirada, tampoco me importaba eso en realidad. Gustoso me habría marchado yo con Jerónima a donde quiera que ella fuese, pues si ella terminaba en el infierno, sería ese el lugar de los justos. Pero me conmovió lo que una madre como ella hacía por su hijo: ofrecerle un mundo mejor o borrarse ella misma del mundo imperfecto en que vivimos. Y comprendí entonces que aún me quedaba a mí una persona por quién hacer lo mismo.

Cuando la puerta se cerró ante mí, se apagó la vela en su interior, y la oscuridad cayó sobre todo el universo.

Al amanecer, sacaron a los penitenciados con la cruz de la Iglesia Mayor cubierta por un velo negro, queriendo decir así que iba entre excomulgados. La llevaban cuatro curas y la clerecía cantando el *Miserere mei* en tono muy triste. Cada penitente iba flanqueado por dos miembros del tribunal y otras personas de las que se dicen honradas. Remataban la procesión el alguacil mayor y los

secretarios del secreto con los cofres de plata que guardaban las sentencias de los condenados, hasta llegar al tablado.

Se juntaron a las diez de la mañana el inquisidor, el alguacil mayor, los secretarios, familiares y ministros de su santo tribunal, y salieron de la Inquisición a caballo con trompetas, clarinetes y atabales a pregonar por toda la ciudad un auto de fe. Cuando por fin llegaron ellos a la altura del tablado de autoridades, salió del palacio a darles alcance el virrey, llevando delante la compañía de gentileshombres arcabuceros con su capitán y dos clarines.

Iban luego los vecinos y caballeros, a los cuales seguían el prior y los cónsules en forma de tribunal, y luego la Real Universidad, encabezada por los colegios de San Marcos y San Martín, dos bedeles a caballo seguidos por maestros y doctores con borlas y capirotes. Tras ellos, los dos cabildos, secular y eclesiástico, y el pertiguero con ropa y pértiga negra. Cerraban el desfile, con sus cotas y mazas, el capitán de la guardia y el alguacil mayor de la corte, y de dos en dos, los fiscales, alcaldes y oidores, el capitán general de caballería, el caballerizo mayor, el paje de guion y la compañía de lanzas.

En este orden regresaron a la Inquisición. La real audiencia entró ahí hasta el primer patio y el virrey hasta el segundo, donde se encontró con los inquisidores, ya tocados con los bonetes de auto, y Gaitán con estola y sobrepelliz. Ese grupo, junto al fiscal, encabezó el último trayecto hasta la Plaza Mayor. Esta vez, al verlos llegar, las compañías armadas abatieron sus banderas con salva y cortesía militar al divisar el estandarte de la fe, que avanzó hasta el cadalso.

—Hoy castigamos a los enemigos de nuestra fe —anunció desde su altar el inquisidor, y la plebe respondió a sus palabras con vítores y de furia y excitación —. Son estos también los enemigos del Imperio y de las personas decentes. Y por eso, con su desaparición, esperamos que remitan las calamidades que se han abatido sobre estos reinos en los últimos meses. El demonio ha estado merodeando entre nosotros. Hoy le devolvemos a sus emisarios, purificados por el fuego, para que lo acompañen en las llamas negras del averno.

Se mostraba pletórico el inquisidor en su exorcismo, en el que no solo creía incendiar a los herejes, sino de algún modo, limpiar el pecado de la Ciudad de los Reyes, y de sí mismo, como si al desaparecer a esas personas, se aniquilasen con ellas las faltas de los testigos. Acaso fuese eso mismo una herejía: la de conceder a los que se habían rebelado contra Nuestro Señor el mismo poder de expiación que su hijo Jesucristo.

Mientras los verdugos encendían la leña de los condenados, la multitud se agitó febril, sedienta de espectáculo más que de pureza, con estertores propios de una corrida de toros o un aquelarre diabólico. En el mejor de los casos, sería un error pensar que el vulgo ahí presente defendía la virtud contra las faltas de quienes habían sido maltratados en el potro y ejecutados como animales.

El primer judío al que tocaba la hoguera se deshizo en lágrimas, pidió perdón y juró que se bautizaría y asistirá a misa. El segundo mostró más valor, y mientras el fuego ascendía y lo envolvía con su manto rojo, nos endilgó altanero algunas leyes de su pueblo, y nos amenazó con la cólera del que llamaba «dios verdadero».

Jerónima, en cambio, mantuvo el profundo silencio, la mirada clavada en el horizonte, y la constitución pétrea de su cuerpo. La leña bajo sus pies tardó más de lo previsto en encender, y durante ese tiempo, contempló ella los esfuerzos de los verdugos con la indiferencia de quien ve prender una chimenea. Esperé que algo ocurriese. Que fuese de verdad una emisaria de Satanás, y un ejército de demonios viniese a salvarla. O que de sus lados se desplegasen alas de murciélago, para que pudiese escapar volando entre los tejados. Nada de eso pasó. A su alrededor, lo único que ocurrió fue el crepitar de la leña convirtiéndose en carbón.

Mientras pude ver a Jerónima, no mostró ella un ápice de miedo, desesperación ni rencor. Fui yo quien se revolvió por ella, como si consumiese la flama mis propias entrañas. Fui yo quien se dejó la voz rogando piedad, mientras la turba celebraba la ejecución con tal alborozo que apenas nadie entendía mis ruegos. Fueron mi corazón, mi piel y mis ojos los que se redujeron a cenizas.

Después de la ceremonia, mientras los limpiadores retiraban de los tablados los restos mortales, el virrey y los altos funcionarios pasaron al palacio, donde los esperaba un festejo con carnes de venado y vino. El cabildo había reservado doscientos pesos de rentas para la comida de las autoridades participantes en el acto.

Por mi parte, yo corrí hacia el único lugar que podía.

A rescatar a la única persona que me quedaba.

10

—Tocadlo. Tocadlo sin miedo.

Desenrollé el tafetán sobre la mesa. La mujer pasó la mano por la tela satinada, que reaccionó con un ronroneo crujiente. Una mantilla azul bordada de crisantemos cubría la cabeza de esa señora, y dejaba visible solo un ojo, que se detuvo en cada detalle y cada arruga de la seda con atención de especialista.

—¿Se podría bordar? ¿Con unas rosas, por ejemplo? ¿O margaritas?

—Puedo ver de arreglarlo —le contesté—. Tenemos una costurera estupenda.

Le había cogido gusto a satisfacer los deseos de los compradores, por lo general más inocentes que los del virrey, y por eso mismo, más seguros. Sin embargo, esta tela sin duda se dedicaría a ocultar la identidad de su dueña para permitirle pecar libremente, atrayendo a los hombres sin revelar su identidad, y eso me produjo un placer especial. En los tiempos actuales, de misa y comunión dos veces por semana, es una de las pocas transgresiones que me puedo permitir. Quiero creer que Dios me la perdona.

Al fin y al cabo, yo solo vendo paños. Lo que hagan otros con sus vidas no está en mis manos.

Encantada desde ya por imaginar su aspecto con la nueva mantilla, la señora dejó sobre mi mesa el adelanto: un peso de a nueve reales. Y aprovechando el movimiento, su mano correteó sobre la tela en busca la mía. La suya aún tenía la piel tersa y las uñas bien cuidadas. Tras las telas que envolvían a la señora, se adivinaba un cuerpo compacto, más sedoso que el mismo tafetán, y jugoso como un durazno. A pesar de esas perspectivas, aparté mis dedos de su contacto.

No había tocado a mujer alguna desde Jerónima, y no estaba seguro de hacerlo nunca más. Incluso había pensado en meterme a monje, y de no haber sido por mi nueva aversión a curas y funcionarios, habría seguido adelante con tal deseo.

—Mi madre está por llegar —me excusé para no ofender a una clienta.

No me equivoqué por mucho. Tras la partida de la señora, mi madre tardó menos de lo que toma un padrenuestro. Venía de la iglesia, como casi siempre. Tenía un rosario nuevo, no tan hermoso como el anterior, pero tampoco feo, y ya le había dado tanto uso que la Virgen María debía estar agotada de escuchar sus

oraciones.

—La santa agoniza —me informó—. Todo el mundo estaba en el templo rezando por ella. Pero ella misma ha profetizado que no pasará de mañana.

Pensé en Rosa. Desde su supuesta boda, no había podido pasar a visitarla, pues no me estaba permitido entrar en la casa de Gonzalo de la Maza. Pero no dejaban de llegarme noticias de cómo se marchitaba, la vida la abandonaba, y sus mejillas, antes siempre coloradas, iban palideciendo y secándose. Lejos de brindarle refugio, el contador debía estarle chupando la vida.

Ayudé a mi madre a sentarse. Le llevé un vaso con agua. La Casa de las Divorciadas le había dejado el cuerpo maltrecho, como si hubiera envejecido diez años ahí dentro. Sus movimientos se habían vuelto más lentos. Sus caderas, más rígidas. Algunas noches, las pasaba gimiendo de dolores en lugares de su anatomía que ni siquiera podía determinar con exactitud.

Como la consciencia me atormentaba por aquellos padecimientos, intentaba yo hacer su rutina más cómoda. Lo que no había cambiado era que muchos de sus comentarios desafiaban mi paciencia, igual que siempre:

—Deberíais haber venido, Alonso. Podríamos prenderle una vela a San Antonio para ver si encontráis una buena esposa.

—Alguien tenía que atender la tienda, madre.

—Sí. Me alegra que estéis vos, porque no sabemos cuánto duraré yo.

Era esa otra actitud que también venía de antes, pero que ahora se había agravado: mi madre hablaba de la muerte todo el tiempo, como si la llevase pegada a sus espaldas y escuchase sus confidencias en el oído.

—Voy a salir —anuncié.

—Ya va a anochecer.

—Por eso.

La besé en la frente. Fingí atender sus consejos de no salir, y luego de comer algo antes de hacerlo, y finalmente, de abrigarme bien. Para cuando logré poner el pie en la calle, los mercaderes recogían ya sus puestos, los ladronzuelos regresaban a sus guaridas y el aire fresco del crepúsculo empujaba la basura de las plazas. Aun así, conseguí comprar las últimas flores de una vieja lisiada, la cual se negaba a marcharse sin colocarlas.

Rodeé el palacio, que ya se había recuperado del asalto de los cimarrones. Las paredes volvían a verse bien pintadas y limpias. Las quemaduras y los agujeros habían durado apenas unos días, bastante menos que los cadáveres de los atacantes colgados en la plaza para escarmiento de quienes pudiesen animarse a repetir su gesta. Nicomedes ya estaba pútrido, con sus carnes atacadas de gallinazos y gusanos, cuando alguien por fin lo retiró de la vista del público.

Quién sabe dónde habrían terminado sus huesos. En el camposanto no, desde luego.

Las puertas de la ciudad seguían abiertas. Ya habían vuelto a relajarse los controles que se endurecieron tras el ataque cimarrón. Durante semanas, los viajeros que quisiesen entrar solo habían podido hacerlo de uno en uno, y enseñando su carga a los guardias. Pronto, había quedado claro que dicho sistema solo servía para formar largas colas de mercaderes junto al río, ofreciendo un banquete para los bandoleros. Y de paso, para abrirles a los guardias una fuente esplendorosa de sobornos y prebendas, que ellos exigían a cambio de franquear el paso. Aun así, habían tardado demasiado en volver a la normalidad.

Este anochecer, el río venía cargado de un agua marrón y violenta. Al llegar al puente, la corriente me inundó de recuerdos: el cuerpo colgado de la novicia. La recepción del virrey. El ataque de los piratas. La huida frustrada con Jerónima, que acabó en una emboscada cimarrona. Durante el año del demonio, mi vida se había huracanado. Esa tarde, en ese puente, firmaba yo la paz con mi propia historia.

Cerré los ojos. Recé. No con rezos aprendidos de los frailes o las monjas, sino con oraciones que solo yo conocía, y que formaban el lenguaje secreto con que me dirigía a Dios. Ya no confiaba en las palabras enseñadas por otros. Por último, arrojé el ramo de flores al río, y me quedé mirando cómo se alejaba entre las aguas, deshaciéndose mientras avanzaba, como debía haber ocurrido con el cuerpo de Jerónima.

Comenzó a esconderse la luz. De la ciudad, llegaba solo el reflejo de algunas antorchas.

A mis espaldas, oí decir:

—Hemos pasado muchos anocheceres aquí, esperándoos.

Reconocía el timbre de esa voz. Y al volverme, reconocí también la piel oscura de su dueña. Se aceleró mi corazón creyendo que el fantasma de mi mulata salía a recibirme, acaso para llevarme con ella bajo las aguas.

Recordé las palabras de Jerónima en las mazmorras:

«Pasad a verme algún atardecer. Siento que saldré a ver el crepúsculo».

Pero quien estaba ahí era la esclava del convento, esa mujer sin nombre que nos había servido de correo, y al parecer, seguía haciéndolo. Traté de disimular mi anterior susto y mostrar aplomo al responder:

—Estaréis contenta ahora que os habéis librado de Mencia. Sé que la nueva abadesa debe mucho a vuestras maniobras.

Ella respondió con diplomacia, muy lejos de la torpeza que le suponía yo a una recadera analfabeta.

—Yo solo soy una esclava. Nosotras no maniobramos. Solo servimos. Y no se nos tiene permitido estar contentas.

Igual que mi madre, esta mujer parecía revejida, maltratada por los años. Y eso que la piel negra resiste a las arrugas, como la buena tela o el pelaje de los

animales. ¿Sería que había pasado más tiempo del que yo creía desde el día del asalto al convento? A lo mejor, tenía razón Jerónima: el mal se había apoderado del reino. Y por eso, también tenía razón mi madre, y nos aproximábamos todos hacia la muerte a mayor velocidad.

—Sois esclava porque queréis. Podríais haber escapado, igual que Jerónima. Incluso con mayor facilidad, porque os permiten salir del convento.

—Pero desde afuera no habría podido ayudar a salir a Jerónima. Ni luchar contra Mencia. Ni informar a Nicomedes del día bueno para su ataque, cuando todos los soldados se hallaban desplazados a Santa Clara. ¿No nos dicen las monjas a las esclavas que cada uno tiene su lugar en el plan de Dios? Pues yo conozco el mío.

La mención de Jerónima y Nicomedes me turbó. Eran dos nombres que no gustaba de asociar en la misma frase. La esclava percibió mi molestia. Y con sus siguientes palabras, me dejó claro que la había producido a propósito, pues esa mujer no hacía nada por casualidad:

—Todavía sentís celos de Nicomedes…

—Él está muerto.

—¿En serio? Los muertos no están muertos. Siguen actuando y perturbando a los vivos. ¿No sigue existiendo Jerónima en vos? ¿No habéis venido precisamente a hablar con ella?

—Pero os he encontrado a vos —refunfuñé.

—Quizá hable ella por mi boca.

Otras palabras de mi último encuentro con Jerónima volvieron a mi memoria: «Hay cosas que nunca entenderéis, Alonso. Os las tendría que explicar una mujer de mi color. Y a mí ya no me queda tiempo».

Quise saber:

—¿Cómo os llamáis?

—No importa. Nosotros no tenemos nombre. Lo importante es otra cosa.

El último caballo del día pasó a nuestras espaldas, apurado por entrar en la ciudad antes de la oscuridad total. Tomándonos por dos movidos haciéndose arrumacos en el puente, el jinete nos dirigió un silbido obsceno.

—¡Y después, a misa, tortolitos! ¡A limpiar vuestras consciencias!

Sonaba como borracho. La mujer lo ignoró. De verdad, parecía habitar en una dimensión más allá del mundo material. Pero había traído de su universo un mensaje para mí, y en ello se concentró:

—¿Visteis a la bruja de los cimarrones?

Recordé a la mujer sin dientes. Sus hechizos con tabaco y roedores. Su risa siniestra. Su cuerpo negro de hollín tirado en el suelo del palacio. Asentí. La esclava continuó:

—Hace mucho, ella cuidaba a los niños blancos en una hacienda azucarera

de Chincha. Pero en ese tiempo no la habríais reconocido. Era una negra bella con una grupa sólida, que atraía a los hombres como la carne a las moscas. Los esclavos se peleaban para llevársela con ellos. Pero ella era lista. No dio su corazón a nadie. Y su entrepierna tampoco.

Rio la esclava como si estuviese viendo a una vieja amiga. Entre las sombras aleteó algo que podía ser un pájaro. Y alzó vuelo toda una bandada de aves, rodeándonos, al mismo tiempo que la memoria de la bruja se expandía por el aire.

—Así, atrajo esa mujer también al patrón. Él la tomó una mañana en el cuarto de los niños, y la siguió tomando cuando quería. No era tan malo. Había patrones que trataban a sus esclavas a porrazos. Él era más suave. Le decía cosas bonitas. Incluso le hacía regalos. Le daba golosinas y adornos, como a un caballo cuando corre rápido.

De repente, el río creció. Arrastraba más piedras, o quizá, la carga de los tiempos pasados, que pesaban como montañas y golpeaban como látigos.

—Al final, le hizo un hijo a la pobre. Por suerte, el niño nació muy negro, tanto que no despertaba sospechas: podía pasar como hijo de cualquier esclavo. Así que el patrón no se preocupó. Al contrario, trató a ese niño mejor que a los demás. Le permitió educarse con sus propios hijos. Lo mimó. Con el tiempo, hasta lo mandaría a cuidar de los otros esclavos, como capataz.

Yo había escuchado esa historia. Una nueva presencia se acercó a nosotros rengueando y se detuvo en el murete del puente a pocos metros, como si no quisiera interrumpir nuestra conversación. Cualquiera habría dicho que se trataba de un pordiosero, de los que duermen en la puerta de la ciudad para mendigar sus sobras a los mercaderes cuando llegan al amanecer. Pero yo sabía que se trataba de Nicomedes.

—Después de ese hijo, no dejó el patrón de montarse en esa negra, enloquecido de deseo, incapaz de controlarse. Tanto insistió… que volvió a preñarla. Esta vez, nació una niña. Pero salió más blanca que el primero. No es que tuviera la tez como la leche, ni mucho menos. De todos modos, representaba un peligro. La familia del patrón podía sospechar. O incluso la misma niña podría hacer averiguaciones cuando creciese. Esos secretos nunca se pueden guardar por demasiado tiempo. Para conjurar el riesgo, el patrón mandó llevarla al convento de Santa Clara, y dejarla ahí, en el torno donde las monjas reciben regalos y mensajes… Jamás volvió a pensar en ella.

Entonces los vi. Ahí mismo, en el puente, donde habían estado todo el tiempo. Solo había que desear verlos. De hecho, ellos sí que me miraban a mí, tomados de las manos. La familia en pleno reunida: madre e hijos. Y nieto. El que guardaba mi mujer en sus entrañas, el que me convertía a mí en uno más de esos negros.

Cuando hablé, mis palabras no se dirigían a la esclava desconocida, sino a

Jerónima.

—¿Por qué no me lo dijisteis?

—¿Y qué habría cambiado?

—Yo. Habría cambiado yo.

—Tras perder a su hija, la madre siguió hablando con ella. Usó los hechizos que sus antepasados habían traído de África. Aunque ya nadie sabe qué trajeron ellos y qué aprendieron aquí, de las magias de los indios. Al final, Dios es un patrón que te ama, pero te castiga. Solo que en su hacienda también son esclavos los indios, los mestizos e incluso muchos blancos. En todo caso, con sus conjuros, sus pociones y sus sortilegios, se mantuvo esa mujer en contacto, recordándole a su hija sin palabras, en la forma de una incomodidad incierta, de una inquietud sin nombre, que su verdad estaba en otra parte.

—Y después de escaparse, Nicomedes mandó buscar a su madre…

—Y al unirse con él, su madre le ordenó recuperar a su hermana perdida. Al fin y al cabo, ¿cómo vas a liberar a un reino si no puedes liberar a tu propia familia?

—A *mi* familia…

Los pájaros aletearon con más fuerza. Sacudió el río la carga que traía desde las montañas. Aullaron los zorros en los montes. Chillaron las ratas en las alcantarillas de la ciudad. Se unieron todos los sonidos de la naturaleza en un coro sublime, mientras los fantasmas me sonreían, atrayéndome hacia ellos, pidiendo que me uniese a su linaje de cadáveres, quizá arrojándome desde el puente, o cortándome el cuello con mi cuchillo, o acaso simplemente andando en la noche hacia los poblados de las márgenes del río, para entregarme a los salteadores, a los enfermos, a los miserables, y perderme en ellos, como un escarabajo en el lodo, o como los gusanos en los cuerpos muertos. Estuve a punto de oír sus súplicas. Muy cerca me hallé de desertar del mundo en ese instante. Y sin embargo, del otro lado del puente me esperaba una vida, acaso más liviana y placentera que la ya conocida, o acaso peor y más siniestra, pero mía, lista para que yo le diese forma, como los herreros dan forma al metal.

Dejé escapar un grito. Cerré los ojos. Volví a abrirlos.

Y me encontré de pie en el puente, tiritando por la humedad y el frío, rodeado de mi propia soledad.

11

Mientras yo pasaba la noche velando el fantasma de Jerónima en el puente, no muy lejos de ahí, en la calle de Capón, la vida de Rosa Flores de Oliva huía de su cuerpo.

Según sabía yo después, había comenzado su estertor antes del mediodía. Le había brotado la sangre de la boca, y las beatas que con ella oraban la oyeron decir:

—Jesús bendito, lumbre de mis ojos, que se acaben los enojos.

Después, sufrió Rosa dolores a ambos lados del cuerpo y gota en el pie derecho. En vez de un cirujano, pidió un crucifijo. Y asiéndolo con fuerza, suplicó:

—Mi señor, mi Jesús, mi esposo y mis amores, dadme dolores.

En previsión de lo que estaba por venir, entregó su anillo de compromiso a una de las hijas del contador, como herencia. Y pidió ser enterrada en la orden dominica.

Llamaron a la madre, que es quien me contaría todo esto. María de Oliva llegó y lloró junto al lecho de su hija por vez enésima y última. Incluso entonces, tuvo Rosa la presencia de ánimo de discutirle:

—No lloréis, madre, que las lágrimas deben derramarse tan solo por los pecados de uno.

Entonces llamó Rosa al contador, a toda su familia, esposa e hijas, y hasta a los esclavos de la casa, a los que pidió perdón por todo lo que hubiese hecho mal en su presencia. Se presentaron también sus confesores, y a ellos les pidió la bendición diciendo:

—Esta noche estoy convidada a un banquete y me tengo que ir a él…

De madrugada, hora en que yo lloraba recordando mis encuentros con Jerónima, aumentaron los dolores de Rosa. Indiferente al padecimiento, ella pidió que le retirasen las almohadas de la cama donde la habían puesto, que no era la suya sino una mejor, para invitados de alcurnia. Deseaba morir arrimada a la madera, a imitación de su esposo, que había visto las últimas luces en la cruz.

Sus hermanos y hermanas llegaron también a acompañarla, y a uno de ellos, le dijo:

—Ya podéis marcharos, que esto se ha acabado.

Aguantó la santa, sin embargo, hasta el mediodía. A esa hora, sujetando aún la cruz en su mano, suspiró:

—Jesús, Jesús sea conmigo…

Y ahí mismo se quedó, hermosísima, con los ojos abiertos y la boca en forma de sonrisa. Casi treinta personas estaban presentes en el aposento, y todas confirmarían que la muerte devolvió los colores a su rostro. Había muerto ella sin pecado, y su fallecimiento brindó a los testigos un consuelo interior, como el alivio de sus propias faltas. Ni siquiera María de Oliva pudo llorar en ese momento, sino más bien se sintió llena de gozo y alegría, aunque no era capaz de entender la razón de su regocijo.

Vistieron a Rosa con el hábito de dominica por mortaja, y la colocaron sobre una alfombra en la sala de recepción, con una almohada para alzarle la cabeza. Durante su velatorio, varias de sus beatas sufrieron arrobos con visiones de Rosa en la gloria, recibida en un trono del cielo por su esposo, rodeados los dos por un coro de ángeles, mientras los santos festejaban con algarabía la llegada de una nueva alma ejemplar. Algunos de dichos arrobos se prolongaron durante varios días. Y hubo alguna beata que ya nunca volvió a habitar en nuestra triste realidad terrenal.

Al amanecer del día de San Bartolomé, mientras regresaba yo de mi noche entre los fantasmas de los negros, y yo mismo parecía un fantasma, topé con la muchedumbre que se amontonaba en la puerta del contador. Desde varias millas alrededor de la ciudad habían acudido los devotos sin ser llamados, solo ante la noticia de una pérdida tan sentida, y ahora procuraban ver a Rosa, y besarla, o colocar sus rosarios en el cuerpo de la fallecida, para transferir a ellos su santidad, o tan siquiera tocar su hábito para arrancarle un retazo que guardar a modo de reliquia.

Creció la multitud más aún que en una corrida de toros o un Viernes Santo, hasta que fue necesario usar una puerta de la casa como entrada y otra como salida, para que formasen los feligreses una cola ordenada, y llegaron guardias para controlar los llantos y los arrebatos de pesar de los visitantes. Hasta las cuatro de la tarde, no fue posible retirar el cuerpo de la casa, y hasta esa hora esperé yo, que no podía ni quería pisar la propiedad del contador, para despedirme de ella.

Por fin salió el cuerpo, llevado por cuatro sacerdotes dominicos y adornado por hojas de palma, flores y coronas. Entonces pude acercármele, abriéndome paso a codazos entre las plañideras y los mutilados que estallaban de fervor. Atestigüé con mis propios ojos que sus mejillas se veían tan sonrosadas como las de un recién nacido.

Ocho calles separaban la calle Capón del convento de Santo Domingo, y en cada una de ellas, los sirvientes negros del contador habían colocado mesas cubiertas por manteles blancos y ornamentadas con candelabros y antorchas,

donde nuestra procesión debía detenerse a cantar responsos para despedir a la santa. Pero al colocar el cuerpo en la primera mesa, se armó un gran desbarajuste entre quienes deseaban tocarla. Un grupo de fieles desbordó a los guardias y a los sirvientes, y ni siquiera respetó a los dominicos. Fue menester arrebatarles el ataúd como se arranca un hueso de las fauces de un perro hambriento. Y para evitar nuevos sobresaltos, no volvió a detenerse la marcha fúnebre en ninguno de los descansos previstos.

El resto del camino se recorrió con gran solemnidad, entre rosarios y salmos. No pocos se habían arrancado las camisas y se azotaban al paso del ataúd, en un intento por emular la vocación de Rosa por el dolor y el sacrificio. En la abigarrada turba distinguí a mi madre, que llevaba su rosario en alto y parecía traspuesta a un mundo más elevado, menos vulgar, más puro que el que le había tocado vivir. Casi llegando a la Plaza Mayor, la vi echarse a llorar embargada de emoción, y proclamar que la santa se había levantado de su lecho para hacerle un guiño de despedida, a ella, como si la hubiese conocido de siempre. Y entonces comprendí que todo eso le hacía bien a mi madre, porque la consolaba de las insatisfacciones de la vida, y, por lo tanto, me hacía bien a mí en la misma medida.

Pasamos a continuación frente al palacio. En una de las ventanas, asomaba el virrey junto a la princesa de Esquilache y sus hijas. Debido a su reducida estatura, destacaba menos el soberano que sus mujeres. Pero sus joyas y suntuosos ropajes, más relucientes que los de ellas, compensaban su pequeñez. Después del asalto de los cimarrones, nuestro soberano había tenido que apuntalar el orden en el virreinato, y tras conseguirlo, se hallaba ya a punto de marcharse de vuelta a España, tal como era su deseo. Se llevaría con él el recuerdo de pecados sin cuento, perversiones y miserias, pero al menos también de la infinita devoción de este pueblo, único como un ejército ante el olor de santidad, como ni siquiera había sabido hacerlo ante el ataque de los corsarios.

Ya en las puertas de la iglesia, llamó mi atención un hombre entre la multitud que llevaba un sombrero extraño con forma de bicornio. Nunca había visto una prenda con ese aspecto, y me quedé mirando en su dirección cuando no me lo impedía la gente que se arracimaba sobre el cuerpo de la santa en su camino hacia el altar. Con esfuerzos conseguí acercarme a dicho hombre, movido por la curiosidad, y descubrí que no se trataba de un sombrero, sino que dos cuernos, como los de los carneros, emergían de su frente hacia lo alto. Y al verlo de espaldas, pude ver que de su parte baja salía una larga cola, como si llevase una serpiente metida en el ano. Mi visión apenas duró un segundo, pues el hombre desapareció entre el gentío.

Justo en ese momento, algunas señoras de nobles apellidos, entre ellas las esposas del notario de la audiencia y del secretario de gobernación, irrumpieron escoltadas por guardias y se acercaron al cuerpo acostado con el fin de tocarlo y

arrancarle alguna reliquia, por pequeña que fuese. Se abrieron los frailes para dejar pasar a la comitiva, lo cual causó el enfado de muchos fieles, que exigieron también ser admitidos junto a su admirada santa. Algunos de esos fieles eran las propias beatas que solían acompañar a Rosa. Se sentían ellas con más derecho que cualquiera a acompañarla hasta el funeral, así que ahí mismo se formó un nuevo tumulto y un conato de pelea.

Vuestras Mercedes, mi informe se ha prolongado más de lo que preveía en sus primeras páginas, pues ha sido menester contar todo lo anterior para llegar a este punto. Sé que al Consejo Supremo de Su Majestad de la Santa y General Inquisición le interesa conocer todo sobre Rosa para el proceso de beatificación y canonización que se ha iniciado y que, con ese fin, recogen testimonios como el mío. Sé también que algunas de sus beatas han sido juzgadas en el tribunal de Lima como herejes, alumbradas y hechiceras, pues han ido proclamando que copulan con el demonio o conversan directamente con Dios. Comprendo que urge a nuestra fe entender la verdadera naturaleza de las obras y milagros que inspiraron a estas charlatanas y establecer la relación entre Rosa y la divinidad.

Por mi parte, Vuestras Mercedes, lamento informar que sigo siendo un simple. No soy capaz de ofrecer una sentencia o un juicio sensato al respecto. Escapan a mi entendimiento las sofisticaciones teológicas que determinan los eventos sobrenaturales. Tan solo puedo remitirme a lo ya dicho, y culminar mi relato contando el último día de Rosa entre los vivos.

Pues en medio del tumulto, entre la gente que se abalanzaba sobre la santa, vi abrirse paso a un esqueleto, con su sonrisa de maldad abriéndole el cráneo como un tajo. Y dicho engendro caminaba despacio, pero con gran seguridad, alargando los huesos desnudos de sus manos, y con ellos quería tocar a Rosa, y sentir que algo de su santidad se le pegaba. Junto a él, un mendigo sin dientes estiraba hacia el cuerpo sus propias manos sucias de lodo y hollín. Y señores de capa de seda se apretaban contra los médicos para llegar antes, mientras niños con el pantalón meado metían las manos en sus alforjas. Y un grupo de indios rebeldes con los miembros arrancados por los caballos de tiro se acercaban a los hombres notables para desollarlos con sus cuchillos ceremoniales. Y un súcubo empujaba con sus alas de murciélago a quienes le estorbaban el paso. Y una banda de asesinos con sombreros de vicuña se lanzaban a dentelladas contra una jauría. Y un fraile mordía el pie de la muerta para arrancarle un dedo que usar como reliquia. Y un pirata se arrancaba la piel y dejaba ver que bajo su aspecto humano se escondía un diablo. Y varios mercaderes de cacatúas abandonaban la gente y disparaban flechas envenenadas contra las imágenes del templo. Y otro demonio, pestilente y con el vientre hinchado, venía volando, escupiendo fuego desde los cielos. Y los jueces, los funcionarios y los soldados se ahogaban en un lago de lava negra, mostrando así su verdadera naturaleza. Y otro ser monstruoso, desde la

cúpula del templo, bajaba montado sobre una serpiente alada. Y la serpiente era un dragón que luchaba contra los ángeles. Y se sumó a la lucha una bestia que tenía diez cuernos y siete cabezas: en sus cuernos había diez diademas, y en sus cabezas había nombres blasfemos. Y encima de todos ellos, el alma de Rosa se alzaba hacia los cielos lentamente, con la tez sonrosada y la sonrisa limpia, y desde el aire nos decía a todos: «Amad el dolor, porque solo él os conducirá al lado de Nuestro Señor».

BIBLIOGRAFÍA

Esta es una historia de ficción. Sus personajes principales son inventados, e incluso los verdaderos, así como algunos hechos y fechas, han sido transformados mediante la imaginación.

He echado mano de la fantasía a veces por necesidades de la trama, otras veces para ampliar el retrato del fascinante siglo XVII limeño, en el que se enfrentaron los dioses y brujos de al menos cuatro culturas y otros tantos continentes. Sin embargo, quien quiera conocer en detalle la realidad de ese tiempo, puede abordar los mismos libros en los que yo emprendí el viaje.

Mi retrato de la vida cotidiana proviene de *La Lima que encontró Pizarro* de Gilda Cogorno y Pilar Ortiz de Zevallos. También de dos volúmenes colectivos: *Lima en el siglo XVII,* coordinado por Laura Gutiérrez, con ensayos dedicados a diversos aspectos específicos, y *Parientes, criados y allegados*, editado por Margarita Suárez, que me enseñó mucho sobre las relaciones interpersonales en ese tiempo. *Corte de virreyes* de Eduardo Torres me descubrió los usos y costumbres del palacio. Hallé un retrato muy agudo del poder y la legalidad virreinal en *Ciriaco de Urtecho* de Fernando de Trazegnies. Y comprendí la cosmovisión real maravillosa del virreinato gracias a *¡Aplaca, Señor, tu ira!* de Fernando Iwasaki. Las eruditas conversaciones de Iwasaki a lo largo de años de amistad han sido también una notable fuente de inspiración.

Especial interés me causó la situación de las mujeres, atrapadas en la dualidad de ser consideradas brujas o santas, y cuyo modelo supremo de conducta era María: madre y virgen a la vez. María Emma Mannarelli ha estudiado esos temas y sus implicaciones en libros como *Pecados Públicos* y *Hechiceras, beatas y expósitas. Las hijas de los conquistadores* de Luis Martín me abrió las puertas de los conventos, esas repúblicas independientes de mujeres, cuya geografía física encontré en el estudio colectivo *Dos monasterios limeños del siglo XVII.* Para entender mejor el misticismo femenino, buceé en *Las almas del purgatorio*, texto de Úrsula de Jesús editado e introducido por Nancy E. Van Deusen. Y para construir al personaje de Rosa, recurrí a la biografía *Santa Rosa de Lima* escrita por Stephen M. Hart.

Debo los detalles sobre el Santo Oficio, en particular el del Perú, a

numerosas publicaciones: *La Inquisición de Lima (1570-1633)* de Paulino Castañeda y Pilar Hernández, *Santo Oficio e historia colonial* de Teodoro Hampe, *El tribunal de la Inquisición* de Fernando Ayllón, *Anales de la Inquisición de Lima* de Ricardo Palma, *Inquisiciones peruanas* de Fernando Iwasaki, *Manual de inquisidores* de Nicolao Eymerico, *Testimonios reales del Santo Oficio* de Rubén Martínez, *La Inquisición: el lado oscuro de la Iglesia* de Primitivo Martínez, y *Leyendas de la Inquisición* de Sergio Gaspar.

Para intentar aprender sobre artes oscuras, brujería y actos diabólicos, tanto en Europa como en el virreinato del Perú, consulté *Artes maleficorum* de María Jesús Zamora Calvo, *El martillo de las brujas* de Jacobo Sprenger, *Brujas, sapos y aquelarres* de Pilar Pedraza, *El poder de las huacas* de Claudia Brosseder y *Breve historia de la locura* de Roy Porter.

Por último, debo reconocer mi deuda con toda la obra de Guillermo Lohmann Villena, en especial con tres trabajos: *Inquisidores, virreyes y disidentes*, *Amarilis Indiana* y *El arte dramático en Lima durante el virreinato.*

Acerca del autor

Santiago Roncagliolo. Nació en Lima, Perú, en 1975. Jugando con el *thriller,* el *noir* y el humor negro, ha publicado siete novelas.

Abril rojo recibió el premio Alfaguara y el Independent Foreign Fiction Prize británico. *La pena máxima* fue finalista del premio francés Violeta Negra y ha sido llevada al cine, al igual que *Pudor. Y líbranos del mal* se mantuvo durante un año en la lista de las novelas peruanas más vendidas. Su último libro, de cuentos, se titula *Lejos* y habla sobre la vida de los latinoamericanos en España. También ha publicado una trilogía de historias reales sobre el siglo XX hispanoamericano, entre ellas, *La cuarta espada* sobre Sendero Luminoso y *El amante uruguayo* sobre Federico García Lorca. Sus libros para niños han sido distinguidos con el premio Barco de Vapor peruano y el White Raven de la Biblioteca de Múnich.

Reside en España, desde donde escribe series de televisión y películas, muchas de ellas basadas en libros.

© 2023, Santiago Roncagliolo
Autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de portada: Eduardo Ramón Trejo

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: marzo de 2023
ISBN: 978-607-07-9788-0

Primera edición en formato epub: marzo de 2023
ISBN: 978-607-07-9786-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright.*

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE